TOMO I — OCTUBRE, AÑO 1963/Nº 3

MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

SANTIAGO DE CHILE

SUMARIO

Ignacio Domeyko: La fiesta del Aniversario de la Independencia de Chile. Coquimbo, 18 de septiembre de 1838 • *Pablo Neruda:* Poesía • *Hugo K. Sievers:* La expansión urbana de Santiago y sus consecuencias, 1541-1960 • *Pedro Laín Entralgo:* Menéndez Pelayo y el mundo clásico • *Fernando Uriarte:* Xavier Zubiri en el problema de la realidad • *Alfonso M. Escudero:* Pedro Antonio González • *Milton Rossel:* Pedro Antonio González, poeta de transición • *Juan Rivano:* Dialéctica y situación absoluta • *Jaime Silva:* La princesa Panchita • *Mario Orellana Rodríguez:* Las pinturas rupestres del alero de Ayquina • *Juan Uribe Echevarría:* El Romance de sor Tadea de San Joaquín sobre la inundación que hizo el río Mapocho en 1783 • *Fernando Santiván:* La mujer que mató a su hijo • *M. L. Rosenthal:* Nuevas voces y nuevos cantos en la poesía norteamericana • *Andrés Sabella:* Retratos quiméricos • *Carlos Vicuña Fuentes:* El concepto positivo de la libertad • *Luis Oyarzún:* Una mística chilena • *Carlos Vial E.:* Radioscopia de una enferma. La Alianza para el Progreso • *Jorge Edwards:* De Flaubert a la antinovela • *Jorge Bande:* "Adán, ¿dónde estás?" • *Raúl Aicardi L.* La televisión en Chile • Homenaje a Eduardo Barrios, Director de la Biblioteca Nacional con ocasión de su fallecimiento • La extensión cultural de la Biblioteca Nacional • *Notas bibliográficas* • *Bibliografía Chilena* • *Notas y Documentos*

Organo de la Extensión Cultural

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Guía de los Servicios

1963

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Guía de los Servicios

Dirección de los Servicios

Director de los Servicios y de la Biblioteca Nacional:

Prof. Guillermo Feliú Cruz

Av. B. O'Higgins 651. Teléfonos:380461-381151. Santiago de Chile

Secretario Abogado de la Dirección:

Ernesto Galliano Mendiburu

Oficial: *Jaime Mendoza Bravo*
2º piso. Teléfono 381975

I

1. Visitación de Bibliotecas e Imprentas
Visitador: *Ulises Bustamante Gallardo*
Encargada: *Teresa García Ortiz*
Pabellón Moneda, 2º piso
Teléfono 383373

Bibliotecas dependientes:

Biblioteca para la Enseñanza Media
Encargada: *Eliana Cerda Krefft*
Compañía 1579. Teléfono 67484
Horario de atención: Lunes a viernes, de 9 a 12,30 y de 15 a 18,30 hrs. Sábado, de 9 a 12,30 hrs.

Dependen de este servicio 507 bibliotecas asistidas por la misma visitación.

2. Registro de la Propiedad Intelectual
Jefe: *Ernesto Galliano M.*
Encargada: *Raquel Delaporte Prieto*
1.er piso

3. Extensión Cultural
Encargado: *Armando González R.*
2º piso. Teléfono 380676

4. Oficina del Presupuesto
Jefe: *Ema Martín Pérez*
Encargada: *Luisa Acevedo Gatica*
2º piso. Teléfono 381891

II

Biblioteca Nacional

(Fundada el 19 de agosto de 1813)
Av. B. O'Higgins 651. Pabellón Moneda: Moneda 650. Horario de atención: Lunes a viernes, de 9 a 12,30 y de 15 a 20,30 hrs. Sábado, de 9 a 12,30 y de 15 a 18,30 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 18 hrs.

Servicios Dependientes:

1. Salón Central de Lectura
(Corresponde a la lectura de obras de las secciones Chilena, Americana y Fondo General)

2. Sección Chilena
Jefe: *Augusto Eyquen Biaut*
Encargada: *Zulema Arancibia Hevia*
1.er piso

3. Anexo: Diarios, Periódicos y Revistas Chilenas
Encargado: *Mario Medina Acuña*
1.er piso. Teléfono 380676

4. Sección Americana
Jefe: *María Silva Portales*
Encargada: *Silvia Cumplido Ponce*
2º piso

5. Anexo. Sala Norteamericana
Encargada: *Isabél Morong de Ortega*
2º piso. Sec. Americana

6. Sección de Fondo General
Encargada: *Marta Bustos Quezada*
2ª Encargada: *Fredes Alegría Rodríguez*
2º piso. Teléfono 380676

7. Anexo: Sala Europa
(Diarios y revistas)
Sección Francesa. Sección Alemana.
Sección Inglesa. Sección Italiana.

8. Sección de Lectura a Domicilio
Jefe: *Juan Cavada Bórquez*
Encargado: *Lucino Fariña Ortega*
1.er piso. Teléfono 381301

9. Bibliotecas Americanas J. T. Medina y Diego Barros Arana
(Seminarios para las investigaciones de historia de Chile y de América)
Conservador: Prof. *Guillermo Feliú Cruz*
Encargado: *Manuel Cifuentes Arce*
2º piso. Teléfonos 380461-381151

10. Seminario Enrique Matta Vial
(Sala para investigadores en general)
Jefe: *Julia Parga Rojas*
1.er piso

11. Seminario de Lectura en Microfilm Germán Terpelle
(En formación)

12. Oficina de Control, Catalogación y Referencias Bibliográficas
Jefe: *Elvira Zolezzi Carniglia*
Encargada: *Inés Escobar Castillo*
1.er piso. Teléfono 383206

13. Oficina de Canje Internacional
Encargado: *Alfonso Montenegro Marchant*
Pabellón Moneda. Moneda 650, 3.er piso

14. Taller de Reprografía
Encargado: *Rodolfo Bustamante*
Pabellón Moneda, 4º piso

III

Bibliotecas de Provincias:

Biblioteca Pública Santiago Severín
Conservador: *Guillermo Garnham López*
Encargada: *Mariana Martínez Contreras*
Plaza Victoria. Teléfono 3375.
Valparaíso
Horario de atención: Lunes a viernes, de 9 a 12,30 y de 14,30 a 20 hrs. Sábado, de 9,30 a 12 y de 15,30 a 20 hrs.

IV

Archivos

Archivo Nacional
Conservador: *Juan Eyzaguirre Escobar*
Encargada: *Estela Iturriaga Donoso*
Av. B. O'Higgins 651. 1.er piso.
Teléfono 381922
Horario de atención: Lunes a viernes, de 9 a 12 y de 15 a 18,30 hrs. Sábado, de 9 a 12 hrs.

V

Museos

a) *De Santiago de Chile:*

1. Museo Nacional de Historia Natural
Conservador: *Humberto Fuenzalida V.*
Encargada: *Greta Mostny Glaser*
Quinta Normal. Teléfono 91206
Horario de atención: Martes a sábado, de 9 a 12 y de 14,30 a 18 hrs. Domingos y festivos de 15 a 18 hrs.

2. Museo Nacional de Bellas Artes
Conservador: *Luis Vargas Rosas*
Encargado: *Ernesto González Correa*
Palacio de Bellas Artes, Parque Forestal. Teléfono 30655. Horario de atención: Martes a sábado, de 9,30 a 12,30 y de 15 a 18,30 hrs.; Domingos y festivos de 15 a 18 hrs.

3. Museo Histórico Nacional
Conservador: *Carlos Larraín de Castro*
Encargada: *María Bichon Carrasco*
Miraflores 50. Teléfono 381411
Horario de atención: Martes a sábado, de 9 a 12,30 y de 15 a 18 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 18 hrs.

4. Museo Pedagógico de Chile y Biblioteca Infantil
Conservador: *Leonardo Fuentealba H.*
Encargado: *Luis Morales Gallegos*
Dieciocho 145. Teléfono 80850
Horario de atención: Lunes a viernes, de 14,30 a 19,30 hrs. Sábado, de 9 a 12,30 hrs.

5. Museo Benjamín Vicuña Mackenna
Conservador: *Germán Orrego Vicuña*
Encargado: *Carlos López Labaste*
Av. Vicuña Mackenna 94.
Teléfono 392996
Horario de atención: Martes a sábado, de 15 a 18 hrs. Domingos, de 10 a 13 horas

b) *De provincias:*

6. Museo Arqueológico de La Serena
Conservador: *Jorge Iribarren Charlin*
Encargada: *Hilda Vera Quiroga*
Cordovez s|n. Teléfono 778, La Serena
Horario de atención: Martes a sábado, de 9 a 12 y de 15 a 19 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 19 hrs.

7. Museo de Historia Natural de Valparaíso
Conservador: *John Jüger Silver*
Encargada: *Deolina Ovalle Escobar*
Gran Bretaña 1083. Teléfono 3877. Playa Ancha. Valparaíso
Horario de atención: Martes a sábado, de 9 a 12 y de 15 a 19 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 19 hrs.

8. Museo de la Patria Vieja
Conservador: *Héctor González Valenzuela*
Calle Estado, Rancagua.
Horario de atención: Martes a sábado, de 9 a 12 y de 15 a 19 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 19 hrs.

9. Museo de Bellas Artes de Talca
Conservador: *Bernardo Mandiola Cruz*
Talca
Horario de atención: Martes a sábado, de 9 a 12 y de 15 a 19 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 19 hrs.

10. Museo de Historia Natural de Concepción
Conservador: *Eduardo Brousse Soto*
Casilla 1054. Teléfono 25691
Concepción
Horario de atención: Martes a sábado, de 9 a 12 y de 15 a 19 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 19 hrs.

11. Museo Araucano de Temuco
Conservador: *Eduardo Pino Zapata*
Encargada: *Yolanda Yunque Klenner*
Andrés Bello 785. Teléfono 33616. Casilla 481. Temuco
Horario de atención: Martes a sábado, de 9 a 12 y de 15 a 19 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 19 hrs.

Publicaciones de la Biblioteca Nacional

Emilio Vaïsse (Omer Emeth). *Estudios críticos de Literatura Chilena*. Prólogo de Alone y Eduardo Moore Montero. Santiago, Editorial Nascimento, 1961.

Homero Castillo. *La Literatura Chilena en los Estados Unidos*. Santiago, Editorial Universitaria, 1963.

Guillermo Feliú Cruz, Carlos Keller, Julio Santa María, Hugo K. Sievers, Osvaldo Quinteros Cerda. *Chile: su futura alimentación*. Santiago, Editorial Nascimento, 1963.

Virginia García Lyon y Carlos Vicuña Fuentes. *Centenario de "Los Miserables"*. Conferencias. Santiago, Editorial Nascimento, 1963.

Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la independencia de Chile. Vols. últimamente publicados: Tomos XXXVIII a XL: Biógrafos e Historiadores del Ministro de O'Higgins, Doctor don José Antonio Rodríguez Aldea. Santiago, 1955-1959.

Colección de Antiguos Periódicos Chilenos. Vols. últimamente publicados:

El Censor de la Revolución. Colección de Noticias. La Miscelánea Chilena. El Independiente. El Mercurio de Chile. 1820-1823. Santiago, Editorial Nascimento, 1960.

El Cosmopolita. Diario de la Convención de Chile. El Observador Chileno. El Tizón Republicano. El Clamor de la Patria. Apéndice: *Correspondencia entre la Junta Gubernativa y don Ramón Freire*. 1823. Santiago, Editorial Nascimento, 1962.

Gazeta Ministerial de Chile Tomo II. N.os 56-78. 1820-1821. Santiago de Chile, Editorial de la Universidad Católica de Chile, 1963.

En preparación

Anuario de la Prensa Chilena. 1917-1921.

Anuario de la Prensa Chilena. 1922-1927.

Anuario de la Prensa Chilena. 1957-1961.

Anuario de la Prensa Chilena. 1962.

Cartilla elemental de catalogación y clasificación. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1963.

Colección de Historiadores y Documentos relativos a la Independencia de Chile.

Volúmenes en preparación:
Memoria Histórica de la Revolución de Chile de fray Melchor Martínez, tomos XLI y LXII.

Archivo del General Carrera y sus hermanos. Tomos XLIII-XLIV y XLV.

Volúmenes en preparación:
Colección de Antiguos Periódicos Chilenos.
El Imparcial de Chile. El Interrogante y Respondente. El Corresponsal del Imparcial. El Amigo de la Verdad. El Amigo de los Militares. El Despertador Araucano. El Nuevo Corresponsal. El Apagador. El Redactor del Senado. Actas del Senado Conservador y Legislador. El Observador de Chile. El Observador Eclesiástico. 1823.

Impresos Chilenos. 1776-1818. Edición monumental de los incunables chilenos, hecha para conmemorar el Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional. 2 vols.

Rivas Vicuña, Manuel. *Historia Política y parlimentaria de Chile,* 1891-1920. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. 2 vols.

Revista

Mapocho. Revista. Organo de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional. Nº 1. Director de la Revista: Guillermo Feliú Cruz. Secretario de Redacción: Juan Uribe Echevarría. Concesionario y distribuidor: Editorial Universitaria, San Francisco 454.

Ediciones de la Revista Mapocho

Mario Ciudad. *La "Repetición Creadora" en Pascal.* 1963.

Jorge Díaz G. *El velero en la botella.* 1963.

Elena Martínez Chacón. *Una comedia "chilena" de Lope de Vega.* 1963.

Udo Rukser. *Heine en el Mundo Hispánico.* 1963.

Fernando Uriarte. *Temas y problemas de dos novelistas: Hesse y Pérez de Ayala.* 1963.

Guillermo Araya. *Hombre y Lenguaje.*

Hilda Catalán. *Censura cinematográfica.*

Jaime Concha. *Interpretación de "Residencia en la tierra" de Pablo Neruda.*

Pedro Lastra. *Notas sobre el Cuento Hispanoamericano del siglo* XIX.

Benjamín Rojas Piña. *La sociedad y la Educación de Chile según los viajeros del período 1740 a 1850.*

Alejandro Sieveking. *Animas de día claro.*

Juan Uribe Echevarría. *La Tirana de Tarapacá.*

Carlos Vial Espantoso. *Radioscopia de una enferma.*

ARCHIVO NACIONAL

Catálogo del Archivo de Claudio Gay. Santiago, Editorial Nascimento, 1963.

MAPOCHO

DIRECTOR: GUILLERMO FELIU CRUZ

SECRETARIO DE REDACCION: JUAN URIBE ECHEVARRIA

COLABORADORES:

Aldunate Phillips, Arturo
Alegría, Fernando
Alliende, Felipe
Alvial, Gabriel
Anguita, Eduardo
Anzoátegui, Víctor
Aravena, Horacio
Araya, Guillermo
Arenas, Braulio
Arias, Arturo
Asensio, Eugenio
Avaria de la Fuente, Antonio
Balbín Lucas, Rafael de
Barattini, Juan
Barquero, Efraín
Barrenechea, Julio
Barros, Raquel
Bataillon, Marcel
Benavides Lillo, Ricardo
Bindis, Ricardo
Bopp, Dra. Mariana O de
Campos, Jorge R.
Castelli, Enrico
Cid, Teófilo
Ciudad, Mario
Coloma, Fidel
Concha, Edmundo
Concha, Jaime
Contreras, Lidia
Cunill, Pedro
Chaigneau, Raimundo
Daucisberg, Percy
Danemann, Manuel
Díaz-Plaja, Guillermo
Díaz, Jorge
Doddis, Antonio
Donoso, José
Durán Cerda, Julio
Escudero, Alfonso
Espinoza, Mario
Eyzaguirre, Jaime
Feliú Cruz, Guillermo
Ferreccio P., Mario
Ferrero, Mario
Fuentealba, Leonardo
Fuenzalida Villegas, Humberto
Fuenzalida Villegas, Héctor
Gaínza, Gastón
Galliano, Ernesto
García C., Eladio
García, Lautaro
Garbarino, Humberto
Godoy, Hernán
Gómez-Correa, Enrique
Góngora, Mario
González, Alfredo
González Rodríguez, Armando
Giannini, Humberto
Heise, Julio
Herrera, Héctor
Hierro, José
Huerta, Eleazar
Iturriaga, Rodolfo
Jaramillo, Hernán
Jobet, Jorge
Jobet, Julio César
Keller, Carlos
Krebs, Ricardo
Lago, Tomás
Laín Entralgo, Pedro
Lamberg, Fernando
Lastra, Pedro
Latcham, Ricardo A.
Lavín Cerda, Hernán
Leavitt, Sturgis E.
Lefebvre, Alfredo
Lihn, Enrique
Lisboa, Venancio
Loveluck, Juan
Loyola, Hernán
Mac Hale, Thomas P.
Márquez, Bernardo
Martínez Chacón, Elena
Martínez, Félix
Massiani, Felipe
Millas, Jorge
Molina, Eduardo
Montenegro, Ernesto
Müller, Karl
Munizaga, Carlos
Niemeyer, Hans
Oberhauser, Fernando
Orellana Rodríguez, Mario
Oreste, Plath
Oroz, Dr. Rodolfo
Oteiza, Jorge
Otero, Blas de
Oyarzún, Luis
Palacios, Edmundo
Palazuelos, Juan Agustín
Pantoja, Carlos
Pereira Salas, Eugenio
Piga, Arturo
Pino, Dr. Yolando
Poblete Badal, Manuel
Quiñónez, Guillermo
Rabanales, Ambrosio
Rivano, Juan
Rivas, Mario
Rojas Piña, Benjamín
Rojas, Gonzalo
Romero, Hernán
Rossel, Milton
Rukser, Udo
Salcedo, Danilo
Salas Viú, Vicente
Sánchez Latorre, Luis
Santa Cruz, Domingo
Santana, Francisco
Segall, Marcelo
Sieveking, Alejandro
Sievers, Dr. Hugo K.
Silva Castro, Raúl
Silva, Jaime
Sinicropi, Giovanni
Solar, Claudio
Solar, Hernán del
Soler, Francisco
Tapia Moore, Astolfo
Tejeda, Juan
Teillier, Jorge
Torres Rioseco, Arturo
Uriarte, Fernando
Uribe Arce, Armando
Uribe Echevarría, Juan
Varas, José Miguel
Vásquez, José
Vega, Miguel Angel
Vicuña Fuentes, Carlos
Vodanović, Sergio
Von dem Bussche, Gastón
Wolff, Egon
Zamorano, Manuel
Zamudio, José

La revista solicita las colaboraciones.

No es responsable de las ideas emitidas por los autores.

Las colaboraciones deben ser dirigidas a la Dirección de la Biblioteca Nacional, Avenida Bernardo O'Higgins Nº 651, lo mismo que los impresos que se le remitan.

No se devuelven los originales.

TOMO 1
Nº 3
octubre, 1963

MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

SANTIAGO DE CHILE

SUMARIO

Ignacio Domeyko: La fiesta del Aniversario de la Independencia de Chile. Coquimbo, 18 de septiembre de 1838 ● *Pablo Neruda:* Poesía ● *Hugo K. Sievers:* La expansión urbana de Santiago y sus consecuencias, 1541-1960 ● *Pedro Laín Entralgo:* Menéndez Pelayo y el mundo clásico ● *Fernando Uriarte:* Xavier Zubiri en el problema de la realidad ● *Alfonso M. Escudero:* Pedro Antonio González ● *Milton Rossel:* Pedro Antonio González, poeta de transición ● *Juan Rivano:* Dialéctica y situación absoluta ● *Jaime Silva:* La princesa Panchita ● *Mario Orellana Rodríguez:* Las pinturas rupestres del alero de Ayquina ● *Juan Uribe Echevarría:* El Romance de sor Tadea de San Joaquín sobre la inundación que hizo el río Mapocho en 1783 ● *Fernando Santiván:* La mujer que mató a su hijo ● *M. L. Rosenthal:* Nuevas voces y nuevos cantos en la poesía norteamericana ● *Andrés Sabella:* Retratos quiméricos ● *Carlos Vicuña Fuentes:* El concepto positivo de la libertad ● *Luis Oyarzún:* Una mística chilena ● *Carlos Vial E.:* Radioscopia de una enferma. La Alianza para el Progreso ● *Jorge Edwards:* De Flaubert a la antinovela ● *Jorge Bande:* "Adán ¿dónde estás?" ● *Raúl Aicardi L.:* La televisión en Chile ● Homenaje a Eduardo Barrios, Director de la Biblioteca Nacional con ocasión de su fallecimiento ● La extensión cultural de la Biblioteca Nacional ● *Notas Bibliográficas* ● *Bibliografía Chilena* ● *Notas y Documentos*

Organo de la Extensión Cultural

...penetró el gobernador hasta el valle de Mapocho, que halló poblado de infinita jente, por ser tan anchuroso, tan capaz y apacible, y regarse casi todo él con el río de su nombre, tan liberal y pródigo con la tierra que, desangrándose por varias partes, por regarla y fertilizarla se desustancia y deshace, de manera que a pocas leguas desaparece, no para hundirse del todo, sino para repararse y salir más pujante y caudaloso, como sale, dos o tres leguas más adelante y mejorado en sus aguas, porque trayéndolas de ordinario turbias de su nacimiento, en su renacimiento sale claro y puro como de cristal.

[1]Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional, tomo XII. *Histórica Relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, tomo I, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888, pág. 263.

★

...por la banda del norte baña a esta ciudad un alegre y apacible río, que lo es mientras no se enoja, como lo hace algunos años cuando el invierno es muy riguroso y llueve, como suele porfiadamente, cuatro, ocho y tal vez doce y trece días sin cesar; que en estas ocasiones ha acontecido salir por la ciudad y hacer en ella muy grande daño, llevándose muchas casas, de que aún se ven hoy las ruinas en algunas partes. Para esto han fabricado por aquella banda una fuerte muralla o tajamar donde quebrando su furia el río, echa por otro lado y deja libre la ciudad.

De este río se sangra por la parte del oriente un brazo o arroyo, el cual dividido en otros tantos cuantas son las cuadras que se cuentan de norte a sur, entra por todas ellas, de manera que a cada cuadra corresponde una acequia, la cual entrando por cada una de las orientales va atravesando por todas las que se le siguen a la hila y consiguientemente por todas las calles transversales, teniendo en éstas sus puentes para que puedan entrar y salir las carretas que traen la provisión a la ciudad; con que no viene a haber en toda ella cuadra ni casa por donde no pase un brazo de agua y muy copioso que barre y lleva toda la basura e inmundicia del lugar dejándolo muy limpio; de que también se sigue una gran facilidad en regar las calles cuando es necesario, sin que sean menester los carros y otros instrumentos que se usan en otras partes, porque no tienen sino sangrar la acequia por la calle, lo que basta para que salga un arroyuelo que la riega y alegra en el verano con gran comodidad, sin ningún gasto. Todas estas acequias desaguan al poniente y salen a regar mucha cantidad de huertas y viñas que están plantadas por aquella parte, y la agua que sobra pasa a regar los sembrados o vuelve a la madre, que es una gran comodidad para todos; no beben de esta agua que pasa por las casas, sino los caballos y demás animales domésticos, porque aunque de suyo es muy buena, como pasa por tantas partes, no va ya de provecho para la jente, y así la traen para esto del río o de los pozos, que la dan muy buena y muy fresca, y los que quieren beberla más regalada, se preveen de los manantiales y fuentes, que hay muchas en la vecindad y comarca regaladísimas y suavísimas.

[2]Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional, tomo XII. *Histórica Relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, tomo I, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888, págs. 266-267.

★

...plantó Valdivia su campo en el valle de Mapocho, que propiamente se llama Mapuche, que quiere decir Valle de gente, por la mucha que en él avia, y de ay tomó el Río esse nombre: mas los españoles y el tiempo a corrompido el vocablo y en lugar de Mapuche le llaman Mapocho. Dió vuelta al valle mirando los assientos y la hermosura de sus campañas y llanura, que es de los mejores y más fértiles valles del Reyno, fecundado de un río que liberal reparte sus aguas por diferentes sangrías para que todos rieguen sus sembrados.

[3]*Historia General de el Reyno de Chile*, Flandes Indiano, por Diego de Rosales. Edición de Benjamín Vicuña Mackenna, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877, pág. 384.

★

Río de tierras libres, caudillo mal domado, / preso te ves de pronto; piensas que es un mal sueño, / y entre tus vencedores pasas precipitado, / prietos los puños, turbia la cara, duro el ceño.

[4]*Images del Mapocho*, por Enrique Diez Canedo.

Ignacio Domeyko: La Fiesta del Aniversario de la Independencia de Chile. Coquimbo, 18 de Septiembre de 1838*

Memorias Inéditas

VIVIMOS en la época de las fiestas políticas que se multiplican y popularizan en todo el mundo de la nueva civilización, aunque la política nunca tal vez tenía menos derecho a ser festejada. Lo que hay de más elástico en lo que concierne a solemnidades de este género, son las fiestas de julio en París (1831-4), modeladas en las fiestas celebradas en otro tiempo en honor de la Razón y otras divinidades de la revolución francesa. En Moscú el día de nombre de cualquier miembro de la familia imperial constituye una fiesta. Se quejan de la gran cantidad de fiestas de iglesia y al mismo tiempo los pretendidos progresistas introducen en el calendario político una multitud de fiestas por las cuales querrían celebrar sus miserables y fútiles triunfos.

Época de fiestas públicas

Cerrar las tiendas el domingo o prohibir trabajar el día de Navidad, es tiranía, reacción; pero si algún obrero se atreve a trabajar uno de esos días de fiesta patriótica, con qué encarnizamiento los diarios y las asociaciones libertarias se habrían lanzado contra el pobre.

Inmediatamente después de la guerra, durante los primeros años de la independencia se celebraba en Chile los aniversarios de todas las principales batallas ganadas a los españoles. En 1833 el nuevo gobierno, después de apaciguar la guerra civil, logró unir todas estas numerosas fiestas fijando para celebrarlas un solo día, la fecha de 18 de septiembre, como aniversario del primer Consejo Nacional (Junta) que proclamó la independencia de Chile.

Esta fiesta atrae hacia las ciudades toda la población de los alrededores; cada trabajo cesa, las minas se despueblan, las fundiciones apagan sus hornos; obreros, agricultores, mineros, etc., se reúnen en las ciudades trayendo para gastarlas las economías de meses enteros. Todos se dejan arrastrar por el entusiasmo y, se diría, un paroxismo de extravagancia.

La manera de celebrar estas fiestas nacionales es cosmopolita y en lo tocante a la forma se repite igualmente en todos los países; son siempre las banderas, el Te Deum, cañonazos, fuegos artificiales, iluminación, parada militar.

Veamos de qué manera se celebra aquí la fiesta de la independencia.

Al primer rayo de sol que aparece por encima de la Cordillera los cañones comienzan a resonar y casi todas las casas se cubren de banderas. Los colores de la bandera chilena son los mismos que los de la Francia, pero están agrupados diferentemente.

A las once horas todos los funcionarios, empleados del gobierno, oficiales municipales, profesores y estudiantes se formaban en dos filas en la calle desde la Intendencia hasta la Iglesia, a la entrada de la cual se han colocado para esta fiesta,

*Fragmentos del Tomo II, Parte II de sus Memorias inéditas.

dos cañones y la banda de música. Tocaban a vuelo las campanas, los fuegos artificiales estallaban de cuando en cuando en el aire.

El traje oficial de todos los que formaban el séquito del Intendente era negro, excepto el del tesorero (llamado ministro de la aduana) que llevaba un uniforme todo bordado de plata. El Intendente en su dignidad de jefe civil y militar llevaba un uniforme de general y una gran banda de tres colores.

Se acercaba el mediodía cuando nuestra comitiva avanzó a la iglesia. Después de los estudiantes que marchaban en filas de a dos seguían en orden los profesores, los prelados de los conventos, los miembros de la municipalidad, algunos oficiales de la guarnición y de la guardia nacional, el juez, el ayudante y el Intendente. Delante de este último llevaban una gran bandera. Cada funcionario de un grado superior tenía según la antigua costumbre española un bastón en la mano y el del Intendente estaba adornado con una borla.

A la entrada de la iglesia el sacerdote nos esperaba con el aspersorio. La iglesia estaba casi cubierta de banderas tricolores.

Después del Evangelio, el prior franciscano pronunció un sermón patriótico (sermón de la patria). Es difícil describir todas las cuchufletas que el ingenioso prior colocó en su "sermón de la patria" y de la manera cómo maltrató a los españoles. Comenzó por un elogio pomposo de Moctezuma: "Este príncipe, dijo, bondadoso, noble, adorado por sus súbditos, llegó a ser víctima de los bárbaros godos que invadieron el país en otro tiempo tan feliz y mataron cruelmente al rey. ¡De cuán feliz vida gozaban hasta entonces los habitantes en este estado de naturaleza! La gente se amaba mutuamente, eran libres, la igualdad reinaba, la civilización misma era notable. La Europa entera admiraba esos monumentos, esos utensilios, esos vasos de oro y de plata, esos ornamentos de pluma, etc., los acueductos, los canales de riego, las ciudades. Los indios sabían fundir el oro, la plata y el cobre; sus costumbres eran humanitarias. Es cierto, agregó como paréntesis, que su religión era irracional, pero la generosidad, la nobleza, etc., etc., todo desapareció con la invasión de los godos sanguinarios. Son ellos los que han detenido el progreso de la civilización, que han introducido la esclavitud..."

Tales eran más o menos las palabras del predicador, muy extrañas porque él mismo presentaba el tipo de pura raza castellana, tez blanca, frente amplia, ojos azules expresivos, y él predicaba delante de los ciudadanos entre los cuales uno veía algunos que solamente conservaban en sus rostros ciertas señales de la raza americana, frente estrecha, mejillas anchas, tez tostada, cabellos negros y gruesos. Todos escuchaban tranquilamente, graves, inmóviles, con tanto indiferencia como si se les hablara de pueblos antediluvianos. Agreguemos todavía que el sermón ocurría en la iglesia delante de un altar deslumbrador de luces y en el suelo en donde antes de la llegada de estos *bárbaros* que han traído la cruz inmolaban la gente en holocausto, devoraban los esclavos y el sol y el espíritu de las tinieblas eran los únicos objetos de la creencia.

El predicador no había terminado todavía, después de pronunciar un panegírico no menos ardiente en honor de Atahualpa y de los Araucanos, cuando llegó en su discurso a la época de la guerra de la independencia, no perdonó al Papa mismo por la bula de demarcación entre la América de España y la de Portugal. Todo era seguido de un afectado elogio de los héroes de la guerra de la independencia: O'Higgins, Freire, San Martín, etc.

El ingenioso prior, sonriente y satisfecho, dejó el púlpito en medio del silencio de los auditores, indiferentes, ocupados más bien de las distracciones que los esperaban en la tarde que de sus antepasados maltratados sin misericordia por el predicador, aunque el sacerdote y todos los asistentes sin excepción, aun los que se dis-

tinguían por su tez cobriza, hubieran considerado como el más sangriento insulto si se atrevieran a darles el nombre de indio.

Por lo que supe después, el sacerdote no estaba tan enojado con los españoles como quería parecerlo. No tenía tampoco idea tan ventajosa de Moctezuma y Atahualpa; temía solamente la vuelta de los desórdenes de la revolución cuando este mismo Freire, Pinto y otros principiaban saqueando los bienes de la iglesia, destruyendo los conventos. Eso no duró mucho tiempo, pues la gente más razonable, como Portales y Tocornal detuvieron muy pronto en esta pendiente peligrosa a los jóvenes liberales chilenos de la escuela francesa. Hoy el clero se ha declarado por el partido de gobierno que es el conservador, pero observa con inquietud la posibilidad de vuelta al poder de los llamados "pipiolos". Los menos valientes adoptan la regla práctica: servir a Dios y no ofender tampoco al diablo.

Después de la misa y el Te Deum volvimos siempre en orden a la Intendencia acompañados del tañido de las campanas y de los cañonazos. Aquí principiaron los discursos patrióticos, llamados párrafos. El honor de la primera vez pertenecía al cura. En su ausencia era el director del colegio quien pronunció el discurso y después del prior de los Dominicos, el padre Bonilla, tomó la palabra según la antigua moda española, el estilo oficial de esos discursos era muy elevado y no carecía de énfasis; citaban desde luego la Esparta, los Leonidas, los Catones y, evocando la memoria de los romanos y de los griegos, el orador no desdeñaba subir hasta el Olimpo. Después del "he dicho", el Intendente saludó sin contestar a ningún orador y todos se retiraron.

Al anochecer en la plaza de la Intendencia se verificaron los fuegos artificiales que tienen aquí el ingenio de prolongar durante más de una hora a fuerza de variarlos infinitamente.

Después del Angelus, todas las campanas se estremecen y pronto la plaza se llena de gente que se coloca tranquilamente en las aceras sin distinción visible de clases; solamente las mujeres se colocan en sillas. Esperan cortesmente. Las campanas dejan de tocar; el tambor toca y la banda militar ejecuta el himno nacional y una marcha cualquiera; arrojan en seguida cohetes, estrellas, molinetes, fuegos de bengala. De esta manera, alternativamente las campanas, la banda de música y los fuegos artificiales se repiten varias veces consecutivamente. El tiempo pasa tranquilamente, el público en silencio los fuegos y un gran lienzo barnizado detrás del cual se habían puesto algunas luces, colocado exactamente en medio de la plaza con la simple exclamación ¡Viva Chile! El cielo estaba puro, estrellado, en los intervalos se oía el ruido del Océano.

No había policía, ni gendarmes, ni maestros de ceremonia. El Intendente don Francisco Borja Irarrázaval, hijo del marqués de la Pica, rodeado de una concurrencia de señoras y caballeros, quedaba sentado delante de la puerta de su palacio como cualquier burgués. El público permanecía siempre tranquilo y silencioso. Las luces acababan de arder, todo parecía terminar cuando en el ángulo de la plaza aparece un barco iluminado, un maniquí de papel que representaba un barco, llevado por gente escondida en el interior. Otra nave muy parecida entró en la plaza por el lado opuesto y entre ellas principió una batalla. Era una innumerable cantidad de toda clase de cohetes, disparos, globos iluminados que las embarcaciones se arrojaban mutuamente; persiguiendo uno al otro se precipitaban muy flamantes por todos lados sin tener cuidado con el público. Rozaban a poca distancia las filas de señoras engalanadas y caballeros, introduciendo el desorden en la reunión hasta entonces muy grave. Después no había en la plaza entera más que gritos, carcajadas, animación, chanzas, corrían, se perseguían, todo era alegría y desorden; la gente parecía volverse loca.

Eso duró un cuarto de hora más o menos; nadie ha quedado en su lugar, ni aun el Intendente y el cabildo (concejeros municipales) debieron huir. Las luces se apagaron, las campanas dejaron de tocar, la banda se fue a los cuarteles y a medida que la muchedumbre se despertaba, se oía cada vez menos la batahola ocasionada por la última representación, gracias a lo cual hubo bastantes capas, ponchos, chales quemados, sin contar una multitud de otros disgustos de los cuales bromeaba toda la gente sin quejarse.

La plaza quedó vacía, daban las once, pero nadie pensaba en el reposo. El pueblo se iba a las chinganas, de las que hablaré más tarde, y la sociedad distinguida, a las tertulias, que tendré también más de una ocasión de dar a conocer.

19 septiembre. Las carreras

Para este día habían anunciado las carreras de caballos y los "juegos de cabezas" (carreras de cabezas). Este último juego, reminiscencia de las guerras de Africa, introducido en Chile por los primeros conquistadores españoles, se conservó solamente en algunas ciudades de Chile hasta mi llegada, aunque ya no era en honor del rey sino de la república que se celebraban. La capital, Santiago y Valparaíso los habían desterrado enteramente bajo la influencia de los extranjeros y de la nueva generación republicana.

Ya desde hacía muchos días se había esparcido la noticia en la ciudad y en toda la comarca que habría "juegos de cabeza". Desde hacía tiempo se preparaban para esta solemnidad. El día estaba hermoso, el aire agradable, aun el mar estaba en calma. Después de mediodía la plaza principió a llenarse de jinetes montados en bonitos caballos; eran jóvenes propietarios de las fincas vecinas, vestidos con capas nacionales de colores chillones, llamadas ponchos, sombreros de Guayaquil y con enormes espuelas de plata con largas puntas. Las sillas cubiertas con una media docena de pieles de cordero, los arreos adornados con abundancia de placas de plata; el continente grave y caballeresco de los jinetes, la impetuosidad un tanto salvaje de los corceles y, al mismo tiempo la ausencia de policía y de los hombres de orden, ofrecía un aspecto enteramente nuevo para un europeo habituado a los espectáculos muy diferentes de París y Londres.

Sobre la línea del círculo descrito alrededor de la plaza en cuatro puntos a igual distancia habían plantado cuatro estacas: la primera llevaba una cabeza negra de moro, con ojos extremadamente abiertos, con expresión salvaje; la segunda tenía un escudo en que estaba pintada la luna; la tercera una cabeza también de color de bronce; y en la última, la que se encontraba frente a la iglesia, habían suspendido un anillo de manera que el jinete montado en su caballo pudiera alcanzarlo y ensartarlo en su lanza. Había todavía una tercera cabeza colocada en el suelo antes de llegar al anillo; esa era negra como la primera y pintada de rojo en el cuello como si estuviera recién cortada.

Las señoras y las niñas de la sociedad tomaron su lugar delante del balcón del palacio, brillando por el encanto de sus lindos ojos negros y por sus largas y hermosas trenzas, pues no conocían todavía aquí sombreros ni ningún género de tocado artificial.

El sol comenzaba ya a bajar cuando un nuevo cortejo más numeroso de jinetes elegantes llegó a la plaza. Todos se formaron en un orden perfecto, tranquilos y en silencio, y sin embargo, no había un solo empleado, ni soldados ni policía para volver a colocar solamente las cabezas de los moros, echadas por tierra. Alguien del cabildo, que tenía un sable al cinto, se paseaba en la plaza.

Un cuarto de hora antes de la puesta del sol, cuando el viento se calmó y el aire

estuvo fresco, las campanas de la iglesia dieron la seña y comenzaron las carreras. Había en la plaza cerca de tres mil personas.

El primero de todos, un valiente jinete salido de las filas, montando un bonito caballo negro. Usaba poncho blanco, un sombrero fino de paja con cinta azul y con grandes espuelas de plata. Avanzaba al paso, con el aire grave y majestuoso de un grande de España, sin mirar al público, firme en su cabalgadura como tallado en piedra. Antes de llegar a la primera estaca dio vuelta con destreza al caballo, volvió a su primer puesto, de ahí lanzó su caballo a toda carrera hacia el escudo y plantó con toda la rapidez de la carrera su lanza exactamente en medio de la luna; después de dar una vuelta a la plaza con paso acompasado, tomando su carrera pasó rápido como el viento al lado de la cabeza negra, la cogió, la lanzó al aire y desapareció en el torbellino del polvo. En medio de los aplausos y de los gritos lo divisamos a lo lejos caracoleando en su caballo excitado. Le quedaban todavía dos trabajos que ejecutar.

Los peritos discutían sobre las probabilidades del joven, los méritos del caballo; unos decían que el jinete había fatigado demasiado su caballo; otros, que el caballo no tenía costumbre de esos esfuerzos. Las señoras simpatizaban con el joven jinete; su bravura les agradó.

Discutían todavía acerca de la posibilidad de éxito en las últimas pruebas cuando el mismo jinete pasó rápido como un relámpago delante del palacio del Intendente, cogió la segunda cabeza y haciendo entrar sin descanso su caballo en la vía, se precipitó hacia la tercera, colocada en el suelo. La atención de los espectadores estaba excitada, todas las miradas fijas en el punto negro; en medio de gritos de animación él se acercó a toda carrera a su blanco; con un esfuerzo extraordinario detuvo su corcel en un abrir y cerrar de ojos, se envolvió en polvo y desapareció. El silencio se hizo entre los espectadores, por consideración al joven repetían en voz baja: fallado.

Otra vez el jinete debió ponerse a prueba, y esa era la más difícil. Dando una vuelta al paso a la plaza medía con la mirada el anillo que definitivamente debía procurarle la victoria, o bien, las bromas de las señoras. Pasando delante del balcón de las señoritas, paseó su mirada en toda la reunión, buscando, se diría, aquélla cuya vista hubiera avivado su destreza. Lanzó su caballo entonces con más vigor que nunca, pasó por debajo del anillo y —ya no lo hemos divisado—. El anillo se balanceaba paulatinamente en su cuerda, pareciendo burlarse de la confusión del joven.

Después de un instante de espera, un segundo jinete apareció en el círculo, tomó carrera y de un solo tirón plantó la lanza en el escudo de la luna, ensartó la primera cabeza de moro, lanzó la otra al aire, pero falló la del suelo y falló lo mismo el anillo.

Varios otros jóvenes entraban sucesivamente en el recinto para tentar suerte; el público se entusiasmaba cada vez más; pero era casi siempre el anillo el que hacía perder la partida. "Diga, pues, compadre, interpeló a su vecino un rico burgués echando sobre el hombro el pliegue de su gran capa española, pues principiaba a ponerse fresco, el tiempo no está como era y la juventud no es la misma que la de tiempos pasados; vean los bravos de hoy, no es como en otros tiempos cuando los señores más distinguidos, marqués de la Pica, Cortez, Monroe, Aguirre, y tantos otros tomaban parte en estos juegos; ¡qué caballos tenían y qué destreza de jinetes! Al parecer, querido compadre, todos nuestros juegos nobles y caballerescos caerán en el olvido. Quieren transformarnos a la fuerza en ingleses o franceses".

De repente resonó en la plaza una ruidosa aclamación, aplausos, vivas. Un joven

de chaqueta ricamente bordada, el poncho echado sobre el hombro izquierdo, salió victorioso de todas las pruebas.

Había enseguida carreras por grupos, y en un lugar retirado, en varios sitios, disponían torneos llamados *pechadas*, en que el jinete trata, chocando con el pecho de su caballo el de su adversario, de ocupar su lugar. Sus caballos están habituados a estos juegos y chocan a menudo con tanta impetuosidad que el adversario, jinete y caballo, caen volcados. La animación se hace cada vez más ruidosa: aplausos, gritos de animación y de triunfo, relincho de los caballos, todo se confundía en una vocería formidable que, creciendo a cada instante, parecía transformarse en desorden, cuando, de repente, grave y majestuoso cae de lo alto de la iglesia el sonido de la campana. Es el Angelus. Todo se detuvo como por encanto y en medio de un silencio completo el pueblo se descubría, los jinetes bajaban de sus caballos; delante del palacio del Intendente sólo las señoras permanecieron sentadas, los caballeros permanecían de pie. A imitación del Intendente, toda la gente hizo el signo de la cruz, rezaba en voz baja. El toque de campana sonaba por intervalos como para medir el tiempo para cada oración; varios golpes repetidos anunciaron el fin, y entonces el Intendente se dirige al público diciendo con voz grave y cortés: "Señores, muy buena noche". Toda la gente lo saludó y tranquilamente principió a dispersarse. Una media hora más tarde la plaza estaba vacía, aun en las calles se veían pocos transeúntes; en desquite muchas casas estaban alumbradas, lo que anunciaba reuniones privadas, tertulias.

24 de septiembre. Tertulia en casa del Intendente

Era el día del nombre de la esposa del Intendente, señora Mercedes Undurraga de Irarrázaval, señora muy distinguida.

Hubo ese mismo día en la ciudad un almuerzo semipolítico, dado por la sociedad del Partido Liberal. Se pronunciaban discursos, se echaban brindis numerosos, pero no se imitaban todavía las reuniones políticas de Europa. Aunque la política liberal se ha introducido aquí en las salas de banquetes, pero no puede todavía haber envenenado con su hiel los corazones de los invitados al principio de la comida, los discursos marcaban cierta tendencia a la oposición liberal, pero desde los primeros brindis olvidaron completamente la política; cada uno bebía a la salud de su vecino, compadre, o amigo, y terminada la comida, todos se reunieron en la tertulia del Intendente, a pesar de que éste pertenecía al partido opuesto. Las señoras ya se encontraban reunidas. Todas las puertas y todas las ventanas abiertas, el patio accesible para todo el mundo.

Yo estaba un poco atrasado no sabiendo a punto fijo la hora de la reunión, y cuando llegué, vestido como un verdadero parisiense, me era difícil pasar por la muchedumbre que estorbaba la puerta cochera, y más difícil todavía abrirme paso en el patio, donde se preparaba la ascensión de un globo. A duras penas logré acercarme a la puerta del salón; oía la música, pero me era imposible avanzar a través de la multitud de curiosos. Reconocido al fin por alguien que sabía que yo era del número de los invitados, me ayudaron a entrar en la sala, cuya tercera parte, por lo menos, estaba ocupada por personas no pertenecientes en absoluto a la reunión. La sala era enorme, bien alumbrada; las señoras adornadas con primor formaban el círculo en el salón; los caballeros se agrupaban en las piezas vecinas. El Intendente, amable y lleno de noble cortesía, recibía a la sociedad, sentado en un gran sillón; me invitó a tomar asiento a su lado para que yo tuviera la facilidad de observar cómodamente.

Realmente el espectáculo era para mí nuevo y original. La sociedad invitada a la reunión, las señoras engalanadas con buen gusto, los caballeros elegantes, se tocaban

casi con la multitud de todas las condiciones que obstruían las puertas, las ventanas y hasta la sala misma. Esta segunda parte de la sociedad, tolerada según la costumbre del país, se compone de burgueses, obreros, sirvientes, negros, y aun personas ricas y distinguidas que no recibieron la invitación, o bien, por una razón cualquiera no la aceptaron, sino que deseaban asistir de incógnito; los llamaban *tapados,* porque cada tapada mujer se cubre enteramente la cara con un velo espeso o con un chal cualquiera, no dejando libres más que los ojos, algunas veces un ojo solamente para no ser reconocidas, y los caballeros llevan sus sombreros metidos hasta los ojos, y la parte inferior del rostro cubierta con el pliegue de la capa española colgada de un hombro a otro. Era un contraste fantástico de un modo raro esta asamblea de rostros cubiertos, con sombreros, inmóvil y muda, al lado de las señoras y señoritas vestidas con elegancia, brillantes y animosas y caballeros de traje negro y calzados. Lo que ofrecía sobre todo un cuadro raro, eran los grupos de hermosas señoras, sentadas cerca de las ventanas abiertas, teniendo a la misma altura y casi en la misma línea las caras de las *tapadas.* Una señora que se distinguía por su rico traje y de mucho gusto, la esposa del comandante de la guardia nacional, doña Mercedes Morales, adornada con un bonito turbante con broches de diamantes y rubíes, coronado con una pluma de ave del paraíso, una jovencita hermosa como un ángel, eran casi rozadas por una villana cabeza de negro que trataba de avanzar lo más posible su cara a través de la ventana, y una cabeza de mujer de tez cobriza, cubierta con un chal blanco.

Todo sucedía entretanto, sin una sombra de desorden; se podía aun observar en la actitud de esta muchedumbre cierta reserva conveniente. No me cansaba de observar esta extraña asamblea con muchísimo más interés que la reunión del salón, que no difería en nada de nuestras sociedades de Europa. Cuando el Intendente Sr. Irarrázaval me interpeló: "Le parece, por lo que veo, muy rara la presencia del pueblo y de las personas de todas condiciones que vienen de la calle para ver nuestras reuniones. Entre Uds. en Europa, los criados habrían dispersado este populacho, o bien, la policía habría prohibido el acceso de la casa".

Yo no sabía qué contestar cuando un joven recién llegado de la capital, se mezcló en la conversación diciendo que realmente no era del todo conveniente.

¿Y cuál es su opinión, señor?, me preguntó el Intendente con una sonrisa.

Confieso que entre nosotros se habrían colocado guardias a la entrada, contesté.

¡Ah!, dijo, es que entre Uds. no hay más que jactancia de la libertad y la igualdad. Entre nosotros también; en la capital, en Santiago, nos consideran como aristócratas a los de la antigua generación, llamándose ellos mismos liberales y juzgando como tales a los ingleses y a los franceses, adoptan sus ideas y sus innovaciones. Antaño entre nosotros se hablaba poco de liberalismo, pero vivíamos mucho más estrechamente unidos con el pueblo y no dejando de interesarse por su suerte, ni perdíamos nada de nuestra autoridad ni consideraciones que se nos deben. Mi padre, el marqués, era uno de los más ricos propietarios; sus tierras se extendían desde el mar hasta más allá de la Cordillera. A menudo daba tertulias y bailes magníficos en su casa de la capital y la entrada era siempre libre para los *tapados* lo mismo que para los invitados; cuidado con aquél que por orgullo o por capricho hubiera cerrado las puertas y las ventanas de su casa; el pueblo sería capaz de hacerlas pedazos. Es por eso que de nuestros antiguos tiempos teniendo la gente del pueblo la posibilidad de observar de cerca nuestras costumbres y nuestros hábitos, nuestros juegos y nuestras danzas se apropiaban involuntariamente ciertos rasgos de nuestra manera de ser; sus maneras se hacían menos duras, el tratamiento más afable, cantaban las canciones de nuestras señoras, bailaban los mismos bailes, y la len-

gua, la manera de expresarse no era tan diferente como la de las diversas clases en Francia y en Alemania.

Mientras tanto el *bastonero* (el que dirige los bailes) dio la señal para el baile. Como entre nosotros, el baile comienza por la polonesa, aquí es la antigua contradanza española que abre el baile. Las parejas se forman lo mismo que para la antigua inglesa; son de diferentes figuras y evoluciones que tienen un carácter antes grave y serio que gracioso y animado, es por eso mismo que las personas de edad toman parte en ella. Antiguamente era por el minué español por el cual se comenzaba el baile, pero ya lo olvidan; la cuadrilla francesa amenaza con la misma suerte a la contradanza.

Después de terminado el baile, presentaron la guitarra a una de las lindas señoritas que, sin hacerse rogar mucho, cantó una de las arias favoritas españolas, un poco triste, melancólica, una romanza simple y agraciada, sin ningún carácter apasionado y febril que trastorna los sentidos. Las jóvenes amigas de la cantante le ayudaban con su voz, y en cuanto había terminado la canción, aplaudían diciendo: *muy bien, muy bien.*

La guitarra pasaba de mano en mano, presentada siempre cortésmente por uno de los jóvenes a la persona a quien se rogaba que cantara.

Hay que agregar que en los trajes de las señoras había mucha sencillez. No se descubrían el cuello y los hombros de ninguna manera, y en lo concerniente al adorno de la cabeza, no solamente las jóvenes sino también la mayor parte de las señoras casadas llevaban sencillamente dos grandes trenzas que tenían por todo adorno alguna bonita flor recién cogida. No había más que dos señoras recién llegadas de la capital que se distinguían por los complicados adornos de la cabeza: alfileres, cadenetas y flores artificiales.

Fue a fuerza de saludos y ceremonias como el *bastonero* se acercó a una de ellas, de quien se sabía estudiaba canto en Santiago y que podía aun cantar notas: no fue sin dificultad como se decidió a tomar la guitarra, y después de ponerla acorde, entonó el aria italiana, y qué aria, era el pobre "i tanti palpiti", que atormentó sin misericordia. Era difícil enseguida volver a las canciones más sencillas; se principió entonces por las danzas favoritas que animaron mucho la reunión.

Eran bailes nacionales acompañados de la música y del canto. Silenciaron la orquesta desagradable, y las señoras mismas cantaban acompañándose de la guitarra, mientras que los demás bailaban. No es más que una señora y un caballero que se colocan uno enfrente del otro para estas danzas, teniendo mucho parecido con el bolero español, donde principalmente domina la gracia, y aunque existan ciertas reglas cada uno se guía más bien por la inspiración. No me ha tocado ver dos señoras que bailen una de estas danzas de igual manera; frecuentemente la misma persona cada vez de manera diferente. Esta variedad es muy agradable para los espectadores mismos, y por más que algunos viajeros acusan estas danzas de un carácter demasiado apasionado, afirmo que aquí, como entre nosotros, todo depende de la educación, del carácter y de la condición de los que bailan. En todo caso no hay duda que la danza unida al canto y a la poesía, acompañada del son del arpa o de la guitarra, revela mucho mejor la alegría y la animación que la cuadrilla y la orquesta de nuestros salones.

Una de esas danzas, muy en boga, llamada *Cuándo,* comienza por el minué; el canto es serio, "cuando, pues, alumbraría ese día feliz", la señora y el caballero se saludan mutuamente y se contornean con mucha gracia, lo que recuerda el antiguo minué; pero después de un instante el aire cambia, la melodía se pone más animada, el compás agitado y la danza se transforma en movimientos rápidos y pataleo; y se

encuentra siempre entonces alguien que lleva el compás con las manos sobre la guitarra, excitando de esta manera el ardor de los que danzan.

La más favorita de estas danzas, la que se considera como esencialmente nacional, es la *zamacueca*, al parecer, proveniente del Perú, más sencilla y más fácil que el bolero de Andalucía, pero menos apasionada; la bailan aquí en todas las reuniones, lo mismo en los salones elegantes que en la cabaña del campesino; la diferencia consiste solamente en la manera más o menos conveniente y la gracia de los que bailan.

Aquí tampoco existen las reglas precisas; la señora y el caballero avanzan y se separan agitando sus pañuelos, dando ora pasos cortos, alterados, ora resbalando graciosamente, se evitan y se buscan alternativamente; el caballero se inclina delante de su compañera dejando arrastrar el pañuelo a sus pies con un gesto lleno de sumisión y de súplica, la señora agita entonces el suyo con apariencia de rechazo y toma la dirección opuesta. Es difícil dar al lector una idea exacta de todas las evoluciones de los que bailan, que tratan de expresar el sentido de la danza por los gestos, los ojos y la sonrisa. La reunión entera se entusiasma, el canto se hace cada vez más expresivo, los jóvenes rodean a los bailarines acelerando el compás; todos parecen esperar con interés el desenlace cuando la danza termina en el momento menos esperado en medio de los aplausos y elogios sinceros. Las palabras de la canción no contribuyen menos a la alegría; el sentido varía continuamente, ora triste, ora placentero, gracioso o apasionado, a menudo las palabras vacías de sentido, como nuestras canciones de Pracovia, pero difíciles de imitar en cualquier lengua, o bien, aplicar a otra danza; esta copla, por ejemplo, que cantan en el momento de la danza, en que el joven indeciso se acerca o se aleja sucesivamente de la señora que, por su parte igualmente, no se atreve a levantar los ojos:

Ahora sí, ahora no,
Ahora sí, ahora no,
. . . . . .
Ahora sí que te aseguro yo.

En general el carácter de la música en Chile es triste, melancólica y un poco apasionada.

Después de esta graciosa danza, la gaviota, verdadero contrabando francés que la sobrina del gobernador debió bailar, cediendo a las porfiadas súplicas de la reunión, me pareció prosaica. Los instrumentos que sonaban desafinados y en desacorde muchas veces consigo mismos y con las difíciles cabriolas de la danza, no podían compararse con ventaja a la *zamacueca* acompañada de canto. Menos agraciado hasta ahora apareció el *marinero*, llamado aquí *pieza inglesa*. Nadie se atrevió a dar su opinión, y creo que era solamente para agradar a los extranjeros que bailaban esas piezas.

Volvieron pronto a las danzas nacionales. Era entonces la *resbalosa* y varias siempre del género del bolero.

La tertulia pasó muy pronto, y confieso que hacía ya mucho tiempo que no me había entretenido tan bien. Eran sobre todo los tapados los que atraían más a menudo mi atención. Durante toda la duración del baile observaban una postura muy moderada, aparte de algunas ligeras manifestaciones de alegría y de placer cuando la danza despertaba en ellos un entusiasmo más fuerte.

Uno de los señores con el cual mantuve conversación sobre este tema, me hizo notar entre las tapadas de las señoras que pertenecían seguramente a la sociedad santiaguina. "Se hallan siempre, me dijo, personas que prefieren asistir a los bailes en calidad de *tapadas*. A menudo les reservan al lado del salón piezas aparte poco

iluminada, les sirven también dulces y refrescos; pero en su mayor parte las señoras de la sociedad se mezclan con la multitud, de modo que el marido, el hermano o el novio no saben nada que son observados de cerca. Más de un caballero de un modo semejante, guiado por los celos o simplemente por picardía disimula la enfermedad o un viaje, se introduce en el salón *tapado,* observa y oye hasta la conversación de las personas que le interesan.

De ahí la cantidad de sucesos, de pequeñas intrigas que ocupan y entretienen la sociedad durante muchos días".

Poco tiempo después leía la descripción del viaje del capitán Hall, que, criticando todo lo que no era inglés, juzga falso este hábito del país, diciendo que los *tapados* son partidarios del gobierno español, la antigua nobleza arruinada por el triunfo del nuevo orden y despreciada por los patriotas.

Hacia la una de la noche estaba terminado el baile. Los *tapados* se retiraron primero. Enseguida salía por grupos la sociedad. Ni había coches, ni criados, ni obstrucción ni imprecaciones de los gendarmes como en nuestras grandes ciudades. Los jóvenes acompañaban a las señoras hasta sus casas; por mi parte también, con el permiso de la madre, tuve el placer de ofrecer el brazo a una agraciada señorita. La noche estaba hermosa, había claridad de luna, las cadenas de las cordilleras se dibujaban en el oriente con sombra negruzca, el mar reflejaba la luz por ondas plateadas.

Los guardianes nocturnos. Serenos

La noche estaba tan clara y hermosa, el aire tan suave y tranquilo que estuve paseándome mucho rato todavía, solo, en las calles. Evocaba los recuerdos de mi país, de nuestras reuniones de familia, saraos y danzas.

De vez en cuando un ligero soplo de aire traía el perfume delicado del floripondio y de los heliotropos de Chile. No había más que el mochuelo de mal augurio que rompía el silencio con su voz ronca y la lechuza, un bonito pájaro nocturno, cortaba el aire con su vuelo rápido.

La ciudad entera estaba en reposo, toda la gente dormía, las casas a puertas cerradas; sólo los guardianes nocturnos, gente pagada por la ciudad, se paseaban cantando el aria de iglesia: "Ave María Purísima".

No había entonces en Coquimbo ladrones ni gente sospechosa; con toda seguridad se podía dejar las puertas de la casa abiertas, el cerrajero no tenía nunca trabajo para componer las cerrajas. No se recuerda tampoco que esos piadosos serenos, que pasaban las noches enteras orando tan sencillamente, hayan tenido que perseguir a un malhechor cualquiera. Se paseaban, no obstante, hasta el alba y entonces los guardianes de toda la ciudad se reunían cerca de alguna iglesia en que, después de la inspección hecha por su superior, entonaban juntos un canto a la Santa Virgen y se separaban para entrar en su casa.

Feliz país en que, después del día de trabajo, se puede dormir tranquilamente bajo la protección de gente que tiene por toda arma la oración y la salutación de la Madre de nuestro Salvador.

Esta hermosa costumbre existía todavía a mi llegada a Chile, aunque en la capital, en Santiago, no pudo resistir a las burlas de los extranjeros, principalmente de los alemanes y de los ingleses. Los liberales creían que esta oración, muestra de fanatismo, debían cambiarla por una aclamación patriótica, y durante mucho tiempo los *serenos* fueron obligados a gritar las noches enteras: ¡Viva Chile! Se dieron cuenta después que era ridículo y fastidioso oír continuamente bajo sus ventanas el Viva Chile; entonces la policía dio la orden a los guardianes que se callaran. Resultó que esta gente, obligada a callar se quedaban dormidos apaciblemente en las

calles y más de una vez el ladrón les llevó la gorra y el sable; pues los habían hecho usar armas desde que ya no oraban. Los antiguos, habituados a oír la voz de los guardianes, hallaban ahora que las noches eran muy tristes, largas y aburridas; los robos se hacían cada vez más frecuentes. La policía introdujo entonces los pitos, y desde entonces los serenos no rezan, pero pitean sin misericordia en las calles, y... nadie se queja.

Esquinazo. La serenata

Era en el mes de octubre, la víspera del día onomástico de una de las más distinguidas señoras de Coquimbo. Como amigo e íntimo de la casa, fui a hacerle una visita de felicitación. El dueño de casa, su esposa y su hija permanecían sentados como de ordinario delante de una mesa; pocos instantes después entró el Intendente con su joven y bella sobrina. La conversación tranquila y seria, un poco demasiado monótona se prolongó hasta las nueve horas. En los intervalos de la conversación se oía el ruido lejano del mar. De repente, las arpas resonaron en la calle y oímos el canto de mujeres delante de la casa; nadie se movió, pero hicieron alumbrar el salón. En cuanto cesó el canto, vimos entrar en la pieza a D. Ramón Organdoña, muy conocido en la ciudad por sus discursos e improvisaciones, envuelto en una gran capa española, con su sombrero ligeramente metido; al mismo tiempo todo el patio se llenó de gente y divisamos en la puerta una cantidad de los *tapados*. Nadie se levantaba para recibirlos, D. Ramón no nos saludaba tampoco, pero avanzando grave y silencioso hacia el medio de la pieza, dejó caer de su hombro derecho el pliegue de su capa y sosteniéndolo con la mano izquierda, levantó el otro brazo hacia aquélla cuya fiesta celebraban y principió a declamar en su honor una poesía en la hermosa lengua de Cervantes y de Calderón. Después de cada copla del poeta, comenzaba el canto acompañado del arpa y lanzaban cohetes en el patio. Esperando D. Ramón quedaba inmóvil, paseando con gravedad su mirada por el cielo raso y, cuando el silencio se restablecía, continuaba su improvisación redoblando elogios y cumplimientos para la dueña de casa, invocando en auxilio a todas las divinidades del Olimpo para salir dignamente de la dificultad que había tomado a su cargo, etc., etc.

Eso ha durado casi media hora, y el poeta permanecía todo el tiempo en medio de la pieza, tieso como un embajador en la audiencia delante del trono. Terminada la última estrofa, se acercó a la dueña de casa y completó en prosa su felicitación.

Fue entonces solamente cuando el dueño de casa salió al patio e invitó a toda la gente. Las cantoras fueron las primeras en entrar e hicieron entrar al mismo tiempo las arpas; enseguida era una numerosa sociedad de señoras, de personas de la familia, muchos jóvenes vestidos para la danza. Mandaron abrir las puertas y todas las ventanas para el pueblo y los *tapados*. Muchas niñas del pueblo que pertenecían al *esquinazo* eran invitadas al salón y cantaban acompañándose del arpa; las señoritas de la sociedad se acompañaban del piano; y no existía falsa vergüenza ni envidia. El patio entero, las ventanas y las puertas estaban llenas de curiosos; en el salón se veía a más de un obrero con su *poncho* de colores chillones al lado de caballeros cubiertos con sus grandes capas. La noche estaba pasando en danzas y cantos al son de las arpas y de las guitarras; lanzaban cohetes en el patio y en las calles. Se divirtieron hasta contarlo entre los días felices, alegremente y sin continencia, pero también sin faltar a los respetos, aunque no había nadie para vigilar el orden y la etiqueta.

Una escena en las minas de plata en Arqueros (1838)

Antes de entrar en descripciones geológicas y mineralógicas de mis excursiones de minero, quiero anotar el cuadro de una escena de la vida de los mineros, que tuve la ocasión de admirar a mi llegada a Arqueros, una mina de plata que elegí para mi primera excursión, alejada una docena de millas de Coquimbo.

Llegué allí un sábado, en los momentos en que los mineros terminaban su trabajo de la semana. Las minas están situadas en una comarca *enteramente desierta* y se elevan a mil metros sobre el nivel del mar. Encontré amable hospitalidad en casa del juez D. Diego, que era al mismo tiempo director de una de las minas y para quien tenía una carta de recomendación.

El sol estaba todavía lejos del horizonte cuando los mineros, fatigados, medio desnudos y sudando comenzaron a salir uno a uno de debajo de la tierra, botando los últimos *capachos* del rico mineral al lado de la casa del *mayordomo*. Enseguida, alegres y canturriando se arreglaban. Cada minero se ponía una camisa limpia de color, una gorrita roja, un delantal de cuero amarillo, ojotas y se ceñían con una larga banda negra; los calzones anchos, pero hasta las rodillas y largas medias negras completaban el traje de los que trabajan en el interior de las minas.

Aquella noche se prometían distracciones y diversiones muy especiales, que debían verificarse en la plazuela, destinada para este género de entretenimientos, como para los comerciantes que traían aquí sus mercaderías.

Los mineros no se hacían esperar, olvidando la fatiga, en cuanto recibieron su salario, el provecho del trabajo de la semana entera, se apresuraron a reunirse en la plaza en número de más de mil personas.

Don Diego era juez de primera instancia, subdelegado, el único funcionario, poder ejecutivo, jefe de policía, pero sin sueldo ni agentes de policía.

Era un hombre de edad avanzada, pero sano y robusto, amable y cumplido, militar del tiempo de los españoles, pero partidario de la república; hablaba con muchas consideraciones y deferencias del rey de España.

Dejando a un lado todos los asuntos del día, se ofreció amablemente para acompañarme y dejarme ver aquella noche toda la población reunida en la plaza para divertirse. Se arregló cuidadosamente, se ciñó una banda roja y con un gran sable enmohecido, insignias de su dignidad, echando a su hombro un bonito *poncho*, sin olvidar las grandes espuelas, montó una hermosa mula negra. El trayecto no era largo; íbamos al paso a través de los montes y las quebradas, encontrando a cada *paso montones de piedras y hoyos de minas*; no hay vegetación, apenas se divisaba por aquí y por allá un matorral de cactus.

La noche llegaba cuando estuvimos en la plaza y nos detuvimos delante de una cabaña un poco más grande que las demás, donde ya había mucha gente. Los mineros nos cedieron lugar y, al entrar en la cabaña, divisé en el rincón un altar recién arreglado de nuestra Señora del Carmen, patrona de Chile; muchas luces y una bandeja para la limosna. Un sacristán improvisado, promovedor del rosario se mantenía al lado; y a cierta distancia muchas mujeres permanecían sentadas, adornadas con pañuelos de seda de China, y varios mayordomos. En el rincón opuesto de la cabaña vendían duraznos, uvas, sandías y pastelillos de dulce.

Todos miraban, el silencio y el orden eran perfectos; se oía solamente el son de la guitarra y el canto de una mujer en la cabaña vecina; era la *chingana*, entretenimiento favorito del pueblo. Entramos en ella. La pieza estaba llena de gente; servían horchata, duraznos y sandías; en medio de la cabaña había un piso más elevado, género estrado, donde una niña esbelta y bonita, con magnífico pelo, cuyas trenzas caían hasta los pies, bailaba con un minero de anchas espaldas, con poncho negro,

camisa azul y delantal de cuero. El pueblo de Chile es demasiado serio para bailar en reuniones públicas, aunque le gusta con pasión el canto y el baile que son aquí inseparables. Ordinariamente los cantores se pagan y las personas que bailan son elegidas entre aquellas que se distinguen en el arte. Aquí lo mismo que en los salones de la gente rica, los bailarines se sirven para el baile de su pañuelos, dan los mismos pasos, acercándose y alejándose uno del otro; no falta más que la gracia y la elegancia de los otros, y si no hay la animación ni la alegría de nuestras danzas del pueblo, porque precisamente aquí tratan demasiado de imitar la *zamacueca* de los salones. No obstante la danza correspondía perfectamente al carácter del canto español, tierno, lánguido y amoroso. El bailador lanza sobre su compañera miradas apasionadas, ella lo evita o vuelve la cabeza manteniendo el ademán indeciso. Los espectadores tranquilos y silenciosos los miran con interés.

La danza era interrumpida por el ruido de la campanilla que venía de la cabaña en que estaba el altar; la guitarra se calló y toda la gente salió. En dos minutos no quedaba en la pieza más que la bailadora, la guitarra puesta en un banco, varios vasos medio vacíos y algunos niños.

Seguimos la multitud que ya se había formado delante del altar: los niños y las mujeres adelante, atrás de ellos los viejos y los superiores; más lejos, en la puerta y afuera los jóvenes mineros, pues no había bastante lugar.

A falta de sacerdote un anciano comenzó en voz alta a rezar el rosario; todos se han hincado rezando con mucho fervor, como si estuvieran en una iglesia. Después del rosario lanzaron los cohetes, y cuando entramos en la plaza, había ya muchos mineros que habían encendido fuego, y sentados en el suelo jugaban tranquilamente al naipe. Era un cuadro muy pintoresco que yo admiraba con mucho interés. Los trajes tan originales de colores muy subidos, los rostros de tez cobriza y gorras rojas, los ojos negros animados por el juego, la variedad de los grupos alumbrados por la luz vacilante de los fuegos; todo tenía por bóveda el cielo estrellado y gigantescos montes alrededor. Era verdaderamente agradable.

Un minero daba la vuelta a la plaza haciendo la colecta entre los grupos para la construcción de la iglesia en *Los Molles,* una aldea un poco distante, donde se conserva todavía el antiguo cementerio indio; era precisamente de allá de donde el viejo promovedor del rosario había llegado con el altar y los escapularios.

Una media hora después el cuadro se había cambiado. Todo el público que tomó parte en el rosario, todos los jugadores y los bailadores se reunieron en la misma cabaña del altar, que se había transformado en teatro de títeres. Nos dirijimos también allí ocupando los primeros asientos que nos reservaron al lado de las mujeres, entre las cuales se encontraba una muy graciosa niña, conocida de D. Diego. Al lado de la escena, delante del telón, quedaba sentado un minero que, acompañándose de la guitarra, cantó con toda su voz escogiendo las canciones que podían adaptarse cuanto era posible al tema de la representación. Como la cabaña era larga, pero angosta para que todos tuvieran la posibilidad de ver la escena sin ser molestados por aquellos que estaban colocados adelante, las primeras filas tuvieron que sentarse en el suelo, los siguientes quedaban sentados en bancos y los más alejados subían encima y se prendían aún a las vigas y al techo. No había más que D. Diego, yo y la graciosa niña que teníamos sillas.

Uno de los principales personajes de la escena era un dandí lleno de pretensiones; cantaba y bailaba en la escena con una señorita muy elegante, le hacía la corte cuando de repente aparece un joven minero en traje corriente, buen mozo, alegre y alerta, que pronto inicia la conquista de la señorita, y el primer bailador se retira todo confuso, con gran satisfacción del público. Era en seguida un oficial con uniforme bordado que ha entrado en escena y pretendía bailar con la señorita, pero el mi-

nero lo ha golpeado y echado en medio de los aplausos. Había todavía muchas escenas de este género, y el minero salía siempre triunfante. Entre otras, era un individuo montado en un burro, sosteniendo que era un caballo *cuyano;* esta agudeza gustó mucho al público, pues al pueblo de aquí no le gusta de ninguna manera a sus vecinos de Mendoza. El minero trabó la conversación con el cuyano y se burlaba de él; entusiasmado el público de la sala lanzaba agudezas y burlas. Al final, era todavía un mono negro que apareció y comenzó a perseguir a la señorita. El público un poco achispado se permitía observaciones poco convenientes, de modo que D. Diego, que desde hacía un instante estaba ya enojado con un robusto barretero, viéndolo echarle dulces miradas a su compañera, se levantó y salimos. Era ya media noche, la noche estaba en calma, los montes parecían tres veces más elevado que de día. Subimos en nuestros caballos, D. Diego colocó a la joven en ancas y marchando al paso a lo largo del barranco nos dirijimos a la casa.

Oda de invierno al río Mapocho

Oh sí, nieve imprecisa,
oh sí temblando en plena flor de nieve,
párpado boreal, pequeño rayo helado
quién, quién te llamó hacia el crepitante valle,
quién, quién te arrastró desde el pico del águila
hasta donde tus aguas puras tocan
los terribles harapos de mi patria?

Río, porqué conduces
agua fría y secreta,
agua que el alba duna de las piedras
guardó en su catedral inaccesible
hasta los pies heridos de mi pueblo?

Vuelve, vuelve a tu copa de nieve, río amargo,
vuelve, vuelve a tu copa de los pacíficos cascajos,
sumerge tu plateada raíz en tu secreto origen
o despéñate y compite en otro mar sin lágrimas!

Río Mapocho, cuando la noche llega
y como negra estatua echada
duermo bajo tus puentes con un racimo negro

de cabezas golpeadas por el frío y el hambre
como por dos inmensas águilas, oh río,
oh duro río parido por la nieve,
porqué no te levantas como inmenso fantasma
o como nueva cruz de estrellas para los olvidados?

No, tu brusca ceniza corre ahora
junto al sollozo echado al agua negra,
junto a la manga rota que el viento endurecido
hace temblar debajo de las hojas de hielo.
Río Mapocho, adonde llevas
plumas de hielo para siempre heridas,
siempre junto a tu cárdena ribera
la flor salvaje nacerá mordida por los pinos
y tu lengua de frío raspará las mejillas
de mi patria desnuda?

Oh que no sea
oh que no sea, y que una gota de tu espuma negra
salte del lé jamo a la flor del fuego
y precipite la semilla del hombre!

Cordilleras de Chile

Debo decir que el aire
establece una red. Y nubes, nieve
en lo mas alto andino,
se detuvieron como peces puros,
inmóviles, invictos.
Estoy rodeado
por la fortaleza
del páramo mas áspero:
en sus mil tonos silba
el viento veridero
y desde cordilleras desdentadas
cae el agua metálica
en un hilo veloz
como si hurgara
del cielo abandonado.
Toda palabra muere y todo muere
y es de silencio y frío la materia
del muerto y del sarcófago:
a plena luz, brillando, como el río,
lejos de la dureza

y de morir se aleja despeñando
la nieve que el dolor endurecía
y que bajó muriendo
desde la cruel altura
en que dormía:
ayer amontajada,
hoy amante del viento.

La Primavera urbana

Se gastó el pavimento hasta no ser
sino una red de sucios agujeros
en que la lluvia acumuló sus lágrimas,
luego llegaba el sol como invasor
sobre el gastado piso
de la ciudad sin fin acribillada
de la que huyeron todos los caballos.

Por fin cayeron algunos limones
y algún vestigio rojo de naranjas
la emparentó con árboles y plumas,
le dió un susurro falso de arboleda
que no duraba mucho,

pero probaba que en alguna parte
se desnudaba entre los azahares
la primavera impúdica y plateada.

Era yo de aquel sitio? De la fría
contextura de muro contra muro?
Pertenecía mi alma a la cerveza?
Eso me preguntaron al salir
y al entrar en mi mismo, al acostarme,
eso me preguntaban las paredes,
la pintura, las moscas, los tapices
pisados tantas veces
por otros habitantes parecidos
a mí hasta confundirse:
tenían mi nariz y mis zapatos,
la misma ropa mustia de tristeza,
las mismas uñas pálidas, prolijas,
y un corazón abierto como un mueble
en que se acumularon los racimos,
los amores, los viajes y la arena,
es decir todo lo que sucediendo
se va y se queda irrevocablemente

El Mar

Necesito del mar porque me enseña:
no sé si aprendo música o conciencia:
no sé si es ola sola o ser profundo
o solo ronca voz o deslumbrante
suposición de peces o navíos.
El hecho es que hasta cuando estoy dormido
de algún modo magnético circulo
en la universidad del oleaje.

No son solo las conchas trituradas
como si algún planeta temblo roso
participara paulatina muerte,
sí, del fragmento reconstruyo el día,
de una racha de sal la estalactita,
y de una cucharada el dios inmenso.

Lo que antes me enseñó lo guardo: el aire,
incesante viento, agua y arena.

Parece poco para el hombre joven
que aquí llegó a vivir con sus incendios
y sin embargo el pulso que subía
y bajaba a su abismo,
el brío del azul que crepitaba,

el desmoronamiento de la estrella,
el tierno desplegarse de la ola
despilfarrando nieve con la espuma,
el poder quieto, allí, determinado
como un trono de piedra en lo profundo
sustituyó el recinto en que crecían
tristeza terca, amontonado olvido,
y cambió bruscamente mi existencia:
di mi adhesión al puro movimiento.

Talvez Tenemos Tiempo

Talvez tenemos tiempo aún
para ser, y para ser justos.
De una manera transitoria
ayer se murió la verdad
y aunque lo sabe todo el mundo
todo el mundo lo disimula:
ninguno le ha mandado flores:
ya se murió y no llora nadie.

Talvez entre olvido y apuro
un poco antes del entierro
tendremos la oportunidad
de nuestra muerte y nuestra vida
para salir de calle en calle,
de mar en mar, de puerto en puerto,
de cordillera en cordillera
y sobre todo de hombre en hombre,
a preguntar si la matamos
o si la mataron los otros:
si fueron nuestros enemigos
o nuestro amor cometió el crimen.
Porque ya murió la verdad
y ahora podemos ser justos.

Antes debíamos pelear
con armas de oscuro calibre
y por heridas olvidamos
para qué estábamos peleando.

Nunca se supo de quién era
la sangre que nos envolvía:
acusábamos sin cesar,
sin cesar fuimos acusados,
ellos supieron, y supimos,
y cuando ya ganaron ellos
y también ganamos nosotros
había muerto la verdad
de antigüedad o de violencia.
Ahora no hay nada que hacer:
todos perdimos la batalla.

Por eso pienso que tal vez
por fin pudiéramos ser justos
o por fin pudiéramos ser:
nos queda este último minuto
y luego mil años de gloria
para no ser, y no volver.

Territorios

En donde estuve recuerdo la tierna
como si me mandara todavía.
Pasan los rostros: Brampy, Ellen, Patsy, ha-
los busco entre la red y huyen nadando
devotos a su océano,
peces del frío, efímeras mujeres.
Pero, costa o nevado, piedra o río,
persiste en mí la esencia montañosa,
la dentadura de la geografía:
sigue indeleble un paso en la espesura.
Es el silencio de los cazadores.

Nada perdí, ni un día vertical,
ni una ráfaga roja de rocío
ni aquellos ojos de los leopardos
ardiendo como alcohol enfurecido
ni los salvajes élitros del bosque
—canto total nocturno del follaje—
ni la noche, mi patria constelada,
ni la respiración de las raíces.

La tierra surge como si viviera
en mí, cierro los ojos, luego existo:
cierro los ojos y se abre una nube,
se abre una puerta al paso del perfume:
entra un río cantando con sus piedras,
me impregna la humedad del territorio,
el vapor del otoño acumulado
en las estatuas de su iglesia de oro
y aún después de muerto ya sabréis
como recojo aun la primavera,
como asumo el rumor de las espigas
y entra el mar por mis ojos enterados.

Pablo
Neruda

Hugo K. Sievers W.: La Expansión Urbana de Santiago y sus Consecuencias 1541 - 1960.

Ex Decano de la Facultad de Veterinaria y Ciencias Pecuarias y Medicina Veterinaria. Ex Vicerrector de la Universidad de Chile

EL PEQUEÑO caserío, trazado a lienza y escuadra por Pedro de Gamboa, próximo a la ribera sur del Mapocho y al oriente del roqueño Huelén, fue el comienzo de Santiago en 1541. Raro tablero de ajedrez rodeado de serranías, con manzanas bien cuadradas de 150 varas por lado (vara = 0,836 m). En el centro la Plaza Mayor. De oriente a poniente, ocho calles y las acequias; otras diez llamáronse "atravesadas", cruzando las primeras en ángulos rectos. En total 25 manzanas, no todas ocupadas, separadas por calles de 12 varas de ancho. Al sur, un lecho, a la sazón seco y pedregoso como cualquier cañada y, hacia el poniente lado —lo que es decir, aguas abajo—, extensos campos, ricos en cantos rodados.

Este pequeño poblado de moradas levantadas con troncos groseramente labrados, con ramas, barro, pajizo y empalizadas fue arrasado, a sangre y fuego, por las huestes de Michimalonco, a los seis meses de iniciadas las rústicas viviendas. En la Plaza Mayor, surgió como un fuerte la Plaza de Armas y, con sin igual denuedo, ánimo esforzado y singular pujanza, diéronse los colonos a la reconstrucción, espada al cinto, arcabuz a mano y alerta vigilancia.

Hoy es metrópoli, hervidero de gente y con atmósfera viciada. Ocupa más de 160 kilómetros cuadrados de superficie, lo que yacía en medio kilómetro cuadrado. Más de 60.000 hectáreas de tierra arable han dejado de producir alimento.

Lleva tiempo reconstituir sus límites de 1590, 1690, 1790, 1810, 1900 y 1960, vale decir, de siglo en siglo, intercalando la fecha en que nace la República. Nos detenemos en 1960 por la sencillísima razón que fue este año cuando iniciamos el estudio de su crecimiento físico y de su desarrollo demográfico, que recién hemos terminado. Proseguir significaría no terminar nunca y, como consecuencia, prolongar indefinidamente la oportunidad de señalar los muchos inconvenientes de esta expansión que se ha operado durante 420 años.

La formación y construcción de poblaciones, para obreros unas y otras para empleados, en los últimos 25 años, los beneficios de la Ley Pereira, las nuevas leyes que fomentan la construcción de viviendas, los créditos ventajosos y la ayuda para edificar en los últimos años, han traído como resultado la urbanización de muchos sectores nuevos[1]. Innúmeras poblaciones nacen en los contornos suburbanos y todas ellas tienden a unirse, sin lesión de continuidad, con el centro metropolitano. Especialmente, desde 1960, este crecimiento y desarrollo periférico se ha acentuado y es imprevisible lo que en adelante ocurra, con el ritmo del aumento vegetativo de la población y la atracción que ejercen las nuevas actividades.

[1]De Ñuñoa ha sido desglosada la nueva comuna de La Reina. La comuna de San Miguel se ha transformado en Departamento Pedro Aguirre Cerda (1963).

Representación gráfica

Para representar en forma gráfica la secular expansión de Santiago, he recurrido a un procedimiento sencillo: cubrir el último plano de Santiago del Instituto Geográfico Militar con papel diamante, transparente, trazando los sucesivos límites establecidos tras minuciosa pesquisa, dejando señaladas algunas calles, avenidas y puntos de referencia actuales para que sirvan de orientación fácil al observador. Por triangulación, he procedido a calcular la superficie correspondiente a cada época, aproximando a kilómetros cuadrados. En las fuentes históricas he recogido el número de habitantes hasta llegar a los censos oficiales.

Fuente de información

De la fotomapoteca particular de Guillermo Feliú Cruz, he podido aprovechar los siguientes planos de Santiago: Luis Thayer Ojeda (reconstituciones); dibujos del Padre Ovalle (1646); Tomás Thayer Ojeda, Santiago desde 1552 a 1575 y Santiago de siglo en siglo hasta 1793; Padre Ovalle, Planta de Santiago y Tábula Geográfica; Anónimo confeccionado en Bologna (1686); Frezier, La ville de Santiago (1712); S. Giacopo, Capitale del Reyno del Chile, Tavola 10 (1776); Plano de López (1756); A. Cavallero (1800); Schmiedmeyer, Plan of the City of Santiago (1824); John Miers, Plan of the City of Santiago (1826); J. Hervage (1841); Claudio Gay (1831); Ing. Mostardi Fioretti, Proyecto de urbanización (1863); P. Dejean (1855); Gillis (dib. Gritzner), US Astromical Expedition (1854); Guzmán (1834); Fioretti (1866); Ansart (1875); Erhardt, Plano topográfico (1871); Alumnos Escuela de Arquitectura: Correa, Harold y Martínez (1890, U. de Chile); Diener, Nuevo Plano de Santiago (1910); Inspección de Geografía y Minas, D. G. de OO. PP. (1911); Sociedad Central de Arquitectos (1912); Proyecto de Ernesto Coxhead (1914, California); Plano de Santiago (1906); Chile en Sevilla (1929); Plano Oficial de la Asociación de Aseguradores contra Incendios (1902); Sobreviela, Museo Británico (1809), y Cook (1712).

Además: Plano del Museo Británico (1793); Leandro Badarán (1783); F. A. Fuentes (1897, Jeogr. Descript. de Enrique Espinoza); Plano de Santiago, Escala 1 : 35.000 (1906); Dirección General de Carabineros (1934); Planos Proyecto de Agua Potable de Lagarrigue e informe de Müller-Oyanedel (1935/36) y Imprenta Kegan (1943); Planos Dak (varias ediciones); Planos Shell; Plano Oficial, edic. 1946; Planos Instituto Geográfico Militar (ediciones desde 1946); Empresa de Agua Potable, planos de abastecimiento.

Bibliografía histórica y otros trabajos

Fondo Histórico; Benjamín Vicuña Mackenna, José T. Medina, Domingo Amunátegui Solar, Francisco E. Encina, Ricardo Donoso, Jaime Eyzaguirre, Claudio Gay, Crescente Errázuriz, Anales Universidad de Chile, Barros Arana, Archivo O'Higgins, Chile y sus riquezas, Memorias Ministerio de OO. PP., Memorias Empresa de Agua Potable, Memorias Dirección de Agua Potable, Luis y Tomás Thayer Ojeda, Risopatrón, Charles Wiener (Chili et les Chiliens, 1888), Colección Boletines Sociedad Nacional de Agricultura, Documentos Barroquiales, Joseph Fernández (El Obispado de Santiago, inédito, 1744), Población del Gran Santiago (Inst. Economía U. de Ch.), Grabados de Rugendas, El Mercurio, El Ferrocarril, El Araucano, Anuario Internacional, Documentos y anotaciones diversos, Censos, Carlos Keller, Carlos Valdovinos (inédito), Plan General Urbano del Gran Santiago, Arturo Alemparte, Guillermo Feliú Cruz y Seminario del Gran Santiago (1958).

Enciclopedias: Meyer's Konversations Lexikon, Grosse Brockhaus, E. Británica, Sopena, Columbus, UTEHA, Dicc. Enc. Hispano-Americano, Larouse.

De esta relación se desprende que el tema no puede considerarse agotado; sin embargo, me ha parecido que si bien pudiera ser afinada la exactitud, ello no alteraría fundamentalmente la representación gráfica que hemos hecho. Fue nuestra intención agregar un lineado en algunos límites que presentan ciertas dudas (por ejemplo en La Chimba y algunos puntos de los sectores ponientes), pero he desistido en beneficio de la claridad del dibujo, sobre todo al reducir el tamaño. Puede asimismo objetarse que, como consecuencia, resultarían variaciones en los cálculos de las áreas ocupadas que he aproximado a kilómetros cuadrados. El número de habitantes que se da para cada época resulta estimativo ya que en las diversas fuentes de información existen diferencias de apreciación y, en cada caso, se ha procedido de la manera siguiente: por ejemplo, tratándose digamos de 1690, se hace el cálculo sobre datos que comprenden desde 1660 hasta 1700. Otro caso es el del número de manzanas, en que las hay grandes y más pequeñas, totalmente ocupadas o sólo parcialmente, no obstante estar trazadas para formar las calles, como las hay también que son áreas verdes (plazas); del mismo modo el área ocupada por el cerro Santa Lucía se incluye, sin estar habitado; el ancho de la Cañada, después Alameda, después Avenida Bernardo O'Higgins; el Parque Forestal, el Parque Cousiño, el Club Hípico, el Hipódromo, el Estadio Nacional, la Quinta Normal, etc.

En nuestro país, Santiago es, ni más ni menos, lo que es Buenos Aires en relación con la vecina República hermana: un verdadero "tumor canceroso", en el cual las "células" anarquizadas se han hecho invasoras sin freno alguno, reclamando para sí un fuerte abastecimiento a expensas de todo el extenso territorio, en forma acaparadora, tal cual lo hace el cáncer a expensas del organismo que lo soporta. Casi la cuarta parte de la población de Chile se ha establecido en Santiago, repartiéndose en sus doce comunas. Me he referido a la capital del país vecino por varias razones, a saber:

1º El régimen federal de Argentina —descentralización— no ha sido capaz de contrarrestar la asombrosa expansión física y la intensa absorción demográfica de Buenos Aires;

2º Buenos Aires se extiende desde las márgenes del caudaloso río del Plata, en amplio arco, hacia una pampa ilímite; Santiago, en cambio, tropieza por todas partes con accidentes topográficos;

3º Buenos Aires vivifica su vida con la inagotable reserva del caudaloso Paraná, sus aguas son fáciles de ser porteadas para su distribución y, en forma generosa, hacia sectores que carecen de medidores domiciliarios. Puede estimarse en 500 litros diarios "per cápita" el término medio; Santiago, en vez, encuentra con pertinaz periodicidad dificultades para abastecerse de agua potable, alcanzando en el mejor de los casos a 360 l/hab./día, con permanentes y graves interrupciones en el escurrimiento;

4º Buenos Aires cuenta con numerosos mercados, mataderos y frigoríficos, capaces de ofrecer un abastecimiento muy superior a las necesidades de su población; Santiago padece, en este sentido, de carencia y ocurre otro tanto con las hortalizas, frutas, productos y subproductos lácteos;

5º Buenos Aires cuenta con una red subterránea de ferrocarriles eléctricos para movilizar toda la población de dicha capital; y Santiago, en cambio, dispone sólo de movilización en superficie, por calles estrechas y, prácticamente, sin diagonales, y

6º Ambas metrópolis elevan sus rascacielos en el centro y se extienden en forma de construcciones achaparradas hacia la periferia; ambas tienen concentradas las oficinas administrativas de los servicios públicos en el centro; en ambas, por fin la

banca, el comercio, principal atractivo, y la prensa, tienen ubicación central.

Como puede apreciarse hay diferencias y similitudes cuya interpretación es de tal simplicidad que resulta ocioso analizar.

De todos modos, Buenos Aires, en conjunto con Avellaneda, presenta evidentes ventajas en su expansión con respecto a Santiago de Chile. Desde otro punto de vista, debemos admitir que no es nuestra organización unitaria responsable de la concentración demográfica en la capital. Los Estados Unidos del Brasil nos muestran el mismo fenómeno, con dos gigantescos centros de concentración: Río de Janeiro (3.000.000 h.) y São Paulo (2.500.000 h.), con la diferencia que el extenso territorio alberga 60.000.000 de habitantes; con todo, se ha fundado la nueva capital Brasilia, mas con el propósito de vivificar el interior. Es de considerar que estos Estados Unidos ocupan una superficie superior a 8.500.000 km².

La expansión de Santiago en área ocupada y el vigor de su crecimiento demográfico, se aprecian muy bien en el cuadro siguiente:

AÑO	SUPERFICIE	HABITANTES	OBSERVACIONES
1541	0,5 km²	150 colonos	25 manzanas trazadas 13 manzanas ocupadas*
1590	2,5 km²	500 españoles 2.500 almas 1.000 habitantes	112 manzanas Registro de españoles**, mestizos e indios, negros y mulatos
1690	4 km²	10.000	Estimación Fco. E. Encina y otros autores y cálculo de hombres en condiciones de cargar armas
1790	7 km²	25.000	Estimación sobre empadronamiento de 1778 y otras fuentes
1810	9 km²	36.000	Varios autores comparados. Censo de Egaña.
1900	30 km²	250.000	Cálculo sobre censo 1895; E. Espinoza, 1897, y otros. 1.130 manzanas s/Asoc. Aseguradores d. Incendio Pobl. 1907 = 373.610
1960	160 km²	1.800.000	Esta población no está toda en el límite urbano enmarcado en el gráfico.

*La cifra es aproximada, calculando que muchos españoles residían muy esporádicamente en Santiago, por las campañas en el sur.

**2.000 indígenas no ocupaban el Santiago edificado.

Pudiera pensarse que el crecimiento físico del área ocupada por la edificación daría, en el tiempo, más holgura a la población en cuanto a su densidad. Empero no es así; un simple cálculo, revela lo contrario:

1541	. . . . .	300	habitantes	por km²
1590	. . . . .	400	"	" "
1690	. . . . .	2.500	"	" "
1790	. . . . .	3.571	"	" "
1810	. . . . .	4.000	"	" "
1900	. . . . .	8.333	"	" "
1960	. . . . .	10.625	"	" "

La última cifra tiene un valor relativo, pues los edificios de departamentos, de varios pisos, que ocupan el centro de la ciudad y los barrios inmediatos colindantes, toman gran parte de la población hacinándola en un área menor y dejándola menos densa en las comunas de Las Condes, Ñuñoa, La Reina, San Miguel, Quinta Normal, Barrancas, Conchalí, Maipú, La Cisterna y Renca. Desde luego, las circunscripciones siguientes: Independencia, Recoleta, Moneda, San Isidro, Universidad, Estación y Portales, reúnen 790.719 habitantes (1960). Mas, una cosa por otra, las comunas son interdependientes, la gente se desplaza constantemente por mil y una razones; de tal modo que el habitante del departamento del séptimo piso de Miraflores deambula por todas partes y los familiares del pequeño parcelero de La Reina, van al centro a diario.

Tendencias del crecimiento

Un atento examen del gráfico inserto basta para captar la realidad. Subrayaremos que la capital tuvo, durante su desarrollo secular, crecimientos distintos en cuanto a su orientación. La tendencia de ocupar nuevos sectores se produjo, al parecer, en forma arbitraria. Yo no pienso así; me parece que los sucesivos desplazamientos habitacionales tuvieron una razón de ser. Para explicarlo, señalaremos algunas características de Santiago.

El Mapocho, a su llegada a Santiago, forma tres vaguadas, a saber: la que ocupa actualmente el río, la cañada ocasionalmente ocupada por sus crecidas antes de haber sido forzado a cauce (Avenida B. O'Higgins) y la cañadilla, que ocupaba la actual Avenida Independencia. Las estribaciones precordilleranas nos dan, con sus quebradas, tantas vaguadas naturales como su número, así: Apoquindo, Ramón, Peñalolén y Macul. En su tiempo fueron verdaderos torrentes durante las grandes lluvias; ahora son de curso subterráneo, cruzando la ciudad en el sentido de la gradiente, de Este a Oeste, cortando el inmenso cono de proyección de materiales de arrastre dejados por los glaciares, los diluvios y los aluviones. Estos cursos, hoy secos y habitados, son húmedos y propensos muchos de ellos a la condensación de la humedad atmosférica, debido a lo cual se producen nieblas rasantes, rocío y, en las noches de cielo descubierto, frías y sin viento, las heladas, cuando la temperatura llega al cero de la escala de Celsius. En La Reina, aún está presente la cañada pedregosa en calle Valenzuela Puelma, atravesada por el canal de Las Perdices. A las 7 horas de un día de junio he registrado 3°C y 43% de humedad en Las Condes (Estadio Italiano) y 0°C y 55% de humedad en Avenida Irarrázaval con Avenida Ossa.

Aún en nuestros días, cuando hay temporales de lluvias persistentes, las avenidas Apoquindo e Irarrázaval suelen transformarse en corrientes más impresionantes que la del Mapocho en verano, antes de recibir las aguas del canal San Carlos.

Si observamos las curvas de nivel, en su trazado sobre Santiago, nos podemos percatar de la fuerte pendiente que las distintas cotas acusan para la ciudad en sentido oriente/poniente. Es tanta, que la plataforma donde descansa la gran cúpula del Observatorio Astronómico, en el pequeño cerro Calán, tiene exactamente la misma altitud que el pedestal de la virgen del San Cristóbal. Cualquier observador emplazado en Reina Alta ve a Santiago yacente en una gran depresión.

Hasta bien avanzado el siglo XIX la tendencia del santiaguino fue la de seguir el curso de las aguas y la de buscar los lugares en que ella era abundante para el riego de sus cultivos y de las empastadas para su ganado. Primero, las chácaras, luego las quintas y, tras éstas, las viviendas, se extendieron en arco, hacia el po-

niente, entre la actual Estación Central y el río Mapocho. Del mismo modo cruzaron el río extendiéndose por la Cañadilla, cubriendo de quintas y viviendas La Chimba (palabra quechua que significa "del otro lado del río"). Hacia el sur se establecieron los fundos con sus grandes y cómodas residencias: cultivos, ganado, lecherías, huertos frutales y viñedos importantes fueron cubriendo las tierras de las vaguadas. Sus propietarios e inquilinos forjaron caminos vecinales hacia el centro de la capital, en los que se alinearon lentamente las moradas de gente modesta, de intermediarios, artesanos y comerciantes.

Las obras constantemente interrumpidas del canal San Carlos, durante 95 años, fueron señalando un nuevo límite.

Terminadas éstas por Bernardo O'Higgins, en 1821, las aguas del río Maipo, en ancho tajo, fueron a incrementar las del Mapocho a la altura de Cervecerías Unidas. Pronto, una parte le cruzó por sifón subterráneo, dando el canal del Carmen hasta los altos de Conchalí y los de San Pedro y Santo Domingo que tras corto recorrido, vierten sus aguas en el Mapocho.

El canal San Carlos dio riego abundante y señaló un límite por más de un siglo, durante el cual el santiaguino le buscó, remontando por las actuales avenidas Providencia, Bilbao e Irarrázaval.

Nos encontramos en pleno siglo xx, ya bien avanzado, con una nueva tendencia —hasta cierto punto paradojal— de levantar viviendas a la "chimba" del San Carlos, con terrenos irrisoriamente baratos ($ 0,10 a $ 0,20 el metro cuadrado), dando lugar a la formación de extensas quintas residenciales o de recreo. Este fenómeno no puede designarse de otro modo que "fuga del mundanal ruido", pese a todos los inconvenientes naturales, en que no han sido los menores la falta de agua potable y de alcantarillado. El hombre da cara al frío del puelche, avanza cuesta arriba y termina por trepar los faldeos de las primeras estribaciones precordilleranas; se adentra en las quebradas y se acomoda por Barnechea y El Arrayán. Nada lo detiene; afronta incomodidades y un incuestionable encarecimiento de la vida (lo que en La Vega valen cien, en Las Condes, Apoquindo, La Reina, Macul Alto y Peñalolén, vale 300). Trasmonta el cerro Calán por Los Dominicos, y, en invierno, vive en la nieve. Moldea terrazas y se empeña en sacar piedras de todos tamaños, hasta de media tonelada, para plantar árboles y disponer de algunas tortuosas hileras de verduras y minúsculas platabandas para sandías, melones, alcachofas y flores. Abre penosamente fosos negros, mellando palas y barretas, construye sistemas de cámaras y fosas sépticas luchando con las enormes rocas rodadas. Cuando en estos nuevos asientos brilla el sol y el cielo es diáfano, en Cerrillos reina la neblina densamente y Santiago se recubre de bruma intransparente y gris. Si este movimiento lo atribuimos a instinto, tendremos que admitir en que el hombre huye de la humedad, del "smog" y de los ruidos molestos.

Otro tanto ocurre en la comuna de Conchalí: las viviendas han rebasado los límites señalados por las necrópolis, invadiendo los campos hasta muy cerca de los viñedos que asientan en la falda de los cerros que circundan la comuna.

La huida del santiaguino, cuesta arriba, acaso pudiera tener otro motivo actual: establecer cómodos campos de deporte, amplias piscinas de natación y de recreo, quintas, áreas verdes y jardinerías, modernos establecimientos escolares, parcelas y criaderos de aves; dejándose llevar por Avenida Las Condes, Vitacura, Manquehue, etc. Febrilmente se parcela, se lotea y se urbaniza, venciendo todo género de dificultades. Ya se pueblan de residencias los altos de Lo Curro.

Sin embargo, todos los inconvenientes se desprecian. No es extraño, porque Santiago es una "ciudad heroica": ha soportado los recios terremotos que, en número de diez, la han desolado desde 1570 hasta 1906; los muros de las casas se rajan

con el continuo temblar; ha soportado todo género de pestes y enfermedades que por siglos diezmaron su población; empleó un siglo en abrir el canal San Carlos; vivió tres siglos bebiendo agua de acequia; construyó en cuatro años uno de los acueductos más difíciles conocidos, trayendo el agua de Laguna Negra, a 2.688 metros de altitud, cruzando 90 kilómetros hasta darla a Santiago; sufrió huracanes demoledores; las inundaciones arrastraron viviendas, hombres y animales con increíble tenacidad; domeñó las iras del Mapocho; fue pasto de incendios pavorosos; sufrió sequías que duraron doce años consecutivos; los estertores del volcán San José han destruido sus mejores obras, con deslizamiento de cerros enteros. La historia de Santiago es la historia de una cadena de acontecimientos aciagos que vienen templando, por ancestros, un temperamento paciente pero espasmódico; una voluntad tolerante, empero explosiva; un ánimo cachazudo, mas de contenido indomable; un espíritu de superficie apacible y médula rebelde, de intelecto ágil y activo; gustoso de darse leyes y ordenanzas con el ardid preconcebido para poder contrariarlas; innato amigo del orden desordenado; criptoanárquico y disimulado y, por lo mismo, generoso y desprendido. Si los antepasados buscaron el perezoso camino "aguas abajo", los descendientes nadan contra la corriente. Lo cierto es que, en tan vizcaína herencia, van dejando para ulterior solución las consecuencias. Indómito carácter; si nadie les detiene, sentarán casa, establo y flores en la cumbre del San Ramón, aunque sea menester llevar el alimento por andarivel, como hace decenios se trae el mineral desde La Disputada y del Bronce a San Francisco de Las Condes.

Con todo, necesario es señalar las consecuencias de tan caprichosos ademanes.

Santiago, visto desde un avión a gran altura, yace en una dilatada depresión del valle Central; la ciudad se ve enmarcada por serranías y abierta hacia el sur hasta el estrecho de Angostura, con algunos lomajes y cerros testigos que han resistido épocas glaciares y aluviones. La ubicación de Santiago no es envidiable, como lo fuera luego de fundada. Santiago respira mal y es ciudad que se humedece en muchos sectores porque a metro está el agua. El Mapocho se hunde para asearse, vuelve a surgir filtrado, pero alumbra sigiloso por mil partes y, en este afán, le acompañan las vaguadas ocultas a la vista. Su atmósfera, cada vez más impura, ya nos alarma. Genuina imprevisión, porque el médico Tocornal ya nos lo dijo, a mediados del siglo precedente, en los Anales de la Universidad.

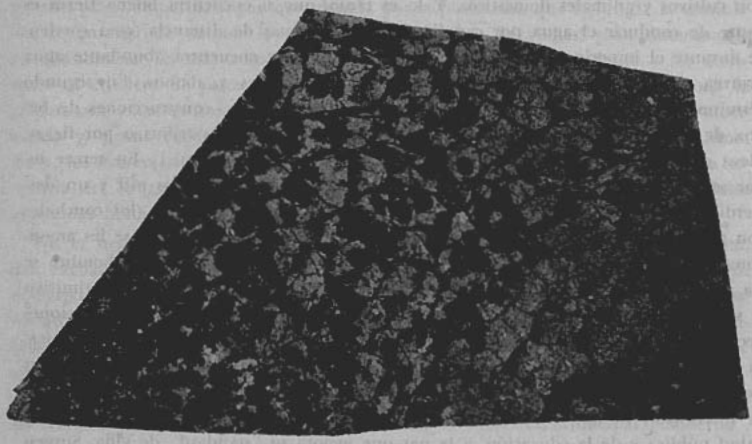
Cruzan el cielo de Santiago cuatro vientos dominantes: el del norte, tibio y pluvioso, propenso al huracán desatado; el del sur, frío y polar, origen de heladas blancas y negras; el de "travesía", procedente de la costa que, durante el día, sopla hacia oriente; el "puelche", en las noches, nos trae el frío seco de las nevadas cumbres. Combínanse estos vientos en formas caprichosas en las diversas épocas del año, dándonos inusitadas turbulencias y mil sorpresas para desesperación de nuestros metereólogos. Mas, en general, recalcaremos que lo que un viento se lleva, el antagónico nos lo devuelve y la ciudad no "respira". El polvo impalpable, el humo, los alquitranes, el hollín, las partículas suspendidas, el polen, las esporas y millones de elementos microscópicos circulan, suelen estar estáticos, sufren el vaivén, sedimentan y se elevan y, como resultado, una densa bruma disfuma las siluetas de sus rascacielos y tenemos el "smog". Las nieblas se hacen grises y densas con tanto contenido. El santiaguino, en su fuga hacia oriente tan sólo se engaña, el "travesía" lo persigue y el puelche lo insta a la calefacción central. De esta suerte la bruma espesa aumenta con prolongaciones dendríticas que tienden a conjugarse con el buen pasar del tiempo.

Los movimientos ascendentes y descendentes del aire, de acuerdo con los cambios térmicos y la radiación telúrica, remueven constantemente este espeso manto suspendido sobre Santiago. Basta con dejar estacionado un automóvil de color claro

en sus calles céntricas, para encontrarlo con una inconfundible capa negra que, con el rocío mañanero, se escurre como tinta china: hollín y alquitrán.

Basta hacer la autopsia a un residente en Santiago y a un hombre de campo para observar la notable diferencia; en el primero, pulmones renegridos recubiertos por una pleura visceral con una red de incrustaciones negras (ver foto) y en el segundo un pulmón rosado que a muchos jóvenes anatomopatólogos y prosectores bisoños, llama tanto la atención que le seduce la idea de tratarse de pulmones enfermos.

Foto Nº 1



Los alquitranes atmosféricos son cancerígenos, como tuvimos oportunidad, el Dr. Angel H. Roffo y yo mismo, de demostrarlo experimentalmente en conejos tratados con este producto, recogido por aspiración mecánica en la calle Corrientes de Buenos Aires, por los años 1928/30. En las orejas depiladas, y pinceladas después con este producto, aparecían tumores semejantes a los que se obtienen con el alquitrán del tabaco, tumores injertables en ratas blancas.

En una ciudad que no respira convenientemente, no hay otra solución posible que la de impedir, o disminuir, la producción de residuales suspendibles en el aire, o bien, succionarlos mecánicamente.

Quizá no sea aventurado pensar que algún día las grandes ciudades se provean de gigantescas usinas aspiradoras de las impurezas del aire para obtener su extracción en forma eficiente.

Las esporas microbianas y de una inmensa variedad de hongos, aun las formas vegetativas de gérmenes saprofíticos y patógenos y los virus, son vehiculizados por las impurezas suspendidas y por las finísimas gotas de agua, pudiendo circular también libremente; fenómeno por demás conocido aun a grandes alturas. Desde Roberto Koch sabemos que los esputos de los tísicos, que se secan en el suelo y se pulverizan, se elevan con el polvo; Calmette atribuía a este fenómeno la producción del complejo primario en la edad en que los niños "gatean" para desplazarse, teniendo narices y boca cercanas al suelo.

El "smog", en todo caso, es consecuencia no de la expansión urbana sino de la densidad de la población, de las fábricas, de la calefacción central y de los vehículos motorizados. El exceso de velocidad es penado por ser causa de accidentes; empero, si la gente culta que conduce supiese que este exceso de velocidad, al levantar el polvo y dar remolinos de aire causa mucho mayor daño que los accidentes ocasionales, acaso se movería con mayor lentitud.

Pero veamos las consecuencias de la expansión urbana.

¿Qué ocurre, naturalmente, cuando un pueblo nómada se hace sedentario?

Lo primero que es necesario recalcar es que el cazador se hace productor.

En primer término busca el agua y la buena tierra para asegurarse el sustento con cultivos y animales domésticos. Y lo es tanto, que si encuentra buena tierra es capaz de conducir el agua por canalización desde leguas de distancia, cosa corriente durante el imperio incásico. Del mismo modo, donde encuentra abundante agua acarrea tierra y mejora la lugareña agregando enmiendas y abonos. En segundo término, se asegura la vivienda (tolderíos, ramadas, cavernas, construcciones de barro, de troncos o piedras, etc.), y, en lugares hostiles por otras tribus o por fieras, eleva defensas (empalizadas, murallones, pircas, fosos de agua, etc.). En tercer lugar se preocupa de sus desechos, desde los muy personales hasta los mil y un desperdicios que produce diariamente y del alejamiento de sus muertos (los conchales son típicos restos de los pueblos consumidores de mariscos; aún hoy día se les amontona, como se hace en Los Vilos, con las conchas de locos). Cuando el hombre se ha asegurado estas elementales comodidades, deja, en cierto modo, de ser primitivo y se preocupa de organizar la comunidad en base de elementales consideraciones recíprocas y de conveniencia colectiva; nacen la artesanía, la textilería, la cerámica, la fabricación de instrumentos de trabajo, etc., y el intercambio con los pueblos vecinos por senderos y caminos; el empleo de combustibles se acentúa; el comercio se intensifica. El hombre en comunidad entra a preocuparse del bienestar, de la salud pública y de la educación, a la par que mejora su "standard" de vida. Surgen los inconvenientes de la aglomeración.

Para hacer una relación sistemática de las consecuencias de la expansión urbana es preciso seguir esta evolución.

Los españoles llegaron a tierras del Mapocho con grandes ventajas: 1º pertenecían los peninsulares a un pueblo extraordinariamente evolucionado y arribaron sujetos a disciplina; por lo demás, todos los cronistas e historiadores están de acuerdo en que, en cierto modo, se trataba de gente de "selección" y no sólo de ansiosos aventureros en busca de oro; esta selección se produjo como consecuencia de las informaciones de Almagro; 2º encontraron indígenas que ya habían sufrido la influencia incásica y, en las cercanías, ya había poblaciones asentadas: Melipilla o Melipillán (cuatro diablos), Talagante con buena industria textil, Quillota o Cancanicagua, etc. Había caminos principales, lugarejos de abastecimiento y los mitimaes conocían la sumisión al mando; las tierras eran bien cultivadas y con riego abundante; grandes manadas de auquénidos pacían domesticados, dando carne y lana. Al pie del Huelén se abrían acequias procedentes del Mapocho. Ya hemos dicho que sesenta años después de sentar plaza, en los contornos de Santiago, existían dos mil quinientas almas a más de los españoles. Las quebradas vecinas del oriente estaban ocupadas por indígenas. En buenas cuentas para los españoles había agua abundante, riego organizado, combustible en abundancia, productos de cultivos a mano, tolderíos y otras chozas, material de construcción fácil de obtener y abundante mano de obra.

El freno para un desarrollo más rápido e intenso, durante casi tres siglos, fue

la guerra, la conquista y pacificación del sur; así, los belicosos gobernadores no sentaban los reales en Santiago, prefiriendo más bien Concepción, pese a los continuos reveses que sufrían.

La aglomeración urbana de Santiago hizo descuido incalificable de su saneamiento. El "tout à l'égout" de los franceses, fue en Santiago el "todo a la calle", incluyendo ataúdes, paños y mortajas de los muertos. Lo que no iba a la calle, era dado a las acequias. En La Cañada y a orillas del Mapocho, se amontonaban los basurales en espera de las crecidas del río. No podemos vanagloriarnos, a la fecha, de no hacerle honores a esta herencia de la Colonia, pues la ciudad sigue siendo sucia; el centro exhibe la basura de los interiores hasta las diez de la mañana y nuestra plaga de perros vagos, que abunda por la protección que le brinda la sensiblería, se encarga de extraer los desperdicios de tarros y cajones, para diseminarlos en abundancia. La más absoluta indiferencia muestran las autoridades y los moradores al criadero de palomas que es el corazón de Santiago, palomas que todo lo pintan con excrementos lechosos. Los muros se transforman en urinarios de emergencia y, a una cuadra escasa de la Biblioteca Nacional, en un recodo de Santa Rosa, los excrementos humanos se amontonan contra el muro, mientras la alta torrecilla del Santa Lucía se ha transformado en vespasiana de los visitantes. Hasta avanzadas horas de la mañana los bares céntricos exhiben su bazofia.

No es necesario salir del centro para encontrar mejor muestrario y, por tanto, nos excusamos de ocuparnos de la Vega, de algunos mercados y mataderos. Sin embargo, en la corta calle Tajamar, a lo largo de la cual (300 metros apenas), corre abierto el canal San Carlos, hay un espléndido criadero de rollizos ratones "guarenes", se acumulan inmundicias y desechos putrescentes; sobre las aguas, antes de atravesar Vitacura, se junta una gruesa capa de desperdicios flotantes en descomposición y uno que otro cadáver de perro o gato nauseabundo. Frente a tan inmundo criadero de moscas, abre anchas sus puertas el Mercado Municipal "moderno".

Derivaciones de la expansión

En beneficio de la brevedad, tentaremos una relación de las consecuencias de la expansión urbana:

1. Servicios de abastecimiento:

a) De agua potable;
b) De alimentos;
c) De alumbrado, y
d) De combustibles.

* En cuanto al agua potable, la empresa afronta problemas constantemente renovados de distribución y redistribución, corriendo con sus tuberías en pos de las viviendas y de las poblaciones; debe aumentar la presión con plantas mecánicas ya que, hasta hace 30 años, todo el abastecimiento estaba organizado fundamentalmente en una distribución gravitacional. Sabemos que, además, tendrá que invertir doce millones de escudos para instalar una nueva planta purificadora, Las Viscachitas, y en la distribución del agua, rompiendo pavimentos recientemente terminados, e interrumpiendo el suministro constantemente (Fotografía Nº 2).

Los mercados, almacenes, emporios, verdulerías, fruterías, carnicerías, se multiplican; son siempre instalaciones de comienzo, de poco expendio, encareciendo los productos. Los pequeños barrios que nacen, o caseríos, no ofrecen condiciones para instalar mercados concentradores.

El alumbrado eléctrico, público y domiciliario, encuentra serias dificultades; los poblados callampas y chozas aisladas sustraen corriente en forma clandestina, produciendo accidentes, recargando los circuitos y los transformadores con graves desperfectos.

En cuanto a los combustibles, la prolongación de la red de gas es casi imposible y se produce el inevitable acarreo de gas licuado, que encarece su distribución.

La leche, las bebidas gaseosas y alcohólicas, sufren un largo transporte desde las centrales o bodegas hasta los domicilios. Crece el número de botillerías y el de las farmacias. En muchos barrios el pescado es llevado a brazo en canastas antihigiénicas y, generalmente, en mal estado, pues escapa a toda inspección; el sobrante queda en el domicilio del vendedor para volver a aparecer en la calle al día si-

guiente. Carretones de sangre distribuyen frutas y hortalizas en condiciones deplorables. En calles, a veces estrechas, se instalan las ferias libres, etc. En los domicilios, aún sin refrigeración, se compran por comodidad alimentos putrescibles para varios días con los peligros consiguientes. El pan se encarece por su difícil distribución de venta a domicilio, ya que es ruinoso instalar panificadoras en muchos barrios.

En resumen, hay evidente encarecimiento de la vida en lo más indispensable como lo es la diaria alimentación y el sustento.

2. Servicios de saneamiento publico:

a) Alcantarillado;
b) Aseo público;
c) Epidemiología, y
d) Inspección sanitaria.

Si bien la red de alcantarillado no ha encontrado tropiezos de orden físico en sus instalaciones por favorecerlas la gradiente natural, no es menos cierto que, a igual que el agua potable, estos servicios también persiguen la edificación de nuevas viviendas y poblaciones. La rápida expansión hacia oriente no pudo ser previsible en su ritmo y, por las ordenanzas sobre urbanización, sólo se ha impuesto la pavimentación oportuna y previa de calzadas y veredas. Estas son malogradas por la posterior instalación de los conductos evacuadores de las aguas cloacales y residuales. Los pobladores deben, por tanto, incurrir en doble o triple gasto. Primero, los fosos negros habituales; luego, los sistemas de cámara y fosos sépticos y, finalmente, la instalación y conexión con el albañal general. Los sistemas sépticos, no obstante cumplir con la reglamentación que sobre estas instalaciones existe y con las exigencias que la Municipalidad impone, terminan por colmatarse y, entonces, mientras otro foso de absorción es abierto y acondicionado, los propietarios deben recurrir al servicio municipal de camiones evacuadores. Mientras estas providencias son adoptadas se inundan los antejardines, las veredas y los patios con aguas inmundas de fuerte hedor fecal, todo lo cual se repite cuando opera el extractor y cuando éste vacia su contenido en el próximo alcantarillado. Cuando se trata de arrendatarios de inmuebles, las soluciones sufren, a veces, postergaciones indefinidas, mientras aumentan las multas. Como las aguas evacuadas por los ocupantes no pasan por la digestión de la cámara séptica rebasada, cada hogar se transforma en un foco de enfermedades parasitarias e infecciosas, más aún si moran convalecientes y portadores y hay niños que se entretienen en el jardín inundado.

El aseo público se hace oneroso, el retiro de la basura domiciliaria requiere de ingentes gastos municipales y, entonces, la Municipalidad se defiende estableciendo un pago mensual. Las calles se multiplican y, en consecuencia, el aseo y la recolección de la basura que el barredor amontona. Las plantaciones de árboles requieren agua de riego, apertura de acequias impermeabilizadas; con éstas hay constante crecimiento de malezas que exigen una extirpación periódica. Todas estas circunstancias concurren para malograr el pronto y oportuno aseo público de los barrios altos. Las Condes carece de grifos contra incendio.

Lo anteriormente expuesto, a lo cual hay que agregar nuestros perros vagos que sobrepasan los cien mil en Santiago, plantea serios problemas epidemiológicos. Las frutas y hortalizas provienen de lugares distantes pasando por manipulaciones consecutivas; de esta suerte los portadores de enfermedades van dejando en ellas la contaminación. Los casos esporádicos aparecen dispersos en gran número, constitu-

yendo focos de diseminación. De este modo puede aparecer el tifus, las infecciones paratíficas, la amebiasis, etc., en La Reina o Las Condes, procedentes de Renca, de Maipú, etc., haciendo casi imposible establecer el origen y la forma de difusión de la enfermedad endémica o de la aparición de la epidemia, dificultando la adopción de medidas sanitarias adecuadas.

La epidemiología tórnase aún más difícil por el constante va y viene, entre la periferia y el centro, de una gran masa de gente que se confunde hacinada, por causa de la movilización colectiva.

Los inspectores sanitarios (del Servicio Nacional de Salud Pública y de las Municipalidades) terminan por constituir un verdadero ejército de funcionarios y, con todo, no logran cubrir en forma satisfactoria las necesidades; por lo cual la sanidad adolece de grandes vacíos en su acción preventiva.

En resumen, la gigantesca expansión urbana en pleno proceso, no permite una acción eficaz de saneamiento de la aglomeración humana. Con el crecimiento físico de la ciudad y el aumento vegetativo de su población, Santiago no está en mejores condiciones hoy día que durante los siglos precedentes, para afrontar epidemias exóticas graves, v. gr.: cólera asiático, peste bubónica, fiebre amarilla u otras tantas, frente a las cuales no existen vestigios de inmunidad natural en la población. Estamos en mejores condiciones frente a aquellas enfermedades que son de carácter endémico y cuyos brotes epidémicos encuentran una considerable masa de gente con resistencia natural; otro tanto ocurre frente aquellas enfermedades de carácter pandémico y que pueden ser eficazmente contenidas por vacunaciones masivas eficaces, como por ejemplo la influenza.

Las enfermedades infecciosas de los niños plantean situaciones dramáticas. La carencia de un pronto y eficaz servicio domiciliario médico, obliga a la gente de escasos recursos a atravesar todo Santiago con el enfermito a cuestas, febricitante, generalmente grave y, a veces, agónico, empleando la movilización colectiva en que viajan los escolares. De este modo el coqueluche, el sarampión, la difteria, la escarlatina, la simple roséola, la varicela, la poliomielitis, el eritema infeccioso, etc., van dejando su contagio directo e indirecto a lo largo de todo el trayecto, en las postas infantiles y en los policlínicos, siempre con un saldo trágico de morbilidad y mortalidad infantiles. Es precisamente en estos casos cuando las distancias retardan la acción oportuna con fatales consecuencias.

3. Servicios asistenciales y de emergencia:

a) Postas de primeros auxilios;
b) Asistencia domiciliaria;
c) Hospitales, y
d) Extinción de incendios.

Las postas de primeros auxilios y el servicio domiciliario de asistencia pública deben ser multiplicados constantemente ya que los largos recorridos, además de resultar insumes significan gran pérdida de tiempo. En casos de epidemias hay que multiplicar las postas de vacunación, no sólo con el propósito de facilitar la medida preventiva, sino muy especialmente para evitar la aglomeración de gente en locales insuficientes, contribuyendo a la difusión de la epidemia que precisamente se trata de erradicar y de otras enfermedades. En vez de postas debían circular vacunatorios móviles.

Pero no sólo las postas deben ser multiplicadas, menester es pensar también en los hospitales y los servicios para parturientas, que ya son insuficientes en todo sentido y, más aún, en el número total de camas disponibles.

El servicio de bombas contra incendio encuentra serios tropiezos y barrios sin grifos; aún más, barrios en que no hay disponibilidad de agua y ésta debe ser acarreada en camiones tanques. Los cuarteles ubicados en el corazón de Santiago entregan sus carros-bombas a calles atestadas de vehículos y nuevos y nuevos cuarteles deben instalarse, con subido costo, en los barrios que se van habilitando para los nuevos pobladores. Una sola ventaja se encuentra en la expansión y es que las viviendas, en general, están separadas unas de otras con excepción de los barrios populares y poblaciones callampas en donde los estragos suelen ser totales. Otra ventaja indirecta resulta del empleo simultáneo de los grifos para proveer de agua potable a una inmensa población suburbana que no cuenta con red domiciliaria y que, de este modo, recibe el beneficio del agua gratuita y evita el empleo doméstico de agua de acequia.

4. Movilización y comunicaciones:

a) Movilización colectiva;
b) Movilización particular;
c) Convergencia de líneas y recorridos;
d) Problemas del tránsito;
e) Teléfonos;
f) Correos y telégrafos;
g) Reparto de correspondencia;
h) Reparto de diarios y revistas, e
i) Recaudaciones a domicilio.

La movilización colectiva que, como hemos dicho, es de superficie ya se ha hecho insuficiente para todos los barrios. Las largas distancias no permiten el sano desplazamiento a pie. Los recorridos de buses, pequeños colectivos y trolebuses son necesariamente demasiado largos, lo que hace que recorran importantes extensiones sin poder recoger nuevos pasajeros. Por otra parte todas las líneas, prácticamente, convergen hacia el centro de Santiago, donde encuentran arterias estrechas de circulación, produciéndose un "embotellamiento" total en todas ellas en las horas de intensa movilización. La movilización particular es también convergente y agrava la situación por causa del estacionamiento de los coches que hacen más angostas las calles y cuya solución no puede ser sino a largo plazo. En la movilización colectiva cada pasajero ocupa un menor volumen de vehículo; en cambio en la movilización particular el volumen/vehículo por pasajero aumenta considerablemente y, a veces, todo el coche es ocupado por una sola persona. Afortunadamente se está imponiendo el pequeño coche europeo.

Esta movilización, con horas de intensificación, crea a su vez problemas, sólo provisoriamente solucionables, a la Dirección del Tránsito, la que se ve obligada a cambiar constantemente de criterio. Por otra parte, es bien sabido que la regulación del tránsito público y su organización depende de autoridades diversas mal coordinadas, produciéndose divergencias de criterio y, lo que es peor, resoluciones a veces contradictorias. El problema del tránsito —tocado aquí, como los demás aspectos en forma somerísima— es acaso uno de los más intrincados y ello porque las soluciones correctas sólo pueden ser a largo plazo y en base de un plan regulador del Santiago

metropolitano y sus comunas circundantes; planificación reguladora urbanística que encuentra barreras casi infranqueables: demoliciones en masa de edificios vetustos que no tienen ya razón de existir, descentralización de hospitales, regimientos de Ejército, cuarteles de bombas, etc., todo lo cual significa remoción de los servicios de utilidad pública que son subterráneos; perforaciones para ferrocarriles subterráneos o construcciones de vías aéreas; edificios o playas de estacionamiento periféricas que permitan movilización a pie o con pequeños colectivos; trazado de grandes y anchas arterias diagonales, etc.

La intensa movilización de vehículos contribuye en grado muy importante a viciar la atmósfera.

Con la expansión de la ciudad se multiplican las plantas telefónicas, las sucursales de correos y telégrafos y todos estos servicios de comunicación encarecen y su funcionamiento se resiente. Falta en Santiago el correo neumático que en otras grandes capitales soluciona en gran parte las comunicaciones entre sectores muy separados entre sí. El reparto de correspondencia, diarios y revistas a domicilio ha creado un sistema bastante complejo y retardado.

No menos compleja resulta la recaudación a domicilio de muchos servicios, lo que en parte se viene solucionando con el pago con cheque y por correo, privilegio del que goza una ínfima proporción de la población. Las cobranzas a domicilio se recargan con el objeto de dar el respectivo honorario a los cobradores; pero, en cambio, la exigencia de pagar personalmente en las oficinas tiene el inconveniente de aumentar la afluencia de gente al centro.

Hay cosas tan absurdas como el registro de choferes y vehículos, diligencias éstas que no pueden hacerse simultáneamente en un mismo lugar[2]. Este pequeño absurdo, junto con las innúmeras diligencias que competen al ciudadano para cumplir sus deberes cívicos atesta el centro de "colas" o filas indias; si a ellas se agregan las de los cines, las de espera de locomoción, etc., se suman semanas improductivas durante el año.

Todos los problemas señalados, más aquellos que falta por enumerar, van creando en los santiaguinos un verdadero estado neuropático casi colectivo y muchas psicosis, trastornos gastrointestinales que se inician con simples dispepsias de origen nervioso y que se acentúan por la vida sobresaltada y las irregularidades en la alimentación.

5. Educación pública:

a) Escuelas primarias;
b) Escuelas secundarias y liceos;
c) Establecimientos de enseñanza nocturna;
d) Enseñanza especial;
e) Enseñanza superior;
f) Centros culturales;
g) Aulas de conferencias;
h) Establecimientos de enseñanza particular;
i) Talleres, y
j) Establecimientos para exposiciones.

La masa de educandos, en todos sus grados, indudablemente que está mal repartida. Muchos establecimientos educacionales del centro de Santiago no tienen razón

[2]El Congreso Nacional ha debido ampliar en dos meses el plazo de inscripción de vehículos (julio 1963).

de estar ubicados precisamente en el centro. En general sólo las escuelas primarias atraen a los escolares del barrio en que están; mas, tratándose de escuelas secundarias, liceos e internados, y establecimientos de enseñanza superior o especial, reciben educandos cuyos padres han hecho la selección del establecimiento, o bien por razones de matrícula reducida, buscan una posibilidad a gran distancia de donde está el hogar. De este modo una gran masa de educandos cruza Santiago en todas direcciones, aumentando la aglomeración, copando los vehículos de locomoción colectiva, teniendo a veces un establecimiento a dos o tres cuadras del domicilio. Este movimiento constante en el continuo desplazarse, dos o cuatro veces al día, se agrava con los establecimientos de enseñanza particular que, por razones diversas, son preferidos. Afortunadamente estos establecimientos —los más importantes— se están desplazando hacia la periferia lo que les obliga a mantener locomoción propia para gran número de sus educandos.

Las aulas para conferencias, los centros culturales, los locales de exposición están, en su mayor parte, en el corazón de Santiago aumentando las dificultades.

6. Bienestar público y seguridad:

a) Piscinas y estadios;
b) Pavimentación;
c) Arborización;
d) Parques y jardines;
e) Recreación infantil;
f) Seguridad y tranquilidad social, y
g) Regadío.

Los centros de recreo (hay 50 piscinas grandes y menores en Santiago) tienden a ocupar lugares situados periféricamente, especialmente hacia los barrios altos; esta tendencia tiene ventajas e inconvenientes. La ventaja más notoria salta a la vista: disponibilidad de terrenos y amplitud de las instalaciones; por lo demás el deporte y la natación se realizan en lugares de atmósfera más sana y hay evidente atracción para aprovechar higiénicamente los fines de semana y los feriados. El inconveniente más notorio es el consumo de agua precisamente en donde ésta es porteada con dificultades. Volvemos así, nuevamente, al agua potable y, conviene subrayar que ya hay en funcionamiento más de 360 pozos profundos que aprovechan el agua artesiana y el agua contenida en los "bolsones" formados por los diferentes estratos geológicos, con sinclinales y anticlinales y los deslizamientos por fallas; si bien el agua artesiana es surgente por sí misma, la de los "bolsones" debe ser elevada mecánicamente, encareciéndola.

A medida que una arborizada red de caminos va exigiendo la pavimentación hasta sitios alejados, las calzadas resultantes seducen a vivir a su vera; como consecuencia se producen largas hileras de construcciones, dejando áreas encerradas que tientan al loteo. Aumenta así la pavimentación. Contra el calor irradiante de estas calzadas de hormigón las poblaciones se defienden con la plantación de árboles en las veredas que, al objeto, se consultan anchas, con antejardines que, en muchas partes, la Municipalidad exige de un ancho de cinco metros, con reservas de terrenos para plazas públicas, parques y otras jardinerías y aumentan de este modo el espacio/habitante y el volúmen/casa por habitante, imperando la construcción tipo "bungalow" o de un piso que, por lo mismo, ocupa un área mayor por unidad. Una novedad, en este sentido, la constituye la recién construida población "El Dorado" que sigue extendiéndose.

Los parques, plazas, plantaciones en veredas y jardinerías requieren abundante riego. El agua de riego se reparte por acequias impermeabilizadas y no se trata de agua potable; no así los antejardines que significan un gasto muy considerable de agua potable, empeorando este problema.

Para la seguridad y tranquilidad social, el Cuerpo de Carabineros de Chile y la Dirección de Investigaciones tienen que aumentar sus efectivos, construir nuevos cuarteles, comisarías, subcomisarías, tenencias y retenes y dar a circulación un mayor número de vehículos patrulleros, conservándose en algunos sitios el patrullaje a caballo y en bicicleta. Sin embargo, estos cuerpos de seguridad pública no ven aumentados en la debida proporción sus recursos presupuestarios y de este modo la delincuencia y el expendio clandestino de alcohol, el abuso en los precios de todas las mercaderías, el robo en el peso, etc., encuentran en la expansión urbana las condiciones más propicias, y hasta confortables, para su desarrollo. Nace como consecuencia un nuevo gravamen: la policía particular de serenos. Servicio inútil e ineficaz que debe ser drásticamente erradicado en toda ciudad que se precia de ser organizada, del mismo modo que otra "peste" que crece sin medida a vista y paciencia de las autoridades: la plaga de guardianes de estacionamientos en calles y avenidas, en su inmensa mayoría autorreclutada entre irresponsables, borrachines, imberbes, ancianos incapaces de perseguir al ladrón de limpiaparabrisas y espejos y, aun, de lisiados. La recaudación diaria de estos verdaderos dueños de varias cuadras es muy superior al jornal diario de un maestro de carpintería, de un albañil o de cualquier trabajador, sin ningún esfuerzo y con el solo ademán de estirar la mano cada vez que se retira un vehículo.

A este parasitismo social, agréganse los mendigos y un pequeño ejército de niños "sin hogar" y de cuadrillas bien organizadas de rateros dispuestos a toda clase de desmanes. Y no se trata precisamente de gente paupérrima, indigente o simplemente menesterosa porque, por el contrario, gozan de privilegios muy "sui géneris", de la despectiva tolerancia pública, del innato sentido de "condolencia" y mal entendida caridad y, lo que es peor, de pingües entradas. Ahora bien, la expansión urbana favorece toda esta lacra social, permitiéndoles cambiar cómodamente de campo de acción, cuando se les hace "difícil" la vida en otro barrio. Y no se crea que es este uno de los menores inconvenientes de la expansión urbana.

7. Alejamiento de la producción:

a) Lecherías;
b) Cultivos hortícolas, y
c) Frutas.

Ya hemos dicho que en lo que va del desarrollo de Santiago, se han perdido unas 60.000 hectáreas de tierras arables. Este fenómeno no resiste el menor análisis, porque en buenas cuentas es una consecuencia absolutamente lógica.

Los predios vecinales sufren un alza automática, ya no por hectárea sino por metro cuadrado —se valorizan— aumentan el avalúo y los impuestos. De esto resulta que ningún cultivo, ni ganadería alguna, es económicamente productiva. Primero desaparecieron los establos urbanos de "leche al pie de la vaca", a continuación se alejaron las lecherías vecinas. Ramón Cruz Montt —chacra Valparaíso— agricultor progresista, implantador en Chile del sistema "soiling" que triplica el rinde del forraje, hábil seleccionador de ganado, se percató muy pronto que su excelente lechería era ruinosa, no soportaba el precio de la tierra. El establo de la Ha-

cienda Macul ni siquiera era amortizado por vacas de alta producción y así, sucesivamente, en todos los contornos del gran Santiago. Hoy día las plantas pasteurizadoras y stassanizadoras son lugares de concentración de leches que recorren grandes distancias, llegando una alta cuota diaria en condiciones antihigiénicas y fuertemente poluidas que no resisten el proceso de higienización. Las hortalizas frescas, de las cercanías, son sencillamente caras porque es caro el terreno en que se cultivan y cara es la obra de mano. Así vemos, en los alrededores de Santiago, pequeñas quintas que expenden "su producto" a la puerta: tomates en cajones, papas, zanahorias, alcachofas, frutas, sandías y melones, leña cortada, repollos, lechugas, huevos, patos, pollos, etc. Todo, "producto de un cuarto de hectárea". Un ingenuo extranjero me decía candorosamente convencido: "este es el milagro de la producción intensiva". Mas, grande fue su desengaño cuando le convencí que se trataba de una quintita sin ningún cultivo, pero protegida por un grueso cerco vivo y unos elevados eucaliptus.

Por esta razón de precio del terreno, la producción se ha alejado.

Esto no es de ahora, ha sido un lento y perpetuo retiro concéntrico que crece como mancha de aceite sobre el agua, encareciendo la subsistencia. Los precios que alzaba el valor del terreno, hoy los alza el transporte y los intermediarios que aumentan con las distancias.

En 1930 el costo del litro de leche, en el establo destinado a la enseñanza de agronomía, superaba en el doble al precio de venta del litro de leche en la ciudad; la viña experimental, los campos de cultivo y las huertas frutales de la misma Quinta Normal, no alcanzaban estas proporciones, por la obra de mano de los alumnos de la Escuela Práctica de Agricultura y por la poda gratuita de los de la Escuela de Agronomía. Al asumir la decanatura, frente a una enseñanza práctica formadora de un pésimo criterio agropecuario económico, impulsé, la ya nacida idea, de vender esos campos acordonados por la urbanización: allí está ahora la Universidad Técnica del Estado y una nueva población y la enseñanza de agronomía se realiza con mejor conocimiento de la realidad en la Hacienda de La Rinconada de Lo Cerda, a 16 kilómetros de Santiago.

Como puede verse, los constantes loteos de predios agrícolas no sólo son atribuibles a sagaces loteadores, sino que son el resultado de un fenómeno natural al cual es difícil poner coto, con medidas improvisadas.

Los gasómetros de la Compañía de Gas de Santiago, que antes estaban situados a la altura de la calle Sotomayor, debieron ser llevados a su actual ubicación, al poniente de la línea ferroviaria sur, y ya se encuentran rebasados por la población Pedro Aguirre Cerda y por poblados al término de calle Bernal del Mercado.

El Matadero Municipal pronto desaparecerá para ocupar el nuevo edificio en Lo Valledor.

Los depósitos de gas licuado se instalan, con bastante previsión, uno en la prolongación de Vicuña Mackenna y otros en terrenos próximos a Cerrillos. Todo un barrio fabril e industrial se encuentra a la vera del camino a San Antonio, habiendo encontrado serios tropiezos por el recargo de energía eléctrica y alumbrado, lo que creó algunas dificultades al terminarse la construcción de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile en las inmediaciones del aeropuerto Cerrillos. Este mismo aeropuerto se trasladará a Pudahuel, constituyendo un nuevo núcleo habitacional sobre terrenos húmedos, en los que el agua aflora abundante. Este núcleo habitacional (ahora campos y ganaderías) se verá incrementado con la apertura del túnel Lo Prado, en la ruta a Valparaíso y Viña del Mar.

8. Distribución de puntos de atracción.

Entendemos por "puntos de atracción" todos aquellos lugares, públicos o privados, que de uno u otro modo, determinan afluencia de público, como oficinas públicas, juzgados, bancos. cines, etc.

Para comparar la distribución de éstos en centralizados y descentralizados, he escogido arbitrariamente los límites del Santiago estrictamente metropolitano: por el norte, el río Mapocho, por el sur, Alonso Ovalle-Marcoleta; por el este, Plaza Baquedano, y por el oeste, calle San Martín. Se forma de este modo un triángulo, que contiene 100 manzanas.

Antes de hacer la relación señalaremos algunos absurdos, a simple título de ejemplos. La ubicación de la Cárcel Pública, con sus almenas y torreones aparece como un lunar que no puede ser más antiestético; los Servicios de Investigaciones y de Identificación (afluencia de extranjeros) ofrecen un espectáculo nada edificante; la plazoleta de Estación Mapocho prácticamente no tiene estacionamientos para automóviles particulares y el espacio reservado para taxis, en cambio, aparece desocupado a toda hora; la Biblioteca Nacional y el Museo Histórico cuentan con estacionamiento para cuatro coches, en cambio "vis a vis" hay edificios ruinosos y rincones desaseados, con marcado olor a letrina; el Mercado "Central" no es lunar, es una vergüenza porque exhibe la intimidad de sus interiores; los juzgados son antros en donde los delincuentes se sienten a sus anchas y la gente honrada cree haber cometido un delito; expuestos al fuego que cualquier día arrasa con todo y con los largos expedientes; en el centro de Santiago se hacen impracticables las campañas raticidas. Estos huéspedes tienen sus madrigueras y nidales establecidos en lugares inalcanzables aun con gases; las viejas acequias cegadas constituyen largos corredores, hay tortuosas ratoneras en los vetustos edificios y abundante alimentación entre los desperdicios, en el Mercado Central, en la Vega ultramapocho, en hoteles, etc. De este modo, el centro mismo de Santiago, constituye una amenaza permanente para que, en forma imprevista, estallen epidemias como la peste, la toxoplasmosis, espiroquetosis por mordeduras y aun otros males endémicos como la hidrofobia, tifus, etc.[3]

[3]Cuando, en 1958/59, fueron transformadas las oficinas de la Rectoría en la Casa Central de la Universidad de Chile, apareció bajo el piso de las oficinas de secretaría, una larga y nada angosta acequia que contenía ratoneras, desperdicios y los restos de un párvulo. Este mismo edificio está todo expuesto a incendio por corto circuitos; cuando las sesiones del H. Consejo Universitario coincidían con reuniones en la sala de la Facultad de Medicina, vibraba amenazadora la lámpara colgada y el ruido de los pasos hacía difícil entenderse. El incendio de la Biblioteca Nacional reveló el peligro para la más rica colección de libros de Chile y su difícil reparación lleva un año. El incendio de La Compañía, con dos mil muertos en el término de una hora, tuvo tan trágicos resultados porque las grandes puertas se abrían hacia el interior y la masa humana, en el pánico, se encargó de cerrarlas. Aún existen ascensores en el centro de Santiago que se mueven con la puerta interior abierta y otros en que puede abrirse la puerta exterior de uno u otro piso, estando detenido el ascensor, lo que ha dado lugar a fatales accidentes. En los diarios se nos exhiben fotografías de peligrosas "trampas" en las veredas centrales. Son muchos los niños ya cuyos cadáveres han sido extraídos de los sifones. El Zanjón de la Aguada, el Canal de Las Perdices, el de Quinta Normal, el del Carmen, el San Pedro y el Santo Domingo, etc., exhiben una serie de "trampas". En todo Santiago hay fosos profundos abiertos o ligeramente cubiertos. Las dislocaciones articulares y las fracturas de piernas a causa de desperfectos en los pavimentos son frecuentes, mas nadie las traduce en horas/trabajo perdidas. Los accidentes de ciclistas, motonetistas y automovilistas en calles y avenidas abiertas dan cada año un balance trágico. Los puentes ligeros y las pasarelas agregan otro saldo. No existe un solo paso subterráneo para peatones, y éstos siguen

Además de este y otros peligros para la higiene pública, hay cosas rayanas en lo ridículo: el Sexto Juzgado del Crimen (Huérfanos 1415), cubre el sector oriente de Santiago, a saber las comunas de Providencia, Las Condes, Ñuñoa y, también, San Miguel. La ubicación allí mismo del Séptimo Juzgado del Crimen que cubre un extenso sector suburbano y rural, a saber, las comunas de Conchalí, Quinta Normal, Renca, Quilicura, Tiltil, Colina, Lampa, Maipú y, lo que es más, Curacaví.

La ciudad ha crecido, a buen decir, "como cada cual ha querido". Dentro de una apatía ciudadana que forja y acepta hábitos inveterados. El funcionario se acostumbra a su sillón aunque el tiempo lo deteriore; el sucesor pronto se acomoda al hundimiento que el asiento tiene donde él no acostumbra a dejarlo, a la mesa fija e imposible de mover; al desgaste del estrado, al creciente crujido de las escaleras, al rincón sucio en donde no alcanza la escoba, a la filtración del agua colocando un depósito receptor de la gotera de invierno, a la pintura que se descascara, al raído papel que forma bolsas, a las grietas que crecen lentamente, etc. Santiago ha crecido sin plan regulador alguno, sin previsión y a capricho de sus habitantes en un cómodo "dejar hacer" que, de tanto en tanto, obliga a rebanar edificios para dar más amplitud a las calles, pasando éstas por largos períodos en que hay salientes y entrantes que se transforman en atascaderos cada vez que un vehículo motorizado maniobra para estacionarse o para abandonar el estacionamiento, todo lo cual, con el disco horario, se produce 150 a 200 veces por cuadra al día (una cuadra contiene, alineados, 20 automóviles o cincuenta motonetas). Para las mismas calles estrechas se adquirieron grandes y anchísimos vehículos recolectores de basuras, los que al parecer "adrede" realizan su trabajo a horas de mayor afluencia de vehículos; la angosta calle Tenderini los recibe aún a las diez horas, la estrecha calle Moneda, tiene este "taco" motorizado entre 9,30 y 10,30 horas, entre San Antonio y Morandé y hay veces que llega justamente a la hora del cambio de guardia de la Moneda; que es otra simpática costumbre "colonial" que altera marcialmente la circulación desde Avda. Baquedano esquina de Olivares hasta el pie de la severa estatua de Portales. Y así, sigue y suma, el ritmo inalterable de muchas otras costumbres que arraigan durante medio o cuarto de siglo. Los madrugadores turistas de los grandes hoteles, cuando, tras un buen desayuno, se vuelcan a las calles céntricas, encuentran toda suerte de cajones, cacharros, tarros con basura, montones de ramas de ciprés frente a las florerías. Las calzadas y las veredas se "parchan" de día, con doble despliegue de fuerza policial para desviar el tránsito, trabajo que en otras ciudades se realiza prontamente entre la hora de salida de la última función de cine hasta las ocho horas y todo queda expedito cuando se inicia el movimiento. En donde es demolido un edificio, hay esmero privado en acondicionar un lugar de estacionamiento que es pingüe negocio. El paciente santiaguino tolera todo, esquiva escombros, sortea fosos, se equilibra sobre angostos tablones, evita un pequeño charco de vómito mañanero y ve desperezarse rapaces andrajosos a los primeros rayos del sol.

En donde ha caído un envase de cigarrillos, no importa que se agregue el sobre de una carta leída al andar, otro papel, el resto de una manzana, una "cascarita" de plátano, los "boletitos" del bus y cuanta cosa incomoda en carteras y bolsillos; el "montoncito" que acumula el tardío barredor, se extiende y se dispersa, hasta

---

sorteando los vehículos con increíble destreza y agilidad en las calles y avenidas: cruzar, por ejemplo, desde la esquina de Vicuña Mackenna con Avda. B. O'Higgins hasta la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, resulta una verdadera proeza; sin embargo, el proyecto de "paso subterráneo" lo entregué en 1954.

que llega el recolector y con increíble agilidad cumple con recoger algo del todo. Se lava la fachada de un edificio para arrancarle la pátina del tiempo y el transeúnte —siempre e invariablemente paciente— le "quita el cuerpo al agua" a plena luz de mediodía. Así transcurre nuestra existencia "urbana", plácidamente entre contratiempos y bombardeo de excrementos de palomas. En este cuotidiano va y viene, los extranjeros opinan que lo único presentable son los apuestos carabineros, lujo de Santiago.

Mientras tanto, en los barrios de las comunas apartadas, a las siete horas y con ruido ensordecedor comienza a escapar el aire de las cañerías de agua potable, justo cuando se inicia el aseo de los escolares, se dispone al baño el funcionario y se inician todos los quehaceres domésticos; sigue un largo escurrimiento de agua turbia, hay pausas y por fin, después de media hora, se puede disponer —no siempre— del agua más indispensable. De noche o al atardecer el inevitable "apagón" de luz cuando es más necesaria, la interrupción del gas con olvido de cerrar la llave de paso hasta que el olor insoportable anuncia la llegada.

Son las delicias de la expansión urbana, sin planificación e infinita paciencia. El tañido de las campanas —a las seis horas y media— revela el optimismo del cura-párroco, al llamar a los feligreses a misa de siete, cuando los hogares están empeñados en solucionar todas las perturbaciones domésticas.

Y luego, todo anda retrasado. La gente del "barrio alto" sale en pos de la recargada movilización, con gran apuro, de ánimo indispuesto, de genio insoportable, los niños sin desayuno, el padre que se ha afeitado con agua mineral, dispuesto a ir a cualquier diario con su queja. El tranquilo ciudadano es para los demás, un majadero. ¿Porque, a quién se le ocurre vivir en el barrio alto? En verdad de verdad ha alterado el orden lógico de las cosas: primero sienta casa y tras su casa los servicios más indispensables: agua, alcantarillado, combustible, energía eléctrica. Sigue el reinado de la vela esteárica. Mientras se proyectan los retenes y las tenencias, aumentan los perros guardianes y el quiltrerío.

Los equipos de ingenieros y arquitectos especializados en urbanismo trabajan en forma incansable en todos los municipios. Cuando todo está planificado, la invasión ya se ha producido en un desorden incorregible: la ciudad crece. Crece mal, pero al amparo de la Constitución y eso es muy importante.

Carezco de toda formación urbanística; opino como profesor de higiene. Sin embargo, llegará el día no muy lejano en que las siete manzanas entre Ahumada y Estado, desde Avda. B. O'Higgins hasta el Mapocho, tendrán que ser demolidas para construir un extenso túnel de estacionamiento de dos pisos subterráneos, dar lugar al ferrocarril subterráneo, a poderosas usinas de purificación del aire viciado, todo cubierto por anchas calzadas y jardinerías de raíces rastreras. Esta arteria se prolongará entre Arturo Prat y Serrano hacia el sur. Arrancará otra ultramapocho. Las catorce manzanas que se alinean desde el Santa Lucía hasta Plaza Brasil, entre calles Huérfanos y Merced-Compañía sufrirán el mismo destino. Grandes diagonales cruzarán Santiago. Los nuevos rascacielos dispondrán de terrazas para helicópteros. Esta drástica perspectiva demuestra cuán difícil resulta corregir una ciudad que creció siempre sin planificación alguna. Con este ejemplo secular bien podrían las demás ciudades del país —en desarrollo— proyectar su porvenir con más acierto.

De 245 líneas de recorridos (Trolebuses 10, Buses E.T.C. 47, nocturnos E.T.C. 14, Microbuses 97, Taxibuses 26, rurales e interprovinciales 51) 166 líneas convergen al centro de Santiago, a un área de 3 km². Hay 6.000 taxis.

En esta pequeña área se agrupan 482 "lugares de atracción y afluencia de público" y otros 516 están distribuidos en 157 km² [4].

No obstante todas las consecuencias, inconvenientes muchos y pocas ventajas —más el séquito que las acompaña— bien poco se ha hecho, y casi nada se hace, para contrarrestarlas oportunamente, menos aún para planificar en forma seria y definitiva. En cambio, gástase diligencia extraordinaria en organizar la mejor forma de recaudar los impuestos (contrato de peritos extranjeros, cursos de formación de avezados inspectores, reclutamiento de funcionarios, etc.). Un verdadero ejército de empleados recorre los barrios más apartados y sus calles, midiendo las casas y sitios, haciendo minuciosas anotaciones de fuera y de dentro, para el correcto aumento de los avalúos. Sin embargo, estos mismos funcionarios no toman nota de los mil y un deterioros de aceras, calzadas, acequias, sifones, trampas peligrosas, desaseo, etc., con lo cual se realizaría una doble acción con el mismo gasto. Pero no, para tales dili-

Principales lugares de atracción	*Metropolitanos*	*Fuera de límites*
En total 1.022	*3 km²*	*157 km²*
Servicios de Gobierno y Administrativos	70	6
Poder Legislativo	2	0
Poder Judicial	27	5
Universidades	2	1
Escuelas Universitarias	8	21
Escuelas Secundarias y Liceos	3	24
Institutos e Institutos Culturales	11	10
Bibliotecas importantes	3	6
Museos	3	3
Salas de Conferencias	17	9
Locales de exposiciones	10	4
Hospitales y hospicios	4	23
Cancillerías	18	6
Consulados	25	20
Correos y Telégrafos	13	24
Teatros y Cines	32	52
Cuerpos de Bomberos	5	30
Reparticiones de Carabineros	25	20
Hoteles	36	34
Líneas aéreas	14	—
Turismo y Cambios	27	—
Prensa	13	3
Centrales Bancarias	20	54 (Sucurs.)
Radioemisoras	18	6
Notarías	19	—
Iglesias	7	8
Parroquias	3	106
Centros y Círculos	9	8
Cajas de Previsión y similares	16	7
Clubes	22	26
	482	516
Cabe además señalar: las casas comerciales, negocios establecidos, diversos y Servicio Nacional de Salud	18	48
Sociedades diversas (sedes y atención)	220	218
Farmacias	40	108
Ferreterías importantes, etc. etc.	10	18

gencias se requiere de otra falange de empleados y expertos y se movilizan otras oficinas y expedientes. También en el primer siglo de nuestra Era, el Emperador Domiciano, además de perseguir violentamente a la cristiandad naciente, persiguió a los morosos de impuestos y gabelas y creó tal ejército de funcionarios para asumir el control de estos pagos que de ello resultó que lo recaudado no alcanzaba para mantener el gigantesco organismo burocrático, indisponiéndose, además, con su pueblo que asistió sin dolor ni pena a su asesinato y, durante su imperio, se malograron los servicios sanitarios introducidos por su padre y quedó en la historia de la Economía como el primer campeón inflacionista.

Toda esta labor inspectiva se podría hacer con "obra de mano" más barata, reclutando a los que fueron forzados a jubilación y que terminan enfermándose de tedio, de inconformismo, de "reumatismo" psíquico, engrosando los equipos improductivos de la Nación, con la sola ventaja de la expansión urbana que hace como diluyente de esta plétora que todos los meses se concentra, distribuida en varios días, frente a las ventanillas de las Cajas de Previsión, tosiéndose unos a otros, empujándose y refregándose, escupiendo (¿Porque donde van a escupir?)[5] en el hall estrecho, sembrando de colillas de cigarrillos, fosforitos y papelitos, en lugar de que cada cual reciba su cheque cruzado a domicilio, dando un trabajo más tranquilo y menos impaciente a los funcionarios quienes, de todos modos, deben tarjar "la orden"; por lo demás, las "Cajas" también están en el centro.

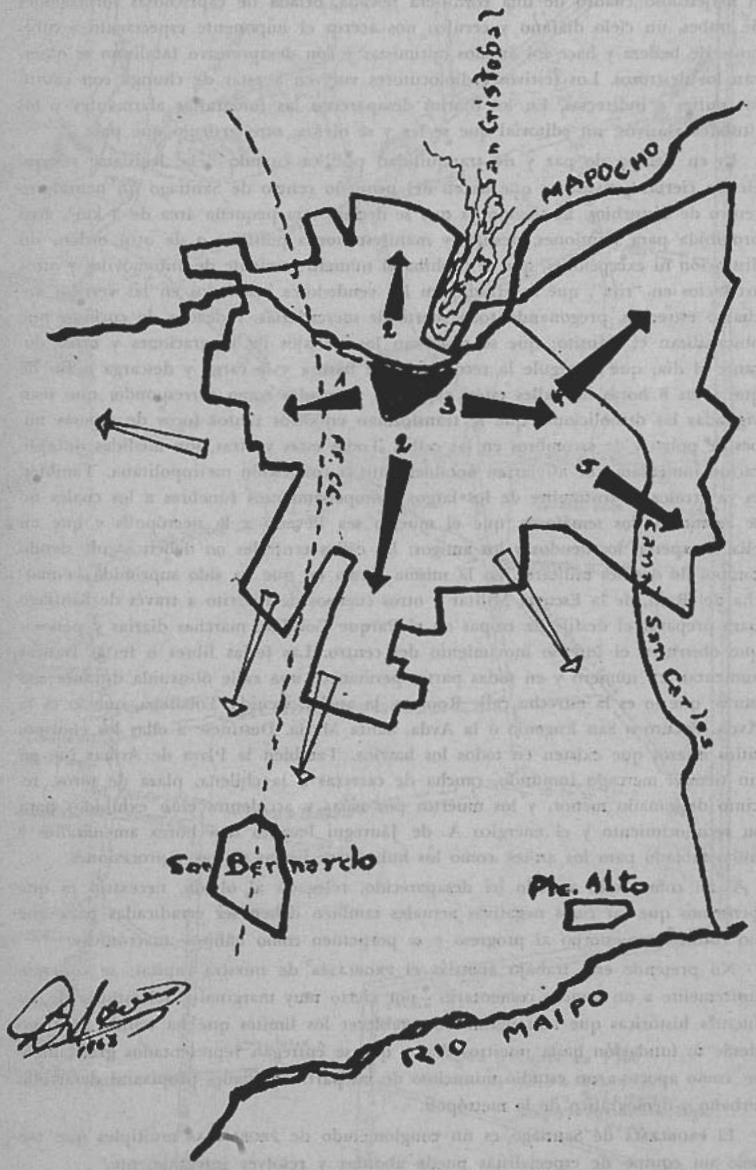
El Instituto de Economía, dependiente de la Facultad homónima, haría bien en encarar un estudio serio de cómo la expansión urbana desordenada y la concentración de todo en 3 km² representa un rubro importante de gasto inútil y de encarecimiento de la vida.

El enrevesado crecimiento de Santiago, origen de tantos problemas, puede apreciarse esquemáticamente, en su silueta inquietante (Fig. inserta) con un centro lineado en rojo que representa el pequeño corazón, insuficiente ya, para pulsar los glóbulos rojos (léase habitantes) hasta los apartados extremos. Este centro se recarga, además, con todos los problemas de Chile, desde Arica hasta la Antártica, viviendo en permanente congestión. Los últimos terremotos (Chillán, Concepción, Provincias del Sur) y otras calamidades provinciales le han provocado alarmantes "taquicardias". Cualquier temporal que dure más allá de tres días sucesivos, desarticula la dilatada expansión: abastecimiento, agua, energía eléctrica, desagües, movilización, viviendas, etc., creando problemas y angustias, casi inconcebibles si se reflexiona que conocemos nuestro clima hace 422 años; anchas avenidas transformadas en ríos caudalosos por la gradiente natural, otras con medio metro de agua, pasos bajo nivel transformados en profundas lagunas, vehículos motorizados sin freno, con balatas remojadas, desborde de canales, moradores sin techumbre, fango y piedras en la calle, regüeldos de alcantarillas, interrupción de comunicaciones telegráficas y telefónicas, derrumbes de muros, caídas de cornisas y otros objetos sobre los transeúntes, árboles de raíces podridas que caen con estruendo arrastrando consigo cables eléctricos y alambres telefónicos y que durante el verano precedente mostraron su ramaje muerto.

Muchos de estos casos han sido denunciados, mas nadie sabe en qué se entretienen los funcionarios encargados de prevenir estos accidentes, casi siempre con fatales consecuencias. En los sucesivos inviernos hay aplastados, fracturados, electrocutados y aun degollados por una voladora plancha de zinc. Es que la expansión urbana crea siempre nuevos organismos y las responsabilidades se diluyen.

La lección anual no se aprende. ¿Para qué? Si al amainar el temporal, aparece

[5] Repítese aquí la exclamación de Westenhöfer en 1910.



LA BIZARRA SILUETA DE SANTIAGO -1963-

el majestuoso cuadro de una cordillera nevada, orlada de caprichosas formaciones de nubes, un cielo diáfano y cerúleo nos acerca el imponente espectáculo, exuberante de belleza y hace los ánimos optimistas y con desaprensivo fatalismo se observan los destrozos. Los festivos radiolocutores vuelven a estar de chunga con cáusticas pullas e indirectas. En los diarios desaparecen las fotografías alarmantes y los titulares alusivos; un editorial que se lee y se olvida, otro artículo que pasa.

Es en tiempo de paz y de tranquilidad pública cuando debe legislarse restringiendo ciertas actividades que hacen del pequeño centro de Santiago un neurálgico centro de disturbios. Es tiempo ya que se declare esta pequeña área de 3 km², área prohibida para reuniones, desfiles y manifestaciones políticas o de otro orden, sin distinción ni excepciones, que se prohiba el número creciente de automóviles y otros artefactos en "rifa", que se erradiquen los vendedores instalados en las veredas anchas o estrechas, pregonando toda suerte de mercaderías, rodeados de curiosos que obstaculizan el tránsito; que se prohiban los trabajos de reparaciones y otros durante el día; que se regule la recolección de basura y la carga y descarga a fin de que a las 8 horas las calles estén expeditas y aseadas como corresponde; que sean vigiladas las demoliciones que se transforman en otros tantos focos de espesas nubes de polvo y de escombros en las calles. Todas estas y otras, son medidas de aplicación inmediata que aliviarían notablemente la congestión metropolitana. También es ya arcaica la costumbre de los largos acompañamientos fúnebres a los cuales no se acomodan los semáforos, que el muerto sea llevado a la necrópolis y que en ella le esperen los deudos y los amigos; las calles centrales no deben seguir siendo campos de desfiles militares, en la misma forma en que ha sido suprimida la marcha del Buin, de la Escuela Militar y otros cuerpos de Ejército a través de Santiago para preparar el desfile de tropas en el Parque Cousiño, marchas diarias y penosas que obstruían el intenso movimiento del centro. Las ferias libres o ferias francas aumentan en número y en todas partes permanece una calle obstruida durante seis horas; que lo es la estrecha calle Romero, la ancha avenida Tobalaba, que lo es la Avda. Pocuro o San Eugenio o la Avda. Santa María. Destínese a ellas los enormes sitios eriazos que existen en todos los barrios. También la Plaza de Armas fue en un tiempo mercado inmundo, cancha de carreras a la chilena, plaza de toros, recinto de ganado menor, y los muertos por riñas y accidentes eran exhibidos para su reconocimiento y el enérgico A. de Jáuregui levantó una horca amenazante y hubo tablado para los azotes, como los hubo para fiestas cívicas y procesiones.

Y así como todo aquello ha desaparecido, relegado al olvido, necesario es que pensemos que las cosas negativas actuales también deben ser erradicadas para que no constituyan estorbo al progreso y se perpetúen como hábitos anacrónicos.

No pretende este trabajo abordar el PROBLEMA de nuestra capital; se concreta únicamente a un somero comentario —por cierto muy marginal— del estudio de las fuentes históricas que han permitido establecer los límites que ha tenido Santiago desde su fundación hasta nuestros días y que se entregan representados gráficamente, como aporte a un estudio minucioso de las particularidades propias al desarrollo urbano y demográfico de la metrópoli.

El PROBLEMA de Santiago es un conglomerado de PROBLEMAS múltiples que tan sólo un equipo de especialistas puede abordar y resolver integralmente.

Santiago dista mucho de ser un "puzzle" urbano y un problema local. Como capital de la República está estrechamente relacionado con el desarrollo del país todo, en muy diversos aspectos. Santiago pulsa como un corazón en un organismo crecido y, como tal, le afectan todos los pequeños "trastornos circulatorios" y "motores" en donde quiera que éstos se produzcan; tanto desde el punto de vista fun-

SANTIAGO

EXPANSION URBANA 1541 - 1960

Composición y dibujo
de Hugo K. Sievers W.
1962

DELINEADO SOBRE MAPA de SANTIAGO
del INST. GEOGRÁFICO MILITAR-1960

– Referencias –

- Fundación Santiago 1541
- Desarrollo hasta 1590 — Época Colonial
- " hasta 1690
- " hasta 1790
- " hasta 1810 — Independencia
- F.F.C.C. del Estado
- Desarrollo hasta 1900 — República
- Canales
- Desarrollo hasta 1960
- Calles y hendidas señalando cuadras
- Santiago de la Nueva Extremadura 1541 (nombre de las calles)

Agua potable en 1960
Población abastecida: 1.391.127 habit. en 7 Comunas
Empresa Aguas Potable; Stgo.

EVOLUCIÓN URBANA

AÑO	SUPERFICIE	HABITANTES	OBSERVACIONES
1541	0,5 km²	15 colonos	33 manzanas Norte-Sur, 15 manzanas Este-Oeste
1590	2,5 km²	500 españoles, 2.000 Almas	Reparto de solares de media cuadra (118 MANZANAS)
1690	4 km²	10.000.—	Estancamiento con Encalada y otros autores
1790	7 km²	25.000.—	Edificación sólo empobrecimiento de 1730
1810	9 km²	36.000.—	Varios autores comparados
1900	30 km²	190.000.—	Información censo 1895 división administrativa de Pinto
	1450 manzanas	256.000.—	Empieza Expansión Suburbana 1887. Plano del F.F.C.C.
1960	160 km²	1.800.000.—	Cifras redondeadas.-

cional como orgánico. Otros impactos proceden de lo normal: crecimiento, desarrollo, evolución y progreso del país.

Un primer intento serio, coordinado, en el estudio de esta multiplicidad de factores ha sido el Seminario del Gran Santiago que, en tres etapas, organizó el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, en 1958 (Impreso en dos tomos por la Editorial Universitaria, S. A.). Contó con relatores de todos los sectores técnicos. Ha transcurrido un lustro (1963) y los preciosos elementos de juicio y los estudios prolijos presentados, yacen entre sus hojas. Las cifras y los guarismos necesitan ya un reajuste, otros problemas deben ser reactualizados. Santiago no mejorará con paliativos. Por el contrario, éstos, en gran manera, contribuyen a postergar las soluciones. Los paliativos conforman algunas soluciones transitorias, y estas soluciones transitorias se perpetúan. Hay ensanches, hay ornamentación, hay infinidad de medidas de tránsito que representan continuos tanteos, nacen divergencias, iniciativas, contrainiciativas, proyectos comunales, etc. Impera el régimen comunal de 1891 (véase el tamaño de Santiago en el gráfico).

La expansión de Santiago es inevitable. Pronto nos sorprenderán 3.000.000 de habitantes y todos ellos se ocuparán de lo mismo y soportarán dificultades más complejas. Hoy la Empresa de Agua Potable encara posibilidades hasta 1970 y las afronta muy bien, pero se verá rebasada en su previsión por otras quizá mayores.

Vistas así las cosas, este trabajo no es otra cosa sino que una nueva presión sobre el timbre de alarma.

El equipo de estudiosos debe ser organizado, debe contar con los medios necesarios a su trabajo de EQUIPO COORDINADOR Y PROYECTADOR. Sabemos que muchos organismos estatales y comunales realizan esfuerzos. Estos corren el riesgo de ver no otra cosa que la esterilización de sus conquistas. Lo que se predice no es simple osadía: la fragmentación de estos estudios y trabajos es el medio más seguro para tornarlos ineficaces, porque es imposible que ensamblen.

La solución del GRAN SANTIAGO sólo se encontrará en una mesa de trabajo en conjunto.

Pedro Laín Entralgo: Menéndez Pelayo y el Mundo Clásico,

Ex Rector de la Universidad Central de Madrid

SI UN FATIGADO estudiante de griegos y latines quisiera una consigna estimulante para alivio de sus tareas, yo me atrevería a proponerle la frase que sigue: "Nunca será de veras culto quien en algún campo del saber, el que sea, no haya tenido una cuestión personal con la Antigüedad clásica". Utilizando la tan conocida expresión de los matemáticos, cabe decir que esa "cuestión personal" no es condición suficiente para la obtención del título de hombre culto, pero sí es, o debe ser, condición necesaria. Muchos modos podrá adoptar tal encuentro en su realidad concreta; el abrazo agonal, la contienda, o el abrazo amoroso, la identificación más o menos total con la sentencia antigua; el coqueteo ocasional —es posible, en efecto, coquetear con la Antigüedad clásica, y ahí están para demostrarlo los turistas veraniegos de la Acrópolis— o la cortés disidencia; la imitación devota o el desenfadado vituperio. Sea uno u otro el camino elegido, el hombre de veras culto no habrá llegado a serlo sin acceder por alguno de ellos a cierta comprensión de lo que en su piel y en su entraña fue el mundo helénico y romano.

El hombre culto, archiculto, pluscuamculto que fue don Marcelino Menéndez Pelayo, ¿qué "cuestión personal" tuvo con la Antigüedad clásica? ¿Qué significó ésta para él, así en el orden intelectual como en el estético? ¿Qué pensó, sintió y dijo él acerca de lo que la cultura grecolatina representa para la humanidad y debe representar, por tanto, para la cabal formación de cualquier hombre? Responder con algún rigor a tales interrogaciones va a ser el tema de este ensayo:

Comenzaré por repetir lo que todos saben: que en el mundo clásico tuvo uno de sus cuatro ingredientes fundamentales la formación espiritual, y por consiguiente la vida entera de Menéndez Pelayo, hombre que no fue, desde luego, puro espíritu, pero en cuya personal existencia tuvo importancia decisiva cuanto al espíritu atañe. Apenas será necesario añadir que su condición de historiador de las letras y las ideas, su tan expresa confesión católica y su vehemente modo de sentirse español constituyen los tres restantes ingredientes básicos de la vida del gran santanderino. La fórmula "historiador español, católico y filoclásico" concede, creo, una primera aproximación al conocimiento del hombre Menéndez Pelayo, al menos en cuanto autor de su obra escrita.

Y puesto que el mundo clásico fue parte fundamental, en el sentido fuerte de esta palabra, de la mente y del alma de Menéndez Pelayo, ¿puede extrañar que la creencia en el valor permanente de ese mundo fuese básica en su vida? ¿No escribió una vez: "en arte soy pagano hasta los tuétanos, pese al abate Gaume, pese a quien pese"? Pero lo que en la vida de un hombre es "fundamento", deja pronto de serlo si no ofrece al vivir de ese hombre una permanente y siempre renovada incitación. Lo que nos fundamenta, debe a la vez incitarnos a vivir ilusionadamente; lo que incita nuestra ilusión debe a la vez prestarnos, en alguna medida, fundamento y

apoyo; tal parece ser la norma ideal. Nada más triste que uno de esos graves varones —no hay pocos— cuyas creencias fundamentales no son para ellos, a la vez que creencias, cimbel perdurable, fuente nunca seca de ilusión y maravilla.

Pues bien, el mundo clásico fue permanentemente para Menéndez Pelayo fundamento e incitación, suelo e incentivo. Comenzó a serlo desde su pasmosa infancia, por obra de su profesor de latín D. Francisco María Ganuza. Sus propias afanosas lecturas y, ya en la Universidad de Madrid, el magisterio de Camús llevaron a definitiva madurez aquel vigoroso germen. Antes de trasponer el tercer decenio de su vida, Menéndez Pelayo había llegado a un conocimiento directo y amplísimo, punto menos que total, de las letras griegas y latinas. Su *Historia de las ideas estéticas*, su *Horacio en España*, su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, sus traducciones, su personal producción poética —más brevemente: su obra entera— lo acreditan con suficiencia. No hay duda; para Menéndez Pelayo, como para todo verdadero humanista, el mundo clásico no es sólo material de erudición; es también, y ante todo —pronto vemos cómo—, *fundamento* de la vida.

Mas también *incentivo*. Recuérdese, si no, su *Carta* a los amigos de Santander que le regalaron la *Bibliotheca Graeca* de Didot:

Si el pagano escultor sintió animarse
la piedra que él en diosa transformara,
y la sangre serpear entre las vetas
del pario mármol, y expirar los ojos
lumbre de vida, y rítmica palabra
de sus labios salir, y el pecho alzado
en onda de suspiros agitarse...
tal siento palpitar eterna lira
entre las muertas hojas de estos libros
del tiempo y la barbarie vencedores,
que ahora vuestra amistad pone en mi mano.

Y como esta carta, la tan conocida *Epístola a Horacio*. Y sus juveniles poemas de amor a *Epicaris* y a *C....* Y su nostálgica evocación poética de una fiesta a Venus en Chipre: la fiesta a que él, pagano en arte hasta los tuétanos, fervorosamente hubiese querido asistir. Y el elogio de su maestro Camús, en el que tanto de sí mismo pone. Y su entera vida de lector apasionado.

Dentro del bosque encantado de las letras clásicas, y desde los años de su infancia hasta el día de su muerte, Menéndez Pelayo es, diría yo, "Marcelino en el país de las maravillas": un permanente niño lector que incesantemente va descubriendo, asombrado, tesoros siempre nuevos y siempre fascinadores. Menéndez Pelayo, perenne niño: tal es, pienso, una de las claves más centrales y decisivas de su persona. Niño, es cierto, gigantescamente, colosalmente sabio; pero niño al fin, alma que nunca sabe "estar de vuelta", como no sea de aquello a que nunca ha ido, mente que, acaso para su bien, no ha descubierto todavía o ha descubierto apenas la espalda de las cosas. En ello estuvo, sin duda, su más grave limitación; en ello estuvo también —espero demostrarlo— su grandeza y su fuerza.

Constantemente fue Menéndez Pelayo fiel a su experiencia juvenil del mundo clásico. Como certeramente ha dicho Hernández Vista, la historia personal del humanista Menéndez Pelayo no fue sino el resultado sucesivo de una "evolución homogénea" de esa primitiva experiencia intelectual y estética. Porque, conviene decirlo, nuestro gran historiador no fue un filólogo, en el sentido técnico de la expresión, sino un humanista clásico, un hombre que lee con devoción los textos antiguos para

revivirlos a su modo en los senos de su alma y, en definitiva, para incorporarlos como piedras vivas a la edificación de su propia realidad personal.

En su contenido y en su estructura, ¿qué fue esa originaria experiencia juvenil? Con otras palabras: ¿cuál fue la "cuestión personal" del historiador y humanista Menéndez Pelayo con la Antigüedad clásica? Mi respuesta puede ser reducida a los cuatro siguientes asertos:

1º La cultura clásica es en sí misma y ante todo *armonía* y *serenidad;*

2º La cultura clásica debe ser para el hombre *perenne modelo* estético e intelectual: estético, en cuanto esa cultura es creadora de "formas" ejemplares; intelectual, en cuanto Grecia fue la descubridora del orbe de las "ideas", y especialmente —esto es lo que a Menéndez Pelayo más importa— de la idea de lo bello;

3º La cultura clásica es *radicalmente inconciliable con las culturas no mediterráneas,* y

4º La cultura clásica es *naturalmente armonizable con el cristianismo;* fúndese con él como en una obra de arte bien lograda se funden la forma y la materia o, con más adecuadas palabras, *la forma y el espíritu.*

Examinemos más de cerca estas cuatro tesis.

La cultura clásica, armonía y serenidad

Dejemos que Menéndez Pelayo exprese su propio pensamiento a través de unos cuantos textos, procedentes de épocas muy diversas de su vida.

Ante todo, un conocidísimo fragmento de la *Epístola a Horacio:*

> *"¡Tiempo feliz de griegos y latinos!*
> *¡Calma y serenidad, dulce concierto*
> *de cuantas fuerzas en el hombre moran,*
> *eterna juventud, vigor eterno,*
> *culto sublime de la forma pura,*
> *perenne evocación de la armonía!*

La actitud espiritual subyacente a estos versos fue en todo momento la clave más central y decisiva de las ideas estéticas de Menéndez Pelayo: "Si es grande y humana —dice, por ejemplo, hablando de la teoría estética implícita en toda obra de arte—, aunque parezca humilde, romperá las lindes del tiempo y del espacio, y hablará con acentos inmortales a las generaciones venideras, guiándolas en el ascenso a la pureza ideal, en la reintegración de la armonía natural del ser, fin supremo del arte, entrevisto ya por Platón en el *Filebo*" *(Estudios de crítica literaria,* Ed. Nac. XI, 143). Y no menos elocuente es, a este respecto, su personal interpretación de la tan controvertida *kátharsis* aristotélica: "Despojada del aparato escolástico y de las sutilezas y cavilosidades sin número con que la han enmarañado los expositores, la purificación de los afectos no viene a ser otra cosa que el restablecimiento de la *sophrosyne,* templanza y aquietamiento de las pasiones, tan divinamente celebrada en los diálogos socráticos" *(Ideas estéticas,* E. N. I, 74).

Idéntica lección nos daría el humanismo de Cervantes, tal como Menéndez Pelayo lo entiende: "... el espíritu de la Antigüedad había penetrado en lo más hondo de su alma, y se manifiesta en él... por lo claro y armónico de su composición; ... por cierta grave, optimista y consoladora filosofía; ... en la olímpica serenidad de su alma, no sabemos si regocijada o resignada" *(Discurso en el Centenario*

del Quijote, E. N., CHL I, 327-328) [1]. Y su más personal aspiración como hombre y como humanista consistió, nos dice, en el logro de "aquel espíritu de serenidad y armonía que no se adquiere en el caos de la literatura moderna, sino en la temprana y por algún tiempo exclusiva contemplación de los modelos de Grecia y Roma" *(Estudios de crítica literaria*, E. N. X, 146).

Calma, serenidad, dulce concierto, armonía: tales serían las notas definitorias de la cultura clásica. Pero armonía ¿de qué? ¿Qué es lo que la cultura clásica tan armónicamente posee y expresa? Conocemos ya la temprana y permanente respuesta del humanista Menéndez Pelayo: "Calma y serenidad, dulce concierto —de cuantas fuerzas en el hombre moran". Y si hubiésemos interrogado a don Marcelino acerca de la índole de esas "fuerzas", es seguro que su respuesta de sabio filoclásico habría referido esa juvenil expresión suya a los dos órdenes de virtualidades anímicas que canónicamente enumera Platón, y con él toda la psicología helenizante: las "potencias" psicológicas o vitales (racional, irascible y concupiscible) y las "virtudes" éticas o morales (prudencia, fortaleza, templanza y justicia).

¿Fue así, en efecto, la cultura clásica? La vida de los antiguos griegos ¿tuvo su nervio más central en la serenidad y la armonía? Es verdad que los helenos llamaron al mundo *kosmos*, "orden bello". Kranz y Diller han dedicado recientemente al tema muy finas reflexiones filológicas. "Cosmología" y "cosmética" son palabras que proceden de la misma raíz, suelo decir yo a mis alumnos para grabar en sus mentes esta idea. Es verdad que Teognis propuso a todos los griegos la consigna de su *mêdén ágan*, sentir que recogerá fielmente el *Ne quid nimis* horaciano: de nada demasiado, todo en armoniosa proporción. Es verdad que el pecado más terrible para un alma griega fue la *hybris*, la desmesura del hombre frente a los dioses. Es verdad, en fin, que Epicarmo legó al mundo helénico y a todos los hombres estos versos inolvidables:

> *Corazón, corazón, por inevitables dolores acuciado,*
> *reprímete... Si eres vencedor, no te glories abiertamente;*
> *si eres vencido, no te consumas, vuelto a tu hogar, en el dolor.*
> *Goza en las alegrías, y en los males no te aflijas demasiado.*
> *Conoce cuál es el ritmo que mantiene a los hombres.*
>
> (fr. 67 Diehl. Trad. de S. Lasso).

Armonía, serenidad, equilibrio. Sí, así parece que fue Grecia. Al menos, así lo dice al joven Menéndez Pelayo su propia experiencia de lector de textos clásicos, y así se lo enseñarán más tarde, confirmando esa placiente experiencia juvenil, los dos grandes degustadores dieciochescos de la Antigüedad, el arqueólogo Winckelmann y el poeta Chénier. Winckelmann, sobre todo. Aunque rebasaba por la ulterior investigación positiva —escribe Menéndez Pelayo comentando su obra—, "siempre le quedan las líneas generales, que son indestructibles y eternas. La ley del arte antiguo que él formuló, la ley de noble simplicidad y de tranquila grandeza en la actitud y en la expresión, ha entrado, merced a él, en el saber común, y de un modo explícito o implícito la acepta todo el que razona sobre la Antigüedad *(Ideas estéticas*, E. N. III, 86).

Volvamos, sin embargo, a la interrogación anterior: ¿fue realmente así la cultura clásica? Frente a la visión neoclásica de Winckelmann, el romántico Hegel escribirá

[1] El lector atento de Menéndez Pelayo comprobará con pasmo que el gran crítico transcribe íntegramente, para caracterizar la personalidad de Cervantes, una página antes empleada por él para trazar la sembranza espiritual de Torres Naharro.

en el prólogo a su *Fenomenología del espíritu:* "Lo verdadero es el torbellino de las bacantes, ése en el cual no hay miembro que no esté embriagado; y en cuanto cada miembro se disuelve tan pronto como se singulariza, aquel torbellino es a la par sencillo y transparente reposo". Con estas palabras, la mente europea comienza a percibir y a valorar el rostro dionisíaco de la cultura griega. En el seno mismo de la serenidad empieza a verse —tal vez mejor, a oírse— el hervor oscuro y caliente de la pasión.

Tras esa vislumbre metafísica de Hegel pronto vendrá, ya como formal tesis histórica, el decisivo descubrimiento filológico y poético de Nietzsche: en 1872 aparecerá *El origen de la tragedia "aus dem Geiste der Musik"*. Frente al "¡Tiempo feliz de griegos y latinos!", la sentencia que en la última página de ese libro proclama el dolor radical del alma griega: "¡Cuánto ha tenido que sufrir este pueblo, para llegar a ser tan bello!" Frente a la armonía helénica, frente a la aceptación gozosa del límite y la alegría de la forma, frente a la serenidad y a la simplicidad apolíneas —en suma, frente a la entonces tópica visión de Winckelmann—, la Grecia dionisíaca, apasionada, arrebatada, negadora del límite y la forma. Y después de Nietzsche, su amigo Erwin Rohde, que da a las prensas su resonante *Psyche* en 1890. Y poco más tarde, la *Griechische Kulturgeschichte* de Jacobo Burckhardt —cuya publicación comienza en 1898—, con su significativa y enérgica valoración de todo lo que es "mito" en la cultura helénica. Y así, desde entonces, hasta *The Greeks and the Irrational,* el reciente y bien conocido libro de Dodds.

¿Cómo Menéndez Pelayo, tan fabuloso lector y sabedor, pudo desconocer la obra renovadora de Nietzsche, Rohde y Burckhardt? ¿Cuál habría sido su personal visión de la cultura helénica, si a la inquietante luz de estas posibles lecturas hubiese descubierto lo mucho que en la vida griega no fue armonía, ni mesura, ni equilibrio, ni serenidad, ni "dulce concierto"; lo que en esa vida tan violenta y radicalmente se apartaba de aquella canónica *stille Einfalt* que luego habían de atribuirle las descripciones neoclásicas de Winckelmann? Porque, en efecto, algo radicalmente desmesurado e irracional hubo en el pensamiento, la sensibilidad y la realidad histórica de Grecia. El "torbellino de las bacantes" de que habló Hegel no fue una figura retórica del gran filósofo; en las colinas de la Hélade, desde Tesalia al Ática, ese "torbellino" existió durante siglos como muy visible y muy audible realidad: ahí están para demostrarlo los fehacientes textos de Eurípides y, con todo el rigor filológico deseable, las descripciones de Rohde. Los participantes en el culto dionisíaco aspiraban al endiosamiento físico, a la confusión de su naturaleza con la del dios; lo cual nos indica que ese culto venía a ser en su raíz algo así como una legitimación religiosa, cultual, de la nefanda *hybris,* una solución benéfica de la perturbadora y pecaminosa tentación de desmesura que el griego arcaico sintió con tanta frecuencia en los senos de su alma. Y la doctrina platónica —en el *Fedro,* en el *Ion*— acerca de la *manía,* ¿qué era en su raíz, sino la tesis de que sólo a través del desequilibrio puede ser realmente creadora el alma del hombre? Tan serena y rigurosamente conceptual, tan lejano, al parecer, de cualquier arrebato poético, ¿qué hizo el propio Aristóteles, sino seguir proclamando la excelencia del desequilibrio y el mantenimiento de la desarmonía? Un exceso de melancolía o bilis negra, cierto desequilibrio humoral melancólico, afirma textualmente el Estagirita, es la condición física de la genialidad filosófica, artística, política y educadora *(Problemata* xxx, 1).

"Conviene al genio de la poesía
este elemento: la melancolía,

dirá luego, bien aristotélicamente, el sereno, el olímpico Goethe.

Ni siquiera es preciso recurrir a la religiosidad y al pensamiento. La misma vida ática, desde las reformas de Solón hasta el combate de Aigos Pótamos, muestra a los ojos del considerador menos sensible un curso nervioso, dramático, desequilibrado. La historia política y social de la Grecia clásica es como la apasionada y apresurada carrera de un joven genial hacia la muerte. Nada menos "clásico", nada más inquieto y arrebatado que la aventura histórica del pueblo griego. Nada más "romántico", diremos, si no nos cohibe el temor al anacronismo.

Ante esta múltiple e indiscutible realidad, ¿qué pensar hoy de la "armonía" y la "serenidad" que sin mayores reservas atribuyó Menéndez Pelayo a la estructura interna del mundo clásico? Grave interrogación; ineludible interrogación para un hombre del siglo XX.

La cultura clásica, modelo estético e intelectual

Con inequívoca pretensión de perennidad, preceptuó Horacio: *"Exemplaria graeca nocturna versate manu, versate diurna"*. Sin otra salvedad que añadir *exemplaria horatiana* a los *exemplaria graeca* del poeta latino, eso mismo hubiera dicho —más aún, eso mismo dijo, y bien fervorosamente— Menéndez Pelayo. Quien en orden a la creación estética, al pensamiento filosófico y a la ética natural aspire a la excelencia, sólo a través de los egregios, definitivos modelos de la Antigüedad clásica podrá encontrar camino recto.

Según un texto de André Chénier que Menéndez Pelayo hace suyo, la conducta del artista moderno debería imitar siempre a la de aquella "esposa lacedemonia que, cercana al parto, mandaba colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura brotase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados" *(La poesía mística en España,* E. N., CHL, II, 94-96). No otra habría sido la hazaña poética del propio Chénier —"transfusión copiosa de la poesía antigua en las venas de la poesía nueva", según el dictamen de nuestro gran crítico—, y tal es la razón de las palabras con que se la define y pondera en la *Historia de las ideas estéticas:* "por primera vez, después de Winckelmann, un alma moderna alcanzaba la revelación del ideal antiguo" (E. N., V, 233-236). ¿Y no fue esto mismo lo que, acaso con menor reflexión histórica y estética, había hecho dos siglos antes fray Luis de León? El fue, en efecto, quien "firmó el pacto de alianza entre la forma antigua y el espíritu nuevo. Sólo a condición de cumplir este pacto —añade Menéndez Pelayo, elevando la observación histórica a regla estética— serán grandes los líricos modernos" (E. N., BHLC XLIX, 522).

Para el poeta moderno, un nombre, el de Horacio, deberá centrar este deber de imitación formal frente a las ejemplares creaciones literarias de la Antigüedad clásica: "¿Cuál debe ser el rumbo de nuestra lírica si ha de conservarse fiel a sus gloriosas tradiciones? No dudo en responder que el *horaciano*... La restauración horaciana que deseo es la de la *forma*, en el más amplio sentido de la palabra... Volvamos a nuestra casa, es decir, a Horacio: no hay otro camino. Y digo *a Horacio* y no *a los griegos* por varias razones: 1ª, porque Horacio está más cerca de nosotros y es un ingenio de temple moderno... 3ª, porque Horacio y los griegos vienen a ser la misma cosa... 6ª, porque a Horacio puede haber alguna esperanza de acercarse; pero a los griegos, ninguna, puesto que en los griegos derramaron las musas sus tesoros, dejando muy poco para los bárbaros que vinimos después" *(Horacio en España,* E. N., BHLC VI, 521-525). Reconquista de la *forma* antigua para infundir en

ella *espíritu* nuevo y, claro está, genialidad personal: tal es la clave del proceder imitativo que Menéndez Pelayo proclama. "La restauración horaciana que yo deseo —añade en otra página— es la de la *forma* en el más amplio sentido de la palabra. Renazcan aquella sobriedad maravillosa, aquella rapidez de idea y concisión de frase, aquella ternura y nitidez en los accidentes, aquella calma y serenidad soberana en el espíritu del artista. Esto pido. Esto deseo" (BHLC XLIX, 521). Ese fue el gran legado artístico de los griegos: "La excelencia del arte heleno consistió en ver dondequiera la forma, esto es, el límite" *(Estudios de crítica literaria,* E. N., VII, 72). Al cabo de diecinueve siglos perduraría invariablemente joven la regla antigua, "tan en vigor hoy como el día en que fue promulgada" *(Ideas estéticas,* E. N., I, 131).

No menos imperiosa sería la norma en el caso del pensamiento filosófico. En orden a la especulación metafísica, he aquí, a título de único ejemplo, lo que Menéndez Pelayo piensa acerca de la armonía entre Platón y Aristóteles a que tan explícitamente aspiró nuestro Fox Morcillo: "La solución adivinada por nuestro filósofo en el siglo XVI es hoy verdad científica aceptada y explanada por las escuelas novísimas, y base quizá de una metafísica futura" *(Ideas estéticas,* E. N., I, 69-73). En lo que atañe a la especulación estética, nuestro fervoroso humanista dirá que "más enseña una página de los antiguos que cien volúmenes de los modernos" (BHLC XLIX, 521). Y por lo que a la ética natural concierne, véanse de nuevo los textos transcritos al hablar del humanismo de Cervantes.

Este insistente mandamiento estético e intelectual de Menéndez Pelayo —la utilización imitativa o emulativa de los insuperables modelos formales creados por los artistas y los pensadores de la Antigüedad clásica, para verter en ellos el espíritu moderno y personal del autor ulterior a los siglos antiguos—, ¿puede ser admitido sin reparo? Dejando ahora a un lado la cuestión entre escolar y bizantina de si es posible discernir entre sí la *forma* y el *fondo* o *espíritu* de una obra humana, literaria o no, esta tesis del humanista Menéndez Pelayo suscita en la mente del lector actual dos graves interrogaciones. Una, genérica: a quien en su vida pretenda ser más o menos creador, a quien en el cumplimiento de su obra no se resigne a ser mero copista, ¿puede ofrecerle *modelos* la historia? Otra, ocasional: ¿pueden, deben ser *modelos* para nosotros, así en el orden intelectual como en el orden artístico, las creaciones de la Antigüedad clásica?

Responderé distinguiendo tres posibles actitudes principales de la mente frente al legado del mundo antiguo:

1ª. La *emulación imitativa.* Según ella procedieron deliberadamente Fox Morcillo, los neoclásicos y André Chénier. Con la doble salvedad de distinguir cuidadosamente entre *forma* y *espíritu* y de aplicar la imitación sólo a la forma, tal es, como hemos visto, la personal actitud de Menéndez Pelayo.

2ª. La *contienda,* el *abrazo agonal.* Nadie ha expresado tal actitud tan vigorosa y sugestivamente como Ortega. "Lo clásico —dice una vez hablando de Hegel— no es lo ejemplar ni lo definitivo... pero he aquí lo específico y sorprendente del hecho clásico. La humanidad, al avanzar sobre ciertos hombres y ciertas obras, no los ha aniquilado y sumergido...; queramos o no se afirman frente a nosotros y tenemos que luchar con ellos como si fuesen contemporáneos. Ni nuestra caritativa admiración ni una perfección ilusoria y *eterna* hacen a lo clásico, sino precisamente su aptitud para combatir con nosotros. Es el ángel que nos permite llamarnos Israel. Clásico es cualquier pretérito tan bravo que, como el Cid, después de muerto, nos presente batalla, nos plantee problemas, discuta y se defienda de nosotros" *(O. C.* IV, 522-523). Y lo que en términos generales debe decirse de lo "clásico", con igual razón habrá de decirse de Grecia y Roma, sumos ejemplos de "clasicismo" para el hombre occidental: "Grecia y Roma han perdido para nosotros el carácter de mode-

los"; pero "al morir como normas y pautas renacen ante nosotros como el único caso de humanidad radicalmente distinta de la nuestra... Grecia y Roma son el único viaje absoluto en el tiempo que podemos hacer. Y este género de excursiones es lo más importante que hoy se puede intentar para la educación del hombre occidental... Necesitamos acercarnos de nuevo al griego y al romano no en cuanto modelos, sino en cuanto ejemplares errores". El hombre, dice Ortega, es necesariamente un error; si no lo fuese, no se rectificaría constantemente a sí mismo en el curso de su historia. Pero, entre tantos otros, hay "el error de los que fueron los mejores", y éste es el que adquiere para la posteridad carácter "ejemplar".

38. Muy próxima al abrazo agonal se halla la *asunción autoafirmadora* propuesta por Zubiri. El clásico, llamémosle así, es ahora asumido por quien le contempla y estudia con un deliberado propósito de afirmar originalmente la propia personalidad. Pónese en ejercicio frente a él una comprensión recreadora de las posibilidades que con su obra nos legó y una clara conciencia de sus limitaciones en orden a la situación histórica desde la cual se le considera. "La verdad es —escribe Zubiri con tajante zumba— que hoy no estamos para clásicos. Aparte otras razones, aparentemente más hondas, porque no tenemos ni humor, ni tiempo para ello. Una cosa es ocuparse —y mucho— en *los que* se llaman clásicos; otra muy distinta tomarlos como *clásicos*..." Y añade, en relación con la filosofía presocrática: "Ocuparnos de los presocráticos es ocuparnos de nosotros mismos, de nuestras posibilidades de filosofar, consistentes y pendientes todas ellas de la posibilidad de llegar a una idea del ser que incluya la historia. Ni arqueología, ni clasicismo".

Sea cualquiera la actitud espiritual que se adopte, una cosa parece clara. Para ser en alguna medida "creador", y hasta para ser decorosamente "culto", el hombre de Occidente, ya lo dije, ha de tener una "cuestión personal" con la Antigüedad clásica; pero la cultura antigua no puede ser para ese hombre ni para nadie —diáfanamente lo vemos— un perenne modelo estético e intelectual.

La cultura clásica, patrimonio mediterráneo

De por vida pensó Menéndez Pelayo, aunque la madurez matizase no pocas veces sus rotundos juicios juveniles, que la cultura clásica no podría ser vitalmente asimilada por los hombres que no se hubiesen formado bajo el sol del Mediterráneo. ¿Quién no recuerda los versos de su *Carta a mis amigos de Santander*?

"¡Espíritus alegres, cuán distintos
de las negras, terríficas visiones
del yerto Septentrión, donde el fermento
de insípida cebada, en las cabezas
sombras y pesadez va derramando!
¿Quién fantaseó de griegos y teutones
sacrílego consorcio? Entre la niebla
de las ásperas cumbres hiperbóreas
y este radiante sol que a nuestros campos
el don prodiga de la rubia Ceres
y de Falerno el otoñal racimo,
¿quién las paces hará? ¿Quién podrá a Helena
con el Fausto casar, que imaginaba
el Júpiter de Weimar?..."

Idéntico sentir expresan unas líneas del *Horacio en España:* "Goethe quiso enlazar el *Fausto* germánico con la *Helena* griega. ¡Consorcio imposible! En el brillan-

te cielo del Mediodía nunca dominarán las nieblas del Septentrión... Sangre romana, no bárbara, corre por nuestras venas" (E. N., BHLC VI, 523). Y años más tarde, el mismo pensamiento: "Todos los tratados de estética que aborten las prensas alemanas no darán gusto al que no nació con él y no le ha nutrido y fortificado con aquella sana y vigorosa educación de los humanistas del Renacimiento" (BHLC XLIX, 521). Respecto de los bienes de la cultura clásica, los países apartados del Mediterráneo y los hombres en ellos formados serían como el niño *cui non risere parentes*, según la hermosa sentencia poética de Virgilio: países y hombres a los que los dioses no sentaron a su mesa ni las diosas ofrecieron su tálamo.

Mas todo esto, ¿qué es, sino una pertinaz ingenuidad del Menéndez Pelayo juvenil y polemista? Dejando aparte la enternecedora cuestión esponsalicia de si es o no es posible un enlace conyugal entre Fausto y Helena, ¿quién podrá negar capacidad para asimilar espiritualmente la lección del mundo antiguo al Goethe de la *Ifigenia*, al Hölderlin de *El Archipiélago*, *Empédocles* y el *Hiperion*, a los Schlegel, a la imponente filología germánica del siglo XIX, a los helenizados helenistas de Oxford?

Jeder sei anf seine Art ein Grieche! Aber sei's!,

"Sea cada cual, a su manera, un griego. ¡Pero séalo!", escribió una vez Goethe. Y no pocos de sus compatriotas —¿cómo no recordar, saliendo ya de los poetas, filósofos y profesores, al comerciante Schliemann, iluminado excavador de Troya y Micenas?— de esa máxima poética trataron de hacer norma de vida. Mirada o no como "modelo", la cultura helénica es *para todos*, y acaso radique en ello su máxima grandeza. ¿No fueron los griegos quienes descubrieron para siempre la posibilidad que el hombre tiene de vivir intelectualmente atenido al "ser" de las cosas, y en consecuencia por encima de cualquier diferencia racial, social o histórica? Estancar la herencia del mundo clásico en las riberas del Mediterráneo equivale a desconocer la más secreta raíz de lo que el mundo clásico fue.

La cultura clásica, forma "natural" del cristianismo

Desde que los filósofos de la Edad Media consiguieron, merced a un esfuerzo intelectual tan enérgico como accidentado, acomodar una parte considerable del pensamiento antiguo a la concepción cristiana de la realidad, nunca han faltado mentes para las cuales ese pensamiento sería una suerte de *praeambulum* natural de la sobrenatural novedad que el cristianismo trajo a los hombres; y apenas será necesario decir que dicha tesis histórica —con más propiedad: que dicha creencia— ha sido el cómodo y gustoso suelo sobre que los humanistas cristianos han apoyado su existencia y su actividad. Para todos ellos, cristianismo y helenismo serían algo así como la levadura vivificante y la masa nutricia del más exquisito pan del espíritu.

Firme y constantemente creyó el humanista cristiano Menéndez Pelayo en esa natural y providencial conciliabilidad entre la hazaña intelectual y artística de griegos y romanos, por una parte, y el mensaje salvador de Cristo, por otra. Tres sucesivas faenas de la mente —indeliberadamente cumplidas durante la Edad Media y el Renacimiento, deliberadamente ejecutadas desde que en el hombre europeo, a partir del siglo XIII, se ha ido despertando la conciencia histórica— permitirían, según nuestro historiador, dar término a esa necesaria hazaña perfectiva y salvadora de conciliar entre sí la fe cristiana y el mundo clásico. Son las siguientes:

1ª Deslinde metódico entre la "forma" y el "espíritu" de las obras humanas, y singularmente de las artísticas e intelectuales. Una oda de Horacio, por ejemplo,

tiene a los ojos de Menéndez Pelayo un "espíritu" determinado, el que puedan otorgarle las creencias religiosas e históricas de su autor, y una "forma" —entendida ésta en el más amplio sentido, diría el propio Menéndez Pelayo— perfectamente discernible de aquél.

2ª Visión de la "forma" como realización de una "idea eterna" genéricamente humana, según el deseo y el programa ya contenidos en estos entusiastas e ingenuos versos juveniles:

"Yo anhelo ver la idea
en forma traducida,
y que esa forma sea
la lumbre de mi vida.
¡Que las helenas Gracias
me envuelvan en su luz!"

(Poesías, E. N. II, 212).

3ª Infusión de "espíritu" cristiano en la "forma" ejemplar y exenta obtenida a merced de esa suerte de vivisección intelectual de la obra antigua[2].

Fray Luis de León ha[b]ía sido, con esa certera y poderosa conciencia inconsciente, valga la palabra, del verdadero genio, el máximo realizador de este programa intelectual y artístico: "Nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno —escribe Menéndez Pelayo—. El mármol del Pentélico, labrado por sus manos se convierte en estatuas cristianas. Y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos e italianos... corre (por sus obras) jugoso aliento de vida, que lo transfigura y remoza todo" *(La poesía mística en España,* E. N. II, 94). Y en otra página: fray Luis de León "entendió como nadie lo que debía ser la poesía moderna. Espíritu cristiano y forma de Horacio, la más perfecta de las formas líricas" *(Horacio en España,* E. N. VI, 305).

Tan optimista y simplificadora tesis ¿es admisible sin ulterior reflexión? En el orden de la creación literaria, y sin salir del tema de la forma poética, tal como Menéndez Pelayo la entiende, ¿puede afirmarse sin rodeos ni reservas que la oda sáfica es más adecuada que el salmo para la expresión lírica del espíritu cristiano? Y en el orden de la especulación filosófica ¿es lícito sostener tan resuelta y paladinamente que la "filosofía cristiana" debe ser, sin más, el resultado de utilizar cristianamente —esto es, infundiendo en ellas el "espíritu" del mensaje de Cristo— las ideas que Platón y Aristóteles legaron a la posteridad?

Ardua cuestión, esta de la "filosofía cristiana", para ser tratada tan al galope. Ardua y, como es bien sabido, prolijamente discutida a lo largo de nuestro siglo. Me limitaré, pues, a indicar que frente al problema de la relación entre el cristianismo y el pensamiento antiguo son posibles, por lo menos, tres actitudes cardinales.

Afirman algunos —o proceden, al menos, como si explícitamente lo afirmasen— que el cristianismo en cuanto tal no tiene una filosofía propia y exclusiva; por lo cual, y puesto que el pensamiento helénico parece ser el más concorde con la sana razón natural del hombre, la filosofía cristiana habrá de ser el resultado de filosofar platónica o aristotélicamente —según una síntesis armónica de Platón y Aris-

[2] A veces no es muy clara en Menéndez Pelayo esa distinción entre "forma" y "espíritu". Otras veces parece emplear indistintamente los términos "moderno" y "cristiano". Compárese con los textos anteriores este otro: "En lo que no hemos adelantado gran cosa es en el arte de asimilarnos el espíritu de la poesía pagana y expresarlo en formas modernas, conservando toda su sobriedad y delicadeza" (*Bibl. de trad. esp.,* E. N. II, 305).

tóteles, dirían Fox Morcillo y Menéndez Pelayo —desde la situación en que la fe cristiana pone a la mente. Desde el siglo XII hasta Maritain y Gilson, tal parece haber sido la tesis de las escuelas por antonomasia llamadas "escolásticas". La filosofía cristiana así entendida vendría a ser, por tanto, una suerte de justificación teorética del hecho de haberse propagado inicialmente el cristianismo dentro del mundo grecorromano. En orden a la historia del pensamiento filosófico, tal suceso sería, si vale decirlo así, la realización unívocamente providencial de los designios de Dios.

Piensan otros, frente a los anteriores, que en el cristianismo hay incoada una metafísica original específicamente cristiana, que en principio nada tiene que ver con la helénica; más aún, que se opone formalmente a ella en no pocas cuestiones fundamentales. La misión principal del filósofo cristiano sería el alumbramiento y el sistemático cultivo de esos gérmenes intelectuales. Tal es, para limitarnos a su ejemplo, la tesis de L. Laberthonnière y de Cl. Tresmontant.

Sostienen otros, en fin, que el cristianismo en cuanto tal obliga ciertamente a pensar que hay filosofías no cristianas y anticristianas, pero a la vez permite la existencia de varias "filosofías cristianas" no formalmente coincidentes entre sí en tanto que "filosofías". No debo discutir ahora si como tales "filosofías" son mejores o peores el tomismo, el escotismo, el blondelismo y el existencialismo marceliano. Diré tan sólo que la de Escoto, la de Blondel y la de Marcel son, tanto desde el punto de vista de su intención religiosa como desde el punto de vista de su expresión intelectual, auténticas "filosofías cristianas".

Todo esto y mucho más habría que decir acerca de la conciliabilidad *natural* entre el cristianismo y la Antigüedad clásica. Tanto en el orden artístico como en el filosófico, la cultura antigua es sin duda cristianizable. Librémonos de pensar, sin embargo, que el resultado de esa noble y fecunda tarea bautismal ha podido engendrar para siempre *el* arte y *la* filosofía de los cristianos.

Menéndez Pelayo, "puer senex"

Al término de nuestro rápido examen, ¿qué debemos pensar de las cuatro tesis principales en que se manifiesta la "cuestión personal", de Menéndez Pelayo, con el mundo clásico? Algo fue matizando esas tajantes tesis, es cierto, la creciente madurez espiritual de nuestro gran humanista. Su personal idea de lo que debía ser la filosofía cristiana a fines del siglo XIX no es ya, en su discurso sobre Raimundo Lulio, la simple concordia entre Platón y Aristóteles que Fox Morcillo intentó en el siglo XVI y que el Menéndez Pelayo juvenil con tanto entusiasmo había elogiado. También su modo de entender la poesía va cambiando con los años. Muy significativo es lo que el gran crítico nos dice cuando tan lealmente confiesa su mudanza en la estimación estética de la obra de Heine: "Educado yo en la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como música". Y poco después, añade: "No es plástica la poesía de Enrique Heine, pero encierra misterios de sentimiento y recónditas armonías, no concedidas a la línea. La misteriosa virtud de esta poesía no entra por los ojos, pero empapa como tenue rocío el alma... Cada lector va poniendo a esa música la letra que su estado de ánimo le sugiere" (*Obras*, E. N. CHL V, 408). Más aún, habría que decir al sensible y poderoso lector de poesía que fue Menéndez Pelayo; habría que decirle que más allá de la poesía como escultura y de la poesía como música hay otra más esencial, aquélla en que la palabra poética solamente pretende ser símbolo verbal y metafórico de la realidad; aquélla, por tanto, en que el poeta, para decirlo con la ya tópica expresión de Martín Heidegger, aspira ante todo a constituirse en "pastor del ser".

Pero, aun matizada por la madurez de la mente, la "cuestión personal" del humanista Menéndez Pelayo con la Antigüedad clásica, siguió siendo, en lo fundamental, la que en las páginas precedentes he tratado de exponer y comentar. Repetiré, pues, mi interrogación anterior: ¿qué debemos pensar hoy de las cuatro tesis principales en que esa "cuestión personal" se manifestó?

Niño gigantescamente, colosalmente sabio, decía yo antes que fue Menéndez Pelayo; alma que, sabiendo tanto, no ha descubierto o ha descubierto apenas la espalda de las cosas. Las cuatro tesis que acabo de glosar, ¿no confirman, por ventura, la exactitud de mi juicio? Menéndez Pelayo, niño sabio, viejo niño. *Puer senex,* diría un latino. Curtius ha mostrado cómo esta idea del *puer senex* se hace tópica en las letras de la latinidad imperial. Y comentando este precioso hallazgo, Eugenio Hernández Vista apunta con finura, y en mi opinión con acierto, que tal idea, no infrecuente en el curso de la literatura universal, sería, más que una peculiaridad latina, una expresión de lo que psicólogo C. G. Jung llamó el "inconsciente colectivo" de la humanidad. La figura literaria del *puer senex,* el tipo ideal del niño senecto y sabio, vendría a ser uno de los arquetipos, una de las aspiraciones típicas y permanentes del alma humana.

¿Qué significa este arquetipo? A mi modo de ver, la cosa es clara: significa la secreta pretensión de una sabiduría a la vez suficiente e inocente, el constante anhelo de un saber definitivamente contentador, la sed de una ciencia integral cuya consecución no haya exigido de quien la alcanza la pérdida o el desgarro de la inocencia infantil. Para salvaros, dice el Evangelio a los hombres, "haceos como niños". En el orden de la perfección terrenal e histórica, ¿cabrá decir lo mismo? El saber perfecto, ¿no será aquél que en lugar de ver las cosas por su espalda sombría las vea de frente, con frontal ingenuidad, pero con mirada capaz de penetrar lúcidamente hasta la espalda misma de la realidad que se mira?

He aquí, por ejemplo, la visión de la cultura helénica como serenidad y armonía. Después de Nietzsche, la ingenua y limitada concepción neoclásica de Winckelmann ya no es satisfactoria; más aún, ya no es posible. Desde luego. Pero la Grecia antigua, ¿no será, como S. Lasso de la Vega, tan atinadamente ha dicho, viviente *concordia discors,* agónica armonía sucesiva del mito y el *logos,* de la serenidad y el arrebato; en suma, esa *palíntropos armonié* de que habló Heráclito, la multiforme, dramática y nunca satisfecha pretensión de una concordia de orden superior? Y esta entrevista armonía, siempre perseguida por el hombre y siempre imposible en nuestro mundo sublunar, ¿no será la *sôphrosynê* que en alguna medida trae al alma, según la interpretación de Menéndez Pelayo, la contemplación de una verdadera tragedia?

Quien pretenda ser hombre de presencias y compresencias, varón maduro y avisado que quiere tener abiertos sus ojos a todos los posibles aspectos de la realidad intramundana, los luminosos y los sombríos, ése no conocerá en su alma la serenidad y la armonía, ni podrá contentarse con una visión del mundo clásico que haga de él, como quería el Menéndez Pelayo mozo, "calma y serenidad, dulce concierto de cuántas fuerzas en el hombre moran". Tal es el caso de quienes, por nuestra limitación y para nuestra desdicha, no podemos ser *pueri senes,* viejos a la vez sabios y niños. Pero lo que como posesión y presencia no es terrenalmente posible, ¿será acaso posible como esperanza? Por incierta que ésta sea, ¿no cabe en el alma del hombre la esperanza de un estado, escatológico acaso, en que lo vario y dispar sea reducido a armoniosa concordia? Creyendo ver ingenua y sabiamente lo que él espera, trocando en cuasi-poseída presencia la mera posibilidad futura, el *puer senex* viene a hacerse así, paradójicamente, oráculo de quienes, sa-

biendo acaso mucho, ya no saben ser niños. Con su implícita o explícita sabiduría, siendo sabio por modo mítico o por modo erudito y racional, ¿qué otra cosa es en la tierra el hombre de "buena voluntad"? A través de sus enormes saberes y de sus indudables deficiencias, esta es, creo yo, la lección que el humanista cristiano y clásico Menéndez Pelayo, *homo bonae voluntatis*, ingenuo niño sabio, puede darnos hoy a los inquietos, ávidos, desconcertados habitantes del mundo: este mundo astillado, temeroso y deslumbrador en que todos nosotros tenemos casa y tremedal.

Fernando Uriarte: Xavier Zubiri en el Problema de la Realidad

SOBRE LA ESENCIA[1], libro de metafísica acabado de imprimir en los últimos días del año pasado, es el primero de una serie que, bajo el título general de *Estudios Filosóficos,* irá publicando el filósofo español Xavier Zubiri.

Existía vivo interés, y hasta espectación, por conocer la producción intelectual de este discípulo de Ortega y Gasset, cuyo pensamiento en demorada incubación no era posible calibrar con certeza, al tenor de aquellos ensayos ya lejanos de *Naturaleza, Historia, Dios*[2].

Una cierta leyenda se había tejido en torno a su retraída persona. En Francia anotaron la reverencia que suscitaba su figura de "pequeño mago misterioso"; cuando se preguntaba por él en Madrid, los pocos que gozaban de alguna proximidad a su filosofar y a su vivir contestaban con gestos vagos y respetuosos de quienes tienen la experiencia de lo inefable. Daba cursos a auditorios reducidísimos y selectos, los cuales, después de cada lección, caían en asombrada mudez. Con todo esto, parecía que Zubiri tenía más fama y prestigio que el que pudieran depararle, justicieramente, unos cuantos ensayos espléndidos.

Afortunadamente, esta situación terminó hace unos meses con la publicación de su estudio sobre la esencia, cuya primera edición el público agotó antes del mes. La aspereza sin concesiones del libro, sus naturales dificultades y, probablemente, la imposibilidad de ejercer sobre él una crítica fácil ha retenido en España hasta ahora el pronunciamiento de los mejores.

A falta de esto, hemos tenido en el *Indice Cultural Español*[3] una recensión oficial que no arriesga nada. Muy similar a la nota del *Indice Cultural,* pero denotando un irreprimible partidarismo por el autor y por el libro, incondicional y comprometido, es la presentación y comentario del señor Gonzalo Fernández de la Mora en A.B.C.[4]. Para este crítico es especialmente importante que el maestro Zubiri discuta en su libro sólo con grandes filósofos y no mencione ni una sola vez a Ortega.

Simultáneamente, otro comentarista —Marino Yerro Belmonte—, da una "primera noticia" del libro *Sobre la Esencia*[5] recogiendo el significado del silencio que mantiene Zubiri ante el pensamiento de Ortega, filósofo que le precede, y, en parte nada desdeñable, le mantiene. A juicio de Yerro Belmonte, este silencio forma parte del libro, es su insistente latencia, y configura un interrogante que le sorprende

[1]Xavier Zubiri. *Sobre la Esencia.* Sociedad de Estudios y Publicaciones. Madrid, 1962, 23,5 × 15 cm. 521 páginas.

[2]*Naturaleza, Historia, Dios.* Editorial Poblet. Buenos Aires, 1948.

[3]*Indice Cultural Español.* Dirección General de Relaciones Culturales. Madrid, febrero, 1963. Págs. 149-154.

[4]*A. B. C.,* Madrid. Edición aérea. 7 de marzo/63 y 14 de marzo/63.

[5]*Indice,* Madrid, febrero/63.

enérgicamente, al recordar que algún discípulo de Zubiri "ha declarado públicamente que entre las recomendaciones intelectuales que suele hacer éste a los que se inician en el estudio profundo de la filosofía entran el griego, la alta matemática... y Ortega".

Se trataría de la "huella borrada", según afirma el articulista. Entendemos que lo que se ha borrado es el nombre de Ortega, no la huella, como esperamos probarlo en este trabajo.

Finalmente, la *Revista de Occidente* ha incluido en su último número[6] una breve y melancólica presentación de *Sobre la Esencia*, escrita por José Luis L. Aranguren. El agudo moralista, profundo conocedor y admirador de Zubiri, se manifiesta escéptico sobre el éxito futuro de esta metafísica incubada en España, "pobre país", que carece de atractivos literarios, como los de Ortega, o ibéricos, como los de Unamuno.

Al iniciar su biografía en esta circunstancia primera, aparentemente menor, el libro de Zubiri ha polarizado las fuerzas ocultas que juegan en el intelecto español, cuyas tendencias se manifiestan con alguna claridad en este primer contexto crítico.

En el filosofar de Ortega, contaba España; había un amplio espacio para sus compatriotas. Gustaba brincar, desde su intimidad, a los grandes teatros desbordantes a ejercer la *socratitas* hispánica. Zubiri, ya lo hemos dicho, reduce al mínimo el auditorio; medita escondido, bajo la protección de un muro de ojos en blanco. No participa en la vida del país. No publica.

Manuel Granell ha contado lo que se dijeron estos dos maestros un día de primavera de 1933 en el monasterio de El Escorial[7].

Estaban en la nave central, "amplia y altísima, exactamente bajo la luz cenital del cimborrio. Alzando el rostro, los dos pies bien plantados sobre las losas, su izquierda en la cintura y la diestra rubricando un solemne ademán que se alargaba como una espada, Ortega exclamó con brioso júbilo: —¡qué maravilloso despacho!

—¡Oh, no! —protestó espantado Zubiri, menudo y nervioso, rememorando acaso los años de Seminario, sintiendo la llamada íntima de la *vida mínima* del monje en su celda—; yo prefiero una habitación pequeña, muy pequeña, más empequeñecida aún por los libros que cubran las paredes. Me horroriza la idea de meditar en este espacio enorme, frío, abierto como un cruce de caminos".

Granell estruja bien la reveladora anécdota. Zubiri actuaba como "la sombra tras la luz". Desde entonces Granell comprendió mejor "los cerrados y sutiles análisis de Zubiri, siempre en inquieta visión cercana; y también las amplias visiones panorámicas, las altas cimas a que sabe llevarnos la mirada de azor de Ortega".

El estilo intelectual que palpita en *Sobre la Esencia* es el de un físico teórico o un cultor de la microfísica, pero que no necesita ante la realidad otros instrumentos que los sensuales.

Al leer un libro de metafísica casi siempre nos ha ocurrido preguntarnos de qué modo se las ha arreglado el autor para descubrir la ley de lo real, en qué hecho indubitable se apoya, a qué instancia última nos remite, cómo garantiza sus afirmaciones. Es asunto que nunca se nos expone o aclara de buena voluntad; debemos, por el contrario, rastrearlo fatigosamente entre los rituales tanteos aporéticos, en un discreto segundo plano.

[6] *Revista de Occidente*. Nº 2, 2ª época, Madrid, mayo, 1963.
[7] Manuel Granell: *Ortega y su Filosofía*. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

"Comencemos por acotar de una manera provisional, el concepto de esencia. De no tener ante los ojos la esencia misma, todas nuestras consideraciones correrían el riesgo de caer en el vacío, y sobre todo, careceríamos de punto de referencia para fundamentarlas y discutirlas"[8].

Zubiri escribe en permanente alerta con las palabras. Las respeta como nadie, y sólo las usa después de una cuidadosa revisión; como no tiene prisa al escribir, su *dictum* es máximamente responsable. Por eso, cuando en las primeras páginas de su estudio declara que tiene *ante los ojos* la esencia misma, quedamos notificados de que la esencia es algo que Zubiri está viendo efectivamente, con los ojos de la cara, que la tiene delante como "lo ante los ojos", según el curioso término acuñado por Heidegger en colaboración con sus traductores al español. La intuición, el ver algo, como modo de obtener los conceptos radicales que son los principios, goza de ilustre respaldo desde Aristóteles hasta nuestros días. Ha garantizado el acceso al concepto verdadero. Kant lo dejó establecido literalmente:

"La posibilidad de una cosa no puede demostrarse nunca por la no contradicción de un concepto de ella, sino sólo *garantizando* este concepto por medio de una intuición que le corresponde"[9].

La intuición es sólo el respaldo que legitima el pensamiento, pero en ella no pensamos nada, y si se retira el pensar tendremos sólo intuición, pero no conocimiento.

Es muy arriesgado lo que sostiene Zubiri al afirmar que tiene la esencia ante los ojos, porque esencia es, siempre, esencia de algo, y como no se dice a qué algo corresponde la esencia que Zubiri está viendo, tenemos que suponer que el contenido de su intuición es, nada menos, que la esencia en general.

Esta convicción o creencia primaria del filósofo, dará a su doctrina el carácter de afirmación altanera, que atrae por su enfática seguridad. Premunido Zubiri de una intuición básica y de una soberbia capacidad para pensarla, cree encontrarse, por singular paradoja, "ante el mismo problema con el que desde un principio tuvo que debatirse el propio Aristóteles".

Así es, en efecto. En los libros metafísicos de Aristóteles se registran las determinaciones que el problema recibió en aquella primera embestida. En estos veinticuatro siglos, si bien el problema no ha variado, el sujeto que problematiza se ha transformado de modo nada despreciable y actúa desde una situación completamente distinta. Desde luego Zubiri cuenta con tres cosas que no tuvo el estagirita: 1º el manejo que Aristóteles dio al problema, lo que constituye una solución provisoria por lo menos; 2º el avatar del problema en la historia hasta nuestros días; 3º los términos con que se puede pensar el asunto, que Aristóteles debió considerar a fondo por primera vez. Hay un texto sobre todo, que sigue resonando con renovada fuerza, del cual parece emerger el problema en su máxima pureza:

"Hay una ciencia que considera al ente en cuanto ente y las propiedades que le pertenecen esencialmente"[10].

En torno a unas cuantas frases como ésta, ha venido desenvolviéndose el pensamiento filosófico del hombre. Primero, que hay una ciencia; segundo, que esta ciencia se ocupa del ente; tercero, que hay propiedades que pertenecen al ente esencialmente.

Aunque las implicaciones y complicaciones de términos como substancia, esencia, accidente, harto delicados y confusos, aun para el mismo Aristóteles, no hayan pa-

[8] *Sobre la Esencia*, pág. 15.
[9] Kant: *Crítica de la Razón Pura*. T. 2º, pág. 21. Losada, 1960. Buenos Aires.
[10] Aristóteles: *Metafísica*. Libro IV. Cap. 1.

rado desde su instauración en la filosofía griega, las erosiones de tan larga vida no han comprometido ni variado la enigmática y permanente cuestión que late en ellos, o bajo ellos. Para Zubiri, son conceptos ya hechos que no necesitan un nuevo acoplamiento, pero que le invitan a bajar al problema que subyace en su aparente y consagrada claridad: "el problema de la estructura radical de la realidad y de su momento esencial"[11].

Aquí conviene decir que este descenso hasta un problema encubierto por estos términos —el problema de la realidad—, ha constituido el comportamiento irreprimible de los filósofos, sin excepción; con lo que el maestro Zubiri se evita, *a limine*, fastidiosas fatigas de invención.

Descartado ya el descubrimiento del problema, el hallazgo de términos apropiados para enunciarlo, y el ataque por inmersión a su enigma fundamental, queda a Zubiri, intacta, su legítima opción a enriquecer la densa y extensa bibliografía desde su situación temporal y finita.

Como es de rigor en estos casos, el filósofo empieza conversando, discutiendo y discrepando con sus antecesores. Así lo hizo Aristóteles. Es un tanteo previo, el tanteo aporético. Nos interesa declarar formalmente que, a nuestro juicio, ni en la discusión aporética, ni en el desarrollo posterior, en este libro, de su concepción de la realidad, deja Zubiri de usufructuar de la mejor compañía y apoyo, aunque el nombre del acompañante y sostenedor haya sido omitido en cada caso concreto, por motivos que sería demasiado arriesgado presumir.

Estamos demasiado habituados ya a la delicada cortesía que envuelve la cita, o la referencia, a un autor que ha sido original antes que nosotros.

Zubiri rechaza la idea de conciencia con que opera Husserl. Este rechazo parece extremado[12] cuando se lee que "hay actos conscientes, pero no hay conciencia".

Se trata de un tipo de aseveración que se puede seguir haciendo, si se considera la fuerte verdad que encierra, pero haciendo constar en cada ocasión, aunque sea muy someramente, el sitio exacto en que la afirmación fue leída y el nombre del autor que la formuló. En uno de los últimos textos de Ortega que repite ideas y conceptos reiterados por este filósofo desde 1916, se lee: "Resulta, pues, que no hay tal conciencia como fenómeno, sino que conciencia es una hipótesis, precisamente la que hemos heredado de Descartes". Y un poco más abajo, en la misma página: "Porque el lector habrá visto que la doctrina incluye la mayor enormidad que entre 1900 y 1925 se podía decir en filosofía; a saber: que *no hay conciencia* como forma primaria de relación entre el llamado 'sujeto' y los llamados 'objetos'..."[13]. Volveremos más adelante, a medida que se vayan presentando, sobre los antecedentes orteguianos del pensamiento de Zubiri.

El pensamiento analítico de Zubiri tiene un gran poder desintegrante; puede, con implacable precisión, desmontar una sólida construcción intelectual, sea la que sea. De Husserl, Zubiri pasa a Hegel, a quien se parece sobremanera por su insolencia ante la realidad y el afán de someterla a sus propios decretos. Tratándose de Hegel, nos dirá que "no es posible aprehender la esencia de nada por pura dialéctica conceptual", "porque nunca podremos estar seguros de poder aprehender, ni de hecho ni en principio, la esencia de algo..."[14]. Todo lo cual es muy sorprendente, porque no hemos olvidado que en la página 15 nos aseguraba Zubiri enfáticamente que *tenía ante los ojos la esencia misma*, circunstancia venturosa que había de afianzar sus consideraciones posteriores.

[11] *Sobre la Esencia*. Pág. 6.
[12] Op. cit., pág. 29.
[13] José Ortega y Gasset: *Idea de Principio en Leibniz*. Nota pág. 334.
[14] Op. cit., pág. 58.

Se puede pensar que esta incapacidad para aprehender la esencia de algo es una contingencia puramente hegeliana, que ha confundido la realidad de las cosas con la realidad de los conceptos, contingencia o error que no va con Zubiri. Por cierto que, en el trance de refutar a Hegel, a quien Unamuno llamó *el último titán para escalar el cielo*, el pensador neoescolástico adhiere, sin que se note mucho, a la distinción que hizo Ortega entre la veracidad y la logicidad del concepto, entre su cara *ad extra* que acata el ser de lo real, y su cara *ad intra* que se ocupa solamente del buen funcionamiento de las operaciones lógicas[15]. Y declara, con más solemnidad que autoridad, que una cosa son los conceptos formales y otra la realidad.

Al avanzar en la lectura de *Sobre la Esencia* —avance lento, fatigoso— se nos impone la grandeza de su construcción, su empaque doctoral, su seriedad segura del aplauso. Lo que no vemos por parte alguna es la novedad. Al contrario, el libro es regresivo de punta a cabo, inoportuno, temáticamente ajeno, empecinado en reorganizar el escolasticismo aristotélico mediante una terminología de precisión desesperada. Es una vuelta al bizantinismo filosófico que la incandescencia del vivir actual no tolera.

Sobre la Esencia se topará ineludiblemente —más allá de cónclaves adocenados— con la situación mental del lector, fertilizada por versiones continuas de filosofías ajustadas a las condiciones actuales de la vida, e instaladas con naturalidad en el exacto nivel histórico, situación en la que se conjuga, sin brincos ni retrocesos, el orden de la historia del pensamiento que viene del pasado, con el momento vivo del presente, en el que el largo y consagrado proceso histórico va a continuar inexorablemente.

Las construcciones abstraccionistas, como ésta de Zubiri, agriadas por un estilo intelectual de decreto-ley, que primero fabrican la realidad a su amaño y luego la fulminan determinando la legalidad de todo el universo, habrán de parecernos, necesariamente, admirables curiosidades, no exentas de oscura soberbia.

"Podemos deducir, sin temor a equivocarnos —escribió Simmel—, que cada filósofo, al plantearse un dado problema general, aún sin inclinarse a solución alguna, lo hace de tal manera que corresponda a la respuesta que va a dar"[16].

Y añade: "Casi podría decirse que la productividad filosófica del pensamiento original es algo tan unitario, y es de tal manera la expresión intelectual de un ser cerrado en sí mismo, que la distinción entre pregunta y respuesta es sólo un desdoblamiento posterior realizado en la unidad del pensamiento"[17].

Si la filosofía se nos presenta como este maniobrar del filósofo para quien los resultados positivos están en el maniobrar mismo, concluiremos en que la filosofía es, ni más ni menos, "el comportamiento de los filósofos"[18].

La advertencia de Simmel es el lugar geométrico de la metafísica de los últimos cuarenta años. Con ligeras diferencias, todos los grandes filósofos que nos han pensado —a nosotros— han tenido un momento confidencial, como el que transcribimos de Simmel, para contarnos la experiencia destilada de su largo y complicado hacer. "¿Qué se es, amigos, qué se es? Se es lo que se hace"[19].

Hemos dado algunos rodeos en torno a este libro de metafísica; hemos vislumbrado algo de su contexto. Es conveniente, ya, que nos refiramos a él concretamente.

[15]Ortega: *Idea de Principio en Leibniz*. Págs. 85 y ss.
[16]Georg Simmel: *Problemas Fundamentales de la Filosofía*. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. México. 7ª edición, pág. 7.
[17]Ibid. Pág. 8.
[18]Ibid. Pág. 8.
[19]Ortega: *Obras Completas*. VI, pág. 350.

Sobre la Esencia es una larga y minuciosa proposición sobre la realidad. Zubiri no duda —por lo menos no duda durante las tres cuartas partes de su exposición—, de que está tratando directa e inmediatamente con la realidad. Los pasos sucesivos en que realiza el análisis agotador de las más variadas tesis debidas a sus ilustres colegas en la historia de la filosofía, análisis que se vuelve constantemente sobre lo que su propio pensamiento va formando; el repetido alarde lingüístico; la carencia de alegría y efusión en un pensar que se autosupone innovador; todo, en suma, nos lleva al convencimiento de estar ante una construcción intelectual de carácter asertórico que bordea el momento en que va a desconfiar de sus propias afirmaciones.

No se nos remite a ninguna instancia legitimadora, como si se tratara nada más que de un juego cerrado de notable perfección, sistemático, concluso, clausurado: un alarde conceptual armónico, que se configura como abstracción del entendimiento puro sobre la realidad. O, tal vez, un gran paquete de *desiderata*. Zubiri no respeta la realidad, por cierto; lo que hace es someter la que ha inventado, o va inventando, a un tratamiento posible, que otorgue coherencia a lo pensado. Sobre lo real, aquí se especula y se inventa; lo primero, con erudición; lo segundo, con destreza.

Si este refinado instrumental de ideas y conceptos no es suficiente para acceder de alguna manera a la realidad, sirve, sin duda, para crear una, y predicarla sistemáticamente luego, en apretados análisis.

Estas realidades de laboratorio son el producto natural de una gran cultura filosófica, como la de Zubiri, filtrada de toda la historia del pensar humano. Son de un bizantinismo exquisito sus rectificaciones a Aristóteles y a la Escolástica; las comparecencias que ante tan duro tribunal cumplen Leibniz, Kant, Hegel, Husserl y Heidegger, terminan en otras tantas sentencias que traducen la incompatibilidad de Zubiri con las concepciones de sus colegas muertos. En aquellas grandes arquitecturas teóricas se salvaron los problemas de cada tiempo. Y no hay nada que cambie tanto en la historia como los problemas. Son intransferibles, y no tienen más de una solución auténtica. Zubiri, enfrentado con la realidad desde la Historia de la Filosofía, se queda lamentablemente en ésta, que es un lugar tan abstracto como su teoría de la esencia.

Si la filosofía tiene todavía algo que decir sobre el hombre, no podrá decirlo, con toda seguridad, en términos agotados largo tiempo en gloriosa disputa: esencia, existencia, definición, etc.

Sobre la Esencia, pudo llegar a nosotros en latín, fechado en el ocaso de la Edad Media, escrito por un pensador avanzado para aquel tiempo. Con fecha de nuestro tiempo, *Sobre la Esencia,* es un libro inoportuno, que fracasa en su intento de canjear la realidad inexorable de nuestro tiempo por una fantasía rigorosa, si bien deslumbra por el diseño exigente de su fundamentación intelectual.

Desde Kant y su "revolución copernicana", el tema fundamental de la filosofía cambió de cuadrante, y este paso es irreversible. El *magister* de Königsberg, nos enseñó a pensar la realidad desde el hombre e invalidó la dualidad sujeto-objeto en la línea del conocimiento. La posibilidad de conocimiento de la realidad por el hombre radica en la posibilidad que tiene éste de ser afectado por las cosas, generándose así la única realidad que le es posible conocer: lo intuido y lo representado.

La intuición toma, sin responsabilidad alguna, lo que el objeto da de sí; la representación elabora el botín de la intuición y lo construye. Captar y concebir: desde Kant, el problema del conocimiento de la realidad queda determinado por las manipulaciones que el sujeto pensante practica en ella.

No nos es transparente en el pensamiento de Zubiri la manera con que obtiene

los conceptos y toda la gama de predicaciones sistemáticas que conforman el logos de la esencia de la realidad.

Zubiri empieza con una verdadera axiomática: definiciones, axiomas; tal como entiende Ortega el proceder aristotélico.

"Se presentan —la lógica y la filosofía— con el propósito de pensar la Realidad; pero resulta que en vez de eso lo que hacían era construir una realidad; por tanto engendrar algo ideal mediante definiciones y axiomas"[20].

La meditación de Zubiri coincide formalmente con la de un griego primitivo; repite, sin la ingenuidad inaugural, las mismas "sorprendentes tergiversaciones".

"Parménides proyecta sobre la Realidad los caracteres del pensar lógico; pero hace esto precisamente porque el pensar lógico es para él una proyección de la Realidad sobre la mente humana"[21].

Si cambiamos proyección por actualización el texto de Ortega parecería el de Zubiri, descontando que para aquél se trata de una crítica y para éste de una doctrina. La Realidad para el autor de *Sobre la Esencia,* la realidad *simpliciter,* es la que actualiza sus notas o momentos reales en la intelección (inteligencia). Esta realidad, actualizada en la inteligencia, es para Zubiri la última y radical, la verdadera realidad. Y es real porque produce verdad, porque *verdadea* en la inteligencia. Con este *verdadear,* tan abrupto, hemos entrado en el terreno de las categorías de lo que se proyecta o actualiza: manifestación, firmeza, efectividad. Un conjunto o sistema de notas —la esencia—; esencia que es de una *realidad esenciada.*

No sabemos bien en cual, pero Zubiri se hace firme en una de estas tres cosas: concepción, proposición o definición de la esencia. Con este pensador se siente uno perplejo ante el manejo de las palabras. Y como de alguna manera hay que decirlo, diremos que Zubiri *dice* lo que es la esencia, usando una proposición esencial que no es definición. El que quiera hacerse cargo de el por qué de estos distingos, que se lea el libro.

Se intenta, pues, aprehender la realidad (no definirla), en su unidad coherencial primaria, atendiendo a sus notas constitutivas, necesarias y suficientes. A juicio de Zubiri, la realidad no transparece en el logos predicativo o deficiente, sino en el logos nominal que es previo.

La realidad se rinde al nombre. El órgano conceptual adecuado a la esencia es el logos nominal *constructo y cerrado,* por ser la esencia realidad en sistema. Realidad, esencia, existencia; en la múltiple vinculación de estas palabras consiste la doctrina metafísica de Zubiri. La esencia como realidad momentánea o *momentual.* "La esencia como realidad en sistema"[22]. "La esencia es aquello que hace que lo real sea 'tal' como es"[23]. "¿Qué es, pues ser 'tal'?"[24]. A esto se responde de varias maneras. La *talidad* obedece, más que al hecho de tener un conjunto de notas sistemáticas algo, "a una exigencia primaria". De lo que resulta, para Zubiri, que "ser *tal* es anterior y superior a tener tales o cuales notas"[25].

¿Qué es ser *tal*?, no creemos que haya una respuesta clara en el texto de este filósofo. Podría tratarse, talvez, de la unidad primaria y coherencial constitutiva de lo real, anterior a tener tales o cuales notas sistemáticas. Finalmente, cualquiera que sea su *talidad,* todas las cosas tienen un carácter común. A este carácter es al que Zubiri llama "el orden trascendental de la realidad". Se extenúa el pensador

[20]Ortega: *Idea de Principio en Leibniz.* Pág. 220.
[21]Ortega: *Idea de Principio en Leibniz.* Pág. 232.
[22]X. Zubiri: *Sobre la Esencia.* Pág. 356.
[23]Ibid. Pág. 357.
[24]Ibid. Pág. 358.
[25]Ibid. Pág. 365.

en diferenciar tenazmente la esencia del correlato real de la definición, para recalar finalmente en la vetusta evidencia: la idea, el concepto, la definición de la cosa no es la cosa.

La novedad de las afirmaciones de Zubiri no está a la altura de la agudeza del análisis. Pensadas con un estilo intelectual, que no es precisamente seductor, nos entrega unas noticias archisabidas sobre la realidad y la esencia, que nos hablan de un actualizarse lo real en notas esenciales; lo real, el objeto, como quiera que se le llame, se nos presenta como acto o momento. Max Scheler escribió hace muchos años, en una obra póstuma traducida al español justamente por Xavier Zubiri, lo siguiente: "Así como a la esencia de un objeto pertenece necesariamente la esencia de un acto, así también a esta verdad pertenece necesariamente el que sea pensada"[26].

La parte final de esta cita ponía a cubierto al filósofo alemán de cualquier exceso, porque si no hay pensamiento de algo, es decir, sujeto pensante, no hay esencia, ni realidad, ni nada. Ortega, que es un enorme pensador, que vivió y escribió sin administrarse, en pleno despilfarro filosófico, había precisado la cuestión: "Ser no es ninguna cosa por sí misma ni una determinación que las cosas tengan por su propia condición y solitarias"[27].

Ser, realidad; en una sóla expresión, *lo que hay*, nos llega en una omnímoda relación o conexión; pensamiento afinado por Ortega hace cincuenta años —"no es el en-sí, sino la relación a un sujeto teorizante"—, que ahora nos reitera Zubiri en su concepción de la respectividad.

Escribe Zubiri (pág. 449): "Pero algo puede no ser ni cosa ni nota de cosa y ser, sin embargo, un momento trascendental de la cosa misma".

El texto anterior y congruente de Ortega (O. C., IV, pág. 56), es el siguiente: "El acto produce el ser, lo pone. Dicho en otra forma: ser no es ninguna cosa por sí misma ni una determinación que las cosas tengan por su propia condición y solitarias. Es preciso que ante las 'cosas' se sitúe un objeto dotado de pensamiento, un sujeto teorizante, para que adquieran la posibilidad de *ser o no ser*. Del mismo modo, una cosa no es *igual* a otra si no hay además de ellas un sujeto que las compara". En la misma página Ortega y Heidegger quedan empatados: "El sujeto en sí y por sí, tampoco tendría ser si él mismo no se lo pusiera al conocerse". Es la simultaneidad de ser y conocer que anota Heidegger en el *Dasein*, que se mueve siempre en una cierta comprensión del ser.

Atento exclusivamente a su riguroso esquema conceptual, no acoge lo que está encubierto y a la base de su pensamiento, la gran causa variable y fundamentadora, la vida, en que su meditación se da; esa vida que cobija la idea de realidad, de la que Zubiri quiere hacer una ley después de adiestrarla y pulirla en quinientas veintiuna páginas de gimnasia sueca filosófica.

Sin ser excitante frente a lo real, el libro es generoso y rotundo en afirmaciones. He aquí algunas de ellas, formadas en fila india, por orden de aparición:

1º Formalidad de lo real;

2º Lo real es el *esse* real *extra animam;*

3º Lo real no es estímulo, que es presente en forma afectante y se agota en la estimulación;

4º Lo real es un *prius* a su presentación misma y no se agota en su pura presencia como lo *estimúlico;*

[26]Max Scheler: *Muerte y Supervivencia-Ordo Amoris*. Revista de Occidente. Madrid, 1934. Pág. 77.

[27]Ortega: O. C., T. IV, pág. 56.

5º Es decir, este *prius* permite pasar del momento de presentación al momento anterior a este presentarse;

6º La realidad es la cosa como algo *"de suyo"*;

7º La realidad se actualiza en la inteligencia como *"de suyo"*;

8º Apurando un poco, la realidad es el "de suyo" de las cosas. Agrega que esto no es una definición, sino una explicación;

9º Naturaleza no es sinónimo de realidad;

10. El "de suyo", o realidad, es anterior a la naturaleza y, por tanto, fundamento de ella;

11. Existir realmente es el modo de existir que consiste en tener existencia "de suyo". De esto se deduce que nada ni nadie existe por cuenta ajena;

12. Lo que constituye la realidad, más que el existir, es el modo de existir, o sea, existir "de suyo";

13. Cuando esencia y existencia competen a la cosa "de suyo" hay realidad;

14. El "de suyo", la realidad, es anterior a esencia y existencia. Ahora el juego de manos se torna más dificultoso;

15. La realidad es anterior a la existencia. ¿Qué pasa, entonces, cuando hay sólo realidad que no tiene esencia ni existe? Aquí nos parece que Zubiri se detiene, algo derrotado, y vuelve sobre lo anterior: "sin existencia y esencia no habría realidad", afirmación que pone en apuros aquel *prius*, el cual para ser precisa de sus momentos posteriores;

16. El pensamiento de Zubiri se mueve en un círculo que no resuelve la nueva fórmula: esencia y existencia son "sólo dos conceptuaciones distintas de una única y misma cosa".

Esta marejada de afirmaciones se encuentra entre las páginas 389 y 400 de *Sobre la Esencia*. Se intenta en ellas precisar la realidad; pero, lo que se precisa con bastante claridad es el pensamiento de Zubiri, filtrado de las grandes fontanas filosóficas.

La sombra de Hegel: "Realidad es una determinación del ser" (pág. 404).

Y vuelta, otra vez, al juego desilusionado, circular. La realidad es también anterior al ser.

No parece que haya salida para el juego definitorio y explicativo. De la realidad *simpliciter*, que tan esquiva se presenta a la aprehensión del pensador, se pasa al modo de presentarse o aparecer a un sujeto la realidad. La realidad es originariamente sentida, dada en la impresión (pág. 416). Después de muchas vueltas y rodeos, Zubiri nos asegura que los sentidos sienten y la inteligencia concibe la cosa como real. Esto último, lo real, es un *carácter* de lo que hay. No sería cuerdo poner en duda estas viejas verdades. Pero si la realidad empieza en la impresión para Zubiri y para todo el mundo, debe manejarse con cautela esta convicción, y evitar el abuso analógico que intenta decretar la legalidad universal de unas impresiones personales.

Las discusiones que sostiene Zubiri para perfeccionar la Escolástica, son tarea puramente diplomática. Por muy grande que sea su interés, se trata de problemas que atañen a la Escolástica, y nuestro tiempo, con todos sus escolásticos dentro, navega, quiera o no, en otras aguas.

Sabemos muy poco de la persona de Zubiri y no alcanzamos a entender por qué ha permitido que su texto se llene de afirmaciones sobremanera suficientes, que ninguna instancia legitima. Porque hubo un tiempo en que su comportamiento intelectual era respetuoso de lo que sucede en nosotros y ante nosotros; contaban entonces otras relaciones radicales de la vida humana desde las cuales la realidad aparecía como un fenómeno de conciencia.

"Cuando se desgarra esa hilaza gris de entidades sustanciales abstractas queda detrás de ellas *el hombre*", escribió Dilthey[28].

Se ha reducido aquella amplitud prometedora de su anterior libro, en uno de cuyos ensayos se leía: "Los actos del hombre transcurren también en un mundo parcialmente anímico, parcialmente exteriorizable. Y por estas dimensiones suyas, el hombre se halla dotado de un acontecer que posee una trama interindividual y una trama temporal e histórica"[29].

La realidad biográfica de las acciones humanas y la realidad fenoménica física "son precisamente todo eso, pero solamente eso: lo que pasa en el mundo".

Cerraba Zubiri su ensayo magistral anotando una bifurcación de la filosofía, en una de cuyas direcciones se ha embarcado, al parecer, definitivamente: "Necesitamos saber si la filosofía y el ser del hombre van a nutrirse, en última instancia, *de lo que pasa en el mundo* o de lo que las cosas y el hombre son *en realidad*"[30]. Este ensayo preludiaba, por uno de sus lados, toda la metafísica de *Sobre la Esencia*.

Entiende Zubiri por orden de la realidad una estructura que él construye previamente con su pensamiento, y que vendría a ser no *lo que pasa en el mundo*, sino *lo que las cosas y el hombre son en realidad*. Esta extensión abusiva, y con categoría de ley universal, de su pensamiento, constituye el gran desenfoque de Zubiri, quien no quiere percatarse de que su pensamiento es algo que pasa en el mundo, ni más ni menos, y no la estructura de la realidad. Le pasa lo que según Dilthey aconteció a Spinoza que tuvo que aportar su panteísmo para poder inferirlo. "...el conocimiento no puede sustituir la vivencia por una realidad independiente de ella. Sólo puede reducir lo dado en la vivencia y en la experiencia a un complejo de condiciones dentro del cual resulta concebible"[31].

Esta férrea construcción intelectual resulta sospechosa de contradicción. Empieza con la advocación de Aristóteles: "Esta es una especulación sobre la sustancia", pero en la página 425 afirma que la descripción de la estructura trascendental de la realidad no es cuestión de simple especulación, ni una ingeniosa combinación dialéctica de meros conceptos. Especulación simple no es, desde luego, sino complicada: registro, contemplación, consideración reflexiva de gran estilo.

Basta seguir con atención el texto de Zubiri para caer en la cuenta de que la realidad tan razonablemente perseguida se escapa definitivamente y queda nada más que el hecho de haberla razonado. "El hombre está condenado a la razón —dijo Ortega—; por tanto, a una tarea incompleta, siempre infirme, siempre menesterosa de ser recomenzada de nuevo..., obligado a elegir su propio pensar por sí mismo, por su personal cuenta y riesgo, y para elegirlo no tiene más remedio que decidirse, y para decidirse necesita tener motivos que le decidan, y esos motivos son lo que solemos llamar razones"[32].

Decir alguien que se ha propuesto averiguar tal o cual cosa supone que ya está fabricando conceptos, viendo a través de ellos, especulando.

El nudo lógico se cierra en el espacio de una sóla página, la 458: "Esencia es ante todo un concepto trascendental". Y unas líneas más abajo: "Esencia es absolutamente idéntico a realidad". *Ergo*, realidad es un concepto.

[28] W. Dilthey: *Introducción a las Ciencias del Espíritu*. Revista de Occidente. Madrid, 1956. Traducción de Julián Marías. Pág. 395.

[29] X. Zubiri. *Naturaleza, Historia, Dios*. Ciencia y Realidad. Pág. 109. Edit. Poblet. Buenos Aires, 1948.

[30] Ibid.

[31] W. Dilthey. Op. cit., pág. 382.

[32] Ortega: *Una Interpretación de la Historia Universal*. Revista de Occidente. Madrid, 1960. Pág. 205.

Contemplando el pensamiento metafísico del maestro español desde la tendencia profunda que dinamiza la filosofía de nuestro siglo, se revela su radical pseudomorfismo. Los avances habidos en la concepción del ser del hombre como realidad problemática *in fieri*; las nuevas admisiones de la ciencia física, biológica e histórica; la sorprendente técnica lingüística y filológica: todo se afina y aprovecha para replantear un problema extemporáneo. Zubiri organiza magistralmente los materiales para su romántica construcción intelectual, pero no produce originalmente ninguno. Las brillantes intuiciones filosóficas contenidas en *Sobre la Esencia*, sometidas a un manejo muy personal, no disimulan, sin embargo, su procedencia.

Al ser como "ser en el mundo" —concepción central de Heidegger—, suma Zubiri la idea de *respectividad* que precisa algo más lo apuntado por el filósofo alemán. Pero, en rigor, la idea tiene sus años desde que Platón escribió que "cada cosa es otra *respecto* de las demás no por su propia naturaleza, sino por participar de la figura del otro"[33].

Tampoco añade mucho a lo afirmado por Heidegger respecto del conocimiento de la realidad, cuando expresa que la respectividad de la realidad inteligente y volente —o sea, el hombre— con las demás cosas en el mundo, le depara tal conocimiento. En *¿Qué es Metafísica?*, traducido justamente por Zubiri, se nos dice que se conoce la realidad siéndola[34]. Ser la realidad es actualizarla; la actualidad de lo real en el mundo es el ser en respectividad: "Estar en respectividad con las demás cosas *qua* reales, esto es lo que, a mi modo de ver, constituye el ser" (pág. 434). Esto quiere decir que las cosas *me* son, y yo le soy a las cosas: respectividad. La densa fórmula de Zubiri, aporta un nuevo modo de decir, talvez más seco y recortado, el comprimido verbal con que inició Ortega su frondosa metafísica: "Yo soy yo y mi circunstancia". En las *Meditaciones del Quijote* se afirma indubitablemente la respectividad de lo real, y no por casualidad, sino como categoría fundamental de un sistema metafísico que no necesita conquistar la realidad, porque arranca directamente de ella. "El reflejo (la respectividad) —escribe Ortega— es la forma más sensible de la existencia virtual de una cosa y otra. El 'sentido' de una cosa es la forma suprema de su coexistencia con las demás, es su dimensión de profundidad". "No basta con tener la materialidad de una cosa, necesito, además, conocer el 'sentido' que tiene, es decir, la sombra mística que sobre ella vierte el resto del universo"[35].

El buceo ontológico, cada vez más exigente, que realiza la filosofía contemporánea, se ha concretado en proposiciones plenas de sentido. Para Heidegger el hombre está siempre en una cierta comprensión del ser; el ser se *da* en la comprensión, se manifiesta en ella. Zubiri concede amplia acogida en su libro a las tesis del filósofo alemán, coincidiendo con una actitud asumida sin excepciones por lo más selecto y empinado de la producción filosófica española de nuestro tiempo. En la aguda inspección practicada por Zubiri en los vericuetos del *Dasein*, se advierten aceptaciones y rechazos que tienen entre otras cosas la virtud de alumbrar zonas sombrías del metafísico de *Ser y Tiempo*. Como una evidencia, contrapuesta a la sostenida por Heidegger, Zubiri asegura que el hombre no es el comprensor del ser, sino el *sentidor*, la cosa a quien el ser impresiona.

Tomaremos el sentir y el comprender, prescindiendo de prioridades, como momentos que jalonan el proceso del advenimiento del ser en cuya base está el hacer

[33]Platón: *Sofista*. 255a. Traducción de Antonio Tovar. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1959.

[34]Heidegger: *¿Qué es Metafísica?* Versión española de X. Zubiri. Editorial Séneca. México, 1941.

[35]Ortega: *Meditaciones del Quijote*.

del hombre. El ser, para Ortega, es lo que el hombre hace, es decir, un hacerse el hombre a sí mismo. Este hacerse o fabricarse es el vivir, que lleva aparejado la voluntad de vivir de tal o cual manera, porque el hombre está proyectado y debe hacer algo para sostenerse en la existencia. Este hacer radical es angustioso y lo sostiene "esa voluntad de actuación, que toma a veces el carácter de un escape para llenar de algún modo el propio ser, sentido a veces como un inmenso vacío"[36].

En la construcción intelectual del maestro Zubiri participan algunos materiales decisivos que provienen de canteras espirituales que nos son ya conocidas y cuya presencia en ella nos revela a un pensador deslumbrantemente dotado para la *administración* de la filosofía en su penosa busca. En las páginas de *Sobre la Esencia,* resuena la Historia de la Filosofía orquestada por un implacable arquitecto-censor.

Sistema y respectividad son conceptos recíprocos. Que la realidad es sistema clausurado, o abierto, afirma Zubiri, repitiendo la proposición de Ortega en su primer libro: "Del mismo modo el concepto expresa el lugar ideal, el ideal hueco que corresponde a cada cosa dentro del sistema de las realidades"[37].

Adentrados en esta espesa formulación metafísica se nos ha hecho evidente que la original intuición filosófica orteguiana, el magisterio honradamente aceptado por Zubiri en diferentes lugares de su obra anterior —formalmente en *Naturaleza, Historia, Dios*—, es elemento fundamentador de su ambiciosa postura intelectual.

Hemos señalado algunos antecedentes, paralelos y coincidencias; pero, donde la implantación orteguiana aparece indeleble, con el carácter de una *vis a tergo,* es entre las páginas 509 y 517, artículo IV de la Tercera Parte, que rematan el libro.

Momentáneamente olvidado de su manía de referirse, con azorante seguridad, a las razones de la divinidad, que no puede garantizar, se pone buenamente en razón: "Claro está, insisto monótonamente en ello, me estoy refiriendo a esencias intramundanas" (pág. 514). Poco más adelante (pág. 515), fija la función de la potencia aristotélica y la refiere a lo que ha llamado esencias *cerradas.* La potencia de una nota determinada y actualizada es un *hecho.*

"Pero no es este el único tipo de prefijación de lo posible, ni por tanto el único tipo de posibilidad. Hay, en efecto, *una esencia intramundana, el hombre,* que es una esencia *abierta,* y abierta en una forma sumamente precisa: sentientemente. Pues bien, por razón de esta estructura, el hombre prefija *parcialmente* sus posibles notas en virtud de potencias que le competen por su carácter de realidad 'en sí'. Pero la apertura modifica en buena medida el 'en sí', y por tanto el carácter de sus potencias. Entre la nuda potencia y su acto, el hombre, no en todas, pero sí en muchas zonas de sus operaciones, interpone inexorablemente el esbozo de sus posibilidades. Aquí, posibilidad tiene un carácter distinto del meramente potencial. *Con unas mismas potencias, posee distintas posibilidades.* La potencia pasa al acto por mera 'actuación'; pero las posibilidades pasan al acto por *aceptación* o *aprobación.* De ahí que la actualización ya no sea mero movimiento, ni la actualidad mero hecho. La actualización es un *suceder* y la nota actualizada es *suceso* o *evento.* El hecho es la actualidad de una mera potencia; el suceso es la actualidad de una posibilidad".

Para una esencia cerrada vale el término potencia; su actualidad es un hecho. Para la esencia abierta —el hombre— rige la posibilidad; su actualidad es *un evento,* algo que *acontece* o sucede.

"Una esencia cerrada como principio estructural es *res mere naturalis;* y una esencia abierta, como principio estructural no es sólo *res naturalis,* sino que es *res eventualis".* Por un confuso remilgo Zubiri no llama a la *res eventualis res*

[36] H. Heimsoeth. *Fichte.* Revista de Occidente. Madrid, 1931, pág. 33.
[37] Ortega: *Meditaciones del Quijote.*

histórica. Pero, el acontecer electivo de la esencia intramundana hombre, esencia abierta de actualización eventual, es historia.

El párrafo citado, que acusa un rigor expositivo difícil de igualar, contiene la aceptación de una de las tesis más peliagudas y controvertidas de Ortega, aquella de que el *hombre no tiene naturaleza, sino historia*. Creemos que se trata de una paráfrasis crítica, rica en precisiones, de la doctrina formulada por Ortega en *Historia como Sistema*. Allí se dice del hombre que es "ese peregrino del ser, ese sustancial emigrante", a quien no tiene sentido poner límites en lo que es capaz de ser, porque esa "ilimitación de sus posibilidades" es propia de quien "no tiene una naturaleza".

Esta extraña esencia intramundana que es el hombre, inmerso en la *res gestae* que es su historia "al encontrarse con que existe, al acontecerle existir, lo único que encuentra o le acontece es no tener más remedio que hacer algo para no dejar de existir". "Pero el hombre no sólo tiene que hacerse a sí mismo, sino que lo más grave que tiene que hacer es determinar *lo que* va a ser". Lo que resuelve hacer es el programa vital o *yo* de cada hombre, *"el cual ha elegido entre diversas posibilidades de ser que en cada instante se abren ante él"*.

Es imposible desentenderse de la similitud de ambas concepciones, nada adjetivas, desde luego, y cuyo enorme contexto, inundatorio, es radicalmente determinante.

Por todo esto decíamos al principio de este comentario que en el libro de Xavier Zubiri no está borrada la huella de Ortega, sino sólo su nombre. Ni aún atendiendo a la reserva que merece a Zubiri la eventualidad de las notas adventicias del hombre, estableciendo la necesidad de que el suceso sea social para tener el carácter de histórico, puede computarse una diferencia con la concepción anterior de Ortega, quien también limita las posibilidades del hombre como *res historica, res eventualis*, o *res gestae*.

"En cada instante se abren ante él posibilidades limitadas —ya veremos por qué límites—". "En esa ilimitación principal de sus posibilidades, propia de quien no tiene una naturaleza, sólo hay una línea fija, preestablecida y dada, que pueda orientarnos, sólo hay un límite: el pasado". Las posibilidades pasan al acto por aceptación o aprobación del hombre, según Zubiri; por elección y decisión, según Ortega, que incluye un inexorable evitar: "el hombre evita ser lo que fue".

A los sesenta y cinco años, Xavier Zubiri da al público el testimonio de su amplio saber filosófico y científico en una pieza intelectual difícil y suculenta, admirablemente trabada hasta el límite mismo en que la realidad descompone toda teoría. Su capacidad de análisis es abrumadora. En la historia de la filosofía española, *Sobre la Esencia* constituye una recuperación del pasado aristotélico-escolástico volcada en la actual concepción del mundo y de la vida, factores que al no acoplarse con facilidad provocan, a lo largo del libro, una noble batalla todavía sin solución visible.

Después de un largo silencio Zubiri se ha decidido a decir su decir. Las esperanzas que, entre tanto, se incubaron, tanto en España como fuera de ella, habrán sido satisfechas en la medida en que el esperanzado es capaz de recrearse con un pensamiento severo, expresado sin concesiones. No se comprenden, sin embargo, los ditirambos tropicales ni el aldeanismo pintoresco, que se suscitaron en torno a la aparición de su libro, en un país que en el transcurso de este siglo ha gozado estrenos de importancia sobrenacional como *El Sentimiento Trágico de la Vida* o la deslumbrante sucesión de títulos que componen la sinfonía de las *Obras Completas* de Ortega. Tanto el pensador vasco como el madrileño hicieron su obra en un clima parcialmente agresivo. Padecieron en vida las intrigas del poderoso sector tradicionalista, que esperaba de la bomba zubiriana la razón que le faltaba para recuperar

lo irrecuperable. Hemos visto cómo *Sobre la Esencia* reitera en lo fundamental, con originalidad que nadie puede discutir, las concepciones del filósofo de *la razón vital*. Arriesgando un poco diremos que Julián Marías —discípulo de Ortega— escribió su comentario a las *Meditaciones del Quijote*, que editó la Universidad de Puerto Rico, teniendo presente los cursos del maestro Zubiri, previendo los olvidos que padecería la doctrina de Ortega en publicaciones como *Sobre la Esencia*, y en las mentes predispuestas o comprometidas por la oscura intriga. Ahora Zuburi tendrá que aguantarse que se le llame con malicia, acompañada de cierta bellaquería, discípulo de don Juan Zaragüeta; o que en el Nº 2 de la resucitada *Revista de Occidente* el mismo Marías, en un notable ensayo, recomiende "evitar la actitud del *parvenu* de la ciencia, para el cual el hombre de hace unos años —o, en todo caso, de hace unos pocos siglos— no 'sabía' lo que es el cuerpo o lo que es el agua o lo que es el fuego o, en general, lo que es el mundo. En algún sentido claro está no lo sabía; pero tampoco nosotros, y por eso seguimos preguntándonos; y en otro sentido lo sabía tan inmediata y eficazmente como podemos saberlo lo hombres de nuestro tiempo o de cualquier otro; en cuanto le era efectiva *realidad* vital. Y afinando más, apoyado en un texto de Ortega: "hay que entender que el *mismo* mundo que es sensible es inteligible, porque la percepción humana es interpretativa y la interpretación perceptiva". El carácter expresivo de la realidad *vida*, se explica según Marías por esencial clausura de ésta en su corporeidad. La palabra clausura va entrecomillada, como una referencia al uso capital que de ella hace Zubiri en *Sobre la Esencia* para explicar la realidad. Queriendo o sin quererlo, el intelecto español ha sido permeable al ideario orteguiano, lo ha filtrado hasta la médula. A esta singular presión osmótica de las ideas no ha podido escapar Zubiri, a pesar de los poderosos resguardos que le prestan su universal saber y las bases graníticas de su creencia.

El trasiego subterráneo de ideas entre filósofos de una misma lengua que vamos anotando, terminará por cristalizar en una escuela filosófica de dimensión nacional, que será una variante, identificable con claridad, entre el intenso pulular de doctrinas que pretenden precisar la situación en que se encuentra el hombre actual. Tiene gran importancia, a nuestro juicio, el hecho de que se esté filosofando originalmente en lengua española. Se acostumbra a leer filosofía, a acudir a todos los filósofos más aventajados, corriendo el peligro de no acabar de leerlos bien. Hay el hábito gustoso del deslumbramiento continuo que se experimenta saltando de nombre en nombre y de libro en libro. Esta forma de captación de ideas remata en erudición, y, a lo más, en la posibilidad de ensayar un cotejo refinado de antecedentes y de ideas. Por su vertiente más estéril, este juego intelectual se empecina en detectar plagios y cuquerías. No se necesita ser un águila para caer en la cuenta de ciertos paralelismos y coincidencias. Vistas desde fuera, todas las casas tienen techo, puertas, ventanas y vidrios; pero, lo que pasa dentro de ellas es de una diversidad ilimitada: la vida da en cada caso, y dentro de un formal parentesco, pulsaciones distintas. Hay que preguntarse: ¿a qué nos conduce comprobar que una idea de Kant reaparece idéntica en Husserl? La filosofía ha tratado siempre los mismos problemas, aunque de un modo distinto. A este modo distinto Ortega lo llama *nivel*.

Husserl dice que cuando la frase es verdadera, la cosa nombrada devuelve la imagen que de ella pretendemos; si la frase no es verdadera, la percepción de la cosa no calzará con nuestra pretensión. Se trata de la importancia capital del lenguaje: "La intención no será llenada por la intuición del objeto"; no habrá, por tanto *impleción* o complicación. Heidegger se apoya en lo anterior cuando escribe en *Ser y Tiempo*: "La pregunta que interroga por el ser pide, por lo que respecta

a aquello a que se pregunta, que se gane y se asegure por anticipado la recta forma de acceso a los entes". Aquí tenemos a Heidegger aprovechando una idea de su maestro para su propio pensamiento. Nadie puede inventar toda la filosofía de nuevo.

Si invertimos el orden, y en lugar de disipar nuestra atención entre muchos pensadores nos concretamos a unos pocos, bien elegidos y que sean filósofos de verdad, necesitaremos de la erudición pero no como un juego brillante y difuso. Un diálogo de Platón no será, entonces, un monumento que se puede visitar como las pirámides egipcias, sino un surtidor de problemas vivos, tan actuales como los que nos proponen los maestros contemporáneos desde otra situación vital.

Abordada ésta desde diferentes ángulos por la actual filosofía, ha resultado un conjunto numeroso de vastas concepciones que, más que discrepancias, tienen parecidos profundos, condición impuesta por la situación que las provoca. La imposibilidad de dominar cabalmente todas las posturas, aconseja elegir una, la que queramos; pero no podemos elegir la situación desde la que decidimos la elección. Previamente tenemos la filosofía como hecho social, y también el lenguaje, otro hecho social, en que se nos ofrece la doctrina de un pensador. Los problemas radicales de la filosofía están complicados por la situación ineludible de la vida del filósofo, quien consigue la plenitud de su expresión en la lengua materna, y en el medio que acuna su personal historia intelectual. Se ha considerado utópico entender fielmente el pensamiento del prójimo, por manar del secreto que es toda vida. Mucho más improbable resulta, en consecuencia, la captación de teorías trasvasadas de otros idiomas, maduradas en modos de pensar procedentes de una tradición colectiva desconocida.

Necesitábamos filósofos que pensaran en la lengua de Castilla. En lo que va de siglo, España ha dado dos: Ortega y Zubiri.

Alfonso M. Escudero, O. S. A.: Pedro Antonio González

Profesor de Literatura Hispanoamericana de la Universidad Católica de Santiago

NOTAS PARA SU BIOGRAFIA

PEDRO ANTONIO González nació en Coipué, lugarejo por entonces del departamento de Curepto, en la provincia de Talca. Hoy la mayor parte de él pertenece al departamento de Constitución, provincia de Maule. Separa allí ambas provincias el estero Huenchullamí, que va por el fondo del valle. Al norte del estero quedan unas casas que llaman Pupilla o Pupillas[1].

Coipué, sobre todo en el lado sur, o sea, en la ladera donde nació González, no es una agrupación de casas, sino un valle donde cada propietario tiene su casa. La del poeta era por entonces la mejor de Coipué. Y todavía conserva restos de su relativo señorío.

A unas tres cuadras de distancia se divisa otra casa de cierta vistosidad. Es la que perteneció a la familia de fray Pedro Armengol Valenzuela, tío materno de Pedro Antonio. Hoy es de Atilano Araya Valenzuela, poseedor —dicen— de papeles de fray Armengol.

El padre del poeta, don José María González, era un pequeño propietario (unas cuarenta cuadras entre plan y lomajes) y se casó dos veces: la primera vez, con doña Petronila Valenzuela. Ambos eran oriundos de Coipué.

Tuvieron tres hijos:

Emperatriz,

Teodosio y

Pedro Antonio.

La madre murió es fama que un año después de abandonar Pedro Antonio el hogar.

Don José María se casó por segunda vez, ahora con doña Felisa Fuenzalida, y tuvieron cinco hijos:

Clorinda,

Gonzalo,

Lastenia,

Ester y

Clementina.

(Detallo los matrimonios y los hijos de don José María, porque con ello se modifican los datos que circulaban hasta ahora).

Lastenia González Fuenzalida casó con Casimiro Abel Gutiérrez, y este cuñado del poeta ha ido poco a poco recomprando las propiedades que el suegro había ido vendiendo a medida que aumentaban los hijos.

[1]Parece increíble; pero todavía hay quienes hacen de Nirivilo la cuna de Pedro Antonio González. Es demasiado confundirlo con Jorge González Bastías. Entre Nirivilo y Coipué hay unos 32 kilómetros en línea recta. Y, además, *Coipué* no se escribe *Coihueco*...

Clementina —Tina—, la menor, solía guardar los ornamentos que usaba el cura que alguna vez iba a decir misa en Coipué. Y la custodia de esas pretendidas alhajas, y quién sabe si también su fama de bonita, fueron las causas de que la asaltaran, la robaran, la vejaran y la asesinaran, hará unos diez años.

Ester es, de los hermanos del poeta, la única que sobrevive. Reside en Talca, casada con Evaristo Saavedra, en la 11 Sur entre 10 y 11 Oriente.

Pedro Antonio asistió a la escuela pública de Gualleco, supongo que porque en aquellos años no la habría en Coipué. ¿Pasaba en Gualleco la semana entera? ¿Dejaba en Gualleco el caballo en que se trasladaba?

Hizo versos desde niño.

Su tío fray Pedro Armengol Valenzuela Poblete, hermano de su madre, y que más tarde iba a ser durante 31 años superior general de los mercedarios (1880-1911) y su verdadero restaurador, y que moriría como arzobispo *in partibus* de Gangra, en el curso de 1877 regresó del Ecuador y fue nombrado comendador del convento de Valparaíso. No sabemos si en 1877 o más bien en las vacaciones de enero-febrero de 1878, surgió la idea de que el sobrino poeta se fuera con el tío sacerdote, a estudiar.

En Valparaíso, Pedro Antonio debió de ser alumno del Liceo fiscal, o quizá recibiría clases privadas de su tío y de algún otro sacerdote y daría exámenes en el Liceo, cuyo rector era amigo de fray Pedro Armengol: don Eduardo de la Barra.

(Cuando, hace algún tiempo, quise ver los archivos del Liceo porteño, se me repondió que se habían quemado, y que investigara en la Universidad de Chile).

El 30 de enero de 1880 el P. Pedro Armengol Valenzuela fue elegido superior general de la Orden de la Merced, y tuvo que partir hacia Roma. Se embarcó el 26 de marzo.

Pero, antes, trasladó al sobrino a Santiago, al Colegio Salvador, que en el barrio Recoleta dirigía su comprovinciano y creo que pariente don Juan José Rojas Carreño (de Pencahue) y donde entre otros hacían clases el sabio sacerdote don Juan Escobar Palma —de la familia de la madre del primer Presidente Alessandri— y el muy inteligente bohemio don Enrique Oportus.

En 1881, Pedro Antonio dirigía la Academia literaria de su colegio.

Sus estudios secundarios los terminó en 1883. Ya bachiller, entró a suceder a Escobar —que se había trasladado a Quillota—, y vivió en un cuarto del mismo colegio. Además, cursó algunos ramos de Leyes.

He leído por ahí que, como el sobrino iba saliendo radical, que para aquellos tiempos era una cosa tremenda, su tío fray Pedro Armengol le habría cortado las ayudas económicas.

Una afirmación tal envuelve un total desconocimiento de lo que es un eclesiástico regular. Un mercedario, un agustino, un franciscano, un dominico, carecen de cosas propias. Y no pueden dar lo que no tienen.

De todos modos, el desvío del sobrino en materias religiosas ha de haber influido en el tío, pero de otro modo, no como se suele decir: había que defender a los niños y jóvenes de los peligros de orden ideológico; había que fundar colegios católicos, como lo acababan de hacer los agustinos en la esquina de Alameda con calle Colegio (hoy Almirante Barroso). Y así se entiende mejor la fundación del Colegio de San Pedro Nolasco, que comienza a funcionar en 1886.

Por otra parte, en lugar de las presuntas ayudas económicas del tío, Pedro Antonio ya comienza a disponer de otros recursos.

Le ha tomado gusto a la docencia. Y fuera del Colegio Salvador, enseñaba (o iba a enseñar) en el Liceo Santa Catalina (barrio Recoleta);

en el Liceo Rafael Valentín Valdivieso;

en el de doña Isabel Le Brun de Pinochet (calle Nataniel);

y sobre todo en el Colegio Santa Teresa, de doña Antonia Tarragó, "misiá Antuquita" para las alumnas.

Ramos que tenía a su cargo o que dominaba:

Gramática castellana,

Literatura,

Historia literaria,

Filosofía,

y las diversas etapas en que por aquellos tiempos se subdividía entre nosotros la Historia: de los pueblos orientales, griega, romana, medieval, moderna, de América y Chile.

Margarita Sotta, admiradora de González, un día se los llevó a él y a Fidel Pinochet Le Brun, más que como a pensionistas, como a hijos de familia, a su casa, de allá por Huérfanos abajo (1886). Horacio Contador Sotta, que acaba de morir, pero que en ese tiempo era un niño, le preparaba los cigarrillos a Pedro Antonio.

¿Cuánto tiempo permaneció el poeta en casa de Margarita? No lo sabemos, pero allá por 1892, siendo rector don Juan N. Espejo Varas, y seguramente en compensación de algunas horas más o menos fantásticas de inspectorado, ocupó una piececita del Instituto Nacional. Y parece que allí continúa hasta el matrimonio. Desde luego, el del Instituto es en 1893 y 1895 el local que da en unos avisos de *pasos* de gramática castellana, literatura y filosofía; y en julio de 1895 figura como presidente honorario de la Academia literaria del establecimiento.

Mientras tanto, desde 1893 escribe en *La Vanguardia*, donde aparece por primera vez *El proscrito*, y desde 1894 en *La Ley*. Y en 1895, gracias a la generosidad de don Luis Arrieta Cañas, logra la publicación de su primer libro: *Ritmos*, por lo demás, el único que alcanzó a ver.

Margarita Sotta tenía una hija, Emma Rosa Contador Sotta, personita de cuatro años cuando González fue a residir a su casa, más tarde alumna del poeta en el colegio de la señora Le Brun, y que, a medida que se transformaba en mujer, iba revelándose bonita.

El poeta no fue insensible a las gracias de Emma, a quien el 26 de setiembre de 1895 hace en *La Ley* objeto de unos versos titulados *Natalicio* (a la señorita E. R. C.).

¿Cuántos años cumplía la niña ese día?

Natalicio dice que quince, pero al año siguiente (1896) la partida de matrimonio nos revela que tiene catorce. Por lo tanto, los 15 de *Natalicio* eran sólo 13.

En marzo de 1896, *Sombra* nos documenta que la simpatía del poeta por Emma se ha convertido en un "amor sin esperanza".

Mientras tanto, Margarita ve con horror cómo recrudece una vieja enfermedad y la acerca a la muerte. Cuando se convence de que ya no le será posible seguir viviendo, se le ocurre que la mejor manera de que su hija no quede desamparada es que acepte el cariño que le demuestra el poeta y se case con él. Y al poeta le arranca una promesa análoga.

Muere Margarita.

Emma vacila. Y por fin se resigna. Y el 13 de octubre de 1896, se une en matrimonio civil con Pedro Antonio González.

Testigos: Marcial Cabrera Guerra y Eduardo Grez Padilla[2].

A pesar de los versos de *Natalicio*, la niña tiene 14 años. A falta del padre y de la madre, ya difuntos, da su consentimiento una abuela.

Fue en primavera, pero también era día martes y 13...

La ceremonia religiosa, aplazada para el día siguiente, no se realizó nunca, dicen que debido a las ideas acatólicas de González, pero yo creo que ante todo por otra razón.

González había arrendado en la avenida Rosario un cuartucho de propiedad de un empleado de la Casa de Orates, a la cual daba por dentro. Allí dejó a Emma la tarde que ella se resignó a seguirlo, y ya no regresó hasta las 3 de la mañana, borracho.

Y aquí es donde los biógrafos quedan perplejos. ¿Locura, vicio de la borrachera, inconsciencia? No.

Pedro Antonio González había llegado a ser, según testimonio del poeta Max Jara trasmitido por su yerno el profesor universitario don Antonio Doddis, tal vez a los pocos meses de vivir en casa de los Contador, amante de Margarita.

Y el campesino hidalgo que había en el fondo de su alma, le gritaba desde lo profundo que la convivencia con la hija de Margarita era... por lo menos una cochinada más grande que otras.

Por eso mismo se negó a que su matrimonio fuera bendecido por un sacerdote. Habría sido amarrarse demasiado.

Era todo un problema.

Por un lado, el atractivo de la muchacha bonita que él había visto crecer; por otro, la repugnancia por el contacto con la hija de su ex amante.

Y, además, la imposibilidad de explicar a Emma la raíz de sus fugas.

Solución: la bebida hasta la embriaguez.

Maltratada, en la vecindad y a la vista de los locos, Emma intentó suicidarse.

Los escasos muebles fueron a parar a una agencia.

Hasta que, saturada de malos ratos y de pena, Emma huyó para no volver.

Un tío, bodeguero en los FF. CC., la recogió.

El juez compromisario de las particiones de la madre, autorizó a la hija para comprar muebles hasta por $ 1.000 y le entregó 500 más.

Emma se contrató como acróbata en el circo Holmer Delmauro, recorrió pueblos y llegó al Perú.

Más tarde, perdida la esbeltez, tuvo un hotelucho que le clausuraron.

En 1919, en su artículo sobre *La mujer de Pedro Antonio González*, Antonio Orrego Barros hablaba todavía de ella como habitadora de un conventillo miserable. (Aunque aquí podríamos preguntarnos hasta dónde se puede dar fe a esos recuerdos de don Antonio, tan fantásticos).

Pedro Antonio González continúa viviendo, modestísimamente, en el mismo barrio Recoleta: en la calle Olivos, en la calle Manzano, y finalmente, en una pobre casita de la calle Salas 288, en la Vega de hoy.

En el certamen Varela de 1897, formó parte del jurado de la sección poesía, en compañía de don Guillermo Matta y el malogrado don Antonio Subercaseaux Pérez, quienes se decidieron por Pedro Nolasco Préndez, Antonio Bórquez Solar y Diego Dublé Urrutia.

[2]Santiago, oficina Moneda. Número de la inscripción: 177. Y fecha: 13 de octubre de 1896.

En setiembre de 1903, Pedro Antonio González fue a parar al hospital de San Vicente, sala San Carlos.

Se repuso. Pero un descuido le produjo una recaída de que ya no volvió.

La hermana Clarisa lo había aislado entre dos biombos.

En cierta ocasión, el doctor Edwin Reed (entonces estudiante) le puso una inyección de agua que lo alivió mucho.

Murió el 3 de octubre de 1903.

Radical con excesiva frecuencia tronituante, afiliado a un progresismo ingenuo muy "formidable siglo XIX", quedan del poeta muy pocos versos confidenciales.

"Apaga a los demás (poetas chilenos) como el bronce a las cuerdas", ha dicho Alone, a quien pertenece también la observación de que tenía "una facilidad patológica" para el ritmo y la rima. Por algo su libro se llamó *Ritmos*.

Generalmente su verso es sonoro, rotundo, vehemente, a veces retumbante, estruendoso, solemne, oratorio, como del que habla así para ocultar cierta debilidad interna.

Marcial Cabrera Guerra, *Guerrette*, lo vinculó primero a *La Vanguardia*, y luego al grupo de *La Ley*, en que Palazuelos reunió a Cabrera, González, Bórquez Solar, Dublé, Ramón Liborio Carvallo, etc.

Otro gran amigo suyo: Oportus.

González tenía cultura extensa en literatura, historia, gramática, filosofía; y sabía bastante latín y algo de griego (probablemente aprendidos de su tío Pedro Armengol, en Valparaíso).

Había leído con provecho a Espronceda, Núñez de Arce, Víctor Hugo, Olegario Víctor Andrade, Guillermo Matta, Salvador Díaz Mirón (entre los amigos de Pedro Antonio alcanzó a ser bastante conocido Díaz Mirón, de quien en 1903 Domingo Urzúa Cruzat publicó la primera edición chilena).

Se perdieron sus *Bíblicas*, y es lástima.

Y es que González era un descuidado. Sin la paciencia fiel y modesta de Carlos Madariaga, *El proscrito* también se habría perdido.

En aquellos años, todos lo siguieron en Chile y fueron sus discípulos y admiradores, sobre todo las muchachas.

Naturalmente, como todos, fue hombre de su tiempo. Por lo tanto, creció ahumado de romanticismo; pero concurrió con algunos aportes a la renovación modernista:

Riqueza de recursos métricos, imágenes vivas, afición a la lima.

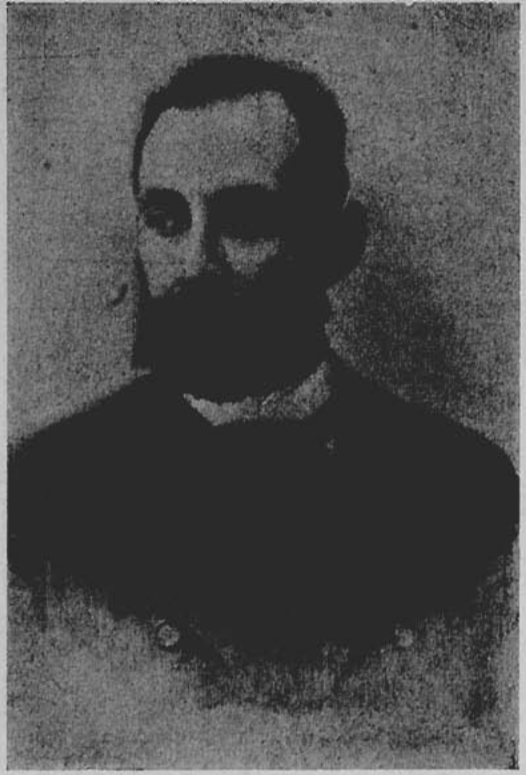
De todos modos, alcanza mayores alturas cuando se despoja de los aderezos retóricos y de escuelas y se confiesa frente a su vela o cree oír "las recónditas voces de otra esfera". (Por lo demás, este desbordar el marco modernista es, en Chile, de todos los que por uno u otro motivo podríamos llamar poetas modernistas: P. A. González, Vicuña Cifuentes, Bórquez Solar, Contreras, Dublé, Magallanes Moure, Pezoa Véliz, González Bastías, Contardo, Mondaca, por no hablar de Prado, Gabriela y la gente más joven).

Materialista, González habla, sin embargo, con fervor de la existencia de Dios y del alma.

Era enemigo de pedir favores.

Retraído, algo huraño, sin embargo, es falso que no frecuentara círculos. Desde luego, dirigió la Academia literaria de su Colegio Salvador; fue socio fundador del círculo Miguel Luis Amunátegui, y en 1889 lo presidía; en julio de 1895 aparece como presidente honorario de la Academia Literaria del Instituto Nacional; fue

1. Parte del valle de Coipué. 2. Parte de la casa donde nació y se crió Pedro Antonio González. Hoy pertenece a su cuñado Casimiro Abel Gutiérrez, en primer plano en la foto. 3. La casa, vista desde atrás. 4. El poeta Diego Dublé Urrutia tomó al poeta Pedro Antonio González este apunte en su lecho mortuorio.



PEDRO A. GONZÁLEZ

RITMOS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73
1895

1. Pedro Antonio González a los 36 años, en 1899. 2. Portada interior de *Ritmos*, 1895.

jurado del certamen Varela de 1897; y frecuentó la tertulia de doña Rita Aguilera de la Maza, y otras, como la de doña Albina Molina Lavín, en Compañía 3111.

Era de estatura mediana, blanco, de cabello y barba negros.

No se separaba del bastón.

Vestía modestamente, de negro.

Hablaba ronco y marcado.

Don Aniceto Almeyda Arroyo me agrega que tenía una manera arrastrada de recitar.

Escéptico, era un atormentado ansioso de ternura como cualquier hombre.

Solía vagar en la noche, insomne, o pasarla frente a un vaso de vino, fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Su problema frente a Emma Rosa hizo de él por algún tiempo un borracho.

Pero se trata de borracheras que se han exagerado por pintoresquismo y d'halmarismo y que en todo caso corresponden a un período breve.

Cité antes al poeta Max Jara. El padre de Max Jara, o sea, don José Tomás Jara González, era primo de Pedro Antonio y muy amigo suyo. Y solía afirmar que a Pedro Antonio le gustaba beber, pero que no era un borracho. Y recordaba que una vez ambos primos salieron a comprar vino. Volvían ya con él, cuando el poeta exclama:

—¡Qué te parece, José Tomás: nosotros, personas cultas, preocupadas del trago!

Y, en plena calle, botó el contenido del chuico.

Fuera del de don José Tomás Jara, ahora puedo agregar otro testimonio: el de doña Matilde Insulza, alumna que González sentaba en primera fila, que tenía que tratarlo con frecuencia y que informa que nunca le encontró olor a *curado*.

Matilde Insulza había estudiado antes en el Sagrado Corazón de Talca, donde había sido testigo de la brillantez de Juanita Quindos.

Sus profesoras de Castellano habían sido la madre Betancourt (que todavía vive), la madre Armas y la madre María Boza.

Una vez que su tío Francisco Solano Insulza, agustino, examinó a la sobrina, le dijo a su hermano Guillermo que a la niña había que darle una profesión.

El padre Solano era en Santiago confesor de doña Antonia Tarragó, hija de don Carlos Tarragó (antiguo oficial talavera), y de doña Carmen González, ambos españoles. "Misiá Antuquita" dirigía el Liceo Santa Teresa, que había comenzado en Moneda 1470, en una propiedad de don Emiliano Figueroa Larraín, y que ahora funcionaba en Compañía 2115, frente a la plaza Brasil, en una casa perteneciente a don Francisco Garcés Gana (la calle Maturana en aquel tiempo no llegaba por el sur sino hasta Compañía).

De vuelta de un descanso en Catillo, el verano de 1901 misiá Antuquita se detuvo en Duao (Talca) y continuó viaje con la niña que le encomendaban, la cual llegó a Santiago en febrero y trató al poeta desde el primer día, durante casi tres años, porque por aquel tiempo Pedro Antonio González se puede decir que durante el día vivía en el Colegio de doña Antonia.

Al incorporarse Matilde al Santa Teresa, el poeta la examinó y se admiró de que supiera más gramática castellana que las alumnas "viejas". Por eso la sentó siempre en el primer asiento.

El verano que acaba de pasar, me detuve en Talca y pedí a Matilde ampliación autógrafa de unos recuerdos tomados en entrevistas y aparecidos hace algún tiempo en *El Diario Ilustrado*.

Días después, el 25 de febrero, me entregaron un cuaderno donde Matilde escribía:

"Lo que recuerdo de Pedro A. González.

Conocí a González en febrero de 1901.

En esa época mi familia me envió a Santiago para que terminara mi educación, completándola, si era posible, con el título de bachiller en humanidades. Fui como interna al "Liceo Santa Teresa", regentado por la distinguida y talentosa dama doña Antonia Tarragó González.

Pedro Antonio era profesor en varias asignaturas y amigo íntimo de la familia Tarragó, en cuya casa comía casi diariamente. Esta circunstancia me permitió conocerlo el mismo día que llegué a Santiago y después continué viéndolo y aprovechando sus enseñanzas durante casi tres años. Fue mi profesor de gramática castellana, de literatura, de historia literaria, de filosofía, de historia griega, romana y de la edad media.

Este contacto diario en que me ponían con González las clases que hacía en el colegio, ha dejado huellas perennes en mí. La complejidad de la personalidad del maestro por una parte y por otra mis pocos años y mi ninguna experiencia de la vida, hacen que lo que yo diga respecto a él no tenga más mérito que la sinceridad de mi relato.

Cuando lo conocí, no me llamó la atención. Físicamente, no se hacía notar. Además, sufría de estrabismo a los ojos, era de estatura mediana y delgado de cuerpo. Hablaba poco y era taciturno; siempre parecía preocupado. Sólo cuando el tema de la conversación tenía relación con alguna de sus especialidades, tomaba parte en la conversación. Era más bien huraño. Yo nunca lo vi reír con entusiasmo; cuando más, sonreía.

Vestía muy modestamente y siempre de negro, hasta la corbata. Llevaba diariamente su bastón y siempre estaba fumando.

Cuando la señora Tarragó veía que González no fumaba, mandaba a comprar cigarrillos y me ordenaba que los colocara al lado de González en el comedor.

Donde se podía estar más cerca de la personalidad del gran profesor que era este hombre extraordinario, era asistiendo a sus clases. Ahí se mostraba en su elemento, manifestando su vasta cultura, su facilidad de expresión y otra cualidad que yo ahora considero impagable en un maestro: el arte, digamos, de condensar ideas más o menos abstractas en frases breves y tan gráficas que resultaban inolvidables. Citaré algunos ejemplos: en historia antigua manifestaba gran predilección por los griegos; pero los dividía en dos grupos con caracteres bien diferentes: atenienses: artistas, filósofos, poetas; y espartanos: guerreros, duros, más prácticos que imaginativos.

Un día en clase de literatura alguien manifestó que no entendía la definición de ritmo que daba el texto que estudiábamos. Inmediatamente González contestó: "Ritmo es la armonía puesta en movimiento".

Con la definición de alma, en sicología, también tenían dificultades las alumnas más perezosas o las menos inteligentes del curso. El cortó la dificultad, diciendo: "Alma es el principio que en nosotros piensa, siente y quiere".

Para mi modo de ver, estas definiciones eran tan claras y precisas, que, al cabo de sesenta años, aún las recuerdo.

Como profesor tenía sus defectillos. No era muy puntual en las horas de llegada a clases y le costaba someterse a la rutina de firmar los libros de clases, de pasar lista de asistencia, de obedecer a la campanilla para terminar las clases.

Además, no era muy paciente. Se molestaba cuando, por no atender a la explicación del tema, alguien se quedaba sin entender; pero nunca trataba a nadie en forma descomedida. En vez de eso, mandaba salir de clase a la desatenta. Si se le

decía que alguna no comprendió lo tratado y él vio que estaba atenta, la llamaba adelante y le enseñaba de nuevo.

No soportaba ver llorar a las niñas, y las más desaplicadas se aprovechaban de esta debilidad para simular llanto cuando no habían querido estudiar las lecciones.

Siempre estaba tratando de corregir nuestros defectos de locución. Un día, en clase de literatura, estudiábamos el soneto. El texto daba como ejemplo un "Soneto a Lucinda", que en una de sus partes dice así:

Con un suspiro a la ocasión tardía
tendió la mano y, no pudiendo asillo,
dijo (y de las mejillas amarillo
tornó el clavel que entre su nieve ardía):...

González, queriendo sin duda comprobar cómo habíamos comprendido lo de las licencias literarias, interrogó a una de las mejores alumnas sobre el significado de la palabra *asillo* y por qué la escribieron en esa forma. La interrogada dijo que estaba mal escrita en el libro. Preguntó a otra, a quien consideraba más capaz, y ésta, que era muy impulsiva, contestó:

—*Asillo* quiere decir *asirlo*, tomarlo, y se escribió en esa forma "pa que pegue con *pajarillo*"...

Toda la predilección que mostraba el maestro por la autora de tal desaguisado, se derrumbó, y la increpó indignado:

—¿Cómo es posible que mi mejor alumna se exprese como un vulgar patán?

En la clase de gramática castellana estábamos analizando un trozo de *La oración por todos*. Antes de terminar la clase, González preguntó quién era D. Andrés Bello. La misma autora de la desgraciada respuesta anterior, dijo:

—Era un señor que hacía versos.

El maestro le habló bastante golpeado, lamentando que nuestra incultura nos hiciera confundir a uno de los más grandes poetas americanos con el ciego que hace y vende versos en la calle y que ni siquiera recordáramos que Bello era autor del texto de gramática que estudiábamos.

Se ha dicho de González era incrédulo. Si esto es verdad, era el incrédulo más caballeroso y respetuoso de las creencias ajenas. El sabía que, cuál más, cuál menos, todas sus alumnas éramos católicas; pero jamás tocó el tema religioso.

Sus clases de filosofía eran maravillosas. La existencia de Dios, el alma, la libertad del alma, etc., eran temas que trataba en forma sublime. Hasta las muchachitas más distraídas e insustanciales atendían en la clase, porque nuestras mentes quedaban prendidas por el hechizo y la profundidad de sus conceptos.

He oído decir que González abusaba del consumo del licor. Como ya le manifesté, yo lo veía y oía diariamente y nunca noté en él nada que me pudiera hacer creer que había bebido más de lo preciso.

A pesar de su apatía, solía manifestar curiosidad por nuestras pueriles conversaciones. Como era silencioso, un día que llegó un poco atrasado a clase, no lo sentimos entrar y nos sorprendió formando un bullicioso corro. Cuando nos fuimos a sentar, él, dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿De qué hablaban tan entusiasmadas?

Yo no tuve tiempo de pensar la respuesta y dije la verdad:

—Hablaban de amor.

Me miró como extrañado, y dijo:

—¿Usted también?

—Yo no, porque no tengo ninguna experiencia.

—Ojalá tarde mucho en tenerla. Es un conocimiento que trae más lágrimas que sonrisas.

En cuanto a su vida privada, era poco lo que sabíamos: que vivía en una pieza que arrendaba en el barrio Recoleta, calle Olivos, cerca del manicomio; que estaba separado de su esposa, doña Emma Rosa Contador Sotta, una persona joven, más o menos buena moza, a quien veíamos a menudo, porque venía al colegio casi diariamente a buscar a una prima suya llamada Victoria Bravo Contador.

Al salir de clase, González pasaba por el lado de su esposa sin ni mirarla.

Un día, una de las alumnas escribió en el pizarrón la primera estrofa de una poesía que González dedicó a Emma cuando ella cumplió quince años. Cuando él entró y miró el pizarrón, me dijo:

—¡Borre esta tontería!

Todos los años se celebraba en el colegio el día de la patrona, santa Teresa. Se organizaba un acto literario-musical al que concurrían amigos del establecimiento, exalumnas, padres y apoderados de las alumnas. Un año, no sé si por voluntad de González o a ruego de la señora Tarragó, el poeta le dedicó una poesía a santa Teresa, que fue declamada en la fiesta por la aventajada alumna Uberlinda Campos Gutiérrez.

El haber dedicado una poesía alabando a una santa, le valió a González, que tenía fama de incrédulo, una caricatura y unos versos satíricos que se publicaron en una revista de ese tiempo[3].

La caricatura lo representaba con hábito de franciscano, llevando en una mano la pluma de escribir y sosteniendo con la otra el volumen de sus *Ritmos*. Los versos decían, en parte:

Converso y contrito, por mal de sus males
aquí se presenta fray Pedro A. González...
de fraile ermitaño que fuma, aunque reza
y entona versículos a santa Teresa.

En el invierno de 1903, empezó el maestro a llegar tarde o a no llegar a clases. En setiembre, ya no vino más, y la señora Tarragó, que lo estimaba mucho, empezó a preocuparse por él. Un día supimos que fue a verlo y a su regreso nos comunicó que vendría otro profesor a suplir a González, porque él tendría que hospitalizarse a causa de una lesión cardíaca descuidada. Ya no lo vimos más. Se hospitalizó en la sala común en el hospital de San Vicente de Paúl.

A reemplazarlo vino un íntimo amigo y maestro suyo: Enrique Oportus, tan talentoso tal vez como él y que continuó con éxito las clases de filosofía.

Casi diariamente teníamos noticias del poeta, ya fuera por Oportus o por la señora Tarragó. Los dos traían sus saludos; pero no buenas noticias de su mejoría.

Para continuar las clases de literatura que hacía González, vino Isaías Gamboa, poeta colombiano, joven e inteligente, que estaba en Chile desterrado por asuntos políticos. Las que fuimos alumnas de González le hablábamos continuamente de él, le recitábamos sus poesías y le rogábamos que fuera a verlo. Gamboa no lo conocía; pero un día, de los últimos que vivió González, llegó a visitarlo al hospital, y fruto de esta triste visita es la bellísima poesía de Gamboa titulada *En la sala común*.

[3]Los versos satíricos citados por Matilde sobre "Fr. Pedro A. González poeta lírico y fu... místico", son más largos. Fueron escritos por su amigo Guerrette (Marcial Cabrera Guerra) y aparecieron el 21 de octubre de 1900 en *Santiago Cómico* y los reprodujo *Pluma* y *Lápiz* el 1º de noviembre de 1903. La caricatura está firmada por *Mi-Do*, o sea, Domiciano Pérez C.

Nuestras mentes juveniles, que casi inconscientemente admiraban el talento de González, se impresionaron también con la simpatía y la tierna suavidad del temperamento tropical de Gamboa, y en los ratos libres se hacían continuas comparaciones.

Un día, no recuerdo a quién se le ocurrió preguntar a Oportus su opinión sobre los dos, y la respuesta de Oportus fue:

—No cabe comparación entre ellos, son muy diferentes. González es, en sus versos, el águila caudal que se remonta sobre las nubes, y Gamboa es la blanca paloma que arrulla en el alero de nuestras casas.

Y después..., la triste noticia..., González se fue solo e incomprendido como había vivido".

En cierto pasaje del apunte que se acaba de leer, Matilde Insulza dice que ella nunca vio reír con entusiasmo a González. Antonio Bórquez Solar sí que lo vio. Fue así:

"Yo, que me vanaglorio de haberle conocido bien; de haber hecho, durante seis años. vida casi común, declaro que no pocas veces le vi reírse ruidosamente, hasta apretarse la cintura, con la más amplia jovialidad.

A este propósito recuerdo que en una discusión que tenía con Enrique Oportus, el único que podía competir con él en sabiduría, estuvo a punto de desmayarse de risa, porque reía a gritos. Discutían sobre las *causas finales*. Se acaloraban por momentos. Hablaban recio. Oportus, que golpeaba el suelo con el bastón para reforzar sus argumentos, diciéndole a su contrincante: —Esa no es *causa final;* la *causa final* es ésta —toma su cigarro y se lo lleva a la boca, inadvertidamente, por la parte encendida, quemándose los labios y chamuscándose el bigote.

Imagínense ustedes la escena. Así concluyó aquella memorable discusión" (*Remembranzas*, ZZ, 9-IX-1911).

Y aquí cierro yo, por ahora, estas notas sobre Pedro Antonio González.

Otro día, a lo mejor, recurro más a sus versos. Por el momento, creo haber dejado en claro que Pedro Antonio González no era de origen tan humilde como se venía diciendo; ni tan huraño; ni tan aficionado a la bebida; y que, en cambio, tenía una cultura no común y un espíritu más recto de lo que la leyenda da a entender[4].

[4]Comencé mis investigaciones sobre Pedro Antonio González hace unos diez años. Conversando un día con el P. Miguel Ríos, mercedario, y teniendo presentes las circunstancias biográficas del P. Pedro Armengol Valenzuela, llegamos a la conclusión de que la ciudad a donde fray Pedro Armengol trasplantó desde Coipué a su sobrino, no fue Santiago sino Valparaíso. Y desde luego no podía ser a San Pedro Nolasco, porque en 1877 ó 1878 faltaban todavía varios años para que el colegio fuera fundado.

Más tarde, en vista de algunas incongruencias, aprendí a desconfiar de los recuerdos del muy ameno Antonio Orrego Barros sobre Emma Contador y hasta de ciertos pasajes del estudio de Armando Donoso.

En la primavera de 1962, don Antonio Doddis me comunicó, en ese su tono del que no les da importancia a las cosas que dice, la causa profunda de la actitud del poeta frente a Emma.

El verano recién pasado, sostuve en Talca varias conversaciones con doña Matilde Insulza, que a los 75 ó 76 años conserva una lucidez que ya quisieran muchos más jóvenes y que a los pocos días me mandó autógrafo el hermoso apunte reproducido en este artículo.

Mes y medio después, en un jeep del convento agustino de Talca y sirviéndome de chofer el superior, P. Germán von Martens, hice un viaje relámpago por Pencahue, Libún, Batuco, Gualleco y Coipué; y conversé largamente con don Casimiro Abel Gutiérrez, cuñado del poeta, y con otras personas. Además, tomé algunas fotografías.

BIBLIOGRAFIA

Ediciones, inserción de poesías, referencias y otras fuentes de consulta por orden cronológico.

Prescindo de trabajos no impresos y omito la mención de *La pluma blanca*, porque a González apenas lo roza.

Marco con asterisco los números que desconocía o desdeñó el *Boletín del Instituto de Literatura Chilena* y algunos en que introduzco correcciones o modificaciones de importancia.

Abreviaciones y siglas

At = *Atenea*, revista de la Universidad de Concepción, pero publicada en Santiago.
AUCh = *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago.
BILCh = *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*, Santiago.
BAs = Buenos Aires.
DIl = *El Diario Ilustrado*, Santiago.
EZZ = Empresa Editora Zig-Zag, Santiago.
L = *La Ley*, Santiago.
M = *El Mercurio*, Santiago.
N = Editorial Nascimento, Santiago.
Nac = *La Nación*, Santiago.
PlyL = *Pluma y Lápiz*, revista, Santiago.
RCom = *La Revista Cómica*, Santiago.
S = Santiago de Chile.
UNot = *Las Ultimas Noticias*, Santiago.
V = *La Vanguardia*, Santiago.
ZZ = Revista *Zig-Zag*.

[1]*Al mar*, en *La Tribuna*, S., Nº 31, 30-VII-1888, y V., 27-IX-93.

[2]Leonardo Eliz: *Musas chilenas*. Siluetas líricas y biográficas sobre los más distinguidos poetas nacionales, S., 1889, pp. 277-79.

[3]*Meditación*, en V., 7-IX-1893.

[4]*A la mujer*, en V., 11-X-1893.

[5]*El proscrito*, en V., 13, 16, 18, 27 y 30 de octubre, y 3, 8, 10, 13 y 17 de noviembre de 1893; y el fragmento segundo en L., 10-VI-1896.

[6]*El último canto*, en V., 6-XI-1893.

[7]*Derecho y fuerza*, en V., 13-XI-1893.

Hablé luego con don Aniceto Almeyda Arroyo, que conoció a González y sabe tantas cosas del Santiago que se va; y con dos exalumnas más del poeta: doña Etelvina Poblete Manterola y doña Uberlinda Campos Gutiérrez, a quien con un —Trate de no descender en el concepto que de usted me he formado— estimuló de una vez por todas. (Entre paréntesis, doña Uberlinda ha sido recitadora y alentó los comienzos de su sobrina María Maluenda, pero me advierte que no fue ella la que en 1900 dijo los versos de González a Santa Teresa).

El 11 de julio, después de varias búsquedas infructuosas, di con la partida de matrimonio civil de Pedro Antonio y Emma, que rectifica varios puntos, y desde luego la fecha.

Por fin, el Nº 4-5 del *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*, de fecha de julio de 1963, pero aparecido ya corrida parte de agosto, me ha ayudado en una serie de detalles.

[9]*La Tierra*, en V., 24-XI-1893.

[9]*El humus*, en V., 29-XI-1893.

[10]*El album*, en V., 1-XII-1893.

[11]*A la noche*, en V., 11-XII-1893.

[12]*A través de la Historia*, en V., 13-XII-1893.

[13]*Un libro*, en L., 22-VII-1894.

[14]*Estival*, en L., 15-VIII-1894.

[15]*Hetairica*, en L., 26-VIII-1894.

[16]*Triunfal*, en L., 16-IX-1894.

[17]*Mi Musa*, en L., 23-IX-1894.

[18]*Caleidoscopio*, en L., 30-IX-1894.

[19]*Manuel Antonio Matta*, en L., 4-XI-1894.

[20]*El monje*, fragmentos I, II, III y IV, en L., 1-I-1895.

[21]Antonio Bórquez Solar: *Un poeta*, en L., 1-I-1895.

[22]*Alba*, en L., 27-I-1895.

[23]*Siquis*, en L., 10-II-1895.

[24]*La Esfinge y el Genio*. Prosa poética, L., 12-II-1895, y BILCh, N.os 4-5, julio de 1963.

[25]*A Cuba*, en L., 14-IV-1895.

[26]*Odisea*, en L., 10-VI-1895.

[27]*Arte*, en L., 23-VII-1895.

[28]*Réquiem*, en L., 11-VIII-1895.

[29]*Byron*, en L., 18-IX-1895.

[30]*Natalicio*. A la señorita E. R. C., en L., 26-IX-1895.

[31]Efraín Vásquez Guarda (Antón Perulero): *Batiburrillo*, en RCom., Nº 9, 5ª semana de setiembre de 1895. —Alude especialmente a *Natalicio*.

[32]*A Pasteur*, en L., 24-XI-1895.

[33]*A la juventud radical*, en L., 10-XII-1895.

[34]*Lucrecia Borgia*, en L., 15-XII-1895.

[35]*Ritmos*, imprenta Cervantes, S., 1895, 190 pp.

[36]Efraín Vásquez Guarda (Antón Perulero): *Batiburrillo*, en RCom., Nº 21, 4ª semana de diciembre de 1895. —Comentarios sobre *Ritmos*.

[37]Valentín Letelier: *Carta al poeta don Pedro A. González*, en L., 5-I-1896.

[38]*Acuarela*, en RCom., Nº 25, 3ª semana de enero de 1896, p. 194.

[39]Luis Orrego Luco (Spectator): *Ritmos*, en L., 18-I-1896.

[40]Juan Eduardo Moreno: *Ritmos*, en L., 20-I-1896.

[41]Dibujo de González por Luis Fernando Rojas. Portada de *La Revista Cómica*, Nº 28, 2ª semana de febrero de 1896.

[42]Alejandro Parra Mege: *Ritmos*, en L., 23-II-1896.

[43]*José Martí*, en L., 26-II-1896.

[44]*Sombra*, en RCom., Sº 33, 4ª semana de marzo de 1896, pp. 250-52.—Firmado: *Ciprés*.

[44a]*21 de Mayo de 1879*, en L., 21-V-1896.

[45]Fragmento II de *El proscrito*, en L., 10-VI-1896.

[46]*Almanaque Sud-Americano de Buenos Aires para 1897*, dirigido por Casimiro Prieto y Valdés, BAs., 1896. —Incluye fragmentos de *El proscrito* y retrato tomado al poeta en 1886, fuera del art. siguiente:

[47]Marcial Cabrera Guerra: *Pedro Antonio González, poeta chileno autor de Ritmos.*—Reproducido en L, 15-XI-1896.

[48]*Juan Gonzalo Matta*, en L., 24-I-1897.

[49]Eduardo de la Barra: *Estudios de rítmica moderna: versos dobles, versos triples*, imprenta Cervantes, S., 1897, pp. 10-11 (estudio publicado, además, en AUCh., marzo de 1897).

[50]*A Domingo Urzúa Cruzat*, en L., 26-III-1897.

[51]*Occidentales*, en L., 30-VI y 31-VI de 1897.

•[52]Pedro Pablo Figueroa: *Diccionario biográfico de Chile*, t. II, cuarta edición, 1897, pp. 56-57.

[53]*Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, dirigida por Daniel y Carlos Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit y José Enrique Rodó, Montevideo, 1895-97, 3 vols. —De González: *Hablaba el viento*, v. III, pp. 166-67.

•[54]*Antología americana*, Barcelona, Montaner y Simón, 1897; pp. 160-61: *A Pasteur*.

•[55]*Almanaque de la Imprenta Barcelona para 1899*, S., 1898; pp. 102-105: *Pentálogo*.

[56]*La belleza*. Ensayo, en L., 19-III-1899.

[57]*Santa Teresa de Jesús*, en *Santiago Cómico*, Nº 3, 21-X-1900 (reproducción autógrafa).

[58]Caricatura por Mi-Do (Domiciano Pérez C.). Portada de *Santiago Cómico*, Nº 3, 21-X-1900. Acompañan el dibujo unos pareados de Marcial Cabrera Guerra (Guerrette), titulados *Fr. Pedro A. González, poeta lírico y fu... místico*. Todo ello reproducido en PlyL., Nº 148, 1-XI-1903.

[59]*El monje*, fragmentos, en *Santiago Cómico*, 4 y 11 de noviembre de 1900.

[60]Caricatura de Santiago Pulgar. Portada de *Instantáneas de Luz y Sombra*, S., Nº 55, 7-IV-1901.

[61]Augusto G. Thomson: *Los 21. Estudios sobre artistas. Pedro A. González*, en *Instantáneas de Luz y Sombra*, Nº 55, 7-IV-1901. —Reproducido, lo mismo que la caricatura anterior, en DIl., 17-VI-1962. Omitido en la edición definitiva de *Los 21* (1948).

[62]*Poetas chilenos:* Pedro A. González, Samuel A. Lillo, Ricardo Fernández Montalva, Antonio Bórquez Solar, Miguel Luis Rocuant, Biblioteca Económica de Domingo Urzúa Cruzat, S., 1902. —González, pp. 3-12: *El álbum, Lucrecia Borgia, A Pasteur*.

[63]Isaías Gamboa: *En la sala común*, poema escrito el 29-IX-1903, declamado por su autor en el Ateneo y reproducido en *Pro-Cultura*, S., noviembre de 1908, en M., 2-VI-1918, y en las *Poesías* de Gamboa, edición de Julio Molina Núñez, S., N., 1929, pp. 155-59.

[64]D. D.: *Pedro Antonio González. Su muerte*, en M., 4-X-1903. —Supongo que D. D. corresponden a Diego Dublé Urrutia.

•[65]*La muerte del poeta González*, en L., 4-X-1903.

•[66]*Fallecimiento del poeta González. Sus funerales*, en L., 4-X-1903.

[67]Carlos Varas Montero (Mont-Calm): *Recuerdos de un poeta*, en UNot., 5-X-1903.

•[68]A.: *Funerales del poeta González*, en UNot., 5-X-1903.

•[69]Samuel A. Lillo: *Discurso* (a nombre del Ateneo), en UNot., 5-X-1903.

•[70]Róbinson Bascur Rubio: *Discurso* (a nombre de la Asamblea Radical de Santiago), en UNot., 5-X-1903.

•[71]Diego Dublé Urrutia: *Discurso*, en UNot., 5-X-1903.

•[72]Ramón Liborio Carvallo: *Discurso* (a nombre de *La Ley*), en UNot., 5-X-1903; y L., 6-X-1903.

•[73]Marcial Cabrera Guerra: (versos) *Y hemos llegado al término del viaje*, en UNot., 5-x-1903; PlyL, Nº 148, 1-xi-1903; y Manuel Ugarte, 1906 (ver Nº 95 de esta bibliografía).

[74]Mascarilla: *A través de Santiago*, en UNot., 6-x-1903 (parte del artículo).

[75]*Los funerales del poeta González*, en L., 6-x-1903.

•[76]*Antonio Bórquez Solar:* Discurso, en L., 6-x-1903.

[77]H(onorio) H(enríquez P(érez): *Pedro A. González*, en DIl., 7-x-1903.

[78]Víctor Domingo Silva: *Pedro A. González*, en *Chile Moderno*, Valparaíso, octubre de 1903; y PlyL., 20 y 27-xii-1903.

•[79]Marcial Cabrera Guerra: *Pedro Antonio González*, en PlyL., Nº 147, 11-x-1903.

•[80]Víctor Domingo Silva (John Pencil): *Desde el Puerto*, PlyL., Nº 147, 11-x-1903.

[81]Homenaje de *Pluma y Lápiz* a Pedro A. González. Es el Nº 148, 1-xi-1903. —La portada (donde se lee *149* en vez de 148) trae un dibujo del poeta hecho por Galvarino Lee a base de la fotografía de 1886. Enriquecen el homenaje:

•[82]Tres poesías inéditas: *Asteroide* 39 (en fotocopia), *La Trinitaria* y *La mujer*.

•[83]Reproducción autógrafa de cartas del poeta a Cabrera Guerra el 26 de diciembre de 1895 y al Dr. Benjamín González Lagos días antes de morir;

•[84]Diversas ilustraciones fotográficas: la casa de la calle Salas 238, la fachada del hospital de San Vicente, retrato del poeta en 1899, su hermano Teodosio, su primo Max Jara, parte del público que despidió sus restos frente a la Escuela de Medicina, etc.;

[85]El poeta en su lecho mortuorio, diseño a lápiz, por Diego Dublé Urrutia;

[86]Bajorrelieve del poeta, por Alejandro Rodríguez;

•[87]Marcial Cabrera Guerra: *En memoria* (reproducción en La Serena, en 1913, Nº 114);

•[88]Antonio Orrego Barros: *Pedro A. González* (reproducido en 1913 en La Serena, Nº 114);

[89]Francisco Contreras V.: *El homenaje del misterio. Ultima visita a Pedro A. González;*

•[90]Matilde Brandau G.: *In memoriam*, reproducido en 1913 en La Serena (ver Nº 114); y

•[91]Colaboraciones líricas de Víctor Domingo Silva *(Merlín en el bosque)*, Miguel Luis Rocuant, Marcos A. Puelma F., César J. Muñoz Llosa (autógrafo), Luis Rojas Sotomayor, V. Marín B. y Abelardo Hidalgo A.

[92]*Poesías*, S., Guillermo E. Miranda, 1905, 333 pp.

[93]Luis Galdames: *Nuestro poeta González*, en *Panthesis*, S., Nº 5, 1-viii-1905, pp. 100-03.

[94]*El proscrito*, S., 1906, 92 pp.

[95]Manuel Ugarte: *La joven literatura hispanoamericana*. Antología de prosistas y poetas, París, Colin, 1906. Tercera edición, 1915. Pp. 138-139: *La mujer*.

[96]Francisco Contreras: *Pedro Antonio González*, en *Nuevo Mercurio*, París, 1908. Reproducción en BILCh., N.os 4-5, julio de 1963.

[97]*Pro-Cultura*, revista, S., dirigida por Rafael Ossandón y González, Nº 11, noviembre de 1908. Trae varios *Asteroides* (algunos no lo son) y *La mujer;* fuera de:

[98]Guillermo Muñoz Medina: *A la memoria de Pedro Antonio González*, pp. 7-10.

[99]Julián de Alcázar: *Pedro Antonio González;* y

[100]Ramón Angel Jara: *Funeraria*, versos.

[101]Miguel Luis Rocuant: *Los líricos y los épicos. Pedro Antonio González*, en *Selecta*, S., Nº 4, julio de 1909, pp. 119-21. Reproducción en *Los líricos y los épicos*, poesía chilena, Madrid, Rivadeneyra, 1921, pp. 47-76.

[103]*Biblioteca Internacional de Obras Famosas*, t. XXII (1910). Pp. 10876-83: *El monje.*

[103]Armando Donoso: *Parnaso chileno*, Barcelona, Maucci, 1910, pp. 108-22: *Dantesca, Las ondinas, Tú, La Trinitaria.*

[104]Antonio Bórquez Solar: *Remembranzas*, en ZZ., 9-IX-1911.

[106]Armando Donoso: *Al margen de los libros*, en PlyL., Nº 1, 19-VII-1912.

[106]Pedro E. Gil: *San Carlos 639 (Recuerdos de la vieja "Pluma y Lápiz")*, en PlyL., Nº 4, 1912, p. 23.

[107]Armando Donoso: *Pedro Antonio González* (fragmento de un estudio), en *Pacífico Magazine*, S., octubre de 1913, pp. 465-74.

•[108]*Pedro Antonio González*, en DII., 2-X-1913. —Anónimo, pero casi seguramente de Armando Donoso.

•[109]H.: *A la memoria del poeta*, en DII., 2-X-1913. —Esa H debe corresponder a Honorio Henríquez Pérez.

•[110]*El gran poeta*, retrato por Ceballos O'Ryan, en S., 2-X-1913.

[111]Ernesto Montenegro: *Pedro Antonio González*, en M., 3-X-1913.

[112]. . .*Un llamado a los herederos de Pedro Antonio González*, en M., 12-X-1913.

[113]Rodolfo Polanco Casanova: *Una ojeada crítica sobre la poesía en Chile*, S., 1913, pp. 15-22. Es tirada aparte de AUCH., 1913, y trabajo premiado en 1912.

[114]*Poesías del malogrado y eminente poeta chileno Pedro A. González*, La Serena (Chile), imprenta El Porvenir, 1913, 98 págs. Fuera de las poesías, recoge los trabajos de los N.os 87 (de Cabrera Guerra), 90 (de M. Brandau) y 88 (Orrego Barros); y además un poema de Rolando Pérez Bollo: *A Pedro Antonio González.*

[115]Fernando García Oldini: *Pedro Antonio González*, en *La Unión*, S., 12-I-1914.

[116]Emilio Vaïsse (Omer Emeth): *¿Pedro A. González, plagiario?*, en M., 11-X-1915.

[117]Carlos Varas Montero (Mont-Calm): *Memorias de ayer. El poeta Pedro Antonio González*, en UNot., 7-X-1916.

[118]Román Meléndez Catalán: *Pedro Antonio González*, en *Corre Vuela*, S., Nº 471, 3-I-1917.

•[119]*La Lira Ilustrada*, S., 18-II-1917. Se reproduce *Excelsior.*

•[120]*Revista Chilena*, S., año I, Nº 1, abril de 1917. Pp. 96-97: *Occidentales.*

[121]Julio Molina Núñez (y Juan Agustín Araya): *Selva lírica*, estudios sobre poetas chilenos, S., Universo, 1917. (Se terminó de imprimir en abril). De González: *Lucrecia Borgia, A Pasteur, El álbum, El pacto, Mi vela, Roxana y Estatira, Hetairica, El proscrito* (parte), *Las Ondinas, Dantesca, Asteroides* (algunos no lo son), pp. 1-23.

•[122]*Peequeña antología de poetas chilenos contemporáneos*, S., Los Diez, 1917. Pp. 31-34: *Lucrecia Borgia* y *Mi vela.* La prepararon Ernesto A. Guzmán y Alberto Ried. Armando Donoso le antepuso una introducción (ver Memoria de Leonor Cormatches Díaz-Muñoz sobre Prado, Universidad Católica de Chile, 1956).

[123]*Poesías*, con introducción y notas de Armando Donoso, S., Editorial Chilena. —Primer esfuerzo serio en reconstituir la vida del poeta. Segunda edición, 1918. Tercera, 1922. Cuarta, 1927. Las últimas, de Nascimento.

[124]Ricardo Dávila Silva (Leo Par): *Pedro A. González*, en Nac., 1º-X-1917. Reproducido en *Obras completas*, I, S., 1956, pp. 322-30.

•[125]Emilio Vaïsse (Omer Emeth): *Pedro Antonio González: Poesías*, en M., 8-X-1917.

[126]Antonio Orrego Barros: *Recuerdos literarios. Cosas viejas. Pedro Antonio González Isaías Gamboa. Cenáculos literarios. Diego Dublé Urrutia,* en M., 2-VI-1918.

[127]Eliodoro Astorquiza: *Pedro Antonio González,* en DII., 9-IX-1918.

[128]Nicolás Peña Munizaga: *Crónica literaria (Pedro Antonio González),* en *Revista Chilena,* S., noviembre de 1918, pp. 265-72.

[129]Antonio Orrego Barros: *La mujer de Pedro Antonio González,* suplemento literario de M., 25-V-1919.

•[130]Julio Cejador y Frauca: *Historia de la lengua y literatura española,* t. X, Madrid, 1919, pp. 66 y 68-71.

•[131]Pedro N. Cruz: *Nuestra literatura a principios del siglo* XX. *Los poetas,* en DII., 29-III-1920, y *Estudios sobre literatura chilena,* t. III, N., S., 1940, pp. 295-315.

•[132]Domingo Amunátegui Solar: *Bosquejo histórico de la literatura chilena,* S., 1920, pp. 653-58. La obra apareció primero en la *Revista Chilena de Historia y Geografía.* Lo referente a González en el tercer trimestre de 1920, pp. 53-58.

[133]*In Poet Lore,* 1921, XXXII, p. 406: *The candle (Mi vela),* traducción de Willis Knapp Jones.

[134]R. Arratia: *El poeta chileno Pedro Antonio González,* en *La Prensa,* New York, 7-IV-1921.

[135]Armando Donoso: *Nuestros poetas, antología,* N., S., [1924]. Pp. 21-40: *Lucrecia Borgia, Hetairica, Mi vela, Tú, La Trinitaria, Roxana y Estatira, Dantesca, París y Elena.*

[136]Pedro César Dominici: *Tronos vacantes,* librería La Facultad, BAs., 1924, pp. 213-24.

[137]Antonio Bórquez Solar: *Bizarrías de antaño,* en At., 31-V-1926, pp. 280-89.

[138]Eduardo Solar Correa: *Poetas de Hispanoamérica,* imprenta Cervantes, S., 1926. Nota crítica y *Mi vela,* pp. 129 y 259.

[139]Ricardo A. Latcham: *Al margen de libros y autores... Poesías de Pedro Antonio González,* en *Revista Católica,* S., Nº 612, 1927, p. 569.

[140]J. Porras Castillo: *El príncipe de los poetas chilenos,* en *Actualidad Escolar,* BAs., octubre de 1928, p. 9.

[141]Víctor Domingo Silva: *Toque de diana...* Antología patriótica, S., 1928. Pp. 137-148: *A los héroes de la Independencia Nacional, A la mujer, Patria.*

•[142]Virgilio Figueroa: *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile,* t. III, S., 1929, pp. 357-58.

•[143]Julio Molina Núñez: Nota a *En la sala común,* de Gamboa, en *Poesías,* N., 1929, p. 159.

[144]Emilio Rodríguez Mendoza: *Pedro Antonio González, el poeta,* en *Como si fuera ahora,* S., N., 1929, pp. 121-25.

[145]Julio Vicuña Cifuentes: *Estudios de métrica castellana,* S., N., 1929, pp. 226-27.

[146]Tomás Gatica Martínez: *Ensayos sobre literatura hispanoamericana,* I., S., 1930, pp. 38-41.

[147]Samuel A. Lillo: *Literatura chilena,* quinta edición, S., N., 1930, pp. 100-06.

[148]Rubén Azócar: *La poesía chilena moderna.* Antología, S., 1931. Pp. 39-43: *Mi vela, Roxana y Estatira, Lucrecia Borgia, Asteroide 25.*

•[149]Roberto Meza Fuentes: *Panorama de la literatura chilena durante el siglo* XX, *por Alone.,* en M., 26-VI-1932. —Trata principalmente de González.

[150]Eduardo Solar Correa: *Escritores de Chile,* t. II, 1932, pp. 224-27: *Asteroide 35, Asteroide 39.*

[151]Henry Alfrad Holmes: Spanish America in Song and Story, New York, Holt, 1932. De González: *Mi vela.*

[152]Raúl Silva Castro: *Retratos literarios*, S., Ercilla, 1932, pp. 11-22.

•[153]Adeodato García Valenzuela: *Estudiantes, poetas y médicos*, S., 1933 (folleto).

[154]Federico de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, Hernardo, 1934. Pp. 118-119: *Mi vela.* —Reimpresión: New York, Las Americas Publishing Company, 1961.

[155]Domingo Amunátegui Solar: *Las letras chilenas*, 2ª edición, S., N., 1934, pp. 215-17.

•[156]Januario Espinosa: *Una charla con Antonio Bórquez Solar*, en *Revista del Pacífico*, S., 5-x-1935.

[157]Francisco Galano: *Antología poética. Los grandes poetas*, EZZ., S. Pp. 185-94: *El monje.*

•[158]Roberto Meza Fuentes: *Pequeña antología lírica, 31: Pedro Antonio González*, en UNot., 4-II-1939. —Incluye: *Hetairica, Mi vela, Caleidoscopio, El álbum, Lucrecia Borgia, Asteroides 17, 35 y 39.*

[159]Yolando Pino Saavedra: *Antología de poetas chilenos del siglo* XX. S. Pp. 3-13: *El álbum, Hetairica, Roxana y Estatira, Paris y Elena, Mi vela, Asteroides 25 y 39.*

•[160]Norberto Pinilla: *Conversando sobre Pedro Antonio González*, en *Boletín del Instituto Nacional*, Nº 8, 1940.

•[161]- - *Pedro Antonio González*, en revista *En Viaje*, S., junio de 1941.

[162]Mariano Latorre: *La literatura de Chile*, BAs., 1941, pp. 164-65.

[163]Carlos Poblete: *Exposición de la poesía chilena desde sus orígenes hasta 1941*, BAs., 1941. Pp. 55-58: *Alba, Occidentales, Mi vela, Asteroides 13 y 39.*

[164]Domingo Melfi Demarco (Alfa): *Bórquez Solar y el poeta González*, en At., Nº 226, abril de 1941, pp. 15-31. Reproducido en *Viaje literario*, S., N., 1945, pp. 32-45.

•[165]Ernesto Morales: *Antología de poetas americanos*, Rueda, BAs., 1941. Pp. 574-75: *Asteroide 39* y *Mi vela.* Hay edición mexicana de 1956.

[166]Carlos René Correa: *Poetas chilenos*, S., 1944. Pp. 41-44: *Mi vela, Asteroide 39, Roxana y Estatira.*

•[167]Roque Esteban Scarpa: *Lecturas chilenas*, EZZ., 1944. Pp. 95-97: *Mi vela* y comienzo de *Occidentales.*

[168]Leopoldo Panero: *Antología de la poesía hispanoamericana desde sus comienzos hasta Rubén Darío*, t. I, Madrid, 1944. Pp. 144-15: *Mi vela.*

[169]Julio A. Leguizamón: *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, BAs., 1945, p. 291.

[170]Oreste Plath: *Luciérnaga*, versos de poetas chilenos seleccionados para niños, S., N. 1946. Pp. 74-75: *Hogar*, I.

[171]Luis Enrique Délano: *El laurel sobre la lira*, S., 1946, 332 pp. (Novela muy... novelesca sobre P. A. González).

[172]Samuel A. Lillo: *Espejo del pasado*, S., N., 1947, pp. 307-09.

•[173]Matilde A. Insunza A.: *Recuerdos de Pedro A. González*, en DII., 16-x-1949. —Apuntes de entrevista superados en el texto que Matilde Insulza me trasmitió el febrero pasado.

[174]Juan Donoso: *Cartas de amor y muerte de un poeta*, en DII., 29-x-1950.

[175]Jorge Campos: *Antología Hispano-Americana*, Madrid, 1950. P. 347: *Mi vela.*

[176]*Antología Caballo de Fuego. La poesía en el siglo veinte en América y España*, BAs., 1952. P. 174: *Asteroide 29.*

[177]Hugo Arriagada Oliva: *El poeta Pedro Antonio González*, carta, en Nac., 17-VII-1953.

[178]Joaquín Edwards Bello: *Más sobre el poeta Pedro Antonio González*, en Nac., 18-VII-1953.

[179]Edmundo Concha: *Pedro Antonio González, poeta precursor*, en UNot., 3-X-1953.

[180] (Entrevista a Matías Rafide), en UNot., 7-X-1953.

[181]Ernesto Montenegro: *La máscara heroica de Pedro Antonio González*, en M., 11-X-1953.

[182]Víctor Domingo Silva: *Pedro Antonio González*, en Nac., 23-XI-1953.

[183]*El proscrito*, frag. VI en *Boletín del Instituto Nacional*, S., Nº 47, noviembre de 1953. Reproducción autógrafa de los primeros versos del manuscrito del poema que se conserva en la biblioteca del Instituto.

[184]Roberto Meza Fuentes: *Pedro Antonio González. En el cincuentenario de su muerte*, en *Boletín del Instituto Nacional*, Nº 47, noviembre de 1953.

[185]Hugo Lea Plaza: *Evocación de Pedro Antonio González*, en M., 27-XII-1953.

[186]*El monje y otros poemas*, S., 1953, 63 pp., ed. de Carlos Poblete.

[187]Hernán Díaz Arrieta (Alone): *Historia personal de la literatura chilena*, S., EZZ., 1954, pp. 246-47. —La 2ª edición es de 1962.

[188]Max Henríquez Ureña: *Breve historia del modernismo*, México, FCEc., 1954, pp. 349. En la 2ª edición, ibidem, 1962, pp. 353-55.

[189]María Romero: *Poesía universal*, 2ª edición, S., EZZ., 1954. Pp. 226-36: *El monje*.

[190]Francisco Dussuel: *Historia de la literatura chilena*, S., 1954, pp. 149-51.

[191]Ernesto Livacic Gazzano (y Alejo Roa Bleck): *Literatura chilena*, S., 1955. Pp. 49, 50 y 220: *Mi vela* y comienzo de *Occidentales*.

[192]Hugo Montes (y Julio Orlandini): *Historia y antología de la literatura chilena*, S., 1955. Pp. 142-43: *Asteroide 39*.

[193]Carlos Poblete: *Los mejores poetas de Chile*, colección Numen, segunda edición, S., 1955. Pp. 7-8: *Mi vela* y *Asteroides 13* y *39* (por errata, dice *89*).

[194]Edmundo Concha: *Pedro Antonio González, poeta precursor*, en At., Nº 371, julio-agosto de 1956.

[195]Arturo Torres Rioseco: *Breve historia de la literatura chilena*, México, De Andrea, 1956, pp. 82-83.

[196]Eduardo Ogaz: *Pedro Antonio González*, en Nac., 26-I-1958.

[197]Antonio de Undurraga: *Atlas de la poesía chilena*, S., N., 1958. Pp. 23-25. *Asteroides 29*, 36 y 39.

[198]Raúl Silva Castro: *Diccionario de literatura latinoamericana, Chile*. Washington, Unión Panamericana, 1958, pp. 82-84.

[199]Julio Caillet-Bois: *Antología de la poesía hispanoamericana*, Madrid, Aguilar, 1958. Pp. 774-75: *Mi vela, Asteroides 13 y 39*.

[200]Víctor Vial V.: *La vida trágica y torturada de Pedro Antonio González*, en revista *En Viaje*, S, n. 304, febrero de 1959, y Nac., 20-III-60.

[201]Matías Rafide: *Literatura chilena*, S., 1959, pp. 78-79.

[202]Francisco Dussuel: *Literatura chilena*, S., I., 1959. Pp. 297-300.

[203]Luis Merino Reyes: *Panorama de la literatura chilena*, Washington, Unión Panamericana, 1959, pp. 11-22.

[204]Raúl Silva Castro: *Antología general de la poesía chilena*, S., EZZ., 1959. Pp. 256-70: *Las perlas y las uvas, Al mar, Confidencias, Lucrecia Borgia, Triunfal, Festival, A la Luna, A ti, Asteroide 39, Hiemal.*

[205]Mario Rodríguez Fernández: *La poesía modernista chilena*, en AUCh., n. 119, tercer trimestre de 1960, pp. 263-77. Reproducido en *Estudios de lengua y literatura como Humanidades*. Homenaje a Juan Uribe Echevarría, S., pp. 58-72.

[206]Hugo Montes (y Julio Orlandini): *Antología de la literatura chilena* (siglos XVI a XIX), S., Pacífico, 1960. P. 178: *Mi vela.*

[207]Raúl Silva Castro: *Panorama literario de Chile*, S, Editorial Universitaria, 1961, pp. 55-58.

[208]Ginés de Albareda (y Francisco Garfias): *Antología de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1961. Pp. 185-87: frag. de *Occidentales* y *Mi vela.*

[209]Luis Enrique Délano (y Edmundo Palacios): *Antología de la poesía social de Chile*, S. Pp. 23-24: *Derecho y fuerza.*

[210]Manuel Rojas: *Esencias del país chileno*, México, VNAM, 1963. Pp. 27-30: *Confidencias* y *Asteroide* 29.

[211]*Presencia de Pedro Antonio González. En el centenario de su nacimiento*, en ZZ, 17-V-1963, pp. 12-15.

*[211]a) Augusto Iglesias: *Centenario de Pedro Antonio González*, en Nac., 22-V-1963.

[212]Homero Bascuñán: *Pedro A. González, 1863-1963*, en Unot., 25-V-1963. Reproducido en *La Discusión*, Chillán, 27-V-1963.

[213]Luis Merino Reyes: *El poeta Pedro Antonio González*, en Nac., 26-V-1963.

[214]Ricardo Gelcic: *Con Antonio Orrego Barros. Recuerdos de Pedro Antonio González*, en Nac., 26-V-1963.

[215]Milton Rossel: *Obra y perfil de Pedro Antonio González*, en M., 1-VI-1963.

[216]Ernesto Montenegro: *Eduardo de la Barra en la obra de Pedro Antonio González*, en Nac., 7-VII-1963.

[217]Ángel Castillo: *Pedro Antonio González: un poeta que no murió contento*, en *El Siglo*, S., 7-VII-1963.

[218]*Boletín del Instituto de Literatura Chilena*, S., n. 4-5, julio de 1963. Pp. 1-13. Bibliografía, fuentes de consulta, etc. Reproduce del poeta *La Esfinge* y *el Genio*, y un inencontrable estudio de Francisco Contreras (ver n. 96).

*[219]Raúl Silva Castro: *Pedro Antonio González*, en M., 29-IX-1963.

[220]Tobías Vera M.: *Parnaso chileno*, Barcelona, Maucci. Pp. 146-56: *Dantesca, Tú* y *La Trinitaria.* —Apareció después de 1930, no sé cuándo.

Milton Rossel: Pedro Antonio González, Poeta de Transición

Profesor Extraordinario de Composición y Estilo de la Universidad de Chile.

EL 22 de mayo último se han cumplido cien años del nacimiento del poeta Pedro Antonio González y el 3 de octubre se cumplieron sesenta de su muerte. A esta distancia de su vida y del medio en que ella discurrió desaparecen los factores convencionales que impiden la justa dimensión que de su obra literaria se haga ahora.

El tiempo ofrece perspectiva propicia al enfoque de aquellos valores del espíritu que la posteridad recoge como expresión de una época, de una moda o de un ingenio que prende su nombre en el blanco de lo imperecedero. El tiempo elimina todo aquello que en el juicio literario es ajeno a la creación misma; pero sin sacar al escritor del aire que respiró y que hinchó sus ansias vitales, sin prescindir tampoco de los elementos externos que conformaron su personalidad y trascendieron en su arte, con esa correspondencia que existe entre el yo y sus circunstancias, para valernos de la socorrida expresión orteguiana.

Por eso no encerramos al poeta Pedro Antonio González en un fanal, impasible al rumor del mundo en el cual vivió inmerso. La parte de su existencia material ha sido revelada con toda clase de detalles íntimos, hasta caer en la indiscreción y en la anécdota trivial, que, si humana, en nada contribuye a la interpretación y valoración de su obra. Resabios de la crítica histórico-biográfica que se detenía a describir morosamente hechos insignificantes de la existencia de un escritor antes que ahondar en su creación, indagar en las peculiaridades del estilo y descubrir a través de ellas los rasgos esenciales de su idiosincrasia y los recursos de que se sirve para llevar la emoción al lector.

No obstante, repetiremos los hechos más salientes que configuran la biografía de Pedro Antonio González. Procedía de un hogar modesto, nació en un lugar denominado Coipué, en el departamento de Curepto, de la provincia de Talca. Estudió las primeras letras en una escuela pública de esa región. De gran importancia para su destino fue la protección que le dispensó su tío fray Armengol Valenzuela, que llegaría a ser un alto dignatario de la Iglesia Católica. Gracias a este tío, Pedro Antonio González pudo trasladarse a Santiago e iniciar sus estudios de segunda enseñanza en el Colegio de los Padres Mercedarios. Luego los continuó en el Liceo de Valparaíso. Recibido bachiller en Humanidades, ingresa en el Curso de Leyes de la Universidad de Chile, estudios que no terminó.

Tuvo una buena formación humanística, lo cual le permitió dedicarse a la docencia como profesor de gramática, literatura y filosofía en colegios de enseñanza particular. Bien pudieron impulsarlo a ello imperativos económicos o una vocación decidida.

El adolescente, forjado en los principios de la religión católica bajo la tutela de su tío sacerdote pierde de súbito la fe. ¿Influencia de sus amigos incrédulos, de lectura de los enciclopedistas o de propugnadores de un racionalismo barato? No es fácil determinar los motivos que lo llevaron al agnosticismo, si bien no fue tan absoluto co-

mo él solía proclamarlo, pues en muchas de sus poesías discurre soterradamente la presencia de un ser superior e intangible. Lo cierto es que Pedro Antonio González se incorpora en el Partido Radical, que por esos tiempos —segunda mitad del siglo XIX— representaba en Chile lo más avanzado en política por su rotunda programación laica. Mentores de tal posición política eran Pedro León Gallo, Manuel Antonio Matta y Palazuelos, a quienes seguía una pléyade de jóvenes nutridos en el positivismo comtiano y propagandistas fervorosos de los principios de la Revolución francesa. Es ésta una circunstancia ambiental que influyó seguramente en la orientación doctrinaria de Pedro Antonio González y que había de reflejarse en numerosas composiciones de su juventud. Se advierten en ellas esa postura ideológica tan peculiar del clasicismo de cantar a la razón, a la ciencia, al progreso, en versos sonoros, grandilocuentes. Al leerlas ahora percibimos el eco de Quintana y sobre todo el de Núñez de Arce, el de "Gritos del Combate", cuando su vehemencia doctrinaria se torna agresiva frente a los que no participan de sus ideas políticas o filosóficas. Si es fácilmente reconocible la huella de Núñez de Arce, se percibe también una leve reminiscencia de Espronceda cuando los vientos líricos del chileno se estremecen de pasión romántica. En este sentido el riacho neoclásico y el caudal romántico confluyen en una misma actitud entonces universal. No existe, pues, entre el uno y lo otro una escisión tan profunda como que no haya entre clasicismo y romanticismo concomitancias ideológicas. Bien lo ha dicho un estudioso de estos dos fenómenos literarios, Guillermo Díaz-Paja, en las siguientes palabras: "El romanticismo es un fenómeno surgido del movimiento general de las ideas del Setecientos; es la versión estética de la rebelión individualista que preconiza el racionalismo, de la libertad que propugna la Enciclopedia, de la defensa de la pasión que va desde Spinoza a Rousseau". Pensamiento que se sintetiza líricamente en estos versos de Víctor Hugo, escritos en 1854:

"Grâce à toi, progrès saint, la Révolution
vibre aujourd'hui dans l'air, dans la voix, dans le livre".

Versos que repercuten en Hispanoamérica hasta entrado el siglo XX. ¿Y podríamos decir, honradamente, que ellos han perdido actualidad ahora que el progreso científico es tan maravilloso y que no resulta absurda la calificación de Víctor Hugo?

Poesía civil que se identifica con las inquietudes de una época; pero, en el caso de nuestro poeta, estéticamente descalificada por el ripio, la sonajera verbal y el tono estridente y por la ausencia de sentimiento y emoción. Para confirmar nuestro aserto, conozcamos algunas de las composiciones suyas de exaltación doctrinaria. Así, estas estrofas de "A Manuel Antonio Matta":

"La roca secular se bambolea
al recio embate con que el mar la labra.
Es roca el dogma, pero es mar la idea,
y es ola sin riberas la palabra.

La vieja Roma de los odios bravíos,
el nombre de sus dogmas ya caducos
levantó contra ti turbas de esclavos,
levantó contra ti turbas de eunucos.

Te armaste con la cólera del verbo:
te armaste con el rayo del profeta.
Y al fanatismo imbécil y protervo
le arrancaste la hipócrita careta".

Hoy estos versos no entusiasmarían ni al más trasnochado jacobino.

No menos prosaicos y desapacibles son los dedicados a "Un Libro" ("La Filosofía de la Educación", de don Valentín Letelier). Con estas dos estrofas nos bastarán:

"Lo leí. Lo hallé audaz. Lo hallé soberbio.
La idea estalla. La palabra quema.
Es todo vibración. Es todo nervio.
Es doctrina. Es protesta. Es anatema.

Hay algo en él del formidable choque
entre la revolución y el retroceso.
Hay algo en él del formidable toque
de la gran marsellesa del progreso".

Más que poesía son los versos transcritos discurso rimado de gran efecto ante un auditorio de asamblea tumultuaria.

Idéntico acento encontramos en "A Pasteur", y de nuevo el fervor laico se tonifica en "Réquiem" (En la excomunión arzobispal contra el diario *La Ley*). Prescindiendo de todo esteticismo, es oportuno recordar algunas estrofas de esta composición:

"Oh, dogma, duerme en paz. No te sacudas.
No turbes el banquete que en tu arcano,
allá en tu noche de tinieblas mudas,
celebra en tu cadáver el gusano.

¡Duerme en paz! No acontezca que el progreso,
alzando tu cadáver de la escoria,
lo haga comparecer a tu progreso
clavado en el banquillo de la historia".

Muchos otros títulos podríamos citar en los que nuestro poeta aparece como un "comprometido", un escritor al servicio de una determinada idea o doctrina y a la cual tiene que amoldar su palabra, forzado a no salirse de los límites que esa idea o doctrina le impone. Los que hoy censuran a Pablo Neruda por estar encapsulado por el comunismo, se olvidan que Pedro Antonio González fue asimismo un tributario del radicalismo. Compromiso el de ambos que no logran opacar la voz de un auténtico ímpetu creador. Si bien la literatura se nutre de temas eternos, no por eso el escritor debe estar ausente de los problemas de su tiempo y su sensibilidad ha de vibrar con las inquietudes colectivas, condición previa para ello es que en sus versos ponga arte, emoción, poesía. Veremos ahora si Pedro Antonio González cumplía con estas condiciones.

Había, sin duda, en él un poeta entrañado en su alma, un sensitivo en constante tensión lírica, cuyo impulso adquiría autenticidad cada vez que brotaba espontáneo de lo hondo de su ser. Los propios actos de su vivir diario nos retratan al introvertido, resquebrajado por esos males del espíritu que afectan a quienes no se acomodan a la realidad, en permanente beligerancia con ella porque no sienten la urgencia del momento, la necesidad de vencer, el goce del triunfo, reacios al halago, insensibles al aplauso. Artistas de verdad que no reclaman cartel para ser escuchados o leídos, ni menos premios que acucien sus potencias creadoras. Pedro Antonio González estaba forjado en este noble material. De ahí su orgullo, su actitud insoborna-

ble. Si escribió los versos comentados, fueron ellos trasunto de su temperamento rebelde, revolucionario, que por pertenecer entonces al Partido Radical implicaba tal condición.

Fue un inadaptado, un solitario, en constante fuga de sí mismo tras lo bello, tras la euforia que produce el alcohol o tras el placer del amor en su frenesí pleno. Ansias de evadirse, de escapar de la atmósfera sombría por donde ambulaban sus quimeras y ensueños; y si se arrinconaba en una taberna sórdida o en una alcoba tétrica lo hacía empujado por sus propias inclinaciones a fin de encontrar el ambiente adecuado a su temperamento.

Si reconocemos que las palabras que usamos son dictadas por el subconsciente cuando dejamos sueltos al pensamiento o a la imaginación, tenemos que aceptar con los entusiastas de la estilística, como método de investigación literaria, que el adjetivo "lóbrego" identifica al alma de Pedro Antonio González; adjetivo usado por él reiteradamente como una voz interior imposible de acallar. Sin propósitos de hacer estadística, lo hemos encontrado innúmeras veces en el poema "El Monje". Citemos algunos casos: "Que en los cipreses *lóbregos* solloza"; "y los cipreses *lóbregos* se quejan"; "con que el *lóbrego* cierzo de la duda"; "que en su *lóbrego* espíritu trabaron"; "una *lóbrega* celda abandonada". También aparece con frecuencia en el poema "El Proscrito". Así, "reflejando en la *lóbrega* mirada"; "versos que, como *lóbregas* borrascas"; "el *lóbrego* ramaje"; "en el *lóbrego* seno"; "del fondo de la *lóbrega* cabaña"; "en la *lóbrega* noche, a los destellos...", etc.

Lóbrego, o sea, sombrío, triste, melancólico. Y así era la psique del poeta. Este adjetivo nos sirve como clave para adentrar en lo recóndito de su personalidad y explicarnos sus reacciones anímicas a fin de concluir que era por sobre todo un romántico y que en las poesías de este carácter expresó lo íntimo y genuino de su yo. En ellas radica la difusión y popularidad que tuvo, especialmente en la juventud de principios del presente siglo. Si algunas se recuerdan o logran emocionar se debe a que restalla en el ritmo o en la imagen la pasión exaltada o en el tono melancólico se escuchan lamentos por sus quebrantos sentimentales o por sus frustraciones ante la vida y el destino. No faltan los tópicos que caracterizaron al romanticismo: el rayo de luna, el pálido crepúsculo, la compañía del mar al atardecer, la iglesia aldeana, la lóbrega celda, el místico altar, el tema sepulcral, el fúnebre sauce, las tempestades, la seducción por el oriente, la repulsa al burgués, etc.

¿Qué más romántico que la confesión desgarrada de los versos de "Sombra", evocación a Ema, su mujer legítima?:

> "¡EMA! *Perdona que yo a solas llore*
> *cuando tu imagen en silencio evoco.*
> *Perdona que yo te ame, que te adore*
> *con el delirio de un poeta loco.*
>
> *Perdona que te cuente la agonía*
> *de mi existencia que a la tumba avanza,*
> *y turbe tu reposo y tu alegría*
> *con el ¡ay! de mi amor sin esperanza.*
>
> *Perdona que me atreva a confesarte*
> *que no puedo vivir sin comprenderte;*
> *que no puedo vivir sin adorarte;*
> *que no puedo vivir sin poseerte*

Detrás de las fatídicas sonrisas
con que finjo ante ti la paz y el gozo,
allá en mi corazón hecho cenizas
vibra siempre un recóndito sollozo".

Vale la pena conocer estos versos, no por la poesía que de ellos pueda fluir, sino por el desborde primitivo, visceral, casi incontrolado con que grita su desesperación dolorida, indudablemente sincera. ¿No revela acaso "Sombra" un temperamento esencialmente romántico?

Su romanticismo se atempera, se afina, en "El Monje", que tanto conmovió a nuestros padres cuando lo leían en su soledad provinciana. ¿En cuántas adolescentes de hace medio siglo no quedaron grabadas estas estrofas del poema nombrado?:

"Mustia la frente, la cabeza baja;
negro fantasma que la fiebre crea
cadáver medio envuelto en su mortaja
un monje por el claustro se pasea.

Sin conocer placeres ni pesares,
se alejó del hogar siendo muy niño,
y fue a poner al pie de los altares
un corazón más puro que el armiño.

Algún recuerdo de la infancia acaso
rompe tenaz su místico sosiego;
y desata en su espíritu a su paso
huracánicas ráfagas de fuego".

Los temas románticos abundan, con esa gama que va desde la tortura íntima, el desamor, la presencia de la muerte, hasta los inspirados en la naturaleza y en la libertad. Melancolía y pasión, su lirismo tan pronto adquiere el tono menor intimista de la confidencia como la amplitud oratoria de sonora cadencia. Junto a "El Monje" y "El Proscrito", otra de sus composiciones en que el romanticismo se da en amplios registros temáticos y formales, cabe señalar los versos que insertamos a continuación, en que la nota metafísica y elegíaca surge de lo más hondo del alma del poeta al presentir su muerte:

"Siento que mi pupila ya se apaga
bajo una sombra misteriosa y vaga.

Quizá cuando la luna se alce cierta
yo esté ya lejos de la luz que vierta.

Quizá cuando la noche ya se vaya
ni un rastro haya de mí sobre la playa.

Parece que mi espíritu sintiera
las recónditas voces de otra esfera.

No sé quién de este mundo al fin me llama,
de este mundo que no amo y que no me ama".

Igualmente recoletos, quejumbrosos, plenos de sinceridad sin retórica son los versos de "Mi vela", que el tiempo no ha marchitado, pues al leerlos de nuevo sentimos revivir sensaciones de nuestra lejana adolescencia, reanimar sentimientos que parecían definitivamente extinguidos.

Inadaptado y desventurado, Pedro Antonio González traspasó a la poesía su angustia. Si a veces se dejó llevar por la pasión exacerbada y su palabra se trocó en grito, sofrenó, en la mayoría de sus composiciones, los impulsos líricos a fin de no caer en la candoridad, en lo simple, porque no basta el dictado del subconsciente cuando se aspira a transfigurar en arte la emoción recóndita.

Da la impresión de haber tomado conciencia de que sus versos no se ajustaban en muchos casos al ideal de belleza que su formación estética exigía. Ya hemos subrayado algunos ripiosos, vacuos. Y lo que a él le faltó en voluntad para orientar su vida por los caminos señalados por el buen sentido burgués, la tuvo sobradamente para repujar muchos de sus versos y la factura a que aspiraba mediante un vocabulario selecto y numeroso, eufonía en las cláusulas y riqueza en las rimas, logrando así cierta suntuosidad expresiva de buen gusto como reacción contra el academicismo neoclásico y la ampulosidad romántica.

Hay en los medios literarios de Hispanoamérica de fines del siglo XIX un movimiento renovador de la poesía, cuyo menor indiscutible fue Rubén Darío. Aun cuando las raíces de esta tendencia llamada modernismo afincan en el parnasianismo, en el simbolismo, en el romanticismo, excede las singularidades formales que de ella se han dado. El modernismo fue algo más que la ornamentación con palabras insólitas, imágenes rutilantes, estrofas y versos exhumados de la época arcaica o de invención del poeta. Fue, además, un fenómeno literario de síntesis, pues recogió las corrientes que le precedían para llegar a un compendio como manifestación del espíritu hispanoamericano encauzador de las fluencias culturales y artísticas llegadas de todas las latitudes.

Como ha dicho Max Henríquez Ureña cabrían en el modernismo todas las tendencias "con tal que la forma de expresión fuera depurada". Lo que se ha llamado "voluntad de estilo". Y ya hemos visto que Pedro Antonio la tuvo. Fue de los primeros en Chile en manejar un lenguaje poético distinto al tradicional, en romper moldes anticuados, para inscribirse en la fila de los innovadores, calificados de revolucionarios por quienes no aceptaban otras formas que las consagradas.

Sin duda, el mayor aporte de nuestro poeta al modernismo es el metro tripentálico (renglones de quince sílabas mediante la unión de tres segmentos pentasilábicos) que usó en varias composiciones representativas de la nueva modalidad, ejemplo de lo cual son los siguientes versos de "Lucrecia Borgia":

"Era la noche. Sembraba el miedo con el desmayo
la cauda oscura de un pavoroso, fatal querube;
zumbaba el noto, rugía el viento, vibraba el rayo,
de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube".

De esta misma naturaleza son los versos de "Alba".

A estos dos títulos de composiciones que trasuntan su expresividad modernista, podríamos agregar muchos. No debemos sí olvidar "Asteroides", en que muestra, una vez más, su maestría como versificador y gran variedad de metros y estrofas. Además, su efusión lírica se alquitara en los filtros del panteísmo y del paganismo con repuntes a una divinidad que no teme en llamar Dios. El agnoticismo que subrayamos en sus versos de radical enfervorizado de laicismo se esfumina ante los misterios del cosmos, con una aproximación a un sentimiento de religiosidad evidente:

"¡Oh, Cosmos gigante que el ámbito pueblas
de soles y mundos que incuban tus nieblas!

Los ínclitos sabios la Voda interrogan
cuando ellos a solas contigo dialogan.

Dialogan contigo porque ellos son Reyes
cuyo astro de Oriente son todas tus Leyes.

Son todas tus Leyes la Estrella que marca
el vasto sendero de tu ínclita barca!".

Acaso le faltó a Pedro Antonio González una mayor audacia, un disparar su numen hacia alturas infinitas, desatarse de toda amarra a un pasado poético de escaso brillo en nuestras letras. Así como en sus ideas no había una orientación precisa desde el punto de vista filosófico, así también su arte de versificador y su aliento creativo oscilaban en opuestas direcciones: tan pronto volaba a ras de tierra como parecían dirigirse hacia las estrellas. Tampoco su gusto fue muy firme y hubo de hacer concesiones al círculo de sus correligionarios y admiradores que lo aplaudían y halagaban. Con todo, hay en su obra un valor indiscutible: dio un paso hacia adelante, quiso ser también de "los modernos". Y si no llegó a la cumbre como Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Julio Herrera Reissig, Guillermo Valencia y otros poetas del mismo clima generacional, el nombre de Pedro Antonio González vive en la literatura chilena por haber saltado a la otra orilla donde los poetas enriquecían su verso con toda clase de recursos expresivos. Si la cosecha lírica del autor de "Asteroides" no fue tan ópima como hubiéramos deseado, quedan a su haber logros perdurables, pues en su sustancia poética vibran pasiones humanas tan eternas como la vida y el amor, la muerte y el dolor.

Lo consideramos como un poeta de transición entre el romanticismo y el modernismo, porque hay en su obra situaciones emocionales y formas representativas del primero, y en la factura de las estrofas, en la variedad de rimas y ritmos y en todo la orfebrería con que exornó sus versos, aflora el segundo con muchas de sus peculiaridades. Ya lo dijimos. Como dos vertientes, el romanticismo y el modernismo confluyen en Pedro Antonio González hacia un mismo caudal poético.

Lo admiraron los escritores jóvenes de su tiempo, lo mismo que los estudiantes universitarios, quienes recogieron su cuerpo inerte de la sala común de un hospital para llevarlo en romería al cementerio. Hoy, a cien años de su nacimiento y próximos a los sesenta de su muerte, su voz de vate resuena aún desde la eternidad con ese poder iluminador de avistar el porvenir y de cantar a nuevas auroras.

Juan Rivano: Dialéctica y Situación Absoluta

Profesor de Filosofía de la Universidad de Chile

SÓCRATES: *...Sé, Calicles, que tú y otros tres os habéis asociado en el estudio de la filosofía; y os he oído deliberar acerca del punto hasta donde conviene llevar este estudio. La opinión que prevaleció entre vosotros, según sé, fue que no era necesario profundizarlo demasiado, y os habéis aconsejado los unos a los otros de cuidaros de incurrir impensadamente en el exceso de la ciencia.* (GORGIAS, Platón).

I

HAY EN el filósofo, frecuentemente, un prurito refinado de discursivismo, un afán sostenido de conducir el pensamiento de modo impecable a partir de principios establecidos adecuadamente y de una vez para siempre. En este afán, es arrastrado a remover todas las piedras de la tierra, a intentar la vivisección del alma y el cuerpo de los mortales, a trajinar en el baúl de los tiempos. De tal manera, buscando los últimos elementos de toda realidad, supone el filósofo que ha de venir a sus manos la fórmula o clave de la entera diversidad que lo enfrenta como algo todavía sin razón; supone que busca la verdad última de cuya interior sabiduría salen a granel las cosas del mundo. El filósofo de que hablamos aquí es un espíritu a la vez ambicioso y simplista: quiere abrazar en una mirada de su entendimiento la entera realidad; y, por otra parte, cree que basta para ello con desarmar lo que, en términos de su actitud, podemos denominar 'la máquina de la realidad'.

De una postura como la que vamos describiendo resulta toda una serie, difícil de enumerar, de consecuencias. Indiquemos aquí lo que importa para ir introduciendo nuestras reflexiones. En primer lugar, el filósofo de que hablamos aquí encuentra a corto andar que su modo de conducirse acarrea una profusión de problemas que —cada uno— abren delante de sí una noche espantable de indeterminación y de ignorancia; y estos problemas llevan un no sé qué de irreal y falso como si vivieran a cuenta de una pérdida vital, de un riesgo frívolo. En segundo lugar, se muestra necesario poner orden en tanta problemática, agrupar y jerarquizar las cuestiones; esto trae como consecuencia inmediata que se pierda de vista la viva unidad en que se encuentran unas cosas con otras, que se enfaticen —considerándoselos 'fundamentales'— ciertos aspectos, que rápidamente nos encontremos moviéndonos en una temática abstracta, que ya en el extremo perdamos de vista toda posible integración. En tercer lugar, con tal actitud, nos hemos prohibido de antemano incursionar en dimensiones genuinas de la vida y la experiencia, dimensio-

nes que (como el sentimiento y la volición) no pueden ser tratadas cabalmente en términos de la actitud 'racionalista' que estamos comentando. Creemos que nuestro análisis racionalista no ha de ser resistido en parte alguna y no queremos ver que hay una abstracción, una pérdida de algo esencial, en nuestro mismo punto de partida. Finalmente (para quedar en lo principal), nuestra actitud lleva consigo la posición de algo extraño a nosotros, algo que en el término último del análisis debemos aceptar como un mero dato. El hecho de que esto último sea —como se pretende—, autoevidente, no elimina su carácter de un puro darse; y obsérvese que no consideramos aquí la cuestión, ya objetable, de que la autoevidencia (es decir —y según los gustos—, un estado, pasión o actividad *nuestra*), sea un criterio de realidad.

No puede, entonces, extrañar que en tales condiciones se muestre increíble el resultado que el filósofo nos ofrece; que ante los frutos de la filosofía adoptemos unas maneras literarias llenas de grotesca vehemencia y menguadas de seriedad. "Es el mundo brillante y especulativo de las ideas", decimos; y nuestra entera conducta ante tanto derroche y tanto ingenio se resume en una festiva perplejidad. Hay una buena proporción de absurdo en todo esto; lo que resulta manifiesto cuando echamos de ver cuánta energía emplean los hombres especulativos en los problemas filosóficos y cómo es cierto que la proporción en que contribuyen de verdad a la vida de sus semejantes es casi nula.

Ahora, cuando se trata, no ya de cumplir un esfuerzo especulativo omnincluyente, sino de reflexionar sobre un objeto específico que no es sublime sino humano y práctico —cuando se trata, por ejemplo, de decidir si tal hecho es un crimen o tal objeto una obra de arte—, es frecuente también que el filósofo adopte una actitud especulativa como la que hemos descrito; quiere decir, que trate de alcanzar los 'primeros principios' del caso específico que toma en sus manos y dar una explicación exhaustiva de su objeto por la vía analítica. En este extremo, salen a luz de modo ahora impresionante las dificultades de que antes hablamos; el hecho de un 'objeto específico' es obviamente una abstracción, y la reflexión que cae sobre él a tal punto se resiente de esta abstracta condición, que podemos decir que dicha reflexión no es otra cosa que el despliegue de sus dificultades. Además, el 'análisis' de un objeto específico y desligado del contexto en que vive va a rechazar —por ser en último extremo falso— todo empleo de un 'principio general' que pudiera orientar nuestro procedimiento. De esta manera, salen a reclamar preferencia multitud de principios específicos, ordinariamente tantos como hay filósofos. La razón de ello es que no hay un fundamento seguro sobre el cual moverse, perdiéndose los filósofos en un verdadero laberinto objetivo. El resultado de toda esta situación es el clima de interminable controversia en que se desenvuelven especulaciones que debieran armonizar en último extremo, puesto que todas pretenden manipular analíticamente un objeto idéntico. Es claro además que el filósofo 'racionalista' o 'analítico' de que hablamos, al tratar de algo específico, trae a lo sumo una actitud consigo, pues hasta ahora nada hemos llegado a poseer que merezca el nombre de 'primeros principios'. De modo que, en presencia de tales objetos específicos, lo más que puede desplegar el filósofo 'racionalista' es un procedimiento que le llevará del lado que quiera o pueda, obligándole a prodigarse en múltiples cuestiones, a paralizarse ante lo insoluble, a separar y diferir en la esencia misma de su objeto, a dar una apariencia de mera especulación a lo que debiera ser la respetable filosofía.

Ciertamente, no hay a la vista un pensador que sea plenamente lo que estamos describiendo en este lugar. Si existiera tal sujeto, sólo sería digno de un museo de curiosidades. Es muy difícil mantener ningún contacto con la realidad cuando se

es de verdad un 'racionalista analítico'. Empero, si pongo a manera de introducción estas consideraciones es porque la *actitud* racionalista y analítica resulta ser algo muy generalizado. Los hombres especulativos proceden casi siempre con la vista puesta en ideales de rigor, claridad y distinción; suponen, ordinariamente, que la penumbra en torno de sus consideraciones es un defecto o una limitación que podrían eliminarse con la condición de ser uno muy riguroso y muy analista. No quieren ver que dicha penumbra, si es expresión de un defecto, sólo lo es de uno que se debe a la actitud en que están y que sólo aumentaría si intensificaran el juego del análisis y la 'racionalización'. El hecho de surgir en torno de nosotros mil cuestiones insolubles cuando queremos llevar el análisis hasta los 'últimos principios' es una manera de decirnos la realidad que tal proyecto no es un proyecto que arraigue en la verdad. Y, sin embargo, como digo, forman multitud las empresas especulativas que se ordenan bajo los ideales implícitos en tal proyecto.

Estas consideraciones pudieran inducirnos a cambiar de extremo. El anterior estaba caracterizado por la fórmula (que ha de sujetarse al contexto en que la empleo) de 'racionalismo analítico'. Por lo dicho, pudiera inferirse que la actitud del filósofo debiera expresarse en la 'confianza de la realidad'; pudiera inferirse que el filósofo debe atenerse a sus objetos sin desbaratar la síntesis en que están, leyendo directamente en dicha síntesis y ateniéndose en sus consideraciones a la 'sabiduría de la realidad' que todo lo dice por sí misma. Para el caso de una completa visión (los filósofos siempre están interesados en una visión completa) lo que tendríamos que hacer es trascender de lo inmediato siguiendo los caminos sintéticos que han sido puestos allí por el 'espíritu de la realidad' y que nosotros podemos recorrer a partir del simple impulso curioso que alienta en todos. Y como esta actitud arranca de un cierto desprecio del análisis estaríamos de antemano mal dispuestos para toda empresa que no fuera un abrazar la realidad dejándonos llevar en los brazos de su sabiduría. Ahora, el énfasis caería del lado del sentimiento y algo de poético y místico encontraría lugar en la filosofía. "La realidad —así diríamos— anuda por sí misma las cosas; el anudarlas, el estar en vías de ser anudadas, es vida y espíritu reales. Nosotros somos, apenas, espectadores de esta vida real. Cuando recurrimos al análisis se escurre entre nuestras categorías lo que es la esencia misma de la verdad. Debemos, pues, repudiar el análisis y entregarnos al sentimiento puro de las cosas, sentimiento que es el elemento en que solamente podemos nosotros percibir su vida, su movimiento, su verdad". Vemos, pues, que, cambiando de extremo, salimos del analitismo para caer en el romanticismo. Quitamos la filosofía a los filósofos matemáticos para ponerla en manos de los filósofos poetas.

Si aplicamos esta actitud al tratamiento de objetos específicos, encontramos que no es ya característica de filósofos sino de poetas, de religiosos, de políticos. Estos últimos son los que se entienden con sus objetos en el elemento del sentimiento y la intuición. Son ellos los que logran producir en nuestra conducta y nuestros sentimientos todo un movimiento que nos sabe a vida verdadera, que no sólo alcanza a nuestra convicción sino que nos sitúa de manera determinada y allega a nuestro ánimo fuerza que se percibe y opera. De aquí, salen en multitud razones favorables a esta actitud y contrarias a los excesos del filósofo, de que antes hablamos. El político y el poeta se infiltran en nuestra mirada, en nuestros sentimientos, en nuestra voluntad; las reflexiones del filósofo palidecen ante esta fuerza promotora de vida, de actitudes, de destinos. Sabemos que el político y el poeta están llenos de motivos contrarios al 'filosofar puro', que no se cansan de hablar de 'hechos', de 'realizaciones', de 'sentimientos'. De manera que el filósofo que despreciara los extravíos del análisis volviendo la espalda a los modos anatómicos del entendimiento

se encontraría, a corto andar en los campos de la realidad, con que hay otros hombres que bien saben hacer las cosas del modo como él sostiene y que le dejan poco o nada por hacer.

La actitud analítica expresa la ambición desmedida del hombre que trata de tomar en sus manos *todo* el caso de la verdad. La actitud sintética, por el contrario, significa el abandono que el hombre hace de sí mismo para quedar en el regazo de una realidad extraña donde lee enigmas al modo de los niños, a quienes basta *leer*. Porque se trata aquí de la verdad; y debemos reconocer entonces rápidamente que la actitud sintética es el abandono de la verdad.

Desde luego (como en el caso de la actitud analítica) no encontramos en parte alguna hombres que adopten plenamente la actitud sintética; se trata aquí también de un ideal de realidad y verdad que inspira a cierta clase de hombres. Pero basta con este ideal para que se ponga a vivir toda una multitud de seres que se confían a la inmediatez y que llevan vida espiritual inmediata, es decir, vida que pone fuera de sí los altos destinos humanos, que pone fuera de sí todo el sentido que pueda tener la verdad. "Yo me ciño a los hechos, leo en torno todo lo que hay; y esto que leo es la entera verdad, porque es lectura factual". Así arguyen los hombres al por mayor (quedando a la vista lo generalizado de la actitud sintética) sin reparar en que han puesto de lado lo que ha sido depositado en el hombre como su esencia misma: el destino de la verdad como actividad consciente del hombre pensante.

Cuando decimos de estos extremos, que son la actitud analítica y la actitud sintética, que no se les ve cumplidos plenamente en parte alguna, pudiera pensarse que se nos va la mano al insistir en ellos y que en el mundo las cosas andan realmente bien. "La realidad entera" —algo así se diría— "contiene consistentemente dentro de sí cada una de sus partes; desarrolla su vida de modo armonioso, y el coro de los hombres no es una excepción; las partes que nosotros separamos se encuentran bien acordadas cuando consideramos el conjunto; análisis y síntesis juegan armoniosamente su papel y nuestros 'pequeños problemas' resultan de 'estar nosotros situados', por lo que son, necesariamente abstractos y unilaterales". Este es un caso de aplicación especial de una doctrina que hablando rudamente, diría más o menos así: "La entera realidad anda bastante bien: ni sufre ni se inquieta, reside perfectamente en sus propias condiciones; pero, cuando nos situamos en un punto de vista (cualquiera sea el punto de vista) la entera realidad, necesariamente, anda bastante mal". Nosotros, a tal doctrina, oponemos un principio como éste: cuando podemos concebir un bien y concebirlo como perfecto y al mismo tiempo irrealizable en nosotros, entonces, dicho bien es el peor mal.

Pero, dejando esta línea de consideraciones y tomando la objeción que hemos supuesto así como viene, lo que tenemos que decir es que no hay ordinariamente en los hombres ni siquiera un equilibrio abstracto o, por decirlo así, cuantitativo de estos extremos que nombramos actitud sintética y actitud analítica, sino que están, los hombres, divididos entre unos pocos que no pueden mirar porque quieren previamente conocer las leyes y principios del mirar y unos muchos que a tal punto están repletos de inmediatez que ni siquiera reparan en que el mundo de su seguridad es el contenido de un mirar; y tenemos que decir además que, aun en los casos en que este equilibrio abstracto se produce, no es ello para gozo de quienes buscan la armonía de las cosas sino lo contrario, porque en tales casos lo que resulta es una duplicidad de actitudes como cuando se dice "cuelas la leche y te tragas el camello"; de manera que no se trata en tales casos de quienes tienen la visión entera y autocomplementada de las cosas, sino de quienes se mueven en dos planos que nunca se encuentran y que contrastan mutuamente sin esperanza de conciliación.

Destacando las actitudes analítica y sintética pongo, pues, a la vista los polos en torno de cada uno de los cuales se mueven los hombres; ocurre con esto como si el destino de toda antítesis (un ejemplo es la antítesis "síntesis-análisis" aquí examinada) fuera primeramente abstracto y obligara a la separación, a una fase previa de oposición cerrada, antes de poner a la vista el plan de su integración dialéctica. Cuando, sin embargo, estamos en condiciones de juzgar sobre esta escisión, de reconocer que la solución de sus extremos no es mero cálculo, mera compensación o equilibrio sino un proyecto de vida espiritual que trasciende, en el más verdadero sentido, de los hemisferios flotantes en que dispersamos la vida, cuando nuestra experiencia echa ya los brotes de una conciliación hasta ahora libresca, o 'teológica', y comienza a minar de verdad los fundamentos de una vida de sonámbulos cada vez más insoportable de vivir; cuando, digo, hay ya camino recorrido como prueba existente de una nueva sabiduría ¿no podremos, entonces, levar el ancla confiados —ahora que vivimos o podemos vivir una nueva dimensión de la confianza— y entregarnos a la necesidad de este nuevo continente donde hay de verdad la atmósfera de una vida que valga ser vivida?

Quiero, pues, decir que nada tengo que ver con términos medios entre el así y el asá. En este sentido (si hemos de creer a Platón) mi guía es aquel Calicles que se había reunido con otros amigos con el propósito de filosofar y con quienes había acordado no llevar la especulación demasiado lejos. Este "demasiado lejos" debe ser considerado como un salir de los lindes dentro de los cuales existe todavía relación entre la especulación y la vida, dentro de los cuales no está amenazada la unidad existente del hombre, dentro de los cuales es posible siempre escuchar la voz que nos prohibe olvidar que sólo somos hombres, que esto solamente hemos probado: lo que hemos hecho, lo que de alguna manera hemos traído ya a existencia verdadera. Voz que nos dice también: el resto es a lo sumo esquemática posibilidad.

II

Algo adelantamos ya sobre lo que es costumbre llamar una antítesis. Aquello que buscamos y propiciamos (digámoslo aquí) puede describirse también como un partir situándonos en la 'superación práctica' de toda antítesis. Apariencia y realidad, falsedad y verdad, determinismo y libertad, mal y bien, hombre y Dios, inmanencia y trascendencia, sujeto y sustancia, existencia y esencia son algunas entre las numerosas antítesis que interesan a los hombres especulativos. Desde temprano hicieron su aparición y toda la historia del pensamiento filosófico se reduce fácilmente a una sucesión de ensayos sobre cuál pueda ser la naturaleza de tal o cual antítesis. Cierto que, también desde temprano, buscaron los hombres la relación entre los términos de las antítesis, buscaron una lógica —unos modos intelectuales— que permitieran el movimiento del pensamiento entre los contrarios antitéticos; porque parecía claro desde un comienzo (o siquiera era barruntado desde un comienzo) que un binomio antitético es la más pobre y primitiva de las caricaturas que el pensamiento puede hacer de la realidad*. Pero, no menos cierto también es que tales distinciones fundamentales se han considerado en general como la expresión verdadera de cierta determinada objetividad, como una contraposición a la vez objetiva, insuperable e inteligible de las cosas.

*Se puede, también, decir de esta manera: que el intento de poner las cosas del mundo en términos de una serie de antítesis rígidas separa al pensamiento del mundo, es decir, que tales modos son posibles en el elemento de la antítesis pensamiento-realidad. Más adelante insistiremos en esto.

La filosofía ha hecho un buen trabajo. Poner a la vista los términos en que la realidad viene a residir cuando se expresa en el modo del 'entendimiento antitético', empujar lo real a su máxima expresión en el elemento de tales modos antitéticos, es un trabajo que han hecho los filósofos. Se pensará en un Kant —sobre todo en un Kant— para tener a la vista un edificio prodigioso, todo un sistema de diferencias antitéticas en que del modo más omnincluyente y racional ha sido establecida la realidad en la forma de la antítesis; fenómeno-nóumeno, analítico-sintético, sensibilidad-entendimiento, receptividad-espontaneidad, materia-forma, trascendencia-inmanencia, intuición, concepto, conocimiento puro-conocimiento empírico, etc., representan el material antitético que elabora el sistema kantiano que conocemos con el nombre de "Filosofía crítica".

Pero el intento filosófico de poner lo real en tales términos antitéticos, rápidamente conduce a las más diversas situaciones problemáticas, cada una expresión diferente del mismo defecto, a saber, la imposibilidad de comprender lo verdadero entre los extremos miserables de una simple antítesis. Así, por ejemplo, cuando entre verdad y falsedad interpolamos la probabilidad, ¿qué otra cosa hacemos sino reconocer y a la vez remendar la pobreza efectiva de la antítesis verdad-falsedad? Cierto que estamos en condiciones de conducir la probabilidad a un punto en que son, aparentemente, distintos sus principios (por ejemplo, azar, subjetividad) de los principios de la verdad-falsedad; pero esto es mucho menos una separación de la verdad y la probabilidad que un defecto en la antítesis verdad-falsedad que no comprende perfectamente dentro de sus términos la entera experiencia teórica. Así, también, cuando decimos de una verdad que es necesaria y no una 'mera verdad' o de una falsedad que es absurda y no una 'mera falsedad', ¿qué otra cosa ocurre sino la interna ruptura de los términos antitéticos que llegan a reventar en el empeño de ocultar su naturaleza esencialmente abstracta? Tanto la interpolación como la intradivisión que aparecen en nuestro ejemplo, tienen por objetivo 'articular' todo lo que se pueda la malla antitética para reducir cuanto sea posible el defecto implícito en estos modos de pensamiento. Veamos otro ejemplo: cuando en la antítesis malo-bueno (o feo-bello) implicamos el grado y decimos que una acción es más buena (o más bella) que otra ¿no estamos sugiriendo un tránsito entre los términos antitéticos, la posibilidad de transformar el uno en el otro mediante lo que —en tales modos de pensamiento— se representa como un aumento, es decir, como un proceso meramente cuantitativo? Otro tanto ocurre cuando empleamos expresiones como "grados del ser", "grados del conocimiento", "grados de la verdad"; o cuando envolvemos el conocimiento en el nimbo más o menos radiante de la 'evidencia'. Finalmente, ¿qué sucede en el caso de una conjunción antitética —como cuando se dice "en cierto sentido es necesario y en cierto sentido es contingente" o "en cierto sentido de la verdad, es verdadero; pero en otro sentido de la verdad, es falso"? ¿No debemos decir que la conjunción antitética (el famoso *distingo* escolástico) es una nueva forma de hacerse presente el defecto que hay en los modos antitéticos del pensamiento?

Se busca una expresión perfecta de lo real en términos de nuestras distinciones; y por todas partes esta búsqueda arroja el mismo resultado: multiplicación antitética. Pero se necesita algo diferente y no la pura repetición de tales modos que son esencialmente defectuosos. Como en el caso del espacio que se divide sin que podamos encontrar nada donde cambie el problema del espacio, así también aquí se nos va el aliento en una multiplicación que nada cambia como no sea el número de las nociones y conceptos.

Pero, aun en el caso de no manifestarse un defecto como éste, aun cuando nuestros conceptos y distinciones existieran en cantidad suficiente como para com-

prender adecuada y explícitamente la entera experiencia que hacemos de las cosas, con todo tendríamos razones suficientes para desconfiar de su verdad. En efecto, ¿qué es lo que la noción misma de una antítesis está declarando explícitamente? Está declarando el carácter esquemático, mecánico y externo de la realidad que en ella se expresa; está declarando la impenetrabilidad recíproca, la falta de interna cohesión, la inercia y la solidez recalcitrante de los términos en que se constituye. No hay movimiento verdadero, no hay vida, no hay 'espíritu' que pueda comprenderse adecuadamente en ninguna malla antitética. El tránsito entre la vida y la muerte, entre el odio y el amor, entre la libertad y el aherrojamiento, entre el movimiento y el reposo, entre el ser y el no-ser se efectúa en el subsuelo de toda antítesis. De manera que, sujetos a tales modos antitéticos de pensamiento, caemos de redondo en su propio juego y contraponemos el pensamiento a la realidad, la idea a la existencia, la teoría a la práctica, la especulación a la acción. Cuando, pues, decimos, hablando de los modos antitéticos del pensamiento: "tenemos razones para desconfiar de su verdad" no hacemos otra cosa que desarrollar la dificultad que estos modos llevan consigo, porque ellos son los que ponen a distancia de nosotros un 'mundo de la verdad'. De manera que esta nostalgia de la verdad ¿qué es sino la negación que aquellos modos de pensamiento llevan consigo y que no podía menos de expresarse también subjetivamente? La nostalgia de la verdad pugna con toda fuerza, y llevándonos de frustración en frustración termina por orientarnos rectamente sobre su condición de existencia. Esta separación de la realidad y la verdad tiene su razón en el instrumento de la antítesis que establece la exterioridad (la exterioridad es el modo de ser de toda antítesis) en todas partes, dejando fuera de juego la zona viva de aquello que expresa y parodiando su vida mediante articulaciones mecánicas. Lo que permanece debajo de las distinciones y 'principios' que empleamos es el 'correlato objetivo' de aquel sentimiento nuestro de nostalgia; con ello quiere reunirse el espíritu para arder verdadera y realmente.

Surge, pues, aparentemente, la necesidad de emprender una ingente tarea: superar los hábitos meramente antitéticos del pensamiento. Se presenta, en primera instancia, como el paso a una nueva potencia del pensamiento, una en la cual el tránsito entre las categorías sea inteligible y explícito, una en la cual dicho tránsito *sea pensamiento*. Se trata —para abundar en frases— de una lógica dinámica, una lógica que nos lleve, por ínsita, inteligible y explícita necesidad, desde el ser al no-ser, desde el singular al universal, desde la intuición a la inferencia, desde la cantidad a la cualidad; una lógica que se mueva libremente entre las categorías abriéndolas desde dentro hacia afuera, desde fuera hacia dentro, una lógica que reduzca las categorías y nociones a 'momentos' de un proceso que es el movimiento o la vida libre y explícita de la razón; una lógica que no refleje nada a modo de arquetipo verdadero sino que sea ella la vida entera de la verdad. Se trata, en una palabra, de soltar las amarras finitas del espíritu y salir a navegar sin ancla que falsifique la seguridad por los mares del Absoluto.

Todos saben que el capitán de esta empresa es Hegel; todos saben que dio el nombre de "dialéctica" al movimiento del pensamiento así liberado; sabemos también que de su cabeza prodigiosa salió todo un sistema de lógica dialéctica, que es algo así como el desenvolvimiento y vida del espíritu puro. Pero Hegel sabía que situarse en el pensamiento puro suponía el peligro de quedar en la más radical de las antítesis: la antítesis entre pensamiento y realidad. Sin embargo, *situarse dialécticamente en el pensamiento* (en el saber absoluto, como dice el mismo Hegel en la *Lógica*) ¿no aseguraba el tránsito dialéctico hacia la realidad? Al parecer, situarse dialécticamente en lo que sea asegura el movimiento interno de la verdad, la comunicación explícita y bien asentada del pensamiento y el espíritu en la

vida del Absoluto. Así lo comprendió Hegel, y el sistema de lógica que expone aparece sólo como un primer momento de la Idea en el desarrollo dialéctico de su libertad.

Este principio parece imbatible: Una vez que el pensamiento se ha situado dialécticamente, niega y supera sus modos antitéticos y abre dentro de sí mismo la vida segura: la verdad y la libertad. Este momento es todo un clímax de consumación: Las categorías en términos de las cuales hemos expresado la entera realidad se disuelven en el fuego de la vida absoluta. La relatividad de toda determinación no existe más, y no tienen ya sentido nociones como las de origen, causalidad, tiempo, espacio, etc. Debemos suponer también que en tal superación todo desarrollo, todo 'progreso' como la historia, la investigación científica, la autognosis no tienen más sentido. En tales condiciones debemos aceptar el término de los tiempos, la superación de toda forma de alteración y enajenamiento, la comunión explícita y absoluta de los hombres, la conciliación del hombre con Dios y la naturaleza, la superación de las guerras, incluso las guerras teóricas, las guerras estéticas, las guerras del amor...

Por este camino, rápidamente perdemos el aliento. Considerando, pues, las implicaciones de una genuina 'situación dialéctica' debemos forzosamente (por la simple lectura de los hechos del mundo y los hombres) retroceder y dudar que alguien se haya situado jamás de verdad dialécticamente. Incluso, tales implicaciones nos autorizan —sería bien difícil poner esto en duda— a decidir que no tiene sentido pretender que *alguien* (es decir, uno entre los mortales) se haya situado dialécticamente en un sentido cabal y completo. Mas podemos decir: las dichas implicaciones nos permiten asegurar que todo filósofo que se haya esforzado por expresar la verdad en términos de una consumación dialéctica (un Hegel, desde luego y en primerísimo lugar) ha realizado un trabajo 'dentro de su cabeza', es decir, se ha movido sobre el fundamento de la antítesis entre pensamiento y realidad, ha hecho a medias su trabajo dejando sin resolver una cuestión esencial que amenaza derrumbar enteramente su sistema.

"Hegel" —se dirá— "hizo más que esto. Su sistema —así como viene expuesto en la *Enciclopedia*— es un desarrollo que abarca enteramente la realidad. Es absurdo negar la salida del ámbito meramente especulativo a quien es, además, autor de las *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia*, al pensador que ha puesto un fundamento vertebral de inteligibilidad —la inteligibilidad de su propio sistema especulativo— al ingente movimiento de los siglos". De esto, nadie discute. Hegel estaba interesado de verdad en asegurar una fórmula absoluta. Todo lo que importa es si logró algo de tal magnitud. Todo lo que importa —aunque parezca ser un rústico el que habla— es averiguar si la lectura de esa supuesta fórmula basta para la consumación universal que nos hace esperar. Si las cosas —a pesar de Hegel— siguen más o menos donde estaban (más o menos donde estaban hace ya mucho tiempo, debemos declarar valientemente) la conclusión no se deja esperar; y dice la conclusión que el trabajo de Hegel es, fundamentalmente, un trabajo especulativo, un trabajo que inevitablemente debemos recoger moviéndonos en el terreno del pensamiento puro.

Pero lo más grave de esta situación no se reduce meramente al defecto (a la contradicción, podríamos decir) de cumplirse como un desarrollo que pretende ser un movimiento libre y a la vez trazado meramente en el ámbito de la especulación pura; considerar que en ello reside todo el defecto —como si bastara simplemente ir más allá del límite de la mera especulación y el subjetivismo para subsanarlo— es, evidentemente, no entender nada de lo que debe significar una solución dialéctica. Cuando, por ejemplo, se dice que la filosofía ha cumplido una función tan

sólo abstracta y teórica y que ha llegado el tiempo de hacerla práctica y real, no se ha de pensar que la filosofía debe meramente cambiar de domicilio; porque el cambio que en este caso se pide a la filosofía es un cambio de naturaleza, no de domicilio. Por eso, cuando buscamos trascender el subjetivismo de la filosofía no podemos saber *en términos de tal subjetivismo* lo que nos depara su trascendencia; ni tenemos que esperar ninguna mecánica relación entre las sublimidades del subjetivismo y las asperezas de la existencia concreta. Y éste es el punto en que surge la dificultad que importa señalar. En primer lugar, no sabemos cuál es la condición y el grado de un pensamiento a punto de trascender de sí y alcanzar el modo de la libertad asegurada y explícita, es decir, la conciliación con la existencia; además, dicha consumación no es más que proyección imaginativa, hacia una situación general posible, de ciertas hazañas de la razón pura; es decir, no tenemos derecho a esperar una consumación efectiva, histórica; finalmente, suponemos que dicha culminación abre delante de nosotros una vida *dialéctica;* y esto último no pasa de ser un supuesto o, también, un deseo nuestro.

¿Y quién se atrevería a afirmar que si una consumación es *un hecho histórico* constituye además un fenómeno dialéctico? Para una posición dialéctica del problema de la historia, ésta, la historia, es precisamente la medida en que estamos en defecto respecto de una vida absoluta; "el hombre se muestra como un ser histórico" es otra manera de decir que su conciencia se mueve en el elemento de la finitud. Nadie puede siquiera representarse una consumación histórica del espíritu. Lo que mueve nuestros sentimientos y orienta nuestra acción cuando estamos empeñados en ganar la plenitud espiritual verdadera no puede consumarse en términos de un futuro dorado. Salir el espíritu a luz, ganar su libertad, es algo que no debemos, ni podemos, identificar con una libertad *futura.* Lo que mueve nuestros sentimientos y orienta nuestra acción es ya perfecto. No hay salida para la posición dialéctica del espíritu si no es en términos de una perfección que reside eterna e incondicionalmente en sus condiciones. Pero el hombre (hay que decir esto también) vive en el elemento de la determinación; gira en redondo y de todas partes apunta el límite; la famosa cuestión kantiana de las antinomias ¿qué es sino la explícita articulación de una aventura violenta? Frivolidad rabiosa, perplejidad lúdica, anatomismo paralizante, formalismo superficial y desesperado, he ahí fórmulas para describir esta caída del hombre en los paralogismos del todo y la parte, la causa y el efecto, el infinito y el finito. Porque el hombre, en este juego de las antinomias, ha caído en el goce 'puro' del *elemento.* Hay, pues, una antítesis en la base de este goce.

"El hombre vive en el elemento de la finitud". Podrían sacarse de aquí razones para un quietismo. Podría también alegarse que —por lo dicho— aceptamos una cierta inmediatez nuestra con el Absoluto y que dejamos las generaciones futuras a su suerte. Cada una es, a su manera, inmediata al Absoluto y... ¡adiós, futuro! ¡Adiós, ideales de un futuro! ¡Adiós, también, comunicación y continuidad de las generaciones!

Para sacarnos de encima esta acusación, subrayamos: El hombre *vive* en el elemento de la finitud; el hombre *alienta* en la malla de las determinaciones. El hombre está puesto como encuentro verdadero o, más bien, real de estos momentos antitéticos de vida y determinación; es 'prueba' (para usar esta palabra) de una unidad verdadera de los términos que esquematiza en su conciencia. Y la vida del hombre no está dada como actividad monótona que cierra dentro de sí el círculo de su destino. La vida está dada como unidad verdadera de los tiempos. Poner 'por delante' un futuro es también un ejemplo de los modos antitéticos de expresar lo real. La búsqueda de una consumación futura es un modo de proyectarse en

nuestra vida la perfección que la anima y la mueve; realizar esta búsqueda es cumplir un destino.

Volvamos sobre nuestro aserto inicial: que proponemos una superación 'práctica' de toda antítesis. Después de las anteriores consideraciones críticas, estamos en condiciones de elaborar esta proposición. No propiciamos, desde luego, el abandono de los modos antitéticos de pensamiento. Esto sería cerrarnos el camino torpemente. Tampoco proponemos una superación de las antítesis mediante una lógica especulativa y dialéctica. Por este camino vamos a caer de redondo en una abstracta consumación. Sin embargo, estamos de acuerdo con la importancia de toda tarea dialéctica especulativa, siempre que se mantenga dentro de sus límites. Lo que positivamente proponemos es la tarea —humilde, pero muy necesaria— de aplicar nuestros conocimientos dialécticos a la finitud en que llevamos nuestra vida y empujar, desde esta finitud, la verdad hasta donde podamos, y sin abandonar en ningún punto el contacto con las cosas que hay en el mundo. Esta tarea puede bautizarse como "una prueba práctica de la dialéctica". La confianza que de esta manera depositamos en la dialéctica no es sin razón: el modo dialéctico de pensamiento es —para decirlo rudamente— el que más se parece a la realidad. De manera que, viendo en él la mejor probabilidad de entrar en una vida más alta, no puede rechazarse el intento. El hecho de esta opción prueba que la dialéctica se ofrece entre otras alternativas. Prueba, así, que la dialéctica en nuestras manos se hace responsable de un defecto formidable, puesto que está en antítesis con los modos ordinarios de pensamiento. Si emprendiéramos aquí la defensa de la dialéctica diciendo que es la superación de aquellos modos y de la antítesis en que están entre sí y con ella, no estaríamos en la ruta que queremos iniciar. La ruta que queremos iniciar no es el camino real que conduce al Absoluto; éste es un camino que nos llena de temores, no tanto temores de vértigo como de abandono de cosas más inmediatas que acaso nunca lograríamos asegurar de verdad viajando por el camino real. Ciertamente, un poco hemos andado por tal camino; y volviendo de allí, confiados en la verdad de su grandioso trazado, queremos aplicar la lección. *Movernos* siempre en la *finitud;* buscar en ella los anuncios o esbozos de una inasible grandiosidad; mostrar que todo apunta a esta eterna consumación; avivar la inteligencia de los hombres y disponerlos para una radiante humildad; mostrar en todas partes la sabiduría del Absoluto; propiciar el contentamiento de la finitud; mostrar que el hombre es el titilar de la perfección, empujar la finitud desde sí misma cooperando desde nuestro arraigo *vivo* en la finitud para traer a luz la potencia espiritual que todo lo sujeta y asegura, tomar en las manos la libertad que nos ha sido destinada y salir a la búsqueda de nuestra plenitud, asediar sin tregua todas las formas de la negación, luchar por los hombres en procura del amor y la seguridad, tales son unas pocas entre una multitud de frases que pueden describir la superación dialéctica que propicio como la sola tarea que pueda tener valor.

III

La gran hipótesis que se hace aquí se refiere a la vigencia universal de la dialéctica. Es una hipótesis que resulta difícil mantener cuando se da lugar a los argumentos. Porque, al fin de cuentas, se puede decir que estamos suponiendo que del Absoluto no sabemos nada y, al mismo tiempo, que tenemos criterios seguros para movernos en el elemento de la verdad. Pero, acaso el Absoluto esté más cerca de nosotros de lo que suponemos; acaso moviéndonos con seguridad en nuestro reducido entorno hayamos traído a nuestras manos las riendas de la verdad. ¿Quién afirmaría que en nuestra contemplación de un paisaje otoñal o una hermosa mujer

se producen, por decirlo así, chispazos de experiencias que sólo pueden manipular las pinzas del psicólogo? Y cuando hemos afinado la mirada hasta el punto de no poder caminar por la calle sin quedar traspasados del asombro, ¿no diremos que es hacia el mundo todo que apuntan explícitamente los contenidos de nuestra experiencia? Pongo un ejemplo: mi encuentro de hace unos días con una pobre mujer embarazada seguida de dos hijos hambrientos. Todo era entonces dado de una vez en mi contemplación: mi vida entera, mis temores y esperanzas, mi amor y mi agresividad, mis juicios, mis deseos, todo el coro de mis sentimientos salían del bosquejo en que ordinariamente duerme mi 'personalidad', salían a vivir de verdad, de una vez en un todo que era más que una síntesis sinfónica, mucho más. No hay análisis que pueda contener esta experiencia; no hay tampoco síntesis posible que pueda producirla. Y en ella estaban el amor, la humildad, la piedad, la rabia y la lágrima; todo de una vez, en sublime e inobjetable consumación.

Suponemos valientemente que en experiencias como ésta se da el Absoluto; suponemos que aquí está todo lo que puede dar vivo y verdadero sentido a esa temible frase, "el Absoluto". Y queremos aprender el arte de vivir desde aquí, desarrollando al fuego de esta situación la vida de la verdad. Vamos a leer en esta situación con el propósito de justificar nuestra hipótesis de la dialéctica, tratando de mostrar cómo no es mera hipótesis, mero supuesto. Digamos, antes de este intento, que no estamos 'situados dialécticamente', aunque en nuestra situación —nos hemos atrevido a decir esto— "se dé el Absoluto". Acaso el Absoluto no sea 'dialéctico'. Siquiera nuestra experiencia absoluta no lo es; ella es consumación inmediata y es justamente su inmediatez lo que nos inclina a cualificarla así: experiencia absoluta. Acaso el Absoluto sea una inmediatez mediada; y sin embargo, aquí también la inmediatez asume el rol sustantivo. Acaso, el carácter de mediado del Absoluto le venga por vía relativa: la vía de la mediación que es camino entre determinaciones, es decir, camino en el elemento de la finitud. No estamos 'situados dialécticamente'; hacemos un camino dialéctico a partir de una situación absoluta. Y este camino conduce a una nueva situación. La hipótesis que hacemos sobre la dialéctica dice que sólo un camino dialéctico a partir de la situación absoluta nos permite movernos sin dejar la verdad, es decir, dentro de la situación. Sólo el camino dialéctico asegura el resultado de una 'inmediatez mediada' o, si se prefiere, de una *situación vivida*. Haciendo el camino dialéctico a partir de la situación absoluta (piénsese en el ejemplo de situación que acabo de esbozar) *hacemos* nuestra vida, es decir, respondemos al destino de verdad que es nuestro derecho. Se puede poner también así: Sólo haciendo el camino dialéctico a partir de la situación absoluta realizamos *nuestra* vida absoluta; no somos meramente llevados en el seno de la verdad sino que realizamos esta naturaleza que es *hacerse* en el seno del Absoluto. Partimos, entonces, de una situación absoluta y siguiendo la vía dialéctica pasamos a la vida de esta situación, la traemos a vivir nuestra vida, la alzamos a un proceso que es vida nuestra superando su apariencia inmediata con el corazón y la cabeza que tenemos para vivirla. Y el resultado de esto no es el Absoluto sino algo más humilde: vida verdadera, vida inteligente vivida desde los sentimientos, vida segura; ciertamente, apenas vida nuestra, pero vida de verdad. Y a quien desee pasar de esta vida a la entera y universal consumación, esto le decimos: Que la famosa consumación es una mera representación que vive en su cabeza, y que no hay cabeza finita que pueda contener siquiera esta representación de modo cabal. La dialéctica nos asegura a *nosotros;* el Absoluto no puede recurrir a medios para asegurarse. Si es una dialéctica el Absoluto, es una dialéctica *infinita;* pero que una dialéctica infinita sea una dialéctica, ésa es la cuestión. Volvamos a nuestro ejemplo.

Decimos que en esta situación el Absoluto se da como un amor. No lo he dicho

todo de la mujer de mi caso. Un vestido raído y grasiento colgaba de sus hombros deformes; las venas de sus piernas reventaban casi, a la vista de los ojos; una peineta sucia sujetaba apenas el moño en la nuca; en su rostro resaltaban los labios y los ojos, hinchados seguramente a puñetazos; pero su mirada brillaba resuelta, aunque caminaba cansada entre sus cachorros esqueléticos. No es difícil concebir que todo este retrato tan sólo apunta hacia la sustancia de esta situación; mi retrato pone las señales que indican (más mal que bien) hacia el lugar donde se está viviendo, hacia lo que nombramos una situación.

El amor es la expresión consumada de múltiples conflictos que se resuelven, aquí y ahora, en amor. Se siente uno, al oír esto último, tentado de suponer que la dialéctica procede por sú cuenta y como a espaldas de nosotros; quisiera uno creer que hay una 'superación objetiva' de los conflictos y que nosotros recogemos en la situación tan sólo el resultado de esta operación. Si suponemos esto, es porque estamos interesados en la 'verdad' de nuestro ulterior examen dialéctico. Sin embargo, todo lo que con seguridad podemos decir es que nuestro examen dialéctico es la vida inteligente que hacemos de esta situación. Yo digo: mi amor es un odio, mi odio es un amor. Si no odiara yo en este mismo momento, no amara en este momento. Y también: si no amara en este momento no odiara. Así digo; pero lo que ocurre en este momento nada es que se atenga a mi análisis; lo que ocurre en este momento se nombra la unidad inmediata del odio y el amor, unidad que, así como de hecho se produce, debo nombrar amor. Concibo que pudo producirse como un odio; pero en aquel entonces no ocurrió así, y fue un amor. Hablando a la señora de mi encuentro, digo también: El amor que ahora siento por ti es el odio que ahora siento por otros que siendo ahora odiados son este amor de ahora. Un odio viene viviendo conmigo forjado con la injusticia que es un placer en otros, que vive *en otros como un* placer y que por ello mismo vive en *mí* como injusticia gestadora de odio. No saldría a vivir la justicia en el elemento de mi ansiedad si no hubiera su condición simultánea de una cierta medida y calidad de placer en éstos que gozan a cuenta viva de mi ansiedad y mi dolor. Ellos creen comer de lo positivo y en verdad de lo positivo comen; pero hay un dejo de negación que yo saboreo y que me *desplaza dialécticamente a un grado diferente* de afirmación; afirmación ésta meramente ideal (afirmación de un ideal de justicia) que es sacudida de pronto en la experiencia de la negación correlativa de aquellos que comen en la afirmación, es decir, la negación representada por mi mujer embarazada y hambrienta. Ahora, en la experiencia de esta situación, el odio ideal que traía conmigo se consuma; pero *no es dialéctica esta consumación, o siquiera no es una dialéctica* que yo perciba. Mi situación se llama amor, pero no surge dialécticamente del odio y la negación real representada por este ser miserable. El amor surge en el encuentro de dos, es la unidad de dos; pero, en este amor la mujer amada no es una cosa amada; porque nada hay que sea una cosa en esta situación. Yo amo dejando de ser un sujeto que realiza una actividad o despliega una capacidad; yo amo siendo amor. Todas mis reflexiones dialécticas sobre esta situación son mi modo ulterior e inteligente de vivirla; todo este análisis abre ante sí la posibilidad de llevar hacia adelante viva e inteligentemente la situación absoluta, proyectando e impulsando, además, cierta acción. Yo diré, por ejemplo, que hay un encuentro en que se actualizan ciertas idealizaciones implícitas en mi ansiedad de justicia, un encuentro en que un odio ideal se transforma en amor real. Tales frases serían como el proemio de una 'explicación' dialéctica de la situación. Pero esta consumación en que consiste la situación no es una dialéctica. Si lo fuera, afirmo (por todo lo que puede ser *mi* participación dialéctica en esta situación) que el amor quedaría en puro encuentro externo de dos seres, en una suerte de correspondencia, de reci-

proca y sucesiva adecuación de dos que ceden a un compromiso en lo ajeno; el amor a lo sumo sería una pasión solitaria resultante de un juego de señales, y no una efectiva consumación. Para que una explicación de mi situación pudiera ser dialéctica, ésta, la dialéctica, debiera ser *infinita;* sólo así podría resultar una *situación* que es *amor*. Y ya dijimos algo más atrás sobre lo improbable de una *dialéctica* que sea infinita.

Digo, pues: "Todas mis reflexiones dialécticas sobre una situación son mi modo inteligente de vivirla". Aquí, en la vida seria y responsable que trato de vivir, la situación entra en el elemento de una vida, espiritualizándose. Yo no puedo llevar mi vida, por decirlo así, dando de botes entre las cosas, moviéndome externa y estúpidamente entre las 'piedras de la realidad'. Mi vida, seria y cuidadosa, exige una verdad también viviente. De esta manera es ella misma sustancia y patrón de la verdad; de esta manera trae la situación a su grado de realidad —el grado de realidad de la vida— generando en ella la interioridad que la hace viva y verdadera. La percepción inteligente de una situación es un destino posible de la situación, destino que suele cumplirse. En este cumplimiento algo uno, simple y absoluto (la situación) se dispersa como un rayo de luz al cruzar el prisma viviente de la inteligencia. Pero, si la inteligencia no pierde de vista la referencia situacional, no querrá desentenderse de este origen; y buscando su versión verdadera de la situación espiritualizada hará surgir necesariamente todos los momentos que caracterizan una dialéctica. Para darse cuenta de que es así basta hacer la experiencia, basta ir, por ejemplo, desde la mirada de una mujer humillada y abandonada hasta ese clímax espiritual en que la situación es vivida; el camino, entonces, se ofrece como el movimiento y la unidad de los contrarios, como un rico complejo en que se interdeterminan, lo físico y lo psíquico, el alma y el entorno, el anónimo 'social' y el 'esto, aquí, doliente'; un todo vivo donde alternan influenciándose un rayo de luz que devuelve una mirada y algo absoluto bajo el rayo de luz, donde entre dos se mueven sentimientos, ideas, valoraciones, donde cada detalle entra esencialmente en la calidad de la experiencia entera. La consideración inteligente de una situación es responsabilidad de unidad espiritual explícita; y podríamos decir que tal fórmula representa una definición de la dialéctica.

Después de lo dicho es probable que se perciba mejor el resultado que busco. El ejemplo ofrecido exhibe mis razones; pero, dando término a este esbozo de proyecto, insistiré todavía en todo ello. El resultado que busco consiste en cerrar el paso a la implicación especulativa (meramente especulativa) que trae la dialéctica. Si damos salida a la 'explicación' dialéctica de las situaciones, si insistimos en ponerlas a modo de conclusiones de un contexto dialéctico antecedente, estaremos siempre en defecto respecto de una genuina conclusión situacional. Este defecto (no veo cómo podamos subsanarlo en el elemento de la finitud) nos impulsará ineludiblemente a buscar la 'solución especulativa', a defender la doctrina de una Idea absoluta o un Espíritu que resuelve en dialéctica consumación toda relatividad, toda determinación. Y por la índole misma de nuestra especulación tendremos que obedecer al impulso teórico de elaborar esta 'vida del pensamiento'; no podremos tolerar la idea de que el Absoluto es un Otro, de modo que a corto andar tendremos que entrar en afirmaciones sobre una 'culminación de los tiempos', una 'apoteosis de la libertad'. O también, caso todavía peor, insistiendo en un contexto dialéctico antecedente de toda situación, tenderemos a justificarlo todo como relatividad necesaria y perderemos toda posibilidad de orientar verdaderamente nuestra acción. Rápidamente, estaremos a merced de una fantástica contradicción entre nuestro destino y la entera realidad: aceptaremos de una parte que todo ha sido hecho en la sustancia de la verdad y el bien en tanto que, de otra, la cierta —aunque no dialéctica—

consumación que representa el más genuino contenido de nuestra vida quedará como lo meramente en sí que, en orden a ser verdadero, debe recibir un fundamento a tal punto absolutamente universal que no hay vida finita donde esta fundamentación pueda cumplirse y que (si insistimos en la consumación universal) perderá ineludiblemente su carácter precioso de orientación absoluta. De esta manera, resultarán imposibles la inteligencia verdadera, la actividad verdadera, el movimiento seguro en el elemento de nuestro más alto destino. Quedaremos en la pura especulación, la inocua generalidad, la sutileza interminable que por mucho que se esfuerce no logrará salir del vacío en que flota, teniéndose entonces, y justamente, por increíble la potencia de una especificación real; y teniéndosela por tal, rápidamente también consideraremos lo real y genuino (torpemente, desde luego) como la escoria que echa fuera la fragua del espíritu, como la recalcitrante apariencia o, en el mejor de los casos, como la realidad en el modo de la ilusión y el engaño, o algo por el estilo. La idea de un contexto dialéctico antecedente trae todo esto consigo como una implicación; a corto andar (insistamos todavía) carece de sentido para ella toda orientación, toda acción, todo proyecto; y también toda historia, todo ámbito en que con seguridad podamos realizar nuestro destino y vivir de verdad nuestra vida; y también toda situación absoluta, porque ésta apenas es, para tal noción de un contexto dialéctico antecedente, una apariencia de la que no podemos partir sin caer de redondo en la alogicidad, en el dato sin 'razón'.

Se dirá, tal vez, que nada impide partir desde una situación absoluta (una inmediatez meramente sentida, o algo así) y hacer una ruta dialéctica mediante esta radical e iniciatoria situación inmediata. Moviéndonos de esta manera podemos aspirar a una consumación mediada por el tránsito espiritual que representa nuestra vida inteligente. Se vuelve así una vez más sobre la condición que hemos nombrado "estar dialécticamente situados". Sólo así situados podemos estar seguros de una consumación dialéctica universal.

Respondemos a esto con una consideración crítica más elaborada de esta condición —que sostenemos es imposible— de 'estar dialécticamente situados'. Para estar dialécticamente situados, en el sentido más riguroso que legítimamente debe exigirse a esta fórmula, se requiere que tal o cual inteligencia determinada que está así situada pueda y deba moverse con seguridad apodíctica desde 'esto, específico aquí' hacia 'eso, específico allí'; es decir, se requiere que una determinada inteligencia pueda y deba, por decirlo así, 'aglutinar las categorías' hasta constituir mediante su inteligente y explícita actividad un 'eso' específico. Nadie querrá salir en defensa de esta posibilidad; se trata aquí de una deficiencia que apunta viva y directamente al carácter finito del espíritu humano. Y acaso pueda ponerse esta deficiencia como argumento en favor de nuestra idea que niega el carácter de consumación dialéctica a toda situación absoluta. En efecto, si no fuera así pudiera esperarse que del modo como analizamos dialécticamente una situación pudiéramos llegar a una situación por la vía de la síntesis dialéctica. Parece, pues, que debemos rechazar que una situación sea diluida en el mero movimiento dialéctico de nuestras categorías. El juicio realista de la dialéctica nos conduce a algo que debemos aceptar como un Otro, algo que grita a voz en cuello que somos finitos y que debemos llevar nuestra vida a partir de una consumación situacional que nos es dada. La dialéctica es nuestro modo de vivir y actuar inteligentemente; ella abre un destino de vida verdadera; pero vida *nuestra*. Si es cierto que toda situación tiene el sello del Absoluto —y parece ser rotundamente cierto— en la situación, entonces, que exhibe un género de consumación que escapa a nuestras categorías, ha puesto el Absoluto una advertencia: que podemos y debemos sacar ideas y proyectos de una vida que

arraiga en la situación; pero que no podemos ni debemos aspirar con nuestras ideas a una consumación absoluta.

Concluyo esta reflexión defendiéndome de una posible acusación de inconsistencia. Porque hace algún tiempo publiqué un libro donde voy más allá de lo que acepto aquí. Si por casualidad hubiera alguien que se ocupara de esta comparación, creo poder justificarme ante él de la divergencia entre lo que pongo aquí y lo que puse allí. Porque en aquel libro me importaba más contribuir a desmantelar un arcaico laberinto, en tanto que en estas líneas he intentado bosquejar un camino. No era necesario elaborar —mientras criticaba— ciertas dudas que no eran allí importantes; en este lugar, en cambio, dichas dudas forman una parte principal*.

*Las personas que se ocuparon de mi libro querrán perdonarme este pasaje un tanto amargo. Son gemidos de soledad. Cuando redacté este ensayo nadie se había ocupado todavía del libro referido, ni pensaba yo que alguien lo hiciera. Felizmente parece que los tiempos comienzan a cambiar.

Jaime Silva: La Princesa Panchita

Comedia en dos actos

Música de Luis Advis

Personajes:

PRINCESA PANCHITA
HADA CHEPA
REINA PANCHA
REY PANCHO
REINA CARMELA
REY CARMELO
PRÍNCIPE CARMELITO
PRÍNCIPE JUAN
PRÍNCIPE AZUL
PRÍNCIPE RUDO

CUADRO PRIMERO. CASA DEL REY PANCHO

PANCHITA — *(Llora y borda).* Estoy llorando porque tengo pena; y tengo pena porque me quieren casar; y me quieren casar porque mañana cumplo quince años.

CHEPA — *(Entrando).* ¿Por qué está llorando, Princesa Panchita?

PANCHITA — Ya dije por qué estoy llorando, no te lo pienso repetir.

CHEPA — Ave María, ya amaneció con su idea esta niña. Yo que le venía a ofrecer una tacita de agua con harina pa la calor. *(Panchita llora).* Ya pues, no se ponga a moquillar que se le va a poner larga la nariz.

PANCHITA — Déjame llorar tranquila.

CHEPA — ¿No ve que se le va a mojar toíta la labor que está haciendo?

PANCHITA — ¡Que se moje, que se moje! ¡Que se ponga fea, que se destiña, que parezca un estropajo!

CHEPA — ¡No bote sus cosas al suelo, niñita por Dios! Benaiga la creatura caprichosa. *(Recoge el bordado).* Mire ve, y le estaba quedando de lo más bonito. ¿Y, qué es esto? ¿Un mantel?

PANCHITA — Un mantel bordado para cuando me case.

CHEPA — Yo sé lo que le falta a este mantel pa que se vea más bonito y usté le ponga más empeño a la costura...

PANCHITA ¿Qué?

CHEPA El nombre del novio bordado en cada esquina. ¿Qué nombre le vamos a poner?

PANCHITA No sé.

CHEPA ¿No sabe? ¿Y cómo se llama ese príncipe con que se juntó ayer al lao'e las trancas?

PANCHITA ¿Cuál?

CHEPA Ese que venía en una yegua baya, ¿no se acuerda?

PANCHITA No.

CHEPA Miren que desmemoriá, ¿no? ¿Y tampoco se acuerda que él le puso un anillo en el dedo chico y le dio un beso antes de partir?

PANCHITA *(Llorando).* ¡Tú nos estabas mirando!

CHEPA A ver, cuénteme cómo se llama ese príncipe tan re buenmozo y tan encachao.

PANCHITA No sé...

CHEPA ¿No le preduntó el nombre?

PANCHITA No.

CHEPA ¿No se habían visto nunca antes?

PANCHITA No.

CHEPA Chiquilla mentirosa, vení p'acá pa darte un buen tirón de orejas. ¿No era el mesmo con que estaba el otro día al ladito de la tapia? Mire que no le sabe el nombre cuando hasta yo sé que se llama Juan y es el príncipe de ese reino que hay al otro lao de la loma.

PANCHITA No se lo cuentes a mi mamá.

CHEPA Su mamá es la reina y tiene que saber todo lo que pasa aquí. Pero no le voy a decir na. Bueno, ahora que sabemos el nombre del novio póngase a bordarlo en las cuatro esquinas del mantel.

PANCHITA Es que él no es mi novio...

CHEPA ¿Y no se quieren entonces?

PANCHITA El me quiere y yo lo quiero, pero él es pobre y no lo dejarán pedir mi mano.

CHEPA ¡Cómo va a ser pobre! ¿No tiene su reino con chanchos y ovejas? Yo he oído decir que a ese príncipe le fue muy bien este año en la cosecha de porotos.

PANCHITA Claro que tiene su reino, pero mi mamá dice que es un reino muy chico y que apenas le da para comer. El otro día mencioné a Juan en la mesa, y mi mamá me dijo que no le hablara de ese príncipe tirillento.

CHEPA No se aflija, m'hijita. Dígale que venga pal palacio y se presente al rey. Yo lo voy a ayudar pa que le caiga bien.

PANCHITA ¿Cómo lo vas a ayudar?

CHEPA ¡Las preduntas que hace! ¿No ve que soy hada? Déjeme a mí nomás, y va a ver como se arregla todo.

PANCHITA Ya es muy tarde. Mi papá ha organizado unas carreras para mañana en el potrero del sauce, y el que gane será mi esposo.

CHEPA ¿Y cuándo lo va a ver?

PANCHITA Esta tarde, por última vez.

CHEPA Dígale que se presente mañana aquí con su yegua baya, que yo con mi magía voy a hacer que le gane a toítos los demás. Y ahora, mi pollita trintre póngase a bordar y déjese de lagrimones...

¡Ave María, mi niña
se tuvo que enamorar,
y si no está con su novio
quién la puede consolar!

PANCHITA *Me lo paso dando vueltas*
solita por el jardín,
mirando para el camino
por si él anda por ahí...

CHEPA *¡Ave María, las cosas*
que una tiene que ver!
¡Póngase a bordar m'hijita,
bien bonito su mantel!

PANCHITA *Bordaré una palomita*
con un letrero en el ala,
diciendo que la Panchita
está tan enamorada.

CHEPA ¡Ahí viene la reina y yo aquí sin hacer na! Ahora, por culpa suya me va a llegar una buena retá. ¡Ni una palabra de lo que hemos hablado! ¡Hágase la lesa y callaíto el loro! *(Sale).*

PANCHA *(Entrando).* ¿Por qué tienes los ojos colorados? ¿Has estado llorando?

PANCHITA No mamá, es que he bordado demasiado.

PANCHA ¡Deje de bordar inmediatamente! Mañana tiene que estar linda para recibir al que será su novio. ¿Y dónde está la Chepa? ¡Hace una hora que la mandé al huerto a cortar una sandía y todavía no la trae! Esta hada se está poniendo demasiado vieja, ya no me sirve para nada. Estoy segura que no ha sacudido esta pieza. ¡Puff, lleno de polvo! En este palacio todo tengo que hacerlo yo. ¡Si las visitas ven esta inmundicia qué van a decir!

PANCHITA ¿Quiénes van a venir de visita, mamá?

PANCHA Después te diré. Ahora anda a lavarte la cara y a ponerte tu vestido nuevo.

PANCHITA Bueno, mamá.

PANCHA Y pasa al salón del trono y despierta a tu papá que está durmiendo la siesta, y dile que venga. *(Sale Panchita. La reina arregla los muebles. Luego entra el rey Pancho).*

PANCHO ¿Por qué me han despertado tan temprano?

PANCHA Ya son las cuatro y a las cuatro y cuarto llegarán de visita nuestros vecinos: el rey Carmelo, la reina Carmela y el príncipe Carmelito.

PANCHO ¿Y a qué vienen?

PANCHA *(Imitándolo).* ¿Y a qué vienen? ¡Eres el rey más tonto que he conocido! La semana pasada mandaste embajadores a todos los reinos vecinos avisando el certamen de mañana. Ellos han querido adelantarse. ¡Yo estoy feliz! El príncipe Carmelito es lo mejor de la región. Va a heredar quince yuntas de bueyes, fuera de que en su reino se dan los melones más lindos del mundo. Lo único malo es que la reina Carmela es tan peladora y tan rota.

PANCHO ¿Tú crees?

PANCHA ¡Por supuesto! ¡Claro que no debemos traslucir nada! Si la antipática de la reina Carmela llega a notar nuestro interés, va a empezar a poner condiciones.

PANCHO Pero...

PANCHA ¡Cómo puedes decir eso! Acuérdate que eres su padrino, y de las quince yuntas de bueyes y de los melones. Más vale príncipe en mano que cien volando.

PANCHO Es que...

PANCHA ¡Déjame a mí! Tú no haces nada bien. Carmelito será nuestro hijo político y él y Panchita tendrán muchos principitos.

PANCHO Yo creo...

PANCHA ¡Silencio! ¡Y enderézate la corona, no seas huaso! ¿Qué diría la reina Carmela que se fija tanto en esas cosas, si te viera con la corona sobre un ojo? ¿Adónde vas?

PANCHO A tomar un trago de chicha.

PANCHA No tomas nada. Te lo pasas el día entero pegado al barril. La nariz se te está poniendo colorada.

PANCHO ¿Qué quieres que haga ahora?

PANCHA Que te quedes aquí, que no me contradigas en nada y que te portes como un rey. Me está empezando a doler la cabeza con el mal rato que me has dado. Voy a tener que ponerme un parche de papa debajo de la corona.

CARMELA *(Gritando afuera).* ¡Espanten los perros! ¡Alóoooo! ¿No hay nadie?

PANCHA ¡Ahí vienen! Cuidadito con desobedecerme. ¡Pasen nomás, los perros son mansitos!

CARMELA *(Entrando seguida de Carmelito y rey Carmelo).* ¡Cómo le va comadre, tanto tiempo que no la veía! Compadre, tan coloradito que está.

PANCHA Por fin se decidieron a hacernos una visita. ¿Se fija comadre Carmela que su marido también está coloradito? Tan ingratos que los han de ver. ¿Y cómo está Carmelito?

CARMELA Alentado. A ver, salude m'hijito.

CARMELITO ¡Agú!

PANCHA ¡Tan crecido que está! ¿Qué edad tiene ya?

CARMELA Va a cumplir veinte años. ¡Es tan inteligente! Viera usté hace unas preguntas como si fuera persona grande.

PANCHA Parece muy adelantado.

CARMELO Yo estoy muy orgulloso de mi cabro, compadre. Usté viera lo bien que juega a las bolitas.

PANCHA Quién lo hubiera creído...

CARMELA Y también sabe encumbrar volantines. ¿No es cierto m'hijito?

CARMELITO Agú.

CARMELA Fíjese que el otro día encumbró un volantín y con el hilo le amarró la cola a un gato. ¡Y el gato salió volando por el aire!

PANCHA ¡Qué gracioso!

CARMELA A ver, Carmelito, cántale algo a tus padrinos.

CARMELITO Agú, agú...

Quiero ser chiquito,
vestirme de grillo
con patitas de oro
y poncho amarillo.

Quiero ser amigo
de todas las flores;
ser un remolino
de cuatro colores.

Ser un pampanito
que duerme la siesta
en la parra grande
que hay en la huerta.

Al Tatita Dios
de noche le pido
que me dé un par de alas
para los domingos.

PANCHA Es una canción muy educativa.

CARMELITO Agú. Agú.

CARMELA ¿Qué quiere, m'hijito?

CARMELITO Yo trají mi trompo...

CARMELA ¡Mírenlo! ¡El trajo su trompo! Ya m'hijito, haga bailar su trompo para que la comadre vea lo bien que usté lo hace. *(Carmelito tira el trompo y le pega en el pie a la reina Pancha).*

PANCHA ¡Ay, ay, ay... mi pie!

CARMELO ¡Ave María, comadre!

CARMELA ¡Mire, comadre, cómo el angelito está llorando de arrepentimiento! A ver, m'hijito, dígale a su madrina por qué está llorando.

CARMELITO Estoy llorando porque mi trompo se rompició.

CARMELA ¿Y la princesa Panchita?

PANCHA Por ahí dentro debe estar.

CARMELA Carmelito tiene tantas ganas de verla.

PANCHA Vaya para adentro, Carmelito, y pregúntele a la Chepa dónde está la princesa.

CARMELITO Agú, agú... *(Sale).*

PANCHO Podríamos servirle un trago de chicha a los compadres...

CARMELO Muy buena idea, pues, compadre.

PANCHA ¡Pancho, cállate!

CARMELA Bueno, pues, comadre, usté se imaginará el motivo de nuestra visita.

PANCHA No tengo la menor idea a qué se debe esta grata sorpresa.

CARMELA ¡Carmelo, habla tú!

CARMELO Ejem... Ejem... Nosotros hemos pensado que nuestro hijo...

CARMELA Ya está en edad de casarse.

CARMELO Pero resulta que como él...

CARMELA Es heredero de un reino tan grande y tan bueno.

CARMELO Son muy pocas las princesas...

CARMELA Dignas de ser su novia.

CARMELO Por eso nosotros habíamos pensado...

CARMELA En la princesa Panchita.

CARMELO Que es la más linda y más noble...

CARMELA Aunque su dote no es muy suculenta que digamos...

PANCHA Ustedes quieren que Carmelito postule a la mano de Panchita. Pero han venido adelantados. Mañana es cuando recibiremos a los pretendientes.

CARMELA Vinimos antes porque mañana vendrá mucha gente y a nosotros no nos gusta codearnos con cualquiera.

PANCHA ¿Ah, sí? Desgraciadamente no podemos hacer nada. El rey ha dado su palabra de no recibir hasta mañana. Si hiciéramos una excepción con ustedes, todos los demás príncipes reclamarían.

CARMELA ¡Carmelito es ahijado de ustedes!

PANCHA Eso no quiere decir nada...

CARMELA ¿Y toda la plata que tenemos?

CARMELA Y CARMELO *¡Buenos días, su señoría,*
mandandirun, dirun, dan!

PANCHA Y PANCHO *¿Qué quería, su señoría,*
mandandirun, dirun, dan?

CARMELA Y CARMELO *Que nos diérais a vuestra hija,*
mandandirun, dirun, dan.

PANCHA Y PANCHO *¿Qué regalo habéis traído,*
mandandirun, dirun, dan?

CARMELA Y CARMELO *Cuatro sacos de oro fino,*
mandandirun, dirun, dan.

PANCHA Y PANCHO *Pues entonces Panchita es vuestra,*
mandandirun, dirun, dan...

CARMELO Ahora podríamos tomar el trago de chicha que nos ofreció, pues, compadre.

PANCHA ¡Alto! En mi familia no se bebe alcohol.

CARMELA Carmelo no ha bebido ni una gota desde que dejó de juntarse con el rey Pancho...

PANCHA A nosotros no hay más que mirarnos a la cara para ver que somos gente sana que no se envenena emborrachándose.

CARMELA Sobre todo usté, que está tan gorda. Ni que la tuvieran achiquerada.

PANCHA ¿Gorda, yo?

CARMELA ¡Claro, pues! Parece que tuviera la cara hinchada. Está que ya revienta.

PANCHA Usté en cambio está en los huesos. Son los años que se le han venido encima.

CARMELA Soy menor que usté.

PANCHA Qué gracioso. Mírese al espejo. Pero si es una anciana...

CARMELA Comadre, es usté una mal educada.

PANCHA No se enoje, comadre; a su edad le puede hacer mal.

CARMELA Acuérdese que soy su visita.

PANCHA Y, usté, acuérdese que yo no la he convidado.

CARMELA ¡Es usté una rota!

PANCHA ¡Y, usté, una vieja loca!

CARMELA ¡Te voy a sacar los ojos!

PANCHA ¡Y yo te voy a cortar la lengua!

CARMELA ¡Qué humillación, me desmayaré!

PANCHA ¡Yo también! *(Las reinas se desmayan).*

CARMELO ¿Salud, compadre?

PANCHO ¡Salud, compadre!

CUADRO SEGUNDO. LA TAPIA

(Panchita y el príncipe Juan conversan separados por la tapia)

PANCHITA ¿Quién mandaría hacer esta tapia que no me deja verte?

JUAN El rey Pancho.

PANCHITA Mi papá que no quiere que nos veamos; y arriba le puso pedazos de vidrio para que no pudiera subirme...

JUAN Yo me subiré.

PANCHITA ¡Te cortarás!

JUAN No importa.

PANCHITA ¡Te va a doler!

JUAN No importa.

PANCHITA ¡Te saldrá sangre!

JUAN No importa, te veré a ti.

PANCHITA Si te cortas, yo me corto; si te duele, a mí me duele; si te sale sangre, me sale sangre a mí. No te subas, Juan.

JUAN ¡Quiero verte!

PANCHITA Mírame por el hoyito que hemos abierto en la tapia.

JUAN Apenas te veo un ojo.

PANCHITA ¿Y ahora?

JUAN Ahora te veo la punta de la nariz.

PANCHITA ¿Y ahora?

JUAN Una oreja. ¡Pero yo quiero verte entera y no presa por presa!

PANCHITA Ahora no podemos.

JUAN ¿Cuándo?

PANCHITA Mañana.

JUAN Falta tanto para mañana.

PANCHITA Toda una noche con sus estrellas y con la luna; pero mañana será para siempre. ¿Cómo es tu palacio?

JUAN Es un palacio muy chico. Tiene dos piezas blancas, cuatro ventanas y un jardín.

PANCHITA ¿Un jardín?

JUAN Lo hice yo para ti.

PANCHITA ¿Tú sólo?

JUAN ¿Quién iba a ayudarme?

PANCHITA ¿No tienes un hada?

JUAN Mi hada se murió.

PANCHITA ¿Tiene muchas flores tu jardín?

JUAN Muchas. Y el camino está bordeado de piedrecitas blancas. Al frente hay una vertiente, así es que no tendrás que ir muy lejos para buscar el agua.

PANCHITA Juan, tu palacio es el palacio más lindo del mundo.

JUAN Mañana va a estar bonito. Voy a poner las cortinas que bordó mi mamá.

PANCHITA ¿Cómo era tu mamá?

JUAN No la conocí.

PANCHITA ¿Cómo has podido vivir tan solo? ¿Qué hacías en el invierno en las noches de lluvia? ¿No tenías miedo?

JUAN No tenía miedo. Tal vez un poco de pena. Me sentaba a la orilla del fuego y pensaba que estaba contigo y te contaba cuentos para que te quedaras dormida.

PANCHITA ¿Sabes muchos cuentos? A mí no me gustan los cuentos tristes.

JUAN Todos los cuentos que yo sé terminan bien.

PANCHITA Cuéntame uno...

JUAN Había una vez un príncipe pobre que se enamoró de una princesa muy linda. El no tenía nada que ofrecerle. Su palacio era chico; dos piezas blancas, cuatro ventanas, un jardín...

PANCHITA Pero ella lo quería con todo su corazón. No dormía pensando en él. Se le quitaron las ganas de comer y suspiraba y suspiraba el día entero.

JUAN Sufrieron un tiempo. Tenían que conversar a través de una tapia.

PANCHITA Pero al final fueron felices...

JUAN Vivieron muchos años y tuvieron muchos hijos.

PANCHITA Y aquí termina el cuento; pasó por un zapatito roto, pasó por uno, pasó por otro, para que ahora me cuentes otro.

JUAN Ahora te toca a ti.

PANCHITA Esteras y esteritas para secar peritas, esteras y esterones para secar orejones, este era un príncipe y una princesa que se querían mucho pero vivían separados... Y no podían escribirse porque nunca habían ido a la escuela.

JUAN ¿Y qué hacían?

PANCHITA ...Estaban tan cerca y tan separados... Se sentaban y se ponían a pensar...
Le diré que lo quiero
cuando sepa escribir
con las letras más grandes
que se puedan hacer...

PANCHITA Y JUAN
Y con números de oro
cuando sepa sumar
contaré las espigas
de su lindo trigal.

JUAN Pero un día él aprendió y escribió el nombre de ella en todos los árboles.

PANCHITA Y ella también aprendió y bordó el nombre de él en todos sus manteles... ¡Alguien viene!

CARMELITO *(Entrando)* ¡Agú!

PANCHITA Carmelito, ¿qué vienes a hacer aquí?

CARMELITO Yo buscarte.

PANCHITA ¡Andate, ándate!

CARMELITO ¿Qué miras?

PANCHITA Al otro lado de la tapia hay un león; si tú aguaitas, de un zarpazo te saca un ojo.

CARMELITO ¿Cuco?

PANCHITA Andate para la casa.

CARMELITO No.

PANCHITA *(Al príncipe Juan).* Tienes que irte, león malo; pero no dejes de venir mañana. Toda la noche estaré pensando en ti... Lloraré toda la noche, mañana..., león, te daré la ovejita que te había prometido...

JUAN Adiós, Panchita...

PANCHITA Adiós, león malo... Adiós... *(Se va el príncipe Juan)*

CARMELITO ¿Tú llorando?

PANCHITA Me ha entrado una pajita en el ojo; déjame llorar.

CARMELITO No llores más. Toma, para tú...

PANCHITA ¿Qué es esto?

CARMELITO Regalo...

PANCHITA ¿Un anillo de oro? ¡Ay, no quiero anillos! Me apretarían los dedos como una cadena.

CARMELITO ¿Feo?

PANCHITA No, es bonito; tiene perlas y rubíes. Pero tendría mi mano prisionera. *(Carmelito tira el anillo al agua).* ¡Lo has tirado al agua!

CARMELITO Toma, para tú...

PANCHITA ¿Aros de oro? ¡Ay, tampoco los quiero, Carmelito!

CARMELITO ¡Para los pescados! *(Los arroja al agua).*

PANCHITA ¡No debiste hacer eso! Tú mamá se va a enojar.

CARMELITO Toma, para tú...

PANCHITA ¿Un collar de oro? No quiero regalos de oro. No quiero ser tu novia.

CARMELITO ¿No?

PANCHITA No... ¿No te da pena?

CARMELITO No. Tú, amiga. ¡Collar para los sapos! *(Lo arroja al agua).*

PANCHITA ¡No lo tires al agua! ¿Qué dirá tu mamá?

CARMELITO ¡Mamá hacer tan-tan, pero tú contenta.

PANCHITA Eres bueno Carmelito. Te quiero como si fueras un hermano chico. ¿Tú me quieres?

CARMELITO Sí...

PANCHITA Perdona que no reciba tus regalos. El león se enojaría.

CARMELITO ¡Yo darte otro regalo!

PANCHITA No. Más regalos, no...

CARMELITO Uno... Uno... Ultimo...

PANCHITA No.

CARMELITO ¡Chiquitito!

PANCHITA No.

CARMELITO ¡Chiquititito!

PANCHITA No.

CARMELITO No oro...

PANCHITA ¿Qué es?

CARMELITO *(Corta una flor y se la da).* Flor...

PANCHITA *(Besándolo en la frente).* Carmelito, ¿crees que voy a ser feliz?

CARMELITO Tú, linda..., linda...

CUADRO TERCERO. CASA DEL REY PANCHO

PANCHO ¿Qué hora es, Pancha?

PANCHA ¡Nunca sabes la hora, cabeza de alcornoque! Ya es hora de que el palacio estuviera lleno de pretendientes... y no hay nadie. ¡No me explico lo que pasa!

PANCHO Todo el mundo sabe que estamos arruinados. Nadie quiere emparentarse con un rey venido a menos...

PANCHA ¡Qué humillación! ¡Para hacer la cazuela no hemos dejado ni un pollo en el gallinero! ¡Y nuestra hija, vestida con el concho del baúl, sentada en el jardín, va a echar raíces esperando!

PANCHO Si hubiéramos aprovechado al príncipe Carmelito...

PANCHA ¡Basta! ¡No me lo recuerdes! ¡Qué desgracia ha caído sobre nosotros! Hemos dejado escapar al único pretendiente de nuestra hija.

CHEPA *(Asomándose detrás de la puerta).* ¡La princesa Panchita tiene otro pretendiente!

PANCHA ¡Chepa, te he dicho que no escuches detrás de las puertas! ¡Eres el hada más intrusa que he conocido!

CHEPA No, señora reina, si yo venía a decirle que está listo el almuerzo.

PANCHA No quiero comer nada.

PANCHO Pero, yo...

PANCHA ¡Tú tampoco! Y, a propósito, quién es el otro pretendiente.

CHEPA Adivina, buen adivinador...

PANCHO Nunca le hemos conocido ningún pretendiente.

CHEPA Es un joven muy re bonitazo y que monta muy bien.

PANCHO ¿El hijo del rey Casimiro?

CHEPA Frío, frío, como el agua del río...

PANCHA ¿No será el príncipe del otro lado de la loma?

CHEPA Caliente, caliente como el aguardiente...

PANCHO ¿El príncipe Juan?

CHEPA El mesmo.

PANCHA No, no y no. Ese príncipe es más pobre que nosotros mismos.

CHEPA Pero es harto trabajador, pues.

PANCHA Novio sin plata no nos sirve.

CHEPA Antes de cinco años va a ser rico.

PANCHA Que venga entonces.

CHEPA Entonces la princesa Panchita va a estar vieja y fea, porque cinco años pa una niña enamorá son como cinco siglos.

PANCHA Panchita no está enamorada de nadie.

CHEPA Panchita está enamorá del príncipe Juan.

PANCHA ¿Cómo lo sabes?

CHEPA Lo sé porque soy hada.

PANCHA Pues no se casará con él. Antes tendrá que pasar por sobre mi cadáver y sobre el cadáver de Pancho.

PANCHO Como tú digas...

CHEPA Yo no sé na. Ustedes llamaron hoy día a los príncipes pa que corrieran una carrera en la que el ganador sería el esposo de Panchita. Güeno pues, el único que ha venío es el príncipe Juan. Allá afuera está esperando, montado en su yegua baya; esperando que ustedes salgan pa comenzar la carrera.

PANCHA No puede haber carrera si hay un solo jinete.

CHEPA ¿Y qué hay con eso? Corre solo, y gana.

PANCHA Imposible. Díle a ese príncipe pobretón que de balde está ahí afuera; nuestra hija no será para él.

Responsabilidad...
Responsabilidad...
Responsabilidad...

La dicha de mi hija
yo debo vigilar
con celo, sacrificios
y penas sin igual.

Con fe y constancia ciegas
habré de conseguir
a costa de mi llanto
que sea muy feliz.

Y, cuando pase el tiempo
ella comprenderá
la lucha que una madre
tiene que soportar.

No espero recompensa,
mi alma lo quiere así,
Y, viviré contenta
siendo ella muy feliz.

Pancho, debemos seguir esperando. Vamos a mirar al camino. *(Se van la reina Pancha y el rey Pancho).*

CHEPA Chitas los reyes porfiados. ¿Qué voy a hacer ahora pa convencerlos?

PANCHITA *(Entrando).* Chepa, Chepa, ahí está. Lo acabo de ver.

CHEPA ¿A quién?

PANCHITA Al príncipe Juan. Mira mi traje de novia. ¿Crees que él me encontrará bonita?

CHEPA Muy bonita, si es que te puede ver.

PANCHITA Pero si hoy nos casaremos.

CHEPA Eso no lo sabemos na todavía...

PANCHITA ¡Tú prometiste ayudarme!

CHEPA Es que la cosa es más difícil de lo que creíamos...

PANCHITA ¿Ya te echaste para atrás?

CHEPA No, niñita. Yo he hecho todo lo posible, pero parece que no va a haber caso.

PANCHITA ¡Te arrepentiste! ¡Eres mala! ¡No me quieres!

CHEPA Pero, Panchita...

PANCHITA ¡No me digas Panchita! ¡No me hables más!

CHEPA ¡Ave María, la coltra mañosa! Si no le sale todo a su gusto, al tiro se pone a moquillar.

PANCHITA ¡No has sido capaz de hacer nada por mí!

CHEPA ¡Eso es lo que usté cree! ¿Sabe en qué estuve anoche hasta que amaneció? Me fui con un hacha pal bosque y me puse a voltear árboles. Voltié uno, voltié diez, voltié cincuenta... Después los agarré y los puse toítos en el medio del camino. Como eran de esos árboles grandazos, viera la tremenda ruma que quedó. Y ahora nadien puede pasar por el camino. ¡Por eso es que no ha llegado ningún príncipe! Porque están toítos atajaos con el palerío que les puse pa que no pasaran.

PANCHITA ¿Y si sacan los troncos?

CHEPA ¡Qué los van a sacar, si entre diez cristianos juntos no se pueden uno! Claro, usté dice que no he hecho nada, que soy mala, que no la quiero...

PANCHITA ¡Perdóname! Es que tengo tanto miedo de que todo nos salga mal.

CHEPA Yo haré todo lo que esté de mi parte. Si acaso no nos resulta, será porque me estoy poniendo vieja y no sirvo pa na.

PANCHA *(Entrando).* ¡Albricias! ¡Albricias! Viene llegando gente.

CHEPA ¡No puede ser!

PANCHA Chepa, ándate para afuera que vamos a recibir al primer pretendiente.

CHEPA ¿Quién es?

PANCHA ¡El príncipe Azul!

PANCHITA ¿Viene en un caballo muy corredor?

PANCHA Ja, ja, ja... ¿Tú crees que es un príncipe anticuado como ese hilachento de Juan? Este príncipe llegó en un bote por el río.

CHEPA ¡Por eso pudo pasar el príncipe de moledera!

PANCHA ¡Silencio! Ahí viene. ¡Chepa, te dije que te retiraras! ¡Y, cuidadito con quedarte escuchando detrás de la puerta! *(Sale la Chepa y entran el rey Pancho y el príncipe Azul).*

PANCHO Pase, amigo; haga cuenta que está en su casa. Panchita, acércate. Le presento a mi hija.

AZUL Encantado de conocerla, señorita. Es usted bella como un capullo de rosa que se abre en un jardín solitario a la luz de la luna, mientras un jilguero melancólico desgrana las notas de un arpegio musical...

PANCHA *(A Panchita).* ¡Qué príncipe tan fino, niña por Dios! ¡Da gusto oírlo hablar!

AZUL Y usted, señora, es aún más bella que la voluminosa luna redonda reflejada sobre las anchas y ondulantes olas de un océano mecido por la brisa perfumada de azahares.

PANCHA Siéntese, joven, siéntese. ¿Quiere servirse un traguito de mistela?

AZUL ¿Podría acaso la mistela apagar la sed que abrasa mi alma, que es un desierto de amor, en el que espero encontrar el oasis de Panchita?

PANCHO ¿Así es que usted viene de muy lejos, joven?

AZUL Vengo de una ciudad incrustada en el lomo del horizonte; y he tenido que navegar en mi navío durante jornadas para arribar hasta las plantas de esta celestial creatura, que reúne en su ser tanta belleza como puede imaginar la mente humana.

PANCHA ¿Y cómo me dijo que se llamaba?

AZUL Juan, y soy un príncipe azul.

PANCHA ¿Y en qué trabaja usted, príncipe?

AZUL Yo soy un príncipe cartero. Yo reparto las cartas de todos los reyes del país.

PANCHA Me imagino que usté será muy rico.

AZUL ¡Soy el hombre más rico del mundo!

PANCHA ¡Qué bueno! ¡Nuestra hija es suya!

AZUL Poseo los inagotables tesoros de la imaginación...

PANCHA *(Aparte a Pancho).* ¿Qué tesoros son esos?

PANCHO No sé, Pancha.

PANCHA *(Al príncipe Azul).* ¿Y esos tesoros los heredó usté de alguien?

AZUL ¡Me los dio la musa de quien soy su hijo predilecto!

PANCHA *(Aparte a Pancho).* ¿Quién será la musa?

PANCHO Debe ser su mamá.

PANCHA *(Al príncipe Azul).* Y..., me imagino que nosotros, como seremos sus suegros, también gozaremos de sus tesoros.

AZUL Todos los días les regalaré con las más exquisitas riquezas de mi ingenio.

PANCHA ¡Qué amable! ¿Y para empezar qué regalo ha traido a nuestra hija?

AZUL ¡Un poema!

PANCHA ¿Nada más?

AZUL ¿Hay algo acaso de más valor que un poema?

Luciérnaga cautiva,
violeta adormilada,
escucha el dulce canto
de mi lira delicada.

Las ninfas ruborosas
de envidia morirán
al ver tus perfecciones,
creatura sin par.

Mi corazón palpita
aceleradamente,
me embarga la zozobra
de tenerte frente a frente.

Mas calla, pecho mio;
no oses perturbar
a esta indescriptible
creatura sin par.

Tendrás un palacio
que no tiene techo.
Podrás ver el cielo
tendida en tu lecho.
Y para que entre
la brisa temprana
tampoco he querido
ponerle ventanas.
Y no tiene puertas.
y las brisas entran;
no hay sillas, ni mesas,
ni platos, ni tazas...
Mas, naturaleza,
nos da la comida
con frutas silvestres
y agua de bebida.

Ay, ay, ay...

PANCHA Mire, joven, su poema no me ha gustado nada. Además, no es regalo suficiente para nuestra hija. Tiene que darle, por lo menos, un anillo de oro con perlas y rubíes.

AZUL ¿Y las perlas y los rubíes de mi imaginación?

PANCHA ¿A ver? ¡Muéstremelas!

AZUL Señora, usted no me comprende. Yo soy un poeta.

PANCHA ¿No me dijo que era cartero? Y le advierto que no lo dejaremos participar en la carrera si no regala algo de valor a la Panchita.

AZUL ¿Y el poema?

PANCHA Dije algo de valor, algo de oro.

AZUL ¡Ah, oro, maldito metal que mueves con toscos hilos a los humanos títeres: te desprecio!

PANCHA ¡Ya le dije! Así es que no saca nada con seguir hablando cosas raras.

AZUL No tengo nada más que darle.

PANCHA O le da un regalo decente, o se manda cambiar.

AZUL Está bien. Le daré la cadena de mi reloj. Es lo único de oro que poseo.

PANCHA Déjeme verla. *(Tomándola).* Es demasiado delgada y pesa poco.

AZUL Es todo lo que tengo.

PANCHA Bueno, lo aceptaremos. Pero no se crea que con esto tendrá derecho a la mano de Panchita. A cambio de este ínfimo objeto, nosotros le daremos la gran oportunidad de participar en la carrera.
(Se escucha una voz atronadora gritando afuera).

CHEPA *(Entra forcejeando con el príncipe Rudo).* ¡Este roto mal educado quiere llegar y meterse pa dentro como si esto fuera un potrero! Yo le he dicho que tengo que anunciarlo primero, pero no hace juicio.

PANCHA ¿Quién es el insolente que se atreve a armar este tremendo escándalo en mi palacio?

RUDO Yo.

PANCHA ¿Y qué quiere?

RUDO Vengo a llevarme a la Panchita. Panchita, anda a hacer tus maletas.

PANCHA Fuera de aquí.

RUDO No me iré sin llevarme a esta gatita asustada.

PANCHA ¡Fuera, he dicho!

RUDO ¡Cállese, señora! Yo soy muy delicado y no me gustan las escenas violentas.

PANCHA ¿Qué me calle yo? ¡Insolente! *(Al príncipe Azul).* Joven, defienda mi honor: mátelo...

AZUL ¿Yo? No sea usted dura... ¿No le da pena que yo mate a este pobre caballero?

RUDO *¡Viva el mal,*
yo siempre gritaré,
haciendo retumbar
el eco de mi voz!

¡Viva el mal!
No hay nadie que me pueda
en el mundo detener.

¿Me tiene miedo usted?
¿Me tiene miedo usted?
¿Y, usted?
Todos tendrán que oír...
Todos,
lo que yo les vengo a enseñar.

Soy fiera, rayo, trueno,
terremoto, maremoto,
rompe todo, roba todo.
¡No lo deben olvidar!

Las lecciones que yo enseño
son muy fáciles y cortas.
Si repiten mis palabras
la sabrán en un segundo
porque soy un gran maestro
y muy pronto serán malos
y también dirán cantando:
viva el mal...

¡Viva el mal!
¡Viva el mal!

PANCHA ¿Crees que te tenemos miedo?

CHEPA Pa pedir la mano de la niña tiene que ser príncipe y no un ajuerino cualquiera.

RUDO Yo soy príncipe.

PANCHA ¿Con esos modales? ¡No me haga reír!

AZUL Además tendría que haberle dado a Panchita un regalo de valor; de oro, y bien pesado.

RUDO Le traje un engañito. Claro que van a disculpar lo poco. Después le haré un regalo digno de ella. *(Saca una cadena de enormes eslabones de oro que pasa a la reina Pancha).*

PANCHA ¡Oh!

AZUL No se deje engañar, señora, esa cadena debe ser de bronce.

PANCHA *(Mordiendo un eslabón para comprobar si es de oro).* ¡Es oro, Pancho! ¡Mira: es oro! Bienvenido, príncipe... *(Al príncipe Azul).* ¡Párese y déle el asiento al príncipe! ¿Cómo se llama, alteza?

RUDO Juan.

PANCHA ¡Qué nombre tan bonito!

AZUL Yo también me llamo Juan.

PANCHA ¡No meta su cuchara! Nadie está hablando con usté. *(A Rudo).* ¡Ay mi querido Juanito, perdone mi equivocación! ¡No sé cómo no me di cuenta al tiro que usté es un gran príncipe! Se le nota a la legua. ¿No es cierto, Pancho? ¿Y viene de muy lejos?

RUDO Sí.

PANCHA ¿Y en qué medio de transporte ha llegado hasta nosotros?

RUDO En mi camión.

PANCHA ¡Ah, los adelantos de la vida moderna!

CHEPA ¿Y por cuál camino pasó?

RUDO Por un camino que hay en la montaña que no conoce nadie más que yo.

PANCHA ¿Y en qué trabaja usté, príncipe?

RUDO Eso es asunto mío, señora.

PANCHA ¿Pero usté tiene mucho oro?

RUDO No se preocupe. Bueno, vámonos, Panchita.

PANCHA ¡Espere! Panchita será suya, pero antes hay que cumplir con una formalidad. Mi esposo ha dado su palabra de entregársela al vencedor de la carrera; por lo tanto, la carrera debe efectuarse.

RUDO ¿Pero con quién voy a correr?

PANCHA Correrán ustedes dos.

AZUL Yo... Yo también soy príncipe.

RUDO Ja, ja... ¡Yo creía que era el cocinero!

AZUL ¡No se haga el chistoso!

RUDO ¿Qué?

AZUL ...Nada...

RUDO Entonces vamos a correr.

AZUL Me imagino que usted también correrá a pie, como yo.

RUDO No, amiguito. ¡Yo correré en mi camión! Y le advierto que tenga cuidado, porque si se me pone por delante, lo mataré como a una cucaracha.

AZUL Pensándolo bien, creo que es mejor que yo no corra...

RUDO Hay que cumplir con las fórmulas. Usté va a correr, pero voy a ganar yo.

CHEPA Oiga, reina, como de todas maneras va a ganar el príncipe del camión, ¿por qué no deja que corra el príncipe Juan en su yegua baya? Pa que no diga después que no le dieron su oportunidad. ¡Usté sabe lo pelaora que es la gente! Capaz que digan que el rey Pancho no cumplió su palabra.

PANCHA ¡Eso no lo dirá nadie! ¿Qué piensas tú, Pancho?

PANCHO Lo que tú quieres que piense, Pancha.

PANCHA Dejémoslo que corra. A lo mejor el camión también lo aplasta como una cucaracha... Y, ahora, acompáñenme, vamos a ver la cancha en que se efectuará la carrera. *(Salen los reyes con los dos príncipes).*

PANCHITA ¡Chepa! ¡Chepa! ¿Qué vamos a hacer?

CHEPA Ya lo tengo too pensao. Usté se encargará de hacer perder al príncipe que llegó en el camión.

PANCHITA ¿Pero, cómo?

CHEPA Le va a decir que quiere ir con él en las carreras. Cuando esté a su lado le va a decir que vaya más despacio con el camión pa mirar el paisaje. Va a tener que conversarle hartazo y emborracharle la perdiz pa que no gane. ¿Entiende?

PANCHITA Sí, pero me da miedo.

CHEPA ¡Apechugue nomás, m'hijita, que yo me voy a apersonar con el otro príncipe y ya me las arreglaré pa que no gane. ¿Entiende? Entonces ganará Juan.

PANCHITA ¿Cuál Juan? ¡Los tres se llaman Juan!

CHEPA ¡El de la yegua, pues!

PANCHA *(Gritando desde afuera).* ¡Atención, la carrera va a empezar! ¡Daré cinco minutos para que se preparen los corredores! *(Chepa se va).*

(Entran el príncipe Juan, el príncipe Rudo y el príncipe Azul).

PANCHITA *¡Juan, asustada estoy!*
Ven a darme valor.

PRÍNCIPES *¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Ya voy!*

PANCHITA *¿Qué hacen estos dos?*
perturban nuestro amor.

PRÍNCIPES *¡No sé! ¡No sé! ¡No sé!*

PANCHITA *Tú tienes que ganar,*
contigo iré al altar.

PRÍNCIPES *Los otros perderán...*

PANCHITA *¡Señor, qué confusión,*
ya pierdo la razón!

PRÍNCIPES *¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!*

PANCHITA *Ay qué terrible es*
llamarse Juan los tres.

PRÍNCIPES *¡El no es! ¡El no es! ¡El no es!*

PANCHITA *Te doy mi corazón.*
Señor que confusión...

PRÍNCIPES *¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós!*

CUADRO CUARTO. EL BOSQUE

(Cruzan el escenario Rudo y Panchita en el camión. Luego entran la reina Pancha y el rey Pancho)

PANCHA Por aquí pasarán. Apúrate, Pancho.

PANCHO ¿Para qué hemos venido al bosque?

PANCHA Cállate. Nunca te das cuenta de nada. ¿No viste que el hada Chepa andaba en secreteos con la Panchita? Capaz que se le ocurra hacer una magia para que gane ese pililo de Juan. Pero aquí estoy yo para impedir que se entrometa.

PANCHO Quiero irme para el palacio...

PANCHA No. Tú no te mueves de aquí. ¿Serías capaz de dejarme sola e indefensa en el medio del bosque?

PANCHO Tú sabes defenderte sola.

PANCHA ¿Yo que me asusto de un mosquito?... Me gustaría que me pasara algo para que tuvieras remordimientos.

PANCHO Pero...

PANCHA No hay pero que valga. Y, cállate, que ahí viene la Chepa. ¿No te decía yo que ésta se traía algo entre manos? Escondámonos. *(Se esconden detrás de un árbol. Entra el hada Chepa que se esconde detrás de otro árbol; más atrás viene el príncipe Azul, el hada le hace una zancadilla y éste cae. Chepa se arroja al suelo simulándose herida).*

CHEPA Ay, ay, ay...

AZUL ¿Quién hace vibrar mis oídos con voz tan lastimera como el golpeteo de alas moribundas sumergidas en la niebla esfumada del crepúsculo?

CHEPA Oiga, príncipe, venga a ayudarme que me estoy muriendo.

AZUL ¡Ah, es usted, la anciana esclava que como un monstruo deforme repta junto a la perfecta Panchita haciendo así un extraño contraste!

CHEPA Fíjese que la reina me mandó a buscar leña al bosque y me picó un alacrán.

AZUL ¿Dónde depositó su ponzoña maléfica el diminuto portador de la muerte que insulta al cielo desafiante con su cola?

CHEPA ¿Qué?

AZUL ¿Dónde la picó?

CHEPA En este pie. ¡Ay, no! No me lo toque. Deme un traguito de agua que tengo la boca seca...

AZUL ¿Dónde encontraré el líquido elemento, condensación de las lágrimas frías que llora el cielo en las noches turbulentas de lluviosidad a cántaros?

CHEPA Un poquito más allá hay una vertiente. Pero no tengo na cántaro, así es que tráigame agua en su sombrero...

AZUL ¿Mi sombrero nuevo?

CHEPA Claro, pues... ¿Quiere que me muera?

AZUL Bueno... Pueda ser que esta acción bondadosa sea favorable ante el juzgado que sobre mi cabeza va a fallar. *(Sale).*

CHEPA Cómo no le va a fallar la cabeza si habla tantas ignorancias. *(Mira hacia el camino).* Y el príncipe Juan todavía no aparece. *(Los reyes salen de su escondite y se le acercan por detrás).*

PANCHA Ejem...

CHEPA ¡Ave, María! ¡Ay, reina, por Dios, el tremendo susto que me ha dado! Casi se me le sale el corazón por la boca.

PANCHA ¿Qué estás haciendo aquí?

CHEPA Vine... Vine a recoger avellanas.

PANCHA No mientas. Te hemos sorprendido. Vuélvete inmediatamente para el palacio.

PANCHO Yo la acompaño.

PANCHA Pancho, punto en boca... *(A Chepa).* Lo que tú quieres es que gane Juan. Pero no va a ganar Juan, sino que va a ganar Juan.

CHEPA No le entiendo na, oiga, reina...

PANCHA No estoy aquí para discutir con hadas. Andate, y pobre de ti que no estén listas las sopaipillas cuando termine la carrera.

CHEPA ¡Allá se ve una polvadera!

PANCHA Debe ser el camión.

CHEPA Debe ser Juan montado en su yegua baya. ¡Claro que es él!

PANCHA ¡Yo lo atajaré! ¡Pancho, atájalo!

PANCHO El caballo me va a patear...

PANCHA ¡No importa! Hazlo por tu hija.

CHEPA ¿Qué hago ahora que la reina me va embarrar toíto el pastel?

PANCHA Ya se acerca. Pancho, ponte firme.

PANCHO *(Huyendo).* ¡Socorro!

PANCHA ¡Eres una gallina!

CHEPA ¡Qué hago! ¡Qué hago! ¡Qué hago! ¡Ah, ya sé! Se me había olvidado que soy hada. Haré una magia y dejaré embrujados a la reina y al rey.

PANCHA ¿Qué estás haciendo, Chepa? *(Chepa hace unos pases mágicos. Los reyes embrujados empiezan a jugar al pillarse).*

PANCHO Ene, tene, tú...

PANCHA Cape, nane, nu...

PANCHO Tiza, fa...

PANCHA Tumba, la...

PANCHO Para que la lleves tú...

PANCHA ¡Corre qué te pillo! *(Los dos salen corriendo).*

CHEPA Ya está. Vayan a darse una vueltecita por el campo. *(Mira para el camino).* Y, ahora, m'hijito, apúrese. ¡Eso es! ¡Péguele con el rebenque! ¡Entiérrele las espuelas! ¡Echele! ¡Echele! ¡Echele! *(Entra Juan corriendo en la yegua).* ¡Por qué se demoró tanto, príncipe, por Dios!

JUAN Al cruzar el río se me espantó la bestia y no la podía sacar.

CHEPA ¡Apúrese, mire que el camión le lleva mucha ventaja! ¡Huasquee fuerte! ¡Corra más ligero que el viento!

JUAN ¡Más ligero que el viento, porque el amor me lleva! *(Sale).*

AZUL *(Cruzándose con Juan al entrar).* ¿Quién pasó?

CHEPA Un vecino...

AZUL ¿Y, por qué corría tanto?

CHEPA Porque iba a tomar el tren. ¿A ver? Páseme el agua. ¡Está sucia! *(Bota el agua).* Tráigame agua limpia.

AZUL ¿No se da cuenta que si pierdo la carrera, la princesa Panchita va a casarse con ese ogro?

CHEPA No se preocupe por el porvenir de Panchita. Las princesas buenas y lindas como ella siempre tienen un príncipe valiente que las libra del malhechor.

AZUL ...Un príncipe azul...

CHEPA No, joven. Los príncipes azules hablan muchas ignorancias, no son buenos pa topear en la medialuna, no saben arar ni sembrar trigo. El príncipe que se llevará a la Panchita será un príncipe trabajador.

AZUL ...Entonces no seré yo...

CHEPA Claro que no.

AZUL ¿Y quién será? *(Entran Pancha y Pancho jugando).*

PANCHA Huichichío...

PANCHO Huichichío...

AZUL ¡Qué agradable sorpresa, señora!

PANCHA ¿Quién es usté?

PANCHO ¿Quién es usté?

AZUL ¿Acaso no reconocen mi silueta, contemplada ya con anterioridad?

PANCHA ¡Tonto!

PANCHO ¡Tonto!

AZUL Veo que mi presencia no es del todo grata...

PANCHA ¡Tengo hambre!

PANCHO ¡Tengo hambre! *(Pancha y Pancho se ponen a llorar).*

AZUL *(A Chepa).* ¿Debo colegir que han ingerido bebidas alcohólicas?

CHEPA Yo no sé na.

AZUL Señora, no llore. Tal vez yo pueda ayudarla en algo. ¿Qué sucede? ¿Qué está usted haciendo aquí?

PANCHA *Soy una linda niña,*
salí al bosque a jugar;
voy corriendo y cantando así:
tralalala...

PANCHO *Soy un hermoso joven,*
salí al bosque a jugar;
voy corriendo y cantando así:
tralalala...

PANCHA *Ven, bailemos sin descansar,*
la luna ya va a salir,
nuestra ronda comenzará
si me das tu corazón...

PANCHO *Ven, bailemos sin descansar,*
la luna ya va a salir,
nuestra ronda comenzará
si me das tu corazón...

(Salen todos bailando por el bosque. Oscuridad. Entran Rudo y Panchita en el camión).

PANCHITA Le dije que no fuera tan ligero. Me da miedo ir tan ligero.

RUDO Yendo conmigo no tienes a qué tener miedo, palomita...

PANCHITA Nos hemos alejado del camino. ¿Para dónde me lleva? ¡Pare! Nos vamos a perder...

RUDO Ja, ja, ja...

PANCHITA ¡No quiero seguir con usté! Quiero bajarme. ¿Adónde me lleva? La carrera no es por aquí.

RUDO ¿Y, piensas, niña ingenua, que estamos corriendo la carrera? En el momento mismo en que te subiste al camión decidí arrancarme contigo. Así las cosas resultan mucho más rápidas. ¿Verdad?

PANCHITA ¿Adónde me lleva?

RUDO A mi palacio, en un país lejano.

PANCHITA ¡No, no, no! Mamá... Mamá... ¡Socorro!

RUDO Nadie podrá oirte.

PANCHITA ¡Juan, Juan, sálvame! *(Oscuridad. En un claro del bosque Carmelito juega con su muñeca).*

CARMELITO *Arroz con leche, yo querer casar*
con una princesa que saber cantar.
con ésta, yo, sí.
Con ésta, yo, no.
Con ésta, yo,
sí que me caso yo...

Yo quería casarme con Panchita, pero ella no quiso. Yo tengo mi muñeca. También se llama Panchita. Yo quiero mucho a mi muñeca. Ahora la muñeca hace tuto. Yo la traigo al bosque y corto flores para ella. El bosque es mi jardín; los pajaritos cantan para nosotros. ¿Quieres regalo, muñeca? Toma, flor. Todas las flores del bosque son para ti. Muñeca, ¿quieres bailar conmigo?

Arroz con leche, yo querer casar
con una princesa que saber cantar.
Con ésta, yo, sí.
Con ésta, yo, no.
Con ésta, yo,
sí que me caso yo...

(Oscuridad. Otro lugar en el bosque. Entra Rudo trayendo a Panchita maniatada).

RUDO Tuve que parar porque gritabas demasiado. En mi casa serás feliz: vivirás en una oscura prisión subterránea y te pondré una linda cadena de hierro en el pie para que no te escapes... Tendrás que limpiar mis establos y prepararle la comida a los perros. Tu alimento será un trago de agua y un mendrugo de pan duro. Claro que si no te gusta y te quejas, me veré obligado a azotarte. Encuentro delicioso tener que azotar un animalito rebelde. Y, ahora, contéstame: ¿te casarás conmigo?

PANCHITA No, nunca.

RUDO Muy bien, tú lo has querido. Te di una oportunidad y la rechazaste. Ahora me veré obligado a dejarte abandonada en el bosque.

PANCHITA No, por favor...

RUDO ¿Te casarás conmigo?

PANCHITA ¡No! ¡No! ¡Te odio! *(Aparece Carmelito).* ¡Carmelito! ¡Carmelito! Corre a avisar al príncipe Juan que me van a abandonar en el bosque...

CARMELITO ¿Quién?

PANCHITA ¡El príncipe malo! ¡Corre que mi vida peligra!

RUDO ¡Chiquillo del demonio, te voy a matar!

PANCHITA ¡Arráncate, Carmelito!

CARMELITO ¡Agú! ¡Agú! *(Carmelito huye seguido por el príncipe Rudo).*

PANCHITA *Por el bosque oscuro*
no me encontrarán.
Sólo escucho mi eco:
Juan... Juan... Juan...

Nunca en mi ventana
volveré a bordar,
ni volveré a verte,
Juan... Juan... Juan...

Prisionera, nunca
volveré a cantar.
Moriré diciendo:
Juan... Juan... Juan...

RUDO *(Entrando).* Se escapó... Pero tú, no te escaparás. *(Panchita se desmaya. Oscuridad. Otro lugar del bosque. Carmelito corre detrás de Juan).*

CARMELITO ¡Agú! ¡Agú! *(Juan no lo oye).* ¡Agú! ¡Agú! ¡Agú!

JUAN *(Sin dejar de correr).* ¿Por qué gritas, Carmelito?

CARMELITO ¡Tú parar, parar!

JUAN ¡No puedo parar!

CARMELITO ¡Yo quiero hablar con tú!

JUAN ¿Qué quieres decirme?

CARMELITO ¡Estoy cansado! ¡Primero parar!

JUAN ¡Si paro pierdo a Panchita!

CARMELITO ¡Estoy cansado! ¡No puedo hablar corriendo!

JUAN ¡Entonces me lo dirás mañana!

CARMELITO ¡No, no! ¡Espera! ¡Al tiro! ¡Importante!

JUAN ¡No hay nada más importante que la carrera!

CARMELITO ¡Esto, más! ¡Más importante! ¡Mucho más importante!

JUAN Tú no sabes nada, Carmelito... Y, ahora, ándate para la casa y quítate de mi camino que me estás estorbando. ¿Por qué te pones a llorar?

CARMELITO ¡Te importa más la carrera que la Panchita!

JUAN ¿Qué has dicho?

CARMELITO Nada. Tú no quieres oir..

JUAN ¿Le pasa algo a Panchita?

CARMELITO El príncipe malo la va a dejar amarrada a un árbol en el medio del bosque.

JUAN ¿Dónde?

CARMELITO No te digo porque tú no me quieres.

JUAN Sí, te quiero, Carmelito, pero dime dónde está.

CARMELITO ¿Me quieres?

JUAN Sí...

CARMELITO ¡Qué bueno! Entonces vamos donde la Panchita. ¡Por aquí! ¡Corramos! *(Oscuridad. Ahora vemos de nuevo a la Panchita amarrada al árbol y al príncipe Rudo).*

RUDO *¡Viva el mal,*
yo siempre gritaré,
haciendo retumbar
el eco de mi voz!

¡Viva el mal!
no hay nadie que me pueda
en el mundo detener.

¿Me tiene miedo usted?
¿Me tiene miedo usted?
¿Y, usted?
Todos tendrán que oir...
Todos,
lo que yo les vengo a enseñar.

Soy fiera, rayo, trueno,
terremoto, maremoto,
rompe todo, roba todo.
¡No lo deben olvidar!

Las lecciones que yo enseño
son muy fáciles y cortas.
si repiten mis palabras
las sabrán en un segundo,
porque soy un gran maestro
y muy pronto serán malos
y también dirán cantando:
viva el mal...

¡Viva el mal!
¡Viva el mal!

PANCHITA No me deje amarrada aquí, señor...

RUDO No puedo perder tiempo... Llegaría tarde a comer a mi casa.

PANCHITA Por favor...

RUDO No quedarás sola. Luego vendrán los leones a hacerte compañía.

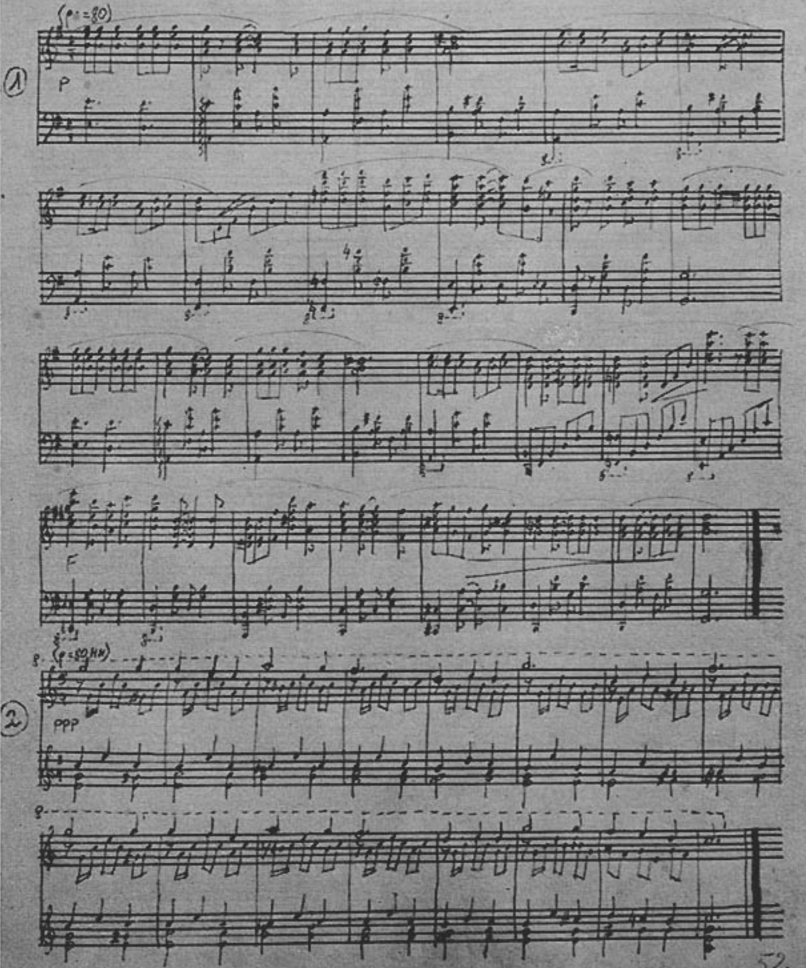
(Entran Juan y Carmelito. Juan, después de vencer al príncipe Rudo en una lucha, besa a Panchita. Carmelito besa a su muñeca. El cielo se tiñe de rosado. Entran todos los personajes y cantan el "Arroz con Leche")

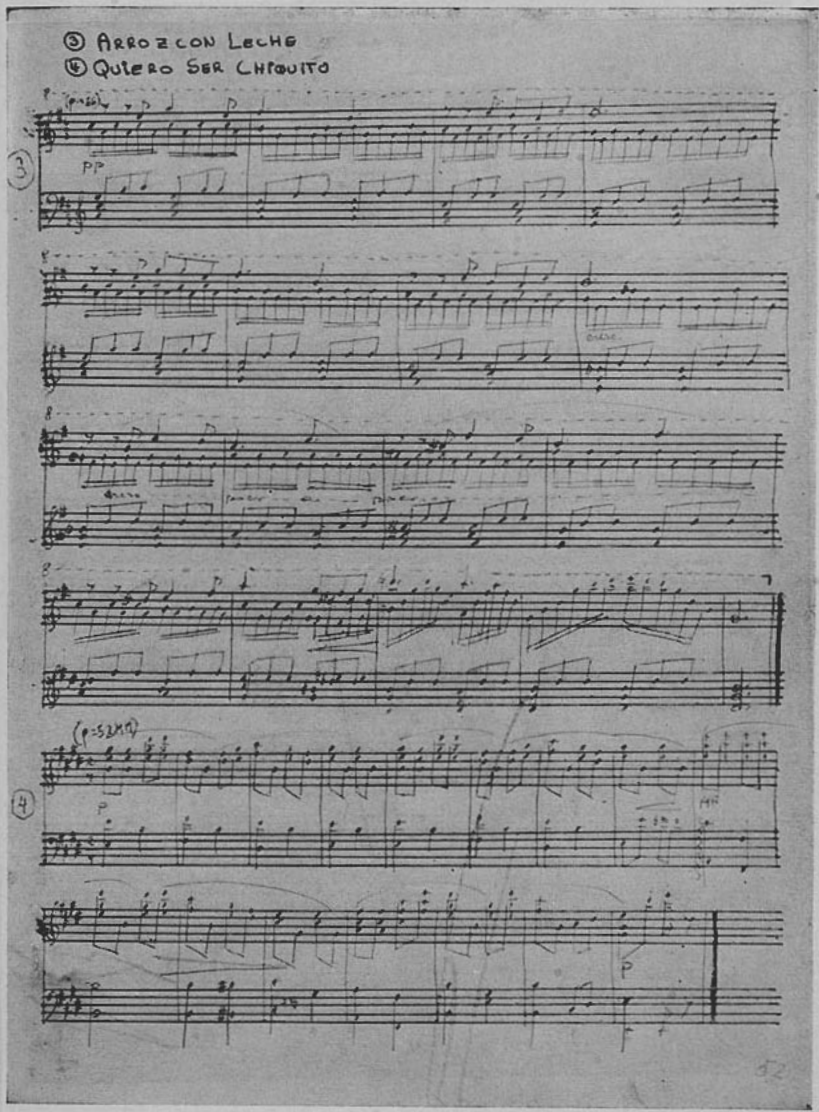
TELON

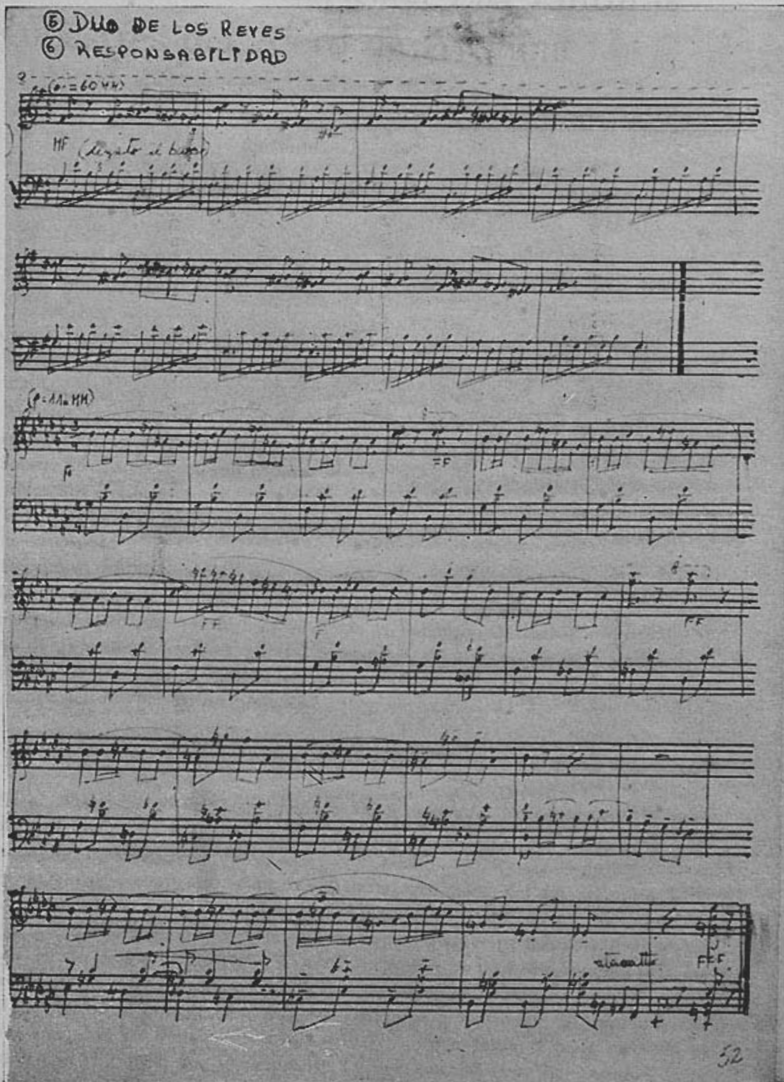
La comedia "La Princesa Panchita", de Jaime Silva con música de Luis Advis, fue estrenada el 5 de octubre de 1958 por la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, durante el Tercer Festival de Alumnos, en la sala "LEX" y con el siguiente reparto:

Princesa Panchita: Gaby Hernández.
Hada Chepa: Silvia Solano.
Reina Pancha: Rosa Orozco.
Rey Pancho: Manuel Moreno.
Reina Carmela: Grimanesa Jiménez.
Príncipe Carmelito: Jaime Silva.
Rey Carmelo: Oto Hanish.
Príncipe Juan: Fritz Stein.
Príncipe Azul: José Pineda.
Príncipe Rudo: Mariano Díaz.
Arboles: Eliana Vidal, Oscar Figueroa, Raúl López.
Dirección: Enrique Durán.
Escenografía: Sergio Zapata.
Vestuario: Fernando Khran.
Coreografía: Noisvander.
Iluminación: Víctor Segura.

① TONADA
② Duo




③ ARROZ CON LECHE
⑤ QUIERO SER CHIQUITO
3
4


⑤ DUO DE LOS REYES
⑥ RESPONSABILIDAD
52

Mario Orellana Rodríguez: Las Pinturas Rupestres del Alero de Ayquina

Profesor-Investigador de Arqueología de la Universidad de Chile

Introducción

DAMOS a conocer aquí una descripción de las pinturas rupestres de Ayquina con el fin de hacer hincapié en un capítulo importante de la arqueología del Norte de Chile.

Aunque los especialistas están en conocimiento de la existencia de estas pinturas por un breve informe de Gustavo Le Paige, director del Museo de San Pedro de Atacama, nos parece necesario precisar la descripción de ellas como también discutir su ubicación cronológica.

En un intento de uniformar la clasificación de colores, aplicamos la tabla de colores de Oswald*.

Deseamos también señalar que utilizamos el concepto de "pinturas rupestres" para las pinturas de Ayquina, porque ellas han sido pintadas directamente en las paredes del alero, sin que se haya realizado la operación de grabar primero las figuras de animales y hombres y luego rellenarlas con pintura. En este sentido pensamos que el concepto de "pinturas rupestres" no es sinónimo del de "pictografías" ni menos del de "petroglifos pintados".

Ubicación geográfica del pueblo de Ayquina y del alero con Pinturas Rupestres

En el departamento del Loa, provincia de Antofagasta, Norte de Chile, a unos 3 kms. del pueblo de Ayquina, en un alero situado en la quebrada del río Salado, existen pinturas rupestres.

El pueblo de Ayquina se encuentra en la margen norte del río Salado, a 3.100 mts. de altitud, en lo alto de la quebrada dominando ampliamente el cañón del río. Al pie del pueblo unas vertientes ligeramente salobres permiten cultivar la barranca del río mediante el sistema de terrazas; a lo largo de 1 Km. la quebrada del río es cultivada intensamente produciéndose alfalfa, maíz y trigo.

El río Salado se origina en unos geysers situados al pie oeste del cordón cordillerano que sirve de límite entre Chile y Bolivia. Corre hacia el oeste cortando el abrupto tajo el cordón que se desprende hacia el sur del cerro de Toconce; sigue en dirección este-oeste, encerrado por barrancos en los que la capa traquítica alcanza de 50 a 100 mts. de espesor, produciéndose a veces el acercamiento considerable de las paredes de los barrancos, hecho que permite la construcción de cortos puentes a decenas de metros de altura. Termina por afluir a la margen este del río Loa con unos 2.400 litros de agua por segundo. El largo total del río Salado es de unos 80 Kms. y su hoya hidrográfica alcanza a 2.400 Kms.[2] [1].

Especialmente la pared norte de la quebrada del río Salado, entre el pueblo de Ayquina y el Sifón de conducción del agua potable de Toconce a Antofagasta, que

*Herbert Jacobson: *Basic Colours*. Chicago, 1948.

[1]Luis Riso Patrón. *Diccionario Geográfico de Chile*. Imprenta Universitaria, 1924.

cruza el río a unos 3.800 mts. en dirección este del pueblo, ofrece al estudioso gran cantidad de petroglifos, muchos de los cuales deben ser relativamente recientes, ya que presentan entre sus figuras dibujadas la del caballo, animal contemporáneo a la llegada del español.

Sin embargo, un alero (o "abrigo") (Foto 1) situado también en la pared norte y a 3 Kms. de Ayquina, presenta como rasgo cultural básico pinturas de auquénidos y de hombres armoniosamente realizados.

Descripción de las pinturas

En una publicación de Gustavo Le Paige S. J.[2] se mencionan por primera y única vez, hasta el presente, estas pinturas: "Lo más interesante de esta quebrada es la cueva meridional a unos 3 Kms. de Ayquina. Entre dos tapas de conglomerado corre otra tapa delgada de piedra calcárea de grano fino de unos 50 cms. de grueso, término medio, pues es bastante irregular. Se ubica a unos 3 mts. de altura sobre el piso actual. Sobre esta faja de tierra no hay petroglifos, pero sí lindísimas pinturas de auquénidos. Todas son de color "concho de vino" salvo dos amarillas y tres de color naranja; todos los animales tienen dibujadas sus cuatro patas menos dos. Estas pinturas tienen una vida maravillosa y demuestran un agudo espíritu de observación único en el arte atacameño. Dos veces con seguridad y una tercera en forma dudosa, pues el dibujo está bastante deteriorado, aparece la figura de un hombre casi sentado bajo el auquénido, cuya parte superior no aparece... En una parte aparece un hombre de pie en medio de dos filas de animales superpuestos, la serie de arriba comienza hacia la izquierda y la de abajo hacia la derecha. Cerca del hombre se ve una línea ondulada.

"El dibujo es muy antiguo; la cueva fue habitada desde el tiempo de las pinturas y muchas están deterioradas; ya no existen muchas cabezas de los auquénidos. Habían sido pintadas sobre la parte que junta la tapa del conglomerado con la tapa de calcaria.

"Sin embargo, todo esto está al fondo de la cueva muy bien protegido. ¿Cuántos siglos se ha necesitado para producir estas diferencias en las dos rocas?

"En la parte oriental de la cueva, sobre un pedazo de la piedra calcárea hay otros dibujos muy borrados. Sin duda son pinturas de formas lineales, rectángulos con bordes de triángulo, etc.".

En noviembre de 1961 acompañado del señor Reinaldo Yaski tuvimos la oportunidad de medir las pinturas, de fotografiarlas y en general de precisar una serie de detalles que nos interesaban.

Las pinturas, que se hallan en un alero y no en una cueva como lo afirma Gustavo Le Paige, están ubicadas en 3 sitios diferentes, aunque sí, a una relativa misma altura y por lo tanto en una misma línea horizontal: su altura oscila desde los 2,13 mts. hasta los 2,40 mts. Las variaciones de centímetros se explican por lo irregular del piso actual del alero, el cual contiene estiércol de auquénidos y de ganado menor.

El grupo principal de las pinturas está situado a 2,13 mts. de altura, tiene un largo de 3,40 mts. y un ancho de 25 cms. Consta de 30 figuras de animales y 5 figuras de hombres. De los animales hay 29 auquénidos y 1 equus; entre las figuras de hombres una parece ser de mujer. (Foto 2).

[2]Gustavo Le Paige S. J.: *Antiguas Culturas Atacameñas en la Cordillera chilena.* Anales de la U. C. de Valparaíso, N.os 4 y 5. Años 1957-1958, p. 44.

A la izquierda del grupo principal en dirección oeste se distingue claramente la pintura parcial de un auquénido a 2,37 mts. de altura. Están dibujadas la cabeza, el cuello y parte del cuerpo del animal, además de una soga tirante que lo tiene sujeto del cuello. El largo del cuerpo del auquénido es de 7 cms., la longitud del cuello es también de 7 cms., y el largo de la soga alcanza a 9,5 cms. (Foto 3).

Todavía en el mismo alero más al oeste y sobre unas actuales pircas a una altura de 2,40 mts. existe una pintura que representa a un auquénido y a una figura bípeda con cola y dos orejas. El auquénido tiene 12,5 cms. de largo y el ser que parece perseguirlo tiene 5,2 cms. de altura. (Foto 4).

Entre el grupo principal de pinturas y la figura parcial del auquénido se observan pinturas muy borrosas, como también en otros sectores del alero, siempre a una relativa misma altura. Parece posible decir que los 13 mts. que hay entre el auquénido perseguido por el ser bípedo con cola y la primera figura del grupo principal, estuvieron cubiertos por pinturas.

El conjunto principal de pinturas consta de dos filas de animales: una que mira de este a oeste y la segunda en dirección oeste-este. Estas dos filas de animales sólo existen al comienzo del conjunto de pinturas, es decir, en el primer metro de pinturas. La primera fila se compone de 23 auquénidos, además de 4 figuras humanas; la segunda fila consta de 6 auquénidos, y un equus. Sirven de nexo entre las dos filas una figura humana de unos 15 cms. de alto y unas líneas curvas, además de algunas pinturas muy borrosas. La figura de pie que está entre las dos filas de animales, tiene los brazos ligeramente apartados del cuerpo; parece vestir un largo camisón lo que nos hace pensar que se pueda tratar de una mujer. (Foto 5). Las 4 figuras de hombre que aparecen en la primera fila están en posiciones diversas:

a) sentadas o semisentadas, junto a las patas traseras de los animales o, bajo la parte posterior de ellos;

b) de pie con los brazos extendidos como sosteniendo y a la vez tirando algo (¿una soga?).

Los animales en general aparecen representados:

a) en fuga;

b) en fuga, perseguido por una figura bípeda con cola y orejas;

c) en fila, trotando;

d) conducidos amarrados con una soga; y

e) maneados en sus patas traseras (?).

La última representación es sumamente dudosa ya que podría ser que el hombre que está bajo el auquénido no lo está sujetando por sus patas traseras, sino que está extrayéndole leche.

Las figuras de los auquénidos están muy bien ejecutadas alcanzando algunas de ellas gran perfección y gracia. Los animales en general están representados en movimiento con sus lomos arqueados, sus ancas y patas traseras algo levantadas y cuellos erguidos. Tanto las pinturas de los animales como la de los hombres entregan una sensación de movimiento pleno de armonía. Indudablemente, el conjunto de hombres y animales combinados armoniosamente pertenece al tipo de pinturas naturalistas.

Las pinturas se caracterizan básicamente por tres tipos de colores, según la teoría de Oswald, un rojo oscuro que corresponde al rojo 7 n. e., un rojo brillante que corresponde al rojo 6 1 c., y un amarillo que corresponde al amarillo 3 i. a. La mayoría de las pinturas se han realizado con el rojo 7 n. e.; las amarillas están muy borradas y sólo se distinguen manchones; las pintadas con rojo 6 1. c. serían las superpuestas y el auquénido con la soga.

Interpretación y Cronología

En el territorio de Chile son escasas las pinturas rupestres que se caracterizan por su ejecución naturalista y por su estilo representativo puro. Solamente las figuras esculpidas y pintadas de Taira estudiadas por Stig Ridén[3] se aproximan a la armoniosa ejecución de las pinturas de Ayquina.

Para Stig Ridén[4] las figuras esculpidas y pintadas de Taira habrían sido realizadas por los atacameños. Igualmente para Wendell C. Bennet[5] las manifestaciones artísticas ubicadas en la provincia de Antofagasta pertenecerían al período atacameño.

Ricardo E. Latcham[6], en su capítulo dedicado a los petroglifos incluye el estudio de las "pinturas rupestres o frescos". En general, considera que los petroglifos y pinturas pertenecen "a la época en que se hicieron sentir las influencias de los chinchas en su expansión hacia el sur". Es decir, ubica a la mayoría de las manifestaciones artísticas dentro de la cultura atacameña pero, insistiendo en su posición cronológica tardía. Esta misma apreciación se encuentra en Pedro Krapovickas[7] quien al estudiar el arte rupestre de la Puna Argentina señala "que las pinturas en las cuales aparecen llamas y figuras antropomorfas, como las de Rinconada, son tardías e integran el complejo de la Puna".

Las anteriores consideraciones cronológicas podrían encontrar su fundamento en que las pinturas rupestres y en general los petroglifos se ubican en el área geográfica que tradicionalmente ha sido considerada como el habitat principal de la cultura atacameña. También las pinturas rupestres de Ayquina están situadas en la zona atacameña. Es decir, no habría inconveniente en considerar a los atacameños como los autores de estas pinturas rupestres.

Algunas consideraciones nos harán ver que no es posible defender, haciendo uso de hechos arqueológicos, la paternidad de los atacameños sobre las pinturas rupestres. Como se ha dejado establecido en la Introducción, las pinturas rupestres son un fenómeno pictórico completamente diferente a los petroglifos y a las pictografías; por esta misma razón su ubicación geográfica no es fundamental para buscar a los autores de ellas, ni para situarlas en el pasado cultural del norte de Chile. También acontece que algunos recientes estudios arqueológicos[8] están ofreciendo un nuevo cuadro arqueológico-histórico que obligan al estudioso a reconsiderar más de alguna rápida conclusión. Principalmente las investigaciones arqueológicas se han realizado en la zona de San Pedro de Atacama y no en otros sitios del Departamento del Loa. Existe un buen número de restos culturales que permiten bosquejar los rasgos principales de la cultura agro-alfarera que se asentó en San Pedro de Atacama y sus alrededores. Mediante el estudio de superposiciones de tumbas y principalmente de un análisis de los restos que aparecen en ciertas tumbas y luego desaparecen en otras ubicadas más superficialmente, se han definido algunos subperíodos culturales que se ubican entre los comienzos de la era cristiana y la llegada de los primeros conquistadores españoles. Sin embargo, para la zona del río Salado y del río Loa no tenemos estudios arqueológicos que nos permitan hasta el presente relacionar culturalmente las diferentes zonas arqueológicas del Departamento del Loa. Los restos arqueológicos que han servido para hablar de una comunidad cultural en todo el Departamento del Loa nos parecen que forman un patrimonio cultural

[3] *Contributions to the Archaeology of the rio Loa Region*. Göteborg, 1944, pp. 65 a 93.
[4] Obra citada, p. 93.
[5] *The Atacameño*, en el Handbook of South American Indians. Volume 2, 1946, p. 618.
[6] *Arqueología de la Región Atacameña*, Cap. XIII, pp. 350-366. Prensas de la U. de Chile, 1938.
[7] *Arqueología de la Puna Argentina*, Separata de los Anales de Arqueología y Etnología. Tomos XIV y XV, 1958-1959. Mendoza, p. 101.
[8] Mario Orellana R.: *Recientes Investigaciones Arqueológicas en San Pedro de Atacama*. Apartado Revista "Mensaje", 1962.

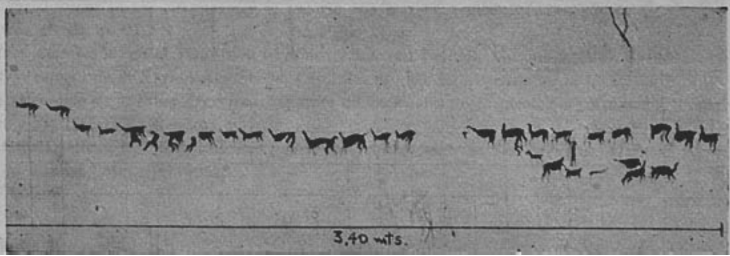
Foto Nº 1

Foto Nº 2

Foto Nº 3

Foto Nº 4

Foto Nº 5



básico de las culturas andinas y que no son propiamente restos culturales diferenciadores. Por ejemplo, las palas de madera que sirven para la agricultura son ubicadas indiferentemente en San Pedro de Atacama, en Chiu-chiu, en Caspana, etc. En cambio, el tipo de alfarería Sequitor rojo pulido[9] que es característico de una facie cultural de San Pedro, no se ha encontrado, hasta hoy día, en otras zonas del Departamento del Loa. Por lo tanto, creemos que no se puede continuar hablando de una comunidad cultural que implique la existencia de una sola cultura, la atacameña. Serán las futuras excavaciones que habrán de realizarse en el río Salado y en la región del río Loa, las que decidirán la existencia de una o varias culturas agro-alfareras. Además, nos parece conveniente dejar de utilizar el nombre atacameño especialmente para los restos culturales que se ubican en el primer milenio después de Cristo.

La utilización del criterio sitio-tipo está siendo usada en la arqueología chilena de los últimos años, aconteciendo que personalmente hemos denominado la cultura de la región de San Pedro de Atacama con el nombre de "San Pedro". Nos parece que para muchas zonas arqueológicas de la región del río Salado y del río Loa tendrá que utilizarse el criterio sitio-tipo.

Si las pinturas rupestres de Ayquina no pueden ser atribuidas a los atacameños ¿quiénes son sus autores y cuándo fueron realizadas?

Para Osvaldo Menghin[10] el estilo de escenas realistas podría corresponder a algún momento del postglacial (8.000 a 2.000 A. C.); así por lo menos ubica las escenas del río Pinturas, de la región de Patagonia. Citamos esta apreciación de Menghin solamente con el fin de que nos sirva de comparación sin pretender apoyarnos en el distinguido investigador austríaco para ubicar las pinturas rupestres que estudiamos en el presente artículo. De todos modos el estilo naturalista de las pinturas de Ayquina es una realidad que no se puede discutir, como también es significativo más de alguna acción representada en el alero de Ayquina. La enumeración que hemos realizado en el capítulo anterior de las diferentes acciones que realizan los animales y los seres humanos nos invitan a pensar que por lo menos nos encontramos frente a una representación artística ejecutada por miembros de una cultura de pastores. Estaríamos en plena cultura de pastores de animales domesticados. La fila de auquénidos nos hace pensar en animales domesticados que son utilizados por los hombres que también aparecen en la escena. Sin embargo, también se observan animales en fuga y sobre todo en la parte más occidental de la cueva están pintados un auquénido en fuga y un ser bípedo con cola y orejas. Podría interpretarse esta escena como propia de un acto mágico-religioso en donde el Chamán, disfrazado de animal, persigue al auquénido con el fin de capturarlo. En este caso pensaríamos que los autores de estas pinturas más que pertenecer a un estado avanzado de cultura y economía pastoril, representaría el estado de domesticadores de animales. Nos parece que la diferencia es básica para ubicar cronológicamente estas pinturas, ya que la domesticación de auquénidos debió realizarse antes de la era cristiana y posiblemente en los comienzos del neolítico andino.

Al mencionar el grupo principal de pinturas del alero de Ayquina, hemos hecho referencia a la figura de un equus; sin embargo, no tenemos seguridad de que se trate de tal tipo de animal. La pintura está borrosa y podría tratarse también de algún otro cuadrúpedo (Fotos N.os 2 y 5). De todos modos sea o no un equus, esta pintura ha sido realizada posteriormente a la gran mayoría de las otras. En primer

[9] Este tipo alfarero lo ubicamos formando parte de la facie San Pedro 1 (500 D.C.-100 D.C.), y ha sido postulado en el trabajo "Cultura San Pedro" (véase nota 8).

[10] *Las Pinturas rupestres de la Patagonia*. Runa, Vol. V, 1952. Buenos Aires.

lugar el color, como ya lo hemos dicho anteriormente, de acuerdo a la tabla de Oswald es el rojo Nº 6 l.c., el mismo que es utilizado para pintar la figura de un auquénido sobrepuesto a otro. Estaríamos en presencia, por lo menos, de dos momentos, en los cuales se pintaron y se sobrepusieron pinturas. Si existiese en estas pinturas la figura de un equus podríamos suponer que las últimas pinturas se hicieron contemporáneamente al período de la Conquista española. También la silueta del cuadrúpedo que podría ser un equus está pintada de manera menos realista que los otros animales, las líneas son más rígidas y no existen en él, el grácil movimiento característico de los auquénidos. Por todo lo anterior pensamos que las primeras pinturas del alero de Ayquina corresponden a una época antigua de las culturas agroalfareras del Departamento del Loa, siendo más recientes las pinturas sobrepuestas que están ubicadas en la línea inferior del grupo principal de pinturas del alero de Ayquina.

Para terminar, insistamos en que lo anteriormente expresado debe ser considerado como un intento de alcanzar algunos resultados cronológicos sin que ellos puedan ser considerados definitivos. El conjunto de las pinturas nos lleva a participar de la idea de que sus autores pertenecieron a una cultura agroalfarera que tuvo su asiento en el río Salado, y que indudablemente participó de un contexto cultural en parte hermanado al de la Cultura San Pedro y en general al de todas las culturas agroalfareras andinas. Los elementos básicos de estas culturas neolíticas fueron el conocimiento de la agricultura, la ejecución de tiestos alfareros, el pastoreo de animales domesticados y la existencia de cestería y tejidos. Una de las pinturas del alero de Ayquina, nos confirma en la idea de que ellas no fueron ejecutadas por miembros de una cultura de cazadores ya que en ella se observa claramente pintada una soga. Esta pintura contribuiría a reforzar los planteamientos hechos más arriba.

Parece también prudente considerar que la domesticación de auquénidos no puede ser ubicada en un solo momento del pasado precolombino, es decir, en plena economía de pastores y de agricultores se debió continuar con la domesticación de auquénidos.

Además de lo anterior podría agregarse que las pinturas fueron realizadas preferentemente para representar un acto importante de la vida cultural y económica. Si esto es así, las pinturas podrían ser el mejor testimonio que tenemos para caracterizar la importancia de la utilización de los auquénidos en la vida económica de las culturas agroalfareras del Departamento del Loa y también para caracterizar el gran desarrollo estético de los miembros de estas culturas.

Juan Uribe Echevarría: El Romance de Sor Tadea de San Joaquín sobre la inundación que hizo el río Mapocho en 1783

UNA DE LAS más raras y curiosas muestras de la literatura chilena del siglo XVIII es el *Romance* escrito por Sor Tadea de San Joaquín[1], monja espantada por la *avenida grande* del río Mapocho ocurrida el 16 de junio de 1783 bajo el gobierno del prudente andaluz Don Ambrosio de Benavides, oriundo de Jaén, nacido en Granada, Pensionado de la Orden Española de Carlos III, Brigadier de los Reales Ejércitos, ex Presidente de la Real Audiencia de Charcas y Gobernador y Capitán General del Reino de Chile entre los años de 1780 y 1787.

El historiador y militar español don José Antonio Pérez García, contemporáneo y presumible testigo del terrible suceso, lo reseña escuetamente en su *Historia de Chile*[2]:

"En el mes siguiente a la paz[3] hubo una gran avenida del río Mapocho. Fue como precursora de ella una mediana, el 3 de junio, pero la del 16 dejó afuera a cuantas la habían precedido. Ella derribó todos los costosos tajamares de cal y canto; corrió por la ciudad, Cañada, Cañadilla y haciendas de campo, postró edificios, inundó todo el monasterio del Carmen Bajo, derribando un ángulo obligó a las religiosas a que, rompiendo una pared, se saliesen bien mojadas por un agujero. Gracias a Dios que, como a las 10 del día 17, cesó el viento norte y empezó a correr el sur y, por consiguiente, fue en disminución el agua".

Fray José Javier Guzmán describe brevemente la catástrofe en su obra *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*[4], y se refiere a la crecida de otros ríos:

"Los mismos estragos que hizo el Mapocho en Santiago hicieron, a proporción del caudal de sus aguas, todos los demás ríos del reino, porque habiendo sido una misma la causa, esto es el copiosísimo aguacero de cuatro días, fueron también universales los efectos".

Posteriormente, Benjamín Vicuña Mackenna en su *Historia Crítica y Social de la Ciudad de Santiago desde su fundación hasta nuestros días*[4], le pone abundante gracia y color a la descripción de la riada:

"Desde el 3 de junio, en efecto, continuó lloviendo con tal violencia, que la primera quincena de aquel mes fue un deshecho temporal. En la mañana del 16

[1]Don José Ignacio Víctor Eyzaguirre en su *Historia Eclesiástica, Política y Literaria de Chile.* (Tomo II. Imprenta Europea de Ezquerra y Gil, Valparaíso, 1850, pág. 361), es quien reveló el nombre de la poetisa: Sor Tadea de San Joaquín García de la Huerta.

[2]Tomo II. Tomo XXII de la *Colección de Historiadores de Chile y de Documentos Relativos a la Historia Nacional.* Prólogo de don José Toribio Medina. Imprenta Elzeviriana. Santiago, 1900. Capítulo XV. Pág. 411.

[3]Pérez García se refiere a la tregua firmada por España y la Corona de Inglaterra en el mismo año de 1783.

[4]Imprenta Nacional. Dirigida por M. Peregrino. Enero de 1834. Págs. 243-245.

[4]Tomo II. Imprenta del Mercurio de Recaredo S. Tornero, Valparaíso, 1869. Págs. 254-258.

iban contadas 209 horas de incesante lluvia, que equivalían a nueve días no interrumpidos por un solo minuto de tregua.

Desde el amanecer y aún desde la noche anterior, la caja del río presentaba en todo su curso un aspecto sombrío y aterrador. Inmensos y bramadores remolinos de agua hacían bambolear desde sus cimientos los antiguos tajamares, y arrastrando haciendas, ganados, inmensos árboles descuajados de raíz hasta ranchos con su techumbre intacta, desde la que los gallos y otras aves arrojaban pavorosos gritos, corría todo junto y con no pocos cadáveres, embocándose con una furia irresistible por los nueve espaciosos arcos del puente, que iban haciéndose por minutos más y más estrechos para dar paso al tremendo aluvión. Contaban los antiguos que el agua podía tocarse con la mano desde la borda del puente, y aún que desde allí recogieron algunas rústicas cunas que llevaban incólume su depósito..."

"Arreciaba entre tanto por momentos el huracán del norte, y a la tarde, convertida la campiña y la ciudad en un inmenso lago y el río en un desencadenado aluvión, postró de un golpe los tajamares en diversas direcciones, socavándolos por sus cimientos, pero sin llegar a quebrarlos, como puede observarse todavía en sus escombros.

Catorce cuadras de malecones, que habían costado más de cien mil pesos hacía sólo 25 años, fueron arrasados de esa suerte en aquel aciago día.

Rompió primero el turbión por la que se llamaba chácara de Balmaceda, en la parte más oriental de los actuales tajamares, e inundó con inmensos estragos todos los campos bajos de esa dirección. En seguida tronchó los malecones frente a la Quinta Alegre de la familia Alcalde, y embocando con terrífica furia por su antiguo lecho de la Cañada, bañó la ciudad en esa dirección interceptando ambas veredas de tal modo, que ni a caballo se atrevía nadie a pasar..."

"Pero la mayor intensidad de la avenida habíase cargado a la banda opuesta del río, en dirección de su otro cauce natural y más estrecho, llamado por esto, la *Cañadilla*.

Por ese rumbo el turbión no respetó nada y desbordó con una vehemencia prodigiosa por ambos lados del sólido puente que en gran manera le servía de represa y aumentaba su ímpetu. Hacia la ciudad metióse a la vez por las tres calles laterales de San Pablo, las Rosas y Santo Domingo, atropellando cuanto encontraba a su paso, hasta que un tanto amortiguada su carrera en la llanura llamada poco más tarde de Portales (hoy Yungay), mezclábase con el brazo de Cañada, que descendía en densas sábanas de agua y espuma por el lado de Chuchunco. En la dirección de la Chimba se esparcía por todo el espacio de chácaras y conventos que se denominaba el llano de Santo Domingo; arrasaba como una hoz segadora los ranchos del pobre vecindario que se albergaba en esa dirección; convertía en un erial la preciosa quinta del corregidor Zañartu, ya difunto, y por último, rodeaba como un mar el monasterio del Carmen, que, como su nombre vulgar descubre, estaba situado en un bajío. Divisada la ciudad al caer la tarde de aquel tremendo día desde lo alto del puente y de las torres, parecía sólo un inmenso naufragio azotado por las olas.

Entre tanto, las infelices monjas de San Rafael, completamente aisladas de todo auxilio, se hallaban en el más inminente riesgo de perecer ahogadas. Aquellas santas mujeres corrieron a asilarse a la iglesia, atravesando los claustros con el agua a la cintura; pero encontraron que aquélla subía ya más de una vara dentro de su recinto. Desesperadas de salvarse, se refugiaron en el coro, clamando a Dios por misericordia, rezando unas últimas preces, cantando otras las letanías de la gloria, que ya les abría sus eternas puertas. De esas impresiones ha quedado una

RELACION

DE LA INUNDACION, QUE HIZO EL RIO MAPOCHO de la Ciudad de Santiago de Chile, en el Monasterio de Carmelitas, Titular de San Rafael, el dia 16 de Julio de 1783.

ESCRITA EN VERSO OCTOSILAVO POR UNA Religiosa del mismo Monasterio, que la remitiò à su Confesor, que se hallaba àusente, de cuyas manos la huvo un Dependiente de la Autora, quien la dà à la Estampa.

BIBLIOTECA NACIONAL

ROMANCE.

QUE confuso Laberinto!
que Babilonia de afectos!
que Occeano de congojas!
que torrente de tormentos!
combates mi Corazon,
queriendo, sea mi pecho
nueva palestra de penas,
de martirios Teatro nuevo?
al relacionar el caso
mas lastimoso, y mas tierno,
que en el asunto reniega
en sus Anales el tiempo!
mas deviendo obedecer,
me es indispensable hacerlo.
Y asi dad Cielos valor,
dadme voces Santo Cielo,
para Narrar un asunto,
en que desfallece el eco,
en que en tiernulos suspiros,
agonizando el aliento,

Reproducción de la primera página del Impreso de Lima.

página viva e ingenua, trazada por uno de esos seres, que hizo un canto a la memoria de aquel lúgubre lance"[5].

"Entre tanto, el evangélico Alday había obligado a atravesar el puente bajo precepto de obediencia a tres hombres animosos, portadores unos de la orden perentoria de que abandonasen el claustro, que sin ese permiso no podían salir sin sacrilegio, otros con barretas para derribar las paredes. Echando, en efecto, al suelo algunas de éstas, mediante los esfuerzos del vecino don Pedro García Rosales, el agua, detenida en los claustros y en la iglesia, pudo ganar cauce, y de este modo, entrando algunos jinetes dentro de la iglesia misma, salvaron entre monjas y sirvientes 28 infelices mujeres, que fueron hospedadas caritativamente durante tres meses por los recoletos dominicos, a título de buenos vecinos. Aquella fue la única vez que las dos hijas del corregidor [Luis Zañartu], huérfanas ya de su padre, no así de Dios, vieron otra vez el mundo, y acaso sólo entonces confirmaron en su corazón el terrible voto que otros habían hecho por ellas.

El capellán de las monjas, fray Manuel de la Puente (nombre propicio en tan apurado lance), había conseguido también salvar la eucaristía y la custodia. Todo lo demás del templo quedó perdido o deteriorado en gran manera.

Siguió la noche, y ésta naturalmente fue mucho más terrible. El huracán no cesaba un solo instante, y en medio de su fragor se oía sólo el apagado son de las plegarias en los campanarios de la aterrada ciudad. Todos velaban. La ansiedad era terrible. Un día más de temporal, y Santiago desaparecía bajo un lecho de agua, como en mayo de 1647 había desaparecido por el fuego subterráneo del terremoto.

Por una rara ventura, a las diez de la mañana siguiente día 17 de junio calmó súbitamente el norte, disminuyó la lluvia, apagó el río su violencia y la ciudad se salvó".

"Era preciso, sin embargo, ocurrir en el acto a reparar los destrozos, a fin de evitar nuevas catástrofes. Y aquí comienzan las peculiaridades de nuestro suelo, que, a fuerza de ser genuinas de él, acontece llamarlas únicamente *cosas de Chile*, y son las que vamos a contar.

Una vez que el temporal plegó sus alas y pudieron vadearse las calles de la ciudad, diéronse cita los capitulares a la sala de acuerdo. Tuvo lugar esta sesión a las siete de la noche del 18; pero el cabildo resolvió que nada podía hacer por salvar la ciudad, "respecto que de sus propios, dice el acta, no hay dinero efectivo alguno". Lo de siempre. El cabildo sólo acertó a pedir mil o dos mil pesos al Presidente o a algún usurero, si aquél no lo tenía, a cuyo fin quedó suficientemente autorizado el procurador de la ciudad, don Juan Ignacio Goycolea. Pedido el subsidio, cada regidor fuese a su casa a secarse al amor del brasero y del subsidio.

En cumplimiento de su cometido, acercóse Goycolea en la mañana siguiente al Capitán General, y éste adoptó algunos urgentes arbitrios, "atento, dice él mismo en un auto que en consecuencia expidió ese día, a que, sin embargo de hallarse gravemente indispuesto en cama de *accidente cólico*, está informado de que la población se halla en *entero descubierta* por muchos parajes".

"Fueron las principales de aquellas medidas, cuya ejecución urgía minuto por minuto, el que se enviase a los tajamares todo el personal del presidio de cadena, que en ese día constaba de 24 reos, siendo que en tiempos de Zañartu pasaba siempre de cien; el autorizar el enganche de cuadrillas de peones a jornal y el que se cortasen árboles en las alamedas públicas y en los huertos de los particulares para

[5]El título de esta producción, según la bibliografía del señor Briseño, es el siguiente: *"Relación de la inundación que hizo el río Mapocho el 16 de julio de 1783 en el monasterio de Carmelitas de San Rafael* (romance en verso octosílabo por una religiosa del mismo monasterio. 1 Vol., 10 págs. 4º, Lima, 1783)".

formar estacadas provisorias, y por último, que el arquitecto de la Catedral, don Joaquín Toesca, asociado con el alarife don Fulano Argüelles, y el maestro mayor de aquella iglesia, pasase a dirigir aquellos urgentísimos y salvadores reparos.

El cabildo volvió a reunirse en ese día y acordó hacer una *derrama* de seis mil pesos sobre el vecindario, después de la gran derrama del río, lo que, a la verdad, podía decirse, cumplía con exactitud el refrán de *llover sobre mojado.*

Pero los santiaguinos no entendían de chanzas ni de proverbios, ni menos de otras *derramas* que las de sus propias chácaras sobre el camino público. Por lo tanto, rehusaron perentoriamente el que se cortase una sola rama de sus arboledas, y no contentos con esta negativa, comenzaron a quitar al afanoso Toesca, para sus propios menesteres, los pocos peones que aquél había logrado reunir bajo su inteligente vigilancia".

"Irritado el artista italiano con aquel procedimiento, y paralizados al fin los trabajos por falta de brazos y de postes, dio cuenta al Capitán General de lo que sucedía, el 10 de julio, y éste, participando de su enojo, expidió en el acto un decreto ordenando que de todas las chácaras del valle se sacaran a prorrata cinco mil estacones de cinco varas de largo para formar siquiera palizadas provisorias en los principales boquerones abiertos por el aluvión, y que, con fauces erizadas de escombros, estaban amenazando tragarse de nuevo la ciudad.

Y aquí fue que el Cabildo saltó a la palestra como si los cinco mil palos hubiesen caído sobre su flaca espalda.

Reunido efectivamente el 19 de julio, representó al Capitán General "que ni quinientas estacas podían sacarse", amenazando además con el perentorio desobedecimiento de la orden, porque "estaba sospechoso de que el vecindario, dice en su reclamo a Benavides, hallándose por todas partes *pensionados* con las calamidades de pestes, guerras, secas y avenidas, que sucesivamente ha padecido, tal vez, *resista* esta tan considerable prorrata".

Concluía, en consecuencia, como era su hábito secular, solicitando que el gasto se hiciese con la hacienda de Rey...

Y así aquel pueblo que había dado a Pedro de Valdivia "su vida pero no su oro" en los días de su niñez, cuando se es por lo común más desprendido; y que en edad madura y reciente había pedido la cabeza del tesorero González Blanco por un negocio de gabelas, volvía ahora la espalda a su propia salvación por no cortar en sus potreros unos cuantos espinos ni desgajar de sus huertos unas pocas ramas, en los momentos mismos en que el corsario *Atacama* habría podido navegar a todo vapor por el cauce de la Alameda!..."

El mismo don Benjamín vuelve a ocuparse del *Romance* y de los desgraciados acontecimientos que lo motivaron en su *Ensayo sobre el clima de Chile desde los tiempos prehistóricos hasta el gran temporal de julio de 1877*[6].

Don Diego Barros Arana dedica algunas ceñidas páginas de su *Historia General de Chile*[7] a la salida del Mapocho y reproduce el informe del ingeniero don Leandro Baradan, encargado por don Ambrosio Benavides de estudiar la futura defensa de Santiago contra nuevas inundaciones del río rebelde[8]:

"El ingeniero don Leandro Baradan, encargado por el presidente Benavides de informar acerca de la manera de defender la ciudad contra el peligro de nuevas inundaciones, proponía entre otras cosas el extender el puente por cuanto se había

[6]Imprenta del Mercurio. Valparaíso, 1877.

[7]Tomo vi. Capítulo xv. Rafael Jover, editor. Calle de la Bandera, núm. 73. Santiago, 1886. Págs. 440-443.

[8]Opus. cit., notas de las págs. 441, 443-44.

visto que no había bastado para dar paso a las aguas en aquella ocasión. Con este motivo, explica en los términos que siguen el desbordamiento del río, en cuatro grandes brazos, en junio de 1783". "En primer lugar, considerando la prodigiosa cantidad de agua que trajo el río en su última avenida, se hace evidente que no es capaz el puente, con toda su extensión, de absorberlas, pues, además de haberse llenado todo su cauce, elevándose las aguas hasta lo más alto de los tajamares, y en el puente más arriba del arranque de los arcos, salió por afuera un torrente que, dirigiéndose por el callejón de la chacra de Balmaceda, se derramó en el llano; otro que, derribando los tajamares inmediatos a la finca del conde de Quinta Alegre, inundó la Cañada con tanta abundancia que, aun siendo tan ancha, no se podía atravesar a caballo; otro que, venciendo los tajamares que resguardaban la ciudad, inundó tres de sus calles, causando algunas averías en las casas; y otro que, rompiendo los tajamares de la Chimba, arruinó parte del comercio (cuartos de alquiler) de las monjas carmelitas y de la quinta y viña de Zañartu; luego si estos cuatro torrentes se hubieran juntado con la cantidad que venía en la caja para pasar el puente, era indefectible el derribarlo, o rompiendo por ambos lados, arruinar mucha parte de la ciudad y el arrabal de la Chimba".

"Proponía allí [Baradan] prolongar el puente, construyéndole seis nuevos arcos por su lado norte, abrir al río una caja artificial, es decir, un canal dentro de su mismo cauce, limpiándola de tiempo en tiempo para extraer los materiales que las aguas amontonasen allí, a fin de tenerla siempre corriente; y, por último, construir nuevos tajamares con cimientos más profundos, y dándoles la dirección que se proponía en un plano que acompañaba a su informe. Según el proyecto de Baradan, los tajamares debían prolongarse al accidente del puente, hasta el colegio de San Pablo, retirar las habitaciones que estaban más inmediatas al río, y formar al lado sur de los tajamares y en toda su extensión, un terraplén espacioso y a lo menos de vara y media de alto sobre el nivel de la caja del río, que sirviese de paseo público". "Hecho ese terraplén, agregaba, se plantarán los árboles, que no convienen sean sauces, por ser su sombra muy escasa, deben ser álamos u otros de las muchas especies que hay en el país muy frondosos y a propósito para el fin". "Tomando en cuenta lo que tardaría el crecimiento de esos árboles, proponía Baradan que desde luego se plantasen en alguna chácara u otro lugar aparente para el caso, a fin de que se desarrollasen allí mientras se hacían las construcciones, y fuesen transplantados cuando estuviesen más grandes".

Justo Abel Rosales, en los capítulos VII y VIII *(La avenida grande* y *El romance de una monja)* de su sabroso libro *La Cañadilla de Santiago, su Historia y sus Tradiciones (1541-1887)*[9], relata la inundación, reproduce el poema de Sor Tadea y nos proporciona datos interesantes sobre la familia de la poetisa:

"En efecto, desde principios de junio empezó en Santiago un copioso aguacero que fue prolongándose sin cesar un instante durante dos semanas cabales, al fin de las cuales la gente andaba ya temiendo a toda hora los avances del río, que cada vez iba tomando más alarmante aspecto. El día 3 de ese mes ya había crecido tanto el caudal de aguas que arrastraba el Mapocho, que llenó por completo su cauce de 900 kilómetros cuadrados que contiene (con una pendiente de 1 metro 60 centímetros por ciento) y los once ojos descubiertos del puente de Calicanto apenas fueron suficientes para dejar libre paso a los torbellinos espumosos que bajaban de la cordillera andina, cual si ésta se hubiera enfermado de hidropesía".

"Todo esto no eran más que los preparativos de la *avenida grande,* que empezó en la mañana del tristemente célebre sábado 16 de junio del año mencionado de

[9]Establecimiento Tipográfico de "La Epoca". Calle del Estado, núm. 36-J. Santiago, 1887. Págs. 96-117.

1783. Desde las primeras horas del día, la lluvia incesante de medio mes se convirtió en un espantoso diluvio, acompañado de truenos y relámpagos, y también de un fuertísimo viento norte que amenazaba a momentos trocarse en huracán. Con esto ya las calles centrales de la ciudad, caminos o callejones de los suburbios eran pequeños torrentes. Pero cercano del mediodía, el río comenzó a hincharse, arrastrando gran multitud de ranchos y casas, algunas casi enteras, cadáveres de niños y de hombres, gallinas y ganado en confusa mezcla. Ambas riberas se llenaron de curiosos, especialmente el puente de Calicanto, en donde muchas personas se situaron con lazos para salvar con ellos lo que pudieran; y tanto sacaron en poco rato, que obstruyeron el paso del puente con muebles, vigas, animales medio ahogados, etc."

"Pero el Mapocho seguía creciendo de minuto en minuto y ya empezaba a desbordarse. Como lo dijo con mucha propiedad la monja carmelita en el romance que se leerá más adelante, parecía que Neptuno había abandonado su antiguo puesto para sentarse en las nubes y hacer llover sobre Santiago mares de agua dulce. En efecto, el Mapocho tomó bien pronto el aspecto de un mar fuertemente agitado, cuyas olas renegridas batían furiosamente los muros de los tajamares, pugnando por romperlos y salir libremente a extenderse por todas partes.

A la una o una y media del día, habiendo calmado el viento pero no la lluvia, que continuaba cayendo a cántaros, se levantaron las oscuras y revueltas aguas del río a una altura nunca vista hasta entonces, alcanzando a llegar casi hasta la cima del puente de Calicanto; socavaron los tajamares, que cayeron de un golpe en ambas riberas, formando un ruido aterrador, e invadieron la ciudad por todas sus calles, en especial por el lado oriente del Santa Lucía, en donde salió un brazo de río que se introdujo en la Alameda llenándola por completo, de acera a acera. Santiago fue convertido de esta manera en una Venecia sin puentes ni embarcaciones, pero cuyas casas quedaban sumergidas en gran número. El agua invadió también el interior del resto de las casas, y mientras las iglesias y conventos tocaban plegaria con sus campanas, en cada habitación reinaba la confusión más espantosa, aumentándola las mujeres, quienes pedían a gritos misericordia, imaginándose que aquello era el fin del mundo.

Por el lado norte del río, las aguas no perdonaron ni casas ni tapias, porque lo que no cayó sepultado en ellas, quedó inservible. La calle o camino de la Cañadilla quedó como la Alameda, dando paso a enormes oleadas de aguas hasta formar otro río. Desde el Mapocho hasta Renca no quedó un solo rancho que no fuera llevado como pluma, pasando por sobre los sembrados y huertas. La quinta de Zañartu, por estar inmediata al río, fue la que más sufrió. Fuera de la casa principal, que tenía la solidez de una fortaleza, todo lo demás se lo llevó la corriente, quedando aquello como en un islote".

"Pero donde la inundación había descargado casi todo el peso de su fuerza, era en el monasterio del Carmen de San Rafael. Las aguas subieron hasta más de una vara de altura en patios y celdas. Las monjas huyeron a favorecerse en la iglesia, la que luego abandonaron porque también las aguas la llenaron, hasta llegarles a la cintura. Entonces subieron dos monjas a la torre y empezaron a tocar plegaria, por ver si encontraban auxilio en Dios, ya que de los hombres nada podían esperar. El convento estaba rodeado como de un inmenso y cenagoso mar cada vez más rugiente y amenazador, por lo que creyeron llegado su último momento. Habiéndose refugiado las monjas todas en el coro, entonaron allí cánticos apropiados a esas críticas circunstancias, esforzándose por afrontar sin miedo la terrible muerte que se acercaba. Algunas monjas enfermas que estaban medio ahogándose en sus celdas, se unieron a las otras no sin gran trabajo, queriendo morir ahogadas juntas con sus compañeras".

"De repente voces estruendosas se sienten en los claustros, resonando en la igle-

sia y su coro. Tres hombres pagados por el obispo Alday habían sido enviados por éste a la Cañadilla para que prestaran auxilio, haciéndolas salir del convento bajo precepto de obediencia. Estos tres hombres llegaron al monasterio con grandes dificultades, al mismo tiempo que un animoso caballero, don Pedro García de la Huerta, hermano de una monja carmelita a quien aquél iba a salvar en ancas de una robusta mula, y en la cual había atravesado el río a nado desde el lado de la ciudad con gravísimo peligro de su vida. Hazaña fue ésta que entonces y por muchos años después, se tuvo como milagrosa por todos los devotos y devotas de esta devota capital. La verdad es que hoy mismo cuesta creer que haya sido efectivo el hecho[10].

Viendo a este caballero los tres hombres mencionados y sabiendo por ellos mismos la comisión que llevaban, se les unió y todos cuatro empezaron a trabajar con barreta a fin de abrir un agujero capaz de dar salida por el torno a una gran cantidad de agua allí represada, hecho lo cual entraron a los patios dando voces de que el obispo las mandaba salir sin dilación. Obedecieron las monjas este mandato, y por el mismo agujero fueron saliendo una a una, aprensadas como aceitunas, según lo dice la autora del romance recordado. A este tiempo otros hombres llegaron voluntariamente a favorecer a las monjas, y entre todos fueron llevándolas al hombro a la quinta vecina del oriente, del abogado don José Alberto Díaz, cayendo y levantando por el barro, hasta quedar la mayor parte inconocibles, y hasta medio desnudas algunas, pues la estrechez del agujero les hacía jirones los pobres hábitos. La algazara de los hombres contrastaba en esos instantes con la gravedad de la situación.

Las monjas cayeron en manos nada suaves, porque de propósito las tomaban mal para echarlas al suelo y embarrarlas de pies a cabeza, para en seguida quitarles el barro con todo comedimiento . . . , mientras las demás corrían diversa suerte en otras direcciones".

"La quinta estaba también inundaba, de suerte que en ella se albergaron unas pocas monjas y las demás fueron llevadas por los mismos hombres a diversos ranchos o casas vecinales, donde no encontraron más alivio a su tormento que tener la seguridad de no morir ahogadas. La superiora había sacado un crucifijo como única prenda, y un recoleto, fray Manuel de la Puente, capellán del monasterio, había logrado llegar casi a nado al altar mayor de donde sacó la Custodia, que llevó a su convento. Todo lo demás fue destruido por el agua y el saqueo de otros cuantos comedidos llegados a tiempo de la salida de las monjas, los que robaron cuanto cayó en sus manos.

De esta manera pasaron las monjas unos dos días en tan diversas localidades, auxiliadas por los vecinos. La regla monástica había tenido, como se ve, una brusca e inesperada interrupción, nada corta. Las carmelitas volvieron al trato del mundo de un modo que no dejaba de tener su lado cómico, pues muchas se pusieron calzones de hombres y hasta chaqueta y poncho para su abrigo, lo que provocaba la risa de ellas y la de sus improvisados protectores".

Rosales es quien nos proporciona mayores datos biográficos de Sor Tadea:

[10]"Esta tradición me ha sido confirmada últimamente por un deudo de aquél; el señor don Manuel García de la Huerta. Don Pedro pasó el río al poniente del puente de Calicanto, por la parte en que las aguas estaban más extendidas y presentaban menores corrientes. Pretendieron muchos detenerlo para que no se expusiera a una muerte segura, en circunstancias que aún era peligroso atravesar las calles de la ciudad; pero don Pedro había resuelto morir o librar a su hermana monja, a quien suponía próxima a ahogarse; y así fue que santiguándose para conjurar el peligro, entró resueltamente al mar de aguas que tenía a su frente. La mula bogó con sus cuatro remos hasta llegar a feliz término". [Nota de J. A. Rosales].

"Fue esta poetisa sor Tadea de San Joaquín, en el mundo doña Tadea García de la Huerta, hija de don Pedro García de la Huerta y de doña María Ignacia Rosales, hija ésta del abogado de la Real Audiencia don Juan de Rosales. Doña Tadea pasó como una de las más hermosas damas de su tiempo, y de una inteligencia tan clara como la monja Fernández de quien tengo hablado. Cuando recién se fundaba el monasterio del Carmen de la Cañadilla, entró en él como otras varias de la primera sociedad, siendo ella la sexta religiosa que tomó el hábito, el día 4 de noviembre de 1770, o sea, diez días después de la fundación*...

Era sor Tadea "de gran talento y de gran espíritu". Después de la avenida grande, su confesor, que según unos lo era fray Manuel de la Puente, y según la Priora actual, fray Cruz Infante, ambos de la Recoleta Franciscana, la mandó escribir en verso octosílabo la relación de ese suceso, cuando las carmelitas estaban hospedadas en la Recoleta Domínica. Dicho confesor había hecho antes diversas pruebas con el vivísimo ingenio de sor Tadea, ya pidiéndole poesías religiosas sobre un tema dado, o ya dándole pie forzado para una improvisación, de lo cual salía siempre airosa.

Sor Tadea se resistió al principio a componer un trabajo que juzgaba superior a sus fuerzas; pero el padre recoleto no quiso perder la ocasión de poseer una muestra del talento de la monja, a quien deseaba que también fuese conocida de los tiempos venideros, y aleccionado por algunos amantes de la literatura ordenó a aquella que, bajo precepto de obediencia, compusiera dicho romance en un plazo perentorio y muy corto. Sor Tadea no tuvo más que obedecer.

Terminado este plazo, que se dice no pasó de una semana, el romance fue enviado por la autora a su confesor, "que se hallaba ausente", según ella lo dice. Después de andar de mano en mano, lo obtuvo "un dependiente de la autora", que no puede haber sido otro que su hermano don Pedro García de la Huerta, el cual lo envió a Lima, donde se imprimió a fines del mismo año 1783, o más probablemente a principios del año siguiente, dados los tardíos medios de comunicación que entonces había, fuera de que la prensa misma andaba en esa época con pies de plomo".

"He aquí, ahora, algunas noticias bibliográficas sobre este romance:

De la primera edición se encuentran dos ejemplares en la Biblioteca Nacional, perfectamente bien conservados. El que he tenido a la vista contiene cinco hojas (10 páginas), de 19 centímetros de largo y 15 de ancho.

Es de notar que hasta ahora sólo monseñor Eyzaguirre, en su *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile,* tomo 2º, es el único que haya nombrado a la autora por su nombre y apellido.

Es notable también la circunstancia de haber errado no pocos la fecha en que tuvo lugar la avenida grande, llegando en esto hasta equivocar la fecha misma que fija la portada o título de la primera edición de Lima, que es la de 16 de julio de 1783, lo que es un grave error del impresor y de aquí, probablemente, el yerro de los demás. Así el padre Guzmán en su *Chileno instruido,* etc., la fija el 3 de junio y lo mismo hace don Ramón Briseño en sus *Efemérides o fastos chilenos,* página 40. Este mismo autor en su *Estadística bibliográfica de la literatura chilena,* tomo 1º, página 513, y monseñor Eyzaguirre en su obra citada la fijan el 16 de julio, haciendo lo mismo el señor Medina en el tomo 1º, página 373 de su *Historia* mencionada. El lector recordará que la fecha exacta es la de 16 de junio".

"Por último ni Pérez García, ni Carvallo, ni don Tomás O'Higgins en su *Viaje,* etc., ni Avilés en su *Relación de gobierno* hacen mención de este romance. Esto en cuanto a los autores antiguos.

*El monasterio fue construido por el Corregidor Zañartu. Primera piedra: el 26 de agosto de 1767, fecha de la expulsión de los jesuitas. Inaugurado el 25 de octubre de 1770.

Entre los modernos, ni Gay, ni Amunátegui, ni Toro, ni Astaburuaga, ni aun Valderrama en su *Bosquejo histórico de la poesía chilena,* nombran en pasaje alguno de sus obras sobre la historia de Chile, el romance de que trato, del cual sólo puedo dar las precedentes noticias bibliográficas".

"Volviendo a sor Tadea de San Joaquín, agregaré que, enferma ya de gravedad, no cesó de dar pruebas de su genio chispeante, componiendo poesías para entretener a sus compañeras de claustro, dando pruebas también de una sumisión profunda a las órdenes de su superiora y también a las de su confesor. Queriendo éste probar hasta el último límite la ejemplar humildad de aquella santa monja y viéndola muy próxima a la muerte, le mandó bajo precepto de obediencia que se despidiera del mundo entonando un himno a Dios en acción de gracias por el beneficio que le hacía en llamarla a su gloria. Obedeció al punto, y medio levantando la cabeza, entonó con voz dulce el *Te Deum laudamus.* Fue éste el canto del cisne, porque murió sin concluir el versículo. Era el 24 de diciembre de 1827, hasta cuya fecha había sido prelada tres veces de su monasterio".

"Ahora me parece oportuno consignar aquí unas pocas noticias sobre la familia de sor Tadea:

Fundó en Chile la familia García de la Huerta, don Juan García de la Huerta, andaluz, que en Santiago casó con doña Cipriana Abaitua, señora propietaria de la calle de las Agustinas. Hijo único de este matrimonio fue don Juan 2º, que casó con doña Lorenza Iglesias, de donde procede don Pedro García de la Huerta, también hijo único, esposo de doña María Ignacia Rosales, nombrados ambos en otro párrafo de este capítulo. Fue don Pedro hombre de bastante fortuna, capitán de milicias en Santiago y comisionado para la expulsión de los jesuitas, en 1768, en lo referente a la hacienda de Chacabuco, de propiedad de éstos. Doña María Ignacia poseía en propiedad la hacienda de Pirque. Reunidas ambas fortunas, formaron una de las más considerables de su tiempo.

De este matrimonio nacieron: doña Tadea, la monja del romance; doña Francisca de Paula, esposa de don Adrián Besabilbao; don Pedro Anselmo, que casó con doña Juana de Dios Saravia y Morandé, y don Miguel, que fue abogado de los más inquietos de su siglo.

Don Pedro Anselmo tuvo un hijo de su mismo nombre, el tercer Pedro de la familia, el cual casó con una hermana del ex-Presidente de la República don José Joaquín Pérez. Fue esta señora doña Perpetua Pérez, de cuyo enlace procede el actual Ministro de Guerra y Marina, señor Manuel García de la Huerta".

En El Puente de Cal y Canto. Historia y tradiciones[11], Justo Abel Rosales vuelve al río y a su famoso puente hecho con medio millón de huevos y nos describe la vida alegre de los mapochinos a fines del siglo XVIII.

"Una tradición curiosa que se sostiene como verídica por muchas personas hasta hoy, y es la de que se emplearon en la confección de la mezcla que debía unir los ladrillos y piedras nada menos que quinientos mil huevos.

La tradición no menciona si los huevos fueron de gallina o de pavo, que en esos tiempos abundaban mucho. En aquel entonces las cosas andaban *a huevo,* es decir, muy baratas, en especial los artículos de alimentación, y no era raro que huevos se emplearan para todo, hasta para edificar puentes.

El puente de Cal y Canto fue un gigante que miró siempre por la unión de los

[11]Ilustrada por J. M. Blanco. Manuel A. Mujica, editor. Imprenta "Estrella de Chile". Puente de Cal y Canto 1-D. Santiago, 1888. Págs. 20, 32 y 33.

barrios norte y sur del río, por medio de sus once ojos y diez piernas, fabricadas con sólidas piedras y ladrillos, todo unido con mezcla diabólica de sudor de negros y mulatos y, además, con la clara de medio millón de huevos producidos por todas las gallinas y pavas de Santiago

Orgulloso Zañartu con su gran obra, hizo incrustar en la muralla oriental del puente, entre el segundo y tercer arco empezando por el sur, una inscripción conmemorativa que recordara a las generaciones venideras la fecha de 1782 en que había dado cima a ese trabajo colosal"...

•
• •

"Como consecuencia de esta avenida (la del romance) y sus enormes perjuicios, se pensó en la fabricación de los nuevos tajamares, que son los que aún existen, empezados en 1792 y terminados en 1808, en vida del Presidente Muñoz de Guzmán. Con la nueva delineación de los tajamares, el río fue canalizado en una buena extensión, dejando al lado norte un ojo seco y al lado sur dos. Las aguas fueron dirigidas directamente para los arcos restantes del puente, que eran los más centrales.

El ojo más al sur fue desde entonces convertido en camino por los transeúntes, camino que ha venido transformándose hasta convertirse en *Calle del Ojo Seco*, hoy de *Sama*.

El Ojo Seco del norte fue convertido en carcelín en tiempos de Portales, administración del Gobierno de Prieto..."

"Cuando don Ambrosio O'Higgins, padre de don Bernardo, convirtió en *calle* el *camino* de la Cañadilla, 1791, el puente recibió algunas mejoras importantes. Sus rampas fueron arregladas con ripio. Se levantaron las casuchas que aún existen al costado poniente, en la cima, destinadas al expendio de comestibles a los viajeros; se le pusieron sofáes de piedra y se altaron las murallas que le sirven de balcones y evitan caídas al río; se construyó en la rampa norte un edificio para establecer una guardia permanente que evitara los contrabandos y salteos; y, por último, se hizo paseo de moda, a pie, a caballo y en toda clase de vehículos, ya para ir a saborear la sabrosa frutilla de Renca o para tenderse a pierna suelta en las arboledas chimberas en las tardes de calor.

O'Higgins nombró para que arreglara el intransitable camino de la Cañadilla a don Nicolás Matorras, quien empezó por declarar guerra a muerte a todos los matorrales desde el puente al norte, y al poniente de éste, ribera norte, construyó un pretil e hizo una laguna para limpiar coches..."

Barroco de catástrofes

LA PRIMERA y más notable muestra de la que podríamos denominar poesía barroca de catástrofes en nuestra literatura es *El Temblor de Lima de 1606*, de Pedro de Oña.

El poema de Oña es armonioso y sostenido en todas sus partes, pero carece del dramatismo patético del romance de la monja santiaguina. Sus mejores octavas están dedicadas a la descripción del terremoto:

Grabado de Eduardo Bonati.

Grabado de Eduardo Bonati

El Temblor de Lima de 1609[12]

(Diálogo entre Daricio y Arcelo)

Arcelo:

Cual sin alma jugando, y cual haciendo
hora (que ha de costarle eternos años)
y cual estaba ante una cruz gimiendo
tanta ofensa de Dios, y tantos daños,
cuando se empieza un repentino estruendo,
y con vaivenes a moverse estraños
la firme tierra, y cuanto carga encima,
como resuelta de arrasar a Lima.

Cimbra toda pared, crujen los techos
agudo pulsa, y late el suelo aprisa,
saltan los hombres, en pavor deshechos,
y el alarido mujeril no cesa,
dan voces, tuercen manos, hieren pechos,
y aun la cerrada crin alguna mesa,
recelando quizá de sus cabellos,
que es el presente mal, castigo de ellos.

Creciendo va el terrible terremoto,
azórase el caballo, el perro aúlla,
y sin saber a dónde, el vulgo ignoto
corre mezclado en confusión y trulla,
la turbación, espanto y alboroto
no dejan sangre, que en las venas bulla,
miedo la cuaja, y el cabello eriza,
y envuelve los semblantes en ceniza.

Abrense las iglesias y conventos,
salen también los religiosos fuera,
del útil[13] de las ánimas sedientos,
porque sin confesión ninguno muera.
Dan las campanas lúgubres acentos,
y tan recio el horror de todos era,
que alguno, que a Dios busca, a penas pasa
de los umbrales sacros de su casa.

Los templos (o gran lástima) quedaron
en la parte mejor más ofendidos,
y al cielo por sus bóvedas llamaron
abriendo bocas, para ser oídos.

[12]Edición facsimilar precedida de una noticia de *El Vasauro*, poema inédito del mismo autor. Reimprímelo J. T. Medina, Imprenta Elzeviriana, Santiago, 1909.

[13]Util, m. = Utilidad. (Bernardo Alemany y Selfa. *Vocabulario de las obras de Don Luis de Góngora y Argote*. Tipografía de la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos". Madrid, 1930, s. v. útil).

En especial la gente miserable
(mirando siempre sin estorbo el cielo)
trabajo padeció considerable
en la humedad del aire, y la del suelo,
si bien les era todo tolerable,
y el daño general, común consuelo,
amaneciendo alegres, y mojados
de sus hijuelos y mujer cercados.
. . . . . .

Por vía de ejemplo y comparación citaremos otros dos poemas elegíacos dedicados a terremotos y maremotos limeños.

El andaluz, por mucho tiempo peruano, Juan del Valle Caviedes (1652?-1697?), escritor satírico, enemigo declarado de los médicos de Lima y autor del *Diente del Parnaso*, dedicó un sentido y largo romance al terremoto que asoló la capital del Perú en 1687[14].

La composición de Caviedes, más viva y dramática que la de Oña, tiene aciertos descriptivos de fina percepción poética:

La luz del día, empañada
del polvo que el viento ocupa,
toda la región del aire
trágicamente se enluta.
. . . . . .

Algunas imágenes de movimiento y confusión barrocos anticipan realizaciones parecidas en el romance de Sor Tadea:

Parecía Lima errante,
terrestre armada, en que surcan
si de los templos las naves,
de las casas las chalupas.
. . . . . .

Dio un vuelco el globo del mundo,
y tan lejos sitio muda
que hasta el mismo sol extraña
la nueva tierra que alumbra.
. . . . . .

El agua y la tierra cambian
la naturaleza suya,
si la tierra andaba en ondas
y el mar en montes de lluvias.
. . . . . .

Estruendo, ruidos, clamores,
formaban en quien escucha,
fúnebre coro en tragedias,
capilla infausta de angustias.
. . . . . .

[14]Manuel de Odriozola. *Documentos literarios del Perú*. Tomo v. Imprenta del Estado, Calle de la Rifa Nº 58. Lima, 1873. Págs. 175-179. Aparece también en *Flor de Academias* y *Diente del Parnaso*, de Ricardo Palma. Oficina Tipográfica de "El Tiempo". Lima. 1889. Págs. 437-438.

Al terremoto acaecido en Lima el 20 de octubre de 1687

Horrores copia la noche,
terrores pinta la pluma
lástimas dibuja el genio
a las edades futuras.
Atención le pido a cuantos
de Dios en la mente augusta
previsto para otros siglos
el humano ser vinculan.
En el año de seiscientos
y ochenta y siete, que suma
en el guarismo de lustros
el tiempo en su edad caduca;
un lunes, veinte de octubre,
a quien los martes censuran
de más aciagos, pues vieron
más tragedias que las suyas;
hora que el alba en celajes
las horas al día anuncia
encendido Febo, cuanto
se va apagando en la luna;
cuando, blandiéndose el orbe,
los montes se descoyuntan,
abriendo bocas que horribles
braman por las espeluncas.
Precipitadas las cumbres
con ronco estruendo se asustan;
los valles en roncos ecos
trágicamente retumban.
El cable quebró del viento
la tierra que en él fluctúa
por los polos, donde aferra
la imaginaria coyunda.
Parecía Lima errante,
terrestre armada, en que surcan
si de los templos las naves,
de las casas las chalupas.
Las más elevadas torres
hechas arcos se columpian,
como cuando el débil junco
blande del noto a la furia.
Tres horas pasado habían
cuando ¡infelice fortuna!
otro mayor terremoto
los corazones asusta.
Dio un vuelco el globo del mundo,
y tan lejos sitio muda
que hasta el mismo sol extraña
la nueva tierra que alumbra.
Pues vacilando en los rumbos
no acertaba en la mensura,
desde su oriente a su ocaso,
lo que es sepulcro o es curva.
Cuando el primero vaivén
demolió, la vez segunda,
cayó desplomado en tierra
del sitio antiguo que ocupa.
No quedó templo que al suelo
no bajase, ni escultura
sagrada de quien no fueran
los techos violentas urnas.
Los edificios más firmes,
cuya fuerte arquitectura
pasó de barro a ser bronce,
unos con otros se juntan.
El agua y la tierra cambian
la naturaleza suya,
si la tierra andaba en ondas
y el mar en montes de lluvias.
Salió de madre la arena
y el mar refrenó sus furias,
combatiéndose las playas
con el cristal con que luchan.
Azotaban las riberas
a las ondas que las surcan,
porque se vengue la arena
de los azotes de espuma.
Rompió el mar por el precepto
y las campiñas inunda,
como cuando en el diluvio
vengó de Dios las injurias.
Sitió el puerto del Callao,
y sus escuadras cerúleas
echando escalas de vidrio
trepan del muro a la altura.
Rinden la plaza y a cuantos
buen cuartel les dio la furia
del terremoto, en sus ondas
hallaron salobres tumbas.
Encarecer los lamentos,
las lágrimas, las angustias
de los mortales, no cabe
en mi retórica muda.
Consideren del temblor
el estruendo con que asusta,
los ánimos y el clamor
de tanta voz triste junta.
Los ladridos de los perros
que en el bullicio se aúnan,
y en trágica voz de lobos
lo que está pasando anuncian.

Los bramidos de la mar
que en promontorios se encumbran,
precipitando montañas
de olas que la tierra inundan.
La luz del día, empañada
del polvo que el viento ocupa,
toda la región del aire
trágicamente se enluta.
Predicaban por las plazas
ministros de Dios, con cuyas
horrendas voces de espanto
los cabellos se espeluzan.
Estruendo, ruidos, clamores,
formaban en quien escucha,
fúnebre coro en tragedias,
capilla infausta de angustias.
La esposa busca al marido,
el padre al hijo procura,
cuando ni aún así se hallan,
cuando así mismo preguntan.
Las voces en las gargantas
del susto horrible se anudan,
y hablando en demostraciones
eran retórica muda.
El plebeyo, el pobre, el noble,
sin excepción de ninguna
persona, se atropellaban
por adelantar la fuga.
Si en un vaivén de la tierra
las desventuras son unas
de los hombres, no veneren
humana ya criatura.
Detenga un temblor al hombre
que mayor que otro se juzga,
y si no piense que todos
tenemos igual fortuna.

¿Qué se hicieron, Lima ilustre,
tus fuertes arquitecturas
de templos, casas y torres,
como la fama divulga?
¿Dónde están los altosanos
cincelados de molduras,
portadas, bóvedas, arcos,
pilastras, jaspes, columnas?

Mas responderás que todo
lo han derribado las culpas,
que en temblores disfrazadas
contra el hombre se conjuran.
Si no enmendamos la vida
es nuestra dureza mucha,
pues cuando los montes se abren
están las entrañas duras.
Asústennos los pecados
no la tierra que fluctúa
en monumentos, si aquestos
de los pecados redundan.

Tanto como un edificio
ofende una calentura,
pues todo mata y no hay muerte
para conciencia segura.
No está en morir el fracaso
que tendrá la criatura,
porque sólo en morir mal
están nuestras desventuras.

Dios, por quien es, nos perdone,
nos dé su amparo y su ayuda,
y su temor y amor santo
en nuestras almas infunda.

Otro poema colonial de temática semejante al de Caviedes es el *Rasgo Histórico sobre la ruina de Lima e inundación del Callao,* en el cual se describe un episodio parecido al que inspiró a Sor Tadea[15]:

Del Carmelo monjas doce,
¡yo no sé, cómo lo digo!,
son víctimas inocentes
de este golpe repentino.

Mas a toda las que libres
del riesgo verse han podido,
de la clausura las puertas
ha cerrado el precipicio.

[15]Manuel Odriozola. Opus cit., tomo IV, págs. 298-312.

Si es que hay ojos para verlas,
por eso muchas se han visto
buscando, entre sus parientes,
hospedería y abrigo.

¡Este es el mayor dolor
que cuantos Lima ha sufrido!
Ver sin amparo en las calles
tantas esposas de Cristo.

. . . . . .

También el Dios Neptuno se va a los cielos:

Hallándose el Dios Neptuno
de la tierra tan movido,
hasta el cielo contra ella
se sube a pedir auxilio.

Para esta sublevación
el mar en recios bramidos,
junta la espumosa furia
de aquel enojo excesivo.

Ya desocupa soberbio,
su señalado distrito,
ya arrogante se apodera
de todo el celeste Olimpo.

Y ya desde la eminencia
a que se elevó atrevido,
a dar más golpes desciende
aquel infeliz presidio.

. . . . . .

Copiamos un fragmento del *Rasgo Histórico*... cuyo autor y fecha de publicación desconocemos:

De cuarenta y seis fue el año,
triste en que el juez tan sufrido
le puso a su sufrimiento
término siendo infinito.

Habíanse ya de octubre
veintiocho días cumplido;
un viernes, de cuya noche
el día fue vaticinio.

Porque apareciendo en Lima
de horrores negro vestido,
luz clara le dio en sus sombras,
el estrago que ya ha visto.

Hasta aquellos dos planetas
que en su clima eran propicios,
por unirse contra Lima,
se oponen entre sí mismos.

A ser más noche que toda
la infelice noche vino,
sin hipérbole, pues ella
es de esta verdad testigo.

Eran ya las diez y media,
hora que el cielo previno,
para dejar de las vidas
los relojes destruidos.

¡Oh, cuántos en esta hora
vivirían con descuido!
No haciendo juicio de que
en ella fuese su juicio.

Por eso muchos estaban
en sus lechos recogidos,
cuando en ellos sus sepulcros
les preparaba el destino.

Mas si esto no conocía
la necedad del capricho,
con evidencia en el mundo
de la verdad ha sabido.

En esta, en fin, fatal hora,
vio Lima, (¡caso inaudito!),
¡tan horrible un terremoto
que la voz tiembla al decirlo!

Qué palabras, qué elocuencia,
qué retórico artificio,
podrá dejar figurado,
lo que aún no se ha comprendido.

De tal manera la tierra
crece en su furor activo,
que del temor cada instante
se multiplicaba el brío.

Aquí de toda la angustia,
aquí del llanto excesivo,
a ver si dejan los ayes
por socorro algún alivio.

Qué corazón sufrir puede,
ver de Lima los vecinos,
en donde el asilo buscan
¿encontrar el precipicio?

Pero, ¡qué mucho!, si todos
los más fuertes edificios,
temiendo mayor estrago
chocan por quedar rendidos.

Los que la vida salvaban
de riesgo tan conocido,
aun ya en las seguridades
imaginaban peligros.

El dolor, y el susto crecen,
auméntanse los gemidos,
de ver la tierra tan firme
en su movimiento impío.

¿Qué es esto tierra de Lima?,
¿eres madre de tus hijos?
no sé, pareces madrastra,
tus efectos me lo han dicho.

Ya pareces que te abres,
y que en lóbregos abismos,
a los que en ti vida hallaron
sepultar intentas vivos.

Mas, ¡oh!, que breve se advierte,
que la tierra ha respondido,
y a los cargos que le hacen
con los nuestros satisfizo.

No he de temblar, dice, cuando
enojado al cielo miro?,
y con razón, pues yo más,
que otras tierras le he ofendido.

No mi temblor es de encono
aunque a Lima es tan nocivo,
de la deidad injuriada
me hace temblar por castigo.

A lo que la tierra dice,
crédito dan sus patricios;
y por eso en ella todos
se manifiestan contritos.

Sin pudor a plaza sacan
los yerros que han cometido,
siendo muy digno de aprecio
el desprecio en el decirlo.

Después de cuatro minutos
de aquel temblor tan continuo,
(cuyo estruendo aún hace ahora
en los ánimos ruido).

La inquietud pausó en Cibele,
pero no en los afligidos,
se hallaba el desasosiego
del temor fortalecido.

No sin razón era el miedo,
de que estaban poseídos;
pues daba, de rato en rato,
la tierra nuevos avisos.

La confusión era grande,
mayores los alaridos;
y por saber de los muertos,
muchos no quedaban vivos.

Más horrible que el de Creta
fue de Lima el laberinto,
pues en él decreta el Cielo
cortar tanto vital hilo.

Morfeo como agresor
del estrago, lo ha escondido,
que por no ser descubierto
ha procurado encubrirlo.

Pero ya porque a luz salga
con claridad Febo ha dicho,
que ha de hacer patente el día,
cuando la noche deshizo.

Ya amaneció mas, ¡oh, nunca
nos hubiera amanecido!
que ha sido más triste noche
la que en el día tuvimos.

Vieron de Lima el estrago
los ojos, y enternecidos,
lenguas hicieron del llanto
para poder referirlo.

No hay templo, torre ni casa,
de Lima, en todo el distrito,
que no declare postrado
todo su orgullo rendido.

Y así sus habitadores,
que sus casas han perdido,
del medio posesionados
buscan en el campo asilo.

Ya como a Jerusalén
triste, y asolada miro
a Lima, llorando viuda
la falta de sus vecinos.

Sólo para compañía
le han quedado, qué martirio,
los cuerpos que sepultaron
corpulentos edificios.

Si a sacar alguno de éstos
se atreve lo compasivo,
se tiene a dicha el salir
de aquel riesgo sin peligro.

La madre que ve sacar
desbaratado su hijo,
tantas le dice ternuras,
que hace llorar a los riscos.

El hermano con la hermana,
la mujer con el marido,
sólo explica lo que siente
en lamentos mal sentidos.

¡Ay, dulce patria! ¿Qué es esto?
¿Tú, en semejante conflicto?
¿Tu Lima tan desgajada?
¿Quién de esto la causa ha sido?

Tú, que del esposo dabas
rosas al jardín florido,
ya, tus flores, ¿solamente
en azahar se han convertido?

Pero otras más lamentables,
que han de venirte, imagino,
pagando lo que los justos,
por tu causa han padecido.

Del Carmelo monjas doce,
¡yo no sé cómo lo digo!,
son víctimas inocentes
de este golpe repentino.

Mas a todas las que libres
del riesgo verse han podido,
de la clausura las puertas
ha cerrado el precipicio.

Si es que hay ojos para verlas,
por eso muchas se han visto,
buscando, entre sus parientes,
hospedería y abrigo.

¡Este es el mayor dolor
de cuantos Lima ha sufrido!
Ver sin amparo en las calles
tantas esposas de Cristo.

Con esto no hay más que ver,
y así ¡oh, Lima! me retiro,
a tu puerto a ver si hallo
contra tanto mal presidio.

Pero a dónde voy, a dónde
ciegos los pasos dirijo,
¿si el que fuera puerto felice,
ya fluctúa combatido?

Porque habiendo el terremoto
tal violencia allí tenido,
que en Lima padeció amago,
siendo tanto el torbellino

Hallándose el Dios Neptuno
de la tierra tan movido,
hasta el cielo contra ella
se sube a pedir auxilio.

Para esta sublevación
el mar en recios bramidos,
junta la espumosa furia
de aquel enojo excesivo.

Ya desocupa soberbio,
su señalado distrito,
ya arrogante se apodera
de todo el celeste Olimpo.

Y ya desde la eminencia
a que se elevó atrevido,
a dar más golpes desciende
aquel infeliz presidio.

Siendo la violencia tanta
de este monstruo cristalino,
que se hizo el puerto seguro
naufragio de los navíos.

Porque arrancando las anclas,
en que estaban sostenidos,
unos a la tierra arroja,
y otros se usurpa en sí mismo.

Hecho ya señor del puerto
el poderoso enemigo,
nada hay en él reservado
de su colérico brío.

Cuando aquellos moradores
en fracaso tan preciso,
con el torrente del llanto
discurren ser defendidos.

Mas como los corazones
estaban tan oprimidos,
en las lágrimas hallaban
el ahogo por alivio.

¡Ay, infelice Callao!
¿Qué es lo que te ha sucedido,
que hasta las náuticas reglas
en ti sólo se han perdido?

Pues si siempre por la tierra
bonanza el puerto previno,
hoy es la tierra en el puerto
de la tormenta motivo.

En esta tribulación,
los hijos del gran Domingo
se hallaron que por su estrella
fueron allá dirigidos.

Cumpliendo estaban fervientes
su instituto esclarecido,
sin que tanto amor causase
en sus fervores resfrío.

Antes arden de manera
en fuego de amor divino,
que al aumentarse las aguas
se muestran más encendidos.

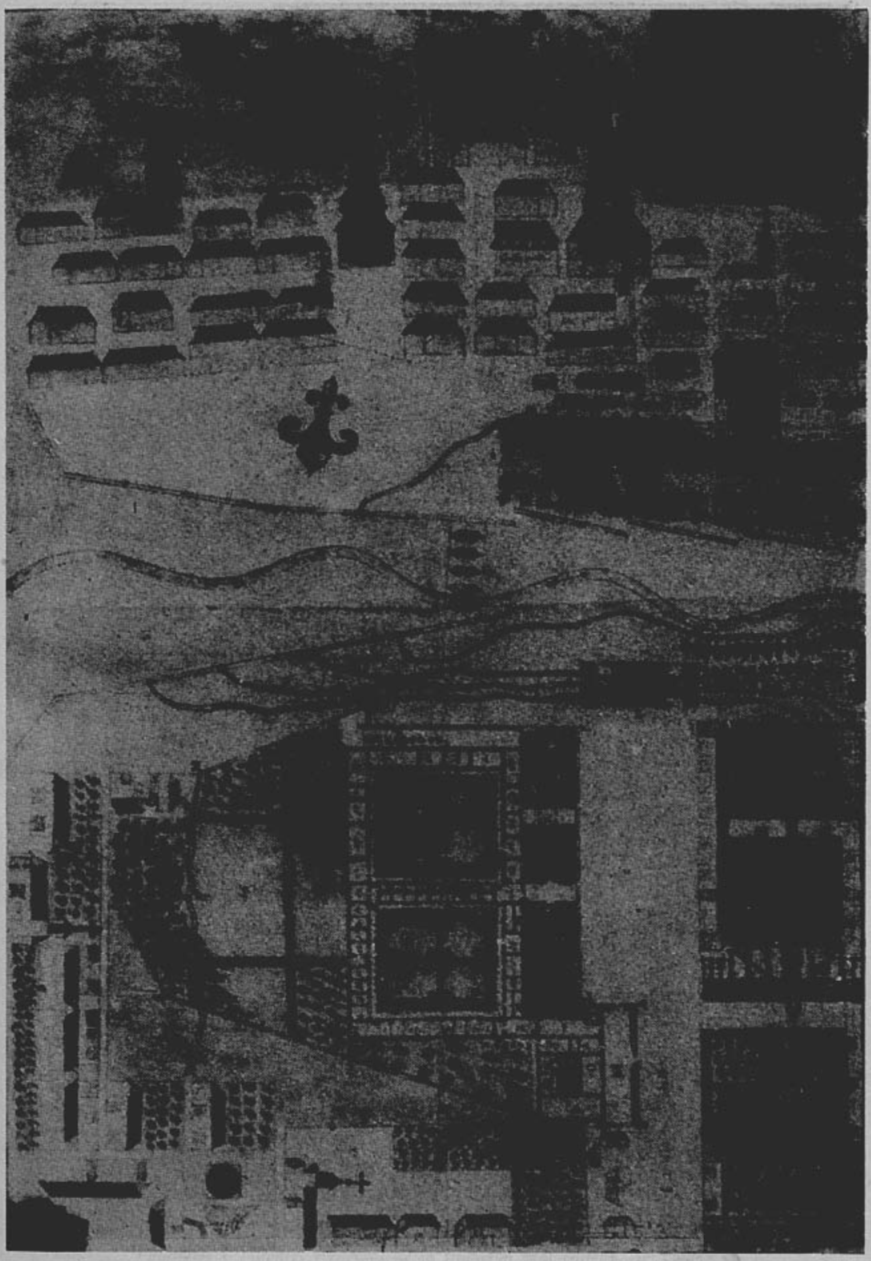
Comunicado este fuego,
también obraba el prodigio:
de que vertiesen los ojos
raudales de agua contritos.

Y así de todos oía,
en este amargo conflicto,
pedir la misericordia
de la justicia afligidos.

La esperanza de las vidas,
que ya perdieron es fijo,
porque contra el pobre pueblo
los dos mares se han unido.

Y como por todas partes
se miran ya comprimidos,
en donde escapar discurren
encuentran el riesgo mismo.

Los que de una tabla piensan
salir del naufragio asidos,



Plano del Monasterio del Carmen Bajo fundado por el Corregidor don Luis de Zañartu. (Del Archivo de Indias).

Patio de entrada del Carmen de San Rafael o Carmen Bajo.

pierden en el mar de golpe
el que ganaron asilo.

Viendo el mar y otros le rompen
para hallar libre el camino,
montes sobre ellos arroja
con que estorbar sus designios.

Que como tras sí se lleva
templos, torres y edificios,
hace mayor el estrago
con el estrago que hizo.

Los que por dicha escapaban
era porque enfurecido
a la ínsula los arroja,
donde quedan guarecidos.

No con la invasión primera
su furor se satisfizo,
antes cobró conservarse,
mayor vigor su apetito.

Por eso una y muchas veces,
embistiéndole maligno,
destroza a su salvo a el que
verse en salvo no ha podido.

Luego que a todo el Callao
dejó a nada reducido,
cesa el encono: porque
ya su fin ha conseguido.

. . . . . .

Volviendo a nuestra literatura colonial, otro romance curioso, contemporáneo del referido a la inundación del Mapocho es el *Romance de los siete ladrones que murieron a un tiempo en la mina de la señora doña María del Rosario Muchastegui, en Petorca, el 24 de octubre de 1779. Cuyo autor es el ciudadano Bernardo de Guevara, chileno, que aún vivía en Lima poco tiempo ha*[16].

Don Enrique del Solar en su obra *Leyendas y tradiciones*[17] da una versión novelesca y aumentada del romance, el que atribuye al fraile agustino español, fray Sebastián de la Cueva.

El romance, conocido también con el título de *La Visión de Petorca* o *Corrido de los Siete*, fue publicado, por primera vez en 1824[18].

En el romance minero de los siete muertos hay una acumulación pesada, mecánica y pedantesca de referencias bíblicas, históricas y mitológicas.

Las escenas sobrenaturales son frías, de escasa vibración.

El Romance

El *Romance* de Sor Tadea de San Joaquín puede incluirse en los que Ramón Menéndez Pidal denomina *noticiosos* atendiendo a la contemporaneidad de los hechos narrados[19].

Presenta algunas características barrocas que hasta el momento nadie ha querido señalar.

Irrumpe con una alegoría lírico-dramática de fuerte patetismo reforzada por la anáfora de cuatro *ques*. Estos encabezan otros tantos versos paralelos y vibran como cuatro agudos toques de clarín en el escenario del poema:

1 ¡Qué confuso laberinto,
qué Babilonia de afectos,

[16]Aparece en la *Historia de la literatura colonial de Chile*, de Medina, tomo III, págs. 71-82 y en *Romances Populares y Vulgares recogidos de la tradición oral chilena*, de Vicuña Cifuentes, págs. 471-487.
[17]Imprenta de "El Independiente", Santiago, 1875. Págs. 195-227.
[18]Imprenta de Valles, por Pérez. Santiago, junio de 1824.
[19]*Romancero Hispánico*. Tomo I. Obras Completas. Tomo IX. Madrid, 1953. Págs. 301-306.

qué océano de congojas
qué torrente de tormentos[20].

La teatralidad se hace patente en los versos que siguen para rematar en un quiasmo (versos 7-8):

combaten mi corazón,
queriendo sea mi pecho
nueva palestra de penas,
de martirios, teatro nuevo,

El ímpetu calderoniano[21] del comienzo cambia de dirección, del corazón a las alturas, cuando la monja, con afán épico creciente invoca al cielo en versos paralelos:

y así, dad, cielos, valor,
dadme voces, santo cielo,
para narrar un asunto
en que desfallece el eco[22].

[20]Recurso común de los dramaturgos españoles del Siglo de Oro. Calderón, en especial, emplea de continuo estas exclamaciones encadenadas:

D. Manuel: *¡Qué casa tan alajada!*
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan extremada!
(*La Dama duende*, Jornada Tercera. Escena Primera).

Amón: *¡Qué voz tan apacible!*
¡Qué quejas tan ardientes!
¡Qué acentos tan suaves!
¡Ay, Dios! ¿Qué hechizo es éste?
(*La venganza del Tamar. Tragedia del Maestro Tirso de Molina, por Calderón de la Barca.* Jornada Primera. Escena v).

[21]"Calderón se alterna con Góngora, o lo continúa, como modelo mayor de las letras coloniales, con la diferencia que no circunscribe su influjo a la lírica: Calderón extiende también su dominio a la literatura dramática" (verbigracia, Sor Juana y Peralta Barnuevo).

"Calderón, síntesis de las corrientes más importantes de su siglo (cultismo, conceptismo, estilo llano), tiene gran éxito en América, y ningún otro teatro goza de más difusión que el suyo. Durante el siglo XVIII se representan con frecuencia sus obras en el Nuevo Mundo, se repiten sus versos más felices y abundan las imitaciones al primer monólogo de Segismundo, el famoso lamento en que se duele de su condición humana:

¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!
Apurar, cielos, pretendo...

Este monólogo nos da, con bastante claridad, la medida del estilo calderoniano, y servirá para explicarnos por qué a Calderón se le ha llamado —Gerardo Diego— la "Academia de Góngora". Calderón utiliza en su teatro algunos elementos de la lírica gongorina (los más brillantes y menos complicados: metáforas, hipérboles), pero reduciéndolos a escasos moldes, repetidos con frecuencia. El lenguaje culticista viste a menudo uno de esos problemas filosóficos con que Calderón quiso dar hondura al drama español".

(Emilio Carilla. *Un olvidado poeta colonial.* Imprenta de la Universidad. Buenos Aires. (1943, pág. 23).

[22] *Hombre:* *Cielos ¿qué es eso que veo?*
qué es esto, cielos, que miro,
que si lo dudo me admiro
y me admiro si lo veo.
(Calderón. Auto *La vida es sueño.* Escena VIII).

Rodolfo Oroz en el estudio que dedicó al *Vasauro* de Pedro de Oña, estudia las personificaciones barrocas del primer poeta chileno[23]:

"La vivificación de algo que en la naturaleza tiene su movimiento propio es perfectamente comprensible; nada extraño, pues, que el mar o un rio se consideren como seres vivos. Exprésase la animación por el verbo:

Por vegas calla el río; i resonante
si le resisten, salta el arroyuelo. (II, 45)

El campo da una boz, el muro un grito
que suenan... (IX, 68)

Los valles, applaudentes dán palmadas
baylan un arbol, i otros al son del rio. (VI, 102).

Más acentuada está, en nuestro poeta, la tendencia de atribuirles forma y sentimientos humanos. Se da carácter antropomórfico a los ríos, montes, valles, también a las estaciones del año y al tiempo (la mañana, la noche: I, 113; II, 23)":

...la yerua sangre suda (II, 46)
descubre sien frondosa el monte cano (XI, 103)
Las sierras dos de Eluira, i la Neuada
soberuias alçan una, i otra frente (XI, 101)
En su región sublime, de admiradas
frenan las aues el bolante brio,
los valles, applaudentes dán palmadas,
baylan un arbol, i otro al son del rio:
las frentes de los montes enramadas
quieren como chocar en desafio;
i el Bétis, de sus humidas alcovas
la testa saca, enbuelto en verdes ovas. (VI, 102)
Por su diffunta luz la tierra llora." (X, 57)

Una de las características más salientes del barroco plástico y del literario es la intensificación de los contrastes, el dinamismo y desequilibrio provocados por la presencia y la lucha de los contrarios: luz y sombra, cielo y tierra, belleza y fealdad, ascetismo y sensualidad, lujo y miseria.

De ello nos habla Werner Weisbach en su obra *El barroco arte de la Contrarreforma*[24]:

"Sus recursos expresivos más característicos son la agitación, el impulso ascendente, la profusión y confusión de los elementos.

De lo peculiar del naturalismo barroco se sigue que sus esfuerzos tienden a una manera especial de representar el dramatismo y el movimiento".

Como afirma Emilio Orozco Díaz en su *Góngora*[25]

[23] *El Vasauro. Poema heroico de Pedro de Oña.* Editado por primera vez, según el manuscrito que se conserva en el Museo Bibliográfico de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. Con Introducción y notas por Rodolfo Oroz. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1941. Págs. LX y 169.

[24] Espasa Calpe. Madrid, 1942. Págs. 326-327.

[25] Editorial Labor. Barcelona, 1953. Pág. 12.

"... el Barroco buscó en su plástica la representación de la realidad, no en lo quieto y durable, sino en lo más apasionado y violento del fluir de lo anímico y vital: el impulso incontenido de las fuerzas de lo humano y de la naturaleza, subiendo o descendiendo, pero nunca contenido en el plano de lo natural armónico, equilibrado y medido. Así verá el mundo Góngora: siempre en visión desmesurada".

Sobre lo mismo insiste Alejandro Cioranescu en su obra *El Barroco o el descubrimiento del drama*[26]:

"La naturaleza viene a ser así como un inmenso escenario mítico en que cada elemento del paisaje tiene papel activo, ejecutando movimientos comunes, que se confunden en un solo conjunto, así como los diversos instrumentos que componen una inmensa orquesta".

La segunda escena barroca de gran aparato abarca los versos 32-66, en los cuales el dinamismo subjetivo se acompaña y complementa con la antropomorfización vívida de los elementos naturales, su pugna hiperbólica y la actividad desusada de un dios griego:

que violento
el aire rompiendo montes
con altivo movimiento,
con armados huracanes
mostraba que en un momento
desquiciaba de sus ejes
el globo, y más desatento,
presentó al cielo batalla,
y viniendo a rompimiento
en mutua lid disputaban
con recíproco ardimiento
por cual de los dos quedaba
el campo del vencimiento.
Por fin quedaron triunfantes
las nubes, y huyendo el viento,
quedaron con altivez
satisfaciendo su intento.

Este trozo nos recuerda la lucha de los dioses con los gigantes en la mitología griega *(Gigantomaquia)*. Se continúa con una intervención original del Dios del Mar (versos 49-56):

Parecía que Neptuno,
dejando su antiguo puesto,
se difundía en las nubes
sin mirar en su respeto.
Y liquidando los mares
juzgo, que del firmamento

[26]Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1957. Pág. 86.

llover océanos hizo
para nuestro sentimiento[27],

El decorado mítico-bíblico, con Neptuno en los cielos y Babilonia en los pechos, contrasta con las proporciones lugareñas de la inundación.

En su arrebato barroco Sor Tadea nos impone una visión desmesurada del Mapocho que resulta involuntariamente humorística por la desigual comparación que establece con ríos extranjeros:

el gran Mapocho que corre
a la frente del convento.
El cual compitiendo ya,
con rápido movimiento,
con *Ebros*[28] y Manzanares
y al Nilo aun llevando resto,
su sonido era aterrante
al más impávido aliento.

El río madrileño, famoso por la escasez de sus aguas, ha sido siempre objeto de variadas burlas poéticas.

Góngora, gran cantor de ríos andaluces, lo descalifica así:

Duélete de esa puente Manzanares;
mira que dice por ahí la gente,
que no eres río para media puente
y que ella es puente para muchos mares.

Quevedo también satirizó la economía de sus aguas:

Manzanares, Manzanares,
arroyo aprendiz de río,
platicante de Jarama
buena pesca de maridos,
tú que gozas, tú que ves
en verano y en estío,
las viejas en cueros muertos
las mozas, en cueros vivos.

Volviendo a nuestro romance, la poetisa narra, participa y se ve sumergida, con ansias de fuego divino, en la despiadada lucha elemental:

[27]Calderón en la Escena II de su Auto *La Cena del Rey Baltasar* nos describe por boca de éste el diluvio universal, buscando el *clímax* en la acumulación progresiva de las aguas:

Baltasar: *El principio fue un rocío*
de los que a la aurora enjuga
son cendales de oro el sol;
luego una apacible lluvia
de las que a la tierra dan
el riego con que se pula;
luego fueron lanzas de agua,
que nubes y montes junta,
teniendo el cuento en los montes
cuando en las nubes las puntas;
luego fueron desatados
arroyos; creció la furia;
luego fueron ríos; luego
mares de mares. ¡Oh suma
Sabiduría, tu sabes
los castigos que procuras!
Bebiendo sin sed el orbe,
hecho balsas y lagunas,
padeció tormento de agua
por bocas y por roturas;
. . . . . .

[28]*Ebros.* Se trata, al parecer, del río Ebro, nombre alterado por la pronunciación criolla.

157 *Difundiamos el alma*
como el agua, a nuestro Dueño,
deseando ser por su amor
160 holocaustos de su fuego
antes que fuesen las vidas
de la inundación trofeo.
. . . . . .
255 En este breve intervalo
atravesó nuestro pecho
nueva saeta de dolor
que rompiendo el sufrimiento,
hizo liquidar el alma
260 a un raudal tan violento
que pudo quizá igualar
al encrespado elemento
. . . . . .
344 mas, quiero decir en esto
que se continuó el crisol,
y pruebas de Nuestro Dueño.
. . . . . .
455 acrisolar el espíritu
de aquello menos perfecto;
. . . . . .

Los versos 157-163, 255-263, 344-346 y 455-456, recuerdan la simbología mística de San Juan de la Cruz sobre el agua y el fuego. Declaraciones [comentarios] del propio poeta a la Canción XX del *Cántico Espiritual* y a las Canciones I y III de *Llama de amor viva.*

Canción XX

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos, de las noches veladores:

Declaración de los versos cuarto y quinto:

"También por estas cuatro cosas significa las aficiones de las cuatro pasiones, que, como dijimos, son dolor, esperanza, gozo y temor. Por las aguas se entienden las aficiones del dolor que afligen al alma, porque así como agua se entran en ella; de donde David, hablando con Dios de ellas, dice: *Salvum me fac Deus quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam;* Sálvame, Dios mío, porque han entrado las aguas hasta mi alma. (Págs. 68.2)".

Canción I

¡Oh, llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.

Declaración del verso tercero:

"Y así, decir el alma que la llama hiere en el más profundo centro, es decir, que, tocando profundísimamente la sustancia, virtud y fuerza del alma, la hiere. Lo cual dice para dar a entender la abundancia de su gloria y deleite, que es tanto mayor y más tierno, cuanto más fuerte y sustancialmente está transformada y reconcentrada con Dios; lo cual es mucho más que en la común unión de amor pasa, según el mayor afervoramiento del fuego, que aquí, como decimos, echa llama viva; porque esta alma que goza ya de gloria tan suave, y el alma que sólo goza de la común unión de amor, son en cierta manera comparadas al fuego de Dios, que dice Isaías que está en Sión, que significa la iglesia militante, y al horno de Dios, que estaba en Jerusalén, que significa visión de paz; porque aquí está el alma *como en horno encendido* en unión tanto más pacífica, gloriosa y tierna, como decimos, cuanto más encendida es la llama de este horno que el común fuego"...

Canción II (Llama de amor viva)

¡Oh, lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!

Declaración (Comentario) del primer verso:

"¡Oh, admirable cosa, que a este tiempo está el alma rebosando aguas divinas, y salen de ella como una abundante fuente que mira a la vida eterna! Porque, aunque es verdad que esta comunicación es luz y fuego de estas lámparas de Dios, es este fuego aquí tan suave, que, con ser fuego inmenso, como aguas de vida, que hartan y quitan la sed con el ímpetu que el espíritu desea. *Así, aunque son lámparas de fuego, son aguas vivas de espíritu.* Como también las que vinieron sobre los apóstoles, que, aunque eran lámparas de fuego, también eran aguas puras y limpias. Que así las llamó el profeta Exequiel cuando profetizó aquella venida del Espíritu Santo, diciendo: *Effundam super vos aquam mundam... Et Spiritum novum ponam in medio vestri*: Infundiré, dice Dios, sobre vosotros agua limpia, y pondré mi espíritu en medio de vosotros. Y así, aunque es fuego, también es agua; porque es figurado por el fuego del sacrificio, que escondió Jeremías, el cual, en cuanto estuvo escondido era agua, y cuando de fuego servía de sacrificar era fuego. Y así, este Espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma, está como agua suave y deleitable, hartando la sed del espíritu; y cuanto se ejercita en sacrificio de amar es llamas vivas de fuego, que son las lámparas del acto de la dilección que decíamos, que dice la Esposa en los *Cantares*: sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas. Las cuales el alma aquí así las llama, porque, no sólo las gusta como aguas de sabiduría en sí, sino también como fuego de amor en acto de amor, diciendo: "¡Oh lámparas de fuego!". Y todo lo que se puede en este caso decir es menos de lo que hay. Si se advierte que el alma está transformada en Dios, se entenderá en alguna manera cómo es verdad que está hecha fuente de aguas vivas ardientes y fervientes en fuego de amor, que es Dios".

A partir del verso 66 decae la cobertura barroca de la composición. Esta se va convirtiendo gradualmente en una crónica rimada y pormenorizada de la fluvial catástrofe.

A Sor Tadea de San Joaquín, toda ojos, no se le escapa ningún detalle. La segunda parte del *Romance* que narra las peripecias del salvamento de ella y sus hermanas está salpicada de imágenes, algunas burlescas y de un realismo punzante, con precisas observaciones ambientales que más tarde habrían de prosificar el Padre Guzmán, Vicuña Mackenna, J. Abel Rosales, Barros Arana y otros.

En esto, una vez más, la poesía sirvió de fuente a la historia:

pues estaban muy de asiento
en el puente y la ribera
con pávido desaliento,
más de cinco mil personas,
que con clamor y lamento
causaban más confusión
que alivio, a nuestro tormento.

. . . . . .

fue el taladro tan pequeño,
que al salir, más que aceituna
se nos aprensaba el cuerpo.

. . . . . .

Apenas salimos fuera,
cuando ya nuestro convento
lo robaban sin reparo,
y con tal atrevimiento,
que no podrá reponerse
lo perdido en mucho tiempo.

. . . . . .

Pero es lo menos sensible,
comparándolo al tormento
que toleramos, al ver
el gentío tan atento,
cuando en brazo de los peones
nos transportaban sin tiento.
Y a unas las tomaban mal,
y a otras echaban al suelo,
y algunas bien embarradas,
eran de la risa objeto.
Empezamos a buscar
modos de secar de presto
la ropa, porque pegada
las más traían al cuerpo,

. . . . . .

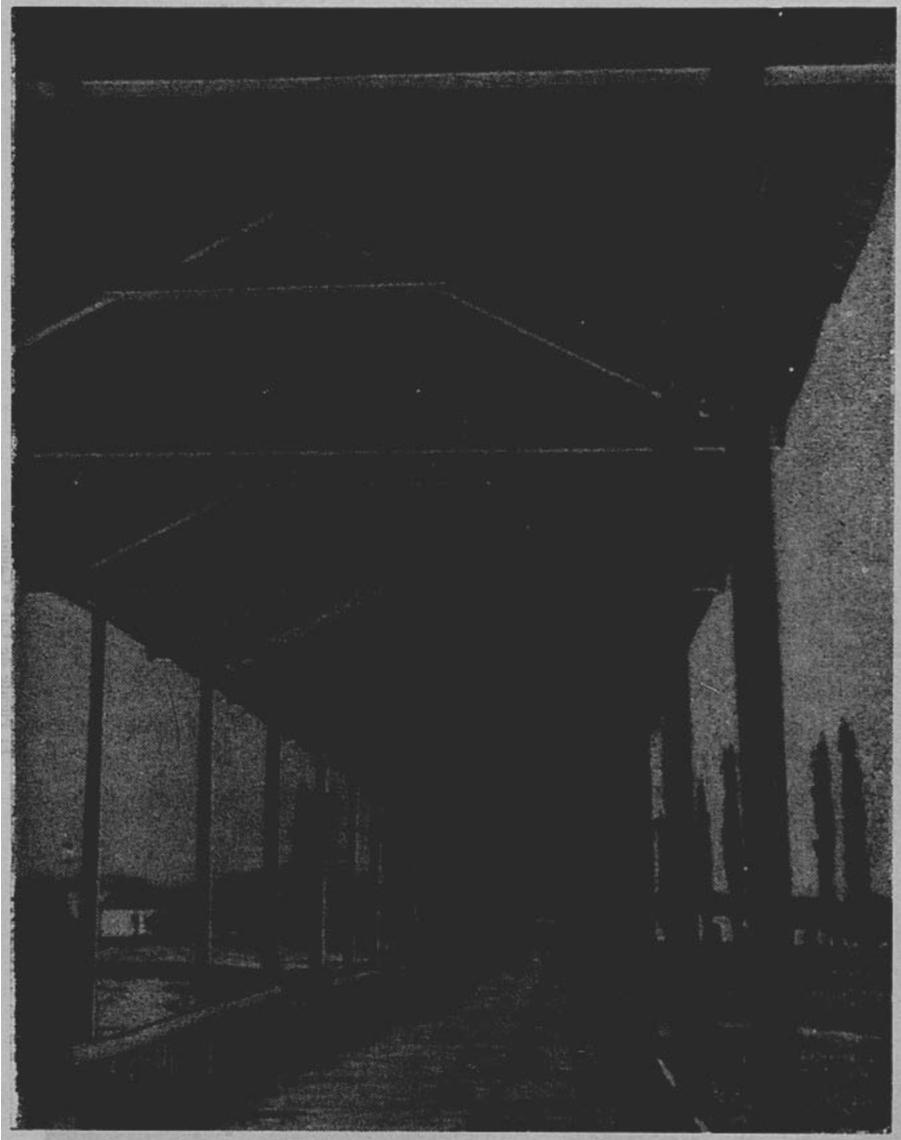
pero a otras les fue preciso
el andar por algún tiempo
con zapatos de los padres,
hasta que fueron haciendo.

. . . . . .

Los ojos aristocráticos de la monja personifican el río como a un insolente roto alzado:

Sólo dábamos las quejas
al divino Sacramento,
de permitir se atreviese

El Puente de Cal y Canto.



Interior del Puente de Palo.

aquel túrbido elemento
a inundar su templo santo,
sin atención y respeto
a la inmunidad sagrada
debida a su acatamiento,

El *tenebrismo* que empapa el poema se suspende con rápidos contrastes de luces y sombras:

sin otro acompañamiento
que pocas luces, que hallaron
con milagroso portento
ardiendo sobre las aguas,
. . . . . .
Y si algunos compasivos
daban luz en tal aprieto,
se espantaban los caballos
y ponían en más riesgo.
. . . . . .

La relativa falta de unidad y continuidad estilísticas en algunas muestras del barroco literario hispanoamericano, y también del español, se manifiesta en otros órdenes de la expresión artística y, especialmente, en la arquitectura.

José Ricardo Morales en su ensayo *Ornamentación y espacio en los templos coloniales peruanos*[29] analiza el contraste de modos expresivos en la arquitectura peruana colonial:

"En el Nuevo Mundo y en el Perú especialmente, la fachada retablo española se convierte en uno de los motivos fundamentales de la arquitectura eclesiástica colonial. Puede asegurarse, desde luego, que la fantasía española, llevada a la invención y utilización de motivos ornamentales libres, halla prolongación en la arquitectura religiosa peruana, acrecentándose incluso su inventiva con la contribución de elementos decorativos indígenas y por la participación de canteros nativos. Las portadas de la Universidad y de la iglesia de San Sebastián en el Cuzco y de las iglesias de la Merced y San Agustín, en Lima, son paradigmas de cuánto afirmamos.

Pero si la ornamentación de los templos peruanos barrocos se haya concebida y resulta plenamente de acuerdo con los principios de su época, no sucede igual con las estructuras y con el espacio (fábrica). A tal punto ocurre esto que quizás cupiera afirmar que gran parte de la arquitectura templaria peruana es desenfrenadamente barroca en sus elementos ornamentales y, al contrario, arcaizante y con resabios de estilos anteriores en el tratamiento del espacio en los interiores de los templos, excepción hecha naturalmente, de las iglesias de la Compañía de Jesús, que siguen con ciertas variantes, el modelo de la iglesia de Jesús de Roma. Es decir, que en el aspecto esencial diferencial de la arquitectura, en el espacio, muchas de las iglesias peruanas no son totalmente barrocas porque mantienen un fuerte sello medieval, procedente de reminiscencias o modelos españoles".

Las observaciones de José Ricardo Morales son aplicables a la diversa construcción del poema que nos ocupa. Sin embargo, tampoco debemos olvidar que una de las características del barroco es la confluencia del idealismo y el naturalismo, de

[29] Apareció en la revista *El Arquitecto Peruano*, N.os 192-193. Lima, julio-agosto de 1953. Págs. 11-12.

lo culto y lo popular en una misma obra. Góngora y Quevedo son ejemplos mayores de estas confrontaciones.

Emilio Orozco Díaz en su *Góngora*[30] analiza las dos vertientes de la poesía del gran cordobés:

"En la duplicidad de actitudes ante la vida y el arte que nos ofrece la obra de Góngora, asombra, por lo extremadamente violento y por la complicada trama que a veces llega a formar, el encuentro de los elementos cultos y populares. Una posición tan reflexiva y apasionadamente cultista como la del cordobés, no la podemos encontrar en ningún otro poeta español. Arranca su poesía de la cultura humanística renacentista; aumenta y complica los artificios que recibe de esa tradición; crea su lengua teniendo como estrella de guía a la latina; con su técnica de metáforas y alusiones incorpora a ella referencias a todos los órdenes del saber antiguo y contemporáneo, haciendo del poema verdadera enciclopedia; y en su última intención la guía el deseo de apartarse del vulgo y de escribir para los doctos, "pues no se han de dar las piedras preciosas a animales de cerda".

"Y, sin embargo, lo popular no sólo nutre una corriente potentísima y continua de su poesía, sino que se desborda y filtra en los más cultistas poemas, penetrándolos hasta entretejerse en lo más íntimo de su trama poética. Tan esencial y profunda es esta vena popular de Góngora, que sin ella no podemos explicarnos quizá lo más típicamente gongorino ni, en consecuencia, comprender el alma del poeta".

No hay propiamente despliegue de expresiones y metáforas populares en el poema de Sor Tadea, pero sí observación naturalista del percance de las monjas y de la actividad de los *chimberos* que asistieron e intervinieron en el desastre.

El *Romance* de la monja santiaguina termina con algunas consideraciones prácticas sobre la construcción del nuevo convento, que debería quedar suficientemente retirado para defender a sus ocupantes de las demasías del rebelde Mapocho.

Notas estilísticas sobre el Romance

El *Romance* con rima asonante en é-o, está ornamentado con ligeras alusiones mitológicas bíblicas y geográficas.

Las alusiones mitológicas son escasas y comunes:

487 porque el lince de su Prior
se hace Argos en nuestro obsequio.
. . . . . .

Sobresale por su ímpetu y originalidad hiperbólica la dedicada a Neptuno (versos 49-56) y de la cual ya hicimos referencia.

Las alusiones bíblicas son también mínimas y corrientes, referidas al Antiguo Testamento:

163 Mas aquel Dios de Piedades
a favorecer propenso,
que puso a Isaac en el monte
por probar su rendimiento
. . . . . .
335 al ver que Dios nos franqueaba
aquel Moisés verdadero,

[30]Editorial Labor. Barcelona, 1953. Págs. 97-98 *(Cultismo y Popularismo)*.

que sin temor a las ondas
las dominaba el primero
abriendo segunda senda,
340 como el otro en el Bermejo.

Mayor interés estilístico ofrecen las hipérboles referidas al impetuoso río:

173 y arrojándose a las aguas
surcando mares de hielo
. . . . . .
211 pues no cesaban las aguas
de descuadernar el cielo.
. . . . . .

*El dinamismo, nota predominante del poema, se mantiene con el uso de gerundios, de acción continuada (A); verbos de acción y movimiento (B) y algunos encabalgamientos (C): (A) Queriendo (6), debiendo (13), agonizando (20), expresando (23), rompiendo (33), viniendo (40), huyendo (45), satisfaciendo (48), dejando (50), liquidando (53), compitiendo (61), llevando (64), atendiendo (76), tocando (91), haciendo (103), cayendo (122), tomando (137), deseando (159), arrojándose (173), surcando (174), practicando (184), hallándose (190), diciendo (192), creyendo (206), viendo (213), entreteniendo (214), rompiendo (258), estando (320), diciendo (324), llevando (330), abriendo (339), entrando (377), haciendo (390, 430), tocándose (433), muriendo (464), gastándose (466), componiendo (504).

(B) combaten (5), mostraba (36), desquiciaba (37), presentó (39), difundía (51), llover (55), corre (59), subieron (81), correr (82), arrancaba (85), batía (87), estorbar (107), botó (109), vociferaban (112), tomar (155), picasen (118), tomó (123), enderezaron (139), inundaron (153), difundíamos (157), descargar (167), arrojándose (173), entrarse (183), botó (185), batía (186), rompieron (187), salimos (197), transitar (204), enderezamos (205), encontramos (209), descuadernar (212), taladrar (217), ejecutóse (221), salir (225), aprensaba (226), salimos (231), robaban (233), transportaban (242), tomaban (243), echaban (244), pasaron (247), estremecían (254), atravesó (256), liquidar (259), llevaba (265), batían (277), entrar (283), salieron (284), acometió (287), sacar (289), llevó (296), buscar (308), hallar (321), aprontar (332), franqueaba (335), llover (347), calasen (349), penetrasen (351), transformasen (354), acuñarlos (357), venían (360), traían (360), daban (366), espantaban (367), entrando (377), dieron (385), explanarlo (389), buscar (419), secar (420), andar (428), componer (467), inundó (501), botó (502), mudarnos (505), edificarlo (506), murallarlo (509), etc.

(C)

32 de ochenta y tres, que violento
el aire, rompiendo montes
. . . . . .
37 desquiciaba de sus ejes
el globo, y más desatento
. . . . . .
217 arbitraron taladrar
la muralla, con intento
de que huyendo por allí
. . . . . .

*El número de cada verso va en paréntesis.

419 Empezamos a buscar
modos de sacar presto
la ropa...
509 y murallarlo de cal
y ladrillo...

La poetisa logra igualmente una acentuación expresiva del ritmo con el uso de adjetivos esdrújulos, algunos cultos, antepuestos al sustantivo[31]:

19 en que trémulos suspiros
62 con rápido movimiento
66 el más impávido aliento
98 con pávido desaliento
123 tomó rápida corriente
140 con trémulo movimiento
152 aquel túrbido elemento
188 y con ímpetu violento
326 su magnífico convento
380 ángeles en térreo cuerpo
490 y su magnánimo genio
516 en beneplácito eterno

El estilo del *Romance* es verbal. Llama la atención el acromatismo del poema. No hay términos que expresen color.

Ediciones

José Toribio Medina en su *Biblioteca Hispano-Chilena*[32] cita y describe las primeras ediciones del romance.

La primera en 4º a dos columnas. Sin fecha. Impresión de Lima y probablemente de 1784. Apareció con el siguiente título:

> *Relación/ de la inundación, que hiso el Rio/ Mapocho de la ciudad de Santiago de Chile, en/ el Monasterio de Carmelitas, Titular de San Rafael, el/ dia 16 de julio de 1783. Escrita en verso octosílavo por una / Religiosa del mismo Monasterio, que la remitió à su/ Confesor, que se hallaba ausente, de cuyas manos la hu-/ vo un Dependiente de la Autora, quien la dá à Estampa./ Romance.*

[31] "El cultismo tiene, además, un valor externo, fonético en el verso. Él presta su cohesión maravillosa al endecasílabo gongorino, él facilita, con su frecuencia en esdrújulos frente a los graves del castellano, una musical alternancia de acentuación y cuando recibe el acento rítmico, refuerza la expresión de todo el verso. Muchos de los versos de Góngora de mayor fuerza expresiva tienen, en efecto, colocado un cultismo esdrújulo en la cima de intensidad rítmica". (Dámaso Alonso. *La Lengua Poética de Góngora*. Parte Primera. Corregida. Anexo XX de la Revista de Filología Española. Silverio Aguirre, Impresor, Madrid, 1950. Pág. 117).

[32] Tomo III. Impreso y grabado del autor. Santiago, 1899. Pág. 349

Ex-libris: Grabado que representa un murciélago con pechos de mujer y con un jabalí a cada lado.

De esta edición se conserva un ejemplar en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Santiago.

La segunda lleva el título de la primera, pero no es una reimpresión como afirma Medina. Fue hecha por la Imprenta del Ferrocarril. Calle de la Bandera, núm. 34. Santiago, 1862.

8º Portada. v en b. Texto, 3-22 páginas. Hoja fina bl.

En la portada dice que se mantiene "la misma ortografía de la primera edición", lo cual es igualmente inexacto.

La tercera edición aparece con cambio de título: *La inundación del Mapocho./ Relación en prosa*[33] *y verso de la primera/ avenida grande que hubo en Santiago el año de 1783.* Publicada por T. S. M. Imprenta de la República de J. Núñez, Chirimoyo, 30. Santiago, 1877.

8º 3-26 páginas. Las dos hojas finales en blanco.

Es la única edición que con pequeños errores como *Argas* por Argos (verso 488) y *Conveto* por Convẽto (verso 498), sigue fielmente la edición de Lima.

Medina reproduce el romance en su *Historia de la Literatura Colonial de Chile,* tomo III, Santiago, 1878. Páginas 83-93.

Esta versión de Medina, repetida más tarde en las páginas 349-354 del tercer tomo de su *Biblioteca Hispano-Chilena,* es, por desgracia, la menos fiel al original. Contiene algunos errores y alteraciones que habrá que achacárselos a algún anónimo y apresurado copista.

Justo Abel Rosales incluye la versión de Medina en su libro *La Cañadilla de Santiago. Su Historia y sus Tradiciones* (1541-1887). Santiago, 1887. Págs. 112-116.

Rosales rectifica la fecha equivocada de la catástrofe (julio por junio), en el título de la primera edición.

Con el título de *La avenida del Mapocho de 1783* reproduce el romance Julio Vicuña Cifuentes, en su extraordinaria obra *Romances Populares y Vulgares recogidos de la tradición oral chilena.* Santiago, 1912. Págs. 491-505.

Vicuña numera, de a cuatro, los versos; corrige acertadamente la puntuación y agrega algunas notas métricas y lexicográficas.

Lamentablemente no tuvo el impreso de Lima a la mano. En su versión se da el caso curioso de que al modificar el texto de Medina, que fue el que tuvo a la vista, acierta con la expresión correcta que trae la primera edición.

Por último, María Urzúa y Ximena Adriazola inician su antología *La Mujer y la Poesía Chilena,* con un fragmento del poema. Editorial Nascimento. Santiago 1963. Págs. 14-16.

Nosotros reproducimos la edición original modernizando la ortografía y con la numeración que adoptó Vicuña Cifuentes.

En las notas hacemos un cotejo entre la edición de Lima, y la de Medina, citando y comentando las variantes introducidas por Julio Vicuña C.

Un estudio definitivo del texto sólo sería posible con la lectura del manuscrito, que, al parecer, se ha perdido.

[33]La prosa —págs. 5-8— es sólo la reproducción de un trozo de la *Historia Eclesiástica, Política y Literaria de Chile,* de José Ignacio Víctor Eyzaguirre, tomo II, pág. 358, que se refiere a la inundación y a la autora del *Romance.*

ROMANCE

¡Qué confuso laberinto[34]
qué Babilonia de afectos,
qué océano de congojas,
qué torrente de tormentos
combaten mi corazón,
queriendo sea mi pecho
nueva palestra de penas,
de martirios teatro nuevo,
al relacionar[35] el caso
más lastimoso y más tierno,
que en el asunto menciona
en sus anales el tiempo!
Mas debiendo obedecer,
me[36] es indispensable hacerlo,
y así, dad, cielos, valor,
dadme voces, santo cielo,
para narrar un asunto
en que desfallece el eco,
en que en trémulos suspiros,
agonizando el aliento,
respira sólo pesares,
anima sólo tormento.
Pero si expresando penas
se minora el sentimiento
por la ajena compasión,
que en parte lo hace más lento,
os impartiré noticia
con legal razonamiento
de lo que Dios permitió
sucediese en mi convento,
día diez y seis de junio
de ochenta y tres, que violento
el aire, rompiendo montes
con altivo movimiento,
con armados huracanes,
mostraba, que en un momento
desquiciaba de sus ejes
el globo, y más desatento,
presentó al cielo batalla,
y viniendo a rompimiento,
en mutua lid disputaban,
con recíproco ardimiento,
por cuál de los dos quedaba
el campo del vencimiento.
Por fin quedaron triunfantes
las nubes, y huyendo el viento,
quedaron con altivez,
satisfaciendo su intento.
Parecía que Neptuno,
dejando su antiguo puesto,
se difundía en las nubes,
sin mirar en su respeto.
Y liquidando los mares,
juzgó[37] que del firmamento
llover océanos hizo
para nuestro sentimiento,
pues de este modo se hacía
más caudaloso y violento
el Gran *Mapocho*, que corre
a la frente del convento.
El cual compitiendo ya,
con rápido movimiento,
con Ebros[38] y Manzanares,
y al Nilo aun llevando resto,
su sonido era aterrante
al más impávido aliento.
¿Qué temor no causaría
en quienes sabían de cierto
que se hallaban indefensas
cercadas del elemento?

[34]Laberintho. "Metafóricamente se toma por cualquier cosa o figura, difícil de entenderse sin particular explicación, o con unos principios que sirvan como el hilo para desembarazarse en el laberintho.

Latín *Labyrinthus*. Quevedo. Política. Parte 2, Cap. 1: Vese aquí un ñudo, en nuestra vista ciego, un laberintho en nuestro entendimiento confuso".

(*Diccionario de Autoridades*. Primera Edición. Madrid, 1736-1739).

[35]Relacionar. "Hacer relación del hecho de alguna cosa". Relación "En las Comedias es la narración que sirve de episodio o explicación del teatro de la comedia. Latín *Recitatio comica*. Se llama también aquel romance de algún suceso o historia que cantan y venden los ciegos por las calles. Latín *Recitatio metrica*".

(*Dicc. de Autoridades*).

[36]Me (Lima), que (Medina, Vicuña).

[37]"Juzgó, dice el texto impreso [Lima], pero debe ser errata". (Nota de Vicuña Cifuentes). La errata es de Medina. La edición de Lima dice juzgo.

[38]Evros (Lima), Euros (Medina, Vicuña).

Ebros. Ebro. Del Latín *Iberus*. La "s" final es etimológica.

La mañana así pasamos,
sin saber el detrimento
que ya causaban las aguas
en la muralla y cimiento[39],
porque nada nos decían,
atendiendo al sentimiento
que era regular tener
en riesgo tan manifiesto.
A la una y media del día,
con más que casual intento,
subieron dos a la torre,
y al correr la vista, es cierto,
que cubrió sus corazones
mortal desfallecimiento,
viendo que el río arrancaba
los tajamares de asiento,
y con ímpetu batía
sin defensa en el convento.
Se encontró para el arbitrio,
sin margen el pensamiento,
y tocando las campanas
a plegaria, con intento
de que nos favoreciesen,
no se veía[40] movimiento
de que hacerlo procurasen,
pues estaban muy de asiento
en el puente y la ribera,
con pávido desaliento,
más de cinco mil personas,
que con clamor y lamento
causaban más confusión
que alivio a nuestro tormento.
Mas, haciendo la plegaria
al llegar un caballero[41],
no pudo contener brioso
o compasivo su pecho,
y sin poderlo estorbar
los[42] que improbaban[43] su in-
[tento,
se botó fogoso a la agua
con riesgo tan manifiesto,
que todos los circunstantes
lo vociferaban muerto.
Mas, dándole paso franco
el amor o el buen deseo,
pudo tomar nuestra orilla
sin el menor detrimento,
y con grande vigilancia
hizo picasen de presto
unos cuartos, que a la diestra
hacían calle al convento,
en que represaba el agua;
pero cayendo con esto,
tomó rápida corriente
con menor peligro nuestro.
El toque de las campanas
sirvió, para que al momento,
diez, que enfermas en las camas,
y algunas con crecimientos
de calenturas, se hallaban,
tuvieran conocimiento
del inminente peligro
en que se veía[44] el convento.
El susto sólo les fue
activo medicamento
para recuperar fuerzas
y corroborar aliento,
y tomando sus vestidos
para ponerse a cubierto,
enderezaron sus pasos

[39]cimiento (Lima), cimientos (Medina, Vicuña).

[40]veía (Lima). Vicuña (opus cit., pág. 505, para computar las ocho sílabas, dice que la autora tal vez pronunciaba *véida*, "como es común en nuestras clases populares". Caben otras interpretaciones: a) *veía*, en dos sílabas; b) Garcilaso emplea *vía* por veía (Egloga Primera, versos 273-274):

Los cabellos que vían
con gran desprecio el oro.

"La contracción de *veía* en *vía* es frecuente en la lengua arcaica y existe aún en el habla de nuestro pueblo" (Rodolfo Oroz. Notas 16-5, a *El Vasauro*, de Pedro de Oña). Pág. 19.

[41]D. Pedro García Rosales (nota del Impreso de Lima). Don Pedro García de la Huerta Rosales era hermano de Sor Tadea. (J. A. Rosales).

[42]los (Lima), las (Medina, Vicuña).

[43]Improbar. "Reprobar o desaprobar o reprender alguna cosa. Viene del Latino *Improbare*. Tiene ya poco uso" *(Dicc. de Autoridades)*.

[44]veía (Lima), veía (Medina). Véase nota al verso 94.

con trémulo movimiento
al coro, donde esperaban
fuese su fallecimiento.
Allí sólo se escuchaba[45],
en murmullo descompuesto,
suspiros, llantos, clamores,
con profundo rendimiento
a que se verificase
en todo el alto decreto.
Sólo dábamos las quejas
al divino Sacramento,
de permitir se atreviese
aquel túrbido elemento
a inundar su templo santo,
sin atención y respeto
a la inmunidad sagrada
debida a su acatamiento.
Difundíamos el Alma,
como el agua, a Nuestro Dueño,
deseando ser por su amor
holocaustos de su fuego,
antes que fuesen las vidas
de la inundación trofeo.
Mas aquel Dios de Piedades
a favorecer propenso,
que puso a Isaac en el monte,
por probar su rendimiento,
y sin descargar el golpe,
le fue el sacrificio acepto,
ordenó, que sobornados
tres hombres con el dinero,
y también de compasivos,
no reparasen el riesgo,
y arrojándose a las aguas
surcando mares de hielo,
aportasen al compás[46];
pero allí se vieron presto
casi ahogados por las aguas,
que recogidas[47] en centro
más de dos varas en alto,
estorbaban entrar dentro.
Y así, su propio peligro
industrió su entendimiento
para entrarse por el torno,
y practicando el intento,
de allí los botó el impulso,
que batía con extremo.
Por fin rompieron el torno,
y con ímpetu violento
los ayudó a entrar el agua,
y hallándose en salvamento,
discurrieron por los claustros
dando voces, y diciendo
que Nuestro Ilustre Prelado[48]
nos imponía precepto,
y nos mandaba salir
sin excusa ni pretexto.
Salimos todas del coro
al oír el intimamiento;
mas sin corazón salimos,

[45]escuchaba (Lima), escuchaba (Medina), escuchaban (Vicuña).
[46]Compás. "Significa el espacio o ámbito enlosado, que regularmente suele haber ante las puertas de las Iglesias, que comúnmente se llama Atrio o Lonja" (*Dicc. de Autoridades*).
[47]que recogidas en centro (Lima), que recogida en centro (Medina), que recogida en [el] centro (Vicuña).
[48]El Iltmo. señor doctor don Manuel Alday y Aspée, que dignamente ocupa la Silla Episcopal de esta Iglesia, como su XIX Prelado (Nota del impreso de Lima).

Con motivo del fallecimiento de don Manuel Alday, ocurrido el 19 de febrero de 1788 se escribieron poesías en su elogio, que recoge Medina en su *Literatura Colonial* (Tomo I, pág. 370); copiamos dos de ellas:

¿Qué se hizo Alday? ¡Falleció!
¿Quién la destruyó? ¡La muerte!
¿Y él qué adquirió? ¡Mejor suerte!
¿Y murió su fama? No.
¿Pues, dónde está? Se esculpió!
¿En qué? ¡En un bronce inmortal!
¿Y qué ha dejado? ¡Señales!
¿De qué? De copiosa ciencia.
¿Y de qué más? De prudencia.
¿Y habrá otro así? ¡No habrá igual!

En esta voz Alday, se comprendían
cinco letras, cada una misteriosa:
La inicial expresa una arca hermosa
De virtudes que más lo esclarecían;
En la cuarta muchos lauros se exprimían,
Que a esta ciudad hacen tan hermosa;
La D significaba prodigiosa.
¡Cuántos dones en él resplandecían!
Las tres primeras letras fenecieron;
Las dos que restan han quedado impresas,
Pues permanece el ¡ay! que produjeron;
Las que redujeron a pavesas,
Para que en un puro ¡ay! viviendo Chile
Se acabe con el ¡ay! y se aniquile.

se ase Argos en ntro. obsequio
pues su grande caridad,
y su Magnanimo genio,
lo hasen executar à ora,
lo que ejecutò primero,
y juzgo que sin mudansa
siempre seguirà lo mesmo;
pues hombres de su Estatura
lo acaban todo perfecto.
Esplanar el grande estrago,
que hiso el Rio en mi Convẽto
fuera detenerme mucho,
mas no siendo ese mi intento,
dirè solo lo inundò
todo, y parte botò al suelo.
Lo restante se està aora
con firmesa componiendo,
para mudarnos allà,
y Edificarlo de nuevo,
retirando el Edificio,
quanto se pueda hasi adentro,
y Murallarlo de Cal
y Ladrillo, porque esto,
dizen, vasta à preservarnos,
y ponernos acuvierto.
El Señor lo determine,
si es su voluntad hacerlo,
y de nò, se cumpla en todo
su beneplacito eterno.

FIN.

Reproducción de la última página del Impreso de Lima.

porque se quedó en su centro.
Avistamos nuestros claustros,
que hechos lagunas de cieno,
no daban margen alguno
para transitar sin riesgo.
Enderezamos los pasos
hacia la huerta, creyendo
que su mucha elevación
favoreciese el intento;
pero también encontramos
inundado aquel terreno,
pues no cesaban las aguas
de descuadernar el cielo.
Viendo en este estado el caso,
y que, entreteniendo el tiempo,
se acercaba más la noche
y el peligro iba en aumento,
arbitraron taladrar
la muralla, con intento
de que huyendo por allí,
tomásemos mejor puesto.
Ejecutóse al instante
el discreto pensamiento,
pero con la *precisión*[49]
fue el taladro tan pequeño,
que al salir, más que aceituna
se nos aprensaba el cuerpo.
No sacamos con nosotros
más que a nuestro Dulce Dueño,
que pendiente de la cruz
nos daba a sufrir ejemplo.
Apenas salimos fuera,
cuando ya nuestro convento
lo robaban sin reparo,
y con tal atrevimiento,
que no podrá reponerse
lo perdido en mucho tiempo.
Pero es lo menos sensible,
comparándolo al tormento
que toleramos al ver
el gentío tan atento,
cuando en brazos de los peones[50]
nos transportaban sin tiento.
Y a unas las tomaban mal,
a otras[51] echaban al suelo,
y algunas, bien embarradas,
eran de risa objeto.
De este modo nos pasaron,
con tumultuoso ardimiento,
a una quinta que contigua
se hallaba más del convento.
Allí estuvimos un rato,
pero era con igual riesgo,
porque las altivas olas
estremecían el suelo.
En este breve intervalo
atravesó nuestro pecho
nueva saeta[52] de dolor,
que rompiendo el sufrimiento,
hizo liquidar el alma
en un raudal tan violento,
que pudo quizá igualar
al encrespado[53] elemento:
por ver que ya la Custodia
con ligero movimiento
la llevaba un sacerdote,
sin otro acompañamiento
que pocas luces, que hallaron
con milagroso portento
ardiendo sobre las aguas,
que (respetando el intento
con que fueron encendidas
cuando en nuestro encerramiento
clamábamos a la Madre
de Piedad, por valimiento),
se estaban en el blandón,
sin ceder al movimiento
con que batían las olas;
y siguiendo el barlovento
de la venerada imagen,
a quien el fiel elemento
llevaba sobre su faz
con pasmoso rendimiento,
al entrar el sacerdote

[49] *Precisión* por prisa es, como se ve, un antiguo chilenismo" (Nota de Julio Vicuña Cifuentes).

Precisión. "La obligación o necesidad que fuerza y precisa a ejecutar alguna cosa". Latín *coactio*. Necesitas Sart. P. Suar, lib. 5, cap. 4: "La *precisión* tan apretada del tiempo, no había permitido cautelar con la consulta este reparo" *(Dicc. de Autoridades)*.

[50] Peones. Para que el verso sea octasílabo, *peones* debe pronunciarse en dos sílabas: *piones*. (Sinéresis).

[51] a otras (Lima), y a otras (Medina, Vicuña).

[52] saeta. Debe pronunciarse *seta* (sinéresis).

[53] encrespado (Lima), expresado (Medina), espresado (Vicuña).

le salieron al encuentro,
para servir en el culto
del divino Sacramento.
El que acometió a la empresa[54],
llevado de ardiente celo,
de sacar a la Deidad
antes que corriese riesgo,
fue un hijo de San Francisco,
religioso recoleto[55],
que con la agua a la cintura
y por las rejas rompiendo,
sacó Custodia y Viril
y las[56] llevó a su convento.
Propia acción de tales padres,
que en todo acontecimiento
de piedad y devoción,
no miran su detrimento,
y que quedará grabada
e indeleble en nuestro pecho,
para perpetua memoria
y tierno agradecimiento.
Y volviendo a la estación[57]
donde estábamos cuando esto,
se determinó dejarla
y buscar seguro puesto,
clamando al Señor nos diese
gran paciencia y sufrimiento,
para seguir un certamen[58]
de tanto padecimiento.
Mas el Padre de Piedades,
que siempre acredita el serlo,
determinaba clemente
minorar el desconsuelo,
y prevenir el alivio
a proporción del tormento.
Se vio esto verificado,
pues estando en el aprieto
de no hallar situación fija,
llegó luego un mensajero
de parte del Padre Prior
de la Observancia, diciendo
que teníamos muy pronto
su magnífico convento,
y con grande cortesía,
igual a su entendimiento,
fue en persona por nosotras,
llevando para el intento
el carruaje necesario
que pudo aprontar más presto.
Seguimos nuestra derrota[59]
con más esforzado aliento,
al ver que Dios nos franqueaba
aquel Moisés verdadero,
que sin temor a las ondas
las dominaba el primero,
abriendo segunda senda,
como el otro en el Bermejo.
Mas, no faltaron desgracias,
si acaso pudieron serlo
los trabajos de los justos;

[54]a la empresa (Lima), a la empresa (Medina), la empresa (Vicuña).
[55]El R. P. Fray Manuel de la Puente. (Nota del impreso de Lima).
[56]las llevó (Lima), las llevó (Medina), los llevó (Vicuña).
[57]Estación. "Cada uno de los parajes en que se hace alto durante un viaje, correría o paseo" (6 acepción. Dicc. RAE).

"Por translación vale estancia, sitio, lugar señalado para algún fin o efecto. Latín *Situs. Locus.* Pellic. Argen, part. 2, lib. 4, Cap. 16: *Dobló las estaciones* de los soldados por todos los barrios de la ciudad. Esquil. Nap. Cant. 4. Oct. 15.

Ya por las peñas, o los cierzos fríos
era estación infiel a los navíos.

(Dicc. de Autoridades).

[58]Certamen. "Metafóricamente. Se toma también por lucha interior de afectos y pasiones". Latín *Animi, conflictus, pugna.* Ulloa Pfalm. Penit. Soli o q. 3.

¿No habemos de estar en paz
un infante? ¿Tan continuo
ha de durar en mi alma
este certamen prolijo?

(Dicc. de Autoridades).

[59]Derrota: "Rumbo de la mar, que siguen en su navegación las embarcaciones. Formándose de la preposición De y el nombre Rota, que es la rueda de los vientos por donde se gobiernan los rumbos".
(Dicc. de Autoridades).

mas, quiero decir en esto,
que se continuó el crisol,
y pruebas de Nuestro Dueño.
Pues como el llover seguía,
era indispensable efecto
que los carros se calasen
de aguas de cielo y de suelo[60],
y penetrasen agudas
a las de su furia objeto,
que a no informarlas amor,[61],
se transformasen en hielo.
A más de esto, se quebraban
los carros por el gran peso,
siendo preciso acuñarlos
en medio del elemento.
Otras, que en cabalgaduras
venían, traían[62] de lleno
toda la inclemencia, y otras,
más penoso aditamento,
de la lobreguez[63], privando
de tino aun al más experto.
Y si algunos compasivos,
daban luz en tal aprieto,
se espantaban los caballos
y ponían en más riesgo.
En fin, entre esta borrasca,
llegamos al feliz puerto
de la Casa de Belén:
llámase así este convento
de hijos de Santo Domingo,
donde guardan lo perfecto
y puro de su instituto
con prontitud y desvelo.
Y como fuimos entrando
a este retrato del cielo,
conocimos lo habitaban
ángeles en térreo cuerpo,
que con grande prontitud,
al imperio de un solo eco
y a veces a una mirada,
servían al pensamiento.
Nos dieron tal hospedaje,
que el más cabal desempeño
será omitirlo la pluma
y remitirlo al silencio,
pues si explanarlo[64] pensara,
haciendo narración de esto,
en mayor golfo[65] se viera
náufrago mi entendimiento,
que en el que se halló mi vida
cuando lo estaba mi cuerpo.
Mas, omitir no podré,
y todo lo diré en esto,
que el prelado de esta casa
es el más cabal sujeto
que han producido las Indias,
y en este acontecimiento
se ha excedido él a sí mismo,

[60]de cielo y de suelo (Lima), del cielo y del suelo (Medina, Vicuña).
[61]amor (Lima), Amor (Medina, Vicuña). Por el contexto, no creemos que se trate de una alusión mitológica.
[62]En el impreso de Lima el verso aparece así:

venian, traian de lleno.

Julio Vicuña (Opus cit., pág. 505), para conseguir el octosílabo cree que la poetisa pronunciaba *tréidan* en lugar de traían. Cabe pensar también que una de las siguientes palabras —venían, traían— pudo emplearlas de dos sílabas: venian, traian.
[63]Lóbrego: "Oscuro, triste y tenebroso". Lobreguez: Lo mismo que oscuridad, Calderón Aut. de la *Vida es sueño:*

Cuando en pálida tez
apagó mi esplendor tu lobreguez.

(Dicc. de Autoridades).

[64]Explanar. "Declarar, explicar, interpretar. Latín *Explanare. Explicare. Declarare.* Calixto y Melibea. Prólogo. Quién *explanará* sus guerras, sus enemistades, sus envidias y aceleramientos" *(Dicc. de Autoridades).*
[65]Golfo. "Metafóricamente vale confusión: y así se suele decir de las Cortes, por lo que cuesta el entenderse en ellas, y negociar. Latín *Abyssus, Chaos*". *(Dicc. de Autoridades).*

porque ha echado todo el resto,
y ha hecho fray Sebastián Díaz[66]
lo que él sólo hubiera hecho.
Nos pusieron en un claustro,
separado largo trecho
de los que ellos habitaban;
y aunque no era nada estrecho,
tenía sólo trece celdas,
de que hecho el repartimiento
en oficinas[67] precisas,
quedaron sólo de resto
nueve, para veinte y ocho
que éramos en surtimiento,
entre monjas y criadas,
siendo menester por esto
acompañarse de a cuatro
y cinco en cada aposento.
Empezamos a buscar
modos de secar de presto
la ropa, porque pegada
las más traían al cuerpo,
excepto algunas, que quiso
Dios favorecer en esto,
pues ni aun en las alpargatas
recibieron detrimento;
pero a otras les fue preciso
el andar por algún tiempo
con zapatos de los padres,
hasta que fueron haciendo.
Se estableció la observancia
con puntualidad y arreglo,
tocándose campanilla
a oración, coro y silencio,
refectorio y demás actos,
y todos a su hora y tiempo.
La clausura la guardamos,
haciendo el adagio cierto:
de ser en cuatro paredes
víctimas del sufrimiento.
Allí nos decían misa,
en oratorio bien puesto,
y en día de comunión,
consagraba el Prior para esto.
Mas nos quedaba el dolor
de no tenerlo allí expuesto,
para hallar con su presencia
mayor consuelo y aliento.
Mas así lo disponía
el Artífice más diestro,
para pulir a las almas,
quitando el sensible afecto,
y como había privado
de lo acomodado al cuerpo,
acrisolar el espíritu
de aquello menos perfecto;
y para hacerlo mejor
y lograr más bien su intento,
quiso darnos nueva mano
con enfermarnos de nuevo,
y muy pocas se exceptuaron
de no estarlo en este tiempo,
y vino a coronar la obra
una criada, muriendo.
Aquí pasamos tres meses,
gastándose mucho tiempo
en componer unos claustros
en forma de monasterio;
cuya composición hecha,
nos pasó el prelado luego
donde nos hallamos ahora
con comodidad y aseo:
en tres claustros bien labrados,
con muy delicioso huerto,
oficinas necesarias,
y sobre todo el recreo
del coro con su capilla,
que aunque esto es algo pequeño,
encierra la Majestad
que contiene todo el cielo.
Aquí estamos asistidas

[66]Fray Sebastián Díaz (1741-1812 ó 1813). Sabio de gran fama a fines de la era colonial. Autor del curiosísimo libro *Noticia General de las Cosas del Mundo por el orden de su colocación para el uso de la Casa de los Señores Marqueses de La Pica y para instrucción común de la Juventud del Reyno de Chile. Primera Parte.* Publicada en Lima, en 1783. En 1782 había publicado en Lima la *Descripción narrativa* de las religiosas costumbres del M. R. P. Fr. Manuel de Acuña, Prior de la Casa de Observancia de Nuestra Señora de Belén cuando ocurrió la inundación.

[67]Oficina. "Metafóricamente se toma por la parte o paraje donde se fragua y dispone alguna cosa no material."

"El corazón, que es colorado, es incorruptible, y de ellos también se hace el carbón para las fraguas y otras oficinas".

Ovalle. *Histórica Relación del Reyno de Chile.* Libro I, Cap. 2 *(Dicc. de Autoridades).*

de los padres, cuyo celo
atiende a lo espiritual
y temporal, con desvelo,
sin dispensar su cuidado
lo ínfimo ni lo supremo,
porque el lince de su Prior
se hace Argos en nuestro obse-
[quio,
pues su grande caridad
y su magnánimo genio,
lo hacen ejecutar ahora
lo que ejecutó primero.
Y juzgo que sin mudanza
siempre seguirá lo mesmo,
pues hombres de su estatura
lo acaban todo perfecto.
Explanar el grande estrago
que hizo el río en mi[68] convento,
fuera detenerme mucho;
mas, no siendo ese mi intento,
diré sólo lo inundó
todo, y parte botó al suelo.
Lo restante se está ahora
con firmeza componiendo,
para mudarnos allá
y edificarlo de nuevo,
retirando el edificio
cuanto se pueda hacia adentro,
y murallarlo de cal
y ladrillo, porque esto
dicen basta a preservarnos
y ponernos a cubierto.
El Señor lo determine,
si es su voluntad hacerlo,
y de no[69], se cumpla en todo
su beneplácito eterno.

Críticas

Sobre el *Romance* se han publicado hasta el momento, una serie de apreciaciones críticas un tanto superficiales o apresuradas.

Don Benjamín Vicuña Mackenna en su ya citado *Ensayo sobre el clima de Chile* concede que la *monja peregrina* fue inspirada por una *no tan fea musa cual era la de su tiempo*[70].

José Toribio Medina lo califica en forma poco certera en juicio cuyas debilidades nos vemos obligados a subrayar[71]:

"Las diversas peripecias de este suceso, la salida que las monjas hicieron, y traslación a la nueva vivienda, dio origen a que una de ellas escribiese un romance asonantado que tituló *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho,* que al parecer fue publicado en Lima ese mismo año. El autor ha contado con sencillez, *sin preámbulos ni adornos,* por más que en ocasiones la narración se ve *afeada por el empleo de términos bajos y de hechos ajenos a la poesía.* Sin embargo, no puede negarse que está impregnada de cierto tinte ingenuo y melancólico y de un profundo sentimiento religioso que la hacen muy superior a las piezas que acabamos de registrar".

J. Abel Rosales, en *La Cañadilla de Santiago,* a pesar de los elogios que dedica a la monja afirma que "la obra de Sor Tadea no deja de tener sus lunares"[72].

Marcelino Menéndez y Pelayo cita el *Romance,* sin ningún comentario en su *Historia de la Poesía Hispano-Americana*[73].

Alejandro Fuenzalida Grandón en su *Historia del desarrollo intelectual en Chi-*

[68]mi convento (Lima), mi convento (Medina), el convento (Vicuña).
[69]y de no... Elipsis verbal muy corriente en Chile.
[70]Opus cit., pág. 109.
[71]Literatura Colonial de Chile, tomo I, pág. 374.
[72]Opus cit., pág. 111.
[73]Tomo II. Librería General de Victoriano Suárez. Calle de Preciados 48. Madrid, 1913. Capítulo XI. Nota de la pág. 340.

le (1541-1810), al referirse al sabio Fray Sebastián Díaz, cita un pequeño trozo del Romance, al que califica de "celebrado y prosaico"[74].

Julio Vicuña Cifuentes en su citada obra *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena*[74], verifica la difusión popular del *Romance* hasta comienzos del siglo xx:

"Este y el anterior [*La visión de Petorca*], son los romances narrativos más antiguos de autores chilenos que han llegado hasta nosotros; lo que me parece título bastante para darles un lugar en esta colección.

"Ya hemos visto que el de *La visión de Petorca*, según las noticias de los señores Medina y Lizana, rueda todavía en la tradición oral. Cree, asimismo, que éste de *La avenida del Mapocho* no ha sido olvidado enteramente, pues muchas veces he oído contar el milagro de las velas que flotaban en el agua, y que dieron escolta al sacerdote que salvó la Custodia, caso portentoso que no he visto referido en otro lugar que en el romance. Además, una de las personas de quienes inquirí noticias de esta famosa riada, me dijo que "eso estaba en un *corrido* que sabía su padre". La mujer era joven y el padre vivía aún, pero yo no tuve ocasión de interrogarlo."

Fernando Alegría le dedica también un comentario un tanto trivial en su libro *La Poesía Chilena. Orígenes y desarrollo del siglo* xvi *al* xix[75]:

"Interesa esta composición por semejantes motivos. Fue escrita por una monja carmelita quien tal vez con un cálido rubor en las mejillas, nos relata cómo entraron "los hombres" en el convento para librar a las monjitas de la muerte y cómo atravesaron las aguas con ellas en brazos.

A través de todo este romance luce una sincera ingenuidad que se prende a veces con un rubor o palidece para expresar de manera muy femenina el temor de las enclaustradas ante los ataques del río y la impertinencia de las gentes".

Nuestro trabajo iniciado con la simple intención de reactualizar el *Romance* dedicado a una lejana y violenta salida del río santiaguino, se fue ensanchando por las variadas implicaciones de tipo histórico-cultural y estético que contiene su texto.

La lectura detenida de sus 516 versos obliga a una revisión más o menos estricta de todo lo que desde Europa pudo influir literariamente en la fina sensibilidad de una aristocrática monja enclaustrada en la lejana capital del Reyno de Chile.

La relación de Sor Tadea es certera, animada y graciosa.

En su doble papel de protagonista y relatora del acontecimiento exhibe estro lírico, humorismo, capacidad perceptiva y, al mismo tiempo, cierta frialdad y empaque estoico.

Quien la obligó a escribir, bajo precepto de obediencia, conocía sus dotes poéticas. No sería extraño que los archivos de su convento o algunos familiares conserven otras muestras de su claro ingenio.

Expresión tardía del barroco literario, el *Romance* de Sor Tadea de San Joaquín luce como flor única en el páramo poético de nuestro siglo xviii.

[74]Opus cit., pág. 506.
[75]Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1954. Págs. 122-123.

Fernando Santiván: La mujer que mató a su hijo

Ex Secretario de la Universidad Austral - Valdivia

LA MUJER se detuvo en el centro de la habitación. Era una sala de juzgado de vastas dimensiones, sobre un estrado de la testera se hallaba la mesa del magistrado, deslucida y manchada por muchos años de servicio, cubierta con papeles y expedientes voluminosos y de dudosa limpieza. El juez daba en ese momento instrucciones a un empleado y parecía no darse cuenta de la presencia de la mujer. Tampoco hicieron caso de ella algunos empleados que trabajaban en círculo alrededor de la sala, dando la espalda a la pared y el frente al vasto salón. Embebidos en su tarea tecleaban con rapidez en las máquinas de escribir.

La mujer no se inmutó. El modesto traje negro la ceñía sin alarde. Parecía absorta, envuelta en atmósfera de meditación, con la vista perdida en lejanas visiones.

—Acércate —le dijo por fin el juez, fijando en ella una mirada fría como un taladro.

La mujer avanzó algunos pasos. Sus movimientos recordaban vagamente la cautelosa marcha leve y potente de las leonas en la selva.

—Cómo te llamas —preguntó el magistrado revolviendo papeles.

—Corina —murmuró la mujer sencillamente, fijando en él sus grandes ojos intensos y obscuros.

No era hermosa, pero emanaba de su persona un halo de distinción que no parecía compatible con su condición de mujer del pueblo.

—¡Ah, sí!... Corina Cifuentes Andaur —completó el juez—. ¿Ocupación?

—Empleada doméstica.

—¿Sabes de qué se te acusa?

—Sí, señor juez... De haber matado a mi guagua...

El magistrado la miró con asombro.

—¡Y tan tranquila!... ¿No sabes la suerte que te espera?

La mujer no pareció intranquilizarse. Seguía mirando más allá de la persona de su interlocutor, acaso sin verlo. Su respuesta fue pausada, sin afectación ni tampoco asomos de cinismo.

—Sí, señor juez.

—Pena de muerte —murmuró el magistrado mirándola con fijeza.

—Sí, lo sé.

—¿Y no has nombrado abogado defensor?

La mujer esbozó un leve alzamiento de hombros.

—¿Y para qué? Estoy conforme...

—¿Quieres repetir tu confesión?... De todos modos, la ley te otorga un defensor.

Los ojos de la mujer brillaron con intensa chispa. Su rostro adquirió mayor

palidez y pareció irradiar una luz interior. Se cubrió las mejillas con las manos y murmuró claramente, en tono concentrado:

—¡Yo lo maté!... ¡Yo lo maté!...

—¿Lo hiciste por tu propia voluntad... Corina Cifuentes? —interrogó el juez deteniendo la vista en ella con acerada dureza—. ¿No agregas nada que pueda atenuar tu falta? ¿Estás arrepentida?

La mujer esbozó un gesto de extrañeza.

—¡Arrepentida! ¿Y de qué?

—¡De tu crimen!... ¡De tu horrendo crimen!

Ella se irguió sobre sus tacones en toda su estatura. Era esbelta y su traje negro, usado, pero de buena confección, la ceñía por entero. De nuevo sus movimientos adquirieron levedad felina.

—No, no —moduló con voz enronquecida, enérgica—. Ella era mía, como es mía esta mano o esta ropa... Yo puedo cortarme un miembro del cuerpo o hacer pedazos lo que llevo puesto. Nadie sufrirá su pérdida como yo. Ella era mía. Yo la tuve en mi vientre. Yo le di mi vida gota a gota... Cuando yo respiraba, ella respiraba. Si yo hubiera muerto, ella habría muerto conmigo.

La mujer pareció transfigurarse. El ruido de las máquinas de escribir se detuvo. Sólo la del secretario continuó recogiendo la declaración. El juez miró a la mujer con estupor; pareció perder algo de su cortante severidad y empequeñecerse.

Estás equivocada —murmuró débilmente—. Todos los seres humanos pertenecen a Dios... y se deben a la sociedad.

La mujer no lo escuchaba. Se aisló en su atmósfera como en una malla sutil. No veía la sala, ni al juez, ni escuchaba las máquinas de escribir... En seguida habló con embeleso, sólo para ella:

—Yo la llevé conmigo y la sentía crecer, moverse como un pajarito en su jaula. Pude haberla muerto entonces. El me lo propuso. Yo la defendí con todas mis fuerzas. Era mi compañerita; conversábamos. Yo le hablaba; ella respondía con leves golpecitos. Era otro corazón, aquí en mi vientre.

El juez la interrumpió:

—Hablas de él... ¿Quién es él?

La mujer se replegó con brusco movimiento defensivo. Por su rostro pasó una ráfaga de odio.

—¿El?... ¡El padre, pues!...

—¿Tu marido?

Ella se irguió con orgullo desdeñoso para responder:

—Soy soltera.

El juez, fino perro de presa, atacó de nuevo.

—¿Vivías con él?

—No. Yo estaba empleada. Mi patrona vivía en un edificio de departamentos en la plaza Baquedano. Era muy buena. Oía misa todos los días y nos dejaba en completa libertad. Su única distracción era mirar el movimiento de la calle desde su ventana del cuarto piso.

—No divagues... Dices que ese hombre... ¿Cómo se llama?

La mujer titubeó un instante. Luego, con ligera mueca de repugnancia o desprecio, como si le costara trabajo pronunciar el nombre, dijo:

—Pedro... Pedro Cáceres.

—Es interesante... —reflexionó el juez—. Tome nota, secretario... Hay que citar ese hombre. —Y dirigiéndose a la mujer—: ¿Conoces su dirección?

—Vive en el Carrascal. —Dio el nombre de una calle y el número de la casa.

—Dices que ese sujeto te propuso... y tú te resististe a... a...

—Sí, señor juez.

—¿El mismo individuo, tu cómplice, te propondría matar al recién nacido?

La mujer saltó sin vacilar:

—¡No, señor juez!... ¡Eso, no!...

—¡Es raro! ¿Puedes darme algunos datos de "él"?... ¿Qué edad tiene?

—Veintiocho años.

—¿Profesión?

—Chofer de micro.

La mujer respondía con rapidez y precisión, con voz tranquila y despreocupada, como si todo aquello no le concerniera.

—¿En dónde lo conociste?

—Aquí en Santiago, hace dos años, más o menos...

Su rostro se animó ante el recuerdo y pareció interesarse por dar pormenores sobre su aventura sentimental, pero sin denotar emoción, sino como quien cuenta algo que le hubiera ocurrido a otra persona.

—Yo era amiga de una de mis compañeras de trabajo. Ella salía con otro chofer, amigo de él... Nos entreteníamos a ciertas horas mirándolos pasar por la plaza en sus góndolas. Conocíamos la hora de su turno y nos instalábamos en una de las ventanas. Ellos saludaban desde abajo y nosotras nos reíamos... Un día de salida, mi amiga me lo presentó. Ese mismo día fuimos a un bar; luego, a un baile.

—Comprendo. De ahí en adelante las cosas marcharon sobre rieles... ¿Te prometió matrimonio?

—No, señor juez. ¡Nunca!

—Y tú... creías que...

—Jamás lo pensé. El me gustó, y nada más. A mí me parecía bonito tener un amigo, como la mayoría de mis compañeras. Tenía curiosidad de conocer cómo se manejan hombres y mujeres en ciertos casos. Aunque era inocentona, no creía que me creyeran ignorante. Y un día, en una de estas citas...

—¡Comprendido!... Era lo natural... ¿Con el tiempo, llegaste a quererlo? ¿Te enamoraste?

—Quizás, sí. Lo quería; pero no estaba loca por él. Pude haberlo dejado sin gran pena. Sin embargo, cierta vez que sospeché que mi amiga se entendía también con él, lo dejé de ver. Yo sufría, pero no lo demostraba, y me mantuve sin verlo durante mucho tiempo, a pesar de que él me buscaba y rogaba... Sentía rabia contra ella y contra él. Un día, después de una discusión, tomé a mi amiga y le pegué hasta botarla al suelo... Parece que entonces lo quise más. Se apoderó de mí como una especie de fiebre. Deseaba verlo, pero huía de él... Y soñaba todas las noches. Soñaba que en el vientre me crecía una planta y que las hojitas cantaban. Soñaba que él regaba esa planta y que el agua penetraba en mis entrañas y que yo sentía gran bienestar... Un día lo encontré en la calle y, sin poder contenerme, lo abracé. Seguimos viéndonos. Algún tiempo después sentí los primeros síntomas...

La mujer guardó silencio. Su mirada se posó en el suelo, dolorosamente, como si allí viera desfilar su vida pasada. Las máquinas de escribir reanudaron su ruido febril. El juez interrogó de nuevo:

—¿Fue entonces cuando te propuso eliminar el peligro?

—Sí, señor, entonces. Lo rechacé indignada. Yo deseaba tener un hijo. Lo sentía crecer con tanta alegría. Conversaba con él. El me respondía, sí, señor, me respondía. Llegó el momento en que todos se dieron cuenta de mi estado, a pesar de lo que hice por ocultarlo. La señora me llamó y me trató con cariño.

—Hija... No podrás continuar sirviendo: estás enferma. —Y como me viera llorar en silencio, agregó—: ¿No tienes dónde irte?... ¡No importa! Te dispenso de todo servicio. En ese estado no debes trabajar. Seguirás viviendo en casa y, cuando llegue el momento, te acogerás a las facilidades que da la Caja de Seguro

Obligatorio... —La señora fue muy buena conmigo. No sólo me liberó del trabajo, sino que me llenó de cuidados, como si fuera su propia hija...

El juez pareció afectado por esta última frase y preguntó con voz menos dura:

—¿Y cuál fue la actitud del hombre?

La mujer guardó silencio y huyó la vista.

—Habla, hija, debes ser sincera en tu confesión. Eso puede servirte para mejorar la pena.

—No quiero eso, señor juez —exclamó con energía y presteza la mujer—. Yo debo morir... Debería estar muerta ya.

—¡Habla!... ¡Responde!

—El fue alejándose de mí... Para decirle la verdad, se portó como un miserable. Un día nos juntamos y le hablé de mi situación. "No se te dé nada", me dijo, "ya lo tengo todo arreglado..." Sonrió con una sonrisa mala, y me dijo: "Tengo mucha experiencia en estas cosas. Te voy a llevar a casa de mi madre". Yo sentí mucha rabia, sin saber por qué; pero le dije que lo acompañaría. La señora vivía muy lejos, en una casita pobre, pero muy limpia, muy ordenada. Me causó buena impresión. Tenía cara de mujer buena... Era gorda, morena, muy ágil. Vivía con tres niñitos... El mayor no tendría más de ocho años, y la menorcita, tres... La señora me recibió muy amable; me dio mate con sopaipillas en arrope. Me extrañó que los niños la llamaran mamita y a él le dijeron "papá". En un momento en que me dejaron sola pude conversar con el niño mayor y supe que los tres niños eran hijos de él y de diferentes madres y que ninguno las conocían. Tuve un pálpito y me sentí muy mal. El me fue a dejar apresuradamente a la casa en que yo trabajaba.

La mujer ahogó un sollozo y se tomó la cabeza con las manos. Pareció como si la acometieran náuseas.

—No se agite —recomendó el juez en tono apaciguante.

—Después de eso —continuó la mujer— dejó de verme durante mucho tiempo. Sólo cuando me faltaba muy poco apareció por casa de mi señora. Lo recibí, como siempre, en la puerta, frente al ascensor. Me entregó un paquetito que parecía contener ropa y vi que tenía en la mano un fajo de billetes chicos. Yo sentí gran bochorno; se me subió la sangre a la cabeza... "Cuando sea el momento", me dijo, "usted me avisa y llevaré el chico a casa de mi madre..." ¿Y yo?, le pregunté. "¡Usted quedará libre y podrá emplearse de nuevo!..." Tuve un arrebato, señor juez, se lo confieso. Si hubiera tenido un arma en ese momento, me habría acriminado... En ese momento me pasó el fajo de billetes. Yo los tomé y se los tiré a la cara... Ahí en el pasillo quedaron desparramados junto con unos tejidos de guagua que contenía el paquete... El me miró con cara asustada y no dijo una palabra. Recogió los billetes y los trajecitos con calma, hizo un nuevo envoltorio, y se fue...

Se detuvo un momento la mujer y cambio la voz enronquecida por una más clara y ligera. Continuó:

—Pocos días después me retiré de la casa en que estaba empleada. La señora había preparado para mí un montón de ropa blanca usada y me dio, además, una gratificación. Antes de entrar al hospital, busqué un cuarto para llevar mi cama y encontré uno al fondo de un conventillo en la calle Sama cerca de San Pablo. De allí me fui a la maternidad. No hubo ningún tropiezo desde ese momento. Esperé tranquila y poco después nació mi hijita. Era linda, señor juez. Linda como la luna y las estrellas. Un poco morenita, pero muy poco. Tenía los ojitos claros y risueños. Hasta cuando lloraba, al mirarme, sonreía con los ojos llenos de lágrimas, y me tendía los bracitos... Nunca he sido más feliz como en esos días. Las enfer-

meras se peleaban para vestirla y llevarla en brazos... Era la regalona de la maternidad...

La mujer permaneció embelesada durante algunos momentos. Miraba hacia la pared frontal del salón con el rostro iluminado por expresión seráfica.

—¡Continúa! —murmuró el juez.

—Fue corta mi dicha. Cuando me dieron de alta comenzaron de nuevo mis sufrimientos. No podía pensar en volver a casa de mi antigua señora. Ella quizá me habría recibido; pero la visitaban continuamente una hija divorciada y un hijo sacerdote... Ellos no habrían querido que su madre se molestara por mí. Además, tenía vergüenza de presentarme ante ella... Me dirigí desde el hospital a mi cuartito. Era tan chico que apenas cabía un catre y un cajón como velador. Eso era lo de menos; lo esencial era seguir viviendo...

La mujer se detuvo y pasó una mano por su frente.

—¿Y no pensaste en recurrir a él?

—No, señor juez. Me habría separado de mi hija. Sentía por ese hombre una especie de horror. Lo odiaba con toda mi alma. Muy pronto se me acabó la plata y comenzó a faltarme la comida. Lo que más me dolía era no tener para comprar yerba, pues me habían dicho que con el mate podría conservar la leche. Hubo un momento en que no tuve qué llevar a la agencia. Si no hubiera sido por las vecinas del conventillo, y en especial por la mujer que me subarrendó el cuartito, mi tragedia final habría sido más rápida. Iban a visitarme y me llevaban agua caliente: Ya no tenía carbón... Otra me dejaba un pedazo de tortilla. Muchas veces pasé el día con un poco de pan duro, lo remojaba para ablandarlo. Las vecinas me aconsejaron que fuera a la Gota de Leche. Fui y algo me dieron; pero con eso era imposible mantenerme yo y mi niña. Después de algunas tentativas por emplearme, comprendí que sería imposible continuar. Nadie quería recibirme con ella...

—Y el hombre, ¿no volvió más? —interrogó el juez.

—No fue culpa de él, señor. Yo le había ocultado mi domicilio. Sin embargo, mis vecinas me aconsejaron que fuera a la Compañía en que trabajaba y reclamara. Me opuse con todas mis fuerzas, señor... Sin embargo, la señora que me arrendaba el cuarto, fue a reclamar antes sus jefes, lo llamaron y de ese modo supo donde yo vivía... Poco después se presentó con su madre. Comprendí que venían a buscar a mi niña; la mujer traía un chal para envolverla. Me puse en la puerta y no los dejé entrar; pero como la madre me habló con buenas palabras, permití que conociera a mi hijita. A él, no. ¡Sentí un asco tan grande!... Me parecía que la iba a manchar. "¡No es tuya!", le dije atravesándome a su paso. Trató de empujarme y, no encontrando a mano otra cosa, descargué sobre su cabeza el lavatorio con agua en que acababa de bañar a mi niña. Se armó un escándalo. A mis gritos vinieron las vecinas y me defendieron... La madre y el hijo tuvieron que irse con las manos vacías.

—Desde ese día no volví a verlo. Comprendí que deseaba verme desesperada de hambre y que yo me ablandara. ¡Nunca, nunca!... Jamás hubiera permitido que me quitara a mi hija.

La mujer calló y su rostro se fue ensombreciendo de angustia. Continuó:

—Como yo comía muy poco, comencé a perder la leche y mi hijita lloraba... lloraba, y su llanto me hacía pedazos el alma. Alguien me aconsejó que la llevara a la casa de la Providencia. Allí me la criarían y me la devolverían cuando yo pudiera recogerla. Podría emplearme... Fui. Me recibieron bien y quedé en llevarla al día siguiente. La llevé. Pero no pude cruzar el umbral de la puerta, una puerta muy grande. Retrocedía, daba un paseo frente al edificio; lloraba un poco y hacía un nuevo intento. Fue inútil. Terminé por volverme a casa con mi hijita a cuestas.

—¡Y qué alegría cuando nos encontramos solas de nuevo en nuestro cuartito!...

La besaba y sonreíamos. No. Dios no quería que nos separáramos. Pudimos vivir algunos días más. Las vecinas nos ayudaban como podían. Pero también ellas pasaban hambre algunas veces. El hambre, sí, llegó el hambre. Llegó un momento en que apenas tuve fuerzas para lavar la ropita de mi niña. Eso sí, siempre estuvo ella como una agüita de limpia.

El juez la interrumpió:

—¿Y no pensaste en ese tiempo en la muerte?

—Claro, sí, lo pensé. Había leído alguna vez en los diarios que algunas madres se arrojaban al río o al canal con sus crías... Pero pensaba entonces que el agua era tan helada y tan sucia. Para mí no habría sido inconveniente. ¡Pero ella!... No, ella no. ¡Ni tampoco arrojarse en las ruedas de un camión!... ¡Sangre!... ¡huesitos quebrados!... Mi hijita... ¡No, no! —la mujer guardó silencio y se cubrió los ojos con ambas manos.

Las máquinas de escribir reanudaron su teclear con golpeteo más suave y lento; una de ellas se detuvo por completo.

Una noche... mi hijita lloraba, lloraba... tenía hambre, rechazaba el teté. Solía darle agüita con azúcar... Pero ya ni eso quedaba... Aunque mis pechos estaban secos, se los ofrecí para calmarla... Sí, sí... dejó de llorar... ¿Se habría operado un milagro?... Volvería yo a tener... ¡Callaba y chupaba con furia!... A veces me causaba daño... ¿Dolor? No, no... alegría... Era quizás mi sangre lo que estaba dándole... ¡Pobrecita!... A ratos abandonaba el pecho y comenzaba de nuevo el llanto... Yo luchaba, entonces, para dárselo de nuevo, y ella chupaba y mordía... Por ratos quería dejarlo, pero yo no lo apartaba... ¡Más!, ¡más!... Una lucha suave. Yo sentía un gusto, un gusto... como si volara... como si me hundiera en un baño de leche y oprimía más, más... De repente dejó de chupar y yo la oprimí con mi cuerpo para impedir que soltara el pecho: Seguro que me dormí... Estábamos a obscuras... encendí un fósforo... mi hijita dormía. Un pajarito helado... tan linda... Sí, estaba muerta!... pero vivía. Me hablaba, sonreía... La abracé... nos abrazamos... y juntas nos adormecimos... ¡Qué sueño tan rico!

La mujer calló y permaneció un instante embelesada en su recuerdo, acariciando su quimera. Luego prosiguió:

...Desde ese instante ella me acompaña... Vinieron las vecinas... Vino él y su madre... Hubo velorio... Ella estaba en una urnita blanca, entre flores y luces... Yo sólo la veía a ella que dormía y me sonreía... Hablábamos... Se la llevaron y yo los seguí. No sentía pena... estaba alegre... La enterraron y le pusieron una crucecita... Ella estaba allí y yo con ella. Conversábamos... ¡qué dulzura!... No tengo miedo de ir al cementerio para buscarla... Ella venía también a dormir a mi cuarto... Me seguía a todas partes... ella me acompañaba... me sigue acompañando... ella me consuela... No demorará en venir... ¡Qué bueno!... Ahí viene... ¡Mi hijita!

La mujer se detuvo con la vista fija en la cerrada puerta de la sala. Extendió los brazos... Acarició algo invisible.

Los mecanógrafos detuvieron su trabajo. Se pusieron de pie. Pasó por el recinto un soplo helado e inefable. Era una alma, una pequeña alma blanca... Sólo el juez permaneció impasible, observando la escena con ojos fijos, escrutadores, pero humanizados. Extendió una mano hacia el secretario y dijo con voz breve, ligeramente temblorosa:

—Que retiren a la acusada de la sala.

Entró un guardia y tomó a la mujer de un brazo. Ella pareció no advertir su presencia. Se dirigía a un ser invisible que debía de hallarse a sus pies.

—Vamos, m'hijita... ¡Andando!... ¡An - dan - do!

El juez se dirigió al secretario:

—Caso evidente. No tiene remedio. —Y luego dictó:

—¡Examínese la reo por tres especialistas psiquiatras!

Valdivia, febrero de 1956.

M. L. Rosenthal: Nuevas Voces y Nuevos Cantos en la Poesía Norteamericana*

LA RECIENTE desaparición de los poetas Robert Frost y William Carlos Williams nos hace pensar en varias generaciones de poetas norteamericanos ya extinguidos. Florecieron en las tres décadas siguientes a 1910. Entre los años 1930 y 1940, lapso en que falleció Edwin Arlington Robinson y Hart Crane y Vachel Lindsay se suicidaron, el nuevo impulso poético que ellos representaban estaba aún en pleno vigor. Hasta la muerte de Edgar Lee Masters, acaecida en 1950 y la de Wallace Stevens, en 1955, contábamos todavía con algunos de los nombres famosos y familiares. Por suerte, aún sobreviven algunos y están en plena actividad. En los dos últimos años, hemos visto desaparecer no sólo a Frost y a Williams, sino que también a H. D. (Hilda Doolittle), Robinson Jeffers, E. E. Cummings y Kenneth Fearing. El sitio que ellos dejaran está siendo ocupado por una pléyade de grupos más recientes.

Antes de pasar revista a los sucesores, permítaseme detenerme brevemente en los nombres de los más antiguos. ¿Qué fue lo que esos poetas de un individualismo tan intransigente consiguieron en pro de su propio arte y del de su país? En primer lugar, nos brindaron un conjunto de espléndidos poemas, siendo los mejores desconocidos hasta hoy aún por el público culto. Liberaron la técnica del formalismo estrecho y de la imitación a que estaba sometida, logrando, en cambio, el sentido de la tradición en su mejor forma y la necesidad de una rigurosa y artística autodisciplina. Fueron continuadores de Whitman al explorar los temas y las voces vernaculares y, por otro lado, abrieron los cauces de nuestra poesía a multitud de influencias extranjeras. Tanto psicológica como culturalmente cultivaron la franqueza crítica, dando nacimiento a una poesía valiente que encara los significados trágicos de la época, a veces con candor y otras, con mofa vocinglera. Podemos estar en desacuerdo con ciertos excesos, pero esta misma reacción nuestra es comprobación de una obra viva y audaz. Podemos decir enfáticamente que estamos ya en posesión de una poesía norteamericana, pese a que tal circunstancia es sólo conocida por los poetas y por un número muy reducido de lectores.

¿Quiénes son los Frosts, los Williamses y los H. D. del futuro? Imposible predecirlo cuando estamos frente a personalidades tan singulares. Como muchos han apuntado, la longevidad juega aquí un rol determinante, como también es determinante la adversidad y el olvido tan cruelmente sufridos por muchos escritores de primera magnitud. Se me ocurre que Howard Nemerov podría convertirse en una especie de Frost, o quizás más propiamente, en algo como un Frost-más-Auden del futuro. Su vocabulario es rico; tiene habilidad para contar las cosas, ingenio, curiosidad profunda, destreza poética, aun cuando difiere de Frost en su inteli-

*Traducción del inglés de Marta Rosa Guzmán. Artículo aparecido en el Suplemento Literario del *New York Times*, el 30 de junio de 1963. Reproducción autorizada.

gencia ágil y urbana y, muy en especial, en sus secuencias extensas, subjetivas y simbólicas. Denise Levetov podría ser —digamos— una especie de Williams femenino, espontánea, personal, abierta, rica en el despliegue de su arte. Galway Kinnell podría ser un Williams de su última época, con su visión alegre para los detalles y aquella forma de contemplarse a sí mismo en la contemplación del mundo. Pero, dejemos de lado este tipo de especulación que resulta fatigoso e injusto para las partes implicadas.

La literatura está llena de ecos significativos, pero ningún verdadero escritor es simplemente el eco de otro. Lo corriente en poesía es lo inesperado y aquello que escapa a las categorías. El vuelco último en la obra de Conrad Aiken, el envigorizamiento tranquilo a través de los años (que casi nadie lo nota), en la obra de Horace Gregory, de 65 años, pueden muy bien representar muchísimo más para la poesía que las fáciles, vacías y sensacionalistas audacias de los últimos años que han barrido, no obstante, con todos los premios.

Me sobrecoge una sensación de vértigo cuando pienso en la escasa atención que se concede al desarrollo de los poetas, por ejemplo, después de su primer impacto, y ¡cuánta excelencia sin ruido de trompetas queda en la ignorancia o es reconocida sólo por un mero accidente! Puede decirse, en el caso de la poesía, que el terreno es mejor que el clima. Si consignara aquí una lista de algunos poetas en el medio siglo de su vida o que lo cumplirán este año, que tienen una obra vasta a su haber y que han sido acreedores al interés del público y a las alabanzas críticas ¿cuántos serían conocidos por los lectores de este artículo? Algunos de ellos serían: Richard Eberhart, Karl Shapiro, Theodore Roethke, Winfield Townley Scott, Elisabeth Bishop, Delmore Schwartz, Josephine Miles, Robert Penn Warren, Brother Antoninus, Charles Olson, Stanley Kunitz. Podría fácilmente triplicarse esta lista y los nuevos nombres resultarían tan reconocibles como los anteriores.

Fenómenos de importancia primordial para nuestro estudio son, por ejemplo, el sostenido esfuerzo de Eberhart tendiente a mantener una perspectiva moral; la intensa búsqueda de Shapiro por su identificación y en el curso de esta búsqueda el tratar de conceder su exacto valor a las muchas apariencias; la torcida aspereza de las observaciones de Miles, y esto seleccionando sólo unas cuantas características dominantes. Scott, cuya poesía nostálgica es hermosa y empero ácida; Brother Antoninus, que nos demuestra qué significa ser poeta religioso mientras se lucha con las realidades cotidianas de la vida norteamericana; Olson que ha intentado abrir una brecha a través de ideas y expectaciones preconcebidas tanto de nuestros valores actuales como de nuestra poemática moderna; Kunitz, que ha reunido en un pequeño volumen algunos de los temas más lacerantes de nuestra época, todos ellos son sensibilidades únicas y representativas. Por desgracia, ignoramos estos poetas, siendo que cada uno tiene su lenguaje, su estilo, su forma de hacer artística que, por sí sola, es de una sugestividad absorbente.

Robert Lowell, de 46 años, es el único poeta de vigor y de virtuosismo extraordinarios que ha emergido después de la última guerra. Por la calidad de su genio parece ser el heredero más próximo del estro de Eliot. Nuestro señero poeta "confesional", en el lapso entre su primera obra *Tierra Diferenciada (Land of Unlikeness)* y el volumen aparecido en 1959, *Estudios de la Vida (Life Studies)*, se vuelca cada vez más a la tarea de utilizar sus propias experiencias personales, el ambiente familiar y ciertos trances psicológicos como el núcleo que controla su obra. Tal es la línea indicada no tan sólo por su propio desenvolvimiento como poeta, sino por la tendencia total de la poesía desde los grandes románticos y, muy en especial, desde el Yeats de los últimos años.

La humillación y la desorientación personal representan en su perspectiva (al

igual que en ciertos poetas franceses a los que Mr. Lowell ha estudiado y traducido), el rastro de la condición humana en general. Se siente uno tentado a rebajar la tendencia, en ocasiones, como un tipo de exhibicionismo odioso conducente a un término de muerte estética, en especial si se considera que es poco más que eso en las manos de los pseudo-poetas. Pero tal actitud es ignorar y dejar de lado con disgusto demasiado repentino la profunda reorientación de sensibilidad que ocurre en nuestras relaciones sociales y personales las que se reflejan en la novela y el drama tanto como en la poesía. Como sea que fuere, el arte de Mr. Lowell es extraordinario en su pasión y energía. Algo hermoso nace, una vez superada la autodegradación, que más que un envenenamiento es, en verdad, una redención.

Entre los poetas que bien podríamos agrupar con Lowell, considerando ya sea su grado de tensión confesional o una energía selváticamente nerviosa con un tinte de laceración personal, están los nombres de Theodore Roethke, Delmore Schwartz, W. D. Snodgrass y Anne Sexton. Todos ellos han escrito poemas conmovedores basados en la angustia personal. Evocaciones sorprendentemente vívidas son algunos de los poemas de la primera época de Roethke, basados en recuerdos de infancia en el invernáculo de su padre. Sus tentativas en otra de sus obras por bucear hondo en el alma primigenia, son siempre forzadas y subjoyceanas —podría decirse— más que subconscientes como era su propósito, pero logran llegar a lo patético del apremio por retornar y llevan, a la vez y esto con frecuencia, un humor tremendamente impuro.

En realidad, casi toda la poesía oscura y depresiva a que me estoy refiriendo tiene —paradójicamente— su contrapartida alegre, en ocasiones maníaca e histérica, pero, a la vez, expresiva de una ironía inteligente y humana detrás de la cual aparece la autocondescendencia del autor. La obra de Roethke, repetimos, puede ser muy simple. Ha escrito algunos de los poemas tristes más elementales que se han dado en nuestra literatura. En los años recientes, Inglaterra le ha dado un sitio de honor, país donde, entre otros, ha influido en la obra del talentoso poeta Ted Hughes y de su esposa norteamericana, la difunta Sylvia Plath. El periódico inglés "Sunday Observer" ha dado publicidad hace poco a los últimos poemas de Miss Plath, de esencia mórbida y brillante. En cuanto a la autoridad absoluta de sus juicios, sobrepasan a los de Roethke en el aspecto en que se emparentan con la realización pura de una Emily Dickinson de su última producción.

El lector que no tenga trato continuo con la poesía actual, pensará que está mucho mejor sin entrar al terreno de una melancolía tan ácida como la que he estado describiendo. La verdad es que considerada en su total es salvaje, amarga, deslindante a veces en la locura o llega a extremos de exacerbación neurótica (véase *Un Sirviente para los Sirvientes (A Servant to Servants)*, de Frost, entre muchos otros precursores que podrían mencionarse). En uno de los poemas más logrados de Snodgrass *La aguja del corazón (Heart's Needle)*, se trata del sufrimiento que el poeta y su pequeña hija padecieron durante el proceso de su divorcio y de su nueva entrada al matrimonio. Como es característico de los poetas que escriben bajo tal carga emocional, asocia el sufrimiento personal con el del mundo circundante y construye en el poema un conjunto de imágenes de estación invernal que sugieren el estado frío del espíritu humano y aún la guerra fría. Los poemas de Anne Sexton tienen a menudo como tema su propia enfermedad mental, y el tema de los de Delmore Schwartz es su condición psíquica opresiva, fenómenos muy emparentados con la época en que vivimos. (Al referirme a Schwartz pienso más en su obra primera que en la ulterior, en que su espíritu se demuestra más apacible).

Si se necesitara un testimonio de que ésta es una época de tremendas y dolorosas

presiones y dislocaciones psíquicas, en la cual el yo íntimo se ve acorralado por fuerzas impersonales, en especial por las guerras repetidas, la violencia y la amenaza de cosas peores por venir, la poesía, a no dudarlo, sería ese testimonio. Los poemas guerreros de Randall Jarrell y su preocupación por la vulnerabilidad y piedad de la inocencia, la búsqueda tras la reconstrucción del yo fragmentado en la poesía de Muriel Rukeyser, la lucha de Eberhart por sojuzgar la conciencia activa de la muerte en su obra, el sentido de una abyección penetrante que emana de los lamentos autobiográficos de Allen Ginsberg —esto y muchos otros ejemplos—, ilustrarían ampliamente este punto de vista. Podría llegar a pensarse que todos nuestros poetas están obsesionados con la frase con que comienza el *San Judas*, de James Wright:

"Cuando arranqué a la calle para matarme, me topé con una horda de matones que golpeaban a un hombre..."

("When I went out to kill myself, I caught a pack of hoodlums beating up a man...").

Para impedir la clara sugestión en que la depresión, la ansiedad y la hostilidad no tienen remedio, necesitamos recordar ciertos fundamentos básicos. Un poema bien logrado a través de la maestría de su propio lenguaje, voz y estructura, es, en forma implícita una comprobación de valor humano, cualquiera que sea su tema o su punto de vista. La comprensión de este fundamento es una de las características estimulantes de los poetas que van asociados corrientemente con nombres como los de Charles Olson, Miss Lovertov, Robert Duncan, Robert Creeley y Paul Blackburn.

La forma de escribir de cada uno de estos poetas difiere mucho entre sí, pero del mismo modo que Lowell, todos están acordes —como Whitman lo predicara hace mucho tiempo— en que mirar hondo en el pozo de nuestras realidades es el primer acto de coraje a la vez que de resonancia afectiva. Han cultivado (Creeley en especial), una forma de presentar situaciones cargadas de emoción y problemas descarnados. Tan evidente es esto en el caso de Creeley que a menudo recorta por completo la parte poética de sus versos. Levertov y Blackburn no podrían llegar a tal extremo, pues tienen una conciencia lírica demasiado intrínseca y de la representación viva de la imagen poética.

El sentimiento de que hay algo más que la "simple poesía" para que un poema sea grande, es bastante peligroso, pero tal sentimiento lo han tenido poetas de gran vuelo. En la práctica significa que se ha alcanzado tal punto de realización o tal anhelo de romper con moldes establecidos, que el poeta tiene un fuerte cambio repentino contra cualquier presunción de que lo que él hace es una representación estética en vez de una exploración de las posibilidades de una proyección imaginativa y de un descubrimiento emocional. La obra de Robert Duncan, en especial, refleja tal actitud. No obstante ser muy dispareja su producción, potencialmente parece ser el poeta que plantea mayores interrogantes como para adoptar una dirección artísticamente revolucionaria.

Debido a las tendencias que he venido recalcando, he pasado por alto a muchos poetas a quienes podríamos llamar "moderados" aún cuando tal término puede prestarse fácilmente a confusiones. Los poemas de Richard Wilbur, a veces sin parangón por su riqueza y gracia se sitúan en sitio aparte en razón de su auténtica y modesta perfección. Participa, como es natural, de las preocupaciones de la época, como es el caso del poema en contra de la Ley Mc Carran y en su *Consejo a un Profeta (Advise to a Prophet)*, que plantean la mejor forma de mantenernos despiertos frente a los horrores de la bomba atómica. Por su intimidad pura y vívida

con el idioma y por sus posibilidades de formas tradicionales, se ha convertido en un poeta de cuño cercano al clásico.

Uno puede discordar, como me ha pasado, con esta cualidad en sí limitadora a la cual se aferran poetas como Duncan; empero, en otro estado de ánimo estoy seguro que la discordancia es presuntuosa, pues uno debería estar agradecido de tener lo que Wallace Stevens llamó "los nobles acentos" y los "ritmos lúcidos e inescapables" de los verdaderos "alcahuetes de la eufonía". Un poeta olvidado, James Schevill, ha estado construyendo un contexto interesante de poesía que proviene de una sensibilidad erudita, habilidad única para asir las cualidades especiales de momentos históricos, referencias biográficas, escenas cargadas de significado tradicional y contemporáneo.

Poetas como William Stafford, Gary Snyder y Robert Bly, en estrecho contacto con la vida de sus regiones locales, se han dado a la tarea de cultivar una precisión y economía descriptiva que aún deja sitio para el juego de un sentido de extrañeza y para atisbar en lo vernacular del idioma. Las intensidades en espiral de W. S. Merwin que se cierran en su propia ubicación en un mundo de filatura o cargado de neblina; los vuelos centrífugos, alegres, anudados y complejos de Theodore Weiss; la sabiduría penetrante e ingeniosa de Reed Whittemore, todo esto sugerirá cuántos poetas logrados tenemos, cada uno trabajando en su forma personal y sólo clasificables de un modo momentáneo y tentativo.

¿Pienso que todos serán igualmente logrados y prometedores para el futuro? No, por cierto. Pero en este artículo no he tratado de tomar partido sino de indicar el gran número de poetas dignos de respeto y de merecer más atención de la que hoy, en realidad, reciben. Son los seguidores de la gran generación que los antecedió, que hizo posible que una poesía de calidad se lograra en la escena norteamericana y su poesía da muchos derroteros al significado subjetivo de la vida norteamericana contemporánea.

Andrés Sabella: Retratos Quiméricos

SALMO Y ENSALMO

ADVIERTE León Felipe, vate-vaticinante, cómo viene del salmo todo canto llano y cómo de él proviene todo encanto poético.

Y ahora me incumbe a mí, prologador de este hermético libro cerrado, sujetar en su primera página a los desprevenidos, para advertirles no se adentren sin predisponer el espíritu.

Porque, he aquí que, tras el salmista y la salmodia del salmo, por ensalmo nos sobrecoge la cábala de unos desenfocados *Retratos Quiméricos,* cuyo título sería un contrasentido, de no equilibrarse el término "retrato" con el vagaroso y vagoroso vocablo "quimérico". Andrés Sabella, zahorí de ancestro oriental, árabe, más precisamente, y con dramáticos avatares, trafica en palabras preciosas, sopesándolas en un pesaimponderables, en el que se estiman al miligramo, y sabe Sabella administrar con cuentanotas sus incantaciones. Nada queda librado a un azar de inspiración.

Sentado este principio, podemos internarnos en la nemorosa umbría, con la certidumbre de discernir sus rumores: susurro de fronda. Voces del agua con múltiples acentos, en glú-glú, o en chapoteo que salpica, desde la que corre sobre pedruscos, o, por entre raíces, hasta la que irrumpe y la que se precipita, la que se vierte, rebalsa o se cierne, la que se pulveriza, se absorbe, se embebe, o se estagna; tenue llovizna, aguacero torrencial, agua en treno, o en trueno, en murmurio, en soliloquio, en canturia y en cantoría. Humo, sombra y eco. Arpegios eólicos del aire, de la queda brisa, brisa leda, al vendaval deshecho deshojando pétalo por pétalo la Rosa de los Vientos, hacia sus treintidós rumbos, en sesenticuatro tonos y ciento veintiocho semitonos.

Así, bajo forma esotérica, pero con símbolos entrañablemente vinculados a cada tema, Sabella, pintor sin caballete, hace una pinacoteca fantasmal, esta galería subterránea de imaginarios retratos, con reflejos, lampos y proyecciones, siluetas, claroscuros y contraluces. La visitarán tantos cuantos presienten no hay Arte Nuevo, Arte Viejo, Pintura Clásica, Pintura Subrealista, sino emoción, clarividencia, sugerencia.

Y Andrés Sabella, como en "Instrumentos de Oriente", de Milosz, los camelleros beduinos *poetas y embusteros,* prosigue contando y cantando, en un idioma hijo del suyo paterno, padre del nuestro materno, su grande y secreto amor de artífice, a la vez lapidario y orfebre en lengua hispano-arábiga...

AUGUSTO D'HALMAR.

Santiago de Chile, 8 de abril de 1948.

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Era el mendigo a quien los borrachos le teñían las barbas de azafrán.
Era el niño desventurado que lloraba a las puertas del burdel podrido de soledad.
Era el último hermano de la cítara.
Decían:
—En el pecho de Pedro Antonio anda el espejismo.
Y era cierto.
Pedro preguntaba al rígido Antonio por el peso de sus entrañas.
Antonio, moviendo su ojo estrábico, obscurecía las cosas.
Luego, replicaba:
—Tus entrañas pesan diez kilos de turquesas.
Cuando Pedro caminaba con una ondina,
cuyo pelo era la riqueza del mar,
Antonio montado en su caballo con pestañas de oro,
corría hasta estrellarse en los vidrios de la luna.
Pedro sacaba un espejo de su levita
y lo arrojaba a la cara de Antonio.
Antonio le devolvía fuego y sombra.
Pedro sabía que Antonio amaba el ajenjo con rosas deshechas en la copa;
Antonio, que a Pedro le gustaba acostarse con una violeta entre los dientes.
En la frente de Antonio, Pedro enterró una lámpara.
Antonio sembró rayos en las arrugas de Pedro.
Pedro murió, completamente, azul.
Antonio, pintado de rojo con vetas amarillas.

EL VISITANTE DESNUDO

La noche.
Solemnemente,
mi espejo
comienza
a segregar
un hombre.
Es Adán.
Traen
sus manos
una nube.
Por sus huesos
corre
el tiempo
iluminado.
Extraviada
en delirios
de azogue
una mujer
solloza.
Adán
va hasta
el espejo

y se precipita
a sus mareas
sordas.
El cristal
continúa
intacto.

VENUS DE MILO

Retrato sin ademán

Pienso en tus brazos escondidos por el viento,
tus brazos llenos de larvas y de pequeñas raíces,
tus brazos que son los remos de la tormenta.
Pienso en tus brazos que desnudan a la Tierra
y arreglan la sombra dormida bajo el Tiempo.
Pienso en tus brazos donde concluye el aire,
en tus dedos blanquísimos de almendra
que mueven el rayo, la nube y los relojes.
Pienso en tus brazos, nadando en el misterio,
¡oh, azotadora de las mareas!
Pienso en tu brazo derecho, como asa de la luz.
Pienso en tu brazo izquierdo sobre un hombro del mar.

CARLOS PEZOA VELIZ

De los papeles de
El Pintor Pereza

No pretendo un incunable,
trazando a Carlos Pezoa.
Quiero que el tiempo no roa
su estampa de pino y sable.

Que era *roto* memorable,
quiero decir en su loa:
donde trinaba Pezoa,
era el aire más amable.

Con mucho del puma fuerte
iba herido y sin lamentos,
tragando su propia muerte.

El ojo de mi paleta,
como si fuese quinientos,
en sangre llora al poeta.

RETRATO CANTADO

Alberto Rojas Giménez

Partiste en cuatro el azar,
bizarro Alberto,
capitán de los sin puerto,
gnomo del Mar.

Viniste desde Utopía,
hijo del Viento,
para alzar el monumento
de tu alegría.

Embriagaste a las veletas,
pintaste peces
en la frente de los jueces
y los poetas.

Inventor de todo el vino,
en su consumo
lo bebiste hasta en el humo,
¡nuevo Aladino!

AUGUSTO D'HALMAR

Cuando la noche se desprende del ojo de los corderos,
y la tristeza cae,
y caen los caracoles con el mar a cuestas,
y las mujeres del bosque marino embridan al tiburón
para conducirlo a las primeras páginas de la tempestad,
surges tú, de cristales y algas,
entre la niebla y el acaso,
¡oh, bien augusto señor de la madrépora!
¡Qué secretos de pez corren por las líneas de tu mano,
qué vértigos de sal resplandecen en tu memoria,
qué geometrías de mástiles levantas en el silencio,
qué áncoras pones al día!
Te conocen los hijos del coral
y la ballena herida por el sollozo de los que se hunden en el mar,
pronunciando las pequeñas sílabas del amor enmascarado,
del amor que teme a la deidad y al hombre;
te conocen las costas que empiezan las frentes del sonámbulo.
¡Embárcanos a tu sombra, llévanos contigo
a la ciudad que es dueña del celaje, danos
una lámpara y un dios para el niño ciego.
dormido en el misterio de la botella de agua!

RETRATO DE LA MANO QUE CUELGA DE LAS PUERTAS

Triste mano,
capullo de miedo en las calles solitarias,
no eres ni de hombre ni mujer,
racimo de silencio,
rosa de museo decaída,
péndulo del olvido,
mano de la Muerte muerta.
Yo sé que tú escribes las cartas que enloquecen,
que tú haces que el otoño descienda en el paracaídas lento de sus hojas,
que tú llamas, de noche, al ciclón y a los espectros,
que tú golpeas en mitad del sueño
y te escondes bajo los armarios.

Yo sé que tú abres las puertas secretas del Fastidio,
yo sé que tu guante es de piel de pálidos suicidas.

LUIS DURAND

Una gota de sudor crecía. Crecía.
Los toros lamían el cielo con sus lenguas de cornalina.
La distancia verdecía la cola de los caballos.
Sonreían las tinajas.
El musgo movía su timón diminuto.
La gota de sudor era un niño
con la chupalla mojada por el llanto de los pájaros.
Los árboles querían tatuarle los emblemas de su casta.
El niño adelgazaba su orgullo en una violeta,
tuteó a la hoz.
La gota de sudor era un joven:
alto en sus botas de capitán de la huasería,
un joven con el corazón embadurnado de tonadas
y la boca mordida por la noche caliente de la remolienda,
un joven que poseía las llaves del otoño.
La gota de sudor era un hombre.
Su frente estaba honrada por cuatro caminos.
El arado le contaba la tibieza de la Tierra.
De sien a sien, le corrían huascas y cuchillas,
un río de trenzas de muchacha.
El hombre comenzó a enseñar cómo la espuela es un diente de león
El hombre dejó que una chispa de sangre carcomiera su casa.
Entonces, como si una lepra celeste hubiera dormido en su piel,
diez manchas de tinta comenzaron a reír en sus manos.

RETRATO DEL MASTIL SIN BANDERA

Aguja desamparada
en un pliegue del vacío,
viejo hueso de la nada
apoyado sobre el frío.
Mi corazón te quisiera
maduro por el contento:
¡el cielo como bandera
del ejército del viento!

MARIANO LATORRE

El agua sonríe al caballo,
sus crines tocan la luna.
El jinete trae huasca de oro.
En las pezuñas del caballo crece la soledad.
El jinete quiere despeinar al río,
recostar la tarde en su dulzura,
dar al caballo mandíbulas azules.
El caballo olfatea el misterio:
lentamente, se lo come.
De la frente del jinete surge otro caballo.
(El viento abre las ventanas del poema).
La sombra de los caballos forma la noche.
El jinete se pierde entre los árboles,
buscando el hospital de los pájaros.
El caballo avanza cubierto de polen.
El jinete, ahora, tiene los ojos llenos de raíces
Toca su corazón.
Pero, su corazón fue robado.
El jinete se agacha,
coge algo:
en vez de corazón,
llevará una lámpara de tierra.

EL ANGEL

De repente,
veo un ángel
en la hélice
del avión.

Grito:
—¡Un ángel,
un ángel!
Nadie lo ve.

Clamo,
entonces:
—¡Ay, que te cortas
las alas,
suicida celeste!

El ángel
ríe y brinca
en brazos del remolino.
¡Hasta el sol
tiembla
por su cuerpo de violín!

Salta hacia el vacío
y vuela
más velozmente
que el avión.

—¿Dónde está el ángel,
cielo mudo?

RETRATO DE UN POETA

Dijo el laurel:
Nazca un niño competidor del lago.
Dijo la hierba:
Que de joven nadie le aventaje en sencillez
Dijo la luciérnaga:
Yo le daré lámpara segura.
Dijo el rocío:
El sabrá cuando el bosque esté dolido.
Dijo el árbol:
¡Cantará!
Los pájaros
besaban tus sentidos.

CARLOS HERMOSILLA ALVAREZ

Como si la luz te aguardara en su grave silla de basalto,
caminas con tu mano lastimada
—tu mano donde clama el mar.
Todo tu esqueleto es una mano grávida y terrible,
una mano de setecientas falanges
cubierta por la sombra del viento,
dura de soledad, extrema;
una mano de piedras seculares,
no venida en fontanar de madre,
puesta a tus carnes por el rayo,
cosida a puntada sideral,
crujiendo como las vigas de la lluvia;
una mano de talismán y savias,
llenas las uñas de polen milenario;
una mano en cuya palma el iris se extasía,
y el río del azar muere
y los hilos del día se derriten,
rodeando, entonces, la secreta escultura de tus cales.
Tu mano, Carlos, peina a la tormenta,
conduce a los niños hasta la casa del gorrión
y abre la puerta a las semillas.

AUTORRETRATO

Para *Elba Emilia*

Hace ya dos mil años que frecuento
este sucio café de alguna parte,
donde el tedio sus látigos reparte
a los jinetes ásperos del viento.

Yo soy el parroquiano cuyo asiento
rasmilla los omóplatos de Marte.
Miserable aristócrata del Arte,
pulso el humo, que es mágico instrumento.

Se revuelca la noche en mis ojeras,
cuando llora su tisis la ampolleta
y la sombra florece en calaveras.

Por tanta barba azul me juzgan conde
y suponen de mi careta:
¡oh, plácida verdad de no sé dónde!

CORALINA GAZZA

Desnuda sobre un libro

Sediento de esa luna perdida en tus axilas,
del águila de amianto que sale de tu pelo,
del otoño sombrío que en tu pubis asilas.

Buscando entre tus cejas los matices del cielo,
tal vez, la luz más tibia de mi patria madura,
la misma de tu vientre de navío en desvelo.

Quiero de tus pestañas su porción de ventura,
tus pestañas de dulces palotes infantiles,
donde amarra el espacio su negra arboladura
y a cuya sombra brotan coléricos marfiles.

RETRATO DEL SOLDADO DESCONOCIDO

Yo pregunto a la piedra por tu frente,
al polvo yo pregunto por tus ojos.
Me conversan de ti los cien mil piojos
que afrentaron tu carne combatiente.
Tal vez la tierra sorprendida cuente
cuánto horror devoraste tú, de hinojos.

Sé que el sol mordisquea tus despojos,
donde el tiempo se enturbia, lentamente.
Tu nombre lo escribiste de tu mano
sobre el muro podrido de la Historia
y te hiciste de sombra y de raíces.
Vendrán a mí cuando te grite: ¡Hermano!,
aunque tengas de noche la memoria,
aunque callas tu nombre y no lo dices.

Carlos Vicuña Fuentes: El Concepto Positivo de la Libertad

La explicación de los fenómenos del mundo

PARA LOS niños pequeños los fenómenos del mundo son arbitrarios: acaecen sin relación los unos con los otros, desligados de toda serie causal, por una exteriorización de la voluntad de los seres concretos en que se manifiestan. Esta misma es la explicación que se dan del mundo los pueblos primitivos: cada piedra que rueda, cada río que fluye, cada estrella que brilla, obedece a una voluntad propia, arbitraria, individual: la piedra *quiere* rodar, el río *quiere* fluir, la estrella *quiere* brillar.

Tal es el estado concreto o ficticio de la razón humana, que, inconscientemente, atribuye su propia espontaneidad de reacción a todas las cosas del mundo, y en consecuencia ama o desama a los seres según que los fenómenos que ellos manifiestan sean propicios o adversos. Como el árbol da frutos porque quiere, si los da y ellos satisfacen nuestro apetito, amamos al árbol y lo llamamos generoso, gentil y benigno. Por el contrario, si el torrente nos cierra el paso, o nos arrebata un deudo amado, lo odiamos y maldecimos, y lo llamamos cruel, sañudo y maligno. El niño mira un amigo o un enemigo en cada cosa: acaricia al muñeco que lo divierte, besa al pan que apacigua su hambre y se irrita con el mueble contra el cual chocó jugueteando.

Los pueblos primitivos atribuyen, del mismo modo, voluntad benéfica o maléfica a los seres concretos, y los veneran o temen como dioses. Esta adoración de los seres concretos constituye el *fetichismo* o religión primitiva, y es una consecuencia natural de la interpretación concreta del mundo, que atribuye voluntad y sentimiento a todas las cosas.

Como todo estado mental afectivo, el fetichismo no desaparece nunca por completo de la conciencia humana, y aun cuando hayamos alcanzado el más alto progreso mental, rastros, residuos o supervivencias del fetichismo de nuestra infancia y del de nuestros antepasados primitivos, se manifiestan a menudo en la vida individual y social: conservamos reliquias y amuletos, objetos que pertenecieron a seres amados, despojos inútiles de las edades desaparecidas: quién, una sortija, quién una guedeja de cabellos, quién una carta vieja, guarda con amor y respeto, y los pueblos más ilustres se prosternan ante las reliquias patrióticas: las ruinas de Roma y de Atenas, las cenizas de Napoleón, los despojos del "Victory", la espada de Prat, la torre agujereada de la catedral de Panamá la Vieja.

Progresando el desarrollo mental de los niños y de los pueblos, su espíritu constata, en la inmensa variedad de los fenómenos individuales, una cierta *uniformidad*: los fenómenos todos tienden a reproducirse o a multiplicarse de un modo análogo, con semejanzas cada vez más vastas y profundas, que el espíritu descubre, analiza y clasifica espontáneamente.

La simple reflexión permite atribuir los fenómenos uniformes a factores o causas comunes o análogas. Se forman así familias de fenómenos, en las cuales la arbitrariedad individual de cada uno cesa, pues se ven gobernados todos por una voluntad

común. Si todos los tallos de trigo de un campo dan espigas que fructifican y maduran, no es porque cada tallo quiere o no espigar, sino porque obedece a una voluntad superior, independiente de él mismo, que lo gobierna a él y a todos sus hermanos.

El espíritu es llevado así a separar o abstraer el fenómeno mismo de la causa que lo produce. El fenómeno se sigue considerando como arbitrario o contingente, pero la causa se mira ya como constante e inmutable, necesaria, capaz siempre, por lo menos en potencia, de producir el fenómeno, y si no lo produce alguna vez, es porque otras causas la neutralizan o se lo estorban.

Se llega así a una interpretación dualística del mundo. La mente separa todo fenómeno en dos: el fenómeno mismo y su causa: el fuego del calor que provoca; la electricidad, del rayo que ella engendra; el sol, de la luz, la materia de su peso. Según esta interpretación, se cree que coexisten en cada fenómeno entidades separadas, distintas, abstractas, y a la vez reales, tales como la electricidad, el calor, la luz, el magnetismo, la humedad, la fuerza, la materia, etc.

Como los fenómenos son contingentes y arbitrarios, meras consecuencias de las causas eternas, aquéllos carecen de toda importancia filosófica, y en cambio las causas, las esencias o fuerzas productoras de los fenómenos, se atraen toda la veneración de los hombres. Estas causas se convierten en dioses propicios o adversos, y luego el hombre cree descubrir que están también jerarquizadas, gobernadas las unas por las otras, de tal manera que las unas aparecen en cierto modo como contingentes, mientras las otras, las más generales, siguen mostrándose inmutables y necesarias.

Esta jerarquización espontánea de las causas lleva naturalmente al hombre a investigarlas hacia atrás, en un análisis atrevidísimo, buscando siempre las más inmutables y necesarias, o sea el origen, principio y comienzo de todas las cosas, el motor primero del Universo, esa causa sin causa, y junto con ella, el fin o designio que esa causa antropoidea tuvo para formar al mundo y al hombre, ya que éste no concibe seres con voluntad, análogos a él mismo, que al crear y producir no se propongan un fin. Tal es el estado secundario o intermedio de la razón humana, que llamamos *metafísico*: se caracteriza por separar cada fenómeno de su causa y por atribuir a ésta y a los demás seres abstractos, una existencia real, objetiva, eficaz y suficiente por sí misma.

Este estado metafísico es transitorio, una especie de crisis mental de los hombres y de los pueblos. Cuando llega la edad de la razón madura, se convencen individuos y pueblos de la inanidad de semejante modo de filosofar; renuncian a averiguar las causas primeras o finales; no disocian ya los fenómenos del mundo en efectos y causas; ven en ellos meros *hechos*, cuya producción análoga y constante tiene una explicación, que es su *ley*. Los hechos todos del mundo real, muerto o vivo, de la vida social, de la conciencia humana o del sentimiento, no son caprichos esporádicos, arbitrarios, sino que, al revés, siempre se presentan en series de sucesión o de semejanza, susceptibles de explicaciones racionales y generales, que muestran cómo los fenómenos se producen con seguridad maravillosa mientras subsisten sus condiciones esenciales. La inteligencia madura, que también llamamos *positiva*, limita sabiamente su intelección del mundo, objetivo o subjetivo, al conocimiento de sus leyes reales, que no son otra cosa que las relaciones constantes de semejanza o de sucesión que se manifiestan en los fenómenos, relaciones que el hombre sistematiza más y más, tratando de reducir las series particulares de ellas a otras más generales.

Para la razón positiva un hecho está suficientemente explicado cuando podemos racionalmente hacerlo formar parte de otro más general, el cual queda explicado a su vez cuando logramos identificarlo con otro familiar que conocemos directa-

mente. "Así decimos que los fenómenos generales del Universo se explican por la ley de la gravitación, porque esta teoría nos muestra la inmensa variedad de los hechos astronómicos como un solo y mismo hecho considerado desde diversos puntos de vista. Y por otra parte este hecho general se nos presenta como una simple extensión de un fenómeno que nos es familiar y que por lo tanto damos por conocido, a saber, la pesantez de los cuerpos en la superficie de la tierra". (*Auguste Comte, La philosophie Positive,* Resumé par *Emile Rigolage,* Paris, Ernest Flammarion, éditeur, t. 1, pag. 24).

Esta apreciación es válida para cualquier hecho del mundo físico o del mundo moral, y puede servirnos para aclarar el concepto, hoy día confuso y por ende lleno de inquietudes, de la libertad.

Esta explicación positiva debe diferir profundamente de los equilibrios metafísicos. La filosofía metafísica tiende siempre a lo absoluto, a tratar de establecer el principio y la destinación de todas las cosas, el origen, la causa primera de todos los fenómenos, y da a los conceptos abstractos, no el valor de explicaciones subjetivas de nuestra mente, sino el de seres reales y suficientes que determinan los fenómenos del mundo.

La filosofía positiva, por el contrario, declarando inaccesible a nuestra débil inteligencia toda pretensión a lo absoluto, establece como axioma fundamental el principio de la *relatividad,* que Augusto Comte formuló diciendo:

"Todo es relativo, y éste es el único principio absoluto".

Tal relatividad es doble: *subjetiva,* o sea de nuestra propia inteligencia, imperfecta, limitada, carente de medios ciertos de investigación, y *objetiva,* o sea debida a la propia complicación y contingencia del mundo, el cual nos presenta siempre fenómenos complejos, que en realidad son sumas o superposiciones fenomenales, las que necesariamente se perturban y limitan las unas a las otras, de tal modo que los resultados sensibles quedan siempre afectados por factores distintos y variados, a menudo heterogéneos, de los cuales la inteligencia debe hacer penosamente abstracción al establecer las leyes simples que rigen cada fenómeno.

Esta complicación, que hace difícil establecer las verdaderas leyes y dificulta en grado sumo la medición de los fenómenos, cuya intensidad se altera necesariamente por la concomitancia de fenómenos extraños, sólo nos permite formular leyes *aproximadas* del mundo real, en las cuales necesariamente hay una resta de la realidad, que es la condición propia de toda abstracción.

Toda ley abstracta es pues aproximada y no permite predecir exactamente la conducta de todos los seres concretos. La realidad sólo reside en éstos, pero el conocimiento de todos ellos y de todas sus leyes sería la sabiduría infinita, inaccesible, por su complicación, a la mente humana. Por eso debemos seguir considerando en los seres concretos una cierta arbitrariedad de reacción, que corresponde a los factores desconocidos imprevisibles que actúan en cada caso, perturbando el desarrollo de los pocos que conocemos. A mayor ignorancia corresponde mayor arbitrariedad, y por ello los niños y los pueblos primitivos tienen razón subjetiva para juzgar arbitrarios a los seres concretos.

Esta es la verdadera separación entre la teoría y la práctica: nada hay tan práctico como una buena teoría; pero la práctica requiere además conocimiento empírico de las particularidades especiales de las cosas mismas que uno maneja.

Podemos calcular teóricamente cuánto resiste una viga de hierro de dimensiones dadas; pero como en cada viga hay particularidades especiales que no fueron consultadas en nuestro cálculo, obraremos sabiamente tomándolas en cuenta, y aun en adoptar un coeficiente de seguridad para los factores imprevisibles: deterioros, sobrecargas, deslizamientos, etc.

A la luz de estos principios examinemos el concepto de *libertad*.

Para la filosofía ficticia o concreta de los niños y de los pueblos primitivos, no existe concepto alguno de libertad. Tanto la libertad física como la moral dependen de las voluntades arbitrarias de los dioses o seres superiores que quieren o no permitirla. De esta filosofía nace la doctrina de la *fatalidad*, o sea la existencia de voluntades superiores ineluctables, que presiden lo mismo la vida física que la moral: se desencadena Aquilón y arrasa bosques y ciudades; lo quiere Venus Afrodita, y el amor abrasa y domina a los mortales; si no quiere Minerva, la inteligencia no funciona: torpe y balbuciente, no es capaz de hallar la idea ni la palabra. Por eso decían los antiguos de alguien que se esforzaba en vano por ser poeta sin dotes naturales, que lo era *invita Minerva*, contra la voluntad de Minerva, y por ello no conseguía llegar a producir obras de arte.

Para la metafísica el mundo físico exterior está sometido a leyes inmutables, regido por una armonía preestablecida; pero el mundo moral es arbitrario: hay plena, absoluta libertad moral e intelectual. En la conciencia del hombre no hay ley alguna, la más perfecta arbitrariedad lo preside todo: la conciencia puede pensar o no pensar, creer o no creer, querer o no querer, y de esta facultad soberana, de este libre albedrío, se deriva la responsabilidad moral del hombre: la conciencia viene a ser así una especie de dios interno que obra por sí y ante sí sin sujeción a nada y que sólo después de haber decidido, responde ante el Dios Supremo.

Para la filosofía positiva esta concepción es absurda: todos los fenómenos, tanto del mundo objetivo como del subjetivo, están sometidos a leyes. La arbitrariedad no existe: por todas partes encontramos la constancia en medio de la variedad. Esta constancia intelectual y moral que descubrimos en la conciencia humana constituye la ley de sus fenómenos. En la inteligencia, en el sentimiento y en el carácter hay la misma continuidad y coherencia que en el mundo físico, aunque más compleja, y por ende más difícil de descubrir.

No puedo pensar o creer lo que quiero, arbitraria, caprichosamente, es decir, sin sujeción a norma alguna. Al contrario, mi pensamiento está en su funcionamiento y en sus conclusiones, rigurosamente determinado por las leyes del mundo subjetivo, complicadas por las leyes propias del medio objetivo y del medio fisiológico, que alteran su espontaneidad propia.

Del mismo modo, no puedo sentir arbitrariamente: amar lo que debo odiar, odiar lo que debo amar. Mi amor y mi odio obedecen a leyes complejas, si se quiere, pero a leyes: son el resultado de la reacción de mi yo sobre el mundo; el uno es la adaptación de la conciencia moral a su medio, sobre todo social; el otro, la falta de esa misma adaptación.

A primera vista parece que esta sujeción de los fenómenos del mundo real y del subjetivo a una legislación, a una norma, importara la supresión, la anulación de toda libertad.

En realidad con esta concepción desaparece la libertad absoluta, arbitraria, caótica, la libertad metafísica, que jamás ha existido.

Pero tal concepto de libertad es vacío de sentido, pues la mente positiva no puede concebir siquiera que los fenómenos se desprendan de sus leyes propias, que les son inherentes, y se produzcan arbitraria o contradictoriamente.

Es preciso reemplazar semejante concepto metafísico de la libertad por otro que esté de acuerdo con la legislación necesaria de todos los fenómenos del mundo.

Según la filosofía positiva la libertad de un fenómeno cualquiera es *la subordinación de él a sus leyes propias*.

"Lejos de ser incompatible en modo alguno con el orden real —dice Augusto Comte—, ella consiste en toda categoría de fenómenos, en seguir sin obstáculos las leyes propias del caso correspondiente. Cuando un cuerpo cae, su libertad se mani-

fiesta caminando según su naturaleza hacia el centro de la tierra, con velocidad proporcional al tiempo a menos que la interposición de un fluido modifique su espontaneidad. Del mismo modo en el orden vital, cada función vegetativa o animal se considera libre si se cumple en conformidad a las leyes correspondientes, sin ningún obstáculo externo o interno. Nuestra existencia intelectual y moral permite siempre una apreciación equivalente, la cual incontestable de modo inmediato respecto de la actividad, se hace por consiguiente necesaria, tanto respecto de su motor afectivo como de su guía racional". *(Catéchisme Positiviste par Auguste Comte; édition apostolique,* 1891, *Huitième Entretien,* pages 204-205).

Las leyes propias de un fenómeno jamás pueden faltar: le son inherentes, forman parte de él mismo y son en todo momento inseparables de él. Por buscar mayor libertad —libertad metafísica absurda—, no puede el fenómeno desprenderse de ellas.

Un fenómeno pierde su libertad, o lo que es lo mismo, su espontaneidad natural, cuando algún obstáculo modifica, entorpece o paraliza su espontaneidad propia, cuando la producción del fenómeno no se debe sólo al funcionamiento de las leyes propias que lo rigen, sino que intervienen también en él para modificarlo, fenómenos heterogéneos, regidos por leyes diferentes. En estos casos la intensidad del fenómeno considerado se altera: se acelera, se retarda, y aun llega a paralizarse completamente. En tal caso *el fenómeno no es libre:* se produce con mayores o menores trabas, y aun llega a ser totalmente impedido por los obstáculos heterogéneos.

Algunos ejemplos aclararán más esta doctrina.

Decimos que un navío navega libremente, no cuando va donde quiere arbitrariamente, por los aires o bajo el mar, víctima de una explosión o de un naufragio, sino cuando se desliza sobre las olas siguiendo su rumbo propio, sometido a las leyes físicas y náuticas y a la dirección de su capitán. Cesa esta libertad desde que lo capturan piratas o desde que una potencia naval le cierra el paso o le imprime rumbos, cuarentenas o contribuciones, o cuando sobreviene una explosión o un naufragio, que metafísicamente le darían mayor libertad, ya que el navío tomaría con ellos rutas nuevas arbitrarias, puesto que en todos estos casos no sigue su rumbo propio, ni las leyes físicas o náuticas ni la dirección de su capitán. Ha perdido el navío definitivamente su libertad, y en algunos casos hasta la existencia.

Los altos mares son libres: en ellos las naves siguen espontáneamente sus rumbos propios, sometidas solamente a las leyes físicas y náuticas y a la dirección de sus capitanes. El Canal de Panamá no es libre: las naves, para cruzarlo, han de someterse, además, a las leyes políticas y comerciales de los Estados Unidos, que no son ciertamente leyes propias de la navegación.

Un tren camina libremente cuando va por sus rieles, sometido a su propio itinerario y a las condiciones físicas generales de esta locomoción. Cuando se sale de los rieles, con mayor libertad aparente, o cuando se le cortan los frenos, ya no camina libremente, ya perturban la espontaneidad de su carrera fenómenos heterogéneos.

Los cuerpos caen libremente en el vacío. Si interponemos en el curso de su caída un plano inclinado, por el cual el cuerpo sigue cayendo con menor velocidad y en otra dirección, ya no decimos que cae libremente, pues su caída está ahora sometida, además de estarlo a su ley propia, a la ley especial del plano inclinado.

También decimos con perfecta propiedad que la sangre circula libremente por las arterias y las venas, e indicamos con esta expresión que está rigurosamente sometida en su movimiento, no solamente a la diástole y a la sístole, sino también al curso y capacidad de los vasos. Cuando se extravasa por un traumatismo o una degeneración patológica, o cuando por una herida cortante salta violentamente fuera de los vasos, con mayor libertad aparente, ya no circula libremente, ya hay una perturbación que modifica su espontaneidad fisiológica.

Cesa, pues, la libertad desde que interviene en la producción de un fenómeno cualquiera, además de sus leyes propias, las leyes de fenómenos heterogéneos.

Este mismo criterio debemos aplicar para apreciar la libertad del pensamiento y de la opinión.

Como hemos dicho, no es el pensamiento un fenómeno arbitrario: tiene sus leyes propias, sus condiciones de producción, que determinan su marcha y sus resultados.

Estas leyes normales del pensamiento son fisiológicas, sociales y morales: un cierto desarrollo y funcionamiento de los órganos respectivos, un mayor o menor desarrollo social alrededor del hombre que piensa, una reacción más o menos intensa de estímulos emocionales e intelectuales, determinan el pensamiento, lo orientan y lo hacen más o menos fecundo.

Mientras así se produzca el pensamiento, es libre; pero no arbitrario ni contradictorio.

Dejará de ser libre desde que estos factores se compliquen con otros heterogéneos: la pérdida, falta o atrofia de algunos órganos, una degeneración del cerebro, la demencia, una gran pasión, una intoxicación, una súbita complicación de la vida, una prolongada incomunicación con los demás hombres, retardan, perturban, embarazan e inhiben el pensamiento, el cual produce entonces juicios estrechos o excesivos, o queda totalmente incapaz de juzgar. El individuo en tales condiciones no razona libremente.

Distinto de pensar es opinar: pensar es un fenómeno individual o moral, meramente subjetivo; opinar es un fenómeno social; es comunicar los juicios para que se propanguen, para que se hagan sociales y se transformen más tarde en hechos sociales superiores a los individuos mismos.

Además de las leyes morales y lógicas que rigen el pensamiento, la opinión está sometida a las leyes sociales que rigen la persuasión. Las opiniones se propagan por su simpatía, por su capacidad de aumentar el bienestar intelectual, moral o práctico. La verdad, o mejor dicho, la verosimilitud, es altamente simpática porque los hombres creen que las doctrinas verdaderas son más eficaces para gobernar al mundo y mejorar la vida en el planeta; pero más simpáticas aun que la verdad son las opiniones y sentimientos que excitan en los hombres sus instintos fundamentales y los alientan con la ilusión de una próxima hartura.

Las opiniones se propagan libremente en un medio social cualquiera cuando el lenguaje, que es su vehículo propio, no encuentra en su desarrollo otros obstáculos que las reacciones emocionales y lógicas que espontáneamente provoca cada opinión. Esta reacción de opiniones y emociones constituye la ley propia de este fenómeno, la ley homogénea. Desaparece la libertad de opinar desde que por medios heterogéneos se perturba esta reacción espontánea: la intriga para hacer callar algunos órganos autorizados, el soborno, la persecución, el destierro, la cárcel, el sitio por hambre, y mil otros medios de que se valen los gobiernos y grupos dirigentes para entorpecer, falsear o impedir la opinión, coartan o suprimen la libertad de opinar.

La libertad de opinar es de suma importancia en la república. Puede decirse que el sistema republicano descansa esencialmente en esta libertad, y que hay república, con cualquier sistema de gobierno, mientras esa libertad subsiste, y que desaparece la república, cualquiera forma que conserven las instituciones políticas, cuando tal libertad perece.

La forma del gobierno depende en gran parte del pretérito social, pero su funcionamiento se aplica al presente.

Es una ley sociológica fatal, —simple extensión de una ley mecánica—, que todo poder tiende al abuso. El abuso mecánico, la acumulación excesiva y peligrosa de fuerza en el árbol de la máquina, se corrige mediante las válvulas de seguridad;

en la vida social el abuso del poder público sólo puede corregirse mediante la reacción de la opinión, o sea, el juicio general adverso, que condena los abusos.

Además en la opinión reside el porvenir: toda empresa, todo cambio, todo progreso, primero se concibe, después se predica, y por último se aplica. Una de las formas más corrientes del abuso del poder político es su pretensión irracional a dominar también el porvenir. Para ello tiende vigorosamente a apoderarse de la opinión, a dominar todos los medios de expresión o de enseñanza: iglesias, escuelas, prensa, parlamentos, literatura y arte. Sometida así la expresión a los intereses políticos, se bastardea y aniquila, deja de incubar el porvenir y se somete al presente. Se acrecienta el orden, pero se aniquila el progreso; desaparece la república y nace la tiranía.

La tiranía no es más que la coacción sobre los sentimientos y opiniones. Una medida política cualquiera que sólo afecte intereses materiales, puede ser errónea y aun absurda; puede producir la ruina de un país o perturbar su desarrollo, pero no será nunca tiránica si no va acompañada de maniobras destinadas a falsear o a ahogar las opiniones o a vejar los sentimientos de los ciudadanos. Más aun: una medida política absurda, —un simple fallo injusto—, no puede subsistir mucho tiempo, y menos indefinidamente, si las opiniones tienen plena libertad para desarrollarse, porque ellas lograrán corregir el mal con sólo propagar su remedio.

Desgraciadamente los gobiernos temporales se ven a menudo forzados a poner su mano profana sobre los órganos y elementos de enseñanza y expresión, ya a causa de su debilidad para resistir la imposición de los círculos dirigentes, ya principalmente a causa de la anarquía caótica de las propias pasiones y de las opiniones mismas, cada día más desorganizadas, contradictorias y violentas.

La edad presente pasa por una crisis ideológica tremenda: hay una anarquía mental y moral que somete a juicio y a revisión sin método, sin principios y sin autoridad, toda suerte de valores morales y sociales. Es difícil encontrar sobre cualquiera materia fundamental de estas disciplinas, dos opiniones conformes.

Esta anarquía mental se debe esencialmente a la coexistencia dentro de unos mismos medios sociales, de tres filosofías distintas y antagónicas: la ficticia, la metafísica y la positiva, y sólo desaparecerá cuando una de ellas logre definitivamente prevalecer.

Es indudable que el triunfo definitivo ha de corresponder a la filosofía positiva, cuyos progresos en todas las ramas del saber humano son constantes y continuos desde una larga serie de siglos, mientras las otras filosofías han perdido y pierden más y más terreno cada día.

Sólo el triunfo definitivo de una determinada filosofía, sea ella cual fuere, permite organizar un verdadero poder espiritual separado del poder político y superior a él, que enseñe las doctrinas orgánicas, cultive los sentimientos generosos y aconseje las actividades útiles.

Falto hoy día de doctrinas vivas y fecundas, inspirado por pasiones bastardas y puesto al servicio de actividades egoístas, el poder espiritual se prostituye a los gobernantes, a los ricos y a los desbordes de la mala pasión popular. Por eso no hay verdaderos maestros, la prensa es a menudo indigna y los poetas, lejos de purificar y ennoblecer las pasiones del pueblo, se ponen a su servicio como viles esclavos.

La plena libertad espiritual no es su arbitrariedad caótica, sino su subordinación al bienestar social y a la felicidad moral, para lo cual deberán predominar espontáneamente las opiniones más ciertas y los sentimientos más generosos, que sólo pueden ser expresados por los verdaderos filósofos, los grandes poetas y las nobles mujeres, quienes formarán un verdadero poder espiritual cuando haya prevalecido una filosofía orgánica.

Luis Oyarzún: Una Mística Chilena

Ex Decano de la Facultad de Bellas Artes.
Ex Vicerrector de la Universidad de Chile

A TRAVES de la retórica eclesiástica, pueden descubrirse piedras preciosas en la *Breve Noticia de la Vida y Virtudes de la Señora Doña Catalina de Yturgoyen Amasa y Lisperguer, Condesa de la Vega del Ren,* escrita "por el Señor Doctor Don José Manuel Bermúdez, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de los Reyes de Lima", y publicada en esta ciudad en 1821, en la Imprenta de Río.

Esta dama, chilena de nacimiento, fue sin duda una mística real, que responde bien a la imagen del contemplativo rapturoso, a quien la misma plenitud del arrobo lo deja, transido, en lo inefable. Nada escribió doña Catalina y las pocas noticias de sus trances están guardadas en los escritos de su confesor, un Padre Rivadeneira, del pueblo de Pisco, en el Perú, donde ella pasó sus últimos años.

La nobilísima y acaudalada señora era adicta a disciplinas y rigores extremos. Desde niña, dio guerra fiera a las tentaciones de la carne, a las vanidades del yo, con severidad despiadada. No sólo en ayunos y vigilias fue pródiga hasta la extenuación. Llegó aun a la crueldad contra su cuerpo. Desde la infancia, el alimento visionario le engendró horror por todo deleite de los sentidos. No comía sino cosas insípidas u odiosas: garbanzos sazonados con ceniza, ensalada de ortigas, guindas confitadas con acíbar. Bebía sólo agua quebrantada y, en la holgada sociedad a que pertenecía, buscaba sólo estrecheces y humillación de sí, por una vocación contemplativa que no le impidió, sin embargo, someterse al matrimonio y procrear una numerosa prole.

Pero la verdad es que no importan sus torturas —aunque puedan haber contribuido a su iluminación interior. Importan sus visiones, y algo se columbra de ellas a través del verbalismo del canónigo panegirista. La noble señora era recompensada con el éxtasis y llegaba a tanto su olvido del cuerpo, que podía soportar el dolor y transfigurarlo en alegría, someterse a las llamas y aspirar el perfume de lo eterno. Nunca podremos saber lo que veía en sus raptos, desde luego inefables, pero algo pudo transmitir de lo que sentía y pensaba al volver de su inmersión en Dios, encarnado en el Jesús de la Eucaristía. Afirma el Canónigo Bermúdez que ella "estaba íntimamente convencida de que Dios se halla en todas las cosas, no sólo por su poder que todo lo produce, y por su presencia que lo conoce todo, sino también por su Ser infinito, que con su inmensidad todo lo llena".

"Aliviaba caritativa un día a un pobre muchacho de su casa, sacándole esos pequeños insectos que suelen atormentar los pies, creciendo y multiplicándose en extremo, principalmente en los de corta edad. Estando, digo, en esa operación, toda ocupada en el pensamiento de Dios, levantó el rostro y se halló con Jesucristo, y quedó extática, y al volver de su rapto desapareció el Señor de su vista, habiéndole dado a gustar de la sangre de su costado".

Dicen que, hablando de uno de sus arrobos, dijo que "en todo el tiempo que le duró, su voluntad había estado amando sin cesar, y que se iba a su Dios como un

caudaloso río hacia su centro, deseando morir". Pero a ella también le estaba dispuesta "la noche oscura del alma", llena de tinieblas insondables, angustias y desolaciones. Doña Catalina sentía, como Santa Teresa de Jesús, a quien leía y meditaba, que bien podía no ser sino ilusión y engaño cuanto pasaba en su alma. "Mas a estas oscuridades y desolaciones se seguían luego consuelos, luces, seguridades, tejiendo Dios la tela de su vida de la asombrosa alternativa de tan diversos hilos... ¿Qué de veces se le hizo sensible una dulzura extraordinaria e indecible con los más notables afectos de paz, tranquilidad y amor? Hubo ocasión en que esa dulzura le duró cinco días continuos; otras le duraba un día, pero siempre con grande amor a Dios que la arrebataba". Y agrega bellamente el Canónigo Bermúdez: "De esta suerte, aunque el Divino Esposo la dexaba padecer tanto de infierno, le enviaba también mucho de cielo".

Padeció quince días de letargo, "con mortal repugnancia para todas las cosas espirituales, para los ejercicios y penitencias, oprimida de una suma pesadez. Con todo, se dio a la oración. En sazón tan triste, se le representa un precioso niño en pie en la tarima del altar. "Ven", le dice, como a la Esposa, *veni*. No pudiendo mover el pesado plomo de su espíritu por más que hacía de su parte, le responde que venga hacia ella. *Tu pereza me estorba*, le responde el Niño amable, *levántate y ven*, como si le dijera: *Surge amica mea et veni*. "¡Ay, Señor!", exclama ella. "¿Por qué me desamparas y te me ocultas tanto?" "Fortalécete, le dice el Niño, mucha gloria me das buscándome en tus trabajos y oscuridades". "Venga ya, pues, mi Amado", contesta la sierva de Dios: *veniat dilectus meus*. Y el Niño le promete que lo hallará en el Sacramento".

Empero, los mismos excesos de la virtud llegan a extremos que causan estupor. Por amor a Dios, Doña Catalina se mortificaba sin término ni mesura. Tanto creía que no llega a poseer el Reino de los Cielos quien no se hace violencia a sí mismo, quien no crucifica su carne y apetitos, que nuestra dama llevaba al paroxismo la común sentencia que San Agustín expresa, diciendo que no puede prescindir de la Cruz y de una especie de martirio quien quiera vivir conforme al Evangelio. Pocas personas se habrán mortificado más ni con mayor deleite, tanto que llegaba a desconfiar del mérito de sus torturas voluntarias cuando advertía que se daba a ellas con tan cumplida complacencia. "¿Cómo podrán abandonarse al placer unos miembros cuya cabeza está coronada de espinas?", pregunta San Bernardo. Mas, paradojalmente, el colmo de la penitencia puede llenarse de una rara voluptuosidad.

Doña Catalina afligió desde niña tanto su cuerpo, que ella misma llegó a decirle a su confesor que escrupulizaba de su amor a la penitencia. "Escrúpulo digno de un San Pedro de Alcántara, su modelo y muy devoto, que al fin llegó a pedirse perdón por lo mucho que se había atormentado". Ella mortificó su vista, condenándola a no fijarse en nada, "por lo que no le quedaba especie alguna de las personas con quienes hablaba". Así, no vio el rostro de su esposo el día de los tratados de su matrimonio, hasta que volvió, seis meses después. Se castigó los ojos, cortándoles las pestañas y refregándoles ajíes y pimientos, hasta el límite de la ceguera. Ni siquiera se permitía el goce de ver los altares adornados de flores o el Santísimo Sacramento. "Vivía abstraída de todo lo que era mundo". Buscó arbitrios para atormentar sus oídos y su olfato, muy propenso este último a delicados perfumes. Como los malos olores la incomodaban indeciblemente, se sometía a ellos sin piedad. "Se entraba a oler las calaveras en el Calvario, y se comedía a exercitar aquellos oficios baxos en que se excitan las sensaciones más ingratas". No se desdeñaba de colocarse entre los hálitos más pestíferos, y alguna vez se puso una jerga de un cuerpo medio corrupto que precisamente los despedía con abundancia.

Su paladar le pedía chocolate, miel, leche, queso, y ella le ofrecía guindas aciba-

radas, garbanzos fríos con ceniza. En esta materia, la extremosa señora paraba en lo grotesco. Usaba a guisa de plato la parte superior de una calavera. Se privaba enteramente de agua, desde el jueves hasta el domingo después de misa. "En los viernes y otros días en que se lo mandaban, tomaba mate en una calavera que llamaba "el mate de marfil". La pluma se resiste a consignar todas las inmundicias en que incurría para acercarse a Dios, hasta el punto de que uno pueda naturalmente preguntarse si tales maceraciones no serían también tentaciones del mismísimo Demonio, y aun peores que las que se ofrecen en delicias, desde que aquéllas destruyen la belleza del mundo, anulan las obras de Dios y parecen conducir a una soberbia satánica. Doña Catalina "se propuso por regla general hacer cuanto le causase asco, y ejecutó cosas que aun pensarlas horroriza. En una cuaresma hizo colación con lo que sobró una enferma. No puede referirse sin espanto, y sin que se alteren y revuelvan las entrañas, lo que la gran Catalina de Chile practicó, a imitación de la de Sena y de la Rosa de Lima, ya lamiendo una llaga cancerosa, ya bebiendo la podre de otra. Pero parece que se excedió a sí misma bebiendo el vómito de un moribundo, sólo porque le fue asqueroso".

Hasta el Canónigo Bermúdez retrocede, asqueado, al borde de preguntarse si tales muestras son obras de santidad o locura: "Omito otras varias acciones que, si las disculpa la razón, es por lo piadoso del motivo, y que dan a conocer que hay hechos en las vidas de los siervos del Señor más admirables que imitables, y que quizás necesitan para su ejecución de un superior impulso". Para qué decir de qué manera mortificaba el tacto o se gozaba con sus sensaciones más ingratas. Besaba los pies de los muertos, los de los párvulos difuntos. "En las fiestas de la Santísima Virgen se untaba con miel las manos y la cara, y se retiraba a lo más excusado de la casa a buscar, puesta al sol, enjambres de moscas que la picasen, permaneciendo en este tormento mucho tiempo". Se ataba huesos de guindas en las rodillas para hincarse y se ponía clavos en los zapatos para hacer los ejercicios de la buena muerte.

En esfera de más hondo sentido espiritual, Doña Catalina de Yturgoyen se dio por entero a la humildad en sus distintos grados. Sentíase nada delante de Dios, sólo debilidad y miseria. Sufría con paciencia los desprecios. Más aún, en el grado sublime de la humildad, amaba ser despreciada, para asemejarse a su Dios escarnecido y burlado. Pero aquí de nuevo la desviación enfermiza: "nada le agradaba más que el que la injuriasen, menospreciasen y maltratasen; que no la reconociesen, acatasen y respetasen por lo que era. En su misma casa hubo persona a quien hizo mucho bien que, como instigada por el infierno, llegó al extremo de darle de bofetadas, sin más despique que tener pronta la otra mejilla para que se repitiese el agravio. Y hubo ocasión en que se propasaron a darla de coces golpeándola con los pies... Pasaba por tantos vejámenes gustosa, sin desahogarse de la más leve queja".

Era infinita su obediencia a los confesores, y no menor el capricho abusivo de éstos. Uno la ordenó entrar en una bóveda. "Al punto quitó ella misma la losa: entró con indecible prontitud y presteza, y se mantuvo con los difuntos durante el tiempo de un responso que se les echó". En otro lance, "se le mandó tomar en la boca un hueso de muerto y cogió una calavera que debió ser de algún moreno, que aun estaba fresca y con cabellos, y la conservó media hora. Conservó todo aquel día, ¡cosa horrible!, entre los dientes, con grandes bascas, las pasas de aquella cabeza recientemente dividida de su cuerpo... Penitencias, austeridades, acciones repugnantísimas, todo lo ejecutaba con gozo y facilidad cuando se lo prescribía su director".

La visión beatífica era la compensación de tanta miseria. Invocando a Jesús, en trance que creyó de muerte, lo vio venir "como un Sol en el Sol", y decirle: "Yo soy vida, salud y fortaleza, y quiero comunicártela". Y se le hizo sensible en su co-

razón por tres horas la presencia de Jesucristo. Pero el Demonio no le daba cuartel. Se le aparecía en muchas formas, hasta las más extravagantes: "Hubo vez en que se le pusieron dos demonios en forma de escapulario, uno en el pecho y otro a las espaldas, y la hubo en que se halló con la saya llena de gatos infernales". "Se valía también de alguna figura ridícula para inquietarla, como cuando se le presentó con paño de cabeza muy de mañana". "¿Qué novedad es ésa?", le dijo la señora, con novedad y risa. "El trajín", contestó, "y las madrugadas". "Es verdad, repuso Catalina, que la que hiciste para oponerte a Dios te tiene tan malo", con lo que el Malo huyó todo corrido.

Cuenta su panegirista que la Condesa sanó a enfermos desahuciados, evocó difuntos a la vida y fue alzada al cielo en raptos y éxtasis frecuentes. Podía penetrar los secretos del corazón, adivinar los pensamientos, saber lo que pasa a distancia sin noticia previa y transportarse sin sentir de un lugar a otro.

La Condesa murió en su hacienda del valle del Cóndor, en el departamento de Pisco, el 27 de abril de 1732, a los 46 años de edad. Había nacido en Santiago de Chile y pertenecía a la ilustre familia indogermana y española de La Quintrala, Doña Catalina de los Ríos y Lisperguer.

Carlos Vial E.: Radioscopia de una Enferma: La Alianza para el Progreso*

SEÑORAS, SEÑORES:

Cuando hace algún tiempo el señor Jefe de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, por encargo de su Director, me visitó para solicitarme una disertación en este recinto sobre la Alianza para el Progreso, tuve un sobresalto y me dije: ¿Para qué pedir, ahora, que hable sobre el famoso Pacto? ¿Que no bastan los responsos de Kubitschek, del General Lucius Clay, de Rickenbaker y tantos otros personajes del mundo político y comercial, no sólo de Indoamérica, sino del propio Estados Unidos?

Sin embargo, reaccioné, aunque con incertidumbre. La verdad es que la Alianza para el Progreso no está muerta, y nunca es tan inconfortable señalar desaciertos de un ser, por muy grave que se encuentre, como tener que ensalzar venturas inexistentes, sobre el que ya nos ha dejado en misión al más allá. El encargo no es en todo caso muy agradable —a pesar de vuestra asistencia para mí muy honrosa— porque podrá suponerse que mis palabras se agregan a la quiebra ya generalizada de esperanzas, y tanto peor cuando éstas han anidado en millones y millones de seres. Declaro, sin embargo, que mi propósito en esta tarde es sólo realizar la necesaria y útil radioscopia de una señora gravemente enferma y mientras respire siempre habrá alguna ilusión de que se salve.

Durante el último tiempo se ha producido un general descontento respecto a la Alianza para el Progreso, en la casi unanimidad de los países latinoamericanos. En los Estados Unidos se duda también en muchos círculos de su efectividad. Esto ha provocado gran inquietud en los organismos de alto nivel relacionados con el Plan, a saber la OEA y el CIES de su dependencia con carácter ministerial[1]. Durante el mes de octubre de 1962 se realizó una reunión en ciudad de Méjico, en la cual muchas voces autorizadas como el señor Prebisch demostraron también allá la dimensión inconveniente de los medios con que ha contado la Alianza, y la burocracia y lentitud de sus procedimientos. Ante el consenso general de que las cosas no andaban en conformidad a los sanos propósitos del Presidente Kennedy, se estimó necesario que dos personajes de alta alcurnia política y conocimientos económicos produjeran un informe dentro del plazo de cuatro meses. Para ello fueron nombrados los ex Presidentes de sus respectivos países, Juscelino Kubitschek y Alberto Lleras Camargo, pero la enfermedad de este último impidió que dicho documento fuera presentado hasta el pasado mes. La falta de unanimidad entre ambos, respecto a ciertos aspectos, los indujo a formular dos informes separadamente. Por su parte, nuestro compatriota Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, ha dirigido recientemente una carta a los firmantes de estos documentos, haciendo ver sus puntos de vista y proponiendo otras soluciones.

Me anima el propósito de realizar un somero estudio tanto de la marcha de la Alianza para el Progreso como de los referidos informes de reciente entrega, y

*Conferencia dictada por el senador señor CARLOS VIAL, el jueves 25 de julio de 1963, en el salón auditorium de la Biblioteca Nacional.

[1]CIES es la sigla del "Consejo Interamericano Económico y Social" de la OEA.

expresar una opinión sin ambages sobre la situación. Pero comenzaré tratando de presentar el esquema histórico de los antecedentes.

Referencia pretérita

Conquistada la independencia con la sangre y el esfuerzo de numerosos patriotas, entre los finales del siglo XVIII y los comienzos del XIX, casi todas las repúblicas de este Continente encararon su organización y desarrollo de nuevas naciones. Y muy pronto desde el viejo mundo se embarcaron hacia la América del Norte ingentes capitales, atraídos por las noticias que de las grandes y fáciles riquezas naturales de esas regiones circulaban entre los grupos financieros de Europa. Junto con sus dineros, miles de ingleses, franceses, alemanes, italianos y escandinavos mezclaron su sangre a los antiguos colonos, dando formación a una raza de reconocido esfuerzo. Como grandes sacrificios van a menudo apareados a grandes ambiciones, no siempre se usaron medios de justicia para asimilar territorios; sin embargo, se dio muy pronto a ellos representación, a través de nuevas estrellas en el pabellón de los Estados Unidos. A la inversa, tanto Centro como Sudamérica marcharon divididas en numerosas nuevas repúblicas y no tuvieron tampoco sino en proporción muy inferior, inmigración de capitales foráneos. Mientras Norteamérica hace 100 años, con mayor población entonces que Sudamérica, era igual prácticamente a ésta en el plano económico, ya en 1930 su ingreso alcanzaba a una suma cuatro veces mayor; por otro lado, la población aumentaba entre nosotros en mucho mayor proporción. Hoy día, en el sexto decenio del siglo XX, nos encontramos alejándonos cada vez más en ambos sentidos: con 200 millones de habitantes, Latinoamérica sólo obtiene entradas de 63 mil millones de dólares, mientras que Norteamérica dispone de un ingreso de cerca de 600 mil millones y una población en 20 millones inferior. Nosotros tenemos así el 10% más de seres humanos que alimentar y que necesitan subsistir decentemente, pero con casi sólo la décima parte de los recursos en comparación con nuestros vecinos del norte. Son por lo tanto ellos los ricos, y así se sienten, mientras nosotros somos los pobres sumidos en el retraso y la anarquía. Fácil es que la riqueza engendre el orgullo y he aquí que a pesar de la inclinación bondadosa y humanitaria del pueblo norteamericano, hasta comienzos del actual siglo muchos de sus gobernantes nos llamaron nativos, por no decir indios, y usaron para América Latina la infortunada política del big stick. Hubo después hombres más humanos como Franklin Délano Roosevelt, Harry Truman con su ideal del Punto Cuarto y el General Eisenhower, que se inclinaron por un nuevo trato, más cordial y respetuoso.

En 1910 se había ya fundado la Unión Panamericana, pero ella sólo tomó verdadero vuelo en 1948, al transformarse en la Organización de los Estados Americanos, con la conocida sigla de OEA. Algunos años después de terminados los impactos económicos favorables para Latinoamérica, originados en la Segunda Guerra Mundial y en la guerra de Corea, se produjo una violenta caída en los precios de sus productos de exportación, lo que puso nuevamente en el tapete la crisis de desenvolvimiento que sufrían nuestros países. Las enormes diferencias del ingreso entre Latinoamérica y las naciones desarrolladas, mucho más conocidas ahora a causa de los adelantos de la ciencia que suprime las distancias geográficas, agudizó la inquietud social y varios países cayeron en graves situaciones políticas. Fue entonces cuando Juscelino Kubitschek, como Presidente del Brasil, propuso la Operación Panamericana, que si bien tuvo en un principio tropiezos, cristalizó después a través del Comité de los 21 y las reuniones de Washington, Buenos Aires y especialmente la de Bogotá, en septiembre de 1960. El principal objetivo de estas reuniones, como se comprende, era obtener un desenvolvimiento más rápido de Latinoamérica con la

cooperación de Estados Unidos, y de este modo salvar el régimen democrático y evitar los trastornos sociales que la pobreza e ideologías extranjeras estaban propugnando. Hasta entonces las diferencias sociales no habían sido enfocadas técnicamente, ni en su propio campo ni en su proyección sobre la economía de los países, y los brotes de rebelión fueron generalmente contenidos por medio de las armas o de las dictaduras apoyadas en ellas.

La palabra de Kennedy

El nuevo mandatario norteamericano John Kennedy comprendió claramente la situación. Pocos días después de su ascensión al poder, dijo textualmente, considerando el caso de Latinoamérica: "Millones de personas se esfuerzan por librarse de las cadenas de la pobreza, el hambre y la ignorancia a través de América Latina, mientras al Norte y al Este ven la abundancia que trae la ciencia moderna. El no consagrar las energías del pueblo norteamericano al progreso económico y social de esas multitudes, sería un insulto al espíritu de nuestra civilización"; y agregó: "los ojos del pueblo norteamericano saben bien cuáles son sus deberes para con el enfermo, el pobre y el hambriento, DONDE QUIERA QUE HABITE. Daremos este paso no como republicanos o demócratas sino como dirigentes del mundo libre, del que dependerá en gran parte la clase de mundo en que nosotros mismos y nuestros hijos hemos de vivir". Además, el 13 de marzo de 1961, en una recepción al Cuerpo Diplomático latinoamericano, el Presidente añadió: "será necesario que los Estados Unidos entreguen recursos de magnitud y alcances suficientes para garantizar el éxito de este audaz programa de desenvolvimiento, del mismo modo que dimos recursos adecuados y necesarios para la reconstrucción de las economías de la Europa Occidental".

He recordado textualmente estas palabras porque su análisis nos da mucha luz sobre el fracaso de la Alianza para el Progreso, que fue firmada en Punta del Este pocos meses después, en julio de 1961. Creo en primer lugar que nadie tiene derecho para dudar de la intención manifestada tan explícitamente por el Presidente Kennedy. Sus palabras encierran una nueva filosofía política norteamericana, dan un claro aval a la estructura moral del pueblo de su patria y están llenas de buen deseo humano hacia sus vecinos y semejantes. No está de más recordar también que ya el Presidente Eisenhower, como resultado de la Conferencia de Bogotá, había ofrecido 500 millones de dólares para el fondo Fiduciario Social, más un préstamo de 100 millones a Chile con motivo del terremoto de 1960. Tales sumas eran aparte del régimen normal de ayudas y préstamos que desde muchos años antes de la Operación Panamericana y Bogotá, concedían a los distintos países del mundo instituciones como el Eximbank, el Fondo Monetario y el Banco Internacional para la Reconstrucción. Pero esas ayudas o préstamos habían sido hasta entonces de escaso monto respecto a los ingresos de cada país.

En consecuencia, las palabras del Sr. Kennedy, de gran repercusión y propaganda en el mundo entero, no podían a ellas referirse. Ahora se trataba de algo nuevo y grande, de un respaldo financiero de todo el pueblo de su patria para sacar de la miseria a sus hermanos de Latinoamérica, para salvar en estos países la democracia, y todo ello dentro de la mayor rapidez posible, ya que él en otros párrafos de su discurso describía el peligro inminente de que al no venir la ayuda concebida "los pueblos desesperados pueden volverse a ensayos de tiranía como su única esperanza de cambio".

Quiero también llamar la atención a que en ninguno de sus repetidos discursos sobre el particular el Presidente Kennedy habló jamás de condición alguna para facilitar esta ayuda, ni menos de formular un contrato multilateral que la subordinara a determinadas obligaciones o reformas de cada país que la recibiera. Es posible

que haya él pensado al mismo tiempo en razones de orden internacional y en la seguridad de Estados Unidos, colocado en el mismo continente, pero lo macizo de sus palabras demostraban la intención de redimir de la pobreza y falta de desarrollo a Latinoamérica; de solucionar rápidamente sus problemas básicos de alimentación, higiene, educación y habitación. Para esto no necesitaba poner condiciones ni proponer convenios, y su idea era de hacer todo esto, repito, con rapidez, pensando en proporciones realmente útiles y sabiendo que mientras en Estados Unidos el ingreso bruto era entonces de más de 500 billones, una mayor población en Latinoamérica sólo disponía de 63 billones.

Si supiéramos que las intenciones del Presidente hubieran podido concordar con una cifra de sólo 10 billones de dólares al año, ello hubiera significado que cada norteamericano, para seguir tan nobles propósitos, debía capitalizar en Latinoamérica la pequeña suma de 60 dólares anuales, mientras recibía en igual plazo un ingreso de más de 3.000. Dicha ayuda equivaldría, pues, únicamente al 2% de sus entradas. No se trataba por otra parte de regalar, sinò de *prestar* con garantías, y ganando el interés correspondiente. Esta suma era así algo que podríamos considerar ínfima ante los peligros que exponía con tanta franqueza el mandatario y ante la obligación moral de ayudar a sus semejantes en desgracia. Si Estados Unidos, como Kennedy recordaba, para sólo reconstruir una parte de los países europeos devastados por la guerra había casi *íntegramente regalado* la suma de más de 12 billones de dólares en cuatro años, aparte de todo lo proporcionado con la UNRA, para salvar de la pobreza y desarrollar a todo un continente, ¿no podía prestarnos el mismo país una cantidad semejante? Nadie pudo dudarlo, y por esto las enfáticas palabras del Presidente de los Estados Unidos resonaron entre los 200 millones de latinoamericanos como un signo de redención, y hasta los más obstinados enemigos de su patria reconocieron el cambio de rumbo y agradecieron emocionados su intención. Unieron su nombre a la tranquilidad de sus hogares que iban a ser modestos, pero propios, a la educación de sus hijos, al alivio de sus enfermedades, en fin, al término de las amarguras.

Pero aquel romance se volvió canción...

Temores bien fundados

En mayo de 1961 realicé un viaje a los Estados Unidos, teniendo ocasión de conversar con diversos hombres públicos y parlamentarios, y pude advertir con sorpresa que no existía en absoluto un clima de comprensión para las intenciones del Presidente Kennedy. Manifesté mi alarma y algunos personeros de visión me sugirieron que como Senador chileno expusiera mis ideas directamente al Presidente, lo que hice en una carta pocos días después. En ella expresaba mi temor sobre el monto de la ayuda, dando mi opinión de que una suma de 10 billones era la mínima adecuada y sugería que para un buen éxito se usara de un mecanismo similar al del exitoso Plan Marshall; opinaba también que la operación fuera efectuada de pueblo a pueblo y no en forma intergubernamental, y que con este objeto se realizara una campaña informativa entre todos los sectores norteamericanos, especialmente con la cooperación de los sindicatos de obreros, las Universidades y otras instituciones, usando de todos los medios modernos de divulgación; estimaba que sólo una cruzada de este tipo podría evitar la oposición parlamentaria, siempre temerosa de la opinión de sus electores. Concluía insistiendo en que una suma pequeña de ayuda sólo "serviría de propaganda transitoria para poco tiempo después agravar el problema".

A los pocos meses se verificó la Conferencia de Punta del Este. Tal vez mis modestas u osadas observaciones, que sólo fueron contestadas pasados tres meses, no impresionaron mayormente a los Secretarios del Presidente, pues ninguna de esas

ideas fueron sometidas a consideración. Pero este detalle poco habría importado por cierto; lo grave es que esa reunión constituyó la más completa contradicción con las palabras que el Presidente Kennedy había antes pronunciado en numerosas ocasiones.

Como es costumbre, asistieron a la reunión de Punta del Este numerosos Ministros de Estado, desconocedores muchos del problema de fondo, que sólo pronunciaron discursos ampulosos, y un conjunto de técnicos a quienes en estos casos no se les deja jugar otro papel que la presentación de cifras y estadísticas. Como corolario la reunión giró en gran parte sobre la actitud que se adoptaría con respecto a la República de Cuba, representada en esa ocasión por conocidos y pintorescos personeros del nuevo régimen comunista de ese país.

En esta Conferencia el planteamiento no fue ya el de estudiar la forma de aplicar la ayuda prometida por Kennedy, sino la firma de un *Convenio* que implicaba obligaciones tanto para Estados Unidos como para Latinoamérica, todo esto aparte de las pomposas declaraciones de mejoramiento social, progreso económico, etc., que encierra la Carta Magna de esa reunión.

Respecto al monto a que se redujo la ayuda de los Estados Unidos, sucedió algo verdaderamente inusitado. En conversaciones informales durante la Conferencia se manifestó que la cooperación norteamericana no podía alcanzar a una suma superior a 2 billones anuales durante un decenio y si bien en el texto se agrega la palabra "mínimum", esta suma se supone por otro lado compartida por otras naciones desarrolladas que podrían incorporarse a la Alianza. Pues bien, tres Ministros de Hacienda sudamericanos tomaron a su cargo el formular una solicitud por tan escasa cantidad y naturalmente de inmediato el representante de los Estados Unidos Sr. Dillon dio su conformidad. Fue así como quedó reducida a un monto ínfimo la pregonada ayuda del Presidente Kennedy, que había impresionado a 200 millones de seres, y que aun si se hubiese cumplido después en su totalidad, no habría alcanzado sino a 0,35% del ingreso de las entradas de cada ciudadano norteamericano; en otras palabras, la tercera parte del 1% del ingreso de ese país.

Pero volviendo a la estructura del Pacto, ya hemos dicho que se convirtió en un convenio de apariencia multilateral. En el texto se establecen obligaciones financieras de los Estados Unidos y por parte de las naciones latinoamericanas el compromiso consiste en realizar una planificación global previa de las economías, y en efectuar reformas estructurales, principalmente agrarias y tributarias.

Numerosas objeciones pueden hacerse a este planteamiento: en primer lugar, no se configuran los acuerdos como compromisos jurídicos, de modo que cualquiera de las partes puede sentirse exenta de atenerse a un plazo para su cumplimiento. Se entiende, eso sí, que para recibir ayuda es necesario cumplir a lo menos con la condición de planificación y esto conduce, como es lógico, a que los países que más necesitan cooperación económica resulten más postergados, debido a que no cuentan de inmediato con elementos técnicos capacitados para efectuar los estudios. Por lo demás, esta situación es casi general y significa que Estados Unidos se siente exento en el intertanto del cumplimiento de sus compromisos.

Sobre las modificaciones de estructura podemos decir que ellas fueron consultadas sin establecer los requisitos claros y razones técnicas, lo que conduce a la dictación de planes inconsultos y muchas veces perjudiciales. Respecto a la Reforma Agraria, los países, para conseguir cuanto antes la ayuda, dictan leyes de división de las tierras que deberían ser entregadas a campesinos que por el momento no poseen la instrucción necesaria, y que además por no contar de inmediato con los recursos para adquirir maquinarias y herramientas, acarrean sin duda una baja en la producción que antes entregaban estas mismas tierras en poder de un solo dueño.

Habría sido más lógico que se hubiera pactado el proporcionar con anticipación los fondos necesarios para instruir técnicamente a los nuevos terratenientes y después realizar la división simultáneamente con la ayuda para herramientas, máquinarias, habitaciones y bodegas. En lo que se refiere a la reforma tributaria, se ha puesto énfasis por los organismos y técnicos norteamericanos mucho más en el alza de las tasas que en el cumplimiento legal, y así hemos podido constatar en Chile que las exigencias de esa índole para un país descapitalizado como el nuestro, van mucho más allá que lo que se propone para los Estados Unidos mismos, que tienen ya una alta capitalización, situación verdaderamente absurda.

Por otra parte, una ayuda que debió ser aplicada en forma de convenios multilaterales se ha convertido en simples préstamos bilaterales, que no tienen en vista plan alguno de mejoramiento general del continente latinoamericano, aumentando así en la práctica las diferencias ya existentes entre los países que lo componen.

Tampoco consideró el convenio el serio problema de los precios de los productos que en los últimos años ha significado a Latinoamérica un déficit en el intercambio por mayor suma que todas las ayudas recibidas.

Para no alargar más estas observaciones me abstendré de criticar numerosos otros aspectos del Convenio, que en la práctica está demostrando ya sus innumerables defectos básicos y contradicciones con el propósito que había manifestado el Presidente Kennedy. Pero todo lo anterior demuestra ya que en esta etapa sus nobles ideas y sus claras palabras tuvieron el primer fracaso.

Ejecución inconcebible

Después de todas estas incomprensiones, después de la mínima cantidad comprometida por los Estados Unidos, podría haberse esperado siquiera un estricto cumplimiento de lo prometido. Esto no ha sucedido. En efecto, en Punta del Este se concertó, como ya hemos dicho, una ayuda ascendente a dos billones de dólares anuales y la entrega de 1.000 millones durante el año presupuestario junio 1961-junio 1962, para necesidades perentorias.

La primera situación desfavorable ha consistido en que se ha incluido en el monto de la ayuda de la Alianza para el Progreso gran parte de las operaciones de otras instituciones, que desde hace años antes estaban proporcionando préstamos a Latinoamérica. El volumen de algunos de estos préstamos, siguiendo el espíritu de esos organismos, iba en aumento ascendente y lo mismo sucedía con los excedentes agrícolas ahora llamados Alimentos para la Paz. Estos servicios han sido ahora incorporados a la AID (Agency for International Development), organismo ejecutor de la Alianza para el Progreso, y es así como se sobreavalúa el monto de lo que esta institución ha podido conceder como si fueran beneficios exclusivos de la Alianza.

La segunda situación, y la más grave por cierto, es el incumplimiento de la cuota acordada en Punta del Este de 1.000 millones hasta terminar el ejercicio 1961-1962 y la imposibilidad de otorgar dentro de las condiciones actuales la de dos mil millones en los diez ejercicios siguientes. Según las informaciones publicadas por la propia delegación del gobierno norteamericano a la Conferencia de México, el total de lo concedido por este concepto entre el 1º de julio de 1961 y el 1º de julio de 1962, o sea en 12 meses, ascendería a 1.104,5 millones, pero esta cifra global comprende también préstamos a las Guayanas, Jamaica e Islas del Caribe que no son signatarios del Pacto. En todo caso, si consideramos las cifras citadas como válidas, debemos deducir de ellas los montos que antes habían sido ajenos a la Alianza misma y que ascienden a 262,6 millones del Eximbank, 134,5 millones correspondientes a Excedentes Agrícolas y 224,4 millones a préstamos de otros orígenes diferentes y anteriormente comprometidos. Tenemos, pues, que en los 12 meses la Alianza para el Progreso

misma sólo habría acordado en realidad préstamos por 483,0 millones. Sin embargo, ésta no es tampoco la verdad, pues para la entrega de dicha suma es necesario que se produzca el permiso de giro (disbourments). En la página 11 del Informe Kubitschek, éste afirma que el desembolso efectivo durante 14 meses sólo ha alcanzado a una suma que equivale entre 35 y 40% de lo acordado y esta estimación se comprueba aún mejor con el informe oficial norteamericano que establece que con cargo a los préstamos del lapso transcurrido entre el 1º de julio de 1961 y el 30 de junio de 1962 las entregas por cuenta de la AID sólo ascendieron a 208,3 millones de dólares, y 290,6 si se agregan todas las otras ayudas económicas de carácter fiscal. En otras palabras, la cantidad citada de 483,5 millones de préstamos de la Alianza misma debe reducirse a 208,3 millones entregados en el año, en vez de los 1.000 prometidos en el convenio de Punta del Este y equivale solamente al 20,8% de tal promesa para 1961-1962, o 29% si se cuenta la totalidad de la asistencia económica.

Por otro lado, las usuales oposiciones a un Presidente en el Congreso se manifiestan también en Washington a través de ataques al Pacto, mediante los cuales se ha logrado rebajar aún más la exigua cantidad que se había acordado para los primeros cuatro años del decenio, dejándola en sólo 600 millones anuales. Esta decisión demuestra claramente la imposibilidad de cumplir con el programa de 2.000 millones en los años correspondientes, tanto más cuanto que no ha existido en la práctica colaboración alguna de los capitales privados norteamericanos y casi nada se ha obtenido de otros países capitalistas.

Y ha sido así como hemos llegado a constatar el segundo fracaso, debido a la exigüidad financiera del Convenio de Punta del Este y a su manifiesto incumplimiento. Antes había sido el fracaso del pensamiento del Presidente Kennedy; ahora es del acuerdo mismo de la Alianza.

Decepción justificada

Podría decirse que en la actualidad se verifica en toda Latinoamérica una tercera fase de este acontecimiento. Ella consiste en un movimiento general de irritado descontento. Algunos países como el nuestro han conseguido presentar una satisfactoria planificación de sus economías, y por ello han tenido un mejor trato; otros no han dispuesto de recursos humanos para cumplir la condición de planificar, habiendo sólo recibido porciones minúsculas de la minúscula cantidad entregada. Los primeros tenían razón para pensar que fácilmente podrían contar con la cuota necesaria para el desenvolvimiento económico que habían programado, pero sometidos al examen de Comisiones Ad hoc, del Comité de los 9 sabios, y finalmente a la burocracia de Washington, han debido sufrir retrasos inesperados que significan o enormes déficit presupuestarios si inician la tarea, o inmovilidad absoluta de sus planes si no se atreven a enfocarla. Los segundos, los más pobres, siguen esperando ya cansados con la nueva promesa que ha resultado peor que lo sucedido en épocas pretéritas.

Los requisitos previos que se exigen son de tal naturaleza que, como bien dice Kubitschek en su informe, se produce un verdadero círculo vicioso, porque de un lado hay ausencia de las providencias financieras necesarias, y al otro se le hace aparecer como morosos en el cumplimiento de sus obligaciones, y así se excusa la ausencia de dichas providencias. Esta es una de las causas por las cuales los préstamos efectivos entregados, como ya hemos dicho, se reducen al 29% de lo prometido.

A pesar de las enormes fallas del mecanismo, podría existir siempre la esperanza de ajustar el motor. Sin embargo, otros factores aparecen en escena obscureciendo el horizonte. Me refiero a la opinión de ciertos investigadores de alto nivel y a la actitud de muchos parlamentarios norteamericanos. Como pieza importante debo

citar los dos informes del General Lucius Clay, el último de ellos entregado este año y en el cual como Jefe de una Comisión destinada a estudiar la ayuda externa al mundo, propuso fuertes reducciones que incluyen a Latinoamérica.

De este modo el actual estado de cosas se reduce: primero, a que de los préstamos prometidos en el año 1961-1962, que según el Departamento de Estado ascendían durante 12 meses a 1.104 millones de dólares, es necesario estimarlos al 1º de julio de 1962, solamente en 208,9 millones; y segundo, que para el futuro, como este organismo ahora no puede facilitar sino 600 millones anuales brutos, América Latina en la práctica está condenada en adelante a sólo poder recibir en iguales períodos menos que lo que conseguía antes del Pacto de Punta del Este a través de numerosos organismos hoy agrupados en la AID.

Lo anterior debe aparecer inverosímil, pero por desgracia ésta es la situación tal como está hoy día planteada y justifica lógicamente la mayor de las decepciones.

Los enemigos de la amistad

Y esto no es todo: en su afán de producir inconvenientes al Presidente Kennedy, opositores de toda índole toman como herramienta la ayuda a Latinoamérica y divulgan los errores más lamentables. Un diario norteamericano lanzó la especie de que los depósitos en Suiza de los pobrecitos latinoamericanos que solicitaban limosna a Estados Unidos, ascendían a una fantástica suma, sin reparar en que todos los depósitos de los suizos y de todos los habitantes del mundo en ese país no alcanzaban a la cantidad que se mencionaba. Como consecuencia de estas especies tan divulgadas se producen declaraciones semejantes a la aparecida en la revista Times de junio 28, en la cual el famoso aviador Rickenbaker, as de la guerra mundial, hoy presidente de la línea de aviación Eastern Line, declara textualmente: "Con la Alianza para el Progreso en cinco años habrá mil millonarios más en Sudamérica y en 10 años se convertirán en cientos de multimillonarios..., todo lo cual con vuestro dinero". Por otra parte, el comentarista de la misma revista, al referirse al informe de Kubitschek, trata de ridiculizar a su autor por la construcción de Brasilia y los déficit habidos en su patria y termina el párrafo lamentando que haya omitido hacer referencia en su informe al supuesto no cumplimiento en Latinoamérica de su obligación de poner impuestos substanciales y realizar reformas agrarias.

Igual cosa sucede con los articulistas en relación con los organismos oficiales de Estados Unidos, quienes desde que se remitió el informe a la CIES, han desencadenado sus ataques contra el señor Kubitschek, incluso en la prensa de Chile, tildando al ex presidente del Brasil de demagogo sólo interesado en hacer bulla para volver al cargo por un nuevo período. Lo que no se comprende es qué relación pudiera tener un fracaso de la gestión económica del ex presidente, con la dictación de su informe que obedece a un nombramiento unánime del CIES con la aprobación del representante de Estados Unidos en ese organismo.

Las declaraciones de algunos congresales resultan también hirientes y de manifiesta injusticia, anulando los afanes y desvelos de embajadores y misiones diplomáticas. Tampoco ha sido feliz en muchos casos el envío de técnicos que tal vez conocedores del criterio opositor del Congreso de su país, aconsejan procedimientos inconvenientes y transmiten informes a sus jefes del exterior totalmente improcedentes.

No podría silenciar en esta parte de mi disertación el mal que ha hecho a Latinoamérica el Fondo Monetario Internacional. Conocedor de sus instrucciones por haber formado parte en varias ocasiones del Consejo de nuestro Banco Central, estoy seguro de que sus continuas exigencias de desvalorización de la moneda han sido en gran parte la causa de la continuación de nuestros procesos inflacionistas y su

cortejo de desgracia. En lugar de luchar por que se adoptaran sanas medidas tendientes a limitar un exagerado volumen de importaciones desde Estados Unidos y Europa, periódicamente, como lo he hecho yo ver en numerosas ocasiones, ha impulsado con tozudez las devaluaciones, usando la careta de que con ello podrían intensificarse las exportaciones latinoamericanas en un grado por demás difícil. Y si bien este organismo tiene un carácter internacional y de él todos los países forman parte, esto sólo lo es por sus estatutos y no en la práctica, pues es bien sabido la íntima conexión que con él ha tenido el Gobierno norteamericano y hoy día tienen los funcionarios superiores de la Alianza para el Progreso. Felizmente la errada política del Fondo Monetario está ya reconociéndose y a la viril protesta del Brasil años atrás se suman ahora las declaraciones del presidente electo argentino, Dr. Illía, quien ha manifestado que procederá a una severa investigación de la actitud de ese organismo en su patria. Contra tal exigencia devaluacionista se ha levantado también la CEPAL, con un magnífico estudio recién presentado en mayo de este año, en el décimo período de sesiones verificado en Mar del Plata. El análisis de la medición de precios y del poder adquisitivo de las monedas realizado por un conjunto de experimentados técnicos con la cooperación de la US. Bureau of Labor Statistics, llegó a la conclusión de que la mayor parte de las monedas latinoamericanas se encuentran subavaluadas. Respecto a Chile, se establece que en junio de 1962 el cambio existente de 1.052 debía haber sido de 950 pesos por dólar, y una proyección al 1º de julio de 1963, realizada también por funcionarios de la misma institución, lo calcula a 1.630, en vez del exigido por el Fondo Monetario de 1.830 y que ahora falsamente se denomina Tipo de Cambio *Libre* bancario, cuando en realidad está totalmente controlado respecto a su precio por el Banco Central.

Este clima de incomprensión y de ataque a Latinoamérica, unido a los malos consejos y exigencias, está produciendo como es lógico un sentimiento de reacción opuesto a uno de los principales deseos de la Alianza para el Progreso, que es la recíproca amistad, y podríamos decir que si ésta quedó ya enferma en Punta del Este, ahora sufre la gravedad de una moribunda.

En una reciente gira efectuada con altos personeros de prácticamente todos los países latinoamericanos, me fue posible advertir una rara unanimidad de opiniones desanimadas respecto a la Alianza y el deseo, en cambio, muy vehemente, de estrecharnos para hacer valer unidos con mayor fuerza nuestra posición, y especialmente cuanto concierne al precio de nuestras materias primas en los mercados internacionales.

Por todo lo anterior es mi opinión que esta tercera fase de la Alianza, de exigir inconveniencias y no cumplir con lo prometido, no sólo está anulando cualquier factor positivo, sino volviendo las cosas a un estado mucho más inamistoso del que existía antes de que el Presidente Kennedy manifestara sinceramente a Latinoamérica sus humanos deseos de terminar con la miseria y la inestabilidad social.

Dos informes y una carta

La grave enfermedad que evidentemente aqueja a la Alianza para el Progreso, movió, como ya lo hemos dicho, a la OEA, en su reunión de nivel ministerial de la CIES, ocurrida en México en octubre de 1962, a analizar los posibles remedios que fueran necesarios para salvarla. Uno de ellos fue encargar un estudio de lo sucedido y un plan de acción para el futuro, a los presidentes Kubitschek y Lleras Camargo, cuyos informes recién presentados han dado motivo a la carta a ellos dirigida por nuestro compatriota Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo.

Ambos informes están extendidos en un plano respetuoso y de agradecimiento y comprensión al espíritu del Presidente Kennedy, y sólo en la exposición de los hechos se advierte más dura franqueza en el trabajo del ex mandatario brasileño, quien a mi juicio con justicia carga los dados del fracaso en mucho mayor intensidad al lado norteamericano.

El señor Lleras Camargo establece también las fallas existentes del sistema, pero estima que el descrédito tanto proviene de las acometidas de ciertos hombres de negocios norteamericanos, como de haberse hecho aparecer a la Alianza como una nueva forma imperialista para calmar el descontento de Latinoamérica.

Respecto a los instrumentos mismos firmados en Punta del Este, Lleras Camargo estima que ellos encierran una novedosa promesa. Dice así: "Los Estados Unidos se comprometen a ofrecer una cooperación financiera para alcanzar los fines planeados con préstamos a plazo que pueden alcanzar a 50 años e intereses muy bajos o inexistentes". Lleras estima que este propósito nació principalmente de la convicción de que Latinoamérica, llamada por alguien "El Tugurio del Mundo" —denominación que él cita—, pasa por una crisis social, política y económica del mayor peligro para el mundo entero. Respecto al procedimiento, acepta que es dilatado por una exagerada burocracia y se indigna ante la actitud de determinados funcionarios norteamericanos, congresales y prensa, que establecen prerrequisitos con el carácter de ultimátum en los países del sur, diciendo: "o Uds. hacen programas de reforma agraria y tributaria o no hay ayuda financiera". Y agrega Lleras Camargo al tratar de las condiciones de la Alianza: "Es evidente que tratándose de enmiendas legislativas que afectan al orden interno de cada Estado, es a lo menos una impertinencia, por lo demás innecesaria y contraproducente, estarlas exigiendo desde los órganos del poder de otro Estado, desde su prensa o por sus propios funcionarios".

Entrando al aspecto técnico y las mejoras que en concepto de los firmantes de estos informes son necesarios, las opiniones de ambos ex presidentes están prácticamente concordes.

Con este fin proponen:

1. El cambio inmediato de la política unilateral de Estados Unidos o por lo menos bilateral existente, por una política multilateral que contemple el interés general de Latinoamérica, con sus necesidades de prioridad debidamente avaluadas;

2. La creación de un Comité Interamericano de Desarrollo que tomaría a su cargo la responsabilidad de promover la financiación de los programas nacionales, tanto con el Gobierno de los Estados Unidos como con las instituciones extranjeras en general. Este Comité sería integrado por un Presidente que residiría en Washington (opinión de Lleras Camargo) o por el Secretario General Ejecutivo con sede después de cierto tiempo, al igual que el organismo, en un país latinoamericano (opinión de Kubitschek);

3. El Consejo de este Comité lo formarían las 20 naciones latinoamericanas divididas en 5 zonas, con un representante cada una de ellas de 6 meses de duración en el cargo, al cual se agrega un 6º miembro norteamericano de duración indefinida. Este organismo interamericano estaría asesorado obligatoriamente por el actual comité de los 9 expertos, que tendría un carácter mucho más amplio y efectivo que hoy día; y como el órgano consultivo, no sólo actuaría proveyendo de técnicos para el estudio de los programas, sino clasificando éstos después del Estudio de los comités ad hoc, para aconsejar acerca de las posibilidades de integración económica que pueden surgir de dicho estudio. Otros asesores serían el Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. Esto aparte de funcionarios de otras instituciones que en calidad de observadores pueden ser invitados a determinadas deliberaciones. El secretariado del CIES, de nivel ministerial, sería a su vez

el del nuevo organismo, y para evitar mayor exceso burocrático se aprovecharían los elementos contratados hoy día para funciones similares dependientes de la OEA o del CIES;

4. Este organismo funcionaría permanentemente, o por lo menos en forma bimensual, subordinado a las directivas del CIES, como es sabido de nivel ministerial, y cuyas reuniones sólo se efectúan anualmente.

El ex presidente Lleras Camargo presenta también en su informe una alternativa a sus ideas arriba mencionadas, cual es la de dar al Banco Interamericano de Desarrollo todas las funciones relativas a la financiación de los programas nacionales, incluyendo la formación de consorcios o grupos financieros, el examen de la ejecución de los programas, etc. El señor Lleras manifiesta que esta alternativa lo seduce por su sencillez, y por haber sido ya mencionada tal posibilidad en Punta del Este.

Como agregado de importancia a los informes de Kubitschek y Lleras Camargo, debo referirme a la reciente carta enviada a los ex dignatarios por el Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo. La carta del señor Felipe Herrera contiene ideas de enorme importancia y tiene además la virtud de apreciar debidamente la realidad. El piensa que si bien la Alianza para el Progreso fue una ocasión por excelencia para enfocar los graves problemas de Latinoamérica, hacen falta organismos o instituciones donde encuentren expresión todos los sectores e intereses de los distintos países signatarios de la carta, incluyendo la fuerza laboral, los empresarios y los intelectuales, para así discutir con Estados Unidos desde un más alto nivel. Se recuerda que los norteamericanos han nombrado su propio coordinador, el señor Moscoso, mientras nosotros seguimos procediendo aislada y separadamente. Por otro lado Herrera se pregunta, "si no habrá llegado el momento de que América Latina consagre la integración política y económica del continente, y que tal vez también los 200 millones de latinoamericanos formen ya una fuerza capaz de constituirse como Estados Unidos y Europa en uno de los pilares de la comunidad del Atlántico para afianzar los principios y valores de la democracia que profesan".

Herrera propone algunas soluciones destinadas a llevar a la práctica sus audaces ideas. La primera es la formación de un parlamento, con representantes de todos los países y compuesto como se ha dicho de los distintos sectores del trabajo, del capital y de los intelectuales. La segunda, crear una organización interamericana para el desarrollo económico (idea que puede considerarse similar al CID propuesto por Kubitschek y Lleras Camargo). La tercera, obtener la participación de Europa en la Alianza; la cuarta, acelerar la integración partiendo de una reunión en la cual estén presentes todos los cancilleres de las tres Américas, y finalmente, la creación de otro organismo encargado exclusivamente de defender los precios y el mercado de nuestras materias primas.

Salta, pues, nuestro compatriota, del límite de la Alianza y la prescripción de las medicinas administrativas y de volumen que se necesitan, a ideas muy amplias que tal vez sean —aunque no lo parezca— más factibles de lo que se piensa, para obtener la estabilidad social y el progreso económico a que Latinoamérica aspira.

Síntesis necesaria

Termino así esta parte expositiva de la grave enfermedad que aqueja a la Alianza para el Progreso. Procede ahora realizar una síntesis de la actual situación latinoamericana y emitir un juicio al respecto, junto con las medidas que estimo necesario adoptar.

Los siguientes factores deben tomarse en consideración:

Hechos económicos: 1) Latinoamérica se encuentra ya abocada a una crisis que

en el futuro tiende a agravarse en forma trágica. Su ingreso per cápita es de sólo un promedio de 330 dólares y todavía esta cantidad está distribuida en forma exageradamente injusta entre los diversos estratos sociales. Estados Unidos mantiene un ingreso mejor distribuido de alrededor de 3.000 dólares por persona. Esta diferencia, conocida por los pueblos en forma práctica, a través de todos los medios modernos de información, y que se proyecta a la forma de vivir y capitalizar, produce un grave malestar social. La pobreza y las privaciones son por otra parte un terrible aliciente a buscar otras soluciones fuera del régimen democrático;

2) La población de Latinoamérica aumenta a razón de casi un 3% por año y es así como en 20 años los actuales 200 millones de habitantes se convertirán en 400. Mientras tanto, según lo expuesto por la FAO en la reciente reunión de Mar del Plata, y de acuerdo con un estudio de la CEPAL, los incrementos anuales del ingreso per cápita han bajado de 3,3% a comienzos de la postguerra, a sólo un 1% en el período 1955-1960;

3) La producción agrícola, según el mismo informe, sólo se elevó en un 4% contra 17% en los países europeos desde la preguerra última, y este bajo nivel se manifiesta especialmente en el cono sur de América. No sólo se redujo la producción de alimentos por persona en comparación con el aumento de la población, sino que la presente producción es aun inferior en lo que se refiere a proteínas y otros alimentos protectores del organismo;

4) El nivel de vida condicionado por la alimentación, el vestuario, la vivienda y la educación, experimentó en estos 20 años muy bajo mejoramiento en Latinoamérica, mientras en el resto del mundo se hizo ver un progreso de gran consideración. Respecto a los 110 millones de habitantes que viven en las zonas rurales, sus condiciones son en muchos países semejantes a las de las áreas más miserables del mundo;

5) La creación del mercado común europeo ha venido a agregar un nuevo motivo de inquietud a Latinoamérica, debido al autoabastecimiento de esa zona, situación que se considera de gran gravedad en el estudio E/CN, de diciembre de 1962, "Relaciones con la Comunidad Económica Europea";

6) Los precios de los productos de los artículos de exportación de Latinoamérica a Estados Unidos han bajado sustancialmente: un 20% desde 1953 a 1961, mientras que los de las importaciones han subido en igual lapso en un 10%. Esta diferencia significa que en el intercambio Latinoamérica perdió, tomando como base el año 1957, un total de 1.500 millones de dólares, durante 1958; 1.700, en 1959; 1.500, en 1960, y 1.100 millones, en 1961. Cantidades de esta especie son más del doble superiores a la ayuda NETA que resulta dando la Alianza para el Progreso y tenemos así que Latinoamérica en lugar de tonificar su economía con ayudas del exterior, que son prácticamente ilusorias, está realmente empobreciéndose cada vez más a favor de los países capitalizados;

7) Las inversiones privadas NETAS norteamericanas en Latinoamérica aumentaron fuertemente en el decenio del 50, hasta llegar en 1957 a 1.200 millones de dólares por año. Desde esa fecha han disminuido violentamente hasta el punto que en 1962 sólo alcanzaron a 140 millones de dólares.

8) Las finanzas de los países latinoamericanos generalmente han sido conducidas dentro de la más absoluta anarquía. En primer lugar, obedeciendo a la presión política se ha dado preferencia a una fácil colocación de aspirantes dentro del sector "servicios públicos", en vez de colocar brazos en la producción, lo que ha derivado en una estagnación o lento progreso de ésta;

9) La hipertrofia burocrática y la tendencia fiscal a invadir nuevas esferas de la vida nacional, que antes estaban encomendadas al sector privado, han reper-

cutido en serios déficit presupuestarios, que a menudo no resultan financiados por impuestos sino por simples emisiones de los bancos centrales en forma de préstamo, produciéndose así una interminable tendencia inflacionista;

10) El sistema impositivo no ha sido controlado y a menores rendimientos sólo se ha buscado el expediente del alza de tasas hasta límites absurdos que ahuyentan los capitales, en vez de sancionar las evasiones y colocar tasas atractivas;

11) La producción ha sido tratada sólo como una fuente de entradas fiscales, sin concedérsele estímulo alguno ni realizar los cálculos que habrían demostrado que de su desarrollo resultaría una mayor y más sana entrada a favor del Estado;

12) Finalmente, el comercio exterior ha caminado sin consideración alguna a la capacidad de importar, produciéndose balanzas negativas. En vez de refrenar los montos de importación, muchas veces inadecuados a la riqueza de la población para equilibrar las balanzas, se ha recurrido a continuas devaluaciones de la moneda, mal aconsejadas por el Fondo Monetario Internacional, con el lógico efecto de acelerar en peor forma los procesos inflacionistas. Veamos ahora los hechos relacionados con la Alianza para el Progreso:

a) Las palabras del Presidente Kennedy ofrecieron textualmente: "recursos de magnitud y alcance suficiente para garantizar el éxito de este audaz programa". Ya con anterioridad el informe Mac Cloy había establecido que el mínimo de la ayuda exterior total de Estados Unidos debería ser un 1% del ingreso bruto, o sea, alrededor de 6.000 millones anuales. Tal cifra fue considerada aún baja por los técnicos de las organizaciones obreras AFL-CIO;

b) En la reunión de Punta del Este sólo se acordó proporcionar a Latinoamérica ayuda en conjunto con otros países, aunque éstos no fueran consultados ni asistieron a la Conferencia, por un mínimo de 2.000 millones anuales durante una década, prometiendo Estados Unidos absorber la mayor parte de estos préstamos. Al mismo tiempo se convirtió la promesa de Kennedy en un contrato con carácter en la práctica bilateral, por el cual cada país se obliga a realizar ciertas reformas estructurales y la presentación de programas, condiciones ambas a las cuales se sometía la entrega de la ayuda. Sin embargo, para las necesidades inminentes se prometió entregar dentro del año 1961-1962 mil millones de dólares;

c) En los tres años anteriores a la Alianza, el promedio de los préstamos *Netos* de los Estados Unidos a América Latina, o sea, después de deducir los reintegros a ese país, y concedidos a través del Eximbank, Excedentes Agrícolas, Fondo Fiduciario de Progreso Social y otras instituciones, sin contar el Banco Internacional de Reconstrucción, ascendieron a 407 millones. Esta cantidad, en términos brutos, resulta sin duda superior a 600 millones, la suma a que el Congreso ha reducido la ayuda para los años futuros;

d) Hace pocos meses el Presidente Kennedy encargó a un Comité, que llamó "para vigorizar el mundo libre", encabezado por el General Lucius Clay, un estudio sobre el monto adecuado de ayuda al exterior. El informe recomendó la rebaja de la ya débil cantidad aceptada anteriormente. El representante de los sindicatos obreros y miembro también del Comité, George Meany, protestó del monto de esta recomendación en un documento anexo por considerarla insuficiente. Poco después, el Congreso rebajó como hemos dicho el monto de la ayuda por autorizar en el próximo cuadrienio fiscal a la suma total de 600 millones de dólares brutos anuales, o sea, 504 millones menos que los 1.104 millones autorizados, aunque no entregados sino en escaso porcentaje durante el año 1961-1962. En esta forma se anula toda expectativa para que Latinoamérica pueda obtener la ayuda pactada en la Alianza para el Progreso, quedando sólo con la perspectiva de un 30% de los 2.000 millones prometidos;

e) Mientras tanto se nos apremia para cumplir nuestras obligaciones impuestas en Punta del Este, aunque de esto resulten leyes apresuradas como la reforma tributaria, para la cual los técnicos norteamericanos sugieren absurdamente a países descapitalizados condiciones mucho más onerosas que las que el mismo Presidente Kennedy está proponiendo al Congreso de su patria, cuyo desarrollo y capitalización van a la cabeza del mundo. Pero lo anterior no significa, como lo hemos demostrado, que se entregue ni siquiera la totalidad de las débiles cantidades acordadas, debido a los múltiples requisitos que la burocracia de Washington exige por anticipado.

Vale bien la pena realizar un balance escueto y simple de todas las consideraciones y cifras expresadas. Para esto sólo basta una simple operación aritmética, a saber: Abonar en favor de Latinoamérica préstamos brutos posibles de recibir cada año venidero, según lo autorizado por el Congreso Norteamericano, o sea 600 millones, y asimismo abonar la entrada de capitales privados actualmente estimados en 140 millones. Total 740 millones. Considerar en contra: la pérdida en el intercambio de más de 1.000 millones anuales, a lo que deben agregarse los intereses y la amortización que cada país debe pagar anualmente, por los préstamos que le han sido concedidos anteriormente. Resultado: más de 500 millones de dólares anuales en contra de Latinoamérica.

Sombrías reflexiones y...

A severas reflexiones obliga todo lo dicho anteriormente. Pero antes que nada es necesario establecer que uno de los factores más decisivos en la falta de desarrollo y capitalización de Latinoamérica proviene del carácter de su producción y la estimación que de ella se hace en los mercados internacionales. Los productos primarios y materias primas que exportamos son consumidos o empleados generalmente por los países industrializados y su potencia económica ha permitido que ellos puedan imponer precios que no guardan relación alguna con el esfuerzo de producirlos. A la inversa, estos países exigen valores mucho más altos por su manufactura, la cual debe Latinoamérica importar, ya que no ha podido industrializarse, tanto por falta de capitales para adquirir fábricas y máquinas, como porque el pequeño consumo de sus poblaciones, escasas por causa de la subdivisión en muchos países y sin poder adquisitivo, significa una elevación exagerada de los costos. El arduo y sacrificado trabajo de 8 o más horas diarias de un obrero que desarrolla funciones de carácter extractivo o agrícola, representa en su producción valores cotizados en los mercados dos, tres y hasta diez veces menos que el valor de ese mismo trabajo producido por un obrero industrial, ejecutado generalmente en condiciones más cómodas y saludables.

Esta posición tan desgraciada no puede corregirse sino a través, o de un acuerdo voluntario de precios que avalúe debidamente el trabajo humano conjugado con los capitales invertidos, o mediante la industrialización de la América Latina, lo que requiere la inyección de grandes inversiones o préstamos extranjeros, o por medio de la concertación de una verdadera Alianza de los países subdesarrollados para que la fortaleza de su unión sea capaz de enfrentar a los países fuertes e imponer los precios justos de sus productos. Mientras la actual situación continúe, no hay que soñar que organizaciones políticas en extremo defectuosas como las de Latinoamérica —y aunque lo fueran casi perfectas—, puedan anular la tendencia de diferenciación existente. Por el contrario, cada año esta separación será mayor; mayor comparativamente nuestra pobreza, y mayor la riqueza de los que hoy son fuertes, hasta llegar un momento en que la reacción social, ahora con sus ojos

bien abiertos, saltará la valla democrática para tentar una aventura, que no mejorará por cierto la condición de nuestros pueblos, pero nos hará entrar en una época de anarquía peligrosa para la civilización.

Cuando ya perdíamos las esperanzas en nuestro porvenir, el Presidente Kennedy, con impresionantes rasgos de gran estadista, hizo llegar a esta parte torturada e inquieta del mundo su palabra humana y decidida. Tuvimos ilusión de una contramarcha en el camino del barranco, pero no pasó mucho tiempo para observar cómo las circunstancias políticas o la ambición de voraces, pero ciegos intereses, se oponían a la intención del Presidente. Y mientras torrentes de dólares son gastados en propaganda de algo poco existente como es hoy día la Alianza, y 12.187 empleados de la AID, ya contratados en diciembre de 1962, consumen buena parte de la escasa torta, nosotros hemos quedado sumidos nuevamente en la desesperanza, si no en la irritación, ante lo errado de los procedimientos.

Kubitschek y Lleras Camargo han presentado soluciones destinadas a mejorar sin duda la parte administrativa de la Alianza para el Progreso. Parece evidente que sus ideas respecto al Comité Interamericano de Desarrollo son convenientes para una aplicación selectiva y justa de los préstamos, pero ¿qué se saca con disponer de organizaciones perfectas, si no hay nada o poquísimo que administrar? No me parece que se vaya con estas correcciones al fondo del problema, aunque sirvan para mantener un pequeño tiempo más la esperanza de quienes aún no la han perdido. La Alianza para el Progreso sólo ha servido para que una de las partes actualice con mayor rapidez; para que decida reformas que también sin ella podían haberse adoptado, tal vez con menos premura, pero con más estudio, y que hubieran asegurado resultados satisfactorios. Respecto a la otra parte, evidentemente es un moroso. ¿Y por qué es un moroso? Porque el Presidente Kennedy no ha dispuesto del poder suficiente para hacer triunfar en su patria sus grandes concepciones. El Presidente tiene un Congreso de mayoría adversa a la idea de ayudar. Los congresales no se atreven, porque ayudar es compartir y temen que esto no sea del agrado de sus electores, que pueden o no reelegirlos. Los directores de empresas temen que la ayuda les obligue a rebajar los dividendos y participaciones; y por último, una circunstancia desgraciada: el Presidente está ante una nueva campaña electoral cuyo éxito no es tan seguro como él lo desearía. Está en una época en que no hay que contrariar a nadie.

Pero ¿es éste también el pensamiento general del pueblo norteamericano?; ¿no habría tal vez un apoyo popular dispuesto a levantar de la miseria a sus hermanos de Latinoamérica, aunque ellos los vean como indios o subdesarrollados, como productores de cuartelazos o como incapaces de dirigir nuestras economías?; ¿se negarían a tendernos la mano y a sacrificar algo de sus comodidades para aliviar a nuestros pueblos? Para que consigamos mejor educación, para que haya más salud, más hogares alegres y no tugurios y así podamos formar obreros capacitados y conductores más prácticos.

...Necesaria senda

Yo conozco de cerca al norteamericano, porque guiando mi automóvil he recorrido en varios viajes casi todos sus Estados y nunca he encontrado raza más bondadosa ni mayor inclinación a la amistad con el extranjero. Por eso estoy seguro de que la Alianza para el Progreso agoniza por falta de organización interna en los Estados Unidos, y principalmente por desconocimiento general de las enormes diferencias existentes. Si sus habitantes las conocieran ayudarían, como los jefes de las propias organizaciones obreras lo han manifestado; y si el pueblo expresara su opi-

nión, los congresales opinarían también al igual que sus electores: que es necesario y humano ayudar; y el Presidente Kennedy podría así, sin oposición, realizar su ansiado sueño. Pero para esto es necesario exhibir nuestra situación a cada uno de los norteamericanos. Es necesario ir a la prensa, a la radio, a la televisión. Es necesario requerir la cooperación de los colegios, de las universidades, de las fundaciones, de los artistas y de los sabios. De otro modo, sin una campaña de esta índole y amplitud, seguiremos siendo desconocidos, pasto de los intereses creados, de los politiqueros y de los burócratas.

Muchos me dirán: pero si los norteamericanos ayudan; dan muchas becas, invitan a los parlamentarios y muy bien los atienden; son los primeros en acudir en una calamidad pública, y todo esto hay que agradecerlo, porque ¿quién los obliga a observar estas actitudes amistosas? Vale la pena contestar la pregunta: Todo esto es efectivo y debe merecer nuestro agradecimiento al igual que, como ya lo he dicho en otra ocasión, haría muy mal en no agradecer el pobre que recibe una pequeña aunque bondadosa ayuda de la dama multimillonaria. Pero nadie podrá negar que, obrando en todo caso de buena fe, ella actúa bajo una moral por demás deficiente, si la ayuda es mínima comparada con sus lujos y gastos innecesarios. Este zapato a muchos nos aprieta porque nos falta amor humano y nos sobran comodidades; y así son también muchos gobiernos como muchos de sus habitantes, sin que se den ni cuenta.

Si aceptamos que el Estado imponga tributos progresivos proporcionales a las fortunas, porque sobre un concepto de exagerado liberalismo priman las necesidades sociales, por lo menos las ínfimas, ¿de cuándo acá el hecho de que el hombre cree fronteras y que no exista una superautoridad internacional va a ser razón para abandonar la filosofía humanitaria y aceptar resignados que algunos países indefinidamente sean cada vez más ricos y lujosos, mientras son otros cada vez comparativamente más pobres, con deprimente exageración?

Por cierto que agradecemos emocionados el esfuerzo de las Fundaciones que nos proporcionan ayuda docente, técnicos competentes, abundante material para nuestros hospitales y alimentos para el pueblo. Por cierto que agradecemos la prontitud y esmero con que hemos recibido auxilio, cuando la catástrofe nos acomete. Por cierto que apreciamos el calor y la amistad con que los agentes diplomáticos se exceden de sus obligaciones en nuestro favor y muy especialmente la asistencia de tantos sacerdotes sacrificados de distintos credos, y laicos como los Cuerpos de Paz, que entregan sus desvelos para estar cerca de nuestros necesitados; mas no es ésta la proporción necesaria y urgente. Nunca se ha pensado que la sangre de los mártires debió absolver de culpa la acción de muchos emperadores romanos.

Respecto a Chile, en especial, parecería que mis palabras no correspondieran al trato muy favorable que se nos ha dado dentro de los reducidos límites totales de la Alianza, considerando por cierto las ayudas motivadas por el terremoto de 1960. Hemos obtenido las cifras más altas de los préstamos y también de las entregas efectivas —17,4 dólares per cápita contra un promedio de 5,5— en toda Latinoamérica. Esto también es debido a que con varios años de anterioridad a Punta del Este habíamos ya confeccionado providencialmente una planificación que ha sido considerada adecuada. Sin embargo, aunque la actual situación nos favorezca, no puedo dejar de pensar que si protestamos contra las enormes diferencias entre los países de escaso desarrollo y los países capitalizados, es necesario también considerar a América Latina como un todo y obtener, a través de una justa distribución, que la ayuda vaya en forma proporcional a las mayores necesidades de cada país. En el actual momento esto parecería perjudicar a Chile, pero debo insistir en que nuestro propio porvenir no está en aislarnos por contratos bilaterales de preferencia,

lo que puede aun producir resquemores, sino en hacernos fuertes mediante una unión para el progreso, basada por todos los medios posibles en un plano de igualdad y de justicia.

Pero bajemos nuevamente a nuestro problema inminente: ¿cuál es entonces la posible solución?

No creo que otra pueda ser que la pronta creación de un organismo latinoamericano con idéntica representación de todos los países, ya sea un Parlamento, como Felipe Herrera lo propone, o como debió ser la OEA, dedicada permanentemente al estudio y solución de nuestros problemas y no a reuniones esporádicas de viajeros ilustres. Un organismo de hombres de trabajo y conocimientos, cuya primera misión sería dar a conocer a todos los ámbitos nuestra verdadera posición y la inferioridad económica y cultural que nos cerca; y después convencer. Trabajar fuerte en este sentido, aunque algunos no quieran ver ni oir. Paralelamente buscar medios para que tan pronto como sea factible se produzca una verdadera integración latinoamericana. Y si así unidos aún no es posible obtener justicia en los precios, ni los capitales que son necesarios para un rápido empuje de nuestro desarrollo y la terminación de las lacras de vivienda, de educación y de salud que nos aquejan, cruzar los mares y transportar las montañas para proponer a todos los países subdesarrollados una Federación Económica que, de una vez por todas, defienda el precio de sus productos en los mercados internacionales y consiga una parecida valoración del trabajo humano.

Si dentro del plano nacional aceptamos la organización del sindicato para defender la clase trabajadora contra la despótica ley de la oferta y la demanda, nadie puede negarnos el derecho de acudir al plano internacional para defender contra el mismo error económico los intereses de las comunidades.

El alto carácter de estas proposiciones lleva por cierto consigo la necesidad de una reunión en la cima de todos los mandatarios latinoamericanos. No podrían ellos excusarse por sus usuales labores, en este caso subalternas, para dejar de concurrir a lo que puede ser definitivo.

Por el actual camino de sometimiento y mansedumbre estamos irremisiblemente perdidos. En cambio, los propósitos sugeridos deberían, a mi juicio, dar paso a la formación de una atmósfera más real, llena de luz y de justificada esperanza.

Jorge Edwards: De Flaubert a la Antinovela

EN LOS primeros años de la postguerra, Flaubert era el más atacado de los grandes maestros del siglo XIX. Era la época en que Sartre lanzaba el credo de la literatura comprometida, y Flaubert aparecía como el arquetipo del escritor sin compromiso. En las novelas de Flaubert el autor no interviene jamás; es una pura conciencia que registra con absoluta imparcialidad los actos de los personajes. Flaubert llevaba al extremo la fórmula stendhaliana del espejo colocado en un camino. Así lo había proclamado, con más perspicacia que los críticos profesionales de su tiempo, Baudelaire: con *Madame Bovary*, por primera vez, el autor desaparecía de la novela y le correspondía al lector una participación activa; se había producido una revolución en el arte de novelar y en el arte de leer.

En el último tiempo, el concepto de literatura comprometida pierde terreno y se vuelve, con nueva fraseología, a las viejas ideas de objetividad. El *nouveau-roman* francés se denomina también "novela objetiva"; junto con él, renace el culto flaubertiano. Una de las publicaciones literarias más importantes del último año ha sido la edición del primer borrador de *La Educación Sentimental*. A ello se agregan numerosas nuevas ediciones de las principales obras de Flaubert, sobre todo de *Madame Bovary* y de *Bouvard y Pecuchet*.

A la vez, se produce una completa revisión de la imagen tradicional que se tenía de Flaubert. Y, precisamente, la idea del escritor impasible, devorado por la obsesión enfermiza de la perfección formal, empieza a debilitarse... Sucede que la primera versión de *La Educación Sentimental*, realizada en muy corto tiempo y casi desprovista de correcciones, está admirablemente escrita. Y el *Bouvard y Pecuchet*, obra póstuma que el novelista no alcanzó a corregir ni terminar, pasa a ocupar un lugar especialmente destacado dentro de la apreciación de los críticos.

Por lo demás, la imparcialidad de Flaubert es paradógica. Ningún escritor del siglo XIX aborreció con mayor pasión la mediocridad de su tiempo; nadie puso en tela de juicio con igual virulencia a la sociedad de la época. Las acusaciones declamatorias de Víctor Hugo no tienen la eficacia de algunas frases lapidarias, aparentemente ingenuas, de *Bouvard y Pecuchet*. Cuando Pecuchet, cogido por uno de sus momentáneos entusiasmos, recoge datos para redactar la biografía del Duque de Angulema, resultan, sin que Pecuchet se dé cuenta pero con perfecta conciencia de Flaubert, las dos páginas más sarcásticas y destructoras que se hayan escrito sobre el régimen monárquico. Aparte de que muchas opiniones que son tácitas en las novelas son explícitas en el admirable *Diccionario de las Ideas Recibidas*, que merece más difusión de la que ha tenido hasta ahora.

Si la objetividad puede tener efectos paradójicos, el compromiso también. Hace poco, en un Congreso internacional de escritores, Claude Simon tomaba la defensa de la nueva novela francesa frente a los partidarios del realismo socialista; sostenía que el ámbito de la novela es limitado, que el novelista no puede aspirar a dar fórmulas para resolver todos los males de la sociedad y que, cuando el novelista se ciñe

a su tarea, puede lograr, por añadidura, un impacto que va más allá de lo literario. Los autores del realismo-socialista, al rehuir las tareas propias de la novela, serían en el hecho los creadores de una literatura de evasión, desconectada de la realidad. Es decir, para Claude Simon el realismo socialista sería, en el verdadero sentido de la palabra, reaccionario.

Los nuevos novelistas franceses son hábiles en la polémica, defienden con mucha sutileza sus procedimientos literarios. Sin embargo, ese propósito expresado por Claude Simon de reducir el terreno propio de la novela es útil para definir lo que escriben. Muchas de las novelas del *nouveau-roman* dan una impresión de limitación sofocante. Las técnicas suelen caer en el automatismo. La objetividad permitía a Flaubert incorporar en la novela una visión más amplia del mundo real; en estos escritores se transforma a menudo en anotación árida y fatigosa. Sin embargo, ellos han suscitado una revisión de las nociones tradicionales sobre novela, de las "ideas recibidas" sobre el género, que sin duda es saludable. Y han abordado a los viejos autores con un criterio original, desprovisto de prejuicios.

Jorge Bande: "Adán ¿dónde estás?"

Profesor de Historia de la Cultura de la Universidad de Chile.
Miembro Académico de la Facultad de Economía y Comercio

SEÑOR Rector de la Universidad de Chile, señor Rector de la Universidad Católica de Chile, señores Decanos, señores Profesores, mis queridos alumnos, señoras y señores.

Expreso mi gratitud a la Hon. Facultad y a cada uno de sus miembros por haberme conferido tan alta distinción.

Profundamente emocionado veo que tantos de mis amigos hayan querido acompañarme esta tarde, cuando en circunstancias tan solemnes contraigo una nueva deuda con la Hon. Facultad y con la Universidad a las que ya debo, fuera del alto honor de pertenecer a ellas, la tranquilidad que llevo en mi espíritu, la tolerancia que llena mi corazón y el estimulante diálogo de cerca de un cuarto de siglo que mantengo desde mis cátedras con esta eterna fuente de incitaciones que es para mí nuestra juventud académica.

Mi vida, dentro del mundo universitario y sus extramuros, se ha desarrollado a la vista de la mayoría de Uds. Nutriéndose el espíritu en las fuentes de la Universidad y basándose la acción en el equilibrio así adquirido he andado un largo trecho en Universidad y práctica, por el camino que me señaló mi preparación de jurista y economista. Pero de repente, usando la metáfora de Dante, "a la mitad de andar de nuestra vida" experimenté una metamorfosis que me permitió salir de la "selva obscura" y me indicó la "vía verdadera".

La selva obscura era la desolación que sienten hoy muchos hombres en un mundo especializado, donde reina la técnica y la "diritta via", era el camino de regreso hacia las humanidades académicas. Este retorno ocurrió hace años cuando primero comencé a estudiar y después enseñar Historia de la Cultura.

Es un fenómeno notable en una Facultad que durante décadas ha formado especialistas de alto nivel, introducir una cátedra esencialmente humanística. Se procedió así porque nos dimos cuenta que, al haber logrado crear una facultad científica de renombre internacional, debíamos proseguir en la consecución de una nueva meta: inculcar en nuestros alumnos que las verdades económicas no pueden sostenerse sin estar construidas sobre las verdades perennes de un humanismo que sea común en toda la Universidad. Sólo de esta manera es posible formar profesionales que, a la vez de ser diestros especialistas, sean hombres completos y verdaderos universitarios. Esta nueva tendencia ha sido sostenida por el Decano señor Luis Escobar con el más profundo convencimiento, a quien agradezco especialmente su cariño de haber propuesto el nombre de su antiguo maestro para tan alta distinción y por aquel ilustre humanista, a quien tanto debe la formación de mi espíritu, hasta ayer nuestro Rector, Juan Gómez Millas.

Aquí tenéis la razón por que escogí un tema en que, estrictamente, podría ser calificado como dilettante. Pido que vuestra indulgencia me conceda la acepción que tiene esta palabra en francés y alemán "amateur" y "Liebhaber" conceptos que indican la preponderancia de una relación de cariño entre autor y tema. Esto me

permitirá hasta cierto grado compensar la falta de erudición que es la causa de que en esta disertación se planteen muchas más preguntas que respuestas.

La primera interrogante es la del título que fue formulada, según se cuenta en el Génesis, cuando Adán habiendo comido del fruto prohibido, se escondió con su mujer entre los árboles del paraíso de la vista de Dios. Era esta la primera actitud del hombre después de haber ganado su individualidad.

Y la pregunta sigue en pie, todavía se oye la angustiada voz del Creador: Adán, ¿dónde estás?

• • •

No hay duda que la cultura occidental ha conseguido por medios racionales dominar la naturaleza y ha llevado el encauzamiento de sus fuerzas a una perfección nunca soñada. Parecería ser que a través de la técnica todo fuera dominable y es así como ella aparece como la mayor conquista del espíritu humano.

La técnica se dice estar al servicio del progreso material cuyas manifestaciones son iguales en Oriente y Occidente: el culto a la máquina y el empirismo científico, económico y social.

El progreso económico y técnico representa: posibilidades de proveer a las masas con habilidades, bienes y confort que antes sólo eran alcanzables para una minoría, representa una distribución más racional de la energía y, consecuentemente, el desarrollo potencial de todas las regiones; crea velocidad que permite interacción entre mercados alejados y el ensanchamiento del radio de acción de cada cual. El progreso extrae al hombre de lo restringido de su aislamiento y lo coloca dentro de un plano de monumentalidad. En esta nueva dimensión la diferencia entre los hombres será cada vez menor y así marcha la humanidad con pasos firmes hacia la igualdad social, económica y política. El adelanto científico y biológico permite al hombre reducir considerablemente el terror a la muerte y descubrir nuevos horizontes escatológicos cuya idea central es la supremacía de la sociedad. Se reemplazan además las especulaciones filosóficas que muchas veces conducen a la humanidad a actitudes de incalculables consecuencias, ya que sus metas son lejanas por la exactitud de apreciaciones de nuevas ciencias sociales que tienen fijada su vista a la practicabilidad inmediata de sus doctrinas.

Pero nadie pregunta, en el camino ascendente del progreso, en esta marcha hacia adelante ¿qué es lo que queda atrás?, ¿qué es lo que abandonamos a medida que progresamos?, ¿qué es lo que cae en el olvido a medida que experimentamos nuevas sensaciones?, ¿qué se sacrifica en los altares del progreso y quién es su víctima?

El fundamento cultural de nuestra sociedad industrial de masas, choca con un principio económico. La aspiración es sin duda disponer sin restricciones de posibilidades ilimitadas, mientras que la economía no permite ir más allá que emplear recursos escasos para fines múltiples. Para lograr esto último las instituciones al servicio de la cultura material emplean como métodos la planificación en las decisiones alternativas y el establecimiento de prioridades en la satisfacción de las necesidades (aspecto económico) y una carrera en la subyugación de las fuerzas de la naturaleza (aspecto tecnológico). Tratándose de necesidades de una sociedad de masas, todo converge, como es natural, a aumentar las dimensiones y, por lo tanto, paulatinamente lo "cuantitativo" reemplaza a lo "cualitativo" y lo "colectivo" a lo "individual".

La primera víctima del progreso es el individuo que queda absorbido por las masas. Se transforma en engranaje de un sistema en que más importa la cercanía de él a las fuentes de energías materiales que a las fuentes de la energía moral.

La cultura, que antes sólo se podía adquirir a base de una larga educación y un repetido proceso de trascendencia individual, ha dado origen a una industria más. Su alta función social —según el sociólogo belga *Jean Amery*— ha sido relegada y reemplazada por su función dentro de un mercado donde se transan hoy, según las mismas reglas de compra y venta de mercaderías, los bienes culturales. Ya no es el individuo que trasciende hacia ellos, sino que la cultura ha descendido hacia las masas. Con esto perdió su característica de ser identificadora de una élite que, basando sus prerrogativas en el privilegio de una alta cultura, dio estabilidad y esplendor a una sociedad rica en bienes espirituales. Hoy, en cambio, las masas de la sociedad industrial someten la "mercadería cultura" al desequilibrio propio de las reglas económicas que rigen un mercado.

La nueva industria de la cultura, busca el éxito porque así venderá más y no pretende ser más guía y espíritu unificador de la sociedad. Macbeth ya no representa la tortura por el ansia del poder, sino es simplemente "el malo de la película" y los celos de Otello hacen visualizar por las masas, a un simple "sex-murder" perpetrado por un negro en una menor. La cultura es comprable en cada esquina en la cantidad requerida. Dibujos animados traducidos a todos los idiomas, escogen como temas, con igual facilidad las guerras púnicas, como la vida de *Copérnico* o de *Galileo*. Los rostros feroces de los subdesarrollados cartagineses contrastan con la serenidad de los romanos que alcanzaron ya la plenitud económica. *Copérnico* en su observatorio, estilo Cabo Cañaveral, parece dar la partida a un cohete y *Galileo* ante una especie de Comisión Investigadora, se decide al final a pedir disculpas porque la tierra se sigue moviendo.

Escritores menos que mediocres, como *Françoise Sagan*, porque el título de su libro "Bonjour Tristesse" tiene sabor a un tango, suben a la fama mundial; libros que nada tienen de extraordinario, como el "Doctor Zhivago", se colocan entre los más leídos de la época por razones exclusivamente políticas; formas de expresiones artísticas extrañas conquistan en un momento millones de adeptos, venden sus obras por fortunas y llenan exposiciones y salas de concierto; sistemas de pensamiento ininteligibles para las masas, remozados y vestidos con ropaje ligero, como el existencialismo, influyen en la moda y la conducta. El *réclame*, la propaganda, los *slogans* creados por un mecanismo de ventas que trabaja en "profundidad" la "penetración masiva" mantienen por algún tiempo la demanda constante y cuando ésta se retracta "persuasores ocultos" levantan nuevos astros. Esta es la misma promoción que pone en marcha anualmente cientos de miles de norteamericanos al Continente Europeo y millares de turistas europeos de un país a otro, prometiendo un apacible juego de golf a la sombra del Acrópolis a los ricos y un picnic en el Anfiteatro de Epidauros a los de escasos recursos.

La pregunta es: ¿qué se ha ganado? Se sostiene que esta industria cultural ha unido el mundo occidental. No hay duda de que el hombre común de la sociedad industrial, tiene una visión que le da la posibilidad de abarcar un vasto campo cultural, pero no por esto comprende mejor el mundo que vive, ni por esto se siente más atraído a sus semejantes. La cultura de masas comprable por entrega, el cosmopolitismo de los consumidores de la cultura, no llena ninguna función social, parece no tener ninguna finalidad y sólo conduce a un déficit de las fuerzas impulsadoras de la integración, a un sentimiento de soledad como lo muestran las películas de *Antonioni*, una interrupción de los contactos humanos y una deformación desarraigadora de las bases tradicionales de la sociedad, como lo podemos ver en los dramas de *Osborne*, *Dürrenmatt*, *Ionesco*, en el Cónsul de *Menotti* y en la Dolce Vita de *Fellini*. La colectividad creada por el usufructo común de una serie de comodidades, el vocabulario cultural de las masas que no abarca más que unas docenas de pala-

bras, en que marcas de automóviles se alternan con nombres de artistas de cine y jabones de afeitar con la denominación de nuevos generadores de energía, jamás tendrá la aptitud de ser forjadora de una nueva tradición. El vacío creador alrededor de la antigua élite académica, que no basa su pretensión de clase dirigente en la fortuna ni en el poder sino en su constante contacto con las fuerzas civilizadoras, está haciendo cada vez más difícil que Occidente produzca nuevas ideas en torno de las cuales puedan ser reagrupadas sus fuerzas. Esto reviste gravedad, en momentos cuando nace un continente entero a la vida civilizada —Africa— cuando un mundo de cultura antigua —el árabe— despierta de un largo sueño y cuando en la sociedad soviética, un poder central substituye por la mano del dictador las fuerzas vivas de una cultura de élite contraponiendo un colectivismo abarcador a nuestro menguado individualismo occidental.

• • •

La actual era científica, consecuencia directa de la curiosidad del hombre, despierta a conciencia en la antigüedad grecolatina. *Robert Oppenheimer* no excluye la posibilidad de que la "revolución científica y los grandes cambios que ésta causa en nuestra época habrían podido anticiparse, si el mundo griego, helenístico o romano no hubiera sido una comunidad pequeña".

Distinta es la situación hoy dentro de una sociedad que abarca miles de millones de hombres y que cuenta con los mecanismos que facilitan la intercomunicación de los científicos. A través de estos sistemas, la velocidad de lo "acumulativo" ha cambiado y es así como afirma *Oppenheimer* que "el conocimiento científico se duplica cada 10 años" y la proporción de los "científicos actualmente vivos y los que han vivido en todas las épocas es del 93% a favor de los primeros".

La circunstancia de que el desarrollo científico reciba su impulso de la existencia de una sociedad compuesta de grandes masas, es causa de fuertes cambios. Las ciencias hasta principios del presente siglo han florecido en un mundo pequeño y apartado. Lo grande en este pequeño mundo era que estaba en comunicación con la existencia e idea de un Todo. Bien dice *Friedrich Herr*, historiador de la Universidad de Viena: "durante un milenio trabajaron los más grandes espíritus de Europa en pequeñas celdas de monasterios, en estrechas piezas de estudio, adoraban como los romanos sus pequeños dioses caseros, miraban como los griegos con ojos ávidos al cosmos, pero laboraban por su pequeña *polis*, sin la gigantonomía de buscar pseudo monumentalidad y sin el delirio para transformar agrupaciones de hombres en grandes potencias".

¡Qué verdad! Las pequeñas celdas y estudios repartidos por toda Europa durante la Alta Edad Media han formado efectivamente, a pesar de su separación, un circuito cerrado. El árabe *Averroes*, el judío *Moisés ben Maimon* y el cristiano *Santo Tomás de Aquino* en una de las hazañas espirituales más importantes de la humanidad, lograron separar desde estos lugares, la religión, la ciencia y la filosofía, habiendo unido así al disperso mundo de intelectuales, en la encrucijada de tres caminos en que cada uno podía escoger el suyo.

El mundo del científico de hoy sigue siendo espiritual y trata de no perder la intimidad de los contactos en el plano de su grandeza. La comunidad estrecha creada por la búsqueda de la verdad en equipo no perturba necesariamente las mentes individuales, la facilidad del diálogo científico compensa hasta cierto punto la disminución de la posibilidad de una meditación aislada y las comodidades de investigación substituyen la fuerza educadora de la austeridad.

La vinculación con el todo, que es la que se ha perdido en la marcha hacia adelante, se hace sentir más en el plano del desarrollo técnico que en el científico.

•
• •

La física, las matemáticas, la biología miran hacia el infinito. La técnica, en cambio, dirige su vista hacia lo inmediato, hacia lo realizable a corto plazo. Mientras que el ejercicio de las ciencias eleva al hombre a través del espíritu a alturas en donde el concepto de lo sabio se confunde con el de lo humano, las técnicas como instrumentos para vencer la adversidad del ambiente se desarrollan en una absoluta neutralidad de valores. Ellas se mueven en la planicie convulsionada de la acción. Los hombres a quienes forman no se interesan por el "todo" sino por la "parte" —su vinculación entre sí no es "espiritual" sino "profesional" o "gremial", su libro básico no comienza con las palabras "Teoría General de", sino con "Manual para" y su fuerza no es el "knowledge" sino el "knowhow".

Estos son nuevos hombres. Un grupo con aspiraciones de reemplazar la élite espiritual antigua: los técnicos.

La técnica es indispensable para nuestro presente y futuro, sin ella la humanidad no podrá sobrevivir. Sin embargo, su supremacía pone también en juego su futuro. El hombre a través de ella se ha transformado en una máquina. Lo aterrante es el hecho de ser la máquina y no el hombre la que prima en los nuevos procesos de producción. Más aún, el hombre es parte de la máquina. La atormentada pregunta agustiniana "¿Quid ergo sum deus meus, quae natura mea?", recibe la respuesta del "hombre stajanovista" o del "hombre fordiano" en aquel "feliz mundo nuevo" a que nos va encaminando la "era técnica". La visión administrativa de *William Whyte* sobre el "Organization man" —crea una situación según la cual el hombre es "señor y víctima de la Organización". En lo político la concepción *orwelliana* de 1984 anticipa los horrores de una vida en que la guerra se transforma en una necesidad técnica para mantener en plena capacidad la producción del mundo, cuyos destinos rige con indiscutida autoridad el Hermano Mayor. En la vida de la sociedad los "nuevos hombres" rompen con las "barreras invisibles" y *Vance Packard*, que aunque sea un divulgador de una sociología barata, acierta cuando sostiene que los buscadores de un más alto *status* no reconocen el indiscutible derecho de encontrar aislamiento de la antigua élite y los invaden en sus últimos reductos. La cibernética que a través de la automatización y con ayuda de una mecánica de precisión crea robots que incluso pretenden tener inteligencia, está evocando espíritus del "aprendiz de mago", de *Goethe*, a quienes a la postre nadie podrá domesticar. El escultor del futuro cuando quiera representar la concentración en intensa actividad espiritual se inspirará en uno de estos esbeltos autómatas como réplica de la era técnica a la decadente estatua del "Pensador", de *Rodin*.

La era industrial y técnica ha transformado incluso a la Universidad —dice *Karl Jaspers*— "de una Universidad de personalidades a una Universidad de masas". Las profesiones académicas en la práctica también están subordinadas a la idea de la multitud. La mayor comodidad de disponer de una gran cantidad de conocimientos y la expansión extraordinaria del saber disimularon por un tiempo el retroceso espiritual. Con la pérdida del humanismo se perdió el ambiente común. El que era espiritualmente un bárbaro —concluye *Jaspers*— "pudo brillar como buen profesional".

Se olvida, pues, poco a poco, la interdependencia del espíritu y la técnica, los que sólo juntos pueden extraer al hombre de su actual desorientación. El destino de la humanidad será el fracaso si no logramos convencernos que si bien es cierto

que el espíritu sin técnica sólo podrá edificar castillos en el aire, la técnica sin espíritu jamás puede significar progreso, sino un vacilante tanteo en una profunda obscuridad.

* * *

La era técnica es esencialmente antihistórica. Esto lo hace contrastar aún más con el siglo XIX en que la Historia era "magistra vitae". El antihistoricismo no debe entenderse como disminución de las ediciones de temas históricos, sino adquiere un significado mucho más profundo.

"La Historia, como dice el Director del Instituto Max Planck de la Universidad de Göttingen, *Hermann Heimpel*, recuerda al hombre su dependencia de la naturaleza y, por lo tanto, actúa como motivo antihistórico en un mundo en que se ha logrado un dominio técnico avanzado sobre las fuerzas naturales". Parece que el olvido de la inseguridad manifestada a través de la historia nos diera en sí un sentimiento de seguridad.

Más aún, la aspiración a la igualdad social de los componentes de las masas contrasta con la tradición que distingue las clases sociales históricas. Por lo tanto, la divisa es: hay que olvidar la tradición y olvidar es antihistórico. La posesión de una cultura elevada que une la élite a través del mundo entero alrededor del respeto de los tiempos pasados se opone a las aspiraciones de la nueva clase técnica para quien apenas se ha abierto "el presente" y el presente sin vinculación al pasado es antihistórico. La pregunta nostálgica de *Villon* por las nieves de antaño, parece ya no tener resonancia en nuestra época.

Antihistórica es también la creación de nuevas naciones, las que en las organizaciones mundiales, a base de la doctrina jurídica de la igualdad de soberanía se integran, sin necesidad de tener historia, con las naciones históricas. Su meteórica trayectoria de la prehistoria a la era técnica, sin duda alguna es un fenómeno antihistórico. Aún más, dichos países actuando en bloques pueden, en un momento dado, obtener la aceptación de sus puntos de vista, lo que demuestra que no se necesita poseer un pasado histórico para intervenir sistemática y decisivamente en la historia.

El antihistoricismo acarrea graves consecuencias. Una sociedad sin memoria está expuesta a repetir errores y está propensa a creer que su época es como la culminación de los designios del género humano. Citamos nuevamente a *Heimpel* "si el cuidadoso, el responsable y el de alta cultura no puede comprender las enseñanzas de la historia, sacará por él las conclusiones el incompetente, el ignorante y el inconsciente".

El desprecio por el pasado transforma la valoración con que nuestra época dispensa al hombre que sobresale, al héroe. Suelen llamarse nuestros tiempos la época del hombre común. Esta es una partícula desprendida de las masas. No lo distingue exteriormente ni la toga pretexta, ni el penacho y la espada, ni el sombrero de copa, guantes y bastón. Su lenguaje carece de elegancia, sus hábitos de refinamiento y su campo de acción no está situado en las atalayas de los fuertes, ni en los campos del torneo, ni en los salones literarios, sino en las torres de observación, en las canchas del deporte y en los petitcafés.

Esto en sí es una evolución lógica, inobjetable y acorde con todos los fenómenos económicos y sociales de la época. Tampoco hay duda de que los conflictos de Willy Loman, el vendedor de *Arthur Miller* son igualmente trágicos y llevan a los espectadores a la misma *khatarsis* que la *hybris* del hombre aristocrático en la tragedia griega.

La distorsión comienza en el momento en que el hombre común, sea por sus dotes, o llevado por las circunstancias, emprende el camino hacia la notoriedad. En los tiempos pasados cuando los héroes vivían en un mundo vecino a los dioses, la excelencia se alcanzaba por el esfuerzo individual, el concepto del *arete* griego y jamás significaba menoscabo el fracaso de la empresa. Leonidas en Termópilas, Sócrates con la cicuta en la mano, Icaro con la cera de sus alas fundida y esta única mujer, Antígone, en su tumba de piedra, alcanzaron justamente la más alta cima de su heroísmo. Hoy en cambio, el hombre común sólo puede convertirse en héroe si su empresa tiene éxito. El piloto de pruebas, el corredor de automóviles, el hombre del espacio —héroes de la velocidad—, el constructor de rascacielos, diques y oleoductos —héroes de la técnica—; el economista del desarrollo y el banquero internacional —héroes de las finanzas—, el actor de cine, el creador de modas —héroes de la publicidad—, el gobernante o conductor de ejército —héroes de la política—, sólo alcanzan la excelencia si su empresa resulta; de lo contrario les espera la mofa del populacho, la ignominia y el olvido.

El antihistoricismo, pues, termina con la veneración de aquellos hombres que haciendo historia o luchando contra la historia, enriquecen la humanidad con su ejemplo y nos enseñan que no son la casualidad ni la fatalidad los que gobiernan nuestros destinos. Priva, por lo tanto, a la generación actual del temple necesario para soportar la adversidad y de sentir el hálito de la grandeza en el fracaso. Esto conduce a *contrario sensu* a la admiración del fuerte, al halago del poderoso y a la apoteosis de "hombres providenciales", siempre que su dictadura tenga éxito.

•
• •

A pesar de todo lo antedicho, cuya esencia era demostrar lo que deja atrás la humanidad al progresar en el campo científico, técnico, económico y social, el hombre tendrá que caminar con pasos firmes hacia adelante. Debe seguir arrancando nuevos conocimientos, descorrer más velos de los secretos que la naturaleza ha escondido y conquistar nuevos terrenos en la contienda que libra contra la desigualdad social y económica. Aún más, deben ser previstas las necesidades de siete mil millones y medio de hombres que se calcula vivirán en el año 2000. Sin un ulterior progreso de la ciencia y técnica y sin el concurso de los especialistas, por lo tanto, la subsistencia del hombre será problemática.

Científicos de categoría como *Heisenberg, Pregel* y *Oppenheimer,* advierten con constancia y convicción que es necesario reeducar a las masas para que "permanezcan abiertas a lo que sobrepasa la especialidad y concierne al destino de toda la humanidad". Esta clara posición desconcierta a los forjadores de la era técnica quienes se preguntan ¿cómo es posible que volvamos a las inquietudes de *Erasmo,* que los *beaux-esprit* estilo siglo diecinueve nos distraigan del perfeccionamiento de la cultura material y que la nitidez de lo concreto se disuelva en la turbia visión de un vago todo? Sin embargo, cada vez más voces claman por un nuevo humanismo que desarrolle la posibilidad de que cada cual trascienda sus propias limitaciones y entre en diálogo con los otros seres humanos y con el mundo que lo rodea, capacidad que *Max Scheler* identifica con el espíritu y sobre la cual *Martin Buber* dice estas bellas palabras: "El espíritu está repartido en todos los hombres en chispas, en algunos que la llevan muy profundamente se transforma en llamas y, de tiempo en tiempo, en algunos lugares, estas llamas estallan en verdaderos incendios espirituales".

El renacimiento del humanismo que es la respuesta al desequilibrio causado por la sociedad de masas y de la era técnica en el alma y mente de los hombres debe

llegar a una irradiación tan poderosa que sea omnipresente en nuestra sociedad. Esto sólo se puede alcanzar a través de una sistemática educación.

La formación humanística para que sea capaz de educar hombres completos —diestros en su especialidad y de una visión total en el ancho horizonte del campo de la cultura— debe basarse en la exaltación de los valores que cree el diálogo ininterrumpido entre los hombres, en el respeto de la individualidad, en la inseparabilidad de la idea del progreso de las partes de un todo y en la supremacía del espíritu sobre la materia.

Es paradójico, pero cierto, que a medida que el mundo progresa en lo científico y lo social la soledad del hombre aumenta. Se inició este sentimiento de abandono en el momento que *Copérnico* hizo caer las macizas columnas en que descansaba el techo con el cual el hombre se protegía y éste quedó expuesto a las alternativas del Universo. La soledad cósmica se ha transformado en social en el momento que los nuevos organismos postindividuales como el gremio, la organización sindical y las colectividades políticas no eran capaces de suprimir la sensación de abandono que en ellos siente el hombre y reemplazar el cálido humanismo de las comunidades paralelas con el individualismo como la familia, la vecindad y la comunidad religiosa que paulatinamente se han debilitado. Para restituir las vinculaciones entre los hombres y para tender un puente sobre el abismo que los separa, es necesario construir una "Civilización del Diálogo". "Esta —dice *Robert Hutchins*—, tiene la comunicación como esencia. La Civilización del Diálogo sólo presupone mutuo respeto y comprensión, no presupone acuerdo".

Para que el diálogo pueda generalizarse en nuestra sociedad no es a las masas a quien hay que recurrir. Hay un solo camino: educar a los individuos.

La educación de la masa como tal no conduce a ningún diálogo, sino a la repetición en coro de consignas partidistas, de *slogans* de diferentes ideologías, de cantos marciales o divisas de propaganda. En la formación del individuo la tarea es de proveerlo con el pleno conocimiento de la tradición humana y permitirle que así, al trascender sus propias limitaciones, halle en el otro hombre sus mismas condiciones, dignas de interés y respeto, merecedoras de una profunda tolerancia y que reconozca en todo ser humano, dentro de su extrañeza, majestad que lo eleva a un plano de suprema dignidad.

Será este nuevo humanismo el que extenderá el diálogo en la era técnica y mantendrá intactos los atributos del individuo en la sociedad de las masas. Creará un equilibrio entre los requisitos prácticos de una dura lucha por la subsistencia y entre un mundo en que la música, la poesía, la filosofía y la historia llenen la vida con su satisfacción y encanto.

Jacques Barzun, analiza la razón por qué la enseñanza de las *litterae humaniores* permite la formación de una sociedad peculiarmente humana. En resumen, dice; "Las humanidades no necesariamente son una medicina para el individuo. La Ilíada no trata propiamente sobre la paz mundial —el Rey Lear no muestra el hombre ejemplarmente equilibrado y Madame Bovary no enseña el empleo juicioso del tiempo de ocio. Un buen libro nunca ha evitado una mala acción y una bella sonata, un comportamiento necio. Es en vano prometer felicidad personal o armonía social como subproducto del estudio de los personajes de Shakespeare o como premio de excavar en los cerros de Mesopotamia".

"No obstante, las humanidades académicas —prosigue *Barzun*— tienen una función indispensable como organizadores de la gigantesca herencia de nuestra civilización. Sin la labor continua de nuestros humanistas no viviríamos llenos de vigorosas tradiciones, sino nos arrastraríamos a través de una buhardilla llena de reliquias arrumbadas e incomprensibles. Sin aprender la juventud nombres y fechas, sin conocer el

significado de épocas pasadas, en menos de diez años nos sumergiríamos en un feudalismo intelectual. Grupos locales mantendrán cultos particulares a base de la tradición oral o de algunos libros de efímera significación y leyendas locales reemplazarán lo que hoy llamamos conocimiento común. La gran hazaña de aprender sufrirá un colapso dejando al individuo a merced de encuentros casuales, obligados a contar sólo con sus propios recursos, como supervivientes de una invasión de bárbaros".

Es infructuosa la discusión sobre qué es lo más importante para el hombre, la individualidad que lo distingue o la capacidad de asociación que lo integra dentro de la vida social. Pero, es cierto que el individuo es irremplazable, ya que sólo su acción y pensamiento abren nuevos horizontes para los designios de la sociedad y sólo su talento es capaz de nuevas creaciones. Pregunta *Whitney Griswold* "¿Habría podido ser Hamlet escrito por un comité, Mona Lisa pintada por un club? ¿Habría sido posible idear al Nuevo Testamento como conclusiones de una conferencia? Ideas creadoras no emanan de grupos. Se originan en individuos. La chispa divina pasa del dedo de Dios al dedo de Adán".

El respeto a la individualidad es concordante con la idea del todo, con el dominio completo del presente en toda su polícroma realidad, presente que, no obstante, se proyecta hacia el pasado y futuro, como un moderno templo de Jano, erguido sobre las firmes rocas de la vivencia total de una bien cimentada contemporaneidad. Dentro de la idea del todo la individualidad contribuirá a la mejor comprensión de las corrientes profundas y, a veces invisibles, de asociación que conducen a una convivencia social más estrecha. Sin ella el hombre se perdería en su trayectoria y las masas no llegarían a ninguna parte sino que darían vueltas sin destino sobre la plataforma giratoria de un carrusel montando sus caballos grotescos y rodeado de un paisaje que jamás varía.

Louis Pauwels y *Jacques Bergier*, en su libro "Le Matin des Magiciens", dan un ejemplo cómo sólo la idea del todo permite comprender el mundo actual.

"Un caballero de las cruzadas de retorno entre nosotros, preguntaría inmediatamente ¿por qué no se utiliza la bomba atómica contra los infieles? Menos se sorprenderá de nuestros adelantos técnicos que del hecho de que una mitad del Santo Sepulcro todavía la tienen los infieles y la otra los judíos. No le sería posible comprender cómo una civilización rica y poderosa no consagre sus recursos a la gloria de Jesús. Se le hablará de la mejora del nivel de vida de todos los hombres, de la justicia, de la libertad y de la personalidad humana. El Caballero responderá, Justicia, ¿para qué?, Libertad, ¿para qué?, Personalidad humana, ¿para qué?. En esta disyuntiva la única cosa que nos queda para hacer entender a nuestro Caballero la civilización de hoy como una cosa digna es mostrarle el mundo en marcha, la inteligencia en marcha, como una formidable nueva cruzada, como un todo. La tarea es otra vez la de liberar el Santo Sepulcro: el espíritu retenido en la materia y echar atrás a los infieles: todo lo que es infiel al infinito poder del espíritu. Siempre que se trate de una religión, que exprese todo lo que liga al hombre a su propia grandeza y dicha grandeza a las leyes del universo. Habrá que mostrarle un mundo en que los ciclotrones son como las catedrales, donde las matemáticas son como un canto gregoriano y donde las transmutaciones no sólo operan en el seno de la materia sino en el cerebro, donde las masas humanas de todos los colores se ponen en movimiento, donde el diálogo del hombre hace vibrar las antenas en el espacio cósmico y donde el alma del planeta despierta a una nueva vida.

Comprendido esto nuestro caballero seguramente no desearía retornar más al pasado".

El humanismo y la comprensión de las cosas del mundo como un todo, ayudarán

al hombre a salir triunfante algún día de su actual triple derrota; frente a la técnica que lo mantiene esclavizado; frente a los procesos económicos en que la escasez de recursos no alcanza a la consecución de fines múltiples, y frente a la política en cuyo campo los hombres, al transferir su destino individual, se entregan a poderes que a la postre les es imposible controlar.

Todo esto embellecerá la vida y permitirá que el espíritu humano, por dura que sea la época, se nutra de la armonía y de la ternura de lo trascendente. Vuestra presencia aquí, señoras, me hace creer que así será y que las Roxanas del futuro seguirán besando en los labios del apuesto y eficiente Christian, las palabras de Cyrano de Bergerac.

Imre Madach, escritor de mediados del siglo pasado de mi natal Hungría, en un drama titulado *La tragedia del Hombre*, ha expresado con maestría lo que él cree es el destino de la humanidad. Adán, representando la grandeza individual, al ser expulsado del Paraíso pide a Lucifer, ser originario de desafiante negación, que le muestre la futura trayectoria de sus descendientes. Lucifer, en sueño, lo lleva a Egipto, donde mueren millones por uno: el Faraón; a Grecia, donde uno, Miltiades, perece por los miles de la *polis* como víctima de la democracia; a Roma, donde una sociedad decadente ya no es capaz de resistir las nuevas ideas; a Bizancio, donde la religión cristiana está destinada a desaparecer por estériles discusiones religiosas. Como Kepler, descubre los enigmas de los cielos pero vive en un infierno por la infidelidad de su mujer; como Danton sube, al son de la Marsellesa, por las escalinatas de la guillotina en holocausto de una revolución que devora a sus propios hijos. Lo encontramos en la Feria de Londres, expresión del alto capitalismo de la nueva sociedad burguesa; en el falansterio, encarnación de la vida colectiva, flotando en el espacio cósmico tratando de liberarse de la tierra y, finalmente, donde los esquimales que representan el regreso a la prehistoria. En la serie de desengaños no queda ninguna gran idea a salvo. El círculo se cierra. Adán está maduro para el suicidio. Habiendo experimentado el fracaso del querer de los hombres, desea destruir para siempre el género humano. Pero abandona su intención al oír la voz del Creador: He dicho —¡Hombre, lucha! y ¡confía confiado!

Raúl Aicardi L.: La Televisión en Chile

I. *¿Qué justifica su existencia en nuestro país?*

HASTA HACE dos años éramos uno de los pocos países civilizados del mundo que aún no contaban con la televisión. Los viajeros que arribaban a nuestra capital se sentían gratamente impresionados al descubrirlo. Para ellos, la televisión era un elemento de desasosiego que, lanzado a la calle sin mayor control, provocaba un desquiciamiento en las costumbres y los hábitos, eliminando, entre otros, el sentido del propio raciocinio y el gusto por la conversación. Reconocían en ella, eso sí, el más alto valor informativo y de orientación, el medio más moderno de una educación masiva que solucionaba en todo el mundo el problema de la escasez de profesores y la necesidad de abarcar sectores más amplios de educandos e iletrados.

Ninguno de aquellos viajeros pensaba que este retraso se mantendría por más tiempo en Chile y abogaban por la llegada de la televisión en forma paulatina y conscientemente dirigida a servir los intereses nacionales inmediatos.

El problema planteado desde el primer momento consistía en determinar quién habría de asumir la responsabilidad de lanzar la televisión en Chile. Había tres soluciones: la empresa comercial privada; la empresa estatal o las Universidades. Por aquella fecha el Gobierno desechó las demandas de canal presentadas por empresarios particulares y sostuvo el criterio de que la televisión debía comenzar en Chile dirigida por los planteles de educación superior.

Así fue como las Universidades iniciaron la experiencia con carácter tecnológico, en el primer momento, para entrar luego, en el problema de la programación.

En 1958, la Universidad Católica de Valparaíso lanzó al aire su estación experimental con un programa cada quince días. La Universidad Católica de Santiago, casi simultáneamente, inició ensayos del mismo tipo limitándose a la presentación de documentales y películas de largo metraje. En 1960, la Universidad de Chile hizo su primera trasmisión con carácter definitivo mediante una estación de televisión adaptada a las normas establecidas por el Decreto 7039, totalmente armada en el país, con una capacidad de radio de acción de imagen y sonido, de cerca de cuarenta kilómetros y una programación de dos horas semanales. Mantuvo este sistema durante los meses de noviembre y diciembre de aquel año y reanudó sus actividades en abril de 1961 con un programa que incluía dos trasmisiones semanales en horarios nocturnos y la primera experiencia de televisión educativa, en las mañanas, planeada por el Liceo Experimental "Manuel de Salas". Al finalizar 1961, se aumentó la duración de los programas de divulgación general a una hora y media diaria de lunes a sábado, a partir de las ocho de la noche.

Para la Universidad de Chile la televisión se justifica como un medio para "cooperar a la educación pública, favorable al desarrollo científico y tecnológico del país, entendiéndose por científico no sólo las ciencias naturales sino el conjunto de

las disciplinas humanas", según lo declaró el Rector don Juan Gómez Millas en una entrevista publicada el 13 de diciembre de 1959 en el diario *El Mercurio*.

Han pasado 273 horas de trasmisión por el Canal 9 de la Universidad de Chile, cubriendo los campos de la información, la educación, la difusión y preparando un personal diestro en el manejo de las cámaras, los controles de mando, la dirección de programas y la confección de libretos para presentaciones documentales.

Lo que se piensa realizar de ahora en adelante, deberá ser planteado con arreglo a las necesidades reales de una televisión nacional ya establecida y de acuerdo con normas de ética y producción aún no reglamentadas en su totalidad. Es la labor que se propone encauzar este trabajo, realizado en el primer laboratorio experimental de televisión.

II. *Panorama general.*

La revista especializada *Televisión*, en su número de diciembre de 1961, presenta un gráfico de los canales de televisión que existen actualmente en el mundo. A partir de 1962, la televisión abarca todo el globo terrestre desde las 597 estaciones de los Estados Unidos hasta una sola estación para servir a la India. El continente americano aparece cubierto de canales de televisión desde Canadá hasta Chile. Una selección de los diez grupos predominantes en el mundo y en América dará una visión más clara del panorama general.

Los diez grupos mayoritarios en el mundo:

Estados Unidos	597 canales	*Brasil	49 canales
*URSS	159 „	*Inglaterra	45 „
Japón	121 „	*Australia	42 „
*Alemania Occ.	84 „	*Italia	39 „
*Canadá	75 „	*Suecia	33 „

Los diez grupos mayoritarios en América:

Estados Unidos	597 canales	*Argentina	7 canales
*Canadá	75 „	*Venezuela	5 „
*Brasil	49 „	*Colombia	5 „
México	27 „	Perú	4 „
*Puerto Rico	12 „	*Uruguay	4 „
*Cuba	8 „		

Para aclarar nuestro panorama nos remitiremos a las experiencias norteamericana e inglesa.

Cuando en Estados Unidos se plantea una crisis de ética e Inglaterra después de largas discusiones, soluciona el problema con el monopolio en las comunicaciones de masas, aparece en Chile la televisión, y el número de receptores que en noviembre de 1960 alcanzaba a quinientos, sube en diciembre de 1961 a cerca de tres mil quinientos aparatos distribuidos en hogares, restoranes y locales comerciales. Es el momento para iniciar la discusión del planteamiento futuro de la televisión chilena, la reglamentación de sus horarios, la formación de un personal responsable y su sistema de financiamiento. Para formarnos un juicio claro debemos responder a varias interrogantes.

*Países con estaciones controladas por el Gobierno en forma directa o indirecta.

III. *¿Qué significa la televisión?*

En una reciente publicación, el crítico e investigador italiano Renato May, llega a esta consecuencia: "En televisión todo es información: no sólo el diario o la actualidad, sino las mismas emisiones de variedades o de material filmado o del espectáculo preparado en el estudio. El servicio de la televisión debe encontrar diariamente en los programas la necesaria variedad, sin que esto conduzca a una confusión de términos o a traicionar la esencia misma del proceso. La televisión, antes que cualquier otra cosa, es un servicio de utilidad pública. Así pues, y ante todo, hay que considerarla de la misma forma que el teléfono, los transportes, el correo, etc. Antes que nada, la imagen de la televisión "informa"; después informa de modo más o menos agradable o más o menos artístico".

Para otro investigador, Norman Swallow "la televisión es el medio más potente entre los inventados hasta ahora, para hacer obra de propaganda social. A una nación democrática debe informársele bien y con criterio de verdad, y la televisión es el más potente de todos los medios de información".

Para la National Association of Broadcasters, la agrupación nacional de propietarios de emisoras de radio y televisión de los Estados Unidos, la noticia en la pantalla pequeña está, incluso, en los avisos comerciales. Dice que "el hecho de que se inicie la temporada de cosecha de una verdura o fruta es noticia. También lo es el anuncio de que un comerciante ha recibido un cargamento de trajes confeccionados con la fibra sintética más moderna o un grupo de trajes confeccionados con los últimos adelantos de la moda en París". Termina asegurando que la publicidad en televisión es también un medio informativo.

Ya en 1959 la Universidad de Caracas publicó un ensayo sobre los medios audiovisuales, preparado por el profesor Antonio Pasquali de la Escuela de Periodismo de ese centro de estudios. Allí se llega a la conclusión de que "la información de masas desempeña un papel básico en la batalla de las ideas y gran parte de esta información es enviada al público por medios audiovisuales".

No es una casualidad que todos los estudiosos de la nueva técnica de comunicación concuerden en que es ella esencialmente un medio de información de educación, antes que un simple entretenimiento o espectáculo. Nos cabe, pues, la responsabilidad de considerarla desde ese punto de vista, evitando desde un comienzo, confundirla con cualquier otro tipo de espectáculo. No podemos colocarla en competencia con el teatro, el cine, los conciertos o el ballet. La pantalla pequeña no puede ser un sustituto de estas expresiones artísticas, ni con el pretexto de que podría ser el medio para que ellas fuesen reveladas a una masa mayor de espectadores. En todo caso, la televisión debe contribuir al interés de los grandes grupos espectáculos ofreciendo información o educación sobre su desarrollo y actividades.

En resumen, para nosotros la televisión significa un medio poderoso de información y educación, que se vale del espectáculo para lograr sus fines.

IV. *La Universidad y la televisión.*

Asumida la responsabilidad de educar e informar, las Universidades adquieren el derecho propio de rectoría en este nuevo campo de la comunicación de masas. Sería contraproducente volverle la espalda tan sólo porque aparece como un medio de consumo popular, de improvisada factura, de escasos méritos formales.

Es comprensible que los especialistas e investigadores no tengan tiempo para asistir al cine, escuchar radio o ver televisión, pero no deja de ser menos importante la fuerza con que éstos alcanzan a una mayoría cada vez creciente de personas,

formando en ellas nuevos hábitos, conformando juicios y dirigiendo inquietudes. Para Roger Manvell "la verdad más simple es que estas nuevas formas populares de expresión, este surgimiento comercializado en el siglo xx del genio inventivo del hombre del siglo xix, son cosas que afectan a la vida de toda la población del mundo. Afecta nuestra visión total, nuestros deseos, nuestra moralidad y nuestra política. Contribuyen sustancialmente a hacer posible nuestra civilización moderna. Forman parte de nuestro sistema educacional como de nuestra falta de educación. Son instrumentos a disposición de aquellas personas lo suficientemente ambiciosas como para tomar su control, sean ellas políticos, comerciantes, artistas u hombres de negocio. Es ésta una situación que no tiene paralelo en el pasado y que muy pocas personas calificadas han comenzado a examinar con seriedad".

El profesor Pasquali, por su parte, asume una posición más beligerante y advierte que "Ciertos intelectuales jamás han prestado atención a los problemas formales y de contenido de la emisión radiofónica; han llegado al cine con veinte o más años de retardo (éste se había cristalizado, mientras tanto, en una estructura económica que poco les concedería) y, al paso que vamos, parecen reservarse un brillante e hipócrita papel de mesías de la televisión, cuando llegue la hora de la crisis. Se irritan porque los errores que han echado por las puertas de las Universidades, de la escuela, del puesto directivo, vuelven a entrar por la ventana del cine, de la radio y la televisión. La primera tarea, la más profunda y urgente, es la de crear una conciencia pública acerca del problema".

Las Universidades no pueden estar ajenas a la formación de especialistas en televisión y menos alejadas de la formación de un criterio público en relación con el contenido y forma de los programas.

V. *El lenguaje en televisión.*

Ante la necesidad de efectuar transmisiones regulares de televisión universitaria, se planteó el problema del lenguaje que debería emplearse. No era un asunto nuevo y había afectado ya los comienzos de programación en muchas partes del mundo. Emparentada casi directamente con el cine y el teatro, la televisión debía aprovechar algunas de las características de ambos y desechar otras. ¿Cuáles serían las útiles y cuáles aquellas que no se emplearían? La experiencia práctica ha ido definiendo el problema. El proceso de búsqueda se inició con una imagen estática, sin ambientación especial. Una persona hablaba ante la cámara. Luego, la cámara cobró movimiento, más tarde lo hizo la persona y a ella se sumaron otras. Se agregó decorado y empezó a ambientarse cada programa según sus necesidades. A estas alturas, el personal había adquirido el dominio suficiente para iniciar el perfeccionamiento del lenguaje propio. En un estudio sobre el nacimiento de la televisión española, el redactor jefe de la TVE dice que "se quiera o no, por una serie de circunstancias que saltan a la vista, el hecho de realizar y producir imágenes de televisión en cada país tiene que ajustarse evidentemente, en su aspecto formal, a unas premisas equiparables en sus principios intrínsecos, se produzcan en Estados Unidos, en Italia o España; pero que, sin embargo, la raíz profunda y el espíritu de estas imágenes —espíritu que debe ser puesto allí por cada productor de programas— debe estar afinado sensitivamente de acuerdo con la personalidad humana del consumidor de esas imágenes".

Similar es el criterio que fue aplicado desde el primer momento en la televisión de la Universidad de Chile y confirmado, más tarde, por las conclusiones de Renato May para quien "la extrema pobreza de fantasía de la inteligencia humana conduce fácil e inevitablemente a aplicar a formas nuevas los esquemas más sólidos, estratificados en el tiempo, de moldes tradicionales. Y si ha sido difícil pasar de los

primeros automóviles, que tenían la apariencia de un coche sin caballos, a los automóviles modernos, en los que la línea aerodinámica responde mejor a las exigencias distintas del medio de locomoción diferente, también será difícil llegar a concebir un lenguaje de televisión que tenga genéricamente por objeto la imagen sonora, lo mismo que el cinematógrafo, liberando a la fantasía del complejo inevitable de las formas tradicionales del lenguaje cinematográfico. El cine y la televisión son dos aspectos de un mismo fenómeno. Así como la acuarela y el fresco son dos aspectos diferentes de la pintura que reflejan dos técnicas diversas, dos lenguajes distintos, dos formas dispares de expresión, pero dependiendo las dos de las leyes generales de la pintura".

La BBC de Londres había experimentado de igual modo dentro de este campo. En un informe dice que "tuvo que probar que la televisión es un nuevo medio que sólo puede cubrir sus obligaciones para con el público revelando sus propias convenciones; no tratando de alejar al público del cine. Las mejores presentaciones de televisión en Estados Unidos y Gran Bretaña son más informales que las de cine, de más bajo tono y muchas veces de mayor lentitud. Porque el espectador de televisión es normalmente un público en descanso, que busca entretenimiento dentro de los límites de su propio hogar".

Dentro de estas normas generales la Universidad de Chile buscó una forma característica de expresión televisiva, sin aceptar presiones ajenas a la experiencia puesta en marcha. El resultado definitivo de estos experimentos está poniéndose en práctica en la programación del año que se inicia.

Es una obligación ineludible encontrar antes que la televisión crezca más en el país, el lenguaje propio que ha de caracterizarla y esta búsqueda debe quedar bajo el control y experiencia de las Universidades.

VI. *El problema en los Estados Unidos.*

En el panorama mundial nos interesa especialmente examinar la televisión de los Estados Unidos, porque a su modo y semejanza será construida la televisión comercial en Chile, como lo ha sido en el resto de los países de la América Latina. Y esto se justifica porque se busca en nuestro continente, como es ya una realidad en Europa, un sistema posible de combinación de programas entre países integrantes de esta comunidad.

Las circunstancias que dan nacimiento a la televisión norteamericana aclaran, en parte, los problemas que más tarde se plantearán sus grandes organizaciones. El perfeccionamiento del tubo electrónico por parte de las empresas radiotelefónicas pone la televisión en sus manos. Las estaciones radiofónicas, propiedad a su vez, muchas de ellas de la industria electrónica, son las primeras en gozar de los privilegios de este nuevo medio de difusión. Antes de que corra mucho tiempo, las empresas periodísticas se suman a las emisoras y forman los grandes consorcios de televisión.

Planteada como libre empresa comercial, la televisión norteamericana aparece como competidora directa del teatro y del cine. Su origen la obliga a retener junto al receptor al público que habitualmente sale de su casa en busca de entretenimiento. Es este factor de espectadores el que le permitirá financiarse por medio de las agencias de publicidad. El alto costo de producción de los programas, superior en mucho a los costos de producción de una emisora de radio, no alcanzan a ser cubiertos por las empresas, de modo que debe recurrirse al patrocinio de productos comerciales para lograr una ventaja frente a la competencia. Las emisoras de televisión entregan sus espacios a las agencias de publicidad, convirtiéndose entonces en simples medios a través de los cuales se transan ventas o se lanzan productos

al mercado, apoyados en programas que sirven directamente a estos fines. El proceso es claro. Los programas necesitan de una mayor audiencia para lograr un mayor patrocinio. Ese mayor número de espectadores es posible conseguirlo sólo por los medios más directos, apelando a sus preferencias elementales. Las estaciones llegan así a no gobernar sus programas. Concebida de este modo, la televisión es un espectáculo necesitado de público para servir su fin primordial: la publicidad comercial. Ante esta alternativa se sacrificará todo.

John Frankenheimer, director del programa "Playhouse 90" y realizador de grandes espectáculos de televisión en Estados Unidos desde 1958, dice que "tal como la televisión es llevada actualmente en este país (EE. UU.), no puede ser considerada como una forma de arte, porque básicamente lo que se está haciendo —cuando se llega al punto central, cuando se eliminan todos los demás factores— es vender un producto. Ahora lo haga usted por medio de un melodrama, una película antigua o un programa dramático, el resultado que realmente cuenta para los directivos de la estación es, cuantos más tubos de pasta dentífrica se han vendido".

El alto dirigente de otra empresa de televisión, Ted Cott, declaró una vez que "este es un negocio de los diablos, donde cuarenta millones de personas llegan a valer poco, si otra empresa tiene cuarenta millones y medio a su favor".

Al cabo de quince años de este sistema programático, la televisión patrocinada en los Estados Unidos, enfrenta una crisis. Mientras su perfeccionamiento técnico avanza notablemente, su programación se estanca y sufre los primeros embates de una crítica que no sólo parte de los entendidos, sino del público y de las autoridades llamadas a ejercer control sobre las telecomunicaciones.

El análisis más crudo se produjo dentro del seno mismo de la Asociación Nacional de Broadcasters (NAB), ya mencionada. En mayo de 1961, durante su convención anual, el presidente de la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC) declaró, entre otras, que "las concesiones de canales que ustedes poseen les permiten usar las ondas de transmisión pública con la confianza de 180 millones de norteamericanos. El beneficiario en este caso es el público. Si quieren seguir contando con esta confianza deben darle una retribución conveniente, y no sólo fijarse en el beneficio de los accionistas de sus compañías. Es así que, como representante de ese interés público, están entre mis mayores preocupaciones y obligaciones la salud económica de vuestro negocio y el producto que entregáis".

"Tengo confianza en vuestra salud económica, pero no en el producto que ofrecéis".

"Me refiero a la temporada pasada" (1960).

"Cuando la televisión es buena, nada —ni el teatro, ni las revistas, ni los diarios— pueden ser mejores".

"Pero cuando la televisión es mala, nada puede ser peor".

"Les invito a ustedes a sentarse delante de un televisor cuando su estación está en el aire y quedarse allí sin una revista, sin un libro, sin un periódico para distraerse, manteniendo la vista pegada a la imagen hasta que la transmisión finalice. Puedo asegurarles a ustedes que observarán una vasta legión de inutilidades. Verán una procesión de juegos de azar; comedias con fórmulas increíbles; sangre y tormento; sadismo, crimen; vaqueros malos y vaqueros buenos, detectives privados, más violencia y dibujos animados. Interminables avisos comerciales —muchos gritados y ofensivos. Y sobre todo, aburrimiento. Es verdad que veréis también algunas cosas que os agradarán. Pero éstas serán pocas, muy pocas. Y si piensan que exagero, hagan la prueba".

"Caballeros, la cuenta de confianza con vuestros beneficiarios está excedida".

"Yo no acepto la idea de que el presente exceso en la programación se debe exclusivamente al gusto del público. Yo creo en el buen gusto y en el buen sentido

del público, y no creo que ese gusto sea tan bajo como algunos de ustedes aseguran".

"Si los padres, maestros o sacerdotes ciñeran sus responsabilidades al resultado de las estadísticas sobre preferencias, los niños tendrían una dieta permanente de helados, vacaciones todo el tiempo y ninguna clase religiosa los días domingos. ¿Y qué ocurre con la responsabilidad que a ustedes concierne? Saben que los periódicos también realizan encuestas de popularidad. Las respuestas son bien claras: casi siempre prevalece el gusto por las tiras cómicas, seguido por las columnas dedicadas al correo sentimental, a los llamados de amor. Pero, señoras y señores, las noticias siguen apareciendo en la primera plana de los periódicos, y los editoriales no han sido reemplazados por tiras cómicas, los diarios no se han transformado en interminables columnas de llamados amorosos".

"El pueblo es propietario de las ondas radiales. Por cada hora que él les entrega a ustedes, ustedes le deben algo. Mi intención es que paguen esa deuda con servicio público".

"Es urgente que pongan las ondas radiales y televisivas al servicio de la comunidad y de la causa de la libertad. Ustedes deben preparar a una generación para tomar grandes decisiones. Ustedes deben ayudar a que una gran nación tenga objetivos para el futuro".

Lo que podría parecer la opinión interesada del Gobierno, fue corroborada, en esa misma ocasión, por el propio presidente de la NAB, señor Leroy Collins, cuando advirtió a sus asociados que "estamos mezclados en un negocio cuyos efectos inciden tanto en el proceso social y económico de la gente de nuestro pueblo, que no podemos, en conciencia, tomar decisiones sobre lá base de los resultados finales de un libro de contabilidad".

"En primer lugar debemos ponernos de acuerdo entre nosotros: ¿estamos actuando en un nivel profesional?".

"Entre el común de los norteamericanos —ese vasto e imposible de calificar y, a veces, inarticulado mundo del espectador o auditor— nosotros estamos haciendo la cosecha de una gran insatisfacción. Y esa es la gente que en último término será nuestro aliado. Simplemente, sin ellos no podremos tener éxito. Quieren calidad, mayor calidad y diversidad en nuestra programación. Igualarnos con la mediocridad no es sólo cometer grave error táctico, sino encasillar obligadamente nuestra nación".

El sistema de televisión había hecho crisis por dos razones principales. Una, la sumisión de las grandes empresas al resultado de las estadísticas sobre preferencia del público, y la otra, el sistema del patrocinio comercial de los programas. En ambos casos la dirección de la emisora no asumía las responsabilidades que requiere un sistema de utilidad pública como es el de la televisión.

La reacción ha sido rápida. Enfrentados a esta realidad los broadcaster han iniciado la reforma de sus programaciones. Para David Susskind, realizador de "Marty", esta crisis significa que "se verá un resurgimiento en la calidad de los programas en la temporada que viene, porque ésta fue preparada antes de que estallara la tormenta, un renacimiento de la televisión y un uso de ella en cierto modo más sano, inteligente, más equiparado, que no veíamos desde aquellos primeros días de 1951, 52 y 53. Pienso que los broadcaster están conscientes de esto. Pienso que han cometido un error. Y creo que ellos enmendarán su ruta. Es la primera vez que me siento optimista en mucho tiempo".

Creemos que el sistema de patrocinio y una completa adaptación a lo que el público prefiere, son caminos probadamente equivocados. Convendría, pues, aceptar la experiencia ajena, explicada con tanta claridad por los mismos que la sufrieron, e intentar saltarnos una posible crisis en el crecimiento de la televisión chilena. A primera vista, los antecedentes nacionales indican que los dos sistemas anteriormente expuestos son los que rigen en la actualidad práctica de las radioemisoras

locales y serían aplicados, como único sistema práctico, en la explotación de los canales de televisión.

El problema básico está en la necesidad de tener que ofrecer un servicio público inteligente, con un medio que resulta de alto costo. Su financiamiento presenta dificultades, que fueron solucionadas directamente en los Estados Unidos y por sistemas indirectos en Europa.

VII. *La solución europea.*

En un artículo titulado "Servicio público versus Televisión Comercial", el crítico británico Roger Manvell dice, frente al problema del monopolio estatal establecido primero en la división de radio de la BBC, que eso "fue algo realmente bueno, en gran parte, en los primeros tiempos cuando la radiotelefonía tenía que establecerse por sí misma y descubría su poder, al mismo tiempo que comprendía su deber de entretener e informar al público. Se estableció, en particular, el modo de manejar las noticias y la difusión de los problemas nacionales, en un nivel superior en la presentación de los programas dramáticos, documentales y musicales. Los llamados programas culturales fueron presentados hasta formar un hábito en el oyente. Una política similar de formación de público (que es lo mismo que la educación pública) ha sido alentada por el servicio de televisión de la BBC. Pero ella presenta nuevos problemas económicos, porque los costos de producción son generalmente fuera de toda proporción con los establecidos por la radiotelefonía".

"La solución del problema económico, tanto como del monopolio, es la introducción de la televisión comercial. Esta televisión comercial difiere sustancialmente de la televisión patrocinada. En la televisión comercial todos los programas son creados y dirigidos por la estación, y se asegura que el comerciante no tendrá control positivo sobre el contenido y naturaleza del programa transmitido. Solamente comprará un espacio de "tiempo-comercial" junto al programa que tenga mayor audiencia interesante para la venta de su producto. En el caso de la televisión patrocinada, el comerciante compra el "tiempo-programa" de la estación y crea su propio espectáculo. Ambas, la comercial y la patrocinada operan en los Estados Unidos, pero normalmente es la patrocinada la que recibe las críticas. Los defensores de la televisión comercial opinan que ésta actúa como los periódicos, cuyos editoriales están libres de cualquiera presión de los comerciantes que avisan en el diario".

Para los británicos la solución fue crear, en 1954, junto a los servicios de la BBC, una Independent Television Authority (ITA), a la que se afiliaron los contratantes y concesionarios de ondas de televisión. Su ganancia consiste, según lo explica brevemente Roger Manvell, en "el derecho que adquieren los avisadores para presentar notas comerciales" antes y después del programa de su elección. Las agencias de publicidad son a su vez, responsables de la creación de los avisos; ellos deben ocupar tres minutos por cada media hora de "tiempo-programa". Es un deber de la ITA vigilar que estos avisos no formen parte de los programas. Esto, explicado suscintamente, representa el complejo sistema comercial, distinto del patrocinado, impuesto por el gobierno inglés después de interminables debates y presiones ejercidas desde todos los sectores".

Para los italianos la fórmula "tiempo-aviso" es distinta. En un informe sobre el problema de televisión gubernamental y la patrocinada, el productor norteamericano William Fineshriber explica que "los sistemas gubernamentales han aceptado también la ayuda comercial, muchos de ellos con fórmulas totalmente ajenas a las empleadas en los Estados Unidos. La televisión estatal alemana, por ejemplo, permite períodos de avisos solamente antes y después de los programas, al igual que

la inglesa. RAI, la cadena de televisión de Italia, permite dos períodos al día de diez minutos cada uno, para avisos comerciales. Cada aviso debe tener dos minutos y medio de duración, de los cuales dos estarán dedicados exclusivamente a entretenimiento y los treinta segundos restantes para el ofrecimiento comercial. Los períodos de avisos están vendidos con un año de anticipación".

De este modo, la solución europea permite cumplir con las necesidades y obligaciones de un servicio público, abre el campo para la participación del comercio anunciante, de las agencias de publicidad, y estimula una mejor producción de avisos comerciales especialmente preparados para la venta de productos a través de la televisión, sin que ellos presionen sobre el contenido y naturaleza de los programas.

La publicidad, considerada desde un alto nivel, es ya una preocupación en nuestra Universidad, y tres escuelas universitarias mantienen sendas cátedras en las que enseña el arte publicitario, sus limitaciones y sus alcances como interés sociológico, económico y periodístico.

A estas alturas enfrentamos el problema de la televisión en Chile, con las Universidades tomando la iniciativa en el campo técnico y programático; con un interés creciente de las empresas particulares por la entrega de concesiones de canales de televisión, para ser explotados en combinación con emisoras de radio y periódicos siguiendo el sistema del patrocinio comercial; con un reglamento promulgado hace seis años y el resultado de experiencias en el extranjero que podrían dictar normas, para el establecimiento definitivo de la televisión en nuestro país.

Este panorama nos permite sacar algunas conclusiones.

VIII. *Consideración final.*

Queremos dejar constancia aquí de ciertas ideas que pudieran servir de base para una reglamentación de las actividades de la televisión en Chile.

No es nuestro ánimo elaborar un reglamento, sino simplemente mostrar algunos cauces por los que debería dirigirse este importante medio de comunicaciones de masas. De estudiarse detenidamente la solución a los problemas que ya hemos conocido, se podría establecer definitivamente en Chile, como en ningún otro país de nuestro continente, un sistema televisivo concordante con la realidad y la tradición cultural del país.

Esas ideas generales serían:

a) Establecer, antes que nada, que la televisión es un servicio público que sirve como medio de información y educación. Esto traería consigo ciertas obligaciones y cierta servidumbre específica, para los concesionarios de canales de televisión;

b) Debe tener un lenguaje propio, adaptado a las necesidades del consumidor local de esas imágenes. Este lenguaje sólo puede ser dado a través de las experiencias universitarias. Sería obligación poseer un determinado número de horas servidas en transmisiones universitarias para ocupar cualquier cargo en los otros canales;

c) Su sistema de financiamiento debe ser el llamado comercial, oponiéndose definitivamente a la práctica del sistema de patrocinio. Se adoptaría el "tiempo-comercial" utilizado por ingleses y alemanes —avisos antes y después de cada programa— y la fórmula italiana para el armado de cada mención: un cuarto para el mensaje comercial propiamente dicho y tres cuartos para entretenimiento, y

d) Establecer porcentajes estrictos para el tiempo diario de transmisión; para programas vivos originados en o fuera del estudio; para la proyección de películas cinematográficas elaboradas dentro del país o aquellas producidas en el extranjero; para programas de servicio público.

El problema de la televisión se resume escuetamente en las palabras del presidente de la FCC, señor Menow:

"Cuando la televisión es buena, nada —ni el teatro, ni las revistas, ni los diarios— puede ser mejor. Pero cuando la televisión es mala, nada puede ser peor".

IX. *Apreciación sobre el número de receptores existentes en Santiago.*

1960			
500 receptores:	Ciclo experimental.	Primer	
	Dos horas semanales.		
	De noviembre a diciembre.		*28 hrs.*
1961			
500 receptores:	Ciclo experimental.	Segundo	
	Cuatro horas semanales.		
	De abril a octubre.	132 hrs	
1.500 receptores:	Ciclo experimental.	Primer	
	Televisión educativa.		
	De mayo a noviembre.	41 hrs.	
3.500 receptores:	Ciclo experimental.	Tercer	
	Programas diarios de hora y media cada uno.	72 hrs.	*245 hrs.*
	De noviembre a diciembre.		

En un total de 10 meses de transmisión, el Canal 9 de la Universidad de Chile ha completado, en programas: *273 hrs.*

X. *Televisión 1962.*

	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sep.	Oct.	Nov.	Dic.
Plan general de:										
Televisión educativa		----	--		----	----	----	----	----	--
2 horas diarias de lunes a viernes de 8,00 a 10,00 hrs.										
Primer y segundo ciclo										
Historia.										
Idiomas.										
Ciencias.										
Castellano.										
Televisión de divulgación	--	----	----	----	----	----	----	----	----	----
2 horas diarias de lunes a sábado de 20,30 a 22,30 hrs.										
Campañas Nacionales 20%										
Información 15%										
Div. Cultural 40%										
Variedades 10%										
Prog. Infantiles 15%										

NOTA: Cada raya equivale a una semana.

XI. *Bibliografía.*

MAY, RENATO: Italiano, *Cine y Televisión*. Ediciones RIALP, S. A., Madrid.

FREE TELEVISION: Folleto de la National Association of Broadcasters. Washington.

TELEVISION: Television Magazine Corp. Nueva York. Números de junio a diciembre de 1961.

PROBLEMAS EN LA TELEVISIÓN: Foro publicado en la Revista *Playboy*, de noviembre de 1961.

MANVELL, ROGERS *The Film and The Public*. Penguin Books.

MEDIOS AUDIOVISUALES: Antonio Pasquali. Edición de la Universidad de Caracas.

BLUEM, COX, MCPHERSON: *Television in the Public Interest*. Hastings House. Publisher. Nueva York.

Homenaje a Eduardo Barrios, Director de la Biblioteca Nacional, con ocasión de su fallecimiento

CON MOTIVO del fallecimiento de don Eduardo Barrios han sido recordados diversos aspectos de su personalidad: el "hombre de carne y hueso" que en sus primeros años debió labrarse un destino al través de una vida azarosa y trashumante, para recalar en la apacible existencia del burgués de su hogar, marido y padre modelo; el funcionario, que ve culminar su carrera en las elevadas responsabilidades del ministro de Estado en la cartera de Educación, desempeñada por él en dos oportunidades; el literato, cuya nombradía traspasa las fronteras del terruño, para lograr lectores, editores y traductores en muchos países, pero que, sobre todo, ocupó holgadamente un sitial entre la media docena de los escritores máximos de Chile, etc.

Ahora cúmplenos destacar una de las facetas de su carrera de funcionario, la que reveló al empuñar los timones de la dirección de la Biblioteca Nacional. Es algo generalmente aceptado, como resultado de experiencias innumerables veces repetidas, que los escritores no son los mejores funcionarios del mundo: carecen del método, del orden, de la constancia, de la disciplina y de la abnegación obscura y anónima que suponen las tareas de oficina. Sobre todo, son proclives a abandonarse a sus imaginaciones y a sus sueños, muy fecundos sin duda para la germinación del poema, del cuento o de la novela, pero desoladoramente estériles para la prosecución de las ímprobas y prosaicas labores técnicas o administrativas. Pues bien, Eduardo Barrios desmintió perentoriamente esta observación o tradición en su carrera de funcionario, en la que reveló laboriosidad, tenacidad, objetividad, concepción realista y totalizadora de la función y un espíritu organizador no común.

El 26 de febrero de 1927 don Eduardo Barrios fue designado Director de la Biblioteca Nacional. Debió acometer de inmediato una tarea por demás ingrata y difícil: la de reorganizar el servicio, es decir, declarar a todo el personal en situación de interinato, para verificar una nueva selección o criba, que debería dar por resultado la eliminación, por deficientes, de muchos de los funcionarios anteriores, y su reemplazo por otros nuevos, venidos de fuera. Con prudencia realizó el señor Barrios este cometido, que le permitió contar con un equipo de funcionarios capaces y dispuestos a colaborar en una gran tarea de renovación y vigorización de los servicios bibliotecarios.

Vino en seguida el estudio que debería darles a éstos una estructura racional, moderna y en cierto modo definitiva. Antes existía una "Dirección de Bibliotecas" —creada en 1920, por el Director de entonces, don Carlos Silva Cruz—, pero quedaban los museos y otros establecimientos en una situación como de anarquía o dispersión. El señor Eduardo Barrios lucubró entonces, con la asesoría de los funcionarios que lo secundaban, una organización que, siguiendo los modelos o patrones vigentes en esta materia en Francia y en España, pudo denominarse y ser efectiva-

mente la "Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos". Recibió existencia oficial por el Decreto-Ley Nº 5.200, del 18 de noviembre de 1929, publicado en el Diario Oficial el 9 de diciembre siguiente. Lleva las firmas del Presidente de la República, Excmo. Sr. Carlos Ibáñez del Campo y de su Ministro de Educación General don Mariano Navarrete. En sus treinta artículos señala la naturaleza y las funciones esenciales que le corresponden a la Biblioteca Nacional, como gran centro coleccionador de todos los impresos salidos de las prensas del país, y a las restantes bibliotecas dependientes de la Dirección, así como al Archivo Nacional y a los diversos museos.

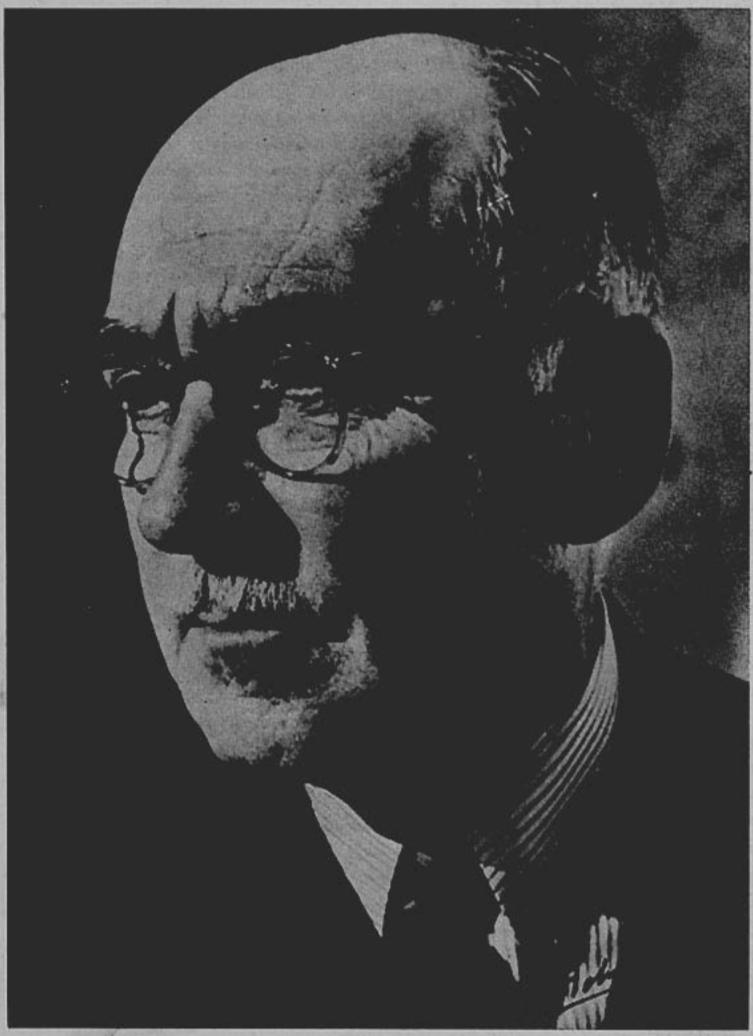
Por otro Decreto-Ley, el Nº 6.234, del 26 de diciembre de 1929, se dictó el "Reglamento del Servicio", verdadero Estatuto Orgánico que detalla la estructura de cada uno de los establecimientos que lo integran y el rol de los funcionarios correspondientes. Este Reglamento consta de 207 artículos, agrupados bajo cinco Títulos.

Ambos instrumentos legales, es decir, el Decreto-Ley Nº 5.200 con las "Disposiciones Orgánicas" y el Nº 6.234 con el "Reglamento del Servicio", complementados con el Decreto-Ley Nº 345, sobre "Propiedad Intelectual"; el Nº 1.063, con el "Reglamento del Registro Conservatorio de la Propiedad Intelectual"; el Nº 388, sobre el "Depósito de Publicaciones oficiales"; el Nº 389, sobre "La Biblioteca de Escritores de Chile"; el Nº 425, sobre "Abusos de la Publicidad" y otros de menor importancia, fueron reunidos en un pequeño volumen editado en 1930 con el título de "República de Chile. Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. Disposiciones Vigentes". (Imp. Universitaria, 157 págs.). Tanto las "Disposiciones Orgánicas" como el "Reglamento del Servicio" continúan hoy en vigencia, al cabo de treinta y tres años de su dictación, lo que demuestra la solidez de la obra organizadora del señor Eduardo Barrios.

Preocupóse también de restablecer importantes publicaciones de la Biblioteca Nacional, que, incoadas en años anteriores, yacían interrumpidas y olvidadas. En primer lugar, por su carácter de información al día, mencionaremos el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, que, habiendo aparecido en 1901, había dejado de publicarse desde 1913. Fue restablecido en 1929. Su contenido: la nómina de todas las obras (libros, folletos, etc.) y de los periódicos ingresados a la Biblioteca en el mes anterior.

En 1913 se dio comienzo a la publicación de la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, bajo la dirección del Pbo. don Emilio Vaïsse (Omer Emeth). Daba cuenta de los libros recientemente aparecidos, en Chile, en las Américas y en Europa; de los diarios y revistas publicados en Chile, con el detalle de los artículos más importantes de cada número, y aun de las revistas extranjeras, con la misma información respecto del contenido de cada número. Esta publicación se mantuvo desde el mencionado año de 1913 hasta 1918: un lustro. En 1927, por iniciativa de don Eduardo Barrios, reinició su publicación, con el título de *Revista de Bibliografía Chilena*, para señalar la modificación que se introducía en el contenido de la publicación. Ahora la dirigía don Raúl Silva Castro.

El año 1900 se había dado comienzo a una publicación periódica muy valiosa: la *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile*. Su primer tomo dio a luz el *Diario Militar del General Carrera*. Dejó de publicarse en 1914, año en el cual apareció su volumen Nº 26, con la primera época de *El Monitor Araucano* (números 1 a 50), el cual, como se recordará, fue el diario oficial de los primeros tiempos de la República. Pues bien, siendo Director de la Biblioteca don Eduardo Barrios, el año 1930 pudo aparecer el tomo 27 de tal colección, que ahora entregaba a sus lectores el resto de *El Monitor Araucano*, o sea, los números 51 al 100 de la primera serie y los que van del 1 al 83, de la segunda



EDUARDO BARRIOS

y final. La publicación ha sido dirigida desde entonces por el historiador don Guillermo Feliú Cruz.

Cúpole a don Eduardo Barrios inaugurar la Sala Medina, que, como es notorio, guarda la que fuera la biblioteca particular, de fabuloso valor, reunida en vida por el ilustre polígrafo, el cual, en sus años postreros, la legó a la Biblioteca Nacional, comprendiendo que en ninguna otra parte aquella colección podría servir mejor sus propios afanes de investigación, y de divulgación de la historia chilena y americana. A este efecto el señor Barrios se confeccionó un catálogo completo de esta Biblioteca Medina, el que se publicó en dos gruesos volúmenes, que sigue a diario sirviendo a lectores y estudiosos.

También le correspondió a don Eduardo Barrios inaugurar la Sala Barros Arana, con la biblioteca que perteneciera al gran historiador, la que, por disposición de sus albaceas testamentarios, señores Luis Barros Borgoño y Gaspar Toro, pasó a formar parte de las colecciones de la Biblioteca Nacional.

En su segundo período como Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, que abarcó desde el 1º de abril de 1953 hasta el 8 de septiembre de 1960, ya el señor Barrios estaba con su salud muy quebrantada, sin el dinamismo y el espíritu de iniciativa y organización que caracterizara su primer período. Se limitó, pues, a presidir como a la distancia el desenvolvimiento de las tareas de rutina propias de un establecimiento de esta categoría.

No debemos callar que don Eduardo Barrios tuvo la satisfacción de inaugurar durante su segundo período, el 17 de octubre de 1958, el edificio que por el lado norte —calle Moneda— cierra el gran cuadrilátero de la Biblioteca Nacional, edificio al que él diera comienzo en su primer período de Director, en 1929.

Terminaremos esta reseña reproduciendo el discurso con el cual don Eduardo Barrios despidiera los restos de don José Toribio Medina, discurso pronunciado en la capilla ardiente levantada en la propia sala destinada a la biblioteca del historiador, momentos antes de partir el cortejo hacia su postrer morada. Esa pequeña pieza oratoria, junto con ofrecernos una semblanza de lo que fue don José Toribio Medina como inspirador de la labor bibliotecaria, nos permite adentrarnos en el alma, selecta y delicada, del propio don Eduardo Barrios.

Discurso del señor Eduardo Barrios, al despedir los restos de don José Toribio Medina, en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional

"SEÑORES:

"Esta casa está llena de emoción y de recogimiento. No hay lágrimas en nuestros ojos: nuestro dolor es alto y sereno, porque lo causa y lo fortalece la figura que a todos nosotros enseñó el paso con que se camina en la altura. No lloramos, pues; sufrimos empinándonos, sufrimos con orgullo, con orgullo de hijos que a lo más se funde en una especie de enternecimiento, de dulzura y de humildad. He aquí la influencia de las grandes almas.

"Antes de la vida, después de la vida: dos obscuridades de las cuales sólo sabe hablar la fe. Pero entre estas dos obscuridades, un espacio claro que nuestros sen-

tidos, nuestro juicio o nuestros sentimientos penetran: la vida. Una gran vida puebla siempre su espacio de grandes hechos; y aunque nada hubiera en el antes ni en el después, siempre se prolonga entonces de posibilidades el futuro, siempre la vida de un grande hombre crea un más allá.

"Por esto, señores, es bella la emoción que llena hoy esta casa.

"Don José Toribio Medina es para Chile, para el continente, para España, para el mundo, el fecundador de una historia: su obra, escrupulosamente exacta, extensa hasta orillar el medio millar de títulos, sabia para ser fuente de sabios, generosa para aventarse en todos los surcos; patriótica, por haber sabido acumular el granero para los chilenos; es, además, otra historia, que él no se detuvo a mirar, pero que nos ha legado también: la de su vida ejemplar.

"Nosotros, los bibliotecarios de esta casa, somos sin duda los más afortunados entre los que él benefició: recibimos el tesoro de su obra y la compañía viva y constante del maestro. Entre nuestros anaqueles como entre nuestras inquietudes, entre nuestras mesas de trabajo como entre nuestra personal producción, él anduvo siempre, el guía, el experto a quien no escapaba el sendero para la investigación. Vivió cuarenta años en medio de nuestros libros; su mano sabía encontrar a ciegas el volumen oculto, su memoria creaba sin cesar el documento ignorado. Era el genio que nos presidía. Será la sombra que nos inspirará. Seguirá envolviendo nuestras vidas, empujando nuestro esfuerzo, contagiándonos su laboriosa paciencia.

"No analizaré yo aquí su personalidad de erudito, su enorme, su inverosímil producción. Ni es el momento, ni es el lugar, ni están para ello nuestros corazones. Al despedir sus restos, no hay en esta casa otro deseo que el de agradecer su herencia, bendecir su nombre, recogernos en la fuerza que nos lega; y aunque por instantes el dolor nos oprima la garganta, no queremos el gesto descompuesto que niegue la fortaleza de su ejemplo.

"Otro bien nos deja aún para hacernos compañía: la compañera de todas sus empresas, la mano tutelar que supo ser para él la enamorada, la esposa, la madre, la colaboradora y la santa. Cuantos le quisimos, veremos siempre en ella el espejo del maestro y nuestro afecto hallará en ella su continuación.

"Como veis, este hombre que hoy descansa, todo nos lo ha dado. Cuarenta mil volúmenes de maravilla, fuente virgen de nuestra historia en documentos que su tesón desempolvó de archivos de Indias y Simancas, labor, energía, fortaleza y modelo, el don de sus logros y el don de su enseñanza. No podemos llorar. Maestro, nos despedimos orgullosos de vos, empinándonos hacia vuestra altura.

"Vida de los grandes, que no acaba. Muerte de los grandes, que es orden de proseguir. Hoy termina, maestro, tu afán; pero tu gloria se abre, y, por todo el porvenir, día a día, una palma caerá sobre tu nombre".

Discurso pronunciado por el Director de la Biblioteca Nacional, señor Guillermo Feliú Cruz, al despedir los restos del ex Director don Eduardo Barrios, en el establecimiento, el día 25 de septiembre de 1963

ESTA casa está llena de recuerdos para con Eduardo Barrios. Lo evocan sus compañeros de trabajo con la bondad cariñosa que siempre tuvo para con ellos, para con nosotros, para con todos. Lo sentimos como amigo, lo estimamos como un hombre bueno, de sana inspiración. Ya sobre él había caído la justicia serena e implacable acerca de su obra de administrador de este gran instituto de la cultura nacio-

nal, fuente del pasado intelectual de la patria, memoria de la inteligencia de Chile.

Había recibido como herencia la de otro gran administrador que trazó para el porvenir las líneas por las cuales debía caminar la Biblioteca Nacional. Carlos Silva Cruz dejaba establecida la Biblioteca en este espléndido palacio y creado la Dirección de Bibliotecas. Así el libro echaba a andar por muchos de los caminos del mundo, muy ampliamente.

Eduardo Barrios recogió esa herencia. La hizo fructificar en nobles dones, con formas propias y distintivas. Toda la organización actual de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos fue su obra, fue el esfuerzo de una dirección efectiva, sólida, consecuencia de un espíritu sensato que penetró muy hondamente en las realidades de una organización heterogénea en la apariencia, pero compacta por la naturaleza del significado cultural del Instituto, por la imposición intelectual de la tarea de esparcimiento que le señaló su destino y como centro también de investigación que le impuso su acervo.

Eduardo Barrios coronó sabiamente el propósito de organización que se trazó para dar a la herencia recibida los contornos definidos de la gran empresa que acometió. Hizo más todavía. Restauró la vieja tradición bibliográfica del servicio. Durante la primera dirección de Eduardo Barrios, la Biblioteca vio circular en su segunda etapa de vida la *Revista de Bibliografía Chilena* y el *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Con ello, brilló el nombre de la Biblioteca en el mundo y con ello, se honró Chile.

Esta fue la tarea que una justicia implacable le reconoció en vida y que ahora se incorpora ya definitivamente a la historia de su existencia larga, benéfica, provechosa, útil y ennoblecida por otros méritos que inscriben su nombre en el haber de los hombres con que la Patria se hace virtuosa por ellos, digna por el ejemplo que consagran.

En esta Casa su nombre vivirá como el de un Director que creó un servicio. Lo hizo brillante, estimable, amplio en su propósito social de servir. Los años de la primera administración suya por lo fructuosos que fueron en logros de calidad y permanencia, lo unen a las grandes direcciones de esta Casa. Lo vinculan a Manuel de Salas, lo hacen continuador de Francisco García Huidobro, Vicente Arlegui, Ramón Briseño, Luis Montt y Carlos Silva Cruz. El nombre de Barrios se une a ellos gloriosamente, y así quedará anidado en la Historia de la Corporación.

Tuvo la suerte de ver concluida la herencia que recibió de Carlos Silva Cruz al entregar en 1958, durante su segunda administración para el servicio público, el edificio del Pabellón de la calle de la Moneda que en ese año le correspondió inaugurar. Vio, pues, concretada en realidad la gran esperanza de su ideal bibliotecario que se propuso llevar a cabo.

El escritor honró esta Dirección. Otros hablarán del creador de ensueños, del novelador, del estilista. Lloran las letras chilenas a un escritor que es parte capital y sustantiva de la historia literaria. Su nombre estaba incorporado a ella hacía mucho tiempo. Las letras americanas sentirán que se va un hombre ilustre como tal, pero queda a firme la obra del artista.

Rindo homenaje a la memoria del ex Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos, Eduardo Barrios, mi amigo, mi jefe respetado. Lo despido en nombre de mis compañeros, sin pena, porque cuando se admira a un varón esclarecido ¿no es mejor que el dolor, imitar la nobleza de su alma, inspirarse en lo que dio el generoso corazón? Admirémosle y así habremos cumplido con el deber del afecto y hecho del dolor un propósito de bien, al proseguir la huella que él nos deja.

La Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional

I. Las actividades del semestre del año 1963

PODEMOS clasificar las actividades de tal Departamento en cuatro categorías o grupos: 1) conferencias y foros; 2) conciertos; 3) funciones de cine, y 4) exposiciones.

Dentro del primer grupo se abre el año con un foro sobre la reforma tributaria, que contó con la colaboración del Colegio Nacional de Contadores y se verificó los días 23 y 24 de enero. Prosiguiendo con los temas en que predomina el aspecto económico, anotamos en seguida el ciclo de tres conferencias, ilustradas con películas en colores, que acerca de diversos aspectos del Perú ofreció el Sr. Luis Benoit, agregado cultural de la nación hermana. Tales conferencias se realizaron los días 4, 8 y 11 de abril, y trataron específicamente del "desarrollo agrícola, minero e industrial de la costa del Perú", "la carretera de penetración de Lima a Pucalpa" y "las nuevas vías de comunicación al oriente peruano. La ruta aérea del Pacífico al Amazonas", respectivamente.

En el mes de mayo se realizó un ciclo de cinco conferencias, seguidas de foros, sobre asuntos de minería y geología, que estuvieron a cargo de ingenieros franceses pertenecientes a diversos institutos de investigación como "Sofremines" ("Société Française d'Etudes Minières"), y otras. Simultáneamente se verificó una exposición gráfica sobre la materia. Después del acto de inauguración, del día 6 de mayo, en que pronunciaron discursos el Ministro de Minería Sr. Joaquín Prieto Concha, el Embajador de Francia Excmo. Sr. Christian Auboyneau, M. Jean Muzard, M. Robert Mitterand, y otros, comenzó el desarrollo propiamente tal del ciclo con las conferencias sobre "interés de la colaboración geología-física" e "investigación de yacimientos ocultos", dadas el día 7 por los Sres. Geza Kunetz y Michel Angel, respectivamente. Las restantes conferencias fueron: "El control de gestión en las empresas", por M. Toromanov, y "La formación profesional", por M. Jean Guy, el día 8; "Aplicación de la geofísica a la investigación del agua. Estudio del drenaje de las aguas subterráneas y empleo de modelos de laboratorio", por M. Geza Kunetz, día 9; "Explotación subterránea", por M. Toromanov, y "Expansión del mercado mediante la modernización de las instalaciones térmicas", por M. René Roubinet, día 10; y "Realización de un gran conjunto a cielo abierto" y "Aprovechamiento de minerales de baja ley", por M. Gurs, el día 13, con lo que finalizó este ciclo que despertó el mayor interés entre los técnicos chilenos.

En el terreno que pudiéramos llamar científico-filosófico cabe destacar, en primer término, el ciclo de cinco conferencias del ensayista Sr. Benjamín Subercaseaux, intitulado "Panorama de la evolución mental del animal-hombre" (días 26, 27, 28 y 29 de marzo y 19 de abril). Cronológicamente siguióle la serie de otras cinco conferencias del Sr. Federico Bieregel, "La astronomía para el hombre de hoy" (10, 16, 19, 24 y 30 de abril).

Dos lecciones que atrajeron el interés de los entendidos fueron las de la Dra. Sra. Grete Mostny, Jefe de la Sección de Arqueología del Museo de Historia Natural, acerca de "Nuevos descubrimientos arqueológicos en la provincia de Tarapacá" y

"La arqueología en el norte de Chile", los días 15 y 29 de mayo. Estas conferencias fueron ilustradas con diapositivas en colores y con una exposición de fotografías, mapas y objetos arqueológicos de nuestra región norte.

Pone término a este género de disertaciones de tipo científico-filosófico en el primer semestre del año, el profesor Sr. Arturo Aldunate Phillips, con un ciclo de seis conferencias intituladas "el mañana del hombre", en las cuales analizó algunas de las grandes incógnitas que se ciernen sobre nuestro horizonte, como la amenaza del hambre derivada del crecimiento a ritmo acelerado de la población del planeta; como la mecanización de las labores y actividades, que dejará ociosas nuestras facultades más nobles y a la vez nos deparará varias horas diarias para las cuales deberemos hallar un quehacer ennoblecedor, ya que no podremos emplearlas en el quehacer económico, por hipótesis ya innecesario, etc. Las conferencias del prof. Aldunate se verificaron los días 17, 24 y 31 de mayo y 7, 14 y 21 de junio, desarrollando en cada una los capítulos siguientes: La explosión humana; Las creaciones de la inteligencia; Pensamiento lineal y pensamiento matemático; Robots versus hombres; El hombre ocioso o el hombre encarcelado; Superhombres y hombres cibernéticos.

La Biblioteca Nacional se asoció a la conmemoración universal del sesquicentenario del nacimiento de Wagner con un ciclo de cinco conferencias del escritor y musicólogo Sr. Vicente Salas Viu, quien esbozó la vida y estudió el arte del genio de Bayreuth, al través de sus máximas creaciones. La Embajada de la República Federal de Alemania colaboró en esta celebración presentando una exposición gráfica. "El Bayreuth de hoy", de que hablaremos en el capítulo respectivo.

En el terreno de la literatura pura debemos consignar como valiosos aportes: las conferencias de Virginia García Lyon sobre "Mme. de Stael, una iniciadora del romanticismo" (3 de abril); de Virginia Cox, "Impresiones personales de teatro y literatura" (25 de abril); de Luis Merino Reyes, "Evocación de Pedro Antonio González" (3 de mayo); del prof. Hettore Rognoni, adicto cultural de la Embajada de Italia, acerca de Gabriel d'Annunzio mirado como poeta (5 de junio); y del prof. Sr. Germán Sepúlveda sobre "La crítica literaria: su naturaleza y su función" (18 de junio).

No fueron descuidados en este período los temas propiamente educacionales, brillantemente tratados por la profesora y psicóloga Sra. Ruth Ehrmann de Albert, quien se refirió al Fracaso escolar y sus causas, y por el catedrático de la Universidad de Michigan Mr. Robert Mead, quien nos habló del "Nuevo énfasis en la educación de Estados Unidos acerca de Latinoamérica" (días 23 de abril y 30 de mayo, respectivamente).

•

• •

No siendo éste el lugar ni la oportunidad de hacer un comentario crítico de los conciertos dados en el Auditorium en este primer semestre de 1963 —comentario que, por lo demás, ya hizo en su día la prensa de la capital—, nos limitaremos a rememorarlos, sometidos a una clasificación elemental. Conciertos de piano: de Arnaldo Tapia Caballero, el 2 de abril (programa: Scarlatti, Beethoven, Alban Berg, Ravel, Debussy); Margarita Domenech, el 26 del mismo mes (Scarlatti, Schoenberg, Schumann, Beethoven); Grace Harrington, el 4 de junio (Bach, Mozart, Sessions, Schubert, Beethoven), y Flora Guerra, el 20 de este mes (Scarlatti, Soler, Mozart, Beethoven). Quinteto Iniesta: 18 de abril (Brahms), y 28 de mayo (Hindemith, Mozart, Dvorak). Violín: Elías Friendenzohn, 10 de junio (Vitale, Beethoven, Wienavsky, Falabella, Ravel). Cello: Eduardo Sienkewicz, el 27 de mayo (Bach, Beethoven y Brahms). Finalmente, canto: Clara Oyuela, acompañada al piano por

Zita Müller, el 11 de junio (Camargo Guarnieri, Heitor Villalobos, Carlos Botto, Zita Müller, Carlos Guastavino y Alberto Ginastera).

•
• •

Las tres exposiciones verificadas en el primer semestre de 1963, han tenido por finalidad ilustrar con material gráfico otros tantos ciclos de conferencias. La primera de tales exposiciones, "Geología y Minería", se verificó entre los días 6 y 13 de mayo, y utilizó una colección de mapas, planos y fotografías traídas de Francia por el grupo de ingenieros que tuvo a su cargo las conferencias, y que eran miembros de los siguientes institutos de investigación: *Société Française d'Etudes Minières; Bureau de Recherches Géologiques et Minières; Compagnie Générale de Géophysique;* y *Géopétrole.* Así las conferencias como la exposición llamaron poderosamente el interés de nuestros entendidos y de los altos funcionarios de las reparticiones públicas y ministerios relacionados con esas materias.

El ciclo wagneriano de conferencias del Sr. Vicente Salas Viu se vio ilustrado por la exposición de un medio centenar de magníficas fotografías, de gran tamaño, de representaciones de las óperas de Wagner, según la escenificación de sus nietos los artistas Wieland y Wolfgang Wagner, los cuales en sus creaciones dan gran importancia a la estructura plástica del escenario mismo y a la luz como elemento creador de espacios, para lograr lo que podría denominarse el ambiente espiritual de la representación. Tal exposición estuvo abierta al público entre el 6 y el 24 de junio.

Para dar mayor relieve a sus dos conferencias sobre la arqueología en el norte de Chile, la Sra. Grete Mostny, Jefe de la Sección de Arqueología del Museo de Historia Natural, presentó una exposición de fotografías, mapas y objetos arqueológicos, amén de las diapositivas en colores exhibidas, que permitieron visualizar, por decirlo así, el relato de la conferencista.

•
• •

Como un complemento de las actividades anteriormente descritas: conferencias y foros, exposiciones y conciertos, la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, como en años anteriores, no ha desdeñado los aportes del que ha sido llamado "el séptimo arte". En este plano ha contado con la colaboración sostenida y eficiente del "Cine Club Universitario", que cada sábado por la tarde organiza una función en que, después de presentarse al público una película de valor, se abre un foro en que los asistentes efectúan libremente la crítica, desde el punto de vista artístico, de la obra proyectada en la pantalla.

He aquí la nómina de las películas presentadas y analizadas en el primer semestre del año en curso: un ciclo mejicano con *Nazarín* (27 de abril); *Animas Trujano* (4 de mayo) y *Torero* (11 de mayo); nuevo cine italiano, con *Amorios en Florencia* (18 de mayo); nuevo cine francés, con *Disparen sobre el pianista* (25 de mayo), y *Sin aliento* (8 de junio); cine alemán, con *El vampiro negro* (19 de junio); y cine norteamericano: *Sinfonía de París* (15 de junio) y *El dulce pájaro de la juventud.*

El animador y el alma de este género de actividad artística, destinado a orientar y educar el gusto del público, ha sido el propio presidente del "Cine Club Universitario", señor Manuel Gallardo O.

ARMANDO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ.

II. El Cine Club Universitario

EL CINE Club Universitario inició sus actividades en forma permanente en el Auditorium de la Biblioteca Nacional, en junio de 1961. Desde aquella época hasta 1963, esta institución, la primera en su género en Chile, ha podido desarrollar una intensa labor en el campo de la difusión y el análisis del arte del cine. Toda esta acción que beneficia a la cultura y la educación ha sido posible debido a la colaboración prestada por el Director de la Biblioteca Nacional, Museos y Archivos de la República, Profesor Guillermo Feliú Cruz. Sin contar con su apoyo estas actividades no habrían tenido desarrollo en nuestro país. Esta labor en el campo del cine, prescindiendo de toda posición concebida de antemano y que lo aleje de su naturaleza fundamental de órgano educativo, la ha desarrollado el Cine Club Universitario por más de ocho años y sin contar con ningún género de subvención estatal o privada, surgido del verdadero entusiasmo y de la voluntad desinteresada en lo material de jóvenes chilenos que aman realmente el arte y les interesa, en el caso del cine, difundir sus obras más interesantes como modo de enriquecer la cultura nacional y formar en la juventud especialmente el gusto del buen cine por medio de la exhibición y análisis en foros de sus obras más representativas.

En 1963 se ha continuado con el sistema, ya ensayado en 1962, que consiste en agrupar las películas en ciclos. Así se ha programado para este año un breve ciclo de cine mexicano, un ciclo de nuevo cine italiano y que incluye en su parte más importante un grupo de cinco obras de Michelangelo Antonioni, un ciclo denominado Panorama del Cine Norteamericano y que incluye obras de los más destacados directores de cine de los Estados Unidos. Igualmente se han incluido unas pocas películas de realizadores franceses de las nuevas promociones.

Las funciones con foro de este año se iniciaron el sábado 20 de abril con la exhibición y foro de *Anatomía de un asesinato*, de Otto Preminger, obra que inauguró el ciclo Panorama del Cine Norteamericano.

Este ciclo tiene como objeto el de enfrentar al espectador interesado, y que en nuestros países latinoamericanos subestima al cine norteamericano, con la problemática y la forma de dicho cine. La crítica más ilustre de hoy día, la más avanzada y desprejuiciada considera que desde el punto de vista del lenguaje cinematográfico son precisamente las cinematografías italianas y americanas que entregan obras más auténticas y específicamente logradas. Si partimos analizando al cine desde el punto en que lo dejaron Eisenstein y Poudovkin, lógicamente tendremos que convenir que en general el cine norteamericano es pobre en argumentos de valor y trascendencia y su montaje no sigue los dialécticos dictados de los maestros del cine académico de hace cuarenta años. Pero si planteamos que el valor de una obra de cine se define de acuerdo con la riqueza de su puesta en escena deberemos convenir que es precisamente entre los grandes realizadores norteamericanos en donde se nota una mayor fuerza creativa. El norteamericano dice, con ese elemento cinematográfico, en un plano más que en muchas secuencias y en muchos diálogos de un director francés o sueco por ejemplo. Hoy este planteamiento ha llevado a una revisión del cine, y sin que por ello compartamos esta posición, debemos decir que existen movimientos de críticos a quienes les parecen más importantes y mucho más grandes las obras de Joseph Losey, Otto Preminger, Vittorio Cottafavi, Fritz Lang (sus últimas obras), Howard Hawcks, Samuel Fuller, Raoul Walsh, Jacques Tournenr que las obras de Alain Resnais, Orson Welles, Alfred Hitchcock, Michelangelo Antonioni y otros realizadores reputados como los más importantes de nuestros días por una crítica que estos innovadores consideran totalmente sobrepasada.

Se piensa que el Cine Club Universitario debe estar abierto a todas las posiciones críticas y con mayor razón si ellas son novedosas y están bien fundamentadas, lo que explica la presentación de esta película que tiene muchas secuencias riquísimas en puesta en escena y cuyo argumento no podría pasar más allá de ser considerado de tipo policial y vulgar.

Con la presentación el 27 de abril de la obra de Luis Buñuel se inicia un breve ciclo de tres películas mexicanas.

Buñuel parece haber querido contar en esta película la historia de un hombre joven que en un mundo real, salvaje y horroroso pretende ser bueno y realizar el bien ayudando a los pobres, tristes y desamparados. Pero sobre este hombre caerá todo el desprecio y el castigo de la sociedad. Obra ascética, masoquista y cruda, *Nazarín* es la fábula de un hombre que quiere ser Jesús en un mundo privado de trascendencia. La humildad de Nazarín, que es definido hombre ante todo y no ser tocado de divinidad, chocará con el mundo de la iglesia oficial, con las leyes y con el mundo de los pobres. Al negarse a la trascendencia, Buñuel crea en Nazarín un Jesús materialista, no sólo por las palabras que Nazarín pueda pronunciar durante el film o lo que pueda suceder, sino porque todo en la puesta en escena nos da un Nazarín hecho de carne y hueso, un Nazarín que transpira como un ser cualquiera en él la tiene, un Nazarín con una barba real y con necesidades físicas y materiales. Este personaje no es una pura abstracción y vive rodeado de cosas y elementos reales. Esta atmósfera material limita la solución o salvación del personaje. En una forma realista que conserva elementos deformados de su primer surrealismo, Buñuel guarda los grandes odios de su juventud: la sociedad, la iglesia y el poder y reafirma aquí su constatación del mundo y que se puede resumir en la frase del Marqués de Sade muchas veces mencionada a propósito de sus obras *En un mundo criminal hay que ser criminal.* El fracaso de Nazarín está en el hecho de querer hacer el bien en un mundo que está encaminado hacia el mal.

La fotografía de Gabriel Figueroa, dirigido por Buñuel, nos entrega una visión de seres y cosas, acercándonos a una crudeza primaria, en un universo de horror y de mal, de muerte de toda pureza y toda virginidad que es el mundo de Buñuel. "Cielo no, Juan". dice la mujer moribunda. "El cielo, no, dice Buñuel, la tierra".

Al final, Nazarín responderá "No" a la mujer que le ofrece una piña, un no que podría ser interpretado como un rechazo a la caridad cristiana. Pero ese "No" podría también ser una última rebeldía a este mundo de horror que lo rodea en donde una mujer bebe su propia sangre para calmar la sed.

El universo de Buñuel termina en la destrucción absoluta; el negarse a la trascendencia cierra este universo ante el frío, inescrutable y oscuro muro del absurdo y de la nada.

El ciclo continuó el 4 y el 11 de mayo con *Animas Trujano,* de Ismael Rodríguez y *Torero,* de Carlos Velo.

El personaje de *Animas Trujano,* como se nos presenta, no es mejicano y no pertenece a una temática capaz de ser comprendida por espíritus occidentales. El actor Toshiro Mifume lo construye con elementos típicos del teatro japonés. Este personaje no es humano y no es comprendido humanamente por su creador (Rodríguez); es una configuración preclásica que en el ámbito en que está expuesto no tiene ninguna vigencia, es un esquema y representa no a un hombre sino a una pasión o una abstracción absoluta; carece de humanidad como carecen de ella quienes lo crearon. La obra de Ismael Rodríguez es de una vaciedad extraordinaria y no agrega nada al buen cine mexicano.

Torero, de Carlos Velo, es una película novedosa, se sitúa entre el "cine encuesta" y el "cine mirada". Es un reportaje íntimo a un torero, Luis Procuna, que nos

entrega un ser cuyas reacciones anímicas podemos conocer antes y después de la corrida. Es un buen antecedente en 1956 de obras posteriores de Jean Rouch: *Moi, un Noir, Crónica de un Verano;* de Wolf Koenig y Roman Kroitor: *Paul Anka.*

El 18 de mayo se presentó *Amoríos en Florencia (Le Ragazze di San Frediano),* de Valerio Zurlini, autor, además, de *Verano violento, La muchacha de la valija* y *Dos hermanos, dos destinos.*

Zurlini es un poeta de la pasión y un cantor de la belleza de la vida y el mundo. El equilibrio de su mundo lo rompen los elementos ajenos a la pareja humana, sean ellos la historia, las diferencias de edades o sociales, la familia, los prejuicios. *Le Ragazze di San Frediano* está basada en la obra homónima de Vasco Pratolini, y como sucede con la obra literaria, comparada con *Cronaca Familiare, Il Quartiere* o *Diario Sentimentale,* tampoco la película de Zurlini alcanza la belleza de sus películas posteriores, muy influenciada por la época aparece envejecida (es de 1954) por un neorrealismo folklórico y dialectal sin vigencia hoy. Corresponde a una obra primera realizada en una época que debía preceder a los grandes cambios en la sociedad y en el arte italiano y en especial al nuevo cine de ese país.

Disparen sobre el pianista (Tirez sur le pianiste) (1959), es un film de humor negro perteneciente a una de las plumas más violentas del nuevo cine francés por su forma y planteamiento. Es un film novedoso, pero carece de fuerza lírica y de coherencia de significación. Podemos decir que Francois Truffaut expresa en su film mucho más humor ácido que comprensión de su personaje. Los films de Truffaut tienen aún mucho de recuerdos de películas de archivos y no forman una coherente visión personal; sólo a través de su acidez y su humor negro revelan que en el crítico se está estructurando una visión del mundo que tal vez nos dé obras más importantes, aunque sabemos que ellas se encaminan a mostrarnos una atmósfera espiritual casi irrespirable.

El 1º de junio se presentó y se analizó un film de archivo: *M, el Vampiro Negro* (M. Eine Stadt Sucht Einen Morder, Alemania, 1931), obra de méritos históricos y que nace en plena efervescencia expresionista alemana.

Más libre en el empleo del lenguaje cinematográfico, con una posición más definida ante el mundo que Truffaut es Jean Luc Godard, realizador francés de la misma generación de Francois Truffaut y cuya primera película de largo metraje, *Sin Aliento (A Bout de Souffle),* 1950, exhibió el Cine Club el 8 de junio.

Godard ha realizado en *Sin Aliento* la apología de una posición de rebeldía ante el mundo a través del personaje de Kovaks, un individuo colocado totalmente al margen de una sociedad que en el fondo niega y aborrece y de la cual se sirve. Es un hombre que ante el dilema planteado por Faulkner en *Las Palmeras Salvajes,* entre la pena y la nada, se queda con la nada. Anárquico, individualista y con una forma de expresión propia y desprejuiciada por este film Godard se anuncia como un valor del nuevo cine francés.

Esta película fue presentada el sábado 8 de junio.

El 15 de junio se exhibió de Gene Kelly y Vincent Minelli, *Sinfonía de París (An American in Paris,* EE. UU., 1950), película sobre cuyos méritos plásticos y coreográficos conviene dudar si atribuírselos a Vincent Minelli o al coreógrafo Gene Kelly. Es indudable que el film tiene valores que derivan fundamentalmente del colorido, movimientos, vestuarios, etc. La película sorprende pero ¿existe realmente en cine el género de comedia musical? ¿Su puesta en escena es realmente cinematográfica o es pura y simplemente una reproducción fiel de la puesta en escena teatral?

El sábado 22 de junio se presentó *El dulce pájaro de la juventud (Sweet bird of youth),* film realizado en 1961 por Richard Books y basado en una obra de Tenesse

Williams. Amargo y duro como la obra que le da origen, el film trata sobre un tema caro a la poesía de los griegos y a Leopardi, la pérdida de la juventud que lleva a los hombres a enfrentarse con la dureza de la vida. El fin de la juventud arrastra a una actriz (Geraldine Page) a la bebida y a la degradación, y a un hombre (Paul Newman), a la miseria y a la sordidez. ¿Cómo reaccionar ante un problema determinado de la vida? Todos los films de Brooks parecen estar construidos en base a ese conflicto. La madurez es como el aparecer del verdadero rostro del mundo en esta obra de Brooks. La juventud es un estado de gracia y que al perderla los hombres deben enfrentarse con un mundo difícil y muchas veces abyecto. Los personajes de Brooks luchan siempre contra el mal y la opresión, y aquí veremos a estos dos seres semidestruidos combatiendo a un hombre duro y totalitario. Brooks plantea un humanismo comprensivo y sano que vence a la violencia en este film, como antes en *Semilla de maldad* y *Sangre sobre la tierra*.

MANUEL F. GALLARDO.

Películas Exhibidas y Analizadas por el Cine Club en el Auditorium de la Biblioteca Nacional.

1961

En junio de 1961 se iniciaron las actividades del Cine Club Universitario con funciones con foros que desde esa fecha se realizan los sábados entre abril y diciembre en el Salón Auditorium de la Biblioteca Nacional.

El demonio nos gobierna (Fangelse) de Irgmar Bergman (Suecia, 1948). 17 de junio.

Calle Mayor de Juan Antonio Bardem (España, 1956). 24 de junio.

Una lección de Amor (En Lektion I Karlet) de Ingmar Bergman (Suecia, 1954). 1º de julio.

Las Amigas (Le Amiche) de Michelangele Antonioni (Italia, 1955). 8 de julio.

Volpone de Maurice Tourneur (Francia, 1958). 15 de julio.

Raíces en el Fango (Confidential Repor) de Orson Welles (EE. UU., 1955). 22 de julio.

El Arpa Birmana (Birmana no Tategote) de Kon Ichikawa (Japón, 1956). 29 de julio.

Iván el Terrible y La Rebelión de los Boyardos de Sergei Eisesntein (Unión Soviética, 1943-46). 5 de agosto.

Cenizas y Diamantes (Popiol i diamant) de Andrej Wadja (Polonia, 1958). 12 de agosto.

El Jefe de Fernando Ayala (Argentina, 1958). 19 de agosto.

La Casa del Angel de Leopoldo Torre Nilsson (Argentina, 1956). 26 de agosto.

La Trampa (Il Bidone) de Federico Fellini (Italia, 1955). 9 de septiembre.

Pasión Prohibida (Lock Back in anger) de Tony Richardsen (Inglaterra, 1956). 16 de septiembre.

Estados Unidos visto por un francés (Amerique vue par un francais) de Francois Reinchenbach (Francia, 1958). 23 de septiembre.

La Gran Ilusión (La Grande Illusion) de Jean Renoir (Francia, 1938). 29 de septiembre.

Puerta de Lilas (Porte de Lilas) de René Clar (Francia, 1957). 7 de octubre.

El Delator (The Informer) de John Ford 1935, EE. UU.). 14 de octubre.

El general della Rovere (Il generale della Rovere) de Roberto Rossellini (Italia, 1959). 21 de octubre.

French Can Can de Jean Renoir (Francia, 1954). 28 de octubre.

La Edad Dorada (le Bel Age) de Pierre Kast (Francia, 1958). 11 de noviembre.

Mujeres y Luces (Luci di Varieta) de Alberto Lattuada y Federico Fellini (Italia, 1950). 18 de noviembre.

Río Bravo de Howard Hawkes (Estados Unidos, 1958). 25 de noviembre.

Homenaje a Georges Melies en el Centenario de su nacimiento. Conferencia sobre Melies, de Manuel F. Gallardo. Exhibición del film de Georges Franju "Le Grand' Mèliés". 28 de noviembre.

La Larga Noche del 43 (La Lunga Notte del 43) de Florestano Vancini (Italia, 1960). 2 de diciembre.

1962

En 1962 se estructuró la programación en ciclos fundamentales —nuevo cine francés, nuevos realizadores del cine italiano, ciclo Hitchcok y otros.

Los Inútiles (I Vitelloni) de Federico Fellini (Italia, 1953). 7 de abril.

Un condenado a muerte se ha escapado (Un condamné a mort s'est echappé) de Ro-

bert Bresson (Francia, 1956). 14 de abril.

El Techo (Il Tetto) de Vittorio de Sica (Italia, 1958). 28 de abril.

Ciclo de cine norteamericano

La Condesa Descalza (The Barefoot Contessa) de Joseph Mankiewicz (1952). 5 de mayo.

Ciclo Hitchcock

El hombre equivocado (The Wromg Man), (1956). 12 de mayo.

Nuevo cine italiano

Verano Violento (Estate Violenta) de Valerio Zurlini (Italia, 1957). 19 de mayo.

Ciclo de cine norteamericano

Río Salvaje (Wild River) de Elia Kazan (Estados Unidos, 1960). 26 de mayo.

Nuevo cine francés

Doble vida (A double Tour) de Claude Chabrol (1960). 2 de junio.

Ciclo Hitchcock

Vértigo (Estados Unidos, 1957). 9 de junio.

La Joven (The Young one) de Luis Buñuel (Estados Unidos, 1960). 16 de junio.

Ciclo Max Ophuls

Lola Montes (Francia, 1955). 23 de junio.

Ciclo Nuevo Cine Italiano

La muerte de un amigo (La Morte di un amigo) de Franco Rossi (Italia, 1959). 30 de junio.

Ciclo Max Ophuls

Madame D. (Francia, 1953). 7 de julio.

Ciclo Nuevo Cine Italiano

La Muchacha de la valija (La Ragazza con la valigia) de Valerio Zurlini (Italia, 1960). 14 de julio.

Ciclo Hitchcock

La Posada Maldita (Jamaica Inn), (Gran Bretaña, 1939). 21 de julio.

Ciclo de cine norteamericano

Rebelde sin causa (Rebel Without a cause) de Nicholas Ray (Estados Unidos, 1955). 28 de julio.

Ciclo de cine norteamericano

La mujer rendida (A Cold Wind in August) de Alexander Singer (1961). 5 de agosto.

Confesión de Pecadores (Kvinnodram) de Ingmar Bergman (Suecia, 1955). 12 de agosto.

Ciclo nuevo cine francés

Ascensor para el Cadalso (Ascenseur pour l'échafaud) de Louis Malle (1955). 20 de agosto.

Ciclo nuevo cine francés

Los Amantes (Les Amants) de Louis Malle (1956). 27 de agosto.

Ciclo Hitchcock

El tercer tiro (The Trouble with Harry), (1955). 7º de septiembre.

Ciclo de cine norteamericano

La ley del Hampa (Underworld USA.) de Samuel Fuller (1960). 8 de septiembre.

Nuevo cine francés

Los Primos (Les cousins) de Claude Chabrol (1957). 15 de septiembre.

Ciclo de cine norteamericano

Sangre en el Río (The Big Sky) de Howard Hawkes (1953). 22 de septiembre.

Nuevo cine italiano

Rocco y sus hermanos (Rocco e i suoi fratelli) de Luchino Visconti (1960). 29 de septiembre.

Ciclo de cine norteamericano

El Proscrito (The Outlaw) de Howard Hughes (1941). 6 de octubre.

Ciclo Hitchcock

Pacto Siniestro (Strangers on a Train) (Estados Unidos, 1954). 13 de octubre.

Ciclo de cine norteamericano

Sombras del Mal (Touch of Evil) de Orson Welles (1957). 20 de octubre.

Ciclo de nuevo cine francés

Hiroshima, mi amor (Hiroshima, mon Amour) de Alain Resnais (1958). 27 de octubre.

Ciclo Joseph Losey

Deseo y Destrucción (Chance Meeting), (Gran Bretaña, 1958). 3 de noviembre.

El demonio nos gobierna (Fangelse) de Ingmar Bergman (Suecia, 1948). 10 de noviembre.

Ciclo de nuevo cine francés

Los cuatrocientos Golpes (Les 400 coups) de François Truffaut (1958). 17 de noviembre.

Ciclo Joseph Losey

Tiempo sin piedad (Time Without Pity) (Gran Bretaña, 1956). 24 de noviembre.

Que viva México de Sergei Eisesntein (1929). 1º de diciembre.

El rostro (Ansiktet) de Ingmar Bergman (Suecia, 1958). 1º de diciembre.

Ciclo de cine norteamericano

Propiedad Privada (Private Property) de Leslie Stevens (1961). 15 de diciembre.

Nota importante: Esta programación incluye solamente las películas presentadas por el Cine Club Universitario en la Biblioteca Nacional y no es el programa completo de todas las actividades del Cine Club Universitario.

Manuel F. Gallardo

IMPRESOS CHILENOS 1776-1818

VOL. I

MCMLXIII
BIBLIOTECA NACIONAL
Santiago de Chile

Notas Bibliográficas

EUGENIO PEREIRA SALAS

Impresos chilenos. 1776-1818. Santiago de Chile, Biblioteca Nacional, 1963. 2 vols. Imp. Zamudio, Santiago, MCMIXIII.

Bajo este modesto título se encierran los tesoros bibliográficos que contienen los dos monumentales volúmenes con que la Biblioteca Nacional celebra su Sesquicentenario. Es, sin duda, la institución que con mayor brillo y sapiencia ha sabido valorizar su aporte a la cultura ciudadana en estos ciento cincuenta años de vida ejemplar, los que han permitido al humilde repositorio fundado por la visión con futuro de los Padres de la Patria, transformarse en un hogar de estudio y en uno de los más ricos depósitos en el concierto de las bibliotecas americanas. Su Director, el erudito profesor e historiógrafo, don Guillermo Feliú Cruz ha concebido y dado término a esta magna obra como la expresión objetiva de su profundo conocimiento de los temas a los que ha entregado sin descanso su existencia de maestro, publicista y polígrafo, y es a la vez una prueba de su consagración funcionaria y su capacidad técnica lo mismo que de aquellos que lo acompañaron en la empresa, los señores Ulises Bustamante Gajardo, Manuel Cifuentes Arce y el profesor Carlos Stuardo, fallecido durante su desinteresada y leal entrega a estas labores.

Siempre animoso, temperamento fuerte, impulsado por su amor y pasión por los libros, el Sr. Guillermo Feliú Cruz ha sabido dar un toque humano a la tarea de poner en circulación el corpus bibliográfico de Chile, los modestos incunables de esos años primerizos de su evolución tipográfica. La monografía pone en manos de los estudiosos los materiales nobles para la recta reconstrucción del pasado y además, lo evoca al conjuro de la reproducción gráfica de las piezas, que han sabido rescatar de la incuria del tiempo y del triste abandono los grandes coleccionistas chilenos, para cederlas luego generosamente a las salas singulares de la Biblioteca Nacional que llevan en agradecido testimonio los nombres ilustres de Diego Barros Arana, José Toribio Medina y Enrique Matta Vial.

El documento proyectado en imagen toma sabor y color de época, y como lo dice con claridad el prologuista: "hablan muy fuerte al sentimiento patriótico del hombre de nuestros días. Lo harán sentir la grandeza de una causa que se desenvolvía en un pequeño medio. Por sobre la curiosidad bibliográfica que significan estos documentos, ellos asumen otro carácter: son las reliquias de una época. Como tales, han sido incorporadas en este libro".

Es difícil dar brevemente una representación adecuada del cabal contenido de estos dos tomos en formato mayor. El rico material se distribuye en una cuidada tipografía que honra a la industria gráfica del país, en especial a los talleres del Instituto Geográfico Militar, que bajo la dirección del Comandante Sr. Miguel Alvarado Abascal y el Mayor Víctor Copaja Gassol, no han omitido esfuerzos para dar forma relevante a la fecunda idea concebida por el Director de la Biblioteca Nacional.

La nitidez fotográfica de los originales, tomados por el Departamento de Foto-Cine de la Universidad de Chile que dirige con dignidad de artista el Sr. Roberto Montandón, ha permitido una calidad de clisé que da énfasis a las piezas reproducidas. Además, acompañan el libro, carpetas especiales con documentos sensibles que relatan los avatares de la institución centenaria. Gracias a ellos podemos contemplar en los grabados de Pierre Dejean, el arquitecto bordelés que salvara las imágenes urbanas del Santiago de comienzos del siglo XIX, el edificio primitivo, el local que surgiera de las transformaciones del histórico Tribunal del Consulado. La fotografía actualiza las viejas salas de lectura, que para los de nuestra generación evocan los primeros contactos con libros y documentos que nos entregaran con mirada celadora aquellos funcionarios desaparecidos que pusieran en nuestras ansiosas manos los estímulos del conocimiento. Entre inmaculadas páginas, que sirven de marco, vemos también reproducidos los retratos de

los bibliotecarios iniciales: la bizarra tela que representa a Fray Camilo Henríquez recostado en la delicadeza de un chaiselong, estilo directorio y la fisonomía prócer de don Manuel de Salas, en ese retrato, pintado al parecer por Mauricio Rugendas, que generosamente costearan sus contemporáneos en prueba de gratitud por sus servicios. Y está incluida también la galería de aquellos beneméritos intelectuales que supieron valorizar en épocas inciertas el sentido permanente y eterno de esta documentación. En homenaje recordatorio se incluyen los grabados de los historiadores y bibliógrafos de la imprenta en Chile: Juan Bautista Alberdi, Pedro Godoy, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Santiago Lindsay, Ramón Briseño, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, José Toribio Medina, Daniel Riquelme, Julio Vicuña Cifuentes, Luis Montt, Enrique Blanchard-Chessi, Ramón A. Laval y Domingo Amunátegui Solar.

Abre la compilación el Decreto oficial de 16 de agosto de 1813 que dio vida a la institución. Luego en las breves páginas intituladas: "Este libro", el Director Sr. Guillermo Feliú Cruz expone con sencillez los propósitos que persigue la obra. Tres secciones componen la admirable arquitectura del edificio libresco: la una funcional, sólida y concreta, formada por los materiales, colacionados bajo el rubro de "Reproducción de impresos chilenos (1776-1818), que alcanzan al crecido número de doscientos ochenta y uno. La segunda apoya la majestad del conjunto con: "Descripciones bibliográficas", que corresponden a los títulos anteriores; la tercera de: "Textos Manuscritos" (111 títulos) dan aliento patriótico y entonación cívica a la publicación. Los autógrafos, muchos de ellos inéditos en el Archivo Nacional, incitan a un ensayo sobre la grafología de los próceres; los rasgos rudos, enérgicos, delicados y tiernos, infantiles muchos, balbucientes en su expresión gramatical y ortográfica nos retratan en un aspecto íntimo no descifrado a veces, el alma y el espíritu de la generación republicana.

Pero, en verdad, no se trata de una simple reproducción; el Museo tiene un cicerone que a la manera de Burckhardt en su famoso libro, clasifica, expurga y explica los tesoros apuntados y hace resaltar su valor, haciéndolos hablar más allá del límite de su texto intrínseco, en relación con la época y la intención de los autores. La simple yuxtaposición cronológica de las piezas (fáciles de consultar por los prolijos índices) parece que formaran un relato histórico continuo. Los hechos objetivos van apareciendo en el fervor de las proclamas escritas con sangre por nuestros antepasados emancipadores. Se siente el peso ordenador de la Ley a que aspiran en las ordenanzas, decretos y bandos. El sentido jurídico nacional, tan arraigado en el país desde los primeros años de su historia independiente, herencias sin duda del pasado colonial, se expresa en la majestad de las primeras constituciones. La vida colectiva surge de esos pequeños hechos significativos, como diría Hipólito Taine; las esperanzas, entregadas a los manifiestos que a veces se transformaron en realidad; los "avisos", facturas y cuentas nos dicen con elocuencia lo pobres que éramos en esa época inicial. Se han enmohecido muchas páginas de estas hojas, panfletos, diarios y libros reproducidos, pero a ratos el leve toque de la xilografía ingenua, por ejemplo, el barroquismo fúnebre de la esquela del entierro del Gobernador Benavides o el sol sonriente y optimista del *almanak*, de 1814, golpea con su visión artística la realidad de ese período; en fin, la vida social, la económica y la política encuentran manera gráfica de expresarse en el texto sugerente reproducido.

Si es mucho lo que puede aprender la mirada del que sabe penetrar en la densidad de los documentos históricos presentados con arte gráfico en este libro, hay mucho más para la inteligencia del lector y del estudioso. Con rigor científico, con acertadas interpretaciones, el profesor Feliú Cruz aplica las máximas exigencias de la heurística en la faena de valorizar estas fuentes históricas.

El libro chileno y sus orígenes; la biblioteca en su génesis, desarrollo y finalidad; la historia de la imprenta y de sus hombres representativos, son los grandes temas que deja esclarecidos, dentro del proceso de la historiografía, esta utilísima compilación.

La obra honra a la Biblioteca Nacional, institución que sale airosamente al encuentro de los eruditos y el público mostrándoles la parte antigua de sus ricos fondos, los que ha custodiado con fervor en el correr de los años. Al rendir homenaje a sus predecesores en el cargo, el Sr. Guillermo Feliú Cruz refleja la riqueza de sus informaciones, la profundidad de sus conocimientos bibliográficos, la finura de su sentido crítico y el dinamismo y tenacidad que le han permitido dar cima a esta magna empresa.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ

Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno. 1946-1962, de Jorge Barría Serón, Santiago de Chile, publicación del Instituto de Organización y Administración, Universidad de Chile, 1963, 397 pp.

Mi distinguido ex alumno don Jorge Barría Serón, ha publicado una nueva obra en lo que ha sido la línea de sus estudios de investigación: la historia social de Chile.

Es interesante destacar que el hoy día profesor y abogado fue uno de los más aventajados discípulos en mis cátedras del Instituto Pedagógico y de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Me cupo, también, el honor de dirigir sus dos tesis de grado en las que el autor analiza la evolución del trabajo organizado y sus repercusiones en la vida institucional del país durante el primer cuarto de este siglo. La primera memoria *Los movimientos sociales de principios del siglo XX. 1900-1910* y la segunda, continuación de la anterior, con el mismo título abarcando los años 1910 a 1926, merecieron las más altas calificaciones.

Al respecto, creo conveniente reproducir aquí el juicio que me mereciera el primero de estos trabajos realizado hace diez años atrás:

> El tema de esta memoria es de un interés extraordinario. Abarca un momento de nuestra historia que se caracteriza por la presencia de una nueva clase social y por la acción organizada de ella, la que se constituyó a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX: ésta es la del proletariado. En su estudio se consideran las primeras manifestaciones ocurridas en Chile de un fenómeno que alteró las bases de nuestra estructura social, modificó el ritmo y el contenido de nuestra evolución política y tuvo un significado amplio en todos los planos de la vida nacional.

Concluía el informe:

> A mi juicio, la memoria que informo es un trabajo excelente. Elaborado con riguroso criterio científico, su autor expone simplemente los resultados de una investigación prolija y concienzuda hecha de preferencia sobre fuentes directas: periódicos, actas de sesiones de los congresos parlamentarios mensajes presidenciales, memorias ministeriales, libros y folletos. Por otra parte, la objetividad de los juicios expresados y la sólida fundamentación de ellos, revelan la seriedad y la madurez intelectual del autor. Estimo que el trabajo del señor Barría constituye un capítulo de primer orden para la historia de la clase obrera chilena y contiene materiales de considerable valor para el más completo conocimiento de la evolución política, social y económica de Chile durante los primeros años de este siglo.

Semejantes conceptos emití con ocasión de la segunda memoria de prueba, los que indican la opinión que al profesor que suscribe esta crítica, le merecen los trabajos de investigación del presente autor y está, por lo tanto, en situación de examinar ponderadamente la presente obra.

El libro en cuestión, constituye una investigación dentro de un programa que la Honorable Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, está empeñada en el campo de las relaciones laborales. Es interesante destacarlo porque representa un esfuerzo orgánico para estudiar un área de problemas de nuestro país que está llena de prejuicios, cargada de emociones por la actuación de grupos contradictorios, influida por hechos políticos y sociológicos y de la que existe escasa información objetiva.

La obra que comentamos, consta de un Prefacio suscrito por el director de la institución que impulsa el programa de investigaciones en el campo del trabajo y en cuyos párrafos hace alusión al mismo. Luego sigue, una Introducción en la que el autor expone claramente las materias que constituyen el trabajo y después en siete capítulos se desarrolla el contenido de la investigación. Concluye con un apéndice y la bibliografía correspondiente.

El cuerpo del libro tiene, a mi juicio, dos partes bien diferenciadas: una histórica propiamente tal que comprende los capítulos I, II y III; y otra sociológica, los capítulos IV a VII.

La parte histórica narra la evolución de las fuerzas sindicales abarcando un período comprendido entre los años 1946 a 1962. El capítulo I titulado "Los Antecedentes" enfoca una etapa de divisionismo sindical iniciada en la fecha primeramente indicada. El autor analiza las causas de esta desintegración gremial, las pugnas político partidistas dentro del

movimiento, la actitud del gobierno reflejada en la promulgación de leyes rigorosas de seguridad interior como de facultades extraordinarias y la actitud de los asalariados para superar el marasmo e inoperancia a que habían sido reducidos.

El capítulo II denominado "Hacia la Unidad Sindical" constituye un panorama de las circunstancias que condujeron al fenómeno antes indicado, un análisis de las fuerzas sindicales y doctrinarias que confluyen a crear la Central Unica de Trabajadores. El autor estudia exhaustivamente los planteamientos ideológicos, programáticos y organizativos de la nueva institución que se funda en febrero de 1953.

El capítulo III llamado "La Trayectoria" constituye propiamente tal el estudio de la vida y práctica del movimiento nacional sindical. Se verá mencionar en sus páginas los distintos ministerios que esbozaron políticas para afrontar el problema capital de la inflación hasta la adopción de una línea económica que con ligeras variantes predomina en nuestros días. Estas posiciones en el campo económico repercuten en el orden político, en los cambios ministeriales, en el terreno de las libertades públicas, como en el enfoque de las relaciones con las fuerzas del trabajo. A su vez, éstas reaccionan y en el capítulo se describen sus planteamientos económicos, sociales y públicos, las huelgas generales realizadas y proyectadas, las técnicas para actuar, como las disidencias que han surgido en su seno, fruto de las correlaciones de tendencias que conviven en el movimiento sindical. El examen de los Congresos y otras reuniones realizadas como el análisis de los acuerdos ocupan varias páginas de este enjundioso capítulo.

La parte que denominó sociológica, analiza en sus capítulos IV y V los órganos de la estructura sindical nacional; léase Congresos, Conferencias, Consejos, etc., aportando una valiosa información sobre su composición como funcionamiento interno. Completa estos capítulos el VI dedicado al estudio de las finanzas de la institución, un elemento vital en grupos sociales como el que el autor investiga.

El capítulo VII titulado "Los Problemas" describe en forma admirable cuestiones tan álgidas como la orientación y composición de las distintas tendencias doctrinarias que existen en el campo sindical. Estudia las grandes cuestiones que lleva en sí un movimiento obrero y analiza el por qué de las disidencias que han acaecido entre los trabajadores durante el período de casi diez años que cronológicamente abarca esta sección de la obra.

El libro se completa con notas bibliográficas distribuidas al pie de la página correspondiente, una bibliografía que revela el esfuerzo de la investigación realizada y la reproducción de documentos oficiales del movimiento sindical, como de cuadros informativos.

Analizando la obra en conjunto resalta en su aspecto formal el plan de la misma. Bien concebido y laboriosamente elaborado sirve de basamento a la gran cantidad de datos recolectados por el autor. En su contenido y examinando particularmente la parte histórica se nota que el autor ha pretendido demostrar una tesis fundamental cual es: que los actores principales del drama social chileno han sido, por una parte, los gobiernos apoyados por las fuerzas principalmente de la producción y el comercio y por otra, el movimiento sindical. Hay otras tesis que serían corolario de la anterior: una que los sectores del trabajo organizado pretendieron en un momento hacer un cambio, o mejor acelerar el ritmo de evolución del país y la otra, que el precio social de la política antinflacionista impulsada por los gobiernos ha sido la desintegración o el arrinconamiento del movimiento sindical. En suma, el autor plantea implícitamente que en la nación chilena habría una correlación de fuerzas sociales que han sido determinantes en la generación de los hechos sucedidos en los últimos dieciséis años. En verdad, la demostración de estos planteamientos está abonada por una sólida recolección y ponderación de informaciones, desarrollada con una objetividad y ecuanimidad que hablan muy en alto del autor y escrita en un estilo claro, vigoroso y meditado. En suma, estamos en presencia de una auténtica obra de investigación académica y de proyecciones en el campo de la historiografía nacional.

El autor rompe en cierto grado con el método narrativo y pretende hacer una síntesis interpretativa de la historia social del país en el período que abarca su trabajo. Se podrá discrepar de sus tesis, polémicas como todas las interpretaciones, pero, la argumentación permanece como aporte para reelaborar otros planteamientos. El autor por haber circunscrito quizás demasiado el área de su estudio, no considera adecuadamente el rol de los partidos políticos en el quehacer nacional, la idiosincrasia de otros grupos

que actúan, la personalidad psicológica y la gravitación de los jefes de Estado y la influencia de otros hechos económicos. Estas limitaciones no empañan el trabajo realizado, muy por el contrario, constituyen filones para iniciar nuevas investigaciones que tengan como fuente la obra que comentamos.

El examen de la bibliografía y de las notas revelan la acuciosidad con que el autor trabajó los materiales y la objetividad y madurez con que fueron extraídos los datos. Las fuentes bibliográficas las constituyen los diarios completados por los periódicos y la literatura que se ha escrito sobre facetas del tema. Además, el autor dispuso de materiales inéditos, sobre todo concernientes a la parte sindical. En sí misma la bibliografía constituye un aporte valioso a la historiografía social chilena.

Resumiendo mi opinión, la obra comentada es un aporte positivo al conocimiento de la realidad actual nacional; es un enfoque objetivo de los acontecimientos acaecidos en los últimos dieciséis años en el área de los problemas del trabajo; constituye una obra de consulta tanto para el investigador como para el público que quiera tener una visión de primera fuente acerca de la historia social chilena. Finalmente, el libro confirma una vez más la calidad intelectual de su autor y representa una contribución inapreciable a la renovación de la corriente historiográfica nacional.

JOSÉ ZAMUDIO

Impresos chilenos. 1776-1818. Santiago de Chile, Biblioteca Nacional, 1963. 2 vols.

Para conmemorar sus 150 años de vida, la Biblioteca Nacional de Chile ha publicado la obra señalada en el encabezamiento, digna de encomio, por muchos conceptos, según veremos.

La realización de esta importante obra bibliográfica, ha sido posible por la feliz coincidencia de que al frente de este establecimiento bibliotecario, se encuentra el profesor e historiador don Guillermo Feliú Cruz, gran conocedor de la bibliografía chilena y entusiasta propulsor de estas labores en nuestro país.

Bibliógrafos, bibliófilos, coleccionistas, historiadores, todos cuantos amen el libro espléndido, pueden estar de plácemes con la aparición de este gran despliegue tipográfico, que representa la impresión de estos 2 volúmenes en folio, cuyos pliegos intonsos, sin encuadernar, se guardan en una caja apropiada. Todo aquí se conjuga para que el *amateur* admire la impecable tipografía, el papel de gran cuerpo, las láminas y los facsímiles que exhornan el libro, dispuesto para halagar el gusto más exigente en esta clase de materias. Según la justificación de la tirada, de esta obra se han impreso 3.000 ejemplares en papel Vergé Nº 57, nacional, de los cuales 100 numerados e individualizados. Intervinieron los siguientes establecimientos gráficos: Nascimento, para la impresión del texto; Instituto Geográfico Militar, para los facsímiles en offset; Litografía Marinetti confeccionó las láminas en negro y en color. La edición fue proyectada en sus detalles gráficos por Mauricio Amster, verdadero artista en su especialidad.

Un análisis de esta obra, aunque sumario, puede ayudar a explicar su materialidad y su objeto.

El volumen I contiene una carpeta con 6 láminas en blanco y en negro, que representan diversos aspectos de la Biblioteca Nacional, a través de los años, y algunos documentos gráficos sobre la imprenta de la *Aurora*, firmas de impresores y sobre Camilo Henríquez.

Desde la página XVII hasta la CXI corre una extensa y erudita Introducción debida a la pluma de don Guillermo Feliú Cruz, en que se explica la razón y secciones de esta obra y, además, se hace una pormenorizada historia de la imprenta en Chile, desde sus orígenes hasta 1818, a través de las obras y ensayos monográficos que la han estudiado.

A continuación se sigue, en otro cuerpo del mismo volumen I, la reproducción facsimilar de los impresos, en el orden en que aparecieron, desde 1776 hasta 1818, conservados por la Biblioteca Nacional, el Archivo Nacional y el Museo Histórico. Los principales repositorios en donde se guardan estos impresos son la Biblioteca Medina y el Museo Bibliográfico, del primer establecimiento nombrado. Muchos de estos impresos se reproducen en su integridad, página por página. De otros, en especial, los periódicos sólo se reproduce la portada del primer número y el prospecto cuando lo tienen. De este modo, el estudioso puede observar el arte de imprimir en Chile, desde el primer "incunable", el rudimentario *Modo de ganar el Jubileo Santo*, del año 1776, hasta los impresos aparecidos en el año del afianzamiento de la Independencia, es

decir, en 1818, en su mayoría proclamas y bandos patriotas y realistas. Para ayudar a la consulta de este cuerpo, se acompaña a continuación un *Indice cronológico de los Impresos chilenos que posee la Biblioteca Nacional desde 1776 hasta 1818.*

El volumen II contiene, también, una carpeta con 5 láminas alusivas, siendo de notar las que representan a los historiadores y bibliógrafos de la imprenta chilena.

Viene en seguida la descripción bibliográfica, uno por uno, según los cánones de esta ciencia, de todos los impresos, desde 1776 hasta 1818, que conserva la Biblioteca, reproducidos facsimilarmente, como hemos dicho, en el volumen I. Estas descripciones van encabezadas por un número correlativo, desde 1 hasta 281, cifra que representaría el total de los títulos de impresos que conserva este establecimiento, en las fechas indicadas. De aquellos impresos de que se tienen noticias, pero de los cuales hasta ahora no se conocen ejemplares, se dan también sus descripciones aparentes, esta vez encabezadas por asterisco, debajo del número de orden de los otros impresos, a que hemos hecho referencia, según la fecha de impresión que les correspondería.

Esta sección ha sido trabajada teniendo a la vista, especialmente, las dos herramientas más importantes de nuestra bibliografía, para esta época, a saber, la *Bibliografía de la imprenta en Santiago de Chile,* de Medina, publicada en 1891, y sus *Adiciones,* obra póstuma, de 1939, y la *Bibliografía chilena,* de Luis Montt. Ambas obras han sido vaciadas íntegras en la que comentamos, eliminando, sí, muchos pormenores eruditos e históricos que las acompañan.

En esta parte no hay grandes novedades de impresos, a los ya aportados por Medina y por Montt, salvo algunos pocos de 1817 y 1818. Más adelante nos referiremos de nuevo a estos impresos, para acotar algunas observaciones bibliográficas que nos merece dicha sección. Se acompaña a esta parte, igualmente, un Indice especial.

Más adelante se abre un tercer cuerpo titulado *Textos Manuscritos. 1813-1814,* especie de apéndice o complemento del anterior, en que se reproducen por medio de la fotografía, originales o copias de los Bandos, Proclamas, Decretos, Reglamentos, etc., firmados por los diversos miembros de las Juntas de Gobierno, o las autoridades de la administración, que sirvieron para hacer los ejemplares impresos; acompaña también, a esta parte, una *Cronología de los Textos Manuscritos,* con la indicación donde ha sido impreso el original. El total de estos textos asciende a 41, siendo 9 de ellos completamente inéditos.

•
• •

Tal es, a grandes rasgos, el contenido de esta obra que honra a la bibliografía nacional, no sólo por la excelencia material, volvemos a recalcar, sino también por la importancia que tiene para el estudio y el adelanto de las investigaciones histórico-bibliográficas en el país. En este aspecto, debemos hacer notar, que con esta obra, ahora, los bibliógrafos podrán disponer reunidas en un solo cuerpo, ensambladas en forma ordenada, las descripciones de impresos que registran las dos obras de Medina y la de Montt, a que hicimos referencia más atrás, relativas a los primeros impresos chilenos, más algunos pocos, como dejamos dicho, correspondientes a 1817 y 1818, que no llegaron a conocimiento de ambos ilustres bibliógrafos.

•
• •

A continuación, nos permitiremos hacer algunas observaciones, en forma más detenida, recurriendo a nuestro modesto conocimiento de la imprenta e impresos chilenos en sus orígenes, lo cual no resta mérito a esta magnífica obra.

1) Si bien, la obra que comentamos pretende registrar los impresos que conserva la Biblioteca Nacional, en un sentido amplio, en el Catálogo que acompaña a las reproducciones, también colaciona aquellas piezas que no se encuentran en sus repositorios, pero que fueron registradas por Medina y Montt, sin que éstos especifiquen el lugar en que se guardan, o por mera suposición o inferencia sospechan que pudieron ser impresas, sin dar más detalles. En *Impresos chilenos,* si no hemos visto mal, sólo una vez se describe una pieza que no se encuentra en la Biblioteca, sino en la colección particular de don Enrique Laval (Nº 250). Pensamos que este último procedimiento pudo haberse hecho extensivo, también, para otros impresos coloniales y de la época de la Independencia, que se sabe que están en

poder de algunos coleccionistas nacionales.

Por ejemplo, el bibliófilo y bibliógrafo Carl Schaible, posee algunos impresos que ni Medina, ni Montt conocieron, de los cuales ha noticiado en un artículo aparecido en *El Mercurio*, con el título de "Los orígenes de la imprenta en Chile", y que la obra que comentamos, transcribe, asimismo, en las páginas C y siguientes del volumen I. Habría sido de sumo interés describir estos impresos y otros, ya que esta obra que analizamos, no aporta novedades, sobre impresos coloniales, sino sólo los que dieron a conocer Medina y Montt.

2) Aunque muchos impresos se reproducen facsimilarmente en su integridad, habríamos deseado que algunos otros, lo hubieran sido, también, ya sea por su rareza o por alguna especialidad de impresión. En este caso está, por ejemplo, la famosa tesis de J. I. Gutiérrez, *Hesperiae Monarchae...*, impresa en 1780, y sobre todo falta la reproducción de la anteportada con la lámina grabada en cobre con un escudo de armas, que según los especialistas es el primer grabado de que se tiene noticia en Chile.

3) En el catálogo de las *Descripciones bibliográficas*, vol. II, se señala que algunas piezas son descritas por primera vez. En este caso está, por ejemplo, un edicto de O'Higgins, de 26 de marzo de 1818, que comienza: "Prohibiéndome la enfermedad de una mano firmar..." (Nº 254). Sin embargo, esta pieza fue descrita con mucha anterioridad por el autor de esta nota, en su *bibliografía* de O'Higgins (1946), pág. 20, Nº 21; se puede añadir, además, que existe otro ejemplar en el Archivo del Senado.

Igual cosa sucede con una Proclama de San Martín a raíz de la batalla de Maipú (Nº 257), titulada: *Viva la Patria. Triunfos del Sud en el llano de Maypo*, fechada el 5 de abril de 1818. Esta pieza también fue descrita por nosotros en la bibliografía del prócer señalada, pág. 188, Nº 597. Dicha pieza no sólo se encuentra en el Archivo Nacional, sino que hay otro ejemplar en el mismo Museo Bibliográfico.

4) Entre los impresos de 1818 falta la descripción bibliográfica, y por lo tanto tampoco aparece reproducido facsimilarmente, una proclama de O'Higgins, titulada *El Director Supremo del Estado a los habitantes de la provincia de Concepción*. Esta pieza, sumamente rara, se conserva en la Sala Barros Arana de la Biblioteca Nacional, dentro de un expediente relativo a la batalla de Maipú, y fue descrita por nosotros en la bibliografía de O'Higgins, pág. 22, Nº 23.

5) En el volumen I, pág. 387, se reproduce entre los facsímiles de impresos, un bando manuscrito firmado por O'Higgins, *del cual no se conoce el impreso* respectivo. Pensamos que habría sido mejor insertarlo entre las reproducciones de manuscritos. Lo mismo sucede con el bando reproducido en el volumen I, pág. 396, que es manuscrito y no impreso.

6) Habría sido conveniente salvar algunas erratas. Por ejemplo, en el volumen II, Nº 191*, la nota dice "Briseño, Parte Cuarta, p. 435"; no se sabe a qué tomo de la *Estadística bibliográfica* de Briseño se refiere esta parte cuarta. En el paso de la página C a la CI, vol. I, faltan algunas líneas esenciales.

7) Mirando ahora la cara de estos vetustos impresos de nuestras primeras imprentas, observamos con el relieve que presta su reproducción fotográfica, cuántas anotaciones puestas sin cuidado, no contemporáneas del impreso, inclusive timbres bibliotecarios demasiado visibles, las afean y las estropean, colocadas por poseedores y bibliotecarios que han tenido que ver con estos impresos. Claro que esta observación no atañe a la obra que comentamos, pero aprovechamos la oportunidad para que en esta materia de conservación de nuestros "incunables" y otras piezas bibliográficas raras, se adopte una política que en vez de deteriorar estos preciosos impresos, los conserven, sin máculas extrañas, para la posteridad. De esta observación no se escapa ni siquiera nuestro primer impreso conocido, *Modo de ganar el Jubileo Santo*, que según el facsímil se ve pegada a su desvencijado dorso una estampilla para ordenarlo en los anaqueles. Otro ejemplar interesante, cual es el *Almanak*, de 1813, tiene su portada plagada de grandes signaturas y timbres, que quizás provengan algunas del mismo ilustre Ramón Briseño. ¡*Que el dios de los bibliófilos* lo haya perdonado!

Cuando escribíamos esta nota teníamos ante nuestra vista otros repertorios bibliográficos, con facsímiles, en los cuales tal cosa no sucede; por ejemplo, sin ir más lejos, la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, de García Icazbalceta (edición de 1954), en que aparecen portadas y páginas pulcras y mondas, sin cotas y signaturas bibliotecarias desmesuradas, a no ser algunas venerables anotaciones de sus poseedores contemporáneos.

Ante estos *Impresos chilenos. 1776-1818,* no cabe, finalmente, sino recordar y repetir la tan sabida frase *Habent sua fata libelli.* Aquellos impresos cumplieron su destino. Ahora tienen otro: que se les conserve, se les estudie, se les reproduzca, bajo todas las formas, tal como se ha hecho en esta oportunidad en esta magnífica muestra bibliográfica.

ELEAZAR HUERTA

En torno al Poema del Cid. Ramón Menéndez Pidal. Editora y Distribuidora Hispano Americana, Barcelona-Buenos Aires, 1963, 222 págs., en 8º.

Don Ramón Menéndez Pidal reúne en este volumen los estudios siguientes: *El poema de Medinaceli, La épica medieval en España y en Francia, Fórmulas épicas en el Poema del Cid, Dos poetas en el Cantar de Mio Cid, Sobre la fecha del Cantar de Medinaceli, Una duda sobre el duelo en el Poema del Cid, Mitología en el Poema del Cid* y una *Recapitulación final.* Sigue una *Bibliografía* con apartados sobre crítica del texto, versiones al español moderno, traducciones a lenguas extranjeras, crítica filológica y crítica estética.

El extenso estudio inicial —*El poema de Medinaceli*— vale como resumen de cuanto el viejo maestro ha escrito sobre el tema en otras ocasiones, bien que fijando sus tesis definitivas. El poema "pertenece a un género, el de la poesía épica castellana", es "poesía heroico popular castellana", un género que existió desde algo antes que el Poema de Mio Cid hasta el siglo XV. Se insiste en la historicidad del mismo y en que no es monástico sino fronterizo. Respecto a basarse en tradiciones locales, de Gormaz y Medinaceli, ya se adelanta aquí algo sobre lo más nuevo del volumen: la existencia de dos juglares. Con todo, predomina la visión de conjunto y hasta llega a dársenos el argumento de la obra. Algunas de las síntesis a que llega Menéndez Pidal son felicísimas por su claridad:

Tanto la geografía como la acción convergen hacia Gormaz y Medinaceli.

El carácter local de estas leyendas llega a alusiones hechas de pasada que son hasta "impertinentes", como la de Griza, que pobló Alamos y en cuyos caños se encerrara a Elfa.

El carácter local y fronterizo del Poema le da cierta desproporción con respecto a la realidad histórica. Sin embargo, se derivan de eso mismo las siguientes ventajas: a) Destacar lo trabajoso del destierro sobre el éxito que fue la conquista de Valencia; b) Convertir la afrenta de Corpes, trágica y hondamente humana, en el episodio central del Poema.

Son valores del "Mio Cid": el estar superado el odio a León, típico de otros cantares de gesta castellanos; el sustituir la venganza feroz por la reparación jurídica, apartándose en esto de toda la épica europea de entonces; el darnos un héroe mesurado y siempre leal al rey, así como un rey inicialmente riguroso, pero sin llegar a la saña injusta; el disimular otros detalles horribles, como los sufrimientos de la sitiada Valencia. Y un gran mérito del Poema reside en lograr unidad de sentido al presentarnos el engrandecimiento del héroe, mientras obras notables en muchos aspectos, como Roland o los Nibelungos carecen de tal unidad y poseen dos núcleos de sentido: la traición y luego la venganza. Por lo que hace al estilo y al clima sentimental, hay en el Poema una actitud humana y "gris", que viene de la pobreza metafórica, la sobria descripción de viajes y de fiestas. En suma, el autor mostró "más talento para idear su plan que imaginación para desarrollarlo". Acierto típico del juglar de Medinaceli es su manejo de la graduación: al presentarnos la vileza de los infantes de Carrión, el desarrollo de las Cortes de Toledo o la evolución del carácter del rey Alfonso.

El paralelo de *La épica medieval en España y en Francia* —mayor verismo y tosquedad formal de la primera— repite los puntos de vista de Menéndez Pidal acerca de la proximidad histórica de los hechos cantados en Castilla y la "perdurable" tendencia de España a poetizar sobre lo histórico antes y después de la Edad Media. Se traen a colación los ejemplos de Lucano, Ercilla, Camoens, etc.

El estudio más nuevo, es, sin duda, el titulado *Dos poetas en el Cantar de Mio Cid.* Empieza Menéndez Pidal recordándonos que en 1908, al publicar su estudio sobre el *Cantar de Mio Cid, texto, gramática y vocabulario,* creía en el autor único por muchas razones: la proximidad del texto, cuya fecha fijó en 1140, a la muerte del héroe; el dialectalismo, todo del mismo carácter; el pormenor topográfico, que se centraba en dos pueblos, Medina y Gormaz muy próximos entre

sí. Algunas diferencias entre el tipo de recuerdos que tenían por centro Gormaz y los vagos de Medinaceli, así como las diferencias de versificación entre los cantares primero y tercero del Poema le parecían explicables pensando en un autor único. Pero ya al reeditar la obra citada, en 1946, observó que Alfonso VI no poseyó Medinaceli en vida del Cid, "error grave", en contradicción con los exactos conocimientos del Poema sobre Gormaz. En años sucesivos ha llegado a convencerse de que hay en el Mio Cid dos modos de poetizar, dos autores, aunque la primera impresión que nos produce es la de su perfecta unidad de plan y de inspiración.

"El poeta de San Esteban de Gormaz enumera, con más detalle y más amor, las cercanías de su villa, hasta el punto que en la rápida descripción de un viaje, contrariando su habitual sobriedad narrativa, refiere de pasada una leyenda local que parece de origen germánico, relativa a una Elfa o sílfide encerrada en una cueva; este poeta alaba *San Esteban, una buena cipdat*, y a sus habitantes *siempre mesurados y muy pros*... Recuerda con toda exactitud la situación de aquella tierra cuando el Cid sale desterrado", etc. Por el contrario, el poeta de Medinaceli "se muestra poco enraizado en su terruño".

Los datos aportados son interesantes, sugestivos, aunque siempre limitados en este trabajo a la invención, sin entrar en posibles diferencias de estilo entre unas partes y otras del Poema. Por supuesto, el poeta de Gormaz, como contemporáneo de los hechos narrados, resulta el autor de un texto "noticiero", según la terminología grata a Menéndez Pidal en sus últimos libros, especialmente el dedicado a *La Chanson de Roland*. Por lo mismo, el gran problema viene a ser lo relativo a la afrenta de Corpes, que debe ser histórica, según las ideas del maestro sobre la épica española y, sin embargo, no pertenece a la historia. El se inclina por admitir unos esponsales que la leyenda transformó después en bodas, pues romper los esponsales era posible y no infamaba. Mas entonces crece la parte debida al juglar de Medinaceli, y acaso el cantar noticiero de Gormaz era breve e informe, sin un episodio central ya de rango dramático.

Así, la sospecha de Menéndez Pidal sobre la existencia de dos poetas en el Mio Cid abre nuevas incógnitas, ante todo.

JUAN URIBE ECHEVARRÍA

Baroja y su mundo. Obra realizada bajo la dirección de Fernando Baeza. Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Ediciones Arión. Tres tomos. Madrid, 1961.

Pío Baroja es seguramente, con excepción de Cervantes, el novelista español que mayor curiosidad ha concitado dentro y fuera de la península.

Como Cervantes y otros ingenios españoles ha debido soportar también la envidia, la incomprensión y hasta la mala fe de sus paisanos.

Hay, desde luego, honrosas excepciones[1].

El veneno de la postergación y la injusticia, que tanto abunda en el campo de las letras, tiene sus compensaciones y ventajas que, por desgracia el menospreciado o postergado capta, si vive lo suficiente, en los límites de la ancianidad.

Concluido el ciclo vital del autor, los jóvenes se apoderan de la figura del incomprendido y con ella fustigan y azotan a los *viejos* que no quisieron o no pudieron justipreciar, en forma cabal, determinado fenómeno literario y tomaron por defectos lo que eran cualidades, anticipaciones y profecías estéticas.

De Baroja se ha dicho casi todo y se ha repetido mucho. Lo mejor de sí mismo lo escribió el propio don Pío en *Juventud, Egolatría*, en los prólogos de sus novelas y en los impagables seis volúmenes de sus *Memorias*.

El tomo I se abre con el soneto inolvidable que dedicara al novelista, don Antonio Machado:

En Londres o Madrid, Ginebra o Roma,
ha sorprendido, ingenio paseante,
el mismo taedium vitae *en vario idioma,*
en múltiple careta igual semblante.

[1] A la antigua y noble amistad que con leves trizaduras siempre existió entre Baroja, Azorín y Ortega y Gasset, dedicó Salvador de Madariaga la siguiente décima:

Baroja, Ortega y Azorín
se admiran triangularmente.
Ortega, espectador consciente,
ve en Azorín un ser... afín;
Azorín a Zalacaín
considera estupefaciente;
y Baroja en Ortega siente
la alta cultura de ultra-Rin;
Baroja, Ortega y Azorín
se admiran triangularmente.

(*Presente y Porvenir de Hispanoamérica y otros ensayos*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1959. Pág. 113).

Atrás las manos enlazadas lleva,
y hacia la tierra, al pasear, se inclina;
todo el mundo a su paso es senda nueva,
camine por desmonte o por ruina.

Dio, aunque tardío, el siglo diecinueve
un ascua de su fuego al gran Baroja,
y otro siglo, al nacer, guerra le mueve,

que enceniza su cara pelirroja.
De la rosa romántica, en la nieve,
él ha visto caer la última hoja.

En el prólogo, Laín Entralgo apunta con certeza a la relación autor-personajes en la novelística barojiana:

"No siempre es de igual intensidad la conexión entre la vida creadora y la vida creada. Hay autores que parecen señorear su propia obra: mandan sobre sus personajes como un déspota antiguo, no conviven con ellos y para el lector son hombres distantes, encumbrados, fríos. Otros, en cambio, apenas difieren de las criaturas de su pluma. Acaso en su vida real no salgan jamás de la estancia en que diariamente sueñan y escriben; acaso pasen por misántropos entre las gentes que les rodean y leen; pero quienes dentro de esa estancia llegan a verles y tratarles, pronto se sienten inmersos —primero como espectadores, luego como personajes— en el seno de la obra literaria que allí ha cobrado existencia escrita. Ajeno al mundo de los intereses cotidianos, el autor vive y hace vivir a los demás en otro, quizá menos interesado y más real, que su fértil imaginación ha sabido crear"[2].

Fernando Baeza, Jorge Campos y sus colaboradores han ampliado a libro el gran número de Homenaje que dedicara la revista *Indica* (N.os 70-71, enero-febrero de 1954) a la vida y obra de don Pío, agregando apreciables trabajos, algunos inéditos, otros reelaborados, incluidos en el tomo I, entre los que debemos citar:

Recuerdos (Julio Caro Baroja); *Las novelas vascas* (Luis S. Granjel); *La Lucha por la vida* (Gonzalo Torrente Ballester); *Historia y novela* (José Antonio Maravall); *De La Familia de Errotacho a Locuras de Carnaval* (Elena Soriano); *El periodismo* y *La Biografía* (Jorge Campos); *Los ensayos* (Vicente Gaos); *El teatro* y *Los viajes* (Leopoldo Rodríguez Alcalde); *La poesía* (José Hierro); *Las Memorias* (Francisco García Pavón).

El tomo II contiene una antología de artículos críticos y ensayos, de autores españoles y extranjeros, publicados con anterioridad a la muerte del gran novelista. Se reproducen los juicios de Juan Valera, Miguel de Unamuno, *Andrenio*, José Ortega y Gasset, Federico de Onís, Antonio Machado, César Barja, Gregorio Marañón, Ernesto Gómez Caballero, Juan Ramón Jiménez, César González Ruano, Julián Marías, León Felipe, Camilo José Cela, Joaquín de Entrambasaguas; Max Nordau, H. Peseux-Richard, Alfonso Reyes, Jean Cassou, J. B. Trend, John Dos Passos, Ernest Boyd, *Alone*, Jean Sarrailh, Phillippe Soupault[3].

Destacaremos, por su novedad para los lectores americanos, el estudio de Juan Antonio Zunzunegui, *En torno a don Pío Baroja y su obra* (Discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua).

El tomo II incluye también algunas páginas de don Pío: *Prólogo casi doctrinal sobre la novela (La Nave de los locos)*, *La formación psicológica de un escritor* (Discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua), *La cuestión del estilo (Pequeños Ensayos)*.

El tomo III está dedicado a dos Apéndices de interés bibliográfico: *Breve censo de personajes*, de Gonzalo Torrente Malvido; *Indice temático de la obra ensayística de Baroja*, de Vicente Gaos.

La *Summa* barojiana de Fernando Baeza es inapreciable como aporte bibliográfico e iconográfico referido al novelista y su obra. Por lo que recoge de lo ya escrito y lo que aporta de los escritores nuevos su lectura se hará indispensable para los barojistas del presente y del futuro.

JORGE CONCHA

Cantos Ceremoniales. Pablo Neruda. Editorial Losada. Buenos Aires, 1961.

La penúltima obra de nuestro poeta máximo lleva un título que inmediatamente recuerda al lector los *Cantos materiales* residenciarios. Desde aquel trío de poemas magistrales, hasta llegar al libro que comentamos, mucho ha recorrido el poeta, muchas experiencias han transformado su poesía, su mismo mundo se ha

[2]Tomo I. Pág. XI.

[3]Material ya recogido, en gran parte, en la excelente obra de José García Mercadal: *Pío Baroja en el banquillo* (Antología crítica). *Tribunal español. Tribunal extranjero*. 2 vols. Colección Variorum. Librería General. Zaragoza, 1947.

trasmutado. El paisaje virgen de *Residencia en la Tierra*, por ejemplo, es ahora espacio vegetal humanizado por la presencia y la acción del pueblo. Pero por sobre todas las diferencias que se complacen en señalar los detractores del último Neruda, contra los que, con ánimo limpio o torcido, buscan en *Residencia en la Tierra* el Edén estético definitivamente perdido de su poesía, subsiste un hecho básico: lo mismo que el árbol de la ciencia cartesiano, esta poesía tiene raíces metafísicas que alimentan y vivifican constantemente su inspiración. El poeta permanece siempre fiel a una intuición fundamental de la naturaleza, plasmada en las Residencias, de cuya estructura simbólica participan las determinaciones poéticas posteriores del pueblo y de la historia. De ahí que el marxismo aparezca integrado en su poesía, y el Neruda comunista y el Neruda poeta no sean dos sujetos incompatibles, como quieren muchos. De hecho no son ni siquiera separables. Pero todas estas son tesis que aquí sentamos dogmáticamente, pues su demostración superaría el marco de esta reseña.

Con todo, reflejos y destellos de la profunda cosmovisión nerudiana los percibimos todavía en los dos poemas finales de estos Cantos: *Océano* y *Fin de Fiesta*, cuyo tema marino los vincula directamente con *El Gran Océano*, la cosmogonía materialista del poeta en que su visión del Fundamento se hace histórica. De la sección tercera de *Fin de Fiesta* citamos estos versos:

"Fin de fiesta... Llueve sobre Isla Negra,
sobre la soledad tumultuosa, la espuma,
el polo centelleante de la sal derribada,
todo se ha detenido menos la luz del mar.
Y ¿adónde iremos?, dicen las cosas su-
[mergidas.
¿Qué soy?, pregunta por vez primera el
[alga,
y una ola, otra ola, otra ola, responden:
nace y destruye el ritmo y continúa:
la verdad es amargo movimiento".

No nos resistimos a subrayar los últimos versos, pues nunca, como en ellos, ha sido tan rotundamente expresada la intuición dialéctica que preside el canto de Neruda. Nosotros en otra parte hemos mostrado que los orígenes de la vida se poetizan en *Entrada a la Madera* como la fecundación dialéctica del Fundamento por el Tiempo. La interpretación de Alonso de la "desintegración" residenciaria está hecha desde una lógica aristotélica que agota a los contrarios en su oposición:

"Nace y destruye el ritmo y continúa"...

Nos descubre que el ritmo no termina en la destrucción, sino que gracias a ésta, y sólo a ésta, la continuación de la vida es posible: *la destrucción es creadora*. Por otra parte, toma solamente en cuenta una experiencia negativa, absolutamente negativa, de la temporalidad, muy ad usum de las filosofías existenciales de moda, que hacen gala de una desesperación metódica. ¡Pero la poesía de Neruda no es un método para desesperarse, ni lo ha sido! Precisamente es la poesía de la esperanza en virtud de su original conciencia del poder creador del tiempo:

"En la fertilidad crecía el tiempo".

Menos aglomeración de abstrusidades críticas, y más inmediatamente conmovedor por la carga de dolorosa experiencia colectiva que lo provoca, resulta el poema *Cataclismo*. Entre nosotros, chilenos y valdivianos, removerá algunos tristes escombros en el alma.

"El cementerio de los Anwandter en la Isla, frente a Valdivia, escondió cien años la última gota pura del olvido (...).

Las lianas, las hiedras, las cadenas del
[bosque,
los hilos que desde el drimis winterey y
[el notofagus
altos como las catedrales que perdieron,
góticos como los sueños feroces de su
[natalicio,
cosieron con aguja y silencio una peque-
[ña patria verde,
la iglesia vegetal que sus huesos quería.
Y ahora, aquellos muertos ¿qué hicieron?
[Dónde viven?
De aquella taza de agua y olvido, de
[aquella susurrante
sombra secreta, salió también el miedo
a pasear con su ropa inundada por la
[soledad de Valdivia?
¿O también alcanzó allí la lengua del
[volcán,
el agua interminable que quería matar
y el grito agudo, agudo del mar contra
[el olvido?

El poeta, que se hallaba en Europa cuando ocurrieron los sismos, sólo pudo entregar esta ofrenda lejana y dolida, este recado de aliento que termina así:

"es nuestro deber eterno la tierra ene-
[miga,

vuestro deber es abrir las manos y los [ojos
y salir a contar lo que muere y lo que [nace".
"...pongámonos en la cara la única son-[risa que flotó sobre el agua,
recojamos el sombrero quemado y el apellido muerto,
vistámonos de nuevo de hombre y de [mujer desnudos.
construyamos el muro, la puerta, la [ciudad:
comencemos de nuevo el amor y el [acero:
fundemos otra vez la patria temblorosa".

Mucho más se podría decir sobre los diez cantos que constituyen el poemario, y que carecen a primera vista de sólida unidad temática. Nos interesa solamente agregar algo relativo al poema *Lautréamont Reconquistado*. El poeta uruguayo-francés constituye una obsesión para Neruda, que cobra en él conciencia del mensaje original que la poesía americana ha enviado al viejo continente. Lo mismo que Poe, en la América de arriba, realizó al fecundar la inspiración de Baudelaire, Lautréamont y Neruda, como dos hermanos signados por el mismo destino de esta América profunda, han coincidido en revelar el mundo de lo primigenio a la Europa supercivilizada. Ya en el *Viaje al corazón de Quevedo*, que data del 54 decía de Lautréamont: "...con la misma sinrazón y el mismo desequilibrio que el hocico sangriento del puma, el caimán devorador y destructor y la pampa llena de trigo, para que la humanidad entera no olvide a través de nosotros, su comienzo, su origen".

Neruda participaba allí del sentido que le asignaba a la poesía del Maldoror americano. Pero ahora, en *Lautréamont Reconquistado*, se produce una total identificación de obra e itinerario vital. La América olvidada del uruguayo, el París devorante que lo alucinó, sus luchas en el tiempo de La Commune corresponden exactamente a la infancia nocturna y vegetal de Neruda en el Sur de Chile, a su horror de la ciudad y a su combatividad como militante del partido comunista.

Esto, apenas esto, debería hacer meditar a quienes niegan conciencia y lucidez creadora a la faena poética de Neruda. Un poeta que busca de este modo confirmación de sus intuiciones en tan escasa tradición como es la nuestra, ha calado sin duda muy hondo en lo singular del arte de nuestro Continente.

José Miguel Varas

El Gran Duque de Gandía. Comedia de Don Pedro Calderón de la Barca, publicada por Ediciones de la Academia Checoslovaca de Ciencias, según el manuscrito encontrado en Mlada Vozice, Checoslovaquia. Introducción, notas y glosario de Vaclav Cerny, profesor de la Universidad, Doctor en Letras. Praga, Checoslovaquia, 1963.

Que se edite en Checoslovaquia una obra de Calderón es normal. Llama algo más la atención que la obra se edite en español. Sorprende, francamente, que aparezca en Praga la primera edición —absolutamente la primera— de una comedia escrita por Calderón en 1671 y cuyo texto anduvo perdido por más de 200 años, antes de ser encontrado en un castillo de una aldea checa, en 1961.

Así, aparte del interés que a hispanistas y amantes del teatro pueda ofrecer *El Gran Duque de Gandía*, para el cronista y para el simple lector se acumulan en esta edición motivos de curiosidad: ¿cómo pudo llegar a Bohemia un manuscrito de Calderón y cómo se conservó ignorado hasta hace tan poco tiempo?, ¿qué pruebas existen de que el manuscrito encontrado corresponda realmente a una obra de Calderón?, ¿cómo se sabe de la existencia de esta comedia, si antes nunca se conoció su texto? Las respuestas a ésta y a otras preguntas están contenidas en el estudio preliminar del profesor Cerny, prodigioso erudito en literaturas romances. Poco o nada puede agregarse a ese estudio. El papel del autor de esta información no es otro, pues, que el de un periodista que ordena hechos y opiniones.

De Madrid a Mlada Vozice.

Para entender por qué un manuscrito de Calderón fue a dar, de la capital española a la aldea checa donde fue encontrado, conviene recordar algunas circunstancias de la época. Hay reyes Habsburgos en España y en Austria, estrechas relaciones entre ambos imperios y continuo ir y venir de viajeros y mercancías de Madrid a Viena, muy a menudo pasando por Praga que desempeña entonces el papel de una capital mercantil y de los negocios, así como Viena lo es de la diplomacia y de la Corte.

En 1665 viaja a Madrid, en misión diplomático-matrimonial, el conde Ferdinand Bonaventura de Harrach, a quien se ha encomendado concertar el matri-

monio del príncipe Leopoldo de Austria con la princesa María Margarita. Harrach desempeña, además, como agente de contacto entre los Habsburgos de ambas Cortes, un papel importante en un momento de complejas intrigas políticas. En 1672, después de varios viajes a España, y con la debida lentitud austríaca, es designado Embajador en Madrid. En octubre de 1673 llega a la capital española con toda su familia: su esposa española y su hija María Josefa, que ha recibido una educación española.

Un alma barroca.

El profesor Cerny, con quien el cronista tuvo ocasión de conversar en Praga, se refiere a María Josefa —que se firmaba María José— con el tono que podría usar para hablar de una sobrina cercana:

—Era un alma barroca. Se desvivía por el teatro y por las cosas de la iglesia. Las dos preocupaciones centrales de su siglo. Su biblioteca, conservada en Mlada Vozice, revela su carácter...

En esa biblioteca fue encontrado el manuscrito y es lícito suponer que fue ella misma quien lo llevó a Bohemia cuando, años más tarde, su padre fue relevado de su cargo diplomático en Madrid. Aún más; cree Cerny, que posiblemente fue ella misma quien hizo sacar la copia de la obra que se ha encontrado, con el propósito de agregarla a su biblioteca. En la primera página del manuscrito aparece su firma (Recordemos que la época de Calderón era, para los dramaturgos, acaso más desdichada que la actual. Los manuscritos de obras teatrales eran vendidos por los autores a los directores de las compañías, que se transformaban en poseedores absolutos y exclusivos de ellos, a perpetuidad. Como que se les llamaba "autores", mientras a menudo los autores reales se hundían en el anonimato. Para evitar la concurrencia y conservar la exclusividad, los tales "autores" procuraban evitar que "sus" obras se publicaran o copiaran. De ahí que hoy día se desconozcan varios dramas de Calderón y de sus contemporáneos. En una carta al Duque de Veragua, del 24 de junio de 1680, Calderón se queja: "conozco mis dramas por sus títulos, por sus textos los desconozco"; a los editores los llama "algunos ladronzuelos que viven de venderlos" y de los libreros opina: "Consideran la poesía más un defecto de quien la escribe, que una falta de quien la estropea").

Para completar las andanzas de María José: en Bohemia se casó con el conde Juan José de Küenburg (también "españolizado", hijo de doña Juanina de Guzmán) y se fue a vivir a su casa solariega, un castillo (clasificado "de segunda categoría" por los rigurosos arquitectos checos) en Mlada Vozice. Desde fines del siglo XVII el manuscrito estuvo allí, esperando.

UN MILLON 400 MIL MANUSCRITOS.

En 1958, la Academia Checoslovaca de Ciencias designó una comisión de especialistas encargada de estudiar y catalogar manuscritos antiguos. Hay 1 millón 400 mil de ellos sólo en las bibliotecas y archivos de los numerosos castillos del país, que hoy son propiedad estatal. En este trabajo de proporciones kafkianas, le tocó en 1959 el turno a la biblioteca del tantas veces nombrado castillo de Mlada Vozice. La comisión encontró cuatro manuscritos en español y los entregó al profesor Cerny, la más alta autoridad del país en materia de literaturas romances de los siglos XV a XVIII.

El profesor Cerny reconoció pronto dos copias manuscritas de obras conocidas de Calderón: *El postrer duelo de España* y *La dama y galán Aquiles*. Calderoniana le pareció también una comedia de capa y espada típica en argumento, desarrollo y personajes, titulada *No hay que creer ni en la verdad*. Pero se emocionó, sobre todo, al encontrar una copia de *El Gran Duque de Gandía*, obra conocida de nombre por los eruditos, pero desaparecida por completo desde fines del siglo XVII. Le pareció desde el primer momento, encontrarse ante una versión auténtica. Ya veremos por qué. Conviene, entretanto, recordar algunos antecedentes sobre el Gran Duque.

INQUIETUD DEL DUQUE DE VERAGUA.

En 1681, el Duque de Veragua se puso nervioso. Se consideraba el poseedor de la mejor colección conocida de copias de las obras teatrales de Calderón, a la sazón el máximo dramaturgo oficial de la Corte. Pero no estaba seguro de que estuviera completa. Don Pedro, que ya tenía 80 años, podía morir en cualquier momento dejándolo en la estacada. Así pues, le pidió que le proporcionara una lista completa de todas las obras teatrales que había escrito en su vida. "La lista de Calderón", bien conocida por los hispanistas, contiene 110 títulos y su elaboración debe haber dejado exhausto

al dramaturgo: como que murió poco después.

En la lista aparece la comedia *El gran Duque de Gandía*.

En 1691 Juan de Vera Tassis y Villarroel que llevaba publicados nueve volúmenes de obras completas de Calderón, anunciaba un décimo, que contendría doce piezas; entre ellas, "El Gran Duque". Ese décimo volumen no apareció jamás.

Y aquí se pierde el rastro de la comedia.

El Gran Duque de Gandía no es otro que Francisco de Borja, virrey de Cataluña, bajo Carlos v, que llegó a ser general de jesuitas y que fue canonizado, en espléndida fiesta, en 1671.

Basándose en copiosa documentación histórica, el profesor Cerny cree, además, que fueron los propios soberanos de Austria, a través de Harrach o de su embajador en Madrid, quienes encargaron a Calderón escribir la obra, como un gesto diplomático de especial halago a sus Majestades españolas. (El año 1671 es un año de grandes acontecimientos internacionales que envuelven a los dos imperios: alianza contra Luis XIV, defensa de los Países Bajos españoles, matrimonio de Carlos II, sucesión del trono español; son visibles los esfuerzos de Austria por influir en España y determinar la política real).

DESENGAÑO Y OTROS INDICIOS.

Ahora bien, ¿corresponde el manuscrito de Bohemia auténticamente a la obra de Calderón? La respuesta del profesor Cerny es afirmativa y abruma por la riqueza de los argumentos que expone. Son diez las razones a nuestro juicio fundamentales, que aquí resumimos, las que demuestran su autenticidad.

1. *Drama de santo* en 3.400 versos, *El Gran Duque de Gandía* corresponde a un género asiduamente cultivado por la dramaturgia de la época. Se diferencia, no obstante, de piezas del mismo tipo, porque en ella la santidad es presentada como un proceso interior espiritual, que se va perfeccionando progresivamente. Sólo un poeta muy original y seguro de sus talentos podía enfrentar el tema de este modo, desdeñando los versos habituales de "milagros" espectaculares en escena.

2. En el proceso de renovación moral del protagonista, el rasgo esencial es el sentimiento generalizado del *desengaño*, la desilusión de la vida, que despoja de todo valor a las vanidades efímeras del mundo, falsas, quiméricas, irreales, sueño. Es el mismo concepto básico de *La Vida es Sueño* y la tesis profunda —idealista— de gran parte de la obra de Calderón.

3. Aparte de la acción religiosa, hay otra secular, que se entrelaza con la primera, *de tipo amoroso*. La grave santificación de don Francisco se desarrolla sobre un fondo de amores juveniles. También rasgo característico de Calderón. Los dos argumentos forman una unidad perfecta y la peripecia amorosa es una verdadera comedia de capa y espada, de género cortesano, típicamente calderoniana.

4. Esos amores de Carlos y Magdalena, aparecen en la obra como *antítesis* de los esponsales espirituales del duque con la religión. Se revela así la concepción de la vida y de la acción por antítesis, que encontramos siempre en Calderón. La antítesis entre el desengaño del duque y la ilusión engañosa del amor de los jóvenes; la antítesis entre el proceso de santificación del duque y los amores juveniles, por una parte, y las mezquinas intrigas de quienes los rodean; las antítesis regulares que van presentándose, de escena en escena, entre momentos de significación espiritual y momentos mundanos, escenas serias y escenas frívolas y hasta, en algunos casos, del mismo tema que es presentado, sucesivamente, desde ángulos opuestos; las antítesis entre los personajes: el emperador como poder temporal y el duque como poder moral; Carlos el amante feliz y Juan el amante desdichado; el padre Fabro, la humildad misericordiosa y el bandido Segalona con su orgullo cínico, etc. Desde el punto de vista ideológico, esta concepción en antítesis corresponde a la esencia misma del pensamiento barroco y el propio Calderón la presenta así: "Todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos".

5. *La técnica de la construcción dramática* se manifiesta en la obra sutil, ingeniosa, de manera que un argumento complejo resulta expuesto con perfecta nitidez y gran economía de medios.

6. *El cultismo* calderoniano se revela también en la pieza, obra típica de poeta cortesano. Todos los rasgos que Lope y otros reprochaban a estos autores, están presentes: latinismos, inclusión de neologismos eruditos o de origen italiano; omisiones del artículo y, en general, latinización ambiciosa de la sintaxis; "metáfora sobre metáfora", se quejaba Lope, que reprochaba además "hispanismo

cruel"; hipérboles, epítetos churrigueres-cos, "estupendos vocablos". No obstante, opina Cerny, todo esto no llega a oscu-recer el lenguaje ni a hacerlo incompren-sible.

7. *La versificación* corresponde a la regla calderoniana pura. Prevalece el ro-mance (en 1.900 versos de .3.446); la redondilla viene luego (840 versos), la quintilla, la octava y la silva.

8. *Una particularidad estilística* espe-cialmente calderoniana es el uso extraño de fragmentar el curso del discurso, de manera que un personaje sea interrum-pido por otro, lo interrumpe a su vez y así sucesivamente, hasta que a menudo logran llegar al fin de su diálogo por el unísono de un verso común.

9. *La fuente de la obra* parece ser la vida del santo escrita por el padre Pedro Ribadeneyra S. J. (1592). En la obra descubierta aparece desempeñando un pa-pel secundario, como un joven clérigo que observa la santificación del duque.

10. *En el conjunto de obra de Calde-rón* la comedia *El Gran Duque de Gan-día* se sitúa en 1671, entre *El Gran Prín-cipe de Fez* (1669) y *Don Baltasar de Loyola* (1672). Se observan relaciones de tema entre las tres piezas, que desde diversos ángulos tienden a exaltar a la Compañía de Jesús.

A MANERA DE CONCLUSION.

Digamos finalmente que la edición de la Academia de Ciencias Checoslovaca, muy cuidada, contiene el texto de la obra en castellano del Siglo de Oro, in-troducción, notas y glosario en francés, además de grabados de María José, del castillo de Mlada Vozice y dos facsímiles del manuscrito. Tiene 210 páginas.

Parece indudable que para nuestra Universidad, para todos los hispanistas chilenos, ofrece el mayor interés estable-cer una relación más estrecha con quie-nes realizan, en este terreno, una obra tan minuciosa. Entre el millón y tanto de manuscritos que aun falta por clasi-ficar en los castillos checos, ¿cuántas otras obras inéditas del Siglo de Oro español pueden aparecer aún?

En la parte final de la introducción, el profesor Cerny rinde homenaje emo-cionado al Maestro Ramón Menéndez Pidal, quien considera que el manuscrito descubierto e impreso ahora, por prime-ra vez en Praga, corresponde realmente a la obra de Calderón.

LAUTARO YANKAS

Colección de Cuentos Chilenos. Selec-ción de Lucía Janikova. Prólogo de N. Losinskaia. Ilustraciones de V. Súrinkov. Editora Estatal de Obras Literarias. Mos-cú, 1961. 191 pp.

La publicación en idioma ruso de esta antología del cuento chileno habrá de interesar en nuestro país, tanto a los escritores como al público que sigue con atención el desarrollo y la irradiación de nuestra literatura. La noticia señala un hecho digno de examen. No es primera vez que muestras de la literatura chilena son vertidas al francés, inglés, italiano, sueco, polaco, ruso o chino. Alguna no-vela o cuento alcanzaba tal fortuna. Sub-rayamos, sin embargo, la especial impor-tancia de la presente publicación, entre otras razones por la naturaleza del tra-bajo realizado bajo la dirección de la escritora Lucía Janikova y por el número de ejemplares: ochenta mil. Se realza la tirada con una presentación tipográfica nada común y con ilustraciones del pin-tor V. Súrinkov.

Las noticias que tenemos sobre esta selección indican que fue iniciada y ter-minada en Rusia, sin que haya servido para ello insinuación o plan sugerido des-de Chile. Sabemos que en Rusia los estudios de español y el conocimiento de las letras hispanoamericanas alcanzan hoy un nivel destacado. Si a ello sumamos la tensión humana y social que registran las repúblicas del Nuevo Mundo, queda explicado el interés de Rusia y de otras naciones de la Cortina de Hierro por difundir la literatura realista americana como expresión de nuestras vivencias. El examen de la colección de cuentos y la lectura del prólogo que la explica, re-velan desde luego un claro concepto de nuestro proceso cultural en razón de nuestra historia desde el siglo XIX ade-lante, una segura visión de nuestro ca-mino socioeconómico y en lo que a lo literario se refiere, un criterio holgado para valorar nuestra creación cuentística en relación con las tendencias dominan-tes en cada época, desde Lastarria hasta hoy. Respalda nuestra afirmación el pá-rrafo que transcribimos, tomado del es-tudio que antecede a la muestra y escrito por N. Losinskaia, especialista en estu-dios de literatura hispanoamericana: "En comparación con sus predecesores, los es-critores de Chile independiente tratan de librarse de la imitación de modelos literarios europeos. Representan cada vez

más profundamente, y bajo todos sus aspectos, la vida del pueblo, su lucha y sus esperanzas". "El jalón más importante en el desarrollo de la literatura chilena de la primera mitad del siglo XIX fue la "polémica literaria del año 1842", que planteó problemas acerca del lugar que debe ocupar el escritor en la sociedad y de las particularidades nacionales de la literatura". "En medio del romanticismo, que reinaba entonces en la literatura chilena, se desarrolla una corriente especial, llamada "costumbrismo", cuyos representantes exponían los usos locales y las costumbres populares de su país. Los costumbristas más importantes no sólo se limitaban a mostrar los aspectos externos de la vida, sino además, trataban de penetrar en la esencia misma de las relaciones sociales".

Los conceptos transcritos nos indican el criterio que ha inspirado la tarea de esta selección. Con sentido cronológico y concepto estético se buscó en la producción chilena aquello que mejor expresara nuestros modos de vida, dejando de mano lo puramente pintoresco, y rumbeando hacia las raíces de la raza y hacia la lucha del hombre contra todo lo que le es hostil. En la rica cosecha del realismo costumbrista chileno, denominado criollismo, era fácil encontrar ejemplos calificados. Los catorce cuentos escogidos, fueron identificados por los signos del realismo social y del valor literario. Examinando el índice, nadie podrá afirmar, sin pecar de intencionado, que en esta antología hubo preferencia para personas o posturas doctrinarias. La ordenación del conjunto va indicando al lector la evolución del relato breve en Chile, el paso de las generaciones de escritores, las preferencias temáticas de cada autor, sus tendencias y su temperamento. Ello implica que los compiladores han debido agotar los estudios y las consultas sobre nuestra literatura y superarse en el examen, desdeñando, como es posible apreciarlo, mucho de lo que se había publicado aquí con criterio generalmente orientado hacia personas o grupos. He aquí, pues, una selección hecha desde fuera, con pupila zahorí y en líneas de perpectiva de tiempo y espacio, al margen de compromisos y recelos, hecho que deberá hacer meditar a nuestros autores de textos. La antología realizada por Lucía Janikova puede servir de ejemplo en Chile con el agregado de algunas páginas destinadas a salvar ciertas omisiones.

He aquí a los autores y sus relatos: José Joaquín Vallejos: *Enfermedad;* Federico Gana: *Candelilla;* Alberto Edwards: *El rapto del candidato;* Joaquín Díaz Garcés: *¿Descansar? Menos en el campo;* Víctor Domingo Silva: *No para la vida, sino para la muerte;* Eduardo Barrios: *Soledad;* Rafael Maluenda: *La mujer de cabaret;* Mariano Latorre: *Sandías ribereñas;* Luis Durand: *Epidemia;* Manuel Rojas: *Mendigo;* Lautaro Yankas: *Tronco viejo;* Oscar Castro: *El callejón de los gansos;* Francisco Coloane: *Tierra del Fuego;* Fernando Alegría: *El poeta que se convirtió en gusano;* Gustavo Mujica: *Coral blanco.*

Es digna de atención la parte que en el bien documentado prólogo dedica a cada escritor. Sobre el autor de *Sub Terra,* se expresa así: "Un episodio exteriormente sin importancia trasunta una generalización de tipos bajo la pluma de Baldomero Lillo". "Con pocas líneas el escritor pinta un paisaje nostálgico y oscuro incluyendo detalles característicos en el retrato y la conducta del personaje principal. Ante el lector aparece un episodio típico de la vida en una aldea minera, terrible por su prosaica rutina". Del autor de *Cuentos del Maule,* dice: "Latorre con gran atención se refiere a sus héroes, aùnque a veces también se deja atraer por el aspecto pintoresco exterior de sus caracteres". Federico Gana es analizado con agudeza: "Sin embargo, Gana pinta a menudo un idilio patriarcal del campo casi sin revelar el inevitable proceso de diferenciación del campesinado en las condiciones de la sociedad burguesa y los conflictos sociales relacionados con esto. No obstante, las tendencias realistas suelen presentarse en su creación". Sobre Víctor Domingo Silva da este juicio: "A Silva suele faltarle la penetración profunda en la vida, la cual es característica de Lillo, quien sabía separar lo principal de lo casual y de lo superficial". De Maluenda expresa: "Una serie de escritores de fines del siglo XIX y comienzos del XX dedican su obra creadora al tema de la ciudad con sus crueles contradicciones. La vida de los bajos fondos se halla reflejada en algunas obras de Rafael Maluenda. En su cuento *Mujer de cabaret,* el escritor se levanta contra la ofensa de la personalidad en un medio donde las manifestaciones de humanidad parecen antinaturales". El análisis de Eduardo Barrios logra particular interés: "Sin embargo, la excesiva atención de Barrios

hacia las impresiones psíquicas de sus personajes lo lleva ulteriormente a la creación de producciones abstracto-psicológica tales como *El niño que enloqueció de amor* y *El Hermano Asno*, donde el análisis del alma, volviéndose el único fin de la obra, aleja al autor de la realidad". En otro párrafo de su ensayo la prologuista apunta estas conclusiones: "En la literatura contemporánea chilena continúa la lucha entre los escritores que defienden los intereses del pueblo, revelando en su obra las contradicciones sociales, y los que profesan el renuncio a la representación objetiva de la realidad. En esta lucha los escritores progresivos logran grandes éxitos, creando interesantes producciones que afirman los ideales humanísticos y democráticos y que desarrollan las mejores tradiciones de la literatura nacional". Del autor de *Tronco viejo*, expresa: "Al espíritu de Lautaro Yankas le son propios el optimismo, la fe en los hombres y el renuncio a la consideración humillante por el hombre, existente en muchos escritores criollistas. El cuento *Tronco viejo* atrae por el certero y profundo análisis de las vivencias de un hombre viejo, enfermo, pero orgulloso, que no desea reconciliarse con su impotencia. El eterno tema de la separación con la nada no suena pesimista en este cuento: el viejo entra en su lucha con la muerte, y muere, no soltando de sus manos su instrumento de trabajo". De Francisco Coloane, dice: "Coloane se entusiasma por la audacia y hombría de los que salen vencedores en la lucha contra la naturaleza. El autor no idealiza a sus personajes: éstos son a menudo egoístas, codiciosos, irascibles, pero en eso los convierte la cruel vida". "Los caracteres están dibujados en forma audaz y convexa; ellos orgánicamente se mezclan con el severo paisaje que los rodea". Sobre Oscar Castro escribe: "Bajo la brusquedad externa, el escritor deja adivinar la profunda humanidad y, a veces, lo poético y tierno del alma de sus personajes. En el cuento *El callejón de los gansos*, la burla se une a la calidez y el lirismo, los vicios exteriores de los hombres no son capaces de ofuscar la verdadera belleza de la realidad, y los monstruosos fenómenos de la vida tampoco son capaces de ofuscar la clara felicidad del amor. Las producciones de Castro seducen por su naturalidad, frescura de colores y su profunda filantropía".

La traducción rusa está hecha con rigurosa fidelidad.

MANUEL ABASCAL BRUNET

Geografía de Chile. "Nuevo texto para la enseñanza secundaria conforme a programas oficiales", por Pedro Cunill, profesor de Geografía Humana en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Santiago, Editorial Universitaria, S. A., 1963. (232 pp).

Se trata de una obra verdaderamente original y de notable valor en muchos aspectos, destinada con gran interés y oportunidad a la asimilación de las materias geográficas referentes a nuestro país.

"Nuevo texto para la enseñanza secundaria" indica el título; pero en realidad es un trabajo que lo sobrepasa bastante. Debido a lo escaso de los conocimientos de la geografía nacional, resulta que por el momento servirá más para quienes van a rendir un bachillerato, iniciar sus estudios superiores y ejercer sus profesiones.

La redacción es clara, sencilla, breve y vigorosa, demostrando la facilidad del autor y el deseo de hacerse comprender. Se suprimen muchos adornos del lenguaje y más de una vez la lectura del libro nos ha recordado la forma escueta, precisa y casi matemática del eminente geógrafo Luis Riso Patrón en su Diccionario Geográfico de Chile, que aun después de treinta años de su fallecimiento, nadie había podido continuarlo. Sabemos ahora que el señor Cunill está preparando un nuevo Diccionario del mismo carácter.

El libro no se ocupa de la Geografía Elemental, y de acuerdo con su plan la da por conocida del alumnado. Tampoco se le atribuye a la nomenclatura la importancia esencial de la gran mayoría de los textos. El autor no trata de repetir ni dominar a sus antecesores, y esto constituye un rasgo muy estimable.

Vemos, en cambio, notables ventajas por la clara explicación que se da a la terminología geográfica.

Toda la obra está llena de dibujos, gráficos, croquis, esquemas y mapas, lo cual forma un sólido fundamento para facilitar la comprensión. Citemos como ejemplo la "Generación de energía", pág. 158.

Con los dibujos tan precisos y atrayentes, es difícil que un lector no lo entienda. Ejemplo, pág. 30, la formación de la lluvia.

Otro factor es la anotación de lecturas tomadas de escritores de mérito, co-

mo Gabriela Mistral, que de un modo tan sencillo capta la geografía de su patria y especialmente el Norte Chico; Ricardo Latcham, con sus interesantes y sabias observaciones sobre los aborígenes de Chile; el novelista Manuel Rojas, que describe la forma dispersa en que se nos presenta el río Aconcagua; Rubén Azócar, con los ríos de su provincia de Chiloé y Mariano Latorre, tan conocedor de la geografía física y humana de las provincias maulinas.

Los ejercicios prácticos constituyen un valioso elemento: las interrogaciones que ahí se plantean son sencillas y adecuadas. Así, por ejemplo, pág. 23, "La utilización de la terminología geográfica", y en la pág. 37 "El uso del vocabulario hidrológico".

¡Cuántas expresiones dudosas para gran número de personas encontramos en ellas —lo cual por lo demás es muy lógico— y con qué facilidad quedan aclaradas!

Para conocimientos de Geografía General citemos en pág. 35 "Cómo se forman los lagos".

Los capítulos de Geografía Humana están entre las mejores bases del libro, pues corresponden a la especialidad del autor, que presenta al chileno "creando y transformando el paisaje geográfico".

Anotemos un breve, pero interesantísimo subcapítulo sobre el origen de las ciudades chilenas (págs. 83-85), aun tomando muchas bien pequeñas, como Quirihue, Vichuquén, Alhué, y otras de importancia histórica y comercial, como la vieja y gloriosa Imperial, donde hoy se ha formado el puerto fluvial de Carahue; el activo "puerto mayor", también fluvial, de Constitución en otros tiempos y que ha pasado a ser un balneario turístico de gran porvenir; y Cobija, hoy desaparecida enteramente y fundada en 1825 por Simón Bolívar como puerto de embarque para Bolivia.

Desarrolla además la fuerte expansión urbana que va desarrollándose en ciertas ciudades, absorbiendo a muchas de escaso tamaño en los alrededores y empleando la moderna palabra geográfica de "conurbación".

Valparaíso constituye a nuestro juicio un caso especial, acercándose hoy al medio millón de habitantes, con fundamentos excepcionales, pues tanto Viña del Mar como las demás poblaciones satélites fueron íntegramente formadas por vecinos del gran puerto, que por escasez de espacios establecieron en ellas lo que tanto se denominó alegremente "los dormitorios de Valparaíso".

Concepción es también otro caso de "conurbación", pero en forma muy distinta, y respecto a Santiago, el autor la toma como base para las poblaciones "callampas" y una serie de urgentes problemas.

Creemos de especial interés lo que se refiere a la excesiva centralización de nuestra capital, en lo cual a veces se llega al ridículo: Valparaíso, a pesar de ser puerto de primer orden, ha debido traspasar gran número de sus oficinas marítimas a Santiago...

El capítulo dedicado a la Minería está lleno de datos y explicaciones que hasta aquí eran confusos o desconocidos para obras de esta categoría. En página 97 encontramos en forma muy útil la extracción del cobre y su elaboración, incluyendo un croquis que sirve de historia a la explotación en el siglo pasado. En página 208 un mapa de los yacimientos de fierro, indicando con un círculo cuáles son los existentes y cuáles están en explotación.

En otras páginas hay explicación y guía para visitar las minas principales.

Mucho más habría que observar en el trabajo geográfico del señor Cunill, pues no es fácil redactar una nota bibliográfica para un libro como el presente. Pero debemos terminar elogiando el optimismo que se marca respecto a Chile, sin nada de lamentaciones ni quejas contra el gobierno ni otros escritores. El autor, buen chileno, de robusta ascendencia catalana, trasluce siempre sus favorables espectativas y firme confianza en el país y en sus habitantes.

LUIS VULLIAMY

Don Judas Romero, Editorial Nascimento, 1963.

En la misma fecunda yegua blanca de los criollistas, y por una huella que don Mariano no alcanzó a recorrer, Miguel Angel Padilla echa a andar en nuestra literatura la estampa imborrable de Don Judas Romero.

Este don Judas representa sin duda el último huaso entre pije y macuco de nuestros libros de campo. Su imagen es más honda y real que el rajadiablos de Barrios; menos sobria, aunque más original, que el Anselmo Mendoza, de *Frontera*, de Durand.

La trama es lenta, casi estática. Hombres y bestias, cordilleras y pájaros tienen mucho que decir, demasiado que mostrarnos. Don Judas Romero, autén-

tico personaje de novela, también puede ser un manual liviano de vida campesina, la cuenta amena de ciertos usos de campo. Sabemos que algunas narices se arrugarán ante el olor a paja quemada, a renovales, cubiertas, y tierra recién movida que trae este libro. Don Judas precisamente tenía pacto con el diablo, y no le importaba que su azufre ahogara a metidos, beatas e inquilinos; él, hombre sin alma aparente, se valía de ello para barajar sus maulas y flaquezas por el mundo. Pero esta falsa apariencia de ningún modo podría ocultar toda el alma que posee don Judas Romero. Su ternura, imprevisible, puede ser auténtica, ni parecida a la simulada pasión contra Lillo y Latorre, que demuestran otros que no tardarán también en desconocer a Padilla las grandes virtudes de su novela. La negación maliciosa de los libros de campesinos, de peones y de mineros, habrá de repetirse, precisamente porque al atacar a los que de verdad son grandes, algunos muy contados se pueden empinar sobre sus conocidas limitaciones, y sentirse importantes.

Decíamos que la trama es lenta. Tal vez Miguel Angel Padilla hizo bien en huir del folletín casi invariable que para darle carácter a su prosa, tienta a quienes escriben del campo con superficialidad. En *Don Judas Romero* el lector puede enterarse, aparte de un poco de historia, de ciertas complejas tareas campesinas, de un guillatún, de una carrera celebrada casi en plena cordillera; puede saber de las interioridades de un arreo, atravesar los vados del Quepe, los coironales y nevadas del alto Bío-Bío, conocer que el Llaima, volcán en disputa, tiene dos cráteres, y que existen cañadones conocidos solamente por los arrieros y contrabandistas. Las descripciones sobre la amansa de caballos y sobre el arte de preparar gallos de riña, tiene el viejo y atractivo sabor que sólo un entendido puede darles.

Doña Juana, beatísima, buena e indiscreta, es un personaje de vigoroso perfil en la novela. Silva, el "ministro" que aplica en la Hacienda Traipo una disciplina, mitad de huaso y de milico; y, por último, Marcos Montiel, el hijo del dueño, son notables como arquetipos humanos, y sirven de marco a ese retrato donde campea don Judas montado en un puro huidobrano.

La Hacienda Traipo, adquirida en buenos pesos de oro por un coronel de caballería, padre de Marcos Montiel, el niño amigo de don Judas, es para *La Frontera* la excepción poco conocida del trasplante de costumbres chillanejas y de las haciendas huasas del centro, a esa tierra de fundos medianos, muchas hijuelas y reducciones mapuches. La hacienda es un feudo donde la voluntad de sus administradores supone una obligación mutua: el trabajo de sol a sol para los peones y la obligación de mantenerlos para su dueño. La relación entre unos y otros es casi cruel, pero su autenticidad clava, entre líneas, una bandera literaria. Encerrada por palo de pique y extensas cercas de tranquillas, no influye ni se deja influir por sus vecinos gringos, huincas y mapuches. Es un barco o una isla que boga dejándose mirar, pero sin mirar a nadie, en un contrafuerte cordillerano de la ancha tierra fronterina.

Don Judas lo consigue todo con trampas, sólo se humilla, y esto ladinamente, ante el hijo y prima del dueño. Si tiene probabilidades de ganar juega con caballos y dineros ajenos. Es ateo, pero puede llevar un rosario en las manos cuando desea ganar la voluntad de doña Juana, para registrar las botellas de la bodega. Las muchachas que llegan a su casa prueban sus caricias, y, por los resultados, parece que el vigor juvenil de don Judas, sumado a su experiencia de hombre maduro, casi viejo, les produce una impresión satisfactoria. Hombre tan poco formal, debe, sin embargo, tener un pero, y éste se presenta cuando las riendas, bastos, bocados, herraduras y peleros no tienen la medida milimétrica, que alcanza hasta el jinete y el largo y ancho de sus espuelas.

Hay prolongamientos narrativos que tratan de dar con prolijidad la sicología del inquilino, primitivo e influenciable. Diálogos largos, enrevesados, que prueban con ejemplos sacados de la vida y las costumbres una fraseología auténtica, que presenta todas las dificultades imaginables, aún para un autor que haya respirado esta lengua forjada por la tierra.

Conmueve el homenaje a los jinetes cordilleranos, en la introducción. Y en plena novela los nombres de personas y lugares conocidos. Deramond, Castellón, Klapp, Coulon, y otros sin nombres "muchos vivos todavía, y otros mirando pastar sus caballadas en los potreros que quedan más allá de esta vida".

Porque Miguel Angel Padilla no lo alcanza a decir en esta novela. El camión, el automóvil, la automotriz, la inseminación artificial y los gendarmes cordille-

ranos han venido a transformar esa vida. En este tiempo el niño Marcos Montiel ya debe ser un caballero obeso, militar o diplomático; doña Juana y Silva deben levantar sus brazos hechos cruces en cualquier cementerio. Y don Judas Romero, seguramente permanecerá al aguaite por ahí, porque a un hombre como él, a pesar de la influencia del coronel Montiel, nadie podría aceptarlo en el infierno, en el limbo, o en el cielo.

JORGE TEILLIER

Los nómades del mar, por Joseph Emperaire. Traducción de Luis Oyarzún. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago, 1963. 263 páginas.

Uno de los temas más fascinantes de la antropología es, sin duda, el del estudio de los restos de las tribus primitivas que aún habitan la tierra, conservando un modo de vida que no ha variado mucho desde la remota Edad de Piedra. Una de ellas es la de los alacalufes que habitan, como se sabe, en el Extremo Sur, especialmente en Puerto Edén y sus vecindades. Los pocos alacalufes que todavía sobreviven, restos de una tribu otrora numerosa, están condenados —según todas las evidencias— a desaparecer en un futuro no muy lejano, así como desaparecieron los onas y los yaganes. Antes de que esto ocurra, tenemos un testimonio directo de su vida actual, que será sin duda tan significativo con respecto a los alacalufes como el de Gusinde respecto a la tribu yamana. Se trata, por supuesto, de *Los nómades del mar*, libro escrito por el antropólogo francés Emperaire, muerto prematuramente en 1958, y en cuyas páginas hallamos una completa relación sobre el pueblo alacalufe, con su vida social, psicológica y religiosa, técnico-material, así como un estudio sobre el ambiente geográfico y su historia, desde sus primeras relaciones con los blancos, hasta 1953 en que quedaban 63 supervivientes. Emperaire no realizó un estudio académico del pueblo alacalufe, sino que se incorporó a él, convivió cotidianamente con sus integrantes durante dos años, y logró en cierto modo llegar a ser adoptado por la tribu. Este es el gran mérito de esta obra, realizada con amor hacia el sujeto de estudio, que no es considerado meramente como un grupo exótico o pintoresco, sino como un integrante de la humanidad, que bien poco humanamente lo ha tratado por cierto, aun cuando en los últimos años el Gobierno ha intentado ayudarlo y preservar su supervivencia. Sin embargo, se puede deducir del testimonio de Emperaire que pese a la evidente buena intención de la ayuda oficial, ésta no ha sido puesta en las manos más atinadas o conocedoras del problema, y los alacalufes han ido perdiendo paulatinamente su modo natural de vida y su dignidad, sin ganar mucho en cambio, salvo unas cuantas especies que reciben en forma casi mendicante.

En *Los Nómades del Mar* se hace una recapitulación de los conocimientos sobre la prehistoria y la historia del pueblo alacalufe, así como del medio físico en el cual vive; esa región que Darwin calificara como "la más siniestra del mundo", los archipiélagos australes con sus tempestades y hostilidad a las cuales, sin embargo los alacalufes supieron adaptarse.

Para el estudio de la vida actual de los alacalufes se dedican en el libro capítulos en los cuales se describe su vida material, tanto en el campamento, como en el mar, cuando las familias salen a buscar subsistencia (expediciones de más en más escasas, pues la mayoría prefiere esperar la ayuda de la base de Puerto Edén o el trueque de objetos con los barcos que allí hacen escala). Asistimos casi como espectadores, gracias a la acuciosidad de Emperaire, a las faenas cotidianas de los alacalufes, así como a sus riñas y entretenciones familiares. Amenas páginas son aquellas en que se trata el cariño hacia los perros, los trabajos de cestería, la construcción de las canoas, la caza de focas.

Pero el libro de Emperaire no se limita al contorno físico. Se interna también en un mundo que nos resulta mucho más enmarañado y difícil que el paisaje desarticulado del archipiélago: el mundo mental de una gente tan primitiva como es la alacalufe. Emperaire superó la más grave incomunicación al aprender la lengua alacalufe, hasta poder participar en sus conversaciones, recoger sus historias y sus cantos. La observación última es la de que los alacalufes por un proceso de transculturación, van perdiendo paulatinamente sus tradiciones, sus mitos —de los cuales los más jóvenes aún se avergüenzan— para quedar en un estado intermedio entre la barbarie y la civilización, que se traduce sólo en frustración. Todavía, sin embargo, pesan sobre ellos interdicciones y creencias y planea sobre sus vidas la sombra del espíritu del mal, Ayayema, habitante de pan-

tanos y marismas, que Emperaire describe con palabras que no vacilamos en calificar de poéticas.

Hemos comentado este libro desde el punto de vista de lo que se llama "un profano en la materia", y es que sin perder su rigor científico *Los Nómades del Mar* tiene la virtud de ser accesible a cualquier lector, a la vez que de interesar y hacernos compenetrar con la vida de los lejanos alacalufes. Por último, sería injusto no señalar que la excelente traducción del poeta y escritor Luis Oyarzún aumenta sin duda el valor de esta obra, que la Comisión Central de Publicaciones de la Universidad de Chile ha acertado en publicar.

SALVADOR BUENO

El siglo de las luces. Novela, por Alejo Carpentier. Cía. General de Ediciones, México, 1962.

La acción de *El siglo de las luces*, la reciente novela de Alejo Carpentier, comienza en La Habana hacia 1792. Son los últimos años del siglo "Iluminista". A la ciudad colonial llega un francés, comerciante y panadero, Víctor Hugues. Conoce a tres jóvenes, Carlos, Sofía y Esteban, que llevan una vida donde se mezcla la despreocupación con el estudio y afición a las corrientes intelectuales y artísticas de la centuria que termina.

Por aquí penetramos en el territorio de esta novela subyugante. Nos trasladamos a La Habana de aquellos años, a una casona amplia, hermosa, que tiene al lado un enorme almacén que cobija y expande los olores penetrantes de diversas mercancías. Detrás de la casa, casi escondido, hay un pequeño patio donde un esclavo cultiva unas hierbas medicinales en torno a un busto de Sócrates.

Los tres jóvenes habaneros leen desordenadamente, discuten todos los temas, hacen música. Una noche, golpes de aldaba les traen la figura enigmática de Hugues, agente de la francmasonería. Y esos jóvenes iluministas sienten el empuje de la vida conflictiva del mundo por la boca de este hombre. Y sopla entonces el ciclón, que arrasa los techos, que llena los patios de lodo, que sacude aquellas existencias.

Asombra esa reconstrucción que hace Alejo Carpentier de La Habana dieciochesca. Las calles, las casas, las gentes, el barrio del Arsenal. ¿Por qué caminos de imaginación no nos arrastra el novelista? Aquella ciudad que conocería Humboldt pocos años después, parece vibrar en estas páginas. Aquellos olores, esos cuadros, los libros que leen estos jóvenes, colaboran en esa operación fantástica que nos traslada a tal época.

Esteban sigue a Víctor hasta París, se mete en medio de los acontecimientos revolucionarios de la época del terror, retorna con Víctor a la isla francesa de Guadalupe. Pero el antiguo comerciante es ahora el investido de poderes. Allí, en aquella isla que logra conservar para Francia, establece un régimen "robesperriano". Cuando la reacción de Termidor triunfa en París, en la Guadalupe, Hugues fortalece los viejos principios, emancipa a los esclavos, distribuye propaganda revolucionaria a las colonias españolas, se enfrenta tanto a Inglaterra como a los Estados Unidos.

Frente a este político de acción relampagueante —"Víctor era hombre que sólo hablaba de sus logros cuando eran alcanzados, aspirando ya a logros mayores"— está Esteban que examina, duda, escruta, admira la fuerza poderosa que sopla en su contorno, pero no puede seguir la trayectoria férvida de este hombre. Quiere que la Revolución marche de acuerdo con sus esquemas ideológicos previos, por más que este ciclón que sacude al mundo venza etapas rápidamente para proseguir su marcha poderosa.

Estamos en el siglo XVIII, el siglo de la razón, el siglo de los pautados esquemas. Carpentier emplea abundantes ex-ergos tomados de Goya. Y Goya lo dejó escrito: "El sueño de la razón produce monstruos". Y para hacer florecer los sueños de los racionalistas dieciochescos brotaron algunos monstruos, algunos de ellos acogidos en esas páginas.

Al lado de esta elaborada recreación de una época, Carpentier nos embarca en un maravilloso mundo donde las peripecias se suceden. En ese curso narrativo nada nos extraña. El periplo de Esteban admira al lector. Como un héroe homérico, su "nostos" no le permite aposentarse de nuevo en la despreocupada atmósfera cálida de su casona habanera. Ha presenciado la explosión de la gesta revolucionaria, ha visto el acontecimiento singular que ha sacudido millones de existencias humanas como los ciclones que arrasan su isla.

Carpentier vuelve a deslumbrar al lector con las revelaciones de lo real-maravilloso propio de este hemisferio. Junto a los acontecimientos del macrocosmos surgen asociaciones con observaciones y reflexiones en torno a pequeños objetos

y criaturas, con creaciones naturales: el encuentro del río con el océano, un árbol, un caracol... La simbología de las formas establece inusitadas aproximaciones: acerca, atrae, relaciona, revela la unicidad de un mundo de pródigas presencias, pero de sutiles ligámenes.

Extraña centuria iluminista. En ella quedaban vinculadas actitudes que hoy parecen imposibles: la inclinación racionalista junto a la devoción al magnetismo y a la magia; la fría concepción filosófica al costado de una cálida fluencia de vitalidad. Y en la acción de esta novela, tras las nociones ideológicas del siglo, el florecer de la aventura, la atmósfera mágica, la explosión de las pasiones humanas.

Alejo Carpentier, por el poder de su arte narrativo, nos sumerge en tal atmósfera: arrastra, empuja, zarandea al lector. Seguimos asombrados la trayectoria de los personajes, las mil y una peripecias de la acción. Las interpretaciones, glosas y divagaciones de sesgo ensayístico están presas también de aquel eje esencial narrativo. Quedan atrás, superados, rebosados, los experimentos técnicos de ayer. Un poderoso impulso poético permite a este novelista cubano alcanzar la más alta calidad en el progresivo ascenso de su creación narrativa.

MARIO FERRECCIO PODESTÁ

La Gaya Ciencia de P. Guillén de Segovia. Transcripción de O. J. Tuulio. Introducción, vocabularios e índices por J. M. Casas Homs. Madrid; C. S. I. C., 1962. 2 tomos: LXXVII + 223 y 315 pp. Clásicos Hispánicos, serie III, volumen III.

Apremiados por la particular importancia del texto que se editaba, omitimos en una anterior reseña nuestra (BIFUCH, XIII (1960), 259-271) saludar entusiastamente esta nueva colección del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Inteligentemente concebida en su plan y presentación tipográfica, *Clásicos Hispánicos* está en la mejor tradición de la edición preciosa y ha afrontado resueltamente graves tareas editoriales postergadas, encomendándolas a autorizados especialistas[1]. En formato mayor, con amplios márgenes y letra grande y clara, la colección ofrece cinco series (ediciones facsímiles, críticas, históricas, anotadas y antologías) que ponen a disposición del hispanista valiosos instrumentos de trabajo.

Para muestra, he aquí esta edición de la *Gaya Ciencia* de Pero Guillén de Segovia, texto de una importancia excepcional y cuya divulgación provocará un pequeño trastorno en el campo de la filología hispánica, habiendo sido hasta ayer ocasionalmente manejado sólo por un reducido grupo de privilegiados. En lo sustancial, la *Gaya* presenta el primer registro importante (h. 1450) de voces españolas (unos 24 millares), anterior a todo diccionario de la lengua; aunque desnudamente enlistadas —sin acepciones—, la forma como vienen ordenadas y la amplia acogida que se da a las inflexiones morfológicas proporcionan para su época una fuente de información que supera en mucho a cualquier diccionario o elenco antiguo o moderno.

El sevillano Pero Guillén fue un varón de vida azarosa; su dedicación a las letras lo condenó, en el convulsionado siglo XV español, a una posición ancilar, a la sombra de magníficos mecenas poderosos: el último, el arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo de Acuña. Tuvo cierto renombre como trovador, que es el título con que entran en la historia de la literatura sus composiciones de cancionero; en esta línea también debió de componer un breve tratado de poética, hoy perdido, inspirado en las retóricas provenzales y catalanas, para las cuales había ambiente en la corte literaria de Juan II, revelado en el hoy fragmentario *Arte de Trovar*, de Enrique de Villena, y en la *Carta* o *Proemio* del Marqués de Santillana. En el tratado de Guillén tomaba proporciones desmesuradas un diccionario de rima *(Libro de los consonantes)*, sección práctica que normalmente ocupaba un lugar secundario y estrecho en las retóricas trovadorescas, cuando la incluían. Ese rimario es lo único que resta del hipotético tratado, fuera de lo que parece ser su *Proemio* o dedicatoria al arzobispo Carrillo, donde, a ciencia cierta, venía la breve exposición teórica que fue arrancada posteriormente del antiguo manuscrito. Al estudio y edición del rimario dedicó el finlandés Oiva Johan Tuulio (antes Tallgren) su vida entera de filólogo (desde 1903: año de su copia del m. —1907: año de su tesis doctoral sobre el tema— hasta 1941: año de su muerte), sin que alcanzara a ver publicada su edición, que estuvo a punto de tirarse en Madrid por 1936, estando ya corregidas las últimas pruebas de imprenta.

Es este material el que aprovecha cabalmente José María Casas Homs para

su edición de la *Gaya*, donde se reproduce por estereotipia la transcripción de Tuulio, excepto las diez últimas páginas, responsabilidad exclusiva de Casas. Pero sólo con grandes reservas se puede decir que Casas Homs encontró el trabajo hecho. A más de una cuidadosa confrontación del m. (y de una copia dieciochesca de él) con la transcripción de Tuulio, que se concreta en tres páginas de correcciones (XXXII-XXXV), Casas complementó la publicación con una serie de apéndices extras, en particular un utilísimo vocabulario general, que ocupa casi íntegro el segundo volumen (pp. 17-278); a ello se agrega un vocabulario especial del *Proemio*, que recoge las voces de la dedicatoria no incluidas en el diccionario de consonantes (II, 281-298), un índice de rimas (II, 301-311), una lista de palabras rimadas que ocurren en *Los siete Salmos penitenciales trovados* de Guillén, pero no en el rimario (XXXVII-XLII), y, en fin, las sesenta páginas de "Introducción", compuesta de unidades de investigación fácilmente identificables: biografía de Pero Guillén, la *Gaya* ante la crítica, la tesis de Tuulio, revisión de la transcripción, rimas omitidas, comentario sobre la *Gaya*, fuentes, etc., todo lleno de datos útiles y felices sugerencias, testimonio claro del cariño y dedicación con que Casas llevó adelante la empresa. Por lo demás, es un tipo de labor que no lo sorprendió desprevenido: suya es también la edición del *Torcimany* de Luis de Averçó[2], obra comparable a la *Gaya* de Guillén, que lo adiestró en esta clase de faenas.

Es lo grandioso de la empresa lo que hace explicable, y al propio tiempo lamentable, que no todo haya salido perfecto en ella[3]. Sea como sea, mucho puede pasarse por alto ante la magnitud del texto que Casas pone en manos del estudioso, que en verdad se lo agradecerá, como él mismo lo presiente (XXI). Si de valor muy limitado para el historiador de la literatura (a lo más, el testimonio que puede suministrar la presencia de nombres de figuras de la fantasía y la historia), la *Gaya* de Segovia es un venero portentoso para el filólogo. Algo de sus potencialidades de investigación ha anotado Casas en el apartado *Aspecto filológico* (LIII-LV); a ello habría que agregar, en el aspecto puramente léxico, la cuota de voces desconocidas, que a lo mejor dan la muestra española perdida de términos panrománicos; el vocabulario popular a lo Arcipreste de Talavera; la datación nueva de voces creídas tardías; en el aspecto morfológico, las formaciones verbales, profusamente representadas, algunas desconcertantes: *darssa ..., yrssa ..., robarta ..., vençerta ..., dezirta ...* (¿= darse ha ..., robarte ha ...?), la afijación, los dobletes; en el aspecto fonético, la perduración de la acentuación aguda del diptongo flexivo *-ie* verbal, el silabeo, el hiato y diptongo, la prosodia y acentuación de las voces, el valor fonético de las grafías claves *(s, ss, ç, z, c, j, x, h)*, etc.,

---

[1]Las solapas informan de los títulos ya aparecidos. Fuera de *La Celestina* y de los reseñados aquí, están otros que, desafortunadamente, desconocemos: *Cancionero de Juan Fernández de Ixar, El Libro de los gatos, Libro de los exenplos, Obras de Don Juan Manuel*, etc., se anuncia una edición facsimilar del *Ignacio de Cantabria*, por nuestro Ricardo Latcham, y una crítica del *Libro de Buen Amor*, por A. Steiger y Criado de Val.

[2]*"Torcimany", de Luis de Averçó*. Tratado retórico gramatical y diccionario de rimas. Siglos XIV-XV. Transcripción, introducción e índices por José María Casas Homs. Nota preliminar por Jorge Rubió Balaguer. Barcelona; C. S. I. C., 1956. 2 tomos: XCVI + 330 y 1 + 452 pp.

[3]A lo largo de la titánica tarea, la fatiga debió minar por momentos la lucidez del trabajador; hay algún descuido que, en otras circunstancias, sería incalificable e imperdonable en un hispanista: a partir, al parecer, de un *abatille* y un *abatillo* (casos de asimilación del infinitivo al pronombre enclítico, que Guillén trae enfilados con otros paralelos: 166 C *encobrille, compartille, despartille ...*, 179 E *encobrillo, proferillo, conbatillo ...*), Casas infiere (p. LIX) un infinitivo *abatillar*, que asegura no encontrarse en Nebrija; ¡lo extraordinario hubiera sido encontrarlo en él (junto con *conbatillar, proferillar ...*)! La introducción no es un modelo de orden y precisión; hay, por ello, repeticiones inútiles, lagunas importantes: falta una descripción del m. 10.065 de la Biblioteca Nacional de Madrid —el más antiguo que nos ha conservado la *Gaya*—, a pesar de que Casas alude reiteradamente a ello; él da por supuesto el conocimiento de la tesis de Tulio que —Casas lo sabe— está al alcance de muy pocos; el aspecto del m. sólo puede inferirse parcialmente por la transcripción y sus notas; cuán oportuna hubiera sido al menos una hoja facsimilar; falta una precisa

exposición del mecanismo del rimario, que el curioso no descubre de inmediato. El lenguaje no es siempre claro u oportuno: ¿puede decirse, frente a posibles malas lecturas de Tuulio, que en el m. se lee *claramente* otra cosa (pp. XXXIII-XXXIV)?, el finlandés no era ciego; tampoco es tranquilizador leer (p. XXXII) que en la corrección de la transcripción "se pasan por alto algunas erratas tipográficas que son fácilmente cognoscibles": cómo identificarlas siempre en un texto de esta índole, donde, además casi toda palabra es una sorpresa (por azar se me presentó una: 194 B 21 *Rendirſa*, léase *Rendirsa*, con *s* alta, pero es un tipo de yerro que Casas recoge en su lista: *deſpiensa* = *despiensa*, *diſcanta* = *discanta*). Las incorrecciones son más frecuentes de lo que se desearía y es una lástima; hago ver, como ejemplo, que *abenuz* está en el rimario, a pesar de que Casas afirma (p. LIX) que sólo se halla en Nebrija; por el contrario, falta en éste *abeviguar*, que está en el centenar comparado de palabras. El vocabulario general de Casas no merece, desgraciadamente, entera confianza: confrontando dos y media páginas de él con el rimario se notan las siguientes disparidades:

V. G.		*Rimario*	
abada	142 E 1	ababa	
aballad	139 D 35	aballad	79 D 35
abarcarás	126 B 24	abarcares	
abatióla	149 C 20	abatiola	149 C 17
abaxa	161 A 23	abaxa	161 A 22
abencofa	145 E 19	abençofa	
abentura	158 A 12	abertura	
abitación	100 D 29	abitaçión	
abofetearán	97 B 11	abofetearan	98 B 11

El orden alfabético está trabucado (V. II, 213-214: *pie — pidria*). No explica Casas qué destino tuvieron las formas verbales que a partir de la p. 132 Tuulio desterró de la transcripción, por representar meras variantes morfológicas, pensando incluirlas en una sinopsis verbal, que no se conserva; al parecer, quedaron definitivamente excluidas, sin lugar para ellas en el V. G.; Casas podría haberlas reunido en una lista apendicular, que en la *Gaya* todo es útil. No faltan las consabidas erratas, y hago gracia de ellas; sólo merece notarse, por su importancia, que la numeración marginal no está aplicada siempre con el mismo criterio y a menudo no hay paralelismo entre la derecha y la izquierda; en la p. 145 de la transcripción el desajuste es escandaloso. A uno le duele tener que decir que ya la primera pieza con que se encuentra al abrir el tomo I, el índice general, es un desbarajuste.

El Cancionero de Gallardo. Edición crítica por José María Azáceta. Madrid; C. S. I. C., 1962. 322 pp. Clásicos Hispánicos, serie II, volumen VI.

La edición del *Cancionero de Gallardo* por José María Azáceta es impecable en su presentación[1] y contenido: las 78 páginas de "Introducción al texto crítico" (3-80) dan con sumo orden, claridad y pulcritud la información suficiente para hacerse cargo del florilegio que viene a continuación. Azáceta, que busca siempre el camino seguro, sin arriesgar demasiados juicios aventureros, maneja una bibliografía adecuada, que es garantía para el estudioso; en realidad, él se mueve en un terreno que le es enteramente familiar: se le debe también la edición del voluminoso *Cancionero de Juan Fernández de Ixar*.

El cancionero que perteneció a Bartolomé José Gallardo[2], guardado hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid (M. 3993), es una compilación relativamente reducida; en verdad, es sólo medio cancionero: la otra mitad, que también tuvo Gallardo, se extravió definitivamente con otros importantes libros y papeles suyos, algunos con anotaciones sobre esta pieza[3]. Con todo, la publicación se justifica perfectamente, pues de las 88 composiciones que Azáceta distingue —algunas bastante extensas—, los ¾ (62) son totalmente desconocidos por otra fuente y prácticamente inéditos hasta ahora (sólo una había adelantado yɔ Gallardo en el tomo I de su *Ensayo*); además, nos da el nombre de un nuevo poeta, Alexandre, que figura holgadamente representado con 38 piezas; las otras inéditas son de Alvar Gómez (3 de 4), Alfonso de la Torre (2 de 3), un Soria (14), Juan Fernández de Heredia (4 de 22) y Garci Sánchez de Badajoz (1). Añadiendo a éstos los nombres de Cristóbal de Castillejo (1) y Garcilaso de la Vega (2), las *Coplas de Panadera, Abre, abre las orejas* y algo de las *Coplas de Provincial* (2 estrofas) y de Sem Tob (4 estrofas), tenemos el elenco total del contenido de este cancionero de mediados del siglo XVI; y, teniendo presente el inseguro petrarquismo que aflora en composiciones de Alvar Gómez y Soria, que se agrega al de Garcilaso, se advierte la heterogeneidad de la compilación, que abarca, en lo cronológico, desde el siglo XIV de Sem Tob hasta, tal vez, 1550, año de la muerte de Castillejo.

Pero no hay cómo perderse. Al rabino hay que dejarlo a un lado: el encabeza-

miento que traen sus cuatro estrofas señala una amable curiosidad arqueológica rodeada de cierto atractivo misterio: *Çiertos consonantes creo entresacados de vnos antiguos que conpuso vn hebreo* (IX). El resto se reparte entre la sátira política y la poesía derechamente cancioneril —amorosa, sentenciosa (donde también cabe Sem Tob), burlesca, religiosa—, en la que el colector no establece la tajante disparidad que hoy señalamos entre un Garci Sánchez de Badajoz y un Garcilaso de la Vega: para él, uno y otro pulsan la misma cuerda, la amorosa, sin distingos. Por lo demás, exceptuando al toledano, el petrarquismo que tiñe a alguno de los otros poetas mentados es un superficial barniz muy descolorido; todos ellos pertenecen al siglo XV y, al ingresar en el XVI, traen la sólida carga de la poética de la centuria anterior; si en un momento coinciden con Garcilaso, es sólo por cuestión de fechas, porque éste pertenece a la generación siguiente, limpiamente abierta a los nutritivos aires italianos. Por ello, frente a los intentos italianizantes de un Alvar Gómez y un Soria, uno recuerda primero los imperfectos sonetos de Santillana antes que la fecha 1526, año de la famosa carta de Boscán, que, con tener siempre su importancia, pierde aquí parte de su significado cultural. Hay un palpitante cruce de tendencias en el Alvar Gómez que traduce parcialmente el *Trionfo d'Amore* en décimas octosílabas (II: *El Triunpho de amor de Francisco Petrarca traduzido por Aluar Gómez en Guadalajara*) y en el Soria que, al revés, pone los irregulares endecasílabos de sus tercetos al servicio de un conceptuoso erotismo trovadoresco (XXIV: *Carta de Soria*), distante de la suave lira del italiano. La simbiosis está, más que en ninguna otra parte, patente en las breves coplas de pie quebrado de Alvar Gómez (IV), cuya primera mitad desarrolla una comparación de raíz medieval y la segunda, por esa línea, trata de glosar un verso petrarquesco que, algo estropeado, remata la composición (una técnica que recuerda las muwashahas andaluzas):

A la salamandria

Entre las fuerzas del fuego
vn çierto animal se cría
tan contento,
que allí tiene más sosiego
do qualquiera sintiría
más tormento;
yo, sintiéndome abrasar,
gozo tanto entre la llama
más esquiba
que ençiendo con sospirar,
y entretengo mi llorar
porque biua.
Di ilo bibo et d'altero mi cal pocho[1].

No es el de edición crítica el nombre más apropiado para el trabajo de Azáceta; es a medias una edición paleográfica y, mejor, una *editio variorum*, cuando hay oportunidad para ello (el aparato crítico es abundante, p. ej., en VII y XX). Azáceta se concretó, en la crítica del texto, a introducir puntuación y mayúsculas; en lo demás, reproduce cabalmente el original en todas sus circunstancias gráficas[5], limitándose, en algún caso, a separar versos que van corridos; fuera de eso, agrega tres versos que faltan: dos veces con los paréntesis cuadrados de rigor (pp. 125 y 127) y una sin ellos (p. 305), y una palabra, sin paréntesis cuadrados (p. 243). En todo el volumen introduce dos correcciones de lectura (p. 152: *Quando el sol* por *quando al sol*, p. 153: *olbido* por *onbido*) y sugiere otras dos (pp. 251 y 252) sin incorporarlas; ello en un texto que a cada paso pide enmiendas a gritos. Eso es insuficiente para una "edición crítica". Las notas son breves y precisas, pero en dos ocasiones (IV y XXXIII) olvidó su anotación "Texto único en los cancioneros castellanos e inédito". Las estrofas con que a veces Azáceta completó en nota alguna composición incompleta en su cancionero, están en el poema LXXVIII incorporadas al texto mismo; es un procedimiento irregular.

Está puesta al alcance del hispanista una nueva muestra de la caudalosa serie de cancioneros que nos ha conservado gran parte de la producción poética de cuatro siglos; éste merece hoy especial atención por la alta cifra de novedades que aporta.

---

[1]Gran parte de lo grato de la presentación (texto limpio, páginas y letra atrayentes) debe atribuirse a la imprenta valenciana, "Tipografía Moderna", que no es la de la *Gaya Ciencia*. No falta algún descuido de que resulta una situación graciosa: Alvar Gómez "nació probablemente en 1458" "y murió en 1538, a los cincuenta años de edad" (pp. 42-43); a Juan Fernández de Heredia se "le ve nacer hacia 1480-1485"; tiene una "ora dramática... representada hacia 1424-25" (pp. 54-55); se ve dónde están las

erratas. Hay otras: p. 9, n. 4: *adoptar* (adaptar); p. 28, n. 35: *Gómez* (Gámez); p. 51: *está al borde la linea* (borde de): no creo que Azáceta haya querido inaugurar un uso preposicional de *borde*.

[3]Es deplorable que se haya asignado el mismo nombre, *Cancionero de Gallardo*, a dos misceláneas distintas, pero de igual género: un m. de la Academia de la Historia y otro de la Biblioteca Nacional de Madrid. Las confusiones en que se ha incurrido al respecto, y que Azáceta censura (pp. 27-28), son muy explicables y se habrán de repetir indefinidamente; al menos, podría distinguírseles con las siglas pospuestas *H* (Historia), *N* (Nacional).

[3]Lo que este erudito español perdió en trabajos inéditos durante un viaje en 1823 es para sentirlo: un *Diccionario de Autoridades*, una *Gramática filosófica de la lengua española*, un *Diccionario rítmico*, una *Historia crítica del ingenio español*, un *Diccionario ideopático* (p. 4, n. 1).

[4]P. 160. La mala fortuna se quiso tomar un cruel desquite con Azáceta: es éste el único verso de Petrarca que no pudo identificar ("No nos ha sido posible localizar este verso en Petrarca, a pesar de haberlo intentado reiteradamente. Sin duda alguna está tomado, como todos los demás, del poeta italiano. Quizá esté desfigurado por el copista, o tal vez no nos ha acompañado la fortuna en nuestros repetidos intentos de localización", p. 160, n.), de los 24 que terminan otras tantas coplas de Alvar Gómez; y se halla, precisamente, en el Sonetto CXLII de las *Rime in vita di Madonna Laura*, inmediatamente antes de otro verso que Azáceta tuvo que citar dos pp. antes, 158). Este soneto lleva en la ed. de A. Ronna (*I quattro poeti italiani*. Edizione fatta su quella di A. Battura. Parigi; Baudry, 1845, pp. 182-183), el título "Rimembrando il tempo ed il luogo del suo innamoramento, si sente ringiovenire":

Quando mi vene innanzi il tempo e'l loco
Ov'io perdei me stesso, e'l caro nodo
Ond'Amor di sua man m'avvinse in modo,
che l'amar mi fe' dolce, e il pianger gioco;

Solfo ed esca son tutto, e'l cor un foco
Da quei soavi spirti, i quai sempr'odo.
Acceso dentro si ch'ardendo godo,
E di cio vivo, e d'altro mi cal poco.

Quel Sol, che solo agli occhi, miei risplen-
[de,
Coi vaghi raggi ancor indi mi scalda
A vespro tal, qual era oggi per tempo:

E cosi di lontan m'alluma e'ncende,
Che la memoria ad ognor fresca e salda
Pur quel nodo mi mostra, e'l loco e'l tempo.

El primer verso del primer terceto *(Quel Sol, che solo agli occhi miei risplende)* remata la copia *El águila que mira al Sol (Quel sol chei sol a li ochi mei rrisplende*, p. 158); el último del segundo cuarteto *(E di cio vivo, e d' altro mi cal poco)* es el que está imperfectamente reproducido en *A la salamandria (Di ilo bibo et d'altero mi cal pocho)*.

[5]Es feliz la idea del editor de no reproducir la *i* larga (baja): es sólo un alógrafo combinatorio de *i* (tras *m, n, u*) que no tiene valor diferencial (discriminatorio). Ha sido usual representarla por *j*, que es una mala ocurrencia. Tuulio, en su transcripción de la *Gaya*, recurre a un tipo especial: una *i* prolongada. El rigor con que trabaja Azáceta es una garantía de que la reproducción es fiel; sin embargo, comparando las dos transcripciones de las dos *Coplas de Provincial* (en pp. 5 y 34), se notan diferencias que no son precisamente tranquilizadoras. También aquí hubiera sido de gran utilidad un facsímil, tipo de documentación que, por lo visto, la colección no contempla.

JORGE TEILLIER

La Herida del Tiempo, por Carlos Morand. Cuentos. Ediciones Androvar. 92 páginas. Santiago, 1963.

Carlos Morand, joven autor que aún no llega a los treinta años, se dio a conocer en una antología llamada *Cuentistas de la Universidad* (1959) y luego en la colección *Alerce* que edita la Sociedad de Escritores apareció su novela breve *Una larga espera*. Parodiando a José Santos González Vera, su solapista (si se nos permite el neologismo) diremos que en nuestra discrepante república de las letras ocupa asiento y cargo honorífico en lo que se ha dado en llamar Generación del 60 —pues por falta de generaciones no nos quedamos— y que junto con Andrés Pizarro, Cristián Huneeus, Poli Délano y Juan Agustín Palazuelos puede considerarse como uno de los exponentes más distinguidos de la citada generación.

Al abrir el libro, nos hallamos con el cuento que consideramos más interesante de la colección *La Herida del Tiempo*. En él, aparece un viajero perdido "en lo más genital de lo terrestre", abrumado por la selva y por el peso de su formación europea, de la cual se ha evadido. Extraviado y enfermo es acogido por un matrimonio nativo que procura su restablecimiento. Una noche la dueña de casa entra al lecho del héroe. Este, una vez sano y temeroso de los celos del marido, prosigue su viaje. Natural-

mente narrar *La Herida del Tiempo* como quien narra de paso una película hace perder su atractivo a la anécdota, aun cuando en este caso lo importante no es precisamente la anécdota, pues Morand ha hecho un cuento de tesis, al estilo del *Inocente* de Voltaire. El protagonista es un personaje que se autoconsidera "el resumen más perfecto de veinte siglos de civilización y cristianismo", y se ve enfrentado a una mestiza "que hubiese encantado a Gauguin" y a Martínez, su marido, una especie de salvaje con un leve barniz de civilización. El conflicto entre el protagonista, que es a la vez el narrador, y la pareja que lo acoge queda naturalmente sin resolver, pero se puede tipificar con la reflexión que se hace el narrador en un momento particularmente crítico: cuando la mestiza se introduce en su lecho: "Busqué Viena. Sólo vi América". ¿Qué echamos de menos en este cuento? Simplemente un poco más de sangre y un poco menos de tinta. Los personajes nos parecen abstractos, representaciones de las ideas del autor, así como la selva en que se ambienta el cuento es un paisaje mental, y no ese monstruo fascinante y envolvente que nos han presentado los grandes escritores latinoamericanos, desde José Eustasio Rivera hasta Alejo Carpentier.

Ahora bien, nos parece ver presentadas en el cuento de Morand unas ideas que ya estuvieron bastante en boga en nuestro medio hace unos treinta años: las del enfrentamiento de una América bárbara y mestiza pero llena de vitalidad animal, a una Europa blanca, refinada y totalmente anémica y decadente (naturalmente exponemos todo esto en esquema). Pero a esta tesis que parece haber sido ilustrada por Morand a través de *La Herida del Tiempo*, se podría replicar que tal oposición es falsa, que se trata de un choque entre culturas y no entre continentes, entre formas de vida de distintas clases sociales y no mentalidades de una raza u otra. Pues el personaje central de *La Herida del Tiempo* se hubiese sentido igualmente extraño, por ejemplo, entre los *cafoni* de la vieja y europea Campania que entre los habitantes de la selva latinoamericana. Y que el mismo personaje se encontraría en cambio a sus anchas en cualquiera reunión de snob de Santiago de Chile en la cual se hable de Gauguin, la primavera de Viena, Mozart y la Torre de Londres. Por último, podríamos agregar que Carlos Morand, aunque nacido en Chile y habitante de la América mestiza, tiene más de común con el personaje europeo de su cuento, que con un hombre americano que ni siquiera sabe lo que es un tractor como es Martínez, otro de los personajes.

Parecería ajeno a un comentario literario el hacer observaciones de esta índole, pero ya lo dijimos: Carlos Morand plantea una literatura de tesis, y se la puede juzgar, por lo tanto, desde un ángulo análogo. El camino tomado en el cuento que tratamos es poco frecuente en nuestra literatura, en donde el escritor es un poco un ser de la naturaleza ("vegetal" como se autodefine Neruda) de donde ha resultado, creemos, la extraña fuerza de la poesía chilena y la falta de consistencia de la prosa. Los peligros de esta literatura de ideas, que exige gran madurez y cultura (véase Aldous Huxley) son la frialdad y el esquematismo, perder lo característico, el detalle antiuniversal, que es a la postre, lo que le da universalidad a un relato, Y esto es lo que a veces, creemos, ocurre con Carlos Morand. Pero no olvidemos que el libro consta de cuatro cuentos, que presentan bastante variedad temática y formal. Así *Los hombres de arena* es un cuento de atmósfera con un bien logrado e implacable clima obsesivo que muestra a un blanco y unos mestizos enfrentados a la desesperanza y la muerte. *Hacia el fin del día* presenta una vena de lirismo en nuestro autor, y más que un cuento, nos parece una serie de estampas en las que en un ambiente "quieto y de contenida tristeza" como diría Samain, se describe la toma de conciencia por un adolescente de su vocación de escritor. Luego, cierra el volumen *Diálogo con un hombre risueño* el más dinámico y vivo de los cuentos de la colección. Nuevamente se habla en primera persona, y el personaje principal es esta vez un joven escritor, bastante arquetípico, pagado de sí mismo y cínico. Es un estudio psicológico en donde se sortea bien el diálogo —esa prueba de fuego para un cuentista— y la trama está bien conducida hacia un final inesperado.

Variados, pues, son los caminos tomados por Morand en éste, su primer libro de cuentos. Pero creemos que el más característico y que le da un lugar aparte en su generación, es el relato de tesis, al estilo de *La Herida del Tiempo*. Si Morand explotara sus virtudes, reforzara sus puntos fuertes, como pedía Niemzowitsch a los ajedrecistas, tendríamos, nos parece, en el futuro además de un

narrador, a un ensayista. Pero esa es otra historia. Por lo pronto, diremos que *La Herida del Tiempo* es un libro que despierta interés y está escrito con seriedad y buen gusto, con oficio de escritor, eso que parece muy obvio, pero que no lo es en un ambiente como el nuestro en donde se suele hacer un fetiche de la incultura. Y eso ya es bastante, cuando aún no se cumplen los treinta años, esa edad en la cual, según Rilke, recién se puede escribir algo verdadero.

FELIPE ALLIENDE GONZÁLEZ

Hesíodo. Los trabajos y los días. Introducción, traducción y notas de Fotios Malleros K. Santiago, Editorial Universitaria, 1962.

Hasta hace poco, la necesidad de una buena traducción castellana de *Los trabajos y los días de Hesíodo* se hacía sentir en forma imperiosa. Fuera de una versión de Miguel Jiménez Aquino, publicada en Madrid en 1912, sólo se conocía una versión castellana de Germán Gómez de la Mata "traducida" (¡!) del francés. La importancia de la obra y el interés de los lectores de habla hispana por ella, hicieron que esta *retraducción* (publicada en Valencia s. a.) mereciera el honor de varias reediciones, entre otras, una de nuestra Editorial Universitaria, en 1958. *(Hesíodo. Los trabajos y los días.* Traducción nueva del griego por Leconte de Lisle. Versión española de Germán Gómez de la Mata. Edición restringida para uso interno de los alumnos del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y de la Escuela de Educación de la Universidad de Concepción). Tomada de la edición: La Teogonía de Editorial Schapire (Buenos Aires, Argentina, 1943). En realidad, esta publicación, hasta cierto punto, se justificaba. El catedrático de Historia Universal Antigua, Prof. Genaro Godoy, que prologaba el trabajo, señalaba con mucha razón que la edición mencionada, a pesar de sus defectos, llenaba una necesidad "dada la extraordinaria importancia del vate de Ascra en la gestación de aquella que fue la eticidad de la Grecia clásica". Mientras no se pudiera contar con una edición plenamente satisfactoria, el bajo costo, la fácil preparación y el uso interno del trabajo justificaban su publicación en tales condiciones como una medida de emergencia.

Felizmente, esta situación, entre pintoresca y lamentable, ha terminado ahora con la aparición de *Los trabajos y los días* en una edición del señor Fotios Malleros, profesor de Filología y Literatura Clásica Griega de la Universidad de Chile.

A una esmeradísima edición del texto griego, el profesor Malleros ha agregado una extensa y documentada introducción, gran número de notas textuales y una cuidada traducción.

El trabajo del profesor Malleros constituye una nueva y valiosísima contribución a la difusión del pensamiento griego y al conocimiento cabal de las grandes obras literarias y filosóficas de la cultura griega. Las numerosas referencias a otras obras literarias, las aclaraciones mitológicas, la indicación de numerosas etimologías y las precisiones lexicológicas hacen que el libro sea de utilidad, no sólo para los estudiantes universitarios y para todos aquellos que quieran conocer el pensamiento hesiódico, sino también para los especialistas, aunque el autor no lo dirija particularmente a ellos.

La elección de esta obra para ser publicada por la Editorial Universitaria no puede ser más acertada. *Los trabajos y los días,* como observa Jaeger, completan de un modo esencial la representación de la vida más primitiva del pueblo griego proporcionada por Homero. Así, mientras la Ilíada y la Odisea nos dan la imagen de un tipo humano noble, que surge del cultivo de las cualidades propias de los señores y los héroes, Hesíodo nos presenta la segunda fuente de la cultura: el valor del trabajo. (Vd. Jaeger, Paideia, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, pp. 67-83).

El examen de la obra de Hesíodo confirma plenamente la afirmación de Jaeger. Aún hay algo más: todo parece indicar que Hesíodo mismo comprendió el alcance de su trabajo. No sin motivo, inmediatamente después de la invocación, nos habla de las dos Eris que existen sobre la tierra la "que piensa siempre en la guerra y la discordia, y es funesta", y la que, situada por Zeus en las raíces de la tierra, es buena para los mortales e incita al trabajo aun al indolente (vv. 11 y ss.). Hesíodo está convencido de que ningún hombre quiere a la Eris cruel, y que, si le rinden tributo, es por necesidad y voluntad de los inmortales. Así, diríamos nosotros, el hombre homérico llegó a la nobleza y a las virtudes guerreras por necesidad y voluntad de los dioses. El hombre hesiódico, en cambio, buscará un acuerdo entre las tendencias más

profundas de su ser y la voluntad de los dioses.

De la valoración del trabajo, nuestro poeta pasa fácilmente al concepto de justicia. El trabajo (única forma de alcanzar plenitud humana para el que no es noble ni guerrero) se realiza bajo una maravillosa ley natural de origen divino. El hombre que trabaja se inserta en esta ley y, automáticamente, queda sometido a leyes morales de procedencia igualmente divina. (No es extraño, entonces, que ya en la invocación, encontremos, junto a las musas tradicionales, a Zeus, suprema autoridad del orden moral).

Estas dos ideas fundamentales: el valor del trabajo y la necesidad de la justicia, fruto del orden moral, constituyen un poderoso motivo central en torno al cual se van agrupando variadas narraciones y reflexiones. Para Hesíodo, por ejemplo, la justicia es el único medio de restablecer la armonía entre Zeus y los hombres. El engaño del sagaz Prometeo ha establecido una tensión entre los hombres y el dios. Este les oculta los medios para la vida y les ha enviado toda clase de males por medio de Pandora. Recordando esto, Hesíodo nos narra el mito de Pandora y evoca la *aetas aurea* que precedió al castigo. El poeta recuerda que en aquella edad, los hombres "vivían como dioses sin preocupación alguna, sin esfuerzos ni penurias. Tampoco existía la vejez, que nosotros tememos, y conservando siempre el vigor de sus manos y de sus piernas llevaban una vida placentera en banquetes, lejos de todos los males, y morían como si estuvieran durmiendo. Poseían todos los bienes. La tierra generosa producía por sí sola abundantes frutos, y ellos felices vivían de esos bienes, despreocupados, en medio de grandes riquezas..." (vv. 113-119). El castigo de Zeus ha llevado a los hombres a una terrible decadencia, de generación en generación hasta llegar a la quinta donde reinan la injusticia y la desorganización. Pero antes, Zeus Cronida había creado en la tierra nutricia la cuarta generación, "más justa y más valiente, la generación divina de los héroes, que fueron llamados semidioses, y la cual precede a la nuestra en la tierra infinita. Pero la guerra terrible y el encuentro despiadado los aniquiló, a unos en la tierra Cadmeia, en Tebas la de las siete puertas, cuando combatían por los bienes de Edipo, y a otros en Troya, allende el abismo marino, a donde los condujo en las naves (de guerra) por causa de Helena, la de los hermosos cabellos; allí envolvió a unos la muerte, y a otros el padre Zeus, el hijo de Cronos, los llevó a los confines de la tierra"... (vv. 115 y ss.). En la quinta generación, la de Hesíodo, el poeta ve que los hombres se han dejado dominar por la Eris cruel, mas no se han volcado hacia la guerra que ennoblece, sino a los abismos de la injusticia. Para este mundo que se desintegra es el mensaje de Hesíodo: todos deben obedecer a la justicia, guardar las normas de la convivencia social y encontrar en el trabajo de la tierra la restauración de la armonía perdida. Es clara, pues, la conciencia del poeta de estar formulando valores que complementan el cuadro del mundo homérico. La justicia y el trabajo son los conceptos fundamentales, mas no como realidades filosóficas, sino como una búsqueda de la armonía entre Zeus y los hombres. A esta empresa se dedican los primeros 764 versos del poema. La última parte de la obra *Los días* (60 versos) muestra un aspecto distinto, pero no desconectado del resto. El hombre no sólo debe servir a Zeus en cuanto sus aspiraciones fundamentales coinciden con la voluntad del dios, sino también en ciertas misteriosas predilecciones del Cronida. Por eso esta parte del poema está destinada a explicar cómo se debe comportar el hombre "a fin de guardar bien y como corresponde los días que gozan de gracia por parte de Zeus". (v. 765).

De este modo el poema de Hesíodo nos va mostrando, a través de una aparente dispersión, una extraordinaria visión del hombre griego de su época y de sus problemas.

Por estos aspectos, y otros muchos de riquísima perspectiva, nos alegramos por la aparición del trabajo del profesor Malleros, que pone a nuestra disposición una obra tan importante de manera tan digna y elevada, y esperamos que nuevas publicaciones nos seguirán proporcionando la inmensa satisfacción de ver difundidos y apreciados en nuestro país el arte y el pensamiento de Grecia.

ARMANDO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Chile: su futura alimentación. Por los señores Carlos Keller, Julio Santa María, Hugo Sievers y Osvaldo Quinteros (Ediciones de la Biblioteca Nacional, Santiago, 1963, 233 páginas).

Cada día se hace más del dominio común el hecho de que, al ritmo de expansión actual, la población del planeta,

calculada en nuestros días en algo más de tres mil millones de habitantes, para el año 2000 habrá llegado a más del doble: será de unos seis a ocho mil millones. El problema de alimentar esa población con los recursos del ecúmene es uno de los más angustiosos que, según nuestras previsiones, deberán afrontar las próximas generaciones.

Este problema se planteará a la humanidad como un todo, pero también a cada una de las unidades políticas o demográficas que la integran. Por lo tanto, será un problema para Chile, que para el año 2000 tendrá una población de unos 25 millones de habitantes, según lo permiten calcular nuestros índices de natalidad y de mortalidad.

Estas consideraciones más que justifican el que la Dirección de la Biblioteca Nacional haya querido contribuir a la dilucidación de este grave asunto mediante un ciclo de conferencias confiadas a cuatro de nuestros mejores especialistas, que se realizaron en el invierno del año 1962. Convertidas en ensayos por sus autores, han dado origen al volumen que estamos comentando, que acaba de ver la luz, editado por la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional.

En la imposibilidad de glosar siquiera con la debida detención cada uno de los ensayos que lo integran —correspondientes a otras tantas conferencias de los respectivos autores—, habremos de limitarnos a espigar por aquí y por allá algo así como muestras de su contenido, que darán una idea del aporte valiosísimo de una obra, que deberá ser íntegramente leída y meditada por quienes se interesen por la suerte de Chile.

¡Cuánto se ha especulado, teóricamente, acerca de la urgencia de subdividir nuestras explotaciones agrícolas y acerca del monstruo social del "latifundio"!

El conocido sociólogo señor Carlos Keller lo encara de frente en el primer ensayo del libro, "Minifundios y latifundios" (págs. 11-63).

No lo plantea en forma vaga o generalizada, sino del modo más concreto posible, analizando la historia agraria de la comuna de Putaendo, en la que coexisten cinco grandes haciendas (latifundios), con 839 pequeñas (minifundios), faltando del todo la propiedad de tamaño intermedio.

Esto hace particularmente apropiada la comuna del valle de Putaendo para instituir una comparación entre las condiciones y los resultados de las explotaciones mediante los latifundios y los minifundios.

Primer hecho que debe destacarse. Los minifundios albergan una población muy superior, equivalente en total a 9.039 personas, lo que representa una densidad de 289 habitantes por Km^2., análoga a la de las regiones más altamente pobladas de Europa. En los latifundios de Putaendo viven en cambio, 1.755 personas, lo que da una densidad de 50 habitantes por Km^2.

Segundo hecho importante: los rendimientos de los minifundios son muy superiores a los de los latifundios, aproximadamente el doble (en las págs. 48-9 del volumen comentado pueden leerse las cifras respectivas).

Tercer hecho significativo. A pesar de que los minifundios producen o rinden por hectárea el doble que los latifundios, la productividad de éstos por habitante o trabajador es muy superior. Débese a que en las grandes haciendas cada ocupado trabaja en promedio 4,7 hectáreas, y en los minifundios sólo 1,5 hectáreas, por estar mucho más densamente pobladas.

Si, por ejemplo, en los minifundios de Putaendo se introdujera la maquinaría agrícola utilizada en el campo dinamarqués, se obtendría la misma producción con el trabajo de menos de la mitad de quienes hoy cultivan ese rincón de San Felipe: más de la mitad quedarían cesantes.

Esto arroja luz sobre la pretendida panacea de la mecanización en la agricultura, que, según el señor Keller, está vinculada a la realidad demográfica de cada país. En los países con natalidad débil o en descenso, la mecanización aumenta la productividad por ocupado. En los países de gran natalidad, como Chile, la introducción inconsiderada de maquinaria agrícola puede generar desocupación en gran escala.

Cuarto hecho de trascendencia. A pesar de que, como se dijo, los minifundios producen por hectárea el doble que los latifundios, como éstos sostienen una población mucho mayor, su saldo disponible para entregar al mercado consumidor del país, es mucho menor que el que les queda a los latifundios.

El doctor Julio Santa María, analiza en su monografía los aspectos fundamentales referentes a la alimentación en nuestro país. Sin ser pesimista, ve en la deficiente alimentación la causa primera de nuestra mortalidad infantil, que, aun cuando ha disminuido en los años re-

cientes, todavía es para nosotros causa de preocupación. Nuestros bebés nacen con su peso normal, pero, al cumplir el año, ya se advierte en los que son atendidos por el Servicio Nacional de Salud, un déficit en el peso de algo más de un kilo, y otro de tres centímetros en su talla. Nuestros escolares son inteligentes y nuestros obreros y campesinos musculosos; pero ni unos ni otros rinden en muchos casos lo que debieran, porque les falta esa alimentación adecuada que es indispensable para que funcionen bien el cerebro y los músculos. Después de analizar nuestros déficit en los diversos rubros de la alimentación —leche, carne, pescado, leguminosas, etc.—, que no alcanza a ser compensado por nuestro superávit en azúcar y cereales, verifica el hecho de que el territorio nacional es muy inadecuado para la agricultura. Requiere un ímprobo trabajo, pues, extraer de ésta lo que necesitamos para nutrirnos de manera adecuada. La conclusión que de ello se desprende es que nuestra agricultura no puede seguir inspirándose en el móvil individualista y anárquico del lucro, sino en el criterio del servicio de la comunidad: ya es tiempo de pasar en esa materia de la economía del lucro a la economía humana.

El doctor Hugo Sievers comienza su estudio reinvidicando, por decirlo así, el honor de los agricultores chilenos, los cuales durante más de tres siglos trabajaron nuestra tierra en forma que permitió alimentar su población y todavía obtener un saldo para la exportación. Si hoy invierten parte de sus ganancias en rubros ajenos, débese a que buscan colocaciones más seguras que les permitan mirar sin inquietud el futuro de sus hijos, ya que en los últimos lustros no se ha hecho otra cosa que sembrar la inquietud, el temor y hasta el pánico con la perspectiva del soliviantamiento de los campesinos. Los numerosos avisos de remates de fundos, maquinarias, lecherías y ganado, que nos espantan al final de cada año agrícola, no parecen indicar ganancias fabulosas de sus dueños.

Entre 1898 y 1955 los gobiernos sucesivos han regado 325 mil hectáreas con embalses, canales, sondajes, etc. En ese período la iniciativa privada ha regado un millón treinta y siete mil hectáreas. Sólo ahora, con los embalses de La Paloma, El Yeso y Rapel, podrá ser sobrepasado ese esfuerzo de los agricultores.

Si en algo pecaron éstos es en no haber coordinado los cultivos a todo lo largo y ancho del país en una distribución racional de las áreas a ellos consagradas, con la secuela de que en determinados años se ha dado la falta de ciertos productos y el excedente de otros. Tampoco han extendido a la totalidad de los predios la rotativa cultural.

Respecto al tema específico de su estudio, el profesor Sievers declara sin ambajes que "Chile no ha sido, no es y no será un país ganadero". Pero ello no significa que sea incapaz de autoabastecerse de proteínas de origen animal. El entiende por "país ganadero" el que, sin dejar de incrementar su ganado, es capaz de autoabastecerse en carne y de exportarla, por añadidura.

Tampoco Argentina fue ganadera en siglos pasados: mas, desde que se introdujeron en el país los primeros ejemplares, no han cesado de multiplicarse de manera prodigiosa. Ya en 1780 se calculaba que había en Argentina unos 42 millones de cabezas de vacunos. En cambio, nuestra población ganadera actual es de unos 10 millones de cabezas, con inclusión de vacunos, ovinos, porcinos y equinos. Durante los primeros 40 años del siglo suplimos nuestro déficit trayendo unos dos millones de bovinos del vecino país. Nuestro déficit actual puede calcularse en unas 75 a 80 mil cabezas por año, con la salvedad de que carecemos de estadísticas exactas de nuestros recursos agropecuarios.

¿Cómo mejorar nuestra ganadería? Más ganado significa mayores praderas artificiales. Mayores praderas piden o suponen mayor riego. Pero todavía habrá que estudiar hasta qué límites estas nuevas praderas regadas deberán ser consagradas a la ganadería o bien a cualquier otro cultivo que rinda más.

Estima el profesor Sievers que nosotros contribuiríamos a aminorar nuestro déficit ganadero preocupándonos de la calidad antes que de la cantidad. Según estadísticas recientes, una vaca europea da 15 veces más leche que una de América Latina, y una pradera artificial 5 veces más forraje que una natural. Es que nuestros campesinos no saben trabajar. Sólo lo hacen bien cuando se ciñen a instrucciones precisas, lo que muestra en ellos valiosos elementos en potencia, que deben ser enseñados.

Por las dificultades de trasporte, por muchos años no podremos consumir a lo largo de todo el país el ganado ovino de Magallanes. Entonces sólo podremos subsanar medio déficit de carne recurriendo al cerdo, al ovino, las aves, los pelíferos comestibles y el pescado.

Es de importancia extrema la instalación de numerosos frigoríficos que permitan el transporte de la carne faenada, congelada y nos eviten el absurdo sistema actual de hacer viajar a los animales vivos, por ejemplo, de Cautín a Santiago, cuando su destino es Lontué, con todos los deterioros que sufren en el camino.

Se cierra el volumen con el estudio del señor Osvaldo Quinteros Cerda, quien dilucida el tema de "La pesca y la alimentación nacional". Trátase de una síntesis muy completa del problema, que más que tal, podría ser llamado "solución a todos los problemas de nuestra alimentación". En efecto, los estudios de los demás aspectos de ésta, abordados por los señores Keller y Sievers, nos habían conducido a la conclusión de que los chilenos sólo podemos satisfacer adecuadamente nuestras necesidades alimenticias racionales, aumentando considerablemente nuestro consumo de pescado y demás productos marítimos. Según estudios traídos por el señor Quinteros, en una dieta equilibrada debería consumir anualmente cada chileno 27,5 kilos de productos marítimos. Pero resulta que somos singularmente reacios a ese tipo de alimentación, a pesar de que en años recientes ya la intensa propaganda ha logrado operar un comienzo de reacción saludable a este respecto. Además, nuestros recursos alimenticios marítimos actuales sólo alcanzarían a suministrar 10 kilos al año por persona.

Sin embargo, dada la enorme riqueza de nuestro litoral en pescados y mariscos, y con los elementos de que disponemos, pero aplicados o utilizados integralmente, sería posible obtener la cuota ideal de pescado que deberíamos ingerir, no sólo para la población actual del país, sino para la de 25 millones de habitantes que sustentará el año 2000.

Que no se trata de sueños o utopías, nos lo indican cálculos económicos que asignan a la industria pesquera un lucro neto, en relación con el capital en ella invertido, muy superior al lucro que retornan las inversiones en las industrias del cobre o la celulosa.

En suma, este pequeño y liviano volumen intitulado *Chile: su futura alimentación*, da más de lo que promete en su título modesto y sin pretensiones. Trátase de un verdadero manual de nuestro problema alimenticio global, hecho con la colaboración de expertos de primera categoría y cuyo residuo más provechoso para el lector corriente será inyectarle una enorme cuota de optimismo en el futuro de nuestra patria.

¡Cuánta necesidad tenemos de estímulos como éste!

TOMÁS P. MAC HALE

El Sótano, drama en dos actos, de Enrique Molleto, Premio Alerce. Editorial Universitaria, 1963.

En medio de la escasa calidad de la Colección Alerce, publicada con el patrocinio de la Sociedad de Escritores de Chile y la Universidad de Chile, hay sin embargo, títulos de jerarquía, que corresponden a libros de poemas de Miguel Arteche, Rosa Cruchaga de Walker y Lionel O'Kington, y a novelas cortas de Guillermo Blanco, Hugo Correa, Carlos Morand y Valerio Quesney Langlois. A ellos se agrega *El Sótano*, drama en dos actos de Enrique Molleto, de quien anteriormente fueron editados *Un cambio importante* (1960), y *La Torre* (1961), éste último laureado con el Premio Gabriela Mistral.

El Sótano representa técnicamente un notorio perfeccionamiento respecto a sus demás obras, pero aún Enrique Molleto insiste en los problemas ya planteados en las ocasiones precedentes.

Una desolada visión de la naturaleza humana atormenta al autor, con sus caracteres más depresivos, resultando sus piezas teatrales un vivo reflejo de tales inquietudes. Teatro enrarecido a base de crueldad implacable, obsesiones desesperadas y ausencia de satisfactorias perspectivas, donde, en fin, lo amargo y negativo llega a la denuncia brutal y a las advertencias cargadas de ingratos presagios. *El Sótano* responde, palabra por palabra, a tales características.

Tres personajes cuenta este drama con reminiscencias bélicas: Marcel, que junto a Germaine, su amante, mantienen a Grüss en el sótano de su casa, en Francia, haciéndole creer que la guerra no ha terminado, aunque el conflicto acabó dos años antes, para que el judío les pague mes a mes una cantidad de dinero con la cual subsisten.

Marcel es un chantagista inescrupuloso, que practica la explotación del hombre por el hombre, por ansias lucrativas, denunciando su abyecto materialismo. Es un instrumento del odio y el resentimiento, recuerda lo pasado con persistencia enfermiza, insistiendo en las situaciones más desagradables.

Germaine se mantiene unida a Marcel por haberla salvado de la muerte debido a su colaboracionismo; está asqueada de la disimulación y siente profunda piedad hacia Grüss. Prisionera del pretérito carece de la decisión para huir, o cortar amarras con aquél.

Grüss está agradecido a Marcel que lo ha refugiado en su casa; cree en la buena fe del hombre; es un sensitivo minucioso, auscultador de los mínimos detalles de la realidad que lo circunda, mas no se percata de la trampa en la cual yace.

Si se redujeran los rasgos peculiares de los protagonistas de *El Sótano* a esquemas sociológicos, se llegaría a la conclusión que frente a la maldad de Marcel, Germaine representa la postura contraria, de una bondad natural, pero la sociedad la ha corrompido. En cuanto a Grüss, es la preocupación constante de ambos, temeroso el uno de que conozca la artimaña, deplorando la otra su candidez y ausencia de sospechas.

"Hago esfuerzo para oponerme a los recuerdos. A veces lo consigo, llego a creer que el pasado está realmente muerto. Pero al oírlo a usted, se agitan de nuevo. Sus palabras despiertan otras y no sé a quien escucho, son otros los que hablan, hablan, hablan". "No lo creas tan sencillo, Germaine. Nadie olvida". Estas constantes claves de *El Sótano* hacen presente la inutilidad de las evasiones. El pasado perseguirá como agobiador remordimiento; de nada valen las exasperaciones iracundas, los ademanes jactanciosos, si la tortura interminable transforma a los hombres en seres frustrados. Porque los personajes de la obra de Enrique Molleto están ajenos al perdón y a la concordia.

Grüss prisionero por la codicia y la venganza de Marcel, quien a su vez sufrió y fue perseguido, recuerda al monstruo Peter Pan de *La Torre*. A ambos, en el medio respectivo, se les quería evitar, pero se presentían, repercutiendo en las conciencias con sobrecogedora sistematización. En *El Sótano*, cuyos protagonistas sufren aún los traumas psíquicos de una guerra, el sacrificio de Grüss resulta una redención para los que obran con perversidad. No menos significativa es la declaración de Germaine a ése, en las últimas escenas de la obra, que la guerra había terminado, dejando al descubierto la farsa macabra, confesión dramática que la descarga del peso de una culpa compartida, en tanto que Marcel baja en esos instantes al lugar donde se ha realizado a cumplir sin duda tenebrosos designios.

La tensión acaso escalofriante que Enrique Molleto logra en *El Sótano*, revela las calidades dramáticas que posee, aunque los seres humanos cuyas existencias sintetiza en breves y certeras caracterizaciones, parecen dictadas por un concepto demasiado unilateral del hombre; hay un clímax desequilibrado en esta obra: la agresividad hostil, las permanentes actitudes defensivas, el escarnio violento, la represalia feroz, denuncian la ausencia de sentimientos más humanos (la caridad entre otras), más constructivas, pues poco hay de alentador en sus piezas teatrales.

"Mi teatro no propone soluciones, de ahí su aparente pesimismo. No las busca porque no existen. Bien puede uno rehuir esa problemática, relacionando al hombre con otras cosas, bienestar económico, realidad social, etc., y hallar más de alguna feliz conclusión. Pero nos habremos alejado del hombre, abandonándolo en su desesperada huida de sí mismo", declaró el autor en una entrevista (El Diario Ilustrado, 3 de septiembre de 1961).

Lamento no participar en manera alguna de la deprimente e inexacta afirmación de Enrique Molleto, pero como todo error contiene una parte de verdad, convengo en que esa inquietud que desazona a los espíritus es el "leit motiv" del hombre contemporáneo. Y estoy lejos de compartirla por dos razones: el aislamiento y la incomunicación egoísta son inútiles y perjudiciales; nadie puede sostener que cumplirá su misión en el mundo desvinculado voluntaria o involuntariamente de la sociedad que forma parte, como algo ineludible; y luego la deliberada prescindencia de Dios o la indiferencia manifiesta ante sus designios, sin los cuales nada se realiza, no conduce sino al desasosiego y a la desesperación. Desde luego que existen soluciones para remediar los problemas contingentes que aquejan al hombre; puede que no los encuentren seres anormales o prepotentes, si no se resignan a implorar el auxilio divino.

No obstante discrepar con Enrique Molleto en conceptos tan fundamentales, piedra angular de su dramaturgia, creo de justicia subrayar el valioso aporte de *El Sótano* al teatro chileno, a pesar de su clara raíz existencialista, pues enfoca a la sociedad desde un ángulo diverso al empleado en forma cotidiana.

Otro autor teatral de categoría, Jorge

Díaz, denuncia los defectos del mundo de hoy con hiriente burla, indudablemente efectista y aleccionadora de espíritus conformistas y estáticos, desenmascarando tipos humanos sin consideración, hundiendo el bisturí con profundidad, y para formar conciencia frente a temas específicos no vacila en hacer jugar a lo absurdo y grotesco un papel decisivo en sus obras.

Enrique Molleto, como Jorge Díaz, es un calificado exponente del vanguardismo teatral chileno. Sus dramas son de valía estimable, aun partiendo de bases, a mi entender, arbitrarias.

EUGENIA NEVES F.

La tierra que les di. Mercedes Valdivieso. Zig-Zag. 1963, 190 páginas.

En Chile, mucho es lo que se ha escrito hasta ahora —en toda la gama de la creación literaria— motivado en el campo y en quienes lo habitan. Sin embargo, el tema muestra aún lo vasto de sus límites en el continuo fluir de obras que aportan una nueva perspectiva de esta realidad.

Uno de los casos más decidores al respecto es la segunda novela de Mercedes Valdivieso, *La tierra que les di.*

Diez capítulos, once personajes, van creando una imagen acabada de una familia rica y aristocrática de latifundistas.

El primer capítulo es ya una primera síntesis de la novela. Es *la señora,* su presente, cercano a su fin, y su pasado, revivido en el recuerdo. Su mundo. El marido, los diez hijos, la hacienda, y ella, centro recio e íntegro de ese mundo, que forjara en el amor al trabajo y a la tierra y en una moral inflexible hecha de orgullo de casta y creencia religiosa.

Todo parecía predecir una vida sólida y feliz, siempre en ascenso. Los hijos crecen y por ello se traslada a Santiago. Pensó que el campo, trabajado y fértil, "que había sido un generoso procurador de necesidades, sería desde entonces, un generoso procurador de satisfacciones", pág. 22.

Pero, precisamente desde entonces, su mundo empieza a desmoronarse. La entrega de la administración de la hacienda a Miguel, el yerno arribista y calculador que "no tenía posición ni fortuna como ellos" (pág. 31), y luego la muerte del esposo y la del hijo mayor, fueron los primeros golpes. Del resto se encargaron sus otros hijos. Con sus vidas de parásitos, de seres mediocres, siempre a la expectativa de la herencia, le mostraban una realidad que involucraba una negación de sí misma, una realidad que no podía aceptar sin aceptar a la vez la invalidez de sus principios. Buscó una esperanza en los nietos y la encontró en uno de ellos, en Pablo. Pero eso no bastaba y "vuelve a su propio silencio como a un refugio. Ya no distingue bien las voces exteriores, sus oídos están llenos de exclamaciones lejanas y queridas. Suele entonces, olvidar el presente, para ausentarse de comidas y momentos ajenos y sin interés" (pág. 19).

El primer capítulo termina con su fin. Su última palabra, "Unidos", contiene la esencia de su anhelo más íntimo: sus hijos y la hacienda, juntos, unidos.

Pero todo termina con su muerte.

Los nueve capítulos restantes llevan como título un nombre propio. Siete nombres que corresponden a siete de sus hijos: Luisa, Teresa, Bernardo, Anselmo, Pilar, Josefina y Máximo. Y tres más: Miguel, uno de sus yernos, Celia, la esposa del hijo mayor, y Pablo, un nieto.

Un conjunto de hombres y mujeres, tomados todos en un momento posterior a la muerte de *la señora.* Y es aquí recién, cuando el drama de su vida emerge en toda su magnitud. La hacienda es puesta en remate y *La tierra que les di* se cambia por dinero par saciar el ocio y la vida estéril de los hijos. Excepto para Celia y Pablo, su muerte fue una liberación, el fin de una espera y la definición de sus vidas.

Luisa se marcha al extranjero con su amante; Teresa mata a su marido cuando es descubierta por éste en ocultos amores; Bernardo se apronta a "disfrutar de la vida como había soñado tantos años"; Anselmo se casa con la muchacha de origen humilde, que le había prohibido su madre; Pilar, deformada por una parálisis infantil, viaja a Italia como rica heredera en busca de marido; Josefina hace planes para nuevos derroches y lujos; Máximo huye estafando a quien puede, y Miguel, atrapado por su amante, trata de comprar su silencio con dinero.

Los dos últimos capítulos corresponden a Celia y Pablo. Celia, esposa del hijo mayor, médico como él, es la única que siente verdaderamente la muerte de la señora. Jamás aceptó su ayuda y fue ella la que más cerca estuvo de su estimación.

"Comprendo que mi posición es inútil, pero la mantengo —dijo en una reunión de familia—. Considero una locura cam-

biar tierra por dinero. Pienso sobre todo cómo hubiera pensado la señora y siento por ella que ustedes sean sus hijos" (pág. 162).

El último capítulo se titula "Pablo", y es una síntesis final de la novela. Es el pensamiento de Pablo, quien revive todo el pasado y sintetiza así todo el presente:

"Todo esto ha terminado. Nada es inmutable. Saldré de esta casa rápido, sin mirar hacia atrás. He podido contemplar el fin material de un pasado que mi familia trueca por un presente estéril. No podría plegarme a ellos, que están dejando de ser. En mi recuerdo y en mi respeto sólo mi abuela continuará en pie, aunque no podría ya inclinarme y aceptar lo que ella veneró. Entre nosotros se han tendido los años. Volver atrás sería internarse en la muerte, y es necesario vivir" (pág. 190).

Tres generaciones, la abuela, sus hijos y el nieto, tres actitudes vitales aprehendidas en un mismo momento, constituyen el fundamento conceptual de esta novela. Tres generaciones vistas como un proceso evolutivo, en el que cada una de ellas adquiere su propio sentido en la respuesta que adopta frente a la realidad que la rodea.

Pablo expresa el valor de cada generación, en el párrafo que transcribimos anteriormente.

La abuela es el pasado. Su grandeza residía en lo positivo y creador que hubo en ella, concorde con su época. Su error fue creer que todo era inmutable.

Sus hijos son los "que están dejando de ser", destruyendo lo creado por la generación anterior. "Es el fin material de un pasado que mi familia trueca por un presente estéril".

El nieto valora en sus justos términos a una y a otros. La abuela es respetada, como pasado. "Entre nosotros se han tendido los años. Volver atrás sería internarse en la muerte, y es necesario vivir".

Así, el personaje central, la madre, emerge con toda la fuerza de su personalidad en sus diversas acciones y reacciones, paralelamente a la configuración de cada uno de los otros personajes. Estos se van definiendo a través de sus rasgos más esenciales al mismo tiempo que completan la imagen de *la señora*.

Los méritos de *La tierra que les di* son muchos, y ubican a Mercedes Valdivieso como uno de los valores de nuestra literatura. Su lenguaje claro, preciso, sin artificios, a ratos llenos de poesía; la estructura misma de la obra; el conocimiento del ambiente y la compenetración psicológica que denota de los personajes, ponen de relieve, incuestionablemente, la seriedad, la inteligencia y la profunda sensibilidad de la autora.

La lectura de la obra resulta, pues, amena e interesante. En resumen, un verdadero deleite estético.

GUILLERMO FERRADA PARTARRIEU

28 cuentistas chilenos del siglo xx, por Antonio de Undurraga. Antología. Santiago de Chile, Ed. Zig-Zag, 1963. 278 pp.

En Prefacio esclarecedor expone el señor de Undurraga —a quien conociéramos, principalmente, a través de su revista *Caballo de Fuego*—, los principios rectores que han orientado su selección: "La presente antología ha sido realizada con un criterio estético y no histórico. Es decir, hemos escogido lo que tiene validez universal y no lo que meramente ha hecho noticia. Hemos buscado las piezas que estén, lo más planamente posible, dentro de las leyes del cuento. Muy pocos autores, incluso mundiales, han sabido, siempre, desenvolverse dentro de ellas: Maupassant y algún otro caso".

Sin discutir el singularísimo concepto de lo histórico que sustenta el antologista, intrigados por el "planamente" —de seguro errata— y curiosos por la supuesta legalidad que presidiría el género, damos noticia de la compilación.

Agrupa la antología a un poeta nicaragüense y a veintiocho cuentistas chilenos. Selecciona el señor de Undurraga uno o dos cuentos de cada autor —valorizando con la pluralidad seguramente una mayor jerarquía estética—. Breve nota crítico-biográfica de la pluma del compilador precede los cuentos de cada uno de los antologados.

RUBÉN DARÍO. "...seríamos ingratos si no recordáramos ni incluyésemos, siempre, entre los nuestros, a este hombre que escribió en Chile páginas memorables y que cantó su "glorias". La razón de gratitud que justifica la inclusión de Darío en esta antología de cuentistas chilenos, si bien honra al señor de Undurraga, pareciera forcejear con los más elementales conceptos de, no diremos historia, geografía literaria. Del poeta, reproduce *El rubí*.

BALDOMERO LILLO. Traza una somera biografía del escritor, que falleciera "en San Bernardo, a los pies de la cordillera

de los Andes". Opina: "No ha habido imparcialidad para juzgar ni valorar su obra, debido a que ha sido utilizada como bandera política por todos los insurgentes. Pobre de estilo y de imaginación escasa, no estaba dotado para llegar muy lejos. Todo aconseja que a Baldomero Lillo se le coloque en su verdadero y discreto lugar, a fin de no engañar a los jóvenes estudiantes con lecturas obligatorias que carecen de serios fundamentos..." Juicio tan severo nos recuerda la positiva valoración de Lillo por críticos que, si adjetivables, difícilmente les cuadra aquello de "insurgentes": Vega, Melfi, Donoso y hasta Alone. De Hernán Díaz, conocidamente poco afecto a banderías políticas "insurgentes" o subversivas, es este juicio: "Así, verdaderos y terribles, sobrios, irrefutables, equilibrados entre la alta belleza sublime, universal y la simple emoción humana, concreta, de cada día, son los cuentos de Baldomero Lillo, el maestro". (*Zig-Zag*, 11-II-1956). Según los estudios del señor de Undurraga, de Lillo se pueden seleccionar solamente unos tres cuentos. Para ésta, su antología, selecciona *Cañuela* y *Petaca*.

Federico Gana. Para el compilador, sólo dos cuentos de Gana son seleccionables. Escoge *Candelilla*. Suponemos que el otro cuento seleccionable pudo ser *La Señora* o *La Maiga* o *Los Pescadores* o *Paulita* o...

Januario Espinoza. Selecciona *La inútil*.

Guillermo Labarca Hubertson. Tras la evocación biográfica, que proporciona algunos detalles interesantes de la carrera literaria del señor de Undurraga, selecciona, de Labarca, *Vásquez*.

Augusto D'Halmar. La nota introductoria nos informa, entre otras cosas, de la generosidad y empeños del señor de Undurraga para solucionar la, en un momento, situación económica aflictiva del gran escritor. Selecciona *En provincia*.

Eduardo Barrios. "Su labor como cuentista es casi desconocida, pues ha cultivado muy poco este género. A Eduardo Barrios se lo reputa novelista. Algunas obras suyas han logrado traspasar las fronteras de Chile".

Cuenta luego el señor de Undurraga una experiencia suya reveladora de su seriedad crítica y sentido estético depurado. "Hace algunos años se convirtió en sello editorial muy vendido su obra *Gran Señor y Rajadiablos*. Confieso haber iniciado su lectura con la decepción de no haberla podido continuar. Tuve la impresión de que no estaba frente a una obra de arte".

Del reputado novelista selecciona el cuento *La antipatía*.

Mariano Latorre. Traza una breve ficha biobibliográfica que ameniza con alguna anécdota poco amable. Y después de una muy discutible valoración de la obra de Latorre, opina: "La lectura obligatoria de sus obras en los planes de enseñanza nos parece una medida negativa, pues no tiene la calidad requerida para ello". Antologa el cuento *La desconocida*.

Daniel de la Vega. Del poeta, periodista y dramaturgo, reproduce el cuento *Los Magos sin dinero*.

Vicente Huidobro. La presentación del escritor, entreverada con profusas digresiones sobre la mentalidad latinoamericana y otros tópicos del mismo jaez, remite a otras obras del autor —el señor de Undurraga, no Huidobro—. Del conocido poeta, reproduce un capítulo de su "hazaña" novelesca *Mio Cid Campeador: El oso, el jeque y el jabalí*.

Luis Durand. Traza una semblanza del escritor que aporta valiosas informaciones sobre los trabajos de don Antonio de Undurraga, el antologista. Se refiere a los intentos "bastante fallidos" de Durand por crear una literatura vernácula, perfila una aguda crítica antimarxista, da alguna referencia bibliográfica sobre el escritor Undurraga y finaliza con un párrafo de enigmática sintaxis según el cual se inferiría —una de las interpretaciones posibles—, que Luis Durand y don Antonio de Undurraga dirigieron conjuntamente la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción. Selecciona, de Durand, el cuento *La picada*.

Manuel Rojas. "Su novela más comentada, *Hijo de Ladrón*, la leímos, en parte, por la gran sugestión del título, pero no pudo satisfacernos". Reproduce, completo, el cuento *Laguna*.

Marta Brunet. En la nota previa proporciona el señor de Undurraga información pertinente y de la otra. El antologista selecciona el cuento, ya muy antologado, *Doña Santitos*.

Salvador Reyes. Después de una bella nota introductoria, no exenta de observación irónica, antologa *Las banderas del puerto*.

Hernán del Solar. Sabrosos recuerdos autobiográficos —del antologista—, preceden el cuento *Rododendro*.

María Flora Yáñez. Noticia de los denodados esfuerzos de don Antonio de

Undurraga en pro de una buena causa, anteceden a *Gertrudis*.

GONZALO DRAGO. Dos cuentos. La noticia preliminar no logra explicar ni justificar la preeminencia. Reproduce *Extraviado* y *Ganado cuyano*.

FRANCISCO COLOANE. Tras algo de menosprecio al escritor latinoamericano en general y detallada cuenta del comunismo de Coloane, que "ha sido para los chilenos una especie de Walt Disney, que por sus experiencias personales en la Tierra del Fuego y Magallanes (zonas semipolares que constituyen la Noruega chilena), les ha dado a conocer innumerables detalles de esas regiones con un bello don novelesco", antologa *Caballo de la aurora*. Se puede apreciar por la cita, fuera del fino talento comparativo del señor de Undurraga, su intento de divulgación para un público extranjero. Sus notas previas a los cuentos antologados abundan en explicaciones de tipo geográfico-turístico.

MARÍA LUISA BOMBAL. Breve semblanza literaria y chisme policial pretérito de resurrección muy poco oportuna, anteceden el admirable cuento *El árbol*, de María Luisa Bombal.

LEONCIO GUERRERO. Selecciona *La ley de los peces*.

ANTONIO DE UNDURRAGA. El antologista se autoantologa y se asigna, en su antología, dos cuentos. Más que Lillo y Gana y D'Halmar... La noticia nos informa que el autor es abogado y licenciado en ciencias jurídicas y sociales.

Enriquecen esta noticia preliminar algunas reflexiones anticomunistas que sorprenden a los que alguna vez leímos el militante e inspirado *Recabarren o El Líder de Sudor y Oro* (Santiago, Ed. Cultura, 1946) o *Morada de España en Ultramar*. Himnos a la República Española. (Valparaíso, Ediciones Hispania, 1939) que con bríos y ardor revolucionarios recitara el ahora tan anticomunista antologador. Pero, ¿no es la vida un ancho río —al decir de Heráclito— que fluye y cambia?

Se pregunta el antologista autoantologado: "¿Es verdad que sólo tenemos don de vituperio, apego al privilegio y al negocio fácil, y que carecemos de imaginación y pensamiento?" La pregunta es retórica.

El señor de Undurraga, que ahora se revela como cuentista, es autor de serios estudios sobre el género. De altísima importancia teórica son su artículo *¿Cuáles son las Leyes del Cuento?* (en *Espiral*. Letras y Arte. Bogotá, Colombia, Nº 83, mayo, 1962, pp. 29-33) y su extenso ensayo *Contribución de Latinoamérica al cuento de Occidente* (en *Espiral*. Nº 86, marzo, 1963, pp. 7-34). Da a conocer ahora dos de sus cuentos: *El hombre que tenía el corazón de Antigona* y *Una noche demasiado larga*.

PEDRO CARRILLO. Selecciona *El árbol de la sombra sin miedo*.

ANDRÉS SABELLA. Una presentación poco grata antecede al cuento *El cielo colorado*.

NICOMEDES GUZMÁN. Antologa *El pan bajo la bota*.

MARIO ESPINOSA. Selecciona *H. M.*, que ya leyéramos en la Antología de Lafourcade y que, en segunda lectura, conserva su banalidad. ¿Por qué no Enrique Lihn, Marta Jara, Pablo García o Claudio Giaconi? Bueno, antologar tiene sus riesgos, pero también sus privilegios.

MARGARITA AGUIRRE. Nota preliminar con algunas referencias notablemente inoportunas antecede su cuento *El nieto*.

WALDO VILA. *Un desliz*.

GUILLERMO BLANCO. *Adiós a Ruibarbo*.

MARÍA ELENA GERTNER. *Niñita*.

Finaliza la antología con una *Cita de Autores* (*por orden cronológico*) merecedora de más de alguna rectificación. Así, Federico Gana nació en 1867 y no en 1868; *La Ciudad Encantada* de Januario Espinosa es de 1942 y no de 1944; Guillermo Labarca nació en 1878 y no en 1879; Manuel Rojas publicó *Hombres del Sur* en 1926 y no en 1947; Marta Brunet nació en 1901 y no en 1897; Gonzalo Drago, nos parece, habría nacido en 1907 y no en 1906; *La Tierra del Fuego se apaga*, de Coloane, fue publicada en 1945 y no en 1946; la antología que publicara Nicomedes Guzmán en 1941 se titula *Nuevos cuentistas chilenos* y no *Nueva Antología del Cuento Chileno;* Mario Espinosa nació en 1918 y no en 1924.

La Antología del señor de Undurraga, pródiga en grandes ausencias —Joaquín Díaz Garcés, Olegario Lazo Baeza, Rafael Maluenda...—, carece de todo rigor selectivo. La presentación de los seleccionados y la apreciación crítica —unidas al autoelogio reiterado—, si bien tienen discutible valor desde el punto de vista literario, lo poseen, grandísimo, para la valoración y conocimiento de la obra y personalidad de don Antonio de Undurraga, crítico, poeta, compilador, cuentista y teórico del cuento.

Bibliografía chilena

Selección de los libros y folletos ingresados a la Biblioteca Nacional (Sección Chilena) por concepto de la ley de depósito legal. Enero-junio de 1963.

OBRAS GENERALES:

Anuario del Observatorio Astronómico Nacional de la Universidad de Chile, para el año 1963. Stgo., Imp. y Lito Universo, 1963. 114 p.

Anuarios ejecutivos de Sociedades Anónimas, Bancos, Compañías de Seguros y Corredores de la Bolsa de Santiago. Año 1963. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 354 p.

Biblioteca Nacional. Gazeta Ministerial de Chile. 1820-1821. Stgo., Ed. Universidad Católica de Chile, 1963. v. 2.

Instituto Chileno Coreano de Cultura. Estatutos. Stgo., Imp. Horizonte, 1963. [4] p.

Revista Chilena de Historia y Geografía. Indice de los números 101 a 125 de la Revista Chilena de Historia y Geografía. 1943-1957, por Francisco Santana. Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza, Ltda., 1963. 99 p.

Valdés Morandé, Salvador. Tradiciones y recuerdos. Edición privada. Artículos publicados en "El Diario Ilustrado" de Santiago, Chile. Stgo., SOPECH Impresores, 1963. v. 2.

FILOSOFÍA Y RELIGIÓN:

Amosson-Pablo, Juan. Explicaciones sobre el Capítulo VII de la Primera Epístola a los Corintios. (Virginidad y matrimonio). Stgo., Imp. Walkiria, [1963] 31 p.

Boza Masvidal, Eduardo. Revolución cristiana en Latinoamérica. Prólogo de Angel Aparicio Laurencio. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 93 p.

Escuela Dominical de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Creciendo en el evangelio. Preparado por la Mesa Directiva de la Escuela Dominical de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Stgo., Imp. The South Pacific Mail, 1963. 299 p.

González Carrera, Juan Vicente. Nuestro camino. Stgo., Ed. Universidad Católica, 1963. 208 p.

Hanisch Espíndola, Walter. Peumo. Historia de una Parroquia. 1662-1962. Stgo., Ed. Universidad Católica, 1963. 220 p.

Hauret, Ch. y Gourbillón, J. G. Cómo leer la Biblia. Stgo., Talls. de la Soc. de San Pablo, 1963. 60 p.

Juan XXIII, *Papa.* Carta encíclica "Pacem in Terris". Paz fundada sobre la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Stgo., Talls. Gráfs. de la Soc. de San Pablo, 1963. 63 p.

Juan XXIII, *Papa. Enciclica* "Pacem in Terris". Stgo., Ed. Universidad Católica de Chile, 1963. 59 p.

Juan XXIII, *Papa.* Mensajes de paz. S. S. Juan XXIII y Padres Conciliares. Octubre y diciembre de 1962. Stgo., Talls. de la Soc. de San Pablo, 1963. 32 p.

Juan XXIII, *Papa.* "Pacem in Terris". Carta encíclica de nuestro santísimo señor Juan por la Divina Providencia, Papa XXIII. A los venerables hermanos patriarcas, primados, arzobispos, obispos y demás ordinarios. Publicaciones de "El Diario Ilustrado". Stgo., 1963. 80 p.

Lignée, H. Hacia el santuario del cielo. Stgo., Talls. de la Soc. de San Pablo, 1963. 80 p.

López-Morillas, Juan. Unamuno y Pascal: Notas sobre el concepto de la agonía. Stgo., Ed. Universitaria. [1963] 51-63 p.

Motte, Jean François. Hacia una pastoral de conjunto [por] J. F. Motte y F. Boulard. Stgo., Talls. de la Soc. de San Pablo, 1963. 192 p.

Serrano, Miguel. La serpiente del Paraíso. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 391 p.

Stahl, Gerald. Funcionalidad y causalidad. Stgo., Ed. Universitaria, 1962. 17-21 p.

Vives E., Francisco. Principios de Sociología Cristiana. 2ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 107 p.

Viviani, Guillermo. Las reformas de estructuras. Comentario de la encíclica "Mater et Magistra" sobre la reforma cristiana de las estructuras de la sociedad presente. Stgo., Talls. de la Soc. de San Pablo, 1963. 36 p.

LINGÜÍSTICA:

Acuña Gatillón, Elena. Texto de inglés para 2º año de enseñanza comercial. Stgo., Imp. Soc. Cooper. de Cultura y Publ. Ltda., 1963. 56 p.

Acuña Gatillón, Elena. Texto de inglés para 3.er año de enseñanza comercial. Stgo., Imp. Cooper. de Cultura y Publ. Ltda., 1963. 59 p.

Avendaño de Aspillaga, Olga. Inglés 4th year reading selections and notes. Texto provisional... para 4º año de humanidades de los Liceos Experimentales [por] Olga Avendaño de Aspillaga y Elia Díaz de Wigdorsky. Stgo., Talls. Gráfs. de Enc. Hispano Suiza Ltda., 1963. 75 p.

Collados de Jara, Elvira. Castellano. 1.er año. Plan común. 6ª ed. renovada. Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 156 p.

Collados de Jara, Elvira. Castellano. 2º año. Plan común. 6ª ed. renovada. Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 140 p.

Collados de Jara, Elvira. Castellano. 3.er año. Plan común. 6ª ed. renovada. Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 167 p.

Collados de Jara, Elvira. Castellano. 5º año. Plan diferenciado de ciencias. 2ª ed. Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 111 p.

Collados de Jara, Elvira. Castellano. Libro 1º. (1.er año de humanidades) conforme a programas oficiales. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 149 p.

Collados de Jara, Elvira. Castellano. Libro 2º. (2º año de humanidades) conforme a programas oficiales. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 135 p.

Collados de Jara, Elvira. Castellano. Libro 3º. (3.er año de humanidades) conforme a programas oficiales. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 169 p.

Corro A., María. The English examination. 1 book. Stgo., Imp. El Imparcial, 1963. 66 p.

Charó, René. J'apprends le français. 1. Ouvrage destiné a la première et à la deuxième année des humanités des Lycées et Collèges Chiliens [por] René Charó y Andrés Reboullet. 4ème. éd. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 48 p.

Charó, René. J'apprends le français. II. Ouvrage destiné a la troisième année des humanités des Lycées & Collèges Chiliens [por] René Charó y André Reboullet. 5ème. éd. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 48 p.

Charó, René. Je découvre La France. Manuel de langue, littérature et civilisation destiné a la 5ème. année des humanités des Lycées & Collèges Chiliens [por] René Charó y André Reboullet. 3ème. éd. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. v. 2.

Charó, René. Je découvre La France. Manuel de langue, littérature et civilisation destiné a la 6ème. année des humanités des Lycées & Collèges Chiliens [por] René Charó y André Reboullet. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. v. 3.

Dirección de Educación Primaria y Normal. Departamento Pedagógico. Más adelante. 3.er año... Se encomendó este trabajo a la profesora experimental María Teresa Galleguillos Calderón... con la cooperación de los profesores experimentales: Yolanda Carreño Fernández... y Osvaldo Salas O.... Stgo., Ed. Lord Cochrane, 1962. 192 p.

Doezis, Michel. Ortografía, puntuación, acentuación, paronimia, concordancia y dactilografía al tacto en doce lecciones. Valparaíso, Imp. Mercantil, [1963] 192 p.

F. T. D. Lecturas graduadas por F. T. D. "Ya puedo leer" para 1ª preparatoria. 8ª ed. Stgo., Ed. F. T. D., [1963] 135 p.

Jara Urbina, Enrique. Nociones elementales de la gramática castellana. Para 2º grado primario. 2ª ed. Stgo., Ed. Salesiana de Macul, 1962. 112 p.

Livacic G., Ernesto. Páginas Amigas. Libro de lectura para el 3.er año de humanidades. 4ª ed. Stgo., Fondo Editorial Educación Moderna, 1962. 224 p.

Miquel, Lydia. English through practice. Book one. (1.er año humanidades) conforme a programas oficiales [por] Lydia Miquel y Augusto Manríquez. 3ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 173 p.

Miquel, Lydia. English through practice. Book 2. (2º año humanidades) conforme a programas oficiales [por] Lydia Miquel y Augusto Manríquez. 2ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 159 p.

Miquel, Lydia. English through practice. Book 3. (3.er año humanidades) conforme a programas oficiales [por] Lydia Miquel y Augusto Manríquez. 1ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 144 p.

Montes, Hugo. Libro de Lectura de 1.er año [por] Hugo Montes y Julio Orlandi. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 237 p.

Montes, Hugo. Libro de Lectura de 2º año [por] Hugo Montes y Julio Orlandi. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 271 p.

Montes, Hugo. Libro de Lectura de 3.er año [por] Hugo Montes y Julio Orlandi. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 285 p.

Wigdorsky, Leopoldo. I speak english! Book 1. (1.er año de humanidades) [por] Leopoldo Wigdorsky y Elia Díaz de Wigdorsky. 4ª ed. Stgo., Fondo Editorial Educación Moderna, 1963. 88 p.

Wigdorsky, Leopoldo. I speak english! Book 2. (2º año de humanidades) [por] Leopoldo Wigdorsky y Elia Díaz de Wigdorsky. 3ª ed. conforme a los nuevos programas. Stgo., Fondo Editorial Educación Moderna, 1963. 117 p.

CIENCIAS SOCIALES:

Actividades del comunismo en Chile en 1962. (Artículo reproducido de la Revista "Estudios sobre el Comunismo"), Nº 39, Año x, enero-marzo, 1963. Stgo., Imp. San Jorge, 1963. 40 p.

Aguilar Vidal, Oscar. Geografía económica de Chile y geografía económica general. 2ª ed. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 301 p.

Alvarez Baltierra, Luis. Prensa y propaganda sindical. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, [1963] 18 p.

Aparicio Laurencio, Angel. El congreso de las focas amaestradas y los lacayos parlantes de Moscú en Río de Janeiro. Prólogo de: Raúl Roca. Fidel Castro. Osvaldo Dorticós. Leonel Brizola. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 32 p.

Aparicio Laurencio, Angel. Los malvados no conocen la justicia. Stgo., Ed. del Pacífico, [1963] 27 p.

Aracena Rivera, Elena. La Institución de la Vicepresidencia de la República de Chile. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 116 p.

Araya Rivera, Carmen. El aborto. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 94 p.

Armand, Louis. Defensa del porvenir [por] Louis Armand y Michel Drancourt. [Traducción de Hernán del Solar]. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. xxv, 187 p.

Asociación de Empresas de Servicio Público. Ley General de Servicios Eléctricos. D.F.L. Nº 4, de 24 de julio de 1959. Texto refundido según D. S. Nº 2.060, publicado en el "Diario Oficial" Nº 25.421, de 19 de diciembre de 1962. Stgo., Talls. Gráfs. "La Nación", 1963. 63 p.

Asociación de Exportadores de Chile. Estatutos y reglamento. Arbitrajes. Leyes y disposiciones vigentes para las exportaciones. Modificaciones y ampliaciones a la 4ª ed. Stgo., Imp. Cámara de Comercio de Santiago, 1963. 160 p.

Aylwin Azócar, Patricio. Derecho Administrativo. Stgo., Ed. Universitaria, 1962. 2 v.

Baltra Cortés, Alberto. Tres países del mundo socialista: La Unión Soviética. La Democracia Popular Alemana. Yugoslavia. 2ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 188 p.

Banco Central de Chile. Departamento de Estudios. Balanza de pagos de Chile. Año 1961. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 89 p.

Banco del Estado de Chile. Escalafón General al 31 de diciembre de 1962. Stgo., Imp. Artes y Letras, 1963. 125 p.

Benadava C., Santiago. Las relaciones entre Derecho Internacional y Derecho Interno ante los tribunales chilenos. Stgo., Imp. Chile, [1963] 28 p.

Beytía Barrios, Luis. Incidencia en el Mercado Común Latinoamericano de las legislaciones del trabajo y seguridad social de los países signatarios. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 176 p.

Biblioteca Nacional. Extensión Cultural. Chile: su futura alimentación. Ciclo de conferencias organizado por la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 233 p.

Caffarena de Jiles, Elena. ¿Puede el marido enajenar los derechos hereditarios de su mujer sin autorización judicial y aun sin el consentimiento de ésta? Stgo., Imp. Chile, [1963] 47-65 p.

Caja Autónoma de Amortización de la Deuda Pública. Servicio de la Deuda Externa correspondiente al año 1959, realizado de acuerdo con lo dispuesto en la Ley Nº 8.962 de 20 de julio de 1948. Stgo., Talls. Gráfs. Periodística Chile, [1963] 56 p.

Caja Autónoma de Amortización de la Deuda Pública. Servicio de la Deuda Externa correspondiente al año 1960, realizado de acuerdo con lo dispuesto en la Ley Nº 8.962, de 20 de julio de 1948. Stgo., Talls. Gráfs. Periodística Chile, [1963] 58 p.

Cámara de Comercio de Santiago. Documentación ALALC. Tratado de Montevideo: Resoluciones, decretos y normas. Stgo., Imp. Cámara de Comercio de Santiago, [1963] v. 5

Cámara de Comercio de Santiago. Listas nacionales y listas de artículos producidos por: Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, México, Paraguay, Perú y Uruguay. 1963. Stgo., Imp. Cámara de Comercio de Santiago, 1963. v. 2 y 3.

Cámara de Comercio de Santiago. Nomenclatura arancelaria para la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, ALALC. Nomenclatura NABALALC. Stgo., Imp. Cámara de Comercio de Santiago, [1963] v. 1.

Cámara de Comercio de Santiago. Productos para los cuales Chile ha obtenido concesiones arancelarias de los países miembros de ALALC. Stgo., Imp. Cámara de Comercio de Santiago, 1963. v. 4.

Camiragua Ch., José Ramón. De las notificaciones. 2ª ed. Stgo., Carlos E. Gibbs A., editor, 1963. 465 p.

Canto Cabrera, Raúl de. Estatuto jurídico y atribuciones del capitán mercante. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 69 p.

Carrera Bascuñán, Helena. El secreto profesional del abogado (Estudio teórico y práctico). Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1963. 269 p.

Castillo Velasco, Jaime. Las fuentes de la Democracia Cristiana. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 111 p.

Castro, Fidel. El Partido Unido de la Revolución Socialista. Stgo. Espartaco Editores Ltda., 1963. 48 p.

Cerda Varas, Fernando. Juicio sobre nulidad del testamento de la señora Elena Méndez Zañartu de García, seguido ante el Primer Juzgado Civil de Mayor Cuantía de Santiago. Stgo., Imp. El Imparcial, [1963] 104 p.

Corbalán, Salomón. Cartilla campesina. Stgo., Ed. Pla, [1963] 79 p.

Corporación de Fomento de la Producción. Reglamento del personal y Decreto con fuerza de ley Nº 211 de 1960. Sección Personal. Stgo., Imp. Artes y Letras, 1963. 24 p.

Correa Prieto, Luis. Nuestra economía y sus flaquezas. Análisis no comprometido. Stgo., Ed. Orbe, 1963. 266 p.

Chile. Constitución. Constitución Política de la República de Chile. Conforme a la Edición Oficial. Stgo. Ed. Nascimento, 1963. 47 p.

Chile. Leyes, estatutos, etc. Decretos N.os 174 y 224. Fijan precios comerciales. Resolución Nº 177, fija utilidades comerciales. Lista oficial de precios de artículos de 1ª necesidad. Stgo., Imp. Cepeda y Rodríguez, 1963. 32 p.

Chile. Leyes, estatutos, etc. Ley de Alcoholes. (Cartilla del Libro II y su Reglamento). Stgo., Imp. Servicio de Prisiones, 1963. 99 p.

Chile. Leyes, estatutos, etc. (Ley Nº 15.020) Reforma Agraria y sus reglamentos. Actualizada para 1963. Stgo.. Imp. Gutenberg, 1963. 80 p.

Chile. Leyes, estatutos, etc. Ley Nº 15.077. Reajustes Sector Público. Nuevos impuestos municipales. Ley Nº 15.075. Empleados semifiscales. Consolida deudas y otorga préstamos. Stgo., Edita y distribuye Luis Rosso M., 1963. 16 p.

Chile. Leyes, estatutos, etc. Registro Nacional de Conductores. Decreto Supremo Nº 0751. Registro Nacional de Vehículos Motorizados. Decreto Supremo Nº 1.151. Articulado de la Ley 15.123 (Juzgados de Policía Local) referentes a los D. S. N.os 0751 y 1.151. Stgo., Ed. Proteo, 1963. 16 p.

Chile. Presidencia. (Alessandri Rodríguez) Mensaje de S. E. el Presidente de la República don Jorge Alessandri Rodríguez, al Congreso Nacional al inaugurar el período ordinario de sesiones. 21 de mayo de 1963. Stgo., Imp. del Servicio de Prisiones, 1963. 467 p.

Dirección de Agricultura y Pesca. Departamento de Economía Agraria. Sección Economía de la Tierra. Documentación básica general sobre tenencia de la tierra en Chile y materias afines. 2ª ed. Trabajo presentado al 2º Seminario Latinoamericano sobre Problemas de la Tierra, convocado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO). Stgo., Imp. Los Andes, 1962. 63 p.

Dirección de Estadística y Censos. Agricultura e Industrias Agropecuarias. Año agrícola 1958-1959, y Pesca. Año 1959. Stgo., Imp. del Servicio de Prisiones, 1962. 43 p.

Dirección de Estadística y Censos. Agricultura e Industrias Agropecuarias. Año agrícola 1959-1960, y Pesca. Año 1960. Stgo., Imp. del Servicio de Prisiones, 1962. 55 p.

Dirección de Estadística y Censos. Demografía. Año 1957. Stgo., Imp. del Servicio de Prisiones, 1961. [4] 102 p.

Dirección de Estadística y Censos. Demografía. Año 1958. Stgo., Imp. del Servicio de Prisiones, [1963] [4] 102 p.

Dirección del Registro Electoral. Normas básicas para el funcionamiento de las Mesas Receptoras de Sufragios. Stgo., Talls. Gráfs. "La Nación", 1963. 24 p.

Durán Bernales, Florencio. La política y los sindicatos. Stgo., Imp. Andes, 1963. [5] 271 p.

Embajada del Brasil en Santiago de Chile. Centro Brasileiro de Cultura. Panorama económico del Brasil. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 38 p.

ENDESA, *Empresa Nacional de Electricidad, S. A.* Producción y consumo de energía en Chile. 1961. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 51 p.

Ercilla Cifuentes, Silvia. La Frontera. Síntesis político-económica. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 83 p.

Escuela Internacional de Verano de Valparaíso. 15ª. 1963. Textos de las declaraciones de los señores Carlos Martínez, Raúl Prebisch, Humberto Díaz y David Stitchkin en el Seminario sobre la Alianza para el Progreso. Organizada por la Universidad de Chile y la Universidad Técnica "Federico Santa María" con los auspicios de la Organización de Estados Americanos y la participación de las universidades nacionales. Stgo., Imp. El Imparcial, 1963. 46 p.

Facultad de Ciencias Económicas. Departamento de Relaciones Laborales. Programa de Educación Sindical. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, [1963] [8] p.

Federación de Educadores de Chile. El magisterio con el pueblo. Proyecto de asistencialidad escolar. Stgo., Imp. Horizonte, 1963. 18 p.

Feliú Segovia, Olga. Efectos del matrimonio y de su nulidad en el Derecho Administrativo. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 101 p.

Frei M., Eduardo. Sobre la misión de la juventud en América Latina. Conferencia dictada en el 1.er Seminario de Dirigentes Estudiantiles Latinoamerinos, organizado por ORMEU. San Sebastián, Chile, febrero 1962. Stgo. Ed. Universidad Católica, 1963. 31 p.

Gálvez Naranjo, Joaquín. La facultad reglada del Presidente de la República para conceder mercedes de aguas. Stgo., Ed. Pla, 1963. 61 p.

Gamboa Núñez, Horacio. En la ruta del 2 de abril. 2ª ed. Stgo., Imp. Fantasía, 1962. 320 p.

Gigoux Castellón, Patricio. La expropiación de minas. Memoria de prueba. Concepción, Imp. de la Universidad de Concepción, 1963. 79 p.

Gutiérrez Albornoz, Javier. La concesión de personalidad jurídica a las corporaciones y fundaciones. (Doctrina, legislación, reglamento, dictámenes del Consejo de Defensa del Estado desde 1897 a marzo inclusive de 1963). Prólogo de Eugenio Velasco Letelier. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1963. 158 p.

Gutiérrez González, Jorge Rolando. Ley de Caminos. Construcción, conservación y financiamiento de caminos según el Decreto con fuerza de ley Nº 206, publicado en el "Diario Oficial" Nº 24.612, de 5 de abril de 1960. Memoria de prueba. Concepción, Imp. de la Universidad de Concepción, 1963. 155 p.

Haz Vásquez, Darwin. La reforma penitenciaria. Stgo., Talls. Gráfs. de la Penitenciaría de Santiago, 1960. [24] p.

Hitchman, J. W. La situación del cobre chileno.. 1962-1963. Stgo., Imp. Mueller, 1963. 10 p.

Hübner Gallo, Jorge I. Manual de Filosofía del Derecho. 2ª ed. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1963. 289 p.

Instituto de Economía. Ocupación y desocupación. Gran Santiago. Concepción. Diciembre de 1962. Stgo., 1963. IX, 45 h.

Instituto de Economía. Ocupación y desocupación. Valparaíso, Viña del Mar, Gran Santiago, Concepción. Marzo de 1963. Stgo., Imp. Inst. de Economía, 1963. IX, 55 h.

Instituto de Economía. Utilización de la capacidad instalada en 42 empresas industriales. Stgo., Imp. Inst. de Economía, 1963. XI, 70 p.

Instituto Interamericano de Financiamiento Cooperativo (IIFCO). Comité de Financiamiento. Proyecto del Instituto Interamericano de Financiamiento Cooperativo. Asamblea constituyente del O.C.A. 4 al 10 de febrero de 1963. Montevideo - Uruguay. Stgo., Imp. Sopech, 1963. 48 p.

Lagos Valenzuela, Tulio. Caminos de la cultura [por] Tulio Lagos Valenzuela y Pedro E. Zuleta Guerrero. Stgo., Talleres de Arancibia Hnos., 1963. 189 p.

Latorre, Moisés. Situación profesional y ocupacional de los técnicos e ingenieros de la Universidad Técnica del Estado [por] Moisés Latorre, Ariel Leporati y Néstor Porcell. Stgo., Imp. Artes y Letras, 1963. 230 p.

Lenin, Vladimir Ilich. Sobre la "democracia" "y la dictadura". Stgo., Espartaco Editores Ltda., 1963. 17 p.

López Montero, Luis A. El agente de seguros en sus relaciones con las legislaciones del trabajo y de la previsión social. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 163 p.

Manual de consultas del Servicio de Seguro Social. Edición 1963. Stgo., Imp. Horizonte, 1963. 24 p.

Martínez Sotomayor, Carlos. Discursos y documentos. (I) Relaciones entre Chile y Bolivia. Exposición del Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Carlos Martínez Sotomayor. 28 de marzo de 1963. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 30 p.

Martínez Sotomayor, Carlos. Discursos y documentos. (II) Alianza para el Progreso. Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Carlos Martínez

Sotomayor, al inaugurar el Seminario de la Escuela Internacional de Verano de Valparaíso. 14 de enero de 1963. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 31 p.

Méndez Benimelis, Alvaro, Francisco y Octavio. Juicio sobre nulidad del testamento de la señora Elena Méndez Zañartu de García, seguido ante el 1.er Juzgado Civil de Mayor Cuantía de Santiago. Stgo., Imp. El Imparcial, [1963] 104 p.

Ministerio de Educación Pública. Dirección General de Educación Primaria. Anexo de locales 1963. Stgo., Imp. Vera y Gianini, 1963. 213 p.

Ministerio de Educación Pública. Dirección de Educación Secundaria. Decreto aprobatorio de las rentas de arrendamiento de liceos. Stgo., Imp. Servicio de Prisiones, 1962. 21 p.

Ministerio de Educación. Sección de Experimentación. Educación para el hogar. 1.er año. 4ª ed. revisada. Stgo., Talls. Gráfs. de Enc. Hispano Suiza Ltda., 1963. 73 p.

Ministerio de Educación. Sección de Experimentación. Educación para el hogar. 2º año. 4ª ed. modificada por Flor Leighton Ortiz. Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 84 p.

Ministerio de Educación. Sección de Experimentación. Educación para el hogar. 3.er año. 4ª ed. modificada por Flor Leighton Ortiz. Stgo., Talls. Gráficos de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 83 p.

Ministerio de Educación. Sección de Experimentación. Educación para el hogar. 4º año. 4ª ed. modificada por Flor Leighton Ortiz. Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 94 p.

Ministerio de Hacienda. Dirección de Presupuestos. Instrucciones para la ejecución de la Ley de Presupuestos para 1963. Stgo., Talls. Gráfs. "La Nación", 1963. 44 p.

Ministerio de Minería. Servicio de Minas del Estado. La minería del azufre en Chile. Año 1962. Stgo., Imp. del Servicio de Prisiones, 1962. 42 p.

Ministerio de Relaciones Exteriores. La cuestión del Río Lauca [El Libro Blanco]. Stgo., Imp. Instituto Geográfico Militar, 1963. [6] 335 p.

Ministerio de Relaciones Exteriores. Sesquicentenario del Ministerio de Relaciones Exteriores. 1812-1962. Stgo., Esc. Lito-Tipo. Salesiana La Gratitud Nacional, [1963] [20] p.

Montes Olavarrieta, Leonidas. De la prevaricación de abogados y procuradores. (Arts. 231 y 232 del C. Penal). Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1963. 170 p.

Morales Gómez, Hernán. Legislación de regadío en Chile. Memoria de prueba. Concepción, Imp. de la Universidad de Concepción, 1963. 104 p.

Morgado Valenzuela, Emilio. Teoría de la administración sindical. Stgo., Prensa Latinoamericana, [1963] 22 p.

Núñez, Oscar. Diez años de lucha de los trabajadores chilenos. Stgo., Imp. Horizonte, 1963. 24 p.

OTECH, Organización de Técnicos de Chile. Consejo Técnico Gremial de la Pequeña Minería. Chile, salva tu minería. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 30 p.

Pérez Pizarro, Silvia. El parentesco en el Derecho Procesal. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 73 p.

Poblete M. Roberto. Impuestos vigentes en 1963. La reforma tributaria en su primer trámite constitucional. Comparación de los impuestos a la renta en vigencia con los del proyecto. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1963. 88 p.

Prat E., Jorge. La revolución del hombre libre. Discurso pronunciado en la ciudad de Temuco el 26 de mayo. Stgo., Imp. El Imparcial, 1963. 32 p.

Ramírez S., H. Producción con seguridad. Temas desarrollados por el Servicio de Seguridad ENAP Magallanes [por] H. Ramírez S. y J. Blanlot K. Punta Arenas, Imp. y Lito. El Magallanes, [1963] 47 p.

Ríos Gallardo, Conrado. Chile y Bolivia definen sus fronteras. 1842-1904. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1963. 264 p.

Riveros Suárez, Eugenio. La disolución y nulidad del matrimonio ante el Derecho Internacional Privado chileno y la Jurisprudencia de nuestros Tribunales. Memoria de prueba. Stgo., Imp. Vera y Gianini, 1962. 79 p.

Robert Arias, Hernán. Aguas subterráneas. Memoria de prueba. Concepción, Escuela Tipográfica Salesiana, 1963. 124 p.

Saavedra Canales, Jorge. El delito de lesiones con notable deformación. Memoria de prueba. Concepción, Imp. de la Universidad de Concepción, 1963. 100 p.

Schwartz, Federico. El corazón del comunismo. Traducción de R. Cecil Moore. Stgo., Ed. Lord Cochrane, [1963] 32 p.

Senado. Asuntos pendientes en comisiones al 21 de mayo de 1963. Stgo., Imp. Instituto Geográfico Militar, 1963. 60 p.

Servicio de Impuestos Internos. Instrucciones para la declaración de rentas. 1963. Stgo., Imp. "La Nación", 1963. 16 p.

Servicio de Seguro Social. Estadísticas. 1960. Stgo., Imp. Servicio de Prisiones, [1963] 95 p.

Silva Bascuñán, Alejandro. Tratado de Derecho Constitucional. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1963. v. 2 y 3.

Silva Blanco, Mario. Estudio crítico de la jurisprudencia recaída en los artículos 518 a 529 inclusive del Código de Procedimiento Civil. Memoria de Prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 99 p.

Silva Duarte, Omer Emeth. Curso de Derecho Internacional Privado. Parte General. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 138 p.

Sociedad Constructora de Establecimientos Educacionales, S. A. Leyes. Reglamento. Estatutos. Stgo., Imp. Chile, [1963] 64 p.

Sociedad Constructora de Establecimientos Educacionales, S. A., 25 años. 29 de noviembre de 1937. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 37 p.

Solar Méndez, Raúl del. Manual para la administración de fondos de las Organizaciones e Instituciones Deportivas Nacionales. 1962. Stgo., Imp. San Jorge, [1963] 31 p.

Somarriva Undurraga, Manuel. Derecho de Familia. I. El Matrimonio. II. Los regímenes matrimoniales. III. La filiación. IV. El estado civil. V. El derecho de alimentos. VI. Las tutelas y curadurías. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 782 p.

Soto Becerra, Luis. Cómo estudiar. Guía para el estudiante de enseñanza media y universitaria. 2ª ed. Stgo., Talls. Gráficos Periodística Chile, 1963. 96 p.

Soto Romero, Alfredo. Manual de Organización, Administración y Supervisión Escolar. Stgo., Imp. de Arancibia Hnos., 1963. 247 p.

Superintendencia de Bancos. Circulares de la Superintendencia de Bancos y consultas de los bancos. Stgo., Imp. Vera y Gianini, 1962. v. 10.

Superintendencia de Bancos. Estadística bancaria. Resumen de los estados de situación al 15 de febrero de 1963. Stgo., Imp. M. Tomás F., 1963. 23 p.

Tannenbaum, Frank. Filosofía del trabajo. 3ª ed. Traducción de Magdalena Santa-Cruz. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 181 p.

Tomić Romero, Radomiro. Igualdad de oportunidades para todos los niños chilenos. Discurso de Radomiro Tomić en el Senado al presentar el Proyecto de Ley que crea el Fondo de Becas de Educación y Préstamos de Estudio Universitario. Stgo., Ed. del Pacífico, [1963] [16] p.

Tomić Romero, Radomiro. Sobre el sistema interamericano. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 59 p.

Tratado de Montevideo. Lista Nacional de Chile. Listas especiales de productos originarios de Paraguay y Ecuador. Stgo., Talls. Gráfs. "La Nación", 1963. 67 p.

Universidad de Concepción. 8ª Escuela Internacional de Verano. 1963. Concepción, Imp. Universidad de Concepción, 1963. 63 p.

Urbina Mesa, Héctor. De las costas en el Derecho Civil chileno. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 77 p.

Valderrama Pergolesi, Ricardo. Algunas consideraciones sobre el Derecho Comercial y el Derecho de Sociedades. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 74 p.

Varela V., Raúl. Curso de Derecho Comercial. 2º año. 2ª parte. Quiebras. Stgo., Ed. Universitaria, 1962. 247 p.

Vega Leiva, Richards Luis. Jurisprudencia criminal y Tratado del Código Penal. Stgo., Imp. Los Andes, 1962. 204 p.

Venegas Venegas, Gioconda. Comentario de la legislación sindical chilena. Stgo., Prensa Latinoamericana, [1963] 29 p.

Via Arauco, Mario. Determinación de la unidad económica en base a los resultados y posibilidades de predios de 1 a 30 Hás. regadas. Año agrícola 1958-1959. [por] Mario Via Arauco y Germán Casenave Besoaín. Stgo., Imp. Los Andes, 1961. 128 p.

Vinagre Muñoz, Guillermo. Operaciones de la Sección Cambios de un Banco. Memoria de prueba. Stgo., Imp. Artes y Letras, 1963. 64 p.

Vives E., Francisco. Principios de Sociología Cristiana. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 106 p.

Wunkhaus Ried, Arnoldo. Las resoluciones judiciales en el procedimiento civil. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 69 p.

Zamorano, Manuel. Crimen y alcohol [por] Manuel Zamorano y Carlos Munizaga. Aproximación psicológica y sociocultural del crimen alcohólico. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 127 p.

Zavala Cuadra, Irma. La acción civil proveniente del delito. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 71 p

CIENCIAS PURAS Y APLICADAS:

Aldunate Phillips, Arturo. Discurso pronunciado por don Arturo Aldunate Phillips, Presidente de la Compañía Chilena de Electricidad con motivo de la inauguración de Planta Renca. 14 de diciembre de 1962. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, [1963] [10] p.

Asociación de Químicos y Coloristas Textiles de Chile. Cinco Conferencias Técnicas. Stgo., Imp. Siglo xx, 1963. 84 p.

Balmaceda O., José Manuel. Semiología. 1ª parte. Semiología general. Semiología del aparato respiratorio. Semiología del aparato cardiovascular. Semiología del tubo digestivo. Stgo., Ed. Universitaria, 1962. 348 p.

Berdichewsky Scher, Bernardo. El precerámico de Taltal y sus correlaciones. Stgo., Imp. Los Andes, [1963] 36 p.

Bianchi C., Ennio. Química Orgánica. 3ª parte, t. 3. Para la enseñanza secundaria conforme al estado actual de los conocimientos de la Química. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 252 p.

Bosch Bousquet, Julio. Contabilidad [por] Julio Bosch Bousquet y Luis Vargas Valdivia. 2ª ed. Texto para: 5º año y 1.er año de la especialidad de contadores de los Institutos Comerciales. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. v. 2.

Cámara de Comercio de Santiago. Guía del importador. 1963. 3ª ed. Stgo., Imp. Cámara de Comercio de Santiago, 1963. 2 v.

Canales Tapia, Francisco. Discurso de incorporación. "Los números pitagóricos y su aplicación para resolver un problema propuesto a Leonardo de Pisa", [y] Discurso de recepción al señor don Francisco Canales Tapia, por el profesor Sr. Eduardo Gibbs Villavicencio. Stgo., Ed. Universitaria, 1962. 18 p.

Cano, Omer. Geometría correspondiente al 4º, 5º y 6º años de humanidades. 3ª ed. De acuerdo con el programa vigente. Stgo., Ed. La Salle, [1963] 573 p.

Casertano, Lorenzo. 1. Informe sobre el sistema volcánico del Láscar, por Lorenzo Casertano y Rolando Barozzi. 2. Informe petrográfico sobre muestras del sistema volcánico del Láscar, por Jaime Silva Garín. Stgo., Ed. Universitaria, [1963] 303-328 p.

Congreso Panamericano de Farmacia y Bioquímica. 5º. Santiago - Viña del Mar, 1960. 5º Congreso Panamericano de Farmacia y Bioquímica. Resúmenes de trabajos realizados. Santiago - Viña del Mar, 12 al 19 de noviembre 1960. Stgo., Imp. Eynaudi, [1963] 87 p.

Congreso Panamericano de Reumatología. 3º. Santiago, Viña del Mar, 1963. Congreso Panamericano de Reumatología. 15 al 19 de octubre de 1963. San-

tiago - Viña del Mar. Bajo los auspicios de la Liga Panamericana contra el Reumatismo y la Sociedad Chilena de Reumatología. Stgo., Imp. Chile, 1963. [34] p.

Convención de la Asociación de Geógrafos y Profesores de Geografía de Chile. 2ª. Concepción, 1961. 2ª Convención de la Asociación de Geógrafos y Profesores de Geografía de Chile. Departamento de Historia y Geografía. Celebrada en Concepción entre el 12 y 15 de octubre de 1961. Concepción, Imp. de la Universidad de Concepción, 1963. 120 p.

CORMA, *Corporación Chilena de la Madera.* Maderas. 3ª ed. Propiedades, clasificación, medición y aplicaciones. Stgo., Prensa Latinoamericana, 1963. v. 1.

Doezis, Michel. Dactilografía al tacto en doce lecciones. (Separata de Ortografía y Puntuación). Valparaíso, Imp. Mercantil, [1963] 191 p.

Draguicević, M. Levantamiento gravimétrico de Chile por M. Draguicević, E. Kausel, C. Lomnitz, H. Meinardus y L. Silva. Stgo., Ed. Universitaria, [1963] 217-242 p.

Durán M., Leonidas. Insectos de importancia económica para la Zona Austral. Stgo., Imp. Los Andes, 1963. 76 p.

Dussuel Gálvez, Mario. Física elemental. Tomo 2. Contiene una numerosa selección de problemas y sus resultados. 5º año de humanidades. Conforme al programa vigente. Stgo., Imp. Fantasía, 1963. 144 p.

Dussuel Gálvez, Mario. Física elemental. Tomo 3. Contiene una numerosa selección de problemas y sus resultados. 6º año de humanidades. Conforme al programa vigente. Stgo., Imp. Fantasía, 1963. 160 p.

F. T. D. Ciencias Sociales. (Historia. Geografía. Educación Cívica) para 3ª y 4ª preparatorias. 1962. 5ª ed. Ilustró T. Kowalecsko K. Stgo., Ed. F. T. D., [1963] 181 p.

Gandarillas M., Guillermo. Curso de Educación Cívica. Conforme al programa y legislación vigentes. Con el texto de la Constitución Política y sus reformas, distribuido por capítulos. Stgo., Talls. Gráfs. "La Nación", 1963. 202 p.

Glavic Richardson, Natalio. Nutrición del hombre y de otros organismos vivientes. 2ª Unidad. 4º año de humanidades. Stgo., Talls. de Arancibia Hnos., 1963. 86 p.

Gómez Millas, Juan. Tradición y tarea universitaria. Stgo., Talls. Gráfs. Planet, 1963. 160 p.

Grys, Ann M. de. Prospección geoquímica preliminar de suelos y sedimentos en áreas seleccionadas de Chile Central. Stgo., Ed. Universitaria, [1963] 243-273 p.

H. E. C. Historia Natural e Higiene. Curso elemental. 13ª ed. Stgo., Ed. La Salle, [1963] 143 p.

Halpern, Martin. Geología de la Base Gabriel González Videla (Antártica). Stgo., Ed. Universitaria, [1963]. 143-154 p.

Herrera F., Roberto. Texto de Física para el 4º año de humanidades [por] Roberto Herrera F. y Teodoro Jarufe A. 4ª ed. Stgo., Fondo Editorial Educación Moderna, 1962. 368 p.

Instituto de Educación Rural. Radio-Escuela "Surco y Semilla". Material pedagógico correspondiente al mes de mayo. Curso "A". Stgo., 1963. p. v.

Instituto de Educación Rural. Radio-Escuela "Surco y Semilla". Material pedagógico correspondiente al mes de mayo. Curso "B". Stgo., 1963. p. v.

Instituto de Educación Rural. Radio-Escuela "Surco y Semilla". Material pedagógico correspondiente al mes de junio. Curso "A". Stgo., 1963. p. v.

Instituto de Educación Rural. Radio-Escuela "Surco y Semilla". Material pedagógico correspondiente al mes de junio. Curso "B". Stgo., 1963. p. v.

Katz, Hans R. 1. Sobre la ocurrencia de Cretáceo Superior Marino en Coyhaique, Provincia de Aisén. 2. Descubrimiento de una microflora neocomiana en la Formación Agua Fresca (eocena) de Magallanes y su significado con respecto a la evolución tectónica de la zona. Stgo., Ed. Universitaria, [1963] 109-141 p.

Laín Entralgo, Pedro. Introducción a la cultura española. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 41 p.

Levi, Beatriz. Edades radiométricas y petrografía de granitos chilenos. Muestras Chile 13 a Chile 36 [por] Beatriz Levi, Sonia Mehech y Fernando Munizaga. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 42 p.

Lira Orrego, Jorge. Obras Marítimas. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 471 p.

Lomnitz, Cinna. 1. Los terremotos del 4 de septiembre de 1958 en el Cajón del Maipo. 2. Esfuerzos y deformaciones en el interior de un planeta no evolutivo. Stgo., Ed. Universitaria, [1963]. 275-302 p.

Maldonado Pérez, Belisario. Manual para el uso de La Regla Melón en el cálculo de dosificaciones de concretos y morteros. Stgo., Talls. Gráfs. Capuchinos, 1963. 34 p.

Mardones H. S. B. Lecciones de mecanografía. Stgo., 1962. 20 h.

Meinardus B., Hans. Exploraciones geofísicas en el área de Tongoy. Stgo., Ed. Universitaria, [1963] 203-215 p.

Mercado Schüler, Carlos. Curso de Física. Mecánica. 4º año de humanidades. 5ª ed. (Con las preguntas de Física del Bachillerato: enero de 1961). Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 212 p.

Munizaga, Juan R. Estudio de un rasgo de variación discontinua en las poblaciones americanas. Stgo., Imp. Los Andes, 1963. 20 p.

Peppel M., Cecil R. Revisión de las causas de variación en el crecimiento de la lana. Stgo., Talls. Gráfs. "La Nación", [1963] [8] p.

Pérez d'Angello, Vicente. Elementos de Ciencias Naturales. Tomo I. Necesidades vitales de los organismos superiores. 1.er año de humanidades. En conformidad al programa oficial. Stgo., Imp. y Lito. Universo, 1963. 244 p.

Ramírez, Pedro J. Trabajos manuales con papeles. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 118 p.

Rosenberg V., Luis A. Estudio elástico de una viga alta empotrada sometida a una desnivelación de apoyo. Stgo., Ed. Universitaria, [1963] 157-172 p.

Schulz, Leo Clemens. El síndrome de shock y su diagnóstico anátomo-patológico a raíz de experimentaciones en cerdos. Stgo., Talls. Gráfs. "La Nación", [1963] [8] p.

Tapia Yáñez, José. Heredabilidad y correlación genética. Stgo., Talls. Gráfs. "La Nación", [1963] [8] p.

Vega, Rodrigo de la. Catálogo Estelar. Stgo., 1963. v. 1.

Villalobos C., Julio. Matemáticas. Año 1. 1.er año de humanidades, conforme a programas oficiales. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 185 p.

Yáñez S., Enrique. Texto de Química para 4º año de humanidades. 5ª ed., Stgo., Ed. Fondo Editorial Educación Moderna, 1963. 173 p.

Yoma Y., Fortunato. Construcción y aplicación de un espectrógrafo sísmico mecánico. Stgo., Ed. Universitaria, [1963] 173-202 p.

LITERATURA Y BELLAS ARTES:

Acevedo Hernández, Antonio. El triángulo tiene cuatro lados. Drama bárbaro en 5 actos. Stgo., Lito. e Imp. Bolívar, 1963. 99 p.

Allende G., Rosa Soledad. Los sueños de mi vida. Poesías de una escritora chilena. Stgo., Imp. Chile, 1963. 30 p.

Alone, seud. Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo XX. Augusto d'Halmar. Pedro Prado. Gabriela Mistral. Pablo Neruda. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 235 p.

Alonso, Carlos. El loco tiene razón. Sainete en 1 acto. Stgo., Ed. Cultura, 1963. 30 p.

Aquevedo Zúñiga, Dagoberto. Ningún camino. Angol, Ediciones Index, [1963] 62 p.

Araya, Enrique. El inútil Hipólito Jara. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 214 p.

Arenas, Braulio. Ancud, Castro y Achao. Stgo., Talls. de Arancibia Hnos., 1963. [15] p.

Arrieta, Emilio. Marina. Opera española en tres actos. Libreto de D. Francisco Camprodón y Miguel Ramos Carrión. Stgo., Ed. Zig-Zag, [1963] 20 p.

Avalle-Arce, Juan Bautista. Perfil ideológico del Inca Garcilaso. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 82-92 p.

Binvignat, Fernando. El Príncipe Feliz. Cuento de Oscar Wilde (1856-1900). Versificación de Fernando Binvignat. Ovalle, Ed. La Provincia, 1963. 40 p.

Blanco, Guillermo. Revolución en Chile, [por] Sillie Utternut. Traducción de Guillermo Blanco y Carlos Ruiz-Tagle. 8ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 194 p.
9ª ed., ídem. 1963.
10ª ed., ídem. 1963.
11ª ed., ídem. 1963.
12ª ed., ídem. 1963.
13ª ed., ídem. 1963.

Blest Gana, Alberto. Martín Rivas. 9ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 388 p.

Briceño Werner, Sergio. 24 horas en la gran ciudad. Stgo., Talls. Gráfs. "EPHASA", Empresa Periodística Hispano América, 1963. 106 p.

Brontë, Emily. Cumbres borrascosas. Traducción de Manuel F. Chepote. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 367 p.

Bruce Depolo, Agustín. El hombre del riñón solitario. 1ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 207 p.

Carnicer, Ramón. Himno Nacional de Chile. Música de Ramón Carnicer. Texto de Eusebio Lillo. Himno Nacional do Brasil. Música de Francisco Manuel da Silva. Letra de Joaquim Osorio Duque Estrada. Stgo., Ed. Instituto de Educación Musical, 1963. [2] 8 p.

Carvacho Herrera, Víctor. Artes Plásticas. Historia del Arte. Apreciación. Colaboración fotográfica de Ladrón de Guevara y Ceitelis (del 2 al 11), de Rebeca Yáñez (47 y 48) e Instituto de Cinematografía del Ministerio de Educación (los restantes). Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 64 p.

Castro, Baltazar. Mi camarada padre. 3ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 270 p.

Cruchaga Santa María, Angel. Noche de las noches. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1963. 48 p.

Godoy, Tamara. Copayapu. Poemas. Stgo., Imp. Fantasía, 1960. 64 p.

González Vera, José Santos. Eutrapelia. 2ª ed. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 205 p.

Hormazábal G., Renato. Hojas en el viento. Prosas. Ilustra: América Flor Rojas. Stgo., Imp. Domínguez, 1963. 24 p.

Iglesias, Augusto. El hijo del árbol. Novelas cortas. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 223 p.

Inostrosa C., Jorge. Adiós al Séptimo de Línea. 7ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 2 v.

Ivelić, Radoslav. Juan Guzmán Cruchaga. Poemas. Temática. Análisis estilístico y estético. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 139 p.

Kessel, Joseph. En Tánger, zona internacional. 3ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 259 p.

Lafourcade, Enrique. Para subir al cielo. 3ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 204 p.

Lillo, Baldomero. Sub Terra. Cuadros mineros. 11ª ed. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 180 p.

Loveluck, Juan. Aproximación a "La Vorágine". Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 92-117 p.

Marambio, Joel. Vendimia interior. Stgo., Ed. Alfa, 1963. 56 p.

Margaño Mena, Luis. Educación musical. Folklore, apreciación y repertorio. Texto guía para los alumnos. 2ª ed. Stgo., Talls. Gráfs. de E. Hispano Suiza Ltda., 1963. 87 p.

Marín, Gaspar. La mujer sin cabeza. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 160 p.

Miranda, Max Enrique. Otra vez la angustia... Stgo., Talls. de Arancibia Hnos., 1963. 126 p.

Molina, Julio. Los caballeros vuelven al oasis. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1962. 47 p.

Morand, Carlos. La herida del tiempo. Luis Rivano, editor. Stgo., Talls. Gráfs. de Arancibia Hnos., 1963. 95 p.

Morgado, Benjamín. Algunas comedias. 1ª ed. Stgo., Talls. Gráfs. Periodística Chile, 1963. 136 p.

Neruda, Pablo. Farewell. [Traducción de Thiago de Mello]. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 20 p.

Ordenes Pincheira, Carlos. Grillos en el alma. Stgo., Imp. Costa, 1962. [40] p.

Ordenes Pincheira, Carlos. Lagarto. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1963. 61 p.

Orlandi, Julio. Literatura Hispanoamericana. (Adaptada a los nuevos programas de educación secundaria), 1º al 6º año de humanidades. 2ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 626 p.

Ossandón, Francisca. Tiempo de estar. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1963. 48 p.

Pape, Richard. Así acabará el mundo. Novela. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 220 p.

Pardo Tovar, Andrés. Perfil y semblanza de Vicente Espinel. Stgo., Ed. Universitaria, 1962. 45 p.

Pena Filho, Carlos. Memorias del buey Serapião. [Traducción de Thiago de Mello]. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 28 p.

Petit, Magdalena. Caleuche. (3ª ed.). Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 187 p.

Poirot-Delpech, Bertrand. El gran crepúsculo. Novela. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 221 p.

Poirot-Delpech, Bertrand. El tiempo de las cerezas. Traducción de Virginia Cruzat de García-Huidobro. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 165 p.

Ramírez, Hugo E. Desde adentro. Stgo., Imp. Horizonte, 1963. 36 p.

Reboullet, André. Il y a coupe... par André Beboullet et René Charó. Mise en page: Mariano Rawicz. Illustration: Jimmy Scott. Stgo., Talls. Gráfs. de E. H. S. Ltda., [1963], 80 p.

Rivas Rudisky, Ramiro. Una noche sin tinieblas. (Cuentos). Stgo., Talls. de Arancibia Hnos., 1963. 77 p.

Rodríguez Malaspina, Luis. Mi jorocueca. Un homenaje de Venezuela a Chile. Letra y música de Luis Rodríguez Malaspina. Transcripción y arreglo del maestro Vicente Bianchi. Stgo., Imp. y Lito. Casa Amarilla, 1963. [4] p.

Rodríguez-Peña Figueroa, Eduardo. Lo que nadie quiso creer. Stgo., Imp. Ed. Entrecerros, 1963. 159 p.

Rojas, Manuel. Hombres del Sur. 3ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 181 p.

Rojas, Manuel. Punta de Rieles. 3ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 256 p.

Rokha, Pablo de. seud. Oda a Cuba. 1ª ed. Stgo., Imp. Fantasía, 1963. 6 p.

Rozas Larraín, Carlos. Barco negro. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 279 p.

Sánchez, Humberto. La pampa desnuda. Novela. Stgo., Ed. Arancibia Hnos., 1963. 335 p.

Sánchez Guerrero, Juan. Hijo de las piedras. Prólogo del profesor Juan Loveluck. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 202 p.

Silva Basualdo, Luis. 4 autores y sus cuentos [por] Luis Silva Basualdo, Renán Valdés von B., Juan Radrigán Rojas y Alejandro Solís Muñoz. Stgo., Ed. Entrecerros. 1962. 153 p.

Silva Espejo, René. Jr. Crónicas. Prólogo de Antonio R. Romera. 2ª ed. aumentada. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 220 p.

Sociedad de Escritores de Valparaíso. Bitácora. Poemas. Valparaíso. Imp. Gómez-Núñez, 1963. 34 p.

Solari Mongrio, Enrique. Adolescencia, última página. 2ª ed. Stgo., Imp. de Central de Talls. del Servicio Nacional de Salud, [1963], 87 p.

Spikin-Howard, Alberto. De ayer y de hoy. Stgo., Luis Rivano, editor, Talls. Arancibia, 1963. 51 p.

Steinbeck, John. Las uvas de la ira. 3ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 500 p.

Tissier, Bernard. Mystère dans la lande par Bernard Tissier et René Charó. Mise en page: Mariano Rawicz. Illustration: Odette Sansot et Ettie Rocco. Stgo., Ed. de la Librairie Française, [1963], 32 p.

Uribe González, Luis. Derroteros perdidos. Poemas. Mención honrosa en Concurso Literario de Unión de Escritores Americanos. San Antonio, Ed. Orientación, 1963. 64 p.

Valdivieso, Mercedes. La brecha. Prólogo de Fernando Alegría. 4ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 142 p.

Valdivieso, Mercedes. La tierra que les di. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 190 p.

Vargas Saavedra, Luis. Al cuerpo humano. Editor, Luis Rivano. Stgo., Talls. Gráfs. de Arancibia Hnos., 1963. 31 p.

Vergara, Marta. Memorias de una mujer irreverente. 2ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 296 p.

Vulliamy, Luis. Los rayos no caen sobre la yerba. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 95 p.

Yankas, Lautaro. seud. El cazador de puma y El último toqui. 2ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 156 p.

HISTORIA. GEOGRAFÍA:

Alemparte, Julio. José Miguel Carrera, genio de la Independencia. (Homenaje al sesquicentenario de su primer Gobierno). Stgo., Talls. de Arancibia Hnos., [1963], 40 p.

Aliste M., Abelardo. Hierro viejo. Stgo., Talls. de Arancibia Hnos., 1963. 85 p.

Balbontín M., Manuel. Manuel Rodríguez en Yerbas Buenas. 1813-1963. Stgo., Ed. Orbe, 1963. 40 p.

Biblioteca Nacional. Extensión Cultural. Centenario de Los Miserables, de Víctor Hugo. (1862-1962). Conferencias de Virginia García Lyon y Carlos Vicuña Fuentes. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 66 p.

Campos Harriet, Fernando. Notas sobre el uso del nombre Reino de Chile. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 21-37 p.

Castro, Baltazar. ¿Me permite una interrupción? 2ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 217 p.

Castro Pérez, Ricardo. Terras da Vera-Cruz. El muy noble Capitán-Mayor Don Pedro Alvares Cabral, descubre a Brasil. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 77 p.

Cunill, Pedro. Geografía de Chile. Nuevo texto para la enseñanza secundaria conforme a programas oficiales. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 232 p.

Dairreaux, Max. Melgarejo. Stgo., Ed. Orbe, 1963. 238 p.

Díaz Salazar, Francisco Javier. Y ese mar... Stgo., Ed. del Pacífico, 1962. 81 p.

Embajada del Brasil en Santiago de Chile. Centro Brasileiro de Cultura. Gabriela Mistral y el Brasil. Stgo., Ed. Universitaria, 1963. 52 p.

Eyzaguirre, Jaime. Chile y Bolivia. Esquema de un proceso diplomático. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 64 p.

Frías Valenzuela, Francisco. Historia General. T. 1. 15ª ed. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 487 p.

Frías Valenzuela, Francisco. Historia General. T. 2. 14ª ed., reformada. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 544 p.

Frías Valenzuela, Francisco. Historia y Geografía. T. 1. 18ª ed. Acompañada de cuadros resúmenes y cuestionarios. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 264 p.

Frías Valenzuela, Francisco. Historia y Geografía. T. 3. 14ª ed. (Acompañada de cuestionarios). Stgo., Ed. Nascimento, 1962. 472 p.

Frías Valenzuela, Francisco. Manual de Historia de Chile. 6ª ed., acompañada de cuadros cronológicos. Stgo., Ed. Nascimento, 1963. 672 p.

H. E. C. Historia de Chile. Libro 2º. 20ª ed. Stgo., Ed. La Salle, [1963]. 112 p.

Iglesias Meléndez, Julio. Víctor Domingo Silva. Su vida y su obra. Biografía. Libro auspiciado por la Sociedad de Escritores de Chile (S. E. CH.). Stgo., Ed. Fantasía, 1960. 157 p.

Manteola Martínez, José. Gira continental del Presidente de la República Excmo. Señor Jorge Alessandri Rodríguez, 9 al 21 de diciembre de 1962. Fotografías: Manuel Julio. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 96 p.

Medina, José Toribio. Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile. 2ª Serie. Stgo., Imp. Instituto Geográfico Militar, 1963. v. 6.

Millar, Walterio. Historia de Chile ilustrada. Texto auxiliar para las escuelas primarias y preparatorias de los liceos. 13ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1963. 328 p.

Palma Zúñiga, Luis. Pedro Aguirre Cerda. Maestro. Estadista. Gobernante. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1963. 335 p.

Petit, Magdalena. Don Diego Portales. (El hombre sin concupiscencia). Biografía novelada, 2ª ed. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1963. 326 p.

Pinochet Ugarte, Augusto. Síntesis geográfica de Chile. (Las relaciones espaciales, aspectos geofísicos, geohumanos, geografía política y económica de Chile) (2ª ed., aumentada y corregida). Stgo., Imp. Instituto Geográfico Militar, 1963. 120 p.

Referencias Bio-Bibliográficas de los Autores que Aparecen en el Número Tres de la Revista y su Anejo

MANUEL ABASCAL BRUNET.

Profesor de Geografía. Sirve la Cátedra de Geografía Matemática en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

OBRAS:

Apuntes para la historia del teatro en Chile. La Zarzuela grande. Santiago, Imp. Universitaria, 1940-1951.
Don Luis Riso Patrón. 1869-1930. Santiago, Imp. Universitaria, 1942.
Pepe Vila. La zarzuela chica en Chile. (Manuel Abascal y E. Pereira S.) Santiago, Imp. Universitaria, 1955.

ADVIS.

Luis Advis nació en Iquique en 1939. Actualmente, después de haber realizado estudios de Derecho, Filosofía y Música, se desempeña como profesor auxiliar de Estética en la Universidad de Chile.
Dentro de su producción musical podemos mencionar sus "Piezas para Clarinete, cuarteto de Cuerdas y Piano", estrenadas en 1958 y sus "Preludios para Piano", estrenados en 1961.
La "Princesa Panchita" es su único trabajo para la escena.

RAÚL AICARDI LARENAS.

Nació en Santiago en 1924. Estudios en el Instituto Superior de Comercio. Se inicia el año 1940 como reportero gráfico de la revista *Ercilla*. Redactor de radio, cine y teatro. Secretario de redacción de la revista *Ecran* desde 1944 a 1947. Libretista en diferentes radios. En 1953 se incorpora a la Sección Radio del Departamento Informativo de la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica. Miembro suplente de la Censura Cinematográfica en representación de la Universidad de Chile en 1960. En 1961 es nombrado Jefe del Departamento Audiovisual de la Universidad de Chile.

FELIPE ALLIENDE GONZÁLEZ.

Profesor Auxiliar de Latín en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

JULIO ARRIAGADA HERRERA.

Nació en Concepción en 1895. Estudios: Liceo de Concepción e Instituto Nacional. Estudios preliminares en Leyes y Pedagogía. Funcionario de la Biblioteca Nacional entre 1914-1922 y 1926-1928. Secretario de la *Revista de bibliografía chilena y extranjera*. Reportero de *El Mercurio* de Santiago (1918-1923). Jefe de la Sección Informaciones del diario *Crítica* de Buenos Aires. Redactor político de *La Nación* de Santiago en 1925 y 1926. Subdirector entre 1928-1936 de *Las Últimas Noticias* de Santiago. Desde 1934 escribe notas periodísticas sobre historia nacional en *El Mercurio* con el seudónimo de ARCHIVERO. Director de la revista *Zig-Zag* (1939-1943). Jefe de la Biblioteca-Archivo de *El Mercurio* desde 1945 hasta su jubilación en 1954. En 1947, Presidente del Círculo de Periodistas. Miembro de la Sección *El Averiguador Universal* de *El Mercurio*. En 1950 inició la sección diaria *De hace medio siglo*. Con el seudónimo de Gabriel de León fue redactor de notas de *Las Últimas Noticias*. Pertenece al Colegio de Periodistas, Sociedad de Escritores y Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Coautor de un *Curso de Periodismo*, texto en uso en el Instituto Pinochet Lebrun.

DIRECCIÓN: Diario *El Mercurio*, Santiago.

JORGE BANDE WEISZ.

Nació en Szeged (Hungría) el año 1911. Desde 1943, nacionalizado chileno. Estudios: Licenciado en Ciencias Económicas. Título de la Universidad de Leipzig en 1933. Doctor en Leyes en la Universidad de Budapest el año 1933. Llega a Chile en 1938. Ingresa a la Compañía de Seguros La Chilena Consolidada en 1941. Profesor de Historia de la Cultura de la Universidad de Chile. Profesor de Seguros de la Facultad de Ciencias Económicas de la misma Universidad. Condecorado por el Gobierno español en 1951. Presidente del Comité Permanente para el desarrollo de Seguro Privado de las Américas (Organismo Ejecutivo de la Conferencia Hemisférica de Seguro).

OBRAS:

Las Asociaciones Internacionales de Universidades y el mundo universitario (en: Breves ensayos sobre universidades, editado por la Universidad de Chile, Departamento de Extensión Cultural, 1953).

Economía del Seguro. Editorial Universitaria, S. A., Santiago, 1957.

La Facultad de Economía y Comercio de la Universidad de Chile. Necesidad de la intervención de representantes de la producción en la Educación Pública. Imp. "El Imparcial", Santiago, 1942.

Impuestos y leyes sociales que afectan a las compañías de seguros al 15 de junio de 1942. Imp. "El Imparcial", Santiago, 1942.

La política del Seguro Privado. Edit. Universitaria, S. A., Santiago, 1953.

RAMÓN BRISEÑO CALDERÓN.

Nació en Santiago en 1814. Estudió en el Instituto Nacional. Se recibió de abogado en 1839. Fue Profesor de Filosofía y Derecho Natural en el Instituto. Juez de Menores de Santiago. Secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Director de la Biblioteca Nacional desde 1864 hasta 1886. Falleció en 1910.

OBRAS:

Curso de Filosofía Moderna y Derecho Natural. Santiago, Imp. Nacional, 1866.
Estadística bibliográfica de la Literatura chilena desde 1812 hasta 1879.
Repertorio de antigüedades chilenas y efemérides. Santiago, Imp. Gutenberg, 1889.
Derecho Natural o Filosofía del Derecho. Valparaíso, Imp. "El Mercurio", 1870.
Catálogo de la Biblioteca Chileno-Americana. Santiago, Imp. Gutenberg, 1889.
Estudios cronológicos-históricos sobre Chile. Santiago, Imp. Nacional, 1884.

SALVADOR BUENO.

Ensayista y Profesor cubano.

OBRAS:

Contorno de modernismo en Cuba. La Habana, 1950.
Medio siglo de literatura cubana (1902-1952). La Habana, Publicaciones de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1953.
Antología del cuento en Cuba (1902-1952). La Habana, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. Ediciones de Cincuentenario, 1953.
Policromía y color de costumbristas cubanos. Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, 1953.
Las ideas literarias de Domingo Delmonte. La Habana, 1954.
Historia de la literatura cubana. La Habana, Ediciones Minerva, 1954.
José Antonio Fernández de Castro, periodista e investigador. La Habana, Biblioteca Nacional, 1955.
Enrique Piñeyro y la crítica literaria. La Habana, 1957.
La letra como testigo. Santa Clara, Cuba, Universidad Central de Las Villas, 1957.

IGNACIO DOMEYKO.

Nacido en Niedzviadka, gobierno de Minsk (Lituania), el 31 de julio de 1802. Murió en Santiago de Chile el 23 de enero de 1889. Sus primeros estudios los hizo en la escuela de Szczuczyn, dirigida por los Escolapios. Posteriormente, pasó a la Universidad de Vilna donde cursó Filosofía. Tuvo por compañeros en esa Universidad a Zan y Mickiewicz, destacados intelectuales polacos. El año 1820 se graduó en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. Por razones políticas debió fijar su residencia en Zapole durante siete años en los cuales se dedicó a los estudios de literatura y trabajos agrícolas. Llegó a París en 1832 en calidad de emigrante y en esta ciudad hizo estudios en la Escuela Superior de Minas. Publica, en francés, *De la emigración de los alemanes en Rusia, por I. D., refugiado polaco (París, 1832).* Contratado por el Gobierno de Chile, llega a La Serena el 8 de julio de 1838. Funda en Coquimbo la Escuela Superior de Mineralogía y Química. En 1847 es nombrado Profesor de Mineralogía de la Universidad de Chile. Contribuye a la reforma de los planes de estudios para la enseñanza media y superior; logra también la creación de las carreras de Arquitecto e Ingeniero. Formó para la Universidad una biblioteca científica y literaria de más de 15.000 volúmenes. Estableció el sistema de intercambio de libros con instituciones extranjeras, sistema que sirvió de norma al Ministro Amunátegui para establecer, mediante protocolos, el canje de publicaciones de nación a nación. Es nombrado Rector de la Universidad de Chile en 1867. Publicó una re-

seña de las actividades de la Universidad que abarca los años 1855 a 1872. A su muerte dejó escritos 37 memorias o tratados sobre Mineralogía; 30 sobre Geología y Paleontología; 1 sobre Física; 11 sobre Meteorología; 15 sobre Química; 6 sobre Metalurgia; 6 sobre Pedagogía, y 24 sobre diversos temas como viajes, Bibliografía, Crítica, Biografía, Sistema Métrico, Geografía, Emigración, etc. Se le otorgó la carta de ciudadanía (por gracia), conferida por el Congreso, a pedido del Gobierno, en 1848. Colaboró en los *Anales de Minas* de París.

OBRAS:

Elementos de Física. (Traducción de la obra de De Poullet). Santiago, 1848.
Tratado de ensayos. Santiago, 1848; París, 1874.
Mineralogía.
Sobre el levantamiento de la costa de Chile. Santiago, 1857.
Viajes geológicos. En Boletín de la Universidad.
La Araucanía y sus habitantes. Santiago, 1845. (Traducido al polaco en Vilna).
Datos recogidos sobre el terremoto y las agitaciones del mar el 13 de agosto de 1868. Santiago, 1868.
Estudios sobre las aguas minerales de Chile. Santiago, 1857.
Introducción al estudio de las Ciencias Naturales. (1847).
Literatura y Bellas Artes. (Santiago, 1868).

RICARDO DONOSO NOVOA.

Nació en Talca en 1896. En 1925 ingresó al Archivo Nacional. En 1927 fue nombrado Director, hasta 1954, año en que jubiló. Profesor de su especialidad en el Instituto Nacional y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Secretario General y luego Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

OBRAS:

Barros Arana, educador, historiador y hombre público. Santiago, Prensas de la Universidad, 1958.
El abate Molina en los países anglosajones. México, 1958.
Alessandri, agitador y demoledor. Santiago, Talls. Gráfs. "La Nación", 1951.
Antonio José de Irisarri, escritor y diplomático. Santiago, "Prensas de la Universidad", 1934.
Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo. 1831-1886. Santiago, Imp. Universitaria, 1925.
Fuentes documentales para la Historia de la Independencia de América. México, D. F., Ed. Libros de México, 1960.
La sátira política en Chile. Santiago, Edit. Universitaria, 1950.
Veinte años de la historia de El Mercurio. Santiago, Imp. Cervantes, 1927.

JORGE EDWARDS.

Nació en Santiago en 1931. Estudios de Derecho en la Universidad de Chile. Abogado. Funcionario del Ministerio de Relaciones. Actualmente Adicto Cultural de la Embajada de Chile en París. Ha colaborado con artículos y traducciones en *Pro Arte, El Mercurio, Anales de la Universidad de Chile, Ultramar, Alerce,* etc.

OBRAS:

El patio. Santiago, Carmelo Soria, editor, 1952.
A la deriva. (En, Lafourcade, Enrique. *Cuentos de la generación del 50.* Santiago, Edit. del Nuevo Extremo, 1959).
Gente de la ciudad. Santiago, Edit. Universitaria, 1961.

ALFONSO M. ESCUDERO, O.S.A.

Nació en Quinamávida (provincia de Linares, Chile), el año 1899. Sacerdote agustino ordenado en 1923. Profesor desde 1921 en el Liceo San Agustín de Santiago. Profesor de Literatura hispanoamericana en la Escuela de Pedagogía de la Universidad Católica desde 1943. Rector del Liceo San Agustín. Secretario de la Sociedad de Escritores de Chile y miembro de la Junta de Administración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Actualmente Vicepresidente de la misma institución. En 1961 se incorporó como miembro correspondiente de la Academia Uruguaya de la Lengua.

OBRAS:

Lecturas para niños. Santiago, 1933.
Eliodoro Astorquiza. Santiago, Nascimento, 1934.
Romancero español (Introducción). Santiago, Nascimento, 1939.
Guillén de Castro: Las mocedades del Cid (Introducción). Santiago, Zig-Zag, 1944.
Alberto Blest Gana y su novela El loco Estero. (Tirada aparte de la introducción a la edición Jackson). Buenos Aires, 1945.
Manuel Tamayo y Baus: La locura de amor. Un drama nuevo (Introducción). Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945.
Algunos poetas antillanos y centroamericanos de los tiempos modernistas. Santiago, 1946.
José Santos Chocano: Antología poética (Introducción). Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.
Tres jesuitas de nuestra colonia. Santiago, apartado de la Revista Universitaria, 1948.
La prosa de Gabriela Mistral, fichas de contribución a su inventario. Santiago, apartado de la Revista Universitaria, 1950.
Juan León Mera: Cumandá (Introducción). Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951.
El Poema del Cid. Santiago, apartado de *Atenea*, 1951.
José Martí: Páginas escogidas. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1953. (En colaboración con Leonor Cormatches Díaz-Muñoz).
Juan Zorrilla de San Martín y Chile. Santiago, Universidad de Chile, 1956.
Juan Zorrilla y San Martín: Páginas olvidadas. Montevideo, Instituto de Investigaciones, 1956.
Tirso de Molina: La prudencia en la mujer. El condenado por desconfiado. Santiago, Editorial Universitaria, 1956.
Gabriela Mistral: Contando a Chile. Santiago, Pacífico, 1957.
Antonio de Trueba: Cuentos y cantares (estudio inicial). Madrid, Aguilar, 1959.
Federico Gana: Obras completas (Introducción). Santiago, Nascimento, 1960.
Rodolfo Lenz. Bogotá, 1963.

Dirección: Liceo San Agustín, Casilla 3912, Santiago.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

Nació en Talca en mayo de 1901. Hizo sus estudios en el Instituto Nacional y Liceo de Aplicación. En 1920 fue designado Ayudante de la Biblioteca del Instituto Nacional. En ese mismo año, Conservador del Museo Histórico Nacional; Conservador de la Biblioteca Americana José Toribio Medina, por expresa voluntad del Sr. Medina en el año 1925. Ha sido jefe de las diversas Secciones de la Biblioteca Nacional. Profesor del Instituto Pedagógico en las cátedras de Historia de Chile y de América. En la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile en la cátedra de Historia Constitucional de la cual es Profesor fundador. Miembro académico de las Facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales y de la de Filosofía y Educación. En 1952 le correspondió organizar la conmemoración del centenario del nacimiento de don José Toribio Medina. Ha desempeñado el cargo de Secretario General de la Universidad de Chile desde 1953 hasta 1956, año en que fue elegido Decano de la Facultad de Filosofía y Educación por el período 1956-1959. Como Secretario General de la Universidad, en 1953, organiza el Congreso Latinoamericano de Universidades. Desde 1960 desempeña el cargo de Director de Bibliotecas, Archivos y Museos. Secretario General del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina desde su fundación en 1952, institución que tiene por finalidad la reedición de las obras del ilustre historiador y la publicación de autores nacionales y extranjeros de obras relacionadas con las del Sr. Medina. Su labor de escritor y publicista se inicia en 1918. Ha sido Director de la *Revista Chilena, Anales de la Universidad de Chile, Boletín de la Academia Chilena de la Historia.* Sus obras se pueden agrupar en la siguiente forma: a) estudios históricos y biográficos; b) crítica histórica, literaria y bibliográfica; c) estudios bibliográficos; d) prólogos y ediciones, selecciones y reimpresiones; e) colecciones documentales. Suman, en total, más de 40 ó 50 títulos.

Dirección: Soria 855.

MARIO FERRECCIO PODESTÁ.

Profesor de Castellano titulado en la Universidad de Chile. Actualmente ejerce en el Internado Nacional Barros Arana. Colaborador de *Anales de la Universidad de Chile, Mapocho,* etc. Profesor Investigador del Instituto de Filología.

GUILLERMO FERRADA PARTARRIEU.

Profesor de Castellano titulado en la Universidad de Chile.

LUIS GALDAMES GALDAMES.

Nació en 1881 y murió en 1941. Profesor de Historia y Geografía. En 1927 es nombrado Jefe del Departamento de Educación Secundaria. Profesor del Instituto Comercial, Liceo Barros Borgoño e Instituto Nacional. Rector del Liceo Miguel Luis Amunátegui en 1913. Dirigió revistas especializadas. Participó en la reforma educacional de 1928. Profesor de Historia de Chile en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Decano de la Facultad de Filosofía y Educación en varias ocasiones.

OBRAS:

El decenio de Montt. Santiago, Imp. de El Imparcial, 1904.
Dos estudios educacionales. Santiago, Prensas de la Universidad, 1932.
Educación económica e intelectual. Santiago, Imp. Universitaria, 1912.

Estudio de la Historia de Chile (2ª ed.). Santiago, Imp. Universitaria, 1911.
La evolución constitucional de Chile. Santiago, Imp. Ballcels, 1925.
Geografía económica de Chile. Santiago, Imp. Universitaria, 1911.
La juventud de Vicuña Mackenna con un anexo bibliográfico por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, Prensas de la Universidad, 1932.
La Universidad de Chile (1843-1934). Santiago, Prensas de la Universidad, 1934.
Valentín Letelier y su obra. 1852-1919. Santiago, Imp. Universitaria, 1937.

MANUEL FRANCISCO GALLARDO OLMOS.

Nació en 1932. Estudios: Instituto Nacional, Escuela de Derecho, Instituto Pedagógico. Egresado de Italiano y Francés en 1959. Dedicado desde 1956 a los estudios sobre cine. Ha realizado foros y conferencias en la Universidad de Chile, Universidad Austral de Valdivia y Biblioteca Nacional. Actualmente es Presidente del Cine Club Universitario. Ha participado en filmaciones de cortos metrajes. Su labor ha sido comentada en *Ecreans du Monde,* de la UNESCO, y otras. Colaboró en los *Anales* de la Universidad de Chile.

ERNESTO GALLIANO MENDIBURU.

Nació en Rancagua en 1900. Hizo sus estudios en el Instituto Nacional y Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, graduándose de abogado en 1923. En 1918 ingresó a la Biblioteca Nacional, como encargado del Depósito de Publicaciones Oficiales y desde 1929 ejerce el cargo de Secretario Abogado de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y Encargado de la Propiedad Intelectual. Se ha especializado en Derecho de Autor y le correspondió representar a Chile en la Convención Universal del Derecho de Autor celebrada en Ginebra el año 1952. En varias oportunidades ha desempeñado el cargo de Director Subrogante de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. 31 años tuvo el cargo de Redactor Jurídico de El Averiguador Universal de *El Mercurio,* Sección de la cual llegó a ser jefe y en la que jubiló en el año 1955.

TOMÁS MAC HALE.

Crítico literario de *La Unión* de Valparaíso. Colaborador de *Atenea, Anales* de la Universidad de Chile y *Mapocho.*

ELEAZAR HUERTA VALCÁRCEL.

Nació en Tobar, España, en 1903. Estudios: Instituto Nacional, Escuela Normal de Albacete y en la Universidad de Madrid. Recibe el título de Abogado y Doctor en Filosofía y Letras en 1928. En su carrera docente ha desempeñado los siguientes cargos: Profesor de Historia y Economía Política en la Escuela Normal de Albacete, Profesor de Literatura Española como Agregado en la Universidad de Murcia, Profesor de Composición Castellana y Estética Literaria en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. 1945-1956, Profesor de Historia de Windsor School y Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad Austral de Valdivia, el año 1956. Ha desempeñado también el cargo de Redactor Jefe de la *Revista de las Españas.* Ejerce la Crítica Literaria en el diario *Las Ultimas Noticias* de Santiago.

OBRAS:

Antología poética. Santiago, 1943.
Lo árabe en la novela española. Santiago, 1943.
Esquema de poética. Santiago, Ed. Andrés Bello, 1962.
Poética del Mio Cid. Santiago, Ed. Nuevo Extremo, 1948.
El cuento chileno y Luis Durand.

Dirección: Universidad Austral de Valdivia.

AUGUSTO IGLESIAS MASCARENHAS.

Nació en Antofagasta en 1897. Estudios en el Seminario de La Serena. Titulado de Profesor de Castellano e Historia en el Instituto Pedagógico. Ha colaborado con los seudónimos de Julio Talanto y Dr. Cánopus en los diarios *El Mercurio, La Nación* y *Los Tiempos.* Profesor de Castellano e Historia en el Liceo Alemán de Antofagasta (1920). Profesor de Historia del Arte en la Universidad de Chile hasta 1928. Miembro de la Academia de Historia de Venezuela y correspondiente de la Real Academia Española. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Pertenece como fundador al Instituto de Ciencias Penales y Socio Correspondiente de la Sociedad Científica de Chile. Director de Bibliotecas, Archivos y Museos desde 1948 hasta 1953, cargo en el que jubiló.

OBRAS:

Alessandri, una etapa de la democracia en América. Tiempo, vida, acción. Santiago, Edit. Andrés Bello, 1960.
Benjamín Vicuña Mackenna aprendiz de revolucionario. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1946.
Bolívar. El hombre del destino. Santiago, Edit. Orbe, 1942.
Cinco novelas de amor. Santiago, Edit. Ercilla, 1933.
El feminismo intelectual en Chile durante la primera mitad del siglo XX *y unas veladas inolvidables.* Santiago, Edit. Universitaria, 1963.
Francisco de Asis. Santiago, Imp. Universitaria, 1926.
Gabriela Mistral y el Modernismo en Chile. Santiago, Edit. Universitaria, 1950.
El Goethe de mi otoño. Santiago, Edit. Nascimento, 1951.
El hijo del árbol. Santiago, Edit. Zig-Zag, 1963.
José Miguel Carrera. Santiago, Edit. Ercilla, 1934.
Maya. Santiago, Imprenta Universitaria, 1925.
El oasis. Santiago, Talls. Gráfs. La Nación, 1952.
La palabra desnuda. Santiago, Imprenta Rapid, 1929.
Las plegarias de la carne. Antofagasta, 1917.
Yo, el hombre. Santiago, Edit. Tegualda, 1949.

PEDRO LAÍN ENTRALGO.

Nació en Urrea de Gaén (Teruel) el año 1908. Médico, literato, ensayista, conferenciante. Catedrático de Historia de la Medicina y Académico de la Lengua. Asistió a cursos de la Universidad Psiquiátrica de Viena. Ha sido médico del Manicomio Provincial de Valencia. Regentó la Cátedra de Psicología Experimental de la Universidad de Madrid. En el año 1940 pronunció una serie de conferencias sobre temas concernientes a la cultura española en las universidades de Berlín, Munich,

Hamburgo, Francfort, Roma. Miembro académico de la Real Española de Medicina. Fue director de la *Editora Nacional* (1942-1945) y de la revista *Escorial* (1940-1944). Dirige una amplia colección de *Clásicos de la Medicina.*

OBRAS:

Medicina e historia (1941).
Sobre la cultura española (1942).
Menéndez y Pelayo (1944).
Las generaciones en la historia (1945).
La generación del noventa y ocho (1945).
España como problema (1949).
Palabras menores (1952).
La antropología en la obra de Fr. Luis de Granada.
Introducción histórica a la patología psicosomática.
La espera y la esperanza (1958).
Vestigios.
Ocio y trabajo.
La historia clínica.

LUIS MONTT.

Nació en Santiago en 1848 y murió en 1909. Se recibió de abogado en 1880. En 1876 fue elegido diputado. Profesor de Literatura en el Instituto Nacional en 1880. Desde 1886, hasta su muerte, fue Director de la Biblioteca Nacional. Creó el Museo Bibliográfico. Colaboró en la *Revista Chilena, de Chile,* y *Nueva.* Hizo traducciones de Leopardi y ediciones y comentarios de la obra de Sarmiento.

OBRAS:

Ensayo sobre la vida y escritos de Camilo Henríquez. Santiago, Imp. del Ferrocarril, 1872.
Poesías. Santiago, Imp. Gutenberg, 1882.
Bibliografía chilena. Santiago, 1904-20-22.
Discursos, papeles de gobierno y correspondencia de Don Manuel Montt. Santiago, Imp. Cervantes, 1905.
Noticia de las publicaciones hechas en Chile por Don Domingo Faustino Sarmiento. 1841-71. Santiago, Imp. Gutenberg, 1884.
Recuerdo de familia. Santiago, Imp. Universitaria, 1943.

PABLO NERUDA.

Nació en Parral el 12 de julio de 1904. Estudió en Temuco. Se radicó en Santiago en 1921. Cursó algunos años de Pedagogía en Francés de la Universidad de Chile, sin graduarse. Tempranamente colaboró en la revista *Corre Vuela* y en *Claridad* (1921). En 1928 es designado Cónsul en Colombo (Ceylán), donde permanece hasta noviembre de 1929. Sirvió el mismo cargo en Barcelona (1935), Madrid (1936), México (1940-43). Pasa varios años en oriente: Siam, Anam, China, Japón, India, etc. Aparece en Madrid en 1935, el número 1 de la revista *Caballo verde para la Poesía,* que dirige Neruda y que edita e imprime el poeta Manuel Altoaguirre. Funda "La Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura" en 1937 y es su primer Director. En 1944 recibe el Premio Municipal de Poesía. Elegido Senador de la República por la Agrupación Provincial de Tarapacá y Antofagasta

el año 1945. Posteriormente, ingresa al Partido Comunista. Condecorado con la Orden Aguila Azteca por el Gobierno de México. Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1945. En 1950 se le confiere el Premio Internacional de la Paz, por su poema *Que despierte el leñador*. En 1953 obtiene el Premio Mundial Lenin por la Paz. Su poesía ha sido traducida al alemán, árabe, búlgaro, checo, chino, danés, esperanto, eslovaco, francés, hebreo, hindú, húngaro, inglés, italiano, japonés, kasajo, persa, polaco, portugués, rumano, ruso, sueco, ucraniano, yiddish, etc.

Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile.

OBRAS:

La canción de la fiesta. Santiago de Chile, Federación de Estudiantes de Chile, 1921.
Crepusculario. Santiago de Chile, Revista *Claridad* de la FECH, 1923.
Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Santiago de Chile, Nascimento, 1924.
Tentativa del hombre infinito. Santiago de Chile, Nascimento, 1925.
El habitante y su esperanza. Santiago de Chile (Prosa), Nascimento, 1925.
Anillos. Santiago de Chile (Prosa), Nascimento, 1926.
El hondero entusiasta. Santiago de Chile, Empresa Letras, 1933.
Residencia en la tierra (1925-1931). Santiago de Chile, Nascimento, 1933.
Residencia en la tierra (1925-1935). Madrid (dos tomos), Cruz y Raya, 1935.
España en el corazón. Santiago de Chile, Ercilla, 1937.
Las furias y las penas. Buenos Aires, Ediciones del Angel Gulab, 1939.
Canto general de Chile. México, D. F.., privada, fuera de comercio, 1943.
Saludo al norte y Stalingrado. Iquique, Chile. Privada, 1945.
Tercera residencia. Buenos Aires, Losada, 1947.
Viajes al corazón de Quevedo y por las costas del mundo. Santiago de Chile, Sociedad de Escritores de Chile (Prosa), 1947.
Coral de Año Nuevo para mi Patria en tinieblas. Impreso clandestinamente en Chile, 1948.
Canto general. México, D. F., Comité Auspiciador, 1950.
Los versos del capitán. Nápoles, edición privada, 1952.
Odas elementales. Buenos Aires, Losada, 1954.
Las uvas y el viento. Santiago de Chile, Nascimento, 1954.
Viajes. Santiago de Chile, Nascimento (Prosa), 1955.
Dos odas elementales. Totoral, Córdoba, República Argentina, 1956.
Obras completas. Buenos Aires, Losada, 1957.
Cien sonetos de amor. Buenos Aires, Losada, 1959.
Tercer libro de las Odas. Buenos Aires, Losada, 1959.
Navegaciones y regresos. Buenos Aires, Losada, 1960.
Cantos ceremoniales. Buenos Aires, Losada, 1961.

Dirección postal: Casilla 3674, Valparaíso.

EUGENIA NEVES.

Profesora de Castellano titulada en la Universidad de Chile.

MARIO ORELLANA RODRÍGUEZ.

Estudios: Liceo de Aplicación e Instituto Pedagógico. Licenciado en Filosofía con Mención en Historia. Actualmente Profesor de Prehistoria en la Sección Historia de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Investigador es-

pecializado en arqueología del Centro de Estudios Antropológicos de la misma Universidad. Ha colaborado en diversas revistas sobre temas de prehistoria y arqueología de Chile y América. Trabajos de especialización en España y Francia. Recientemente dio una conferencia sobre *Estado actual de la investigación prehistórica en España y Francia.*

OBRAS:

Algunos estudios arqueológicos realizados en Chile y el problema del paleolítico americano. (En Anales de la Universidad de Chile, 1960).

Descripción de artefactos líticos en Ghatchi. (En Notas del Museo de La Plata, 1962).

La cultura San Pedro. Santiago, Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile (apartado), 1963.

El precerámico en el desierto de Atacama. Madrid, Instituto Español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1963.

LUIS OYARZÚN PEÑA.

Nació en Santa Cruz, en 1920. Estudios: Internado Barros Arana, Escuela de Derecho e Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Estudios completos de Leyes. Profesor de Filosofía titulado en 1946. Tesis: *El pensamiento de Lastarria.* Ex Profesor de Filosofía en el Internado Barros Arana y en la Escuela Normal Superior "José Abelardo Núñez". Profesor de Introducción a la Filosofía y profesor de Estética en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Profesor de Estética en la Escuela de Bellas Artes de la misma Universidad. Secretario de la Facultad de Bellas Artes entre los años 1948-1954. Este último año, Decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile. En 1957 fue reelegido Decano para un segundo período. En 1949 y 1950 becado por el British Council para estudiar Estética e Historia del Arte en la Universidad de Londres. Crítico literario de la revista *Pro-Arte.* Crítico de Arte del diario *La Nación.* Premio Atenea en 1953. Miembro del Directorio de la Sociedad Chilena de Filosofía. Presidente de la Sociedad de Escritores. En 1957 viajó a EE. UU. de Norteamérica invitado por el Departamento de Estado. El mismo año viajó a la Unión Soviética.

OBRAS:

El pensamiento de Lastarria. Edit. Jurídica, Santiago, 1953.

La Infancia (Novela). Imp. "General Díaz", Santiago, 1940.

Las murallas del sueño. Premio Sociedad de Escritores de Chile para poetas inéditos. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1940.

Poemas en prosa. Imp. El Esfuerzo, Santiago, 1943.

Los días ocultos. Edit. del Pacífico, Santiago, 1955.

Melodía. Colección Extremo Sur, Santiago, 1958.

Ver. Edit. Cruz del Sur, Santiago, 1952.

Diario de Oriente. Unión Soviética, China e India. Edit. Universitaria, Santiago, 1960.

Mudanzas del tiempo. Luis Rivano, editor, Santiago, 1962.

JUAN AGUSTÍN PALAZUELOS.

Estudios en los Padres Franceses y en la Escuela Militar. Tercer año de Derecho en la Universidad de Chile, posteriormente ingresó al Instituto Pedagógico. Dos años de estudios universitarios en Estados Unidos de Norteamérica.

OBRAS:

Según el orden del tiempo. Santiago, Edit. Zig-Zag, 1962.

EUGENIO PEREIRA SALAS.

Nació en Santiago en 1904. Estudios: Instituto Nacional e Instituto Pedagógico donde se titula de Profesor de Estado. Desde 1926 a 1928 cursa estudios en la Universidad de París. Ha desempeñado los siguientes cargos docentes: Profesor de Historia de América en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile (1928), Profesor de Historia del Arte Americano en Buenos Aires, Profesor de la American University, Washington, en 1948. Secretario de la Sociedad de Historia y Geografía y Miembro de la Academia Chilena de la Historia. En 1953 es elegido Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile.

OBRAS:

Apuntes para la historia de la cocina chilena. Santiago, Imp. Universitaria, 1943.
Historia de la música en Chile. Santiago, Ed. del Pacífico, 1957.
Juegos y alegrías coloniales de Chile. Santiago, Edit. Zig-Zag, 1947.
La arquitectura chilena en el siglo XIX. Santiago, Edit. Universitaria, 1956.
Bibliografía chilena sobre el "Gold Rush" en California. 1957.
Buques norteamericanos en Chile a fines de la era colonial (1788-1810). Santiago, Universidad de Chile, 1936.
Centenario del Teatro Municipal (1857-1957). Santiago, Publicidad Mc. Cann-Erickson, 1957.
El Centenario de la Canción Nacional de Chile. Santiago, Imp. Universitaria, 1948.
Guía bibliográfica para el estudio del folklore chileno. Santiago, Ed. del Instituto de Investigaciones Musicales, 1952.
Los orígenes del Arte Musical en Chile. Santiago, Imp. Universitaria, 1941.

M. L. ROSENTHAL.

Crítico Literario del *New York Times*.

MILTON ROSSEL ACUÑA.

Pedagogo. Nació en Reinaco el 27 de diciembre de 1901. Estudios: Liceo de Concepción e Instituto Pedagógico. Titulado Profesor de Castellano en 1924. Memoria: *El literato fracasado*. Ha sido crítico literario, ensayista, cuentista. Cargos que ha desempeñado: Secretario de la Dirección del Instituto Pedagógico; Profesor de Castellano del Liceo Valentín Letelier, José Victorino Lastarria y de la Academia de Humanidades. Catedrático de Composición y Estilo en el Instituto Pedagógico. Profesor del Windsor School. Autor de críticas, cuentos y ensayos publicados en la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción, en los diarios *La Nación* y *El Mercurio*. Director del Instituto Pedagógico de Valparaíso, dependiente de la Universidad de Chile, desde 1955 a 1957, en que jubiló. Director de la Revista *Atenea* de la Universidad de Concepción, desde 1954. Presidente del PEN Club y Círculo de Amigos de la Literatura Arabe. Director de Extensión Cultural de la Universidad de Concepción.

OBRAS:

Significado y contenido del criollismo. Santiago, Edit. Nascimento, 1955.
Reencuentro con Marta Brunet. Santiago, Universitaria [1962].
Cien años de "Martín Rivas" (Milton Rossel y Leoncio Guerrero). Santiago, Editorial Universitaria [1962].

Dirección:

JUAN RIVANO.

Nació en Santiago el año 1926. Estudios: de Filosofía y Matemáticas en la Universidad de Chile durante los años 1950 a 1955. Ha desempeñado los cargos de Profesor Auxiliar de Teoría del Conocimiento (1956-1958), Profesor titular de Lógica y Teoría del Conocimiento en la Universidad de Concepción (1957-1961). Actualmente, y desde 1960, sirve la Cátedra de Lógica y de Profesor de Seminarios de Filosofía en la Universidad de Chile.

OBRAS:

De la conciencia y el yo (En, Revista de Filosofía), 1956.
Sobre el principio de identidad (En, Revista de Filosofía), 1957.
Sentencia, juicio y proposición (En, Revista de Filosofía), 1957.
Sobre la naturaleza general del método científico (En, Revista de Filosofía), 1958.
Experiencia del error y doctrina del conocimiento (En, Revista de Filosofía), 1960.
El principio de la evidencia apodíctica en Husserl (En, Revista de Filosofía), 1960.
La filosofía hegeliana de la historia (En, Revista de Filosofía), 1961.
Motivaciones para la filosofía de Bradley (En, Anales de la Universidad de Chile), 1960.
Entre Hegel y Marx. Ediciones de la Universidad de Chile, 1962.
Preparó, también, la edición castellana de la obra de F. H. Bradley: *Apariencia y realidad*, que junto con un estudio preliminar suyo apareció en Ediciones de la Universidad de Chile, en 1961.

Dirección: Exequiel Fernández 2435, Santiago.

FERNANDO SANTIVÁN (Fernando Santibáñez Puga).

Nació en Arauco el año 1886. Estudios: S.S.C.C. de Valparaíso, Instituto Nacional, Escuela de Artes y Oficios de Chillán e Instituto Pedagógico. Ex Director y primer redactor de *El Correo* de Valdivia. Redactor del diario *El Sur*. Secretario de la Asociación de Artistas y Escritores en 1919. En 1923, en un concurso auspiciado por el diario *La Nación* en el género cuento, obtuvo el premio de honor con su relato *Pellines en el río*. Premio Nacional de Literatura en 1952. Premiado por la Sociedad de Escritores en 1955. En 1956 obtiene el Premio Atenea. Secretario General del comité organizador de la Universidad Austral. Profesor en ella.

OBRAS:

Palpitaciones de vida (1909).
Ansia (1911).
El Crisol (1913).
La hechizada (1916).
En la montaña (1917).
Recuerdos literarios (1933).

Charca en la selva (1935).
La camará (1946).
El mulato Riquelme (1951).
El bosque emprende su marcha (1946).
Robles, Blume y Cía.
Memorias de un tolstoyano (autobiografía, 1955).

HUGO K. SIEVERS W.

Nació en Rengo (Chile) el año 1903. Estudios: Colegio Alemán de Santiago y Liceo de Aplicación; Escuela de Agronomía y de Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile; Instituto Experimental del Cáncer e Instituto Bacteriológico, Buenos Aires; Facultad de Química y Farmacia, La Plata; Instituto Oswaldo Cruz, Río de Janeiro; Instituto Pasteur, París; Instituto de Enfermedades Tropicales, Hamburgo; Instituto Serológico, Austria. Colaborador de diversos periódicos nacionales y extranjeros. Ha ocupado en la Universidad de Chile los cargos de Ayudante, Jefe de Trabajos, Profesor, Director, Decano y Vicerrector. Ha publicado 55 trabajos científicos diversos. Profesor Honoris Causa de las Universidades San Marcos de Lima, Central de Ecuador, Austral.

OBRAS:

La vuelta al mundo con 10 estudiantes. Santiago, Zig-Zag, 1939.
Rutas patagónicas. Santiago, Cervantes, 1943.
Chilenos en la Amazonia. Santiago, Edit. Universitaria, 1949.
Max Westenhöfer. Santiago, Editorial Universitaria, 1958.
Domingo Amunátegui S. Anales de la Universidad de Chile.
Nosotros y la comunidad. Santiago, Editorial Nascimento, 1961.
Teliotría. Santiago, Edit. Nascimento, 1959.

RAÚL SILVA CASTRO.

Ha sido durante dos años catedrático en las Universidades de California, de Colorado y de New Orleans (Tulane University). Es miembro del número de las Academias de la Lengua y de la Historia. Redactor de *El Mercurio* desde 1924 y jefe de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional hasta 1961, fecha en que obtuvo la jubilación.

OBRAS:

Alberto Blest Gana (1830-1920). Santiago, Imp. Universitaria, 1941.
Antología de cuentistas chilenos. Santiago, Edit. Zig-Zag, 1957.
Antología general de la poesía chilena. Santiago, Edit. Zig-Zag, 1959.
Bibliografía de don Juan Egaña. 1768-1836. Santiago, Imp. Universitaria, 1949.
Cien años de la novela chilena. Santiago, Imp. Universitaria, 1961.
Creadores chilenos de personajes novelescos. Santiago, Talls. Gráfs. Casa Nacional del Niño, 1952.
Cuentistas chilenos del siglo XIX. Santiago, Anales de la Universidad de Chile, 1934.
Diario de lecturas. Santiago, Ed. Ercilla, 1934.
Egaña en la Patria Vieja. 1810-1814. Santiago, Edit. Andrés Bello, 1959.
Estudios sobre Gabriela Mistral precedidos de una biografía. Santiago, Edit. Zig-Zag, 1935.
Evolución de las letras chilenas. 1810-1960. Santiago, Edit. Andrés Bello, 1960.

Fuentes bibliográficas para el estudio de la literatura chilena. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1933.
Historia crítica de la novela chilena. 1843-1956. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1960.
Ideas y confesiones de Portales. Santiago, Edit. del Pacífico, 1954.
José Antonio Soffia. 1843-1886. Santiago, Imp. Universitaria, 1951.
El Mercurio de Santiago (1900-1960). Santiago, Edit. Lord Cochrane, 1960.
Miguel Luis Amunátegui Reyes. 1862-1949. Santiago, Edit. Universitaria, 1951.
Panorama literario de Chile. Santiago, Edit. Universitaria, 1961.
Prensa y periodismo en Chile. (1812-1956). Santiago, Edit. del Pacífico, 1958.
Producción de Gabriela Mistral de 1912 a 1918. Santiago, Universidad de Chile, 1957.
Retratos literarios. Santiago, Imp. Universitaria, 1932.
Rubén Darío a los veinte años. Madrid, Editorial Gredos, 1956.
Rubén Darío y Chile. Santiago, Imp. La Tracción, 1930.

JAIME SILVA.

Jaime Silva nació en Santiago, en 1934. Después de haber realizado sus estudios secundarios en el Saint George's College, donde publica obras de adolescencia en las ediciones del Joven Laurel, dirigidas por Roque Esteban Scarpa, sigue estudios de Literatura y Filosofía.

Egresado de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile funda el "TEATRO DE CAMARA" del Centro Brasileiro de Cultura, donde se dedica especialmente al teatro infantil y en general a la extensión teatral. Algunas de sus obras son: "Las beatas de Talca", estrenada en 1959; "Arturo y el Angel", premiada en Concurso de la Casa de la Cultura de Ñuñoa, 1962; "Los grillos sordos", estrenada en 1963.

JORGE TEILLIER.

Nació en Lautaro en 1935.

OBRAS:

El árbol de la memoria. Santiago, Imp. Arancibia Hnos., 1961.
El cielo cae con las hojas. Santiago, Edit. Universitaria, 1958.
Para ángeles y gorriones. Santiago, Ediciones Puelche, 1956.

FERNANDO URIARTE. (Fernando Uribe Echevarría).

Nacido en 1914. Publica desde 1937 en *Atenea.* Posteriormente en *Anales de la Universidad de Chile, Revista de Occidente* y *Mapocho;* en los diarios *Ilustrado, El Mercurio* y *La Nación;* también, ha colaborado en la *Revista Nacional de Cultura* de Venezuela y en la *Revista de Educación* de México. Estudio crítico sobre Juan Valera en la edición de *Pepita Jiménez,* de la Editorial Universitaria. Ensayos y comentarios diversos sobre Ortega y Gasset, Thomas Mann, Pío Baroja, Federico Nietzsche, Martín Heidegger. Ha enjuiciado las obras de los siguientes escritores chilenos: Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Manuel Rojas, *Alone,* Luis Durand, Eduardo Barrios, Hernán Jaramillo, Eugenio González Rojas, Julio Barrenechea, Francisco Antonio Encina, Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lomboy, José Donoso, Jorge Millas, Tomás Lago, Fernando Alegría.

OBRAS:

Ortega, Filosofía y Circunstancia. (En, Anales de la Universidad de Chile) *Las novelas de la Guerra Civil española.* Apartado de revista *Atenea, Temas y problemas de dos novelistas: Hesse y Pérez de Ayala.* Apartado de la revista *Mapocho.*

Dirección: Calle Luis Uribe 2379, Santiago.

JUAN URIBE ECHEVARRÍA.

Ex Director del Instituto Pedagógico de Valparaíso. Profesor Extraordinario de Literatura Española Moderna y Contemporánea en el Instituto Pedagógico de Santiago. Profesor Investigador del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Ex Secretario de Redacción de los *Anales* de la Universidad de Chile. Secretario de Redacción de la revista *Mapocho.* Ensayista, crítico e historiador literario. Folklorista.

OBRAS:

La Novela de la Revolución Mexicana y la novela hispanoamericana actual. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1936.

Contribución al estudio de la literatura de costumbres. (Prólogos a *Tipos y costumbres de Chile,* de Pedro Ruiz Aldea). Santiago, Edit. Zig-Zag, 1947.

Cervantes en las letras hispanoamericanas. (Premio Municipal de Ensayo). Santiago, Edit. Universitaria, 1949.

Medina, cervantista. Santiago, Editorial Nascimento, 1952.

Perfil novelesco de Camilo José Cela. (Prólogo a *Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes* y *El gallego y su cuadrilla*). Santiago, Editorial Nascimento, 1953.

Moisés Vargas, su vida y su obra. Santiago, Edit. Universitaria, 1954.

Pío Baroja, técnica, estilos, personajes. Santiago, Ediciones Auch. Talleres Gráficos de la Hispano Suiza, 1957.

Antología para el sesquicentenario (1810-1960). Santiago, Ediciones Auch. Editorial Universitaria, 1960.

FOLKLORE:

Contrapunto de alféreces en la provincia de Valparaíso. Santiago, Ediciones Auch. Editorial Nascimento, 1958.

Canto a lo divino y a lo humano en Aculeo. Santiago, Editorial Universitaria, 1962.

La Tirana de Tarapacá. Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1963.

Dirección: Calle Luis Uribe 2379.

JOSÉ MIGUEL VARAS.

Nació en Santiago en 1928. Estudios: Liceo de Magallanes, Instituto Nacional, dos años en la Escuela de Derecho y uno en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Trabajó varios años en Radio Praga (Checoslovaquia).

OBRAS.

Cahuín. Santiago, 1950.

Sucede. Santiago, 1950.

Porai. Santiago, Ediciones del Litoral, 1963.

CARLOS AUGUSTO VIAL ESPANTOSO.

Nació en Santiago el año 1900. Abogado titulado en la Universidad de Chile. Ministro de Hacienda durante el gobierno de don Gabriel González V. Senador de la República.

OBRAS:

Concepción moderna de la empresa. Talls. Gráfs. de Enc. Hispano Suiza, Ltda., Santiago, 1954.
Cuadernos de comprensión social. Edit. del Pacífico, S. A., Santiago, 1952.
Cuaderno de la realidad nacional. Edit. del Pacífico, Santiago, 1952.

LUIS VULLIAMY.

Nació en Lautaro en 1929. Estudios en esa ciudad y en Temuco.

OBRAS:

Ritual del hombre inquieto. Angol, Imp. "Index", 1954.
Piam... Santiago, Imp. del S. N. S., 1957
Girasol. Santiago, Imp. Arancibia, 1959.
Doce poetas de la Frontera. (Antología), Santiago, 1959.
Aquella lluvia lenta. Santiago, Imp. "Alfa", 1960.
Juan del agua. Santiago, Editorial Austral, 1962.
El mejor lugar del mundo. Santiago, Ediciones Alerce, 1963.
Los rayos no caen sobre la yerba. Santiago, Edit. Nascimento, 1963.

LAUTARO YANKAS. (Manuel Soto Morales).

Nació en Talca en 1902. En 1922 obtuvo el Premio de Cuentos del concurso de *La Nación*. En 1949 es premiado por *Histonium*, revista argentina.

OBRAS:

La bestia hombre (1924).
El cazador de plumas. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1947.
Conga, el bandido y Garra de puma. Santago. Ed. Zig-Zag, 1953.
Flor Lumao. (Primera edición en 1932 y tercera definitiva en 1954), Santiago, Ed. Zig-Zag, 1954.
Las furias y las vírgenes. Santiago, Talls. de Arancibia Hnos., 1962.
La literatura chilena de contenido social. Cochabamba (Bolivia), Imp. Universitaria, 1953.
Mujer del Laja. Santiago, Ed. la Novela Nueva, 1930.
Rotos. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1945.
El último toqui. Santiago, Ed. Rapa-Nui, 1950.
El vado de la noche. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1955.
La morena de la loma. (1935).
La llama. (1940).
La ciudad dormida. (1943).

JOSÉ ZAMUDIO.

Nació en 1917. Jefe de la Sección Catalogación y Referencia Bibliográfica de la Biblioteca del Congreso desde 1934.

OBRAS:

Páginas olvidadas de Alberto Blest Gana. Santiago.
La novela histórica de Chile. Santiago, Imp. Tipo. "Chilena", 1949.
Heinrich Heine en la literatura chilena. Santiago, Ed. Andrés Bello, 1958.
Medina y la bibliografía. Santiago, Ed. Nascimento, 1952.

CARLOS VICUÑA FUENTES.

Nació en Rengo en 1886. Estudios: Liceo Santiago, Instituto Nacional e Instituto Pedagógico. En 1931, Director del Instituto Pedagógico. En 1932 es elegido diputado.

OBRAS:

La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica. Santiago, Imp. Selecta, 1921.
La lógica y la estética en la obra literaria. Santiago, 1937.
Pasión y muerte de Rodrigo de Almaflor. Santiago, Ed. Cruz del Sur, 1955.
Ante la Corte Marcial. (1931).
La escatocracia y el caballo político.

Notas y Documentos

DONACION DEL PROF. SR. JULIO ESCUDERO GUZMAN A LA BIBLIOTECA NACIONAL. FOLLETOS CHILENOS Y BOLIVIANOS ANTIGUOS

1. *Reglamento general para el Régimen de los puertos y aduanas de la República.* La Paz, 1878. Imprenta de la Unión Americana. 72 págs. 20,5 cms. x 15 cms.

2. *Circular dirigida a las naciones amigas por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia con motivo de la guerra con Chile.* La Paz, 1879. Tipografía de "El Progreso". 6 págs. 23,5 x 16 cms.

3. *El Excmo. Capitán General Mariano Melgarejo y los agitadores de Bolivia.* Potosí, 1867. Imprenta del Estado. 12 págs. 20,5 x 15 cms.

4. *Estracto de principios tácticos modernos,* por el Teniente Coronel de Ejército don Felipe Ravelo. Tacna, 1879. Imprenta de "La Revista del Sur". 60 págs. 22 x 16,5 cms.

5. *Cartas agridulces, político-locutorias y de horca y cuchillo, que en celebridad del papel titulado: El 6 de septiembre de 1850 en Sucre, capital de Bolivia, por Augusto Morales, ha escrito, compuesto y compaginado su amantísimo tocayo y amigo "Agustín el Trompeta" quien las dedica sinceramente a la compañía de antropófagos que existe en Valparaíso, República de Chile.* 1851. Imprenta Paceña. 84 págs. 20 x 14,5 cms.

6. *Apuntes de la campaña de 50 días de las fuerzas bolivianas en Calama, con motivo de la invasión chilena; y retirada de éstas, a la ciudad de Potosí, después del combate en 23 de marzo último,* por Andrés Lizardo Taborga. Sucre, 1879. Tipografía de "La Libertad". 12 págs. 20 x 15 cms.

7. *A mis contemporáneos.* Alocución de José Ballibian. Tacna, 1840. Imprenta de la Beneficencia. 7 págs. 18,5 x 14 cms.

8. *Manifiesto del Coronel Eliodoro Camacho sobre el acto del 27 de diciembre de 1879.* Tacna, 1880. Imprenta de "El Comercio". 25 págs. 20,5 x 15 cms.

9. *Manifiesto del Coronel Rufino Carrasco relativo a las distintas comisiones que ha desempeñado durante la Guerra del Pacífico.* Sucre, 1884. Tipografía de "El Progreso". 40 págs. 21 x 14,5 cms.

10. *Guerra del Pacífico. Una página para la Historia,* por Gregorio Aramayo. Potosí, 1896. Tipografía italiana. 11 págs. 21 x 15,5 cms.

11. *Compendio del reglamento de infantería para la Guardia Nacional de la República Boliviana.* Reimpreso en Sucre para el batallón Mejillones, escolta de S. E. 1867. Tipografía del siglo XIX. 55 págs. 20,5 x 15 cms.

12. *Protesta de Manuel Murillo Dorado, representante de la provincia de Yungas en la Convención Nacional de Bolivia.* La Paz. Imprenta de "La Libertad". 1880. 13 págs. 21 x 15 cms.

13. *Historia de Bolivia, por Modesto Omiste. Anatematizada por el Gobierno y aplaudida por la opinión nacional.* Potosí, 1897. Imprenta de "El Tiempo". 135 págs. 21,5 x 15 cms.

14. *El catorce de enero en Bolivia,* por el Dr. M. Baptista. Valparaíso, 1861. Imprenta y Librería de "El Mercurio". 19 págs. 22 x 15,5 cms.

15. *Para la historia. Correspondencia sobre la traición de Camarones,* por Miguel Taborga. Sucre, 1889. Tipografía de "El Cruzado". 34 págs. 20,5 x 15 cms.

16. *Observaciones en contestación a un artículo que se publicó en "La Abeja Chilena" sobre sistemas federativos en general y con relación a Chile. Y un impreso intitulado "Memoria política sobre si conviene en Chile la libertad de cultos". Con un apéndice sobre tolerancia, copiado del Nº 7 de "El Mensajero" de Londres.* Sepbre. de 1825. Imprenta de la Biblioteca. 28 págs. 20 x 13,5 cms.

17. *Bolivia. Campaña del Capitán General sobre La Paz y su retirada a Oruro. Campaña del General Vargas sobre Cochabamba y su capitulación en Sucre.* Relación que publica el General de Brigada Pedro P. Vargas. Antofagasta, 1899. Imprenta "El Comercio". 40 págs. 26,5 x 18,5 cms.

18. *Límites con Bolivia.* Artículos publicados en "La Democracia" de Salta por don Juan Martín Leguizamón. *Jurisdicción histórica de Salta sobre Tarija,* por Don Casiano J. Goytía y *Apuntes históricos de la provincia de Salta en la época del coloniaje,* por D. Mariano Zorreguieta. Salta, 1872. Imprenta Argentina. 116 págs. 28,5 x 19 cms.

19. *Impugnación del proyecto de estanco del salitre de Tarapacá.* Lima, 1872. Imprenta de "La Patria". 20 págs. 26,5 x 18 cms.

20. *Tratados (Joaquín Prieto y Manuel Bulnes).* 1839. 57 págs. 26,5 x 18,5 cms.

21. *Exposición que hace ante el Honorable Consejo de Estado el abogado Dr. Ricardo Mujía, como representante de la Junta Municipal de Antofagasta.* Sucre, 1875. Tipografía de "El Cruzado". 20 págs. 28,5 x 20 cms.

22. *Gran comicio popular, reunido con motivo del bombardeo de Valparaíso, en la ciudad de Potosí a 23 de abril de 1866.* Tipografía de "El Progreso". 16 págs. 28 x 19,5 cms.

23. *Breve exposición sobre las causas de la Guerra con Chile,* por Eulogio D. Medina. Sucre 1882. Tipografía de "El Progreso". 22 págs. 31,5 x 21 cms.

Este número 3 lleva incluido como anejo el volumen
BIBLIOTECA NACIONAL. SESQUICENTENARIO
y su valor total es de E° 2,00 (dos escudos)

Obras del Servicio de Canje Internacional de la Biblioteca Nacional

Creado en 1871

(Libros y folletos a disposición de las Bibliotecas e Institutos de intercambio)

Autor	Título	Ejemplares
Abascal B., Manuel	*Pepe Vila. La Zarzuela Chica en Chile.* 1955	5
Alessandri P., Arturo	*La Reconstrucción de un Pueblo.* 1938	77
Alessandri, Arturo	*El General Don Manuel Bulnes.* 1937	10
Alvarez	*Aritmética Elemental.* 1911-12	100
Allende, H.	*Conferencias sobre Música.* 1918	5
Banco Central de Chile	*Boletín Mensual.* Números 400 al 412 - 1961-62	100
Barquero, Efraín	*La Piedra del Pueblo.* 1954	8
Barrios, Eduardo	*Teatro Escogido.* 1947	4
Barros Arana, Diego	*Obras Completas.* (Una Colec. 1908 a 1914)	12
Barceló	*Compendio de la Hist. Antigua de los Pueblos Orientales.* 1903	17
Biblioteca Nacional	*Ensayo de una Bibliografía de la Historia de Francia.* s|f	88
Biblioteca Nacional	*Boletín de la Biblioteca Nacional.* Años: 1906, 1908 a 1913; 1929, 31, 32 a 38 y 1947	
Biblioteca Nacional	*Anuario de la Prensa Chilena.* 1877-85	335
Biblioteca Nacional	*Anuario de la Prensa Chilena.* 1915	20
Biblioteca Nacional	*Anuario de la Prensa Chilena.* 1916	287
Biblioteca Nacional	*Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1952	689
Biblioteca Nacional	*Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1953	694
Biblioteca Nacional	*Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1954	676
Biblioteca Nacional	*Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1955	679
Biblioteca Nacional	*Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1956	686
Biblioteca Nacional	*Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1957	689
Biblioteca Nacional	*Anuario de Publ. Periódicas.* 1958	694
Biblioteca Nacional	*Bibliografía Musical.* 2ª parte, 1886-96	28
Biblioteca Nacional	*Catálogo de Autores Griegos y Latinos.* 1898	149
Biblioteca Nacional	*Catálogo del Archivo de la Real Audiencia de Santiago.* Tomo II. 1903	257
Biblioteca Nacional	*Catálogo de la Real Audiencia.* Tomo III. 1911	222
Biblioteca Nacional	*Catálogo de la Real Audiencia.* (Rústica). Tomo III. 1911	202
Biblioteca Nacional	*Catálogo de los Manuscritos Relativos a los Antiguos Jesuitas de Chile.* 1891	189
Biblioteca Nacional	*Catálogo de la Sec. Americana. América en General.* 1902	39
Bibl. Escrit. de Chile	*Produc. Intelectual de Chile.* Tomo I. 1908	20
Bibl. Escrit. de Chile	*Oradores Sagrados Chilenos.* Tomo X. 1913	6
Bibl. Escrit. de Chile	*Art. Escogidos* de Blanco Cuartín. Tomo XI, 1913	5
Bibl. Escrit. de Chile	*Antología de Poetas Chilenos del siglo* XX. Tomo XVI. 1940	40
Bibl. Escrit. de Chile	*Poemas y Poesías* de José A. Soffia. Tomo XVII. 1950	109

Autor	Título	Ejemplares
Bibl. Escrit. de Chile	*Eduardo de la Barra. Páginas escogidas.* Tomo XVIII. 1952	110
Bibl. Escrit. de Chile	*Poemas y Poesías* de José A. Soffia. Tomo XVII. 1950	93
Brüggen, Juan	*Geología y Morf. de la Puna de Atacama.* 1947	5
Col. Antig. Periód. Ch.	*¡Viva el Rey! Gazeta del Gob. de Chile,* Tomo I. 1952	51
Col. Antig. Periód. Ch.	*¡Viva el Rey! Gazeta del Gob. de Chile.* Tomo II. 1954	51
Col. Antig. Periód. Ch.	*¡Viva la Patria! Gazeta del Supremo Gobierno de Chile.* 1817; 1951	47
Col. Antig. Periód. Ch.	*Gazeta de Santiago de Chile.* Números 1-37. 1952	11
Col. Antig. Periód. Ch.	*Gazeta Ministerial de Chile.* Números 38-72. 1818; 1952	9
Col. Antig. Periód. Ch.	*Gazeta Ministerial de Chile.* Números 73-100. 1819; 1954	9
Col. Antig. Periód. Ch.	*El Argos de Chile.* 1818; 1955	9
Colec. Antig. Per. Ch.	*El Argos, El Duende...,* etc., 1818; 1955	44
Colec. Antig. Per. Ch.	*Cartas Pehuenches. El Telégrafo.* 1819-20; 1958	42
Colec. Antig. Per. Ch.	*Gazeta Ministerial de Chile.* (Números 73-100). 1819; 1954	46
Colec. Antig. Per. Ch.	*Gazeta Ministerial de Chile.* 1818; 1952	47
Colec. Antig. Per. Ch.	*Gazeta Ministerial de Chile.* (Números 1-55). 1819-20. Tomo II. 1958	48
Colec. Antig. Per. Ch.	*Gazeta de Santiago de Chile.* 1817; 1952	47
	Estatuto de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Española. 1916	28
Colec. de Historiadores	Tomos sueltos	130
Colec. de Historiadores	*Historia Nacional.* Tomo 45	8
Colec. de Historiadores	*Historia Nacional.* Tomo 50	6
Colec. de Historiadores	*Colec. de Hist. y Doc. Relat. a la Independencia de Chile.* Tomo XXXI. 1943	37
Colec. de Historiadores	*Colec. de Hist. y Doc. Relat. a la Independencia de Chile.* Tomo XXXII. 1946	91
Colec. de Historiadores	*Colec. Hist. de la Indep. de Chile.* Tomos I al XXXIV	34
Colec. de Historiadores	*Colec. de Hist. y Doc. Relat. a la Independencia de Chile.* Tomo XXXIII. 1948	65
Colec. de Historiadores	*Colec. de Hist. y Doc. Relat. a la Independencia de Chile.* Tomo XXXIV. 1949	113
Colec. de Historiadores	*Colec. de Hist. y Doc. Relat. a la Independencia de Chile.* Tomo XXXV. 1950	192
Colec. de Historiadores	*Colec. de Hist. y Doc. Relat. a la Independencia de Chile.* Tomo XXXVI. 1953	92
Colec. de Historiadores	*Colec. de Hist. y Doc. Relat. a la Independencia de Chile.* Tomo XXXVII. 1954	116
Colec. de Historiadores	*Colec. de Hist. y Doc. Relat. a la Independencia de Chile.* Tomo XXXVIII. 1955	238
Condal, Lucía	*Presencia del Otoño.* 1946	6
Coolidge	*Tacna y Arica.* 1925	50
Congreso Nacional	*Manual del Senado. Stgo. Chile.* 1923	19
Darío, Rubén	*Obras Escogidas.* Publ. en Chile. 1939	19
De Ver, Raúl	*Caldamar.* 1950	7
	Diario Oficial año 1944	1
	Diario Oficial año 1945	4
	Diario Oficial año 1946	4

Autor	Título	Ejemplares
	Diario Oficial año 1947	4
	Diario Oficial año 1948	4
	Diario Oficial año 1949	4
	Diario Oficial año 1950	2
	Diario Oficial año 1951	4
	Diario Oficial año 1952	3
	Diario Oficial año 1953	4
	Diario Oficial año 1954	4
	Diario Oficial año 1955	4
	Diario Oficial año 1956	4
	Diario Oficial año 1957	4
	Diario Oficial año 1958	4
	Diario Oficial año 1959	4
	Diario Oficial año 1960	4
	Diario Oficial año 1961	4
Díaz Garcés, J.	*Páginas de Angel Pino.* 1927	8
Díaz Meza, A	*En Plena Colonia.* Tomo III. 1930	18
Díaz Meza, A.	*Leyendas y Episodios Chilenos.* 1929	8
Díaz Meza, A.	*Crónicas de la Conquista.* Tomo II. 1929	7
Díaz Meza, Aurelio	*Leyendas y Episodios Chilenos. En Plena Colonia.* Tomo II. 1929	45
Díaz Meza, Aurelio	*Leyendas y Episodios Chilenos. Crónica de la Conquista.* Tomo II. 1929	37
Díaz Meza, Aurelio	*Leyendas y Episodios Chilenos. En plena Colonia.* Tomo III. 1930	35
Direc. de Bibliotecas	*Anuario de Publ. Periódicas Chilenas.* 1959	350
Direc. de Bibliotecas	*Anuario de Publ. Periódicas Chilenas.* 1960	360
	Guía del Archivo de Escribanos. 1ª entrega 1914	112
	Guía del Archivo de Escribanos. 2ª entrega 1927	15
	Guía del Archivo de Escribanos, 3ª entrega 1930	22
	Catálogo de la Sección Americana. 1902	20
Direc. Gral. de Carab.	*Boletín Oficial.* Números 1778 al 1835	100
Direc. Gral. Imp. Int.	*Boletín.* Números 89 al 104. 1961-62	100
Direc. Gral. Imp. Int.	*Indice Alfabético Nº 7.* Año 1960	100
Dir. Gral. Inf. y Cul.	*Constitución Política de la Rep. de Chile. Reforma Const. de 1943.* 1944	8
Donoso, Ricardo	*La Sátira Política en Chile.* 1950	16
Donoso, Ricardo	*Desarrollo Político y Social de Chile.* 1942	13
Drago, Gonzalo	*El Purgatorio.* 1951	17
Durand. Georgina	*Mis Entrevistas.* 1945	12
Egaña, Juan	*Tractatus.* 1827	62
	Sesiones de los Cuerpos Legislativos. 1889-1907	48
	Sesiones Extr. Cámara de Senadores. 1888-1919	14
	Sesiones Ord. Cámaras de Senadores. 1888-1919	17
Egaña, Juan	*Escritos Inéditos y Dispersos.* 1949	136
Elgueta, Herminia	*Supl. a la Bibliografía de D. R. Laval.* 1930	77
Espejo, Juan Luis	*La Provincia de Cuyo en el Reino de Chile.* Tomo I y II (38 tomos de c/u.) 1954	76
Feliú Cruz, Guillermo	*Andrés Bello.* 1951	13
Feliú Cruz, Guillermo	*Escritos y Doc. del Ministro de O'Higgins, Dr. José A. Rodríguez Aldea.* 1953. Tomo XXXVI-II	47

Autor	Título	Ejemplares
Feliú Cruz, Guillermo	*Escritos y Doc. del Ministro de O'Higgins, Dr. José A. Rodríguez Aldea.* Tomo XXXVII-III. 1954	100
Feliú Cruz, Guillermo	*Expediente Relativo al Desgraciado suceso de las Armas Reales en Maipo.* 1942	4
Feliú Cruz, Guillermo	*Historiografía Colonial de Chile.* Tomo I, 1957	104
Fogh, Anamaría	*29 hombres en la vida de una mujer.* 1957	13
Fuentealba, Leonardo	*José T. Medina en el Centenario de su Nacimiento.* 1953	5
Garay, Félix	*Una Vida para que vivió David Mendel.* 1949	7
García, Ramón V.	*Tratado de la Verdadera Religión.* 1948	15
Garfias, Domingo A.	*El Proceso Plebiscitario de Tacna y Arica.* 1926	9
Grassel, Armin	*Manual del Bibliotecario.* Tomo II. 1914	8
Gallardo, Eudomilia	*La Canción de la Campana.* 1925	8
Góngora, Luis de	*Poesía Escogida.* 1939	6
	Souvenir of the Visit of Colonel Mr. Theodore Roosevelt. 1914	5
González, A. C.	*El Cautiverio Feliz.* 1948	8
González B., Jorge	*Del Venero Nativo.* 1940	6
Gómez T., Eliana	*Contrib. al Estudio de D. S. Cabezas.* 1950	19
Greve, Ernesto	*El Conquistador Fco. de Aguirre.* 1953	76
Guzmán, Nicomedes	*La Carne Iluminada.* 1945	7
Guzmán P., Jorge	*Cumbres Oceánicas.* 1951	14
Hanke, Lewis	*Bartolomé de Las Casas.* 1954	77
Hernández, Horacio	*El Periodismo.* 1949	11
Iris	*Fue el Enviado. No lo olvidemos.* 1951	17
Jaramillo, Hernán	*La Buenamoza y el Toro,* 1951	41
Huneeus, Jorge	*Producción Intelectual de Chile.* 1910	13
Lafourcade, Enrique	*El Libro de Karen.* 1950	21
Lafourcade, Enrique	*Asedio.* 1956	17
Lagarrigue, Luis	*Positivismo y Comunismo.* 1925	12
Lagarrigue, Luis	*Question Sociale.* 1920	56
Lagarrigue, Luis	*San Pablo, según sus Epístolas.* 1949	14
Lagarrigue, Luis	*Sociocracia.* s|f.	14
Lagarrigue, Luis	*Capitalismo y Comunismo.* 1925	7
Lagarrigue, Luis	*Disciplina Intelectual.* 1925	7
Lagarrigue, Luis	*Incorporación del Proletariado a la Sociedad Moderna.* 1920	9
Larraín D., Eduardo	*Dictámenes de don Valentín Letelier.* 1924	654
Larraín, E.	*Dictámenes de D. Valentín Letelier.* 1924	19
Laso Jarpa, Hugo	*Fiebre Lenta.* 1950	5
Lazo B., Olegario	*Hombres y Caballos.* 1951	20
Laval, Ramón	*Memoria Presentada.* 1921	18
Leyton, Vidal	*Araucanía. Rostro de una Raza Altiva.* 1945	45
Lindo, Hugo	*Movimiento Unionista Centroamericano.* 1958	50
Lillo, Ginés de	*Mensura General de Tierras.* Tomos I y II. 1941	6
Lillo, Samuel A.	*Espejo del Pasado.* 1947	6
Lillo, Samuel	*Primaveras de Antaño.* 1951	45
Medina, J. Toribio	*Colección de Doc. Inéditos.* Tomo III. 1959.	100
Medina, J. Toribio	*Historia de la Imprenta en América.* 1958	102
Medina, J. Toribio	*Cartas de Pedro de Valdivia.* 1953	76
Medina, J. Toribio	*Ensayo Bibliográfico sobre Hernán Cortés.* 1952.	73
Medina, J. Toribio	*Discurso sobre la Importancia, Forma y Disposiciones de la Recop. de Leyes.* 1956	101
Medina, J. Toribio	*Historia de la Inquisición en Chile.* 1952	73
Medina, J. Toribio	*Colec. de Doc. Inéditos.* Tomos I y II (80 ejemplares de c|u.). 1956	160

Autor	Título	Ejemplares
Medina, J. Toribio	*Los Aborigenes de Chile.* 1954	73
Medina, J. Toribio	*Cosas de la Colonia.* 1952	70
Medina, J. Toribio	*Hist. de la Inquisición en Lima.* 1956	78
Medina, J. Toribio	*Estudios Cervantinos.* 1958	101
Medina, J. Toribio	*Cartografía Hisp. Colonial de Chile.* 1924	5
Medina, J. Toribio	*Catálogo Breve de la Biblioteca Americana. Indice General.* Tomo preliminar. 1930	9
Medina, J. Toribio	*Catálogo Breve de la Biblioteca Americana, Manuscritos.* Tomo IV. 1951	11
Medina, J. Toribio	*Catálogo Breve de la Bibl. Americana. Libros Impresos.* Tomo I. Supl. I. 1953	28
Medina, J. Toribio	*Catálogo Breve de la Bibl. Americana. Libros Impresos.* Tomo II. Supl. II. 1954	48
Medina, J. Toribio	*Diccionario Biográfico Colonial.* 1879	5
Melfi, Domingo	*Tiempos de Tormenta.* 1945	13
Merino, Reyes	*Muro de Cal.* 1946	6
Mendoza, Humberto	*Socialismo, camino de la Libertad.* 1945	15
Méndez C., Armando	*Juan Firula.* 1948	8
Méndez C., Armando	*El Mundo Herido.* 1951	5
Minist. de Marina	*Memoria del Minist. de Marina.* 1929-31	38
Minist. del Interior	*Constitución Política Rep. de Chile.* 1925	500
Minist. del Interior	*Proyecto de Reforma de la Constitución Política de la República de Chile.* 1925	98
Minist. del Interior	*Actas oficiales de la Nueva Constitución de la República de Chile.* 1925	285
Minist. del Interior	*Orden Público.* (Disposiciones Legales y Reglamentarias sobre la Materia). 1943	437
Min. de Relac. Exter.	*Anexos del Contra Alegato de la Rep. de Chile.* (Tacna y Arica). 1924	21
Min. de Relac. Exter.	*El Alegato de la Rep. de Chile presentado al Sr. Presidente de* EE. UU. (Tacna y Arica). 1924	32
Montt, Luis	*Bibliografía Chilena.* 1904	42
Mundy, Evangeline	*Joaquín Díaz Garcés.* 1944	18
	Himno Patrio de la Rep. de Chile. 1910	37
Museo Nac. Hist. Nat.	*Noticiario Mensual.* Números 54 al 70	50
Nabuco, Joaquín	*Balmaceda.* 1914	214
Ortiz Muñoz, P.	*Nociones de Derecho Penal* (2 tomos I. y 3 tomos II). 1933-37	5
Orrego V., Eugenio	*Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos.* 1951	5
Orrego V., E.	*Ensayos.* 1947	10
Oviedo, Benjamín	*Las Logias de San Juan.* 1930	44
Oviedo, Benjamín	*Ritos Masónicos.* 1930	42
Oviedo, Benjamín	*Fundamentos Masónicos.* 1930	8
Oviedo, Benjamín	*La Masonería en Chile.* 1929	12
Oyarzún, Mila	*Estancias de Soledad.* 1946	7
Palma Riesco, A.	*Indice de los discursos de la R.A.E.* 1920	36
Palma Z., Luis	*O'Higgins, Ciudadano de América.* 1956	9
Pérez de Arce, C.	*Este Poderoso Reloj.* 1954	6
Petit, Magdalena	*Biografía de Gabriela Mistral.* 1946	5
Pinilla, Norberto	*La Controversia Filológica de 1842.* 1945	14
Pinilla, Norberto	*Biografía de Gabriela Mistral.* 1946	17
Pino Saavedra	*Antología de Poetas Chilenos.* 1940	5
Pinto, Aníbal	*Finanzas Públ., Mitos y Realidades.* 1951	8
Pissis, A.	*Atlas de la República de Chile.* 1875	39
	Primer Congreso de Ferrocarriles. 1921	10
	Album del Plano de Santiago. Guía Geográfica. s|f.	8

Autor	Título	Ejemplares
Plath, Oreste	*Baraja de Chile.* 1946	8
Prats de S., T.	*Educación Doméstica de las Jóvenes.* 1909	11
Presidencia de la Rep.	*Mensajes Presidenciales.* Años: 1922, 23, 28, 29, 30, 31, 34, 35 a 39; y 41 al 50	60
René-Moreno, G.	*Segundo Supl. de la Bibl. Boliviana.* 1908	18
Reyes, Salvador	*Amistad Francesa.* 1954	10
Riquelme, Daniel	*Cuentos de la Guerra y Otras Páginas.* 1941	93
Riquelme, Daniel	*Bajo la Tienda.* 1952	5
Risopatrón	*Diccionario Geográfico de Chile.* 1924	199
Rojas, Manuel	*Hijo de Ladrón.* 1951	6
Sabella, Andrés	*Sobre la Biblia un pan duro.* 1946	5
Sarah, Roberto	*Mi Querido Infierno.* 1951	16
Sánchez A., V.	*Angol, la Ciudad de los Confines.* 1953	8
Seguel, Gerardo	*Continuación del Horizonte.* 1944	9
Silva C., Lautaro	*Río Loco.* 1949	5
Silva Castro, Raúl	*Bibliografía de don Juan Egaña.* 1768-1836. 1949	246
Silva C., Raúl	*Bibliografía de D. Juan Egaña.* 1949	35
Silva C., Raúl	*Alberto Blest Gana.* 1941	41
Silva Cruz, C.	*Balmaceda.* 1925	9
Silva Cruz, C.	*Luz de Intimidad.* 1946	13
Silva de la F., A.	*Cuestiones Constitucionales.* 1953	30
Silva L., Luis	*El Conquistador Fco. de Aguirre.* 1953	74
Silva Vildósola, C.	*Discurso de la Acad. Ch. de la Lengua.* 1935	49
Sófocles	*Antígona.* 1951	72
Solar, Correa	*Técnica Literaria.* 1946	7
Solar, Correa	*Semblanzas Lit. de la Colonia.* 1945	5
Solari, Armando	*Cantata a la Muerte de M. Hernández.* 1950	7
Soto Cárdenas, A.	*Guerra del Pacífico.* 1950	6
Superint. Aduanas	*Boletín Oficial.* Números 786 adelante	100
Thein, Gladys	*Poesía.* 1950	6
Thein, Gladys	*Poemas.* 1945	13
Thein, Gladys	*La mitad de la vida.* 1949.	21
Valle, Juvencio	*El Hijo del Guardabosque.* 1951	17
Varas C., J. M.	*Cuentos Militares.* 1948	6
Vicuña Mackenna, B.	*El Almirante M. Blanco Encalada.* 1927	26
Vives E., Fco.	*Introducción al Existencialismo.* 1948	5

Santiago, enero de 1963.

Fondo Histórico y Bibliográfico

José Toribio Medina

Ley Nº 10.361, de 28 de junio de 1952

(Biblioteca Nacional)

OBRAS PUBLICADAS DE JOSE TORIBIO MEDINA

Una Excursión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá. 1880-1881.
Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1880 y 1881, respectivamente.
Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Iquique a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.
Precio: E° 2,00. Agotado.

Los Aborígenes de Chile. Introducción de Carlos Keller.
Reimpresión de la edición de 1882. 1952.
Precio: E° 6,00.

El Capitán de Fragata Arturo Prat, El Vicealmirante Patricio Lynch.
Estudio y Prólogo de Roberto Hernández. Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1879 y 1910, respectivamente. Homenaje de la Armada de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.
Precio: E° 3,00.

Cosas de la Colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile.
Introducción de Eugenio Pereira Salas. Reimpresión en un volumen de la Primera y Segunda Serie, editadas en 1889 y 1910, respectivamente. 1952.
Precio: E° 6,00.

Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena. Introducción de Elías Almeyda Arroyo.
Reimpresión de la edición especial de 1889. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimento 1852-1952. 1952.
Precio: E° 4,00.

Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile. Prólogo de Aniceto Almeyda.
Reimpresión en un volumen de la edición en dos tomos de 1890. 1952.
Precio: E° 8,00.

Tres Estudios Históricos. I - El Escudo de Armas de la ciudad de Santiago. II - El Acta del Cabildo Abierto de 18 de Septiembre de 1810. III - ¿Quiénes firmaron esa Acta?
Publicadas en 1910. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Santiago de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.
Precio: E° 2,00.

Las Matemáticas en la Universidad de San Felipe.
Reimpresión de la edición de 1927. Homenaje de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.
Precio: E° 2,00. Agotado.

Ensayo Biobibliográfico sobre Hernán Cortés.
Obra póstuma. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1952.
Precio: E° 5,00.

Cartografía Hispano-Colonial de Chile: Reproducción en fototono de la edición de 1925. Homenaje del Ejército de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1953.
Precio: E° 15,00.

Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile. Introducción de Jaime Eyzaguirre. *Anotaciones Bibliográficas sobre Pedro de Valdivia,* de Víctor M. Chiappa, puestas al día por Rafael Mery. 1953. Reimpresión ordenada conforme a la de Sevilla de 1929.
Precio: E° 10,00.

Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820).
Dos tomos. Prólogo de Marcel Bataillon.
Reimpresión de la edición de 1887. Apéndice Documental de Raúl Porras Barrenechea. 1956.
Precio: E° 8,00.

Estudios Biobibliográficos sobre Antonio de León Pinelo.
Discurso sobre la importancia, forma y disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales. Recopilación. Prólogo de Aniceto Almeyda. 1956.
Precio: E° 6,00.

Estudios Cervantinos.
El Disfrazado autor del "Quijote" impreso en Tarragona fue fray Alonso Fernández - Novela de la Tía Fingida - El Lauso de "Galatea" de Cervantes es Ercilla - Escritores americanos celebrados por Cervantes en el "Canto de Calíope" - Cervantes Americanista - Cervantes en Portugal - Cervantes en las letras chilenas - Recopilación. Prólogo del Dr. Rodolfo Oroz Scheibe. 1958.
Precio: E° 8,00.

Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía.
Dos tomos. Recopilación de las introducciones de J. T. Medina en sus Bibliografías sobre el particular, con prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Complemento bibliográfico de José Zamudio Z. 1958.
Precio: E° 15,00.

Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie.
Tomo I (1558-1572) - Rodrigo de Quiroga - M. Bravo de Saravia. 1956.
Tomo II (1573-1580) - M. Bravo de Saravia - Rodrigo de Quiroga. 1957.
Tomo III (1577-1589) - Martín Ruiz de Gamboa - Alonso de Sotomayor. 1959.
Tomo IV (1590-1594) - Alonso de Sotomayor - Martín Oñez de Loyola. 1960.
Tomo V (1599-1602) - Pedro de Vizcarra - Francisco de Quiñones. 1961.
Tomo VI (1561-1603) - Informaciones de méritos y servicios.
Precio: E° 8,00 c/u.

Biblioteca Hispanoamericana.
Reimpresión facsimilar.
Tomo I (1493-1600). 1958.
Tomo II (1601-1650). 1959.
Tomo III (1651-1700). 1960.
Tomo IV (1701-1767). 1961.
Tomo V (1768-1810). 1961.
Tomo VI (sin fechas). 1962.
Tomo VII (títulos nuevos y descripciones complementarias). 1962.
Precio: E° 119,00, la colección.

Actas del Cabildo de Santiago durante el período llamado de la Patria Vieja (1810-1814).
Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de la edición de 1910. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 10,00.

Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817 y Adiciones y Ampliaciones. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz.
Reimpresión facsimilar de las ediciones de 1891 y 1939, respectivamente. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 10,00.

Viajes Relativos a Chile.
Tomo I - J. Lemaire y G. Schouten - H. Brouwer y E. Herckmans - A. M. Fanelli - M. Brizuela - J. F. de Sobrecasas - S. B. Johnston.
Tomo II - J. F. Coffin - R. L. Vowel - E. H. Appleton - G. F. Mathison. Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.

Estudios sobre la Independencia de Chile.
Un precursor chileno de la Revolución de la Independencia de América - El Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 - Los que firmaron el Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 - D. Manuel Antonio Talavera - Los Errázuriz - Ensayo de una Bibliografía de las obras de don José Miguel Carrera - Las Medallas de la Revolución de la Independencia - La Expedición de corso del Comodoro Guillermo Brown en aguas del Pacífico - Biografía del General de Brigada don José Rondizoni - Un folleto de propaganda hasta ahora desconocido sobre la Revolución de la Independencia de Chile para la bio-

grafía de don Antonio de Quintanilla - La Crónica de 1810, por don Miguel Luis Amunátegui, Tomo III. Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.

Biblioteca Hispanochilena.
Reimpresión facsimilar. 3 vols. (1523-1817).

DE OTROS AUTORES

Armando Donoso. *José Toribio Medina (1852-1930).* 1952.
Precio: E° 1,50.

Sergio Villalobos. *Medina, su vida y sus obras (1852-1930).* 1952.
Precio: E° 1,50.

Carlos Stuardo y Luis E. Olave. *Medina y sus aficiones entomológicas.* 1952.
Precio: E° 1,50.

Carlos Stuardo. *Indice de autores y nombres del Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena.*
Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.
Precio: E° 1,50.

Luis Silva Lezaeta. *El Conquistador Francisco de Aguirre.*
Reimpresión de la edición de 1904. 1953.
Precio: E° 2,50.

Ernesto Greve. *El Conquistador Francisco de Aguirre. Comentarios y Complementos.* 1953.
Precio: E° 2,50.

Juan Luis Espejo. *La Provincia de Cuyo del Reino de Chile.*
Dos volúmenes. 1953.
Precio: E° 6,00.

Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández. *Bartolomé de las Casas 1474-1566. Bibliografía crítica.* 1954.
Precio: E° 8,00.

Humberto Burzio. *Diccionario de la Moneda Hispanoamericana.*
Tres volúmenes I y II texto, III láminas. 1956.
Precio: E° 37,00.

Guillermo Feliú Cruz. *Historiografía Colonial de Chile.* Tomo I (1796-1886). 1957.
Precio: E° 8,00.

Sturgis E. Leavitt. *Revistas Hispanoamericanas. Indice Bibliográfico 1843-1935.* Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 15,00.